

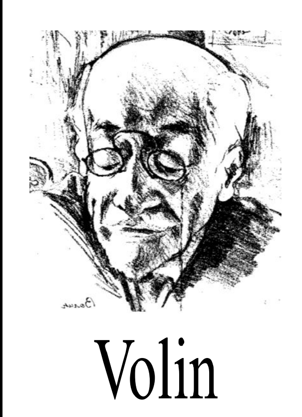
Ediciones HL

Vsévolod Mikaílovich Eijhenbaum VOLIN
La Revolución Desconocida
(historia del silencio bolchevique)

Ediciones HL
Mayo de 2007

Contacto:
hormigalibertari@yahoo.com
hormigalibertaria.blogspot.com
www.espora.org/hormigalibertaria

La Revolución Desconocida



Volin

Nota Editorial

"A los anarquistas les compete la especial misión de ser custodios celosos de la libertad, contra los aspirantes al poder y contra la posible tiranía de las mayorías."
Errico Malatesta

"La verdad debe decirse siempre cueste lo que cueste y venga de donde venga."
Ricardo Mella

"Que el lector no se haga anarquista jamás: no es obligatorio serlo. Pero lo que debería ser verdaderamente un deber de todos es conocer el anarquismo."
Volin

La escasa edición en México de obras que tratan acerca del anarquismo, en especial de la participación que tuvieron los/as anarquistas en la experiencia revolucionaria en Rusia, es el principal motivo para realizar la edición de *La Revolución Desconocida*. Lo importante de publicar esta obra es aprender de la historia, no como un manual que hay que seguir paso a paso, sino tratando de comprender, reflexionar y extraer las lecciones de la monumental experiencia que fue la Revolución Rusa.

Dentro de este libro se presenta lo desconocido o poco conocido, lo que ha sido cuidadosamente silenciado, *esta documentación inédita y tan excepcionalmente edificante, constituye precisamente la mayor parte de este volumen*. Además se observan dos ideas opuestas de la revolución: la idea bolchevique, que *buscaba un nuevo Estado, establecer la dictadura del proletariado*; y la anarquista, *dirigida a una franca y total revolución social*. *"las aspiraciones anarquistas* –dice Volin– *han aparecido en la revolución rusa –en tanto que esta última se ha mostrado como una verdadera revolución de las masas trabajadoras, hecha por ellas mismas–, no como una utopía dañosa de fantásticos soñadores, sino como un movimiento revolucionario de esas masas, perfectamente concreto y real (...) 'como tal', ha sido consciente, cruel y cobardemente aplastado por el bolchevismo."*

La edición de este libro es realizada de manera autogestiva, sin fines de lucro. Debido a que existen pocas ediciones anteriores y que es prácticamente imposible lograr encontrarlo, buscamos que sea de gran facilidad adquirirlo. Esta edición fue realizada gracias al apoyo de varias/os compañeras/os, para su composición nos apoyamos en los diferentes fragmentos del libro que están publicados en Internet y en la edición realizada en 1984 por Editores Mexicanos Unidos.

PRÓLOGO*

Vsévolod Mijaílovich Eijenbaum nació el 11 de agosto de 1882 en el distrito de Voróñezh, en la Gran Rusia.[1] Por lo que sé, sólo uno de sus escritos –un pequeño cuaderno de poemas rusos– fue publicado con su nombre real, mientras que todos los otros y, sin duda, sus muchos artículos y ensayos fueron firmados con su seudónimo. Resulta más fácil entonces, pensar y hablar de él como Volin (nombre proveniente de la voz rusa volia: voluntad). Sus padres eran médicos que –viviendo en circunstancias confortables– pudieron contratar una institutriz francesa y otra alemana para la primera educación de sus niños. De esta manera, Vsévolod y Borís[2] tuvieron oportunidad de familiarizarse con ambas lenguas desde sus primeros años. Volin era capaz de hablar y escribir francés y alemán con tanta fluidez como su ruso materno.[3]

Realizó su primera educación general en el colegio (gimnasio) de Voróñezh. Luego de terminar sus estudios fue enviado a San Petersburgo a estudiar jurisprudencia. Pero todos los planes de preparación de su futuro fueron interrumpidos por la crítica situación que se desarrolló en Rusia en esos momentos. Volin tomó conocimiento de las ideas revolucionarias siendo estudiante, a los 19 años, esto le volvió notablemente útil para el movimiento obrero desde 1901.

En 1905, cuando todo el imperio ruso se hallaba en el periodo del gran levantamiento revolucionario que casi derriba al régimen de los Romanov, el joven de Voróñezh se unió al partido social revolucionario y tomó parte activa en el levantamiento.[4] Luego de la sangrienta represión de la insurrección fue arrestado, como otros miles. En 1907, el tribunal zarista lo sentenció al destierro, a uno de los numerosos lugares de Rusia destinado a los prisioneros políticos. Pero logró evadirse y llegar a Francia. Fue a París donde Volin encontró mayores oportunidades para estudiar y comparar las varias escuelas del movimiento socialista y los muchos aspectos del problema social en general. Se asoció con varios libertarios, entre ellos Faure,[5] el elocuente orador de los anarquistas franceses. Se conectó con el pequeño círculo de los anarquistas rusos en París, con Karelin y su grupo y con otras organizaciones de emigrados rusos. A causa de la influencia del medio ambiente fue inevitable que Volin alterara gradualmente su panorama político y social, con el resultado de que en 1911 se separó de los socialrevolucionarios y se unió al movimiento anarquista.[6]

En 1913, cuando el peligro del conflicto armado arrojó su sombra sobre toda Europa, integró el Comité para la Acción Internacional contra la Guerra. Esta actitud irritó a las autoridades francesas y en 1915, cuando las líneas de batalla fueron trazadas sobre el continente, el gobierno de Viviani-Millerand decidió internarlo en un campo de concentración hasta el final de la guerra. Avisado a tiempo pudo, con la ayuda de algunos camaradas franceses, escapar a Burdeos. Desde allí navegó, como

* Traducción, texto entre paréntesis y notas del prólogo por Fidel Alegre.

pañolero, en un buque de carga a los Estados Unidos (quedaron en Francia su compañera y sus cuatro hijos).

Una vez en Nueva York, Volin se adhirió (a principios de 1916) a la Federación de las Uniones de Trabajadores Rusos en los Estados Unidos y Canadá, una formidable organización con unos 10,000 miembros, que sostenía ideas similares a las de la Confédération Génerale du Travail de Francia en ese periodo (anarcosindicalista). Así, encontró un fértil campo para sus actividades. Y pronto estuvo trabajando en el cuerpo editorial del Golos Trudá (La Voz del Trabajo), publicación de la Federación (hacía ya varios meses que Volin mantenía correspondencia con este órgano) y como uno de sus más talentosos conferenciantes.[7]

Pero en 1917, cuando la revolución irrumpió en Rusia, el cuerpo editorial en pleno del Golos Trudá decide dejar los Estados Unidos y llevar el periódico a Petrogrado (con la ayuda de la Cruz Negra Anarquista). Una vez llegados allí (en julio), pronto tuvieron colaboración por parte de la Unión Anarco Sindicalista de Propaganda, recientemente constituida.[8] De esa manera, fue fácil realizar los arreglos para la publicación del Golos Trudá en suelo ruso. Volin se adhirió a la Unión e inmediatamente fue elegido como uno de sus editores. Durante los primeros meses la publicación apareció semanalmente, pero luego de los acontecimientos de octubre de 1917 se convirtió en diario.[9]

Mientras tanto, el gobierno bolchevique en Moscú había firmado el tratado de paz de Brest-Litovsk por el cual toda Ucrania era dejada en manos de las fuerzas de ocupación alemanas y austriacas. Por esta causa Volin dejó Petrogrado y se unió a la tropa de guerrilleros libertarios que se dirigían a Ucrania para luchar contra los invasores extranjeros y sus sostenedores rusos (véase Libro tercero, Segunda parte, Cap. 2). Así, le fue posible llegar hasta Bobrov y visitar a su familia (tras innumerables peripecias ésta había regresado a Rusia), a la cual no veía desde 1915, cuando fue compelido a dejar Francia e ir a América.

Durante los meses siguientes, de relativa libertad en Rusia, cuando otros movimientos sociales aparte de los bolcheviques todavía gozaban de la posibilidad de expresar sus ideas a través de sus propias publicaciones y en reuniones públicas, Volin estuvo constantemente ocupado en varias actividades. Tomó parte en el trabajo del Departamento de Educación Pública e Instrucción Popular del Soviet de Voróñezh, primero, y luego en el del Soviet de Járkov. En el otoño de 1917 ayudó en la organización de la Federación Anarquista de Ucrania que fue durante unos meses una potente organización, conocida con el nombre de Nabat (Rebato), que editó gran cantidad de literatura. Aparte de su órgano principal en Kursk, Nabat tenía periódicos regionales con el mismo nombre en varias partes de Ucrania. Volin se convirtió en miembro del secretariado del Nabat y del cuerpo editorial de sus periódicos. La Conferencia de esta organización en Kursk le encomendó que redactase una Síntesis de Declaración de Principios que fuera aceptable para todas las escuelas del socialismo libertario de Rusia y, así, les permitiese trabajar unidos.[10]

Pero todos los planes para el futuro del Nabat se derrumbaron cuando en la primavera de 1919 el gobierno soviético comenzó a perseguir a los

anarquistas suprimiendo sus periódicos y arrestando a sus militantes en forma masiva. Fue entonces cuando Volin se unió al ejército revolucionario de Néstor Majnó. Como en este ejército existía un departamento especial para instruir al pueblo y prepararlo para un nuevo orden social, basado en la propiedad común de la tierra, la autonomía de las comunidades y la solidaridad federativa, pronto Volin se convirtió en cabeza de ese departamento, permaneciendo como tal durante la campaña contra Deñikin (trabajó allí con Piotr Arshínov y Arón Barón).

En diciembre de 1919, el Consejo Militar Revolucionario lo envió al distrito de Krivoy-Rog para oponerse a la peligrosa propaganda del hetman[11] *Petliura;*[12] *pero en su viaje se contagió de tifoidea y tuvo que alojarse en la casa de un campesino. Entretanto, el ejército de Deñikin fue derrotado y, al poco tiempo, hubo un nuevo rompimiento entre el gobierno soviético y los guerrilleros de Majnó. Sumamente enfermo aún, Volin fue arrestado el 14 de enero por agentes militares del gobierno de Moscú*[13] *y arrastrado de una prisión a otra. Trotzky ya había ordenado su ejecución y, según Volin, escapó a la muerte por puro accidente.*

En marzo de 1920 fue trasladado a Moscú, donde permaneció prisionero hasta octubre cuando fue liberado –junto con otros anarquistas– por virtud de un tratado entre la Unión Soviética y el ejército de Majnó. Por entonces, Volin retornó a Járkov, reasumiendo sus anteriores actividades y participando en las negociaciones que continuaban entre el gobierno de Lenin y una delegación de las fuerzas de Majnó. Pero el acuerdo alcanzado por ambos contendientes pronto fue roto por los bolcheviques y en noviembre –casi a un mes de su liberación–, Volin y la mayoría de sus camaradas fueron arrestados otra vez y confinados en la prisión de Taganka, en Moscú.[15]

No existía cargo contra él como no fuera sus puntos de vista libertarios. Hasta el momento, en cuanto a esto, difícilmente puede existir alguna duda de que –excepto por un rápido cambio de circunstancias– todos ellos podían haber sido liquidados de una manera u otra, como muchos miles más tarde.

Fue pura coincidencia que sus vidas fueran salvadas.

En el verano de 1921, la Internacional Sindical Roja realizó un congreso en Moscú. Las delegaciones incluían representantes de algunas organizaciones anarcosindicalistas de España, Francia y otros países, que habían asistido para cerciorarse de si era posible o no la realización de una alianza con esta nueva Internacional.[16] *Arribaron a la capital justo cuando los anarquistas en la prisión de Taganka habían iniciado una huelga de hambre que llevaba ya diez días*[17] *y que condujo a que las autoridades explicaran públicamente por qué habían sido encarcelados.*

Cuando esos delegados se enteraron de lo que estaba aconteciendo, elevaron una vehemente protesta exigiendo la liberación de sus camaradas rusos. Pero fue sólo después de que el asunto se convirtiera en un abierto escándalo en el Congreso, que el gobierno consintió en liberar a los que habían participado en la huelga de hambre con la condición, no obstante, de que abandonaran Rusia.[18] *Fue esta la primera vez que fueron deportados prisioneros políticos de la blasonada Patria Roja del Proletariado.*

Y el gobierno soviético tuvo la audacia de proveer a las víctimas con pasaportes tomados a prisioneros de guerra checoslovacos en camino a su tierra natal. Cuando los deportados llegaron al puerto alemán de Stettin (hoy Szczecin), dieron a las autoridades sus nombres reales y puntualizaron que los pasaportes que les habían sido entregados por los bolcheviques no les pertenecían. Afortunadamente para ellos, Alemania se encontraba en medio de una situación revolucionaria, cuando se podían hacer cosas que más tarde fueron imposibles.

Aunque el comisario de puerto no tenía atributos legales para permitir que este grupo de unas veinte personas permaneciera en suelo germano, tuvo en cuenta su aprieto y permitió que fueran enviados dos de estos camaradas a Berlín para ver si podían encontrar una organización amiga que asumiera la responsabilidad de su mantenimiento y buena conducta. Cuando los dos delegados aparecieron en nuestras oficinas principales en la capital de Alemania, Fritz Kater, presidente del Freie Arbeiter Union Deutschlands, fue con ellos ante el jefe de la policía (Polizeipräsidium) y firmó todos los documentos necesarios, de manera que en pocas horas obtuvieron el permiso para conducir el grupo entero a Berlín. Arribaron a fines de 1921. No fue trabajo fácil suministrar lo necesario a tal número de personas, pero los camaradas alemanes hicieron lo que pudieron, fue especialmente dificultoso encontrar alojamiento para los recién llegados pues la cuestión de la vivienda en Alemania luego de la primera guerra mundial era abominable y siguió siendo uno de los mayores problemas nacionales durante varios años. Pero nuestra tarea más dificultosa fue descubrir un sitio para que la familia Volin, compuesta de siete personas, pudiera estar bajo el mismo techo. El único albergue que nuestro Comité pudo encontrar para ellos en ese momento fue un desván al que se le podía dar calefacción.

Fue entonces cuando me encontré por primera vez con Volin y sus camaradas. Aunque sólo tenía 41 años, parecía más viejo: sus cabellos y barba eran casi blancos. Pero sus enérgicos y veloces movimientos pronto corrigieron mi primera impresión. Era un hombre genial e inteligente, de suaves maneras, considerado, cortés y casi inmune a las circunstancias exteriores y a las injusticias personales. Poseedor de una inusual facultad para la concentración, podía continuar sus escritos, aparentemente sin dificultad en el mismo desván donde su familia entera debía dormir, comer y llevar adelante su vida cotidiana.[19]

En realidad, Volin llevó a cabo gran parte de su trabajo útil mientras estuvo en Berlín. Escribió, en alemán, un valioso panfleto de 60 páginas titulado La Persecución del Anarquismo de Rusia Soviética (Goñieñía na anarjizm Sovietskoi Rosii, también publicado en ruso y francés). Fue ésta la primera información auténtica y documentada para el mundo exterior sobre lo que estaba sucediendo en Rusia. También tradujo al alemán el libro de Piotr Arshínov La Historia del Movimiento Majnoísta,[20] *y al mismo tiempo, editaba una publicación rusa: El Obrero Anarquista.*[21] *Además, realizó una importante obra para el movimiento libertario alemán, dando conferencias y escribiendo artículos para nuestra prensa.*

Volin permaneció en Berlín unos dos años, entonces recibió una invitación (1924) de Sébastien Faure para establecerse con su familia en París, donde las condiciones de vida en aquellos días eran mejores que en Alemania.

Faure estaba ocupado en la preparación y publicación de su Encyclopédie Anarchiste[22] *y necesitaba una persona que estuviera familiarizada con lenguas extranjeras como colaborador regular. Así, Volin encontró un campo exigente y absorbente para su posterior actividad. Escribió varias artículos para la nueva enciclopedia, muchos de los cuales también fueron publicados como folletos especiales en varias lenguas.*[23] *También aceptó una invitación de la Confederación Nacional de Trabajo en España (en 1936) para convertirse en editor de su periódico francés en París: L'Espagne Anti-Fasciste.*

Pero, aunque su bienestar económico en Francia era notablemente más favorable de lo que le podía haber acontecido en Alemania, luego sufrió continuas desgracias siendo una de las peores la muerte de su esposa en desgarradoras circunstancias. Poco después (1938) dejó París por Nimes y un poco más tarde arribó a Marsella,[24] *donde fue sorprendido por la segunda guerra mundial. Luego que los nazis invadieron Francia su situación fue cada día más peligrosa. Yendo de un escondite a otro, estuvo obligado a vivir entre la tragedia constante y la miseria más deplorable.*[25]

Cuando la guerra finalizó, retornó a París, pero sólo para entrar en un hospital, pues sufría una tuberculosis incurable y sabía que sus días estaban contados. Allí murió el 16 de septiembre de 1945. Muchos de sus viejos amigos lo acompañaron en su última jornada. Fue conducido al crematorio en el viejo cementerio de Père Lachaise. Lamentaron la pérdida de un intrépido camarada que había sufrido mucho en su vida pero que hasta el fin había sido un valiente luchador por un mundo mejor y por la gran causa de la libertad y la justicia social.

Rudolf Rocker
Crompond, Nueva York, mayo de 1953[26]

NOTAS

1 Es una de las siete grandes divisiones de la U.R.S.S., abarca la antigua Moscovia y la mayor parte de la Rusia asiática, comprende 25 grandes regiones; las otras divisiones son: Ucrania (Pequeña Rusia), Rusia Blanca, Transcaucasia, Usbekistán y Tayikistán.

2 Boris Eijenbaum (1886-1959) llegó a ser uno de los más distinguidos críticos literarios de Rusia. Fue miembro de la escuela formalista y uno de los mejores conocedores de la obra de Tolstoy.

3 También hablaba inglés y español con fluidez (“Voline et la revolutiun”, Maurice Laisant, *Le Monde Libertaire*, No. 217, diciembre de 1975).

4 Volin –abandonando sus estudios– ingresa al Partido Social Revolucionario en 1904. Participó en la gran marcha del “domingo sangriento”, en la formación del primer soviet de San Petersburgo, en el levantamiento de Cronstadt del 25 de octubre de 1905 por lo que fue detenido en la fortaleza de Pedro y Pablo; apenas puesto en libertad, volvió a ser apresado por la Ojrana en 1907.

5 Sébastien Faure, nació en 1858 en Saint-Etienne y murió en Royán en 1942. Uno de los principales doctrinarios del anarquismo francés.

6 Volin se une a la *Bratstvo Volnij Obshchínnikov* (Hermandad de los Comunistas Libertarios), grupo reunido por Apolón Andréievich Karelin, quien había escapado de Siberia en 1905. Otros grupos anarcocomunistas importantes eran: el que se reunía en casa de María Korn, de unos cincuenta miembros activos, a cuyas reuniones asistía, a veces, Kropotkin; el que apuntalaba al más importante periódico anarquista de esa época: *Burevéstnik* (El Petrel), fundado en París en 1906. cuya dirección editorial era de Nikolái Rodgáev y Máxim Raévskkii.

7 “Su colaboración fue muy eficaz, pues era un gran orador como la prensa rusa lo había señalado durante los acontecimientos de 1905, Su fácil elocución, el tono persuasivo de su palabra, su colorido e imaginativo lenguaje, el vigor y la elevación de su pensamiento, obtuvieron la adhesión de las masas que se agolpaban para escucharlo (Así, también en el ambiente ruso de los Estados Unidos dejó un recuerdo inolvidable)”, de la presentación de Volin en *La Révolution lnconnue* (1917-1921), editado por Les Amis de Voline en París, en el tercer trimestre de 1947, El *Golos Trudá* recibía colaboraciones de los anarquistas en Francia (Rodgáev, Korn, Orgiani y Zabrézhñev); en 1913, se une J, Z, (“Iefim”) Iarchuk. Volin y Vladímir Shátov llegan a ser los colaboradores más capaces de Máxim Raévskii, ya en esa época director del periódico.

8 Fundada por los anarquistas rusos que habían permanecido en Europa que seguían la orientación de Kropotkin (anarcocomunistas) y los que habían residido en los Estados Unidos, era la contrapartida de la Federación Anarco Comunista de Petrogrado. Vladímir Shátov y Volin se embarcaron por la ruta del Pacífico. En Rusia se encontraron con Raévskii. Al equipo se agregaron

Alexander Shapiro y Grígory Petróvich Maxímov el más joven del grupo (había nacido en 1893).

9 A partir del segundo número (el primero apareció en agosto dirigido por Raévskii) Volin estuvo a cargo de la redacción. Fue el periódico anarcosindicalista más influyente de la Revolución rusa, era leído por más de 25.000 personas. Con el titulo *Revolución y Anarquismo*, fue publicada en 1919 una selección de artículos de Volin de esa época.

10 Desde que renunció al *Golos Trudá* para dirigirse a Ucrania, Volin había evolucionado desde el anarcosindicalismo a una posición más ecuménica, a la que denominaba el “anarquismo unido” (*edinyi anarjizm*). Entonces, en esa síntesis cupieron el anarcocomunismo, el anarcosindicalismo y el anarcoindividualismo, que representaban los tres aspectos del anarquismo.

11 Atamán, jefe o general en jefe de cosacos.

12 Petliura fue muerto en París el 25 de mayo de 1926 por el anarquista Samuel Schwartzbard (“Schulin”) quien, al llegar la policía, se entregó calmosamente exclamando: “He vengado a 100.000 judíos masacrados por ese infame” (“El vengador de un pueblo”, Ugo Fedeli, *Reconstruir* No. 22).

13 Ch K (Cheká *Chrezvicháinaia Komísia po borbié s kontr-revoliútsiiey i sabotazem*. Comisión Extraordinaria para la lucha contra la contrarrevolución y el sabotaje (1918-1922); a partir de febrero de 1922 es denominada GPU, *Gosudárstvennoie Politichéskoie Upravlénie*, Administración Política Estatal (Véase Libro Segundo, parte cuarta, capítulo 10, La “justicia” bolchevique).

14 A pesar de estar enfermo, Volin se había presentado al XIV ejército rojo, recién llegado a la zona, éste lo entregó a la Cheká local pero logró salvarse de la ejecución ordenada por Trotzky merced a una petición que circuló rápidamente (firmada incluso por Víctor Serge). Entonces, de la prisión de Járkov fue transferido a Moscú y encarcelado en Butyrki.

15 Volin se hallaba preparando un Congreso Anarquista Pan Ruso que se llevaría a cabo a fin de ese año. Con Barón y otros, fue encerrado en Butyrki y luego en Lefórtovo, para terminar en Taganka.

16 La creación de la *Profintern* tenía por objeto someter a la influencia de Moscú a las grandes organizaciones sindicales revolucionarias, en particular las de los países latinos que, por sus tradiciones apolíticas y antiparlamentarias, se oponían a la adhesión a la *Komintern*. Pero el intento fracasó. En diciembre de 1922 se fundó la Asociación Internacional de Trabajadores, anarcosindicalista, que agrupaba a casi todas las organizaciones revolucionarias de Europa y América Latina.

17 La huelga duró diez días y medio y fue declarada precisamente porque no existía ninguna acusación concreta y tampoco existía término alguno para la prisión.

18 Gastón Leval nos ha aclarado (carta del 12-V-76) muchos puntos sobre estos acontecimientos. Una vez de acuerdo con los delegados franceses e italianos, se formó una comisión que logró entrevistar a Dzherzinski (comisario de la Cheká) quien airadamente les despidió arguyendo que tales presos eran “bandidos que habían cometido las peores fechorías, uniéndose a los ejércitos blancos de Deñikin y Wrangel para combatir al ejército rojo, etcétera”. Hasta el momento, ningún delegado había podido obtener autorización para visitar a los presos cuando, anarquistas residentes en Rusia, le ofrecieron a Leval una tarjeta de documentación rusa para presentar al centinela, éste aceptó y pudo entrar con todos los visitantes. Se entrevistaron con Volin, Maxímov, Mrashny y Iarchuk. Así, Leval pudo escuchar de Volin el relato de sus actividades hasta ese momento. En el undécimo día de la huelga de los presos, Leval y otros siete u ocho delegados fueron a ver a Lenin. Después de una negativa, éste accedió a la entrevista. Lenin mentía descaradamente, acusando a Volin de los consabidos “crímenes”, interrumpióle al punto Leval, enumerándole la verdadera actividad de Volin desde su regreso a Rusia. Lenin, tartamudeando, desconcertado, declaro que pediría nuevos informes “porque si las cosas fueron así...” y al fin salió del paso sin definir la situación. Al día siguiente, Trotzky –por escrito– negó el pedido de libertad. Pasarían todavía dos o tres semanas hasta que realizóse un escándalo mayúsculo en el Congreso contra Bujarin y un violento enfrentamiento entre Trotzky y Leval (donde Trotzky, al enterarse de que Leval había visitado clandestinamente a los presos, asióle de las solapas, en una de sus clásicas rabietas) para que al fin obtuvieran la libertad de diez de los catorce o dieciséis huelguistas: V. M. Volin. G. P. Maxímov, Mark Mrashni, J. Z. Iarchuk, M. P. Voróbiov, G. A. Gorélik, P. Mijaílov, A. Feldmann, I. A. Iudin y F. Konstantín, bajo condición de destierro perpetuo y amenaza de muerte en caso de infringirlo. Todos pudieron viajar con sus familias. El convenio fue concretado en un largo escrito firmado por los delegados españoles Arlandis (bolchevique) y Leval (único anarcosindicalista en la delegación) y por los anarcosindicalistas franceses Sirolle y Michel. Por los anarquistas rusos firmó Alexandr Shapiro; por el comité central del Partido Comunista, Lunacharsky. Alexandr Berkman –que vivía por entonces en Moscú con Emma Goldman– también habría debido firmar el escrito, pero se rehusó argumentando que era adversario por principio a todas las deportaciones.

(Véase también “Aliados indeseables”, Gastón Leval, *Reconstruir* No. 90).

19 A Rocker, que necesitaba encerrarse en un cuarto para poder escribir, no pudo menos que sorprenderle esta capacidad de Volin. Sobre la situación cotidiana de los anarquistas rusos exiliados en Francia tal como pudo verla Rocker, véase “Emigrantes rusos en Berlín”, en *Revolución y Regresión*. ed. Tupac, Bs. As., 1952 (también editado por Cajica, Puebla, México, 1967).

20 Y le hizo un valioso prólogo, fue publicado por el grupo de Anarquistas Rusos en Alemania, Berlín, 1923. Versión en inglés: *History of the Machnovist Movement* (1918-1921), Black & Red, Detroit y Solidarity, Chicago, EE. UU., 1974; versión castellana más reciente: Guerrillas en la Revolución Rusa, Proyección, Bs. As., 1975.

21 En realidad, Rocker se refiere aquí al órgano de los anarquistas rusos en el extranjero: *Anarjíchesky Véstnik* (*Informativo Anarquista*) (1923-24), que Volin

publicaba junto con Arshínov; expresión del anarquismo unido, contraponíase al específicamente anarcosindicalista *Rabochy Put* (*Camino de los Trabajadores*) publicado por Maxímov, en la época.

22 “Sin ser un catecismo ni un evangelio –dijo S. Faure– esta obra deberá ser una recolección completa y única, una guía imparcial y segura, preciosa en toda circunstancia así como un amigo para aquellos que buscan una documentación exacta y una instrucción racional”. Su publicación en castellano ha sido emprendida por Tierra y Libertad, México.

23 En 1926, Volin rompió con Arshínov y Majnó a raíz de la publicación de la “Plataforma Orgánica” en *Delo Trudá* (*La Causa del Trabajo*), periódico de Arshínov, donde se propugnaba “la constitución de una Unión General de Anarquistas, con un comité ejecutivo capaz de coordinar la línea política y la acción”. Al año siguiente, junto con Senia Fleshin y otros, publicó una dura respuesta, donde se argumentó que ello era un claro reflejo del “espíritu de partido” que animaba a Arshínov (éste había sido bolchevique hasta 1906, cuando se unió al anarquismo) y que el grupo *Delo Trudá* pretendía formar un partido anarquista. En 1930, los oponentes de Arshínov se sintieron completamente justificados cuando éste regresó a Rusia y reingresó en el partido, para ser purgado por Stalin unos años más tarde. En 1934, poco antes de la muerte de Majnó. Volin se reconcilia con éste.

24 A Nimes lo invitó su amigo André Prudhommeaux, allí formó parte de la redacción del semanario de éste, *Terre Libre*, mientras continuaba su libro sobre Rusia. Durante su estadía en Marsella, trabajaba en la oficina de una pequeña firma cinematográfica; siendo precisamente este el periodo más duro de su vida –solo, literalmente sufriendo el hambre, aunque inflexible en lo espiritual–, dio fin en 1940 a *La Révolution lnconnue* (1917-1921). La versión completa en inglés (una versión parcial en dos volúmenes fue publicada por Freedom Press, Londres, 1954-55 y traducida por Holley Cantine) ha sido realizada por Black & Red y Solidarity, The Unknown Revolution 1917-1921 (Detroit-Chicago, 1974) y enriquecida con ilustraciones y fotografías. Además, fueron reeditadas páginas de la versión española con una introducción (7 págs.) y apéndices: “Los bolcheviques contra la revolución”, supl. al No. 715 de *Le Combat Syndicaliste*, 32 pgs., París, 1972. También *Reconstruir* en el número 8 (“La prensa anarquista en la revolución Rusa”), 11 (“Marzo de 192: Rebelión de Kronstadt”) y 35 (“2 de marzo de 1917: abdicación del zar Nicolás”) reprodujo partes de la misma versión.

25 “Muy escrupuloso, difícilmente aceptaba una invitación a comer. Tuve que recurrir a un ardid para que viniera regularmente una o dos veces por semana a mi casa” (“Voline tel que je l'ai connu”, André Arru, *Le Monde Libertaire* No. 217).

26 Cinco años más tarde muere aquí Rocker, en el seno de una vieja comunidad fundada por anarcoindividualistas.

Esta obra es un deber de conciencia.

PREFACIO

TODA REVOLUCIÓN *es, en sus raíces, una gran desconocida, aunque sea estudiada de cerca por autores de diversas tendencias y en diferentes épocas. Pasan los siglos y, de vez en cuando, otros hombres escudriñan los vestigios de antiguas y grandes agitaciones para descubrir hechos y documentos que no vieron la luz. Tales descubrimientos modifican nuestros conocimientos e ideas que suponíamos definitivos. ¡Cuántas obras sobre la Revolución francesa de 1789 existían ya cuando Kropotkin y Jaures descubrieron en sus escombros elementos hasta entonces ignorados que esclarecieron aquella época! El mismo Jaures convino en que los inmensos archivos de la gran revolución apenas habían sido investigados.*

En general, todavía no se sabe estudiar una revolución, como tampoco se sabe escribir la historia de un pueblo. Además, aun autores experimentados y concienzudos cometen errores y negligencias que impiden la justa comprensión de los acontecimientos. Se realiza un esfuerzo para investigar a fondo y exponer detalladamente los hechos y los fenómenos sorprendentes que se han desarrollado a plena luz, en la ruidosa manifestación revolucionaria, pero se desprecian o ignoran los sucesos ocurridos en el silencio, en lo profundo de la revolución, fuera de la batahola. A veces se alude a ellos ligeramente con testimonios vagos que son interpretados casi siempre con error o interés. Y son precisamente estos hechos ocultos los realmente importantes para descubrir el verdadero sentido de su historia y de su época.

Además, la economía, la sociología, la psicología, consideradas como ciencias-clave de la revolución, son todavía incapaces, por rudimentarias, de comprender y explicar convenientemente lo sucedido.

Y aun en el aspecto puramente informativo, ¡cuántas lagunas! En el formidable torbellino de la revolución, muchos acontecimientos en ese vaivén incesante de efervescencia, quizá quedan perdidos para siempre. Quienes viven una revolución, los millones de individuos que, de uno u otro modo, son arrastrados por el huracán, se preocupan muy poco de anotar, para las futuras generaciones, lo que han visto, sabido, pensado y vivido.

Subrayo que, con raras excepciones, los pocos testigos que registran notas, y también los señores historiadores, son de una parcialidad repugnante. Cada uno busca y encuentra a voluntad en una revolución elementos que puedan apoyar una tesis personal, o ser útiles a un dogma, a un partido, a una casta, ocultando y separando cuidadosamente todo lo que puede ser contrario a tales propósitos parciales. Los mismos revolucionarios, divididos por sus teorías, se esfuerzan por disimular o desfigurar lo que no concuerda exactamente con tal o cual doctrina. Y esto sin contar el número desconcertante de obras sin importancia alguna y que son hasta irrisorias.

¿Quién podría vanagloriarse de establecer la verdad inconfundible?... No es, pues, extraño que, sobre una revolución, existan casi tantas versiones como libros y que, en el fondo, la verdadera revolución siga siendo desconocida.

No obstante, esta revolución oculta, que lleva en sí los gérmenes de futuras agitaciones, hay que descubrirla. Cualquiera que piense revivirla activamente, o quiera sencillamente seguir los acontecimientos con discernimiento, debe investigar lo desconocido. Y el autor afirma que su propio deber le obliga a ayudar al investigador en su búsqueda.

#

En este libro, la revolución desconocida es la Revolución rusa, no la que fue muchas veces descrita por políticos o escritores patentados, sino la que fue, por ellos mismos, descuidada o hábilmente velada y aun falsificada. Esta es la que se ignora.

Basta hojear algunos libros sobre la Revolución rusa para ver que, hasta ahora, todos han sido escritos con interés doctrinal, político o personal. La verdad se disfraza de acuerdo con el escritor, y los hechos cambian de aspecto según sea un "blanco", un demócrata, un socialista, un estaliniano o un trotskista quien los relate. Cada uno adereza a su gusto la realidad, y cuanto más se busca ésta menos se la halla, porque los autores han silenciado siempre los hechos de mayor importancia si éstos no concordaban con sus propias ideas, no les interesaban o no les convenían.

Pues bien: esta documentación inédita y tan excepcionalmente edificante constituye precisamente la mayor parte de este volumen. Sin exagerar ni envanecerse, el autor afirma: quien no llegue a conocer este libro seguirá ignorando muchísimos hechos de una importancia fundamental.

#

Las revoluciones precedentes nos han legado un problema importante, sobre todo las de 1789 y 1917: iniciadas extensamente contra la opresión, animadas por el poderoso aliento de la libertad y proclamando a ésta como fin esencial, ¿por qué degeneraron en una nueva dictadura de otras clases dominantes y privilegiadas y en una nueva esclavitud del pueblo? ¿Cuáles serían las condiciones que permitirían a una revolución evitar tan deleznable resultado? ¿Sería este fin, todavía por mucho tiempo, una especie de fatalidad histórica o sería el efecto de factores accidentales o sencillamente de errores y faltas que puedan corregirse en adelante? En este último caso, ¿qué medios podrían eliminar el peligro que amenaza ya a las futuras revoluciones? ¿Podría abrigarse alguna esperanza al respecto?

El autor ratifica que son, precisamente, los elementos ignorados y disimulados a sabiendas los que nos ofrecen la clave del problema y los medios precisos para solucionarlo. Y este propósito es el que ha de guiar toda la exposición de hechos incontestables que contiene este libro.

#

El autor participó activamente en las revoluciones de 1905 y 1917 y jamás hubiera pensado en escribir este libro si no le guiase el propósito de relatar los hechos auténticos con perfecta objetividad. Este cuidado de un relato franco y de un análisis imparcial está favorecido por la posición ideológica del que escribe. Desde 1908 no pertenece a ningún partido político. Por sus convicciones simpatiza con la tendencia libertaria. Se puede permitir la completa imparcialidad porque, siendo libertario, no tiene interés alguno en traicionar a la verdad o disfrazarla; no aspira al poder, ni a un puesto de dirigente, ni a privilegios, ni siquiera al triunfo, a cualquier precio, de una doctrina. No busca sino la verdad, porque sólo ella es fecunda. Su pasión, su única ambición, es hacer comprender los sucesos por el conocimiento de los hechos exactos, porque sólo así se pueden formular conclusiones justas y útiles.

Como toda revolución, la Revolución rusa posee un tesoro de hechos ignorados y aun insospechados.

Este estudio pretende colocarse al lado de la obra de autores que hayan querido, podido y sabido explorar estas grandes riquezas con toda honestidad e independencia.

INTRODUCCIÓN

ACLARACIONES INDISPENSABLES

1.º — La Revolución rusa puede estudiarse desde la revuelta de los decembristas en 1825 hasta nuestros días, o bien en las revoluciones de 1905 y 1917, ó únicamente en la gran explosión de 1917. En nuestra exposición vamos a considerar todo el proceso histórico desde 1825, ya que así se comprenderá la relación total de los acontecimientos y la situación actual.

2.º — La historia completa exigiría más de un volumen y sería una obra de gran aliento, reservada sobre todo a los historiadores futuros. Nuestro estudio se propone: a) relatar sucintamente los hechos revolucionarios desde su origen; b) aclarar los elementos esenciales poco conocidos o ignorados en el extranjero; c) discernir las más salientes apreciaciones y establecer lógicas deducciones.

No obstante, el relato que haremos será cada vez más amplio y detallado. Sobre los sucesos de 1905 y 1917 mostraremos aspectos hasta ahora desconocidos y abundante documentación inédita.

3.º — Habrá de comprenderse la diferencia entre la evolución general de Rusia y la de Europa occidental. Creemos que el estudio de la Revolución rusa debería ser precedido del estudio histórico de todo el país y encuadrarlo en él. Pero esta tarea sobrepasaría los límites del tema. De todos modos, facilitaremos algunas nociones históricas en todos los casos necesarios.

LIBRO PRIMERO

NACIMIENTO, CRECIMIENTO Y TRIUNFO DE LA REVOLUCIÓN (1825-1917)

PRIMERA PARTE
LOS COMIENZOS (1825-1905)

CAPÍTULO I

RUSIA AL COMIENZO DEL SIGLO XIX
NACIMIENTO DE LA REVOLUCIÓN

Visión general.– La gran extensión del país, su población diseminada, desunida y así más fácil de subyugar, la dominación mogólica durante más de dos siglos, las guerras continuas, las agitaciones y otros factores desfavorables fueron las causas de un gran retraso político, económico, social y cultural de Rusia en relación con los otros países de Europa.

Políticamente, Rusia entró en el siglo XIX bajo un régimen de monarquía absoluta, con su autócrata, apoyado en una aristocracia terrateniente y militar, una burocracia omnipotente, un clero numeroso y adicto y unos 75 millones de campesinos primitivos, iletrados y postrados ante su *padrecito* el zar.

Económicamente, el país se encontraba en un estado de feudalidad agraria. Las ciudades, aparte San Petersburgo y Moscú, y algunas otras en el sur, estaban poco desarrolladas. El comercio y, sobre todo, la industria vegetaban. La verdadera base de la economía era la agricultura, de la que vivía el 95% de la población. Pero la tierra era propiedad del Estado y de los grandes terratenientes. Los campesinos sólo eran los siervos de estos señores, quienes poseían verdaderos feudos heredados de sus antepasados, quienes a su vez los habían recibido del soberano, primer propietario, en reconocimiento de los servicios prestados, militares, administrativos u otros. El señor tenía derecho de vida y muerte sobre sus siervos. No sólo les hacía trabajar como esclavos, sino que podía también venderlos, castigarlos, martirizarlos, e incluso matarlos, casi sin inconveniente alguno para él. Esta servidumbre de 75 millones de esclavos era la base económica del Estado.

Esta *sociedad* se componía así: arriba, los amos absolutos: el zar, su numerosa parentela, su corte fastuosa, la nobleza y los magnates de la burocracia, de la casta militar y del clero. Abajo, los esclavos: siervos campesinos y la plebe de las ciudades, sin noción alguna de vida cívica, sin derecho, sin la menor libertad. La clase media eran mercaderes, funcionarios, empleados y artesanos, insignificantes.

El nivel cultural era poco elevado, pero conviene señalar un notable contraste entre la simple población trabajadora, rural y urbana, inculta y miserable, y las clases privilegiadas, cuya educación e instrucción eran bastante avanzadas.

La servidumbre campesina era la llaga purulenta del país. Hacia fines del siglo XVIII, algunos hombres de carácter noble y elevado protestaron contra este horror y pagaron cara su audacia. Los campesinos se sublevaban más y más contra sus amos, en numerosas revueltas locales contra talo cual señor demasiado despótico. En el siglo XVII, la sublevación de Razine y en el

XVIII la de Pougatcheff, por su extensión, aunque fracasaron, causaron graves trastornos al gobierno zarista y casi quebraron todo su sistema. Ambos movimientos, espontáneos y sin finalidad, fueron dirigidos, sobre todo, contra los enemigos inmediatos: la nobleza terrateniente, la aristocracia urbana y la administración venal. No fue formulada ninguna idea general para suprimir el sistema social y reemplazarlo por otro más justo y humano. Más adelante el gobierno consiguió, empleando astucia y violencia, con ayuda del clero y otros elementos reaccionarios, subyugar a los campesinos de manera completa, incluso psicológicamente, de tal forma que toda rebelión más o menos vasta resultó por mucho tiempo casi imposible.

***Primer movimiento francamente revolucionario: Los Decembristas* (1825).–** Fue dirigido contra el régimen, y su programa iba, en lo social, hasta la abolición de la servidumbre y, en lo político, a la instauración de una republica o régimen constitucional; se produjo cuando el Emperador Alejandro I murió sin dejar heredero directo. La corona, rechazada por su hermano Constantino, pasó al otro hermano, Nicolás; no surgió de las clases oprimidas, sino de los ambientes privilegiados. Los conspiradores, aprovechando los titubeos de la dinastía, ejecutaron sus proyectos, preparados desde hacía tiempo, y arrastraron a la rebelión, que estalló en San Petersburgo, a algunos regimientos de la capital y a oficiales del ejército imperial. Fue desbaratada tras un breve combate en la plaza del Senado entre los insurrectos y las tropas fieles al gobierno. Algunas tentativas preparadas en provincias fueron ahogadas antes de nacer.

El nuevo zar, Nicolás I, muy impresionado por la rebelión, dirigió en persona la investigación, que fue lo más minuciosa posible. Se indagó, se registró, hasta descubrir a los más lejanos y platónicos simpatizantes del movimiento. La represión, en su deseo de ser ejemplar, definitiva, llegó hasta la crueldad. Los cinco principales cabecillas perecieron en el patíbulo, centenares de hombres fueron a presidio o huyeron al exilio.

Este motín del mes de diciembre dio a sus realizadores el nombre de *decembristas*. Casi todos pertenecían a la nobleza o a otras clases privilegiadas. La mayoría había recibido educación e instrucción superiores. Hombres de inteligencia y sensibles, sufrían de ver al pueblo bajo un régimen de injusticia y arbitrariedad, en la miseria, la ignorancia y la esclavitud. Hicieron suyas las protestas de sus precursores del siglo XVIII y las tradujeron en actos. Lo que proporcionó a algunos el ímpetu indispensable fue su residencia en Francia, después de la guerra de 1812, y la posibilidad de comparar así el nivel relativamente alto de la civilización en Europa con la barbarie de la vida popular rusa. Regresaron a su país con la firme decisión de luchar contra el sistema político y social atrasado que oprimía a sus compatriotas. Atrajeron a su causa a hombres de cultura. Uno de sus adictos, Pestel, desarrolló en su programa algunas ideas vagamente socialistas. El célebre poeta Pouchkin (nacido en 1799) también fue un simpatizante.

Una vez vencida la rebelión, el nuevo Emperador Nicolás I, amedrentado, extremó el régimen despótico, burocrático y policial del Estado ruso.

La leyenda del zar. La paradoja rusa.– Los motines de los campesinos contra sus amos y opresores no impedían la veneración ciega por el padrecito Zar. Aquéllos se dirigían siempre contra los opresores inmediatos: propietarios, nobles, funcionarios, policía. La idea de buscar el fondo del mal en el mismo régimen zarista, en el Zar, primer noble y primer privilegiado, gran protector de nobles y de privilegiados, no se les ocurrió a los campesinos. Consideraban al zar como un ídolo, un ser superior, puesto por encima de los simples mortales, de sus pequeños intereses y debilidades, para conducir a buen puerto los graves destinos del Estado. Las autoridades, los funcionarios y, sobre todo, los curas, eran los encargados de inculcar esta idea; los campesinos acabaron por aceptar esta leyenda, hecha más tarde inconmovible. "El zar –se decían– no quería para *sus hijos* más que el bien; pero los privilegiados, interesados en conservar sus derechos y ventajas, se interponían entre él y su pueblo con el fin de impedirle conocer sus miserias, obstaculizando una recíproca comunicación entre ellos". El pueblo estaba persuadido de que si conseguía hablar directamente con el zar, éste, momentáneamente engañado por los privilegiados, comprendería la verdad, prescindiría de sus malos consejeros y de todos los bribones, se inclinaría sobre las miserias de los campesinos, los libraría del yugo, y les dejaría toda esta buena tierra que debe pertenecer, en derecho, a quienes la trabajan. Así, aun rebelándose contra sus amos más crueles, los campesinos esperaban, con esperanza y resignación, el día en que el muro levantado entre ellos y el zar cayera, y la justicia social quedara establecida, en mutuo acuerdo. Con ayuda del misticismo religioso llegaron a considerar el período de espera y de sufrimiento como impuesto por Dios, en calidad de castigo y de prueba, y se resignaban con fatalismo primitivo.

La tendencia de los campesinos rusos era extremadamente característica. Se acentuó aún más en el transcurso del siglo XIX, a pesar del descontento creciente y de los actos individuales o locales de rebelión, cada vez más frecuentes. *Los campesinos perdían la paciencia, pero esperaban con igual fervor al zar "liberador"*.

Esta leyenda del zar arraigó en la vida popular rusa del siglo XIX. Ignorándola, no se llegará jamás a comprender los acontecimientos. Ella explica ciertos fenómenos que parecerían misteriosos. La paradoja rusa chocó a la mentalidad de muchos europeos, y se mantuvo hasta casi la revolución de 1917. Por una parte, mucha gente cultivada, instruida, avanzada, que quiere ver a su pueblo libre y feliz, sigue las ideas de la época y lucha por la emancipación de las clases trabajadoras, por la democracia y el socialismo; por otra parte, este pueblo, que nada hace por liberarse, salvo algún motín sin importancia, queda obstinadamente prosternado ante su ídolo y su ensueño, y no comprende siquiera el gesto de quienes se sacrifican por él. Indiferente, ciego a la verdad, sordo a todas las incitaciones, esperar al zar libertador, como los primeros cristianos esperaban al Mesías.[1]

[1] Se puede encontrar alguna analogía entre esa situación de Rusia en el siglo XIX y hasta las proximidades de la revolución de 1917, y la de Francia en el siglo XVIII, antes de la revolución de 1789, pero, naturalmente, algunas particularidades son

CAPÍTULO II

REPRESIÓN, GARROTE Y BANCARROTA EVOLUCIÓN (1825-1855)

Los años de 1825 al 1855 son los del reinado de Nicolás I. Desde un punto de vista revolucionario, fueron intrascendentes, pero estos treinta años fueron significativos en algunos aspectos importantes.

Creación definitiva de un Estado burocrático y policial.– Por haber ascendido al trono bajo el signo de la rebelión decembrista, Nicolás I se preocupó de agarrotar al país y ahogar en germen toda corriente liberal; extremó el régimen absolutista y transformó a Rusia en un Estado burocrático y policial.

La reciente Revolución francesa y los movimientos revolucionarios que sacudieron después a Europa, le resultaban verdaderas pesadillas; tomó, pues, medidas extraordinarias de precaución.

Toda la población fue estrechamente vigilada. La arbitrariedad de la burocracia, de la policía, de los tribunales, no conocía límites. Toda independencia, toda tentativa de sustraerse al férreo puño policial, eran despiadadamente reprimidas; ni una sombra de libertad de palabra, de rebelión, de organización... La censura actuaba como nunca. Toda infracción a las leyes era castigada con el mayor rigor.

La sublevación de Polonia en 1831, ahogada en sangre con ferocidad, y la situación internacional, empujaron al emperador a acentuar la militarización del país. La vida de la población era de cuartel y un castigo severo recaía sobre cualquiera que procurase rehuir la disciplina impuesta.

Este soberano mereció en justicia su apodo: *Nicolás Garrote*.

Efervescencia campesina. Descontento general.– A causa de tales excesos y sus efectos nefastos que el zar en su ceguera no comprendía, ciertos elementos de la población no cesaban de manifestar, en cualquier ocasión, su descontento.

Además, la nobleza terrateniente, particularmente cuidada por el emperador, que veía en ella su principal apoyo, llevaba impunemente hasta el exceso la explotación y el trato abominables de sus siervos; una irritación sorda, pero cada vez más viva, se dejaba sentir entre los campesinos. Los actos de rebelión contra los señores y las autoridades locales se multiplicaban peligrosamente; la represión se revelaba cada vez menos eficaz.

La venalidad, la incapacidad y la arbitrariedad de los funcionarios se hacían más insoportables. El zar, que necesitaba de su apoyo y de su fuerza para mantener a raya al pueblo, no quería oír ni ver nada. La ira de quienes sufrían esta situación se hacía más intensa.

Las fuerzas de la sociedad permanecían estacionarias. Sólo la absurda e impotente rutina oficial era admitida.

Semejante situación conducía fatalmente a una próxima descomposición del sistema entero. Fuerte en apariencia, el régimen del látigo se

específicamente rusas.

descomponía en su entraña. El inmenso imperio se convertía en “el coloso de los pies de arcilla”.

En la población se extendía la comprensión de este hecho; la oposición contra el imposible sistema conquistaba a toda la sociedad. Entonces se mostró la magnífica evolución rápida e importante de la joven generación intelectual.

La juventud intelectual.– En un país tan grande y prolifero como Rusia, la juventud era numerosa en todas las clases de la población. ¿Cuál era su mentalidad en general? Aparte de la campesina, las jóvenes generaciones más o menos instruidas profesaban ideas avanzadas. Los jóvenes de mediados del siglo XIX admitían difícilmente la esclavitud de los campesinos. El absolutismo zarista los soliviantaba. El estudio del mundo occidental, que ninguna censura conseguía impedir y proporcionaba el gusto del fruto prohibido, excitó su pensamiento. El surgimiento de las ciencias naturales y del materialismo les impresionó fuertemente. Además, la literatura rusa, al inspirarse en principios humanitarios, tomó gran vuelo, a pesar de la censura, cuya vigilancia sabía burlar con gran astucia la juventud, y ejerció poderosa influencia sobre ella.

En lo económico, el trabajo de los siervos y la ausencia de toda libertad, no respondían ya a las exigencias incipientes de la época.

La intelectualidad, sobre todo la de la juventud, se mostró, hacia fines del reinado de Nicolás I, como teóricamente emancipada, y se alzó decidida contra la servidumbre y el absolutismo; nació la famosa corriente nihilista y, en consecuencia, el agudo conflicto entre los padres, más conservadores, y los hijos, resueltamente avanzados, que Turguenev ha descrito magistralmente en su novela *Padres e Hijos.*

El nihilismo.– Un error muy divulgado y arraigado acompaña, fuera de Rusia, a esta palabra, nacida hará unos 75 años en la literatura rusa y trasladada, en su etimología latina, a otras lenguas. En Francia y en otras partes se entiende generalmente por *nihilismo* una doctrina revolucionaria, política y social, concebida en Rusia, que tuvo muchos partidarios organizados. Se alude comúnmente al *partido nihilista* y a sus miembros *nihilistas.*

Lo cierto es que el término nihilismo fue introducido en la literatura y luego en la lengua rusa por el célebre novelista Iván Turguenev (1818-1883) a mediados del pasado siglo. En una de sus novelas, Turguenev calificó así a una corriente de ideas, *y no* a u*na doctrina,* que se manifestó entre los jóvenes intelectuales rusos a fines de 1850, y la palabra entró pronto en circulación. Tuvo esa corriente un carácter esencialmente filosófico y, sobre todo, moral. Su influencia quedó siempre restringida y nunca pasó más allá del intelectualismo. Su actitud fue siempre *personal* y *pacífica,* lo que no le impidió estar animada de un gran aliento de rebelión individual, de un sueño de felicidad para toda la humanidad. No se extendió fuera del dominio de la literatura y de las costumbres, ya que ello era imposible bajo el régimen de entonces. Pero no retrocedió ante ninguna de las conclusiones lógicas que formuló y procuró aplicar individualmente como reglas de conducta.

En estos límites se abrió el camino a una evolución intelectual que condujo a la juventud rusa hacia concepciones generales muy avanzadas y consiguió, entre otras cosas, la emancipación de la mujer cultivada, que en Rusia prosperó a fin del siglo XIX.

Aun siendo estrictamente filosófica e individual, esta corriente de ideas llevaba, gracias a su amplia tendencia emancipadora, el germen de concepciones sociales que la sucederían y culminarían en un verdadero despertar revolucionario, político y social. El nihilismo preparó el terreno a las influencias de las ideas extendidas en Europa y a los acontecimientos exteriores e interiores. Con los partidos o grupos organizados, con un programa de acción y una finalidad concreta, se solía confundir, fuera de Rusia, al nihilista. Sólo a las ideas *precursoras* cuadra el calificativo de *nihilista.*

La concepción filosófica del nihilismo tenía como base, por una parte, el materialismo, y por otra, el individualismo, en su acepción más amplia, incluso exagerada.

Fuerza y Materia, la famosa obra de Buchner, el filósofo materialista alemán (1824-1899), aparecida en esa época, fue traducida al ruso, litografiada clandestinamente y distribuida con mucho riesgo y gran éxito, por millares de ejemplares. Este libro fue el nuevo evangelio de la juventud rusa. Las obras de Moleschott, de C. Darwin y de varios autores materialistas y naturalistas extranjeros, ejercieron igualmente gran influencia. El materialismo fue aceptado como una verdad indiscutible, absoluta.

Como materialistas, los nihilistas combatieron a la religión y a todo lo que está fuera de la razón pura o de la prueba positiva, de las realidades materiales o de los valores inmediatos útiles, contra todo lo perteneciente al dominio sentimental e idealista.

Despreciaron la estética, la belleza, la comodidad, los placeres refinados, el amor sentimental, el arte de vestirse y el deseo de agradar. Hasta negaron el arte, por ser una manifestación de idealismo. Su gran ideólogo, el brillante publicista Pisareff, muerto accidentalmente en plena juventud, lanzó en uno de sus artículos su famosa comparación entre un obrero y un artista. Allí afirmaba que un zapatero cualquiera es infinitamente más estimable y más digno de admiración que Rafael, porque el primero produce objetos materiales útiles, mientras que las obras del segundo no servían para nada. El mismo Pisareff se empeñaba en sus escritos en destronar, desde un punto, de vista materialista y utilitario, al gran poeta Puchkin. “La naturaleza no es un templo, sino un laboratorio, y el hombre se encuentra allí para trabajar”, decía el nihilista Bazarof en la citada novela de Turguenev.

Como se ve, esta guerra sólo fue literaria y verbal. El nihilismo limitó su actividad a una propaganda velada de sus ideas, en algunas revistas y círculos intelectuales, de por sí bastante difícil, ya que la censura y la policía zaristas se encarnizaban contra las “herejías extranjeras” y contra todo pensamiento independiente. Las manifestaciones exteriores del nihilismo consistían, ante todo, en el modo sencillo de vestirse y en una despreocupada conducta; las mujeres nihilistas solían llevar el pelo muy corto, usaban gafas para afearse y subrayar su desprecio por la belleza y la coquetería; vestían trajes ordinarios que desafiaban a la elegancia y la moda. Andaban varonilmente y fumaban para demostrar la igualdad de los sexos y

afirmar su desdén por las reglas de las conveniencias sociales. Estas extravagancias no disminuían en nada su filosofía, y la imposibilidad de cualquier otro género de exteriorización las justificaba ampliamente. Los nihilistas practicaron sus costumbres con un rigor absoluto.

La base principal del nihilismo fue su *individualismo específico.* Surgido como reacción contra todo lo que aplastaba en la Rusia de aquella época al pensamiento libre y al individuo, terminó por negar en nombre de una libertad individual absoluta, toda coacción, toda obligación, toda traba, todas las tradiciones impuestas al hombre por la sociedad, la familia, las costumbres, los hábitos, las creencias y las conveniencias establecidas.

Emancipación completa del individuo de todo cuanto atente a su independencia o a la libertad de su pensamiento: tal fue la idea fundamental del nihilismo; defendía así el derecho del individuo a una entera libertad y a la inviolabilidad de su existencia, para ambos sexos.

El término *nihilismo* era preciso. Los partidarios de esta ideología no admitían *nada* (en latín *nihil)* de cuanto era natural y respetado como sagrado por los demás: familia, sociedad, religión, tradiciones. A la pregunta que se planteaba a un nihilista: ¿qué admites, qué apruebas de todo cuanto te rodea y del medio que pretende tener derecho e incluso el deber de ejercer sobre ti talo cual coacción?, contestaba: nada.

A pesar de su carácter esencialmente individual y filosófico, pues defendía la libertad del individuo de una manera abstracta mucho más que contra el despotismo que entonces reinaba, el nihilismo preparó la lucha contra el obstáculo real e inmediato, en favor de una emancipación concreta: política, económica y social. ¿Qué hacer para liberar efectivamente al individuo? El nihilismo se plantó en el terreno de las discusiones puramente ideológicas y en el de las realizaciones morales. La acción inmediata para la emancipación fue planteada por la generación siguiente en el transcurso de los años 1870-1880. Entonces, los primeros grupos revolucionarios y socialistas se formaron en Rusia. La *acción* comenzó. Pero no tenía nada de común con el nihilismo de antes, cuyo nombre permaneció en lengua rusa como un término histórico y un recuerdo ideológico de los años 1860-70. Que se llame nihilismo a todo el movimiento revolucionario ruso anterior al bolchevismo y se hable de un partido nihilista, es, pues, un error de la ignorancia de la verdadera historia revolucionaria de Rusia.

Derrota del régimen del garrote.– El gobierno de Nicolás I, reaccionario en extremo, se negaba a contar con las realidades y con las agitaciones ideológicas; desafió a la sociedad al crear una policía secreta de seguridad, la famosa Okhrana, y un cuerpo especial de gendarmería, con el propósito de destruir la tendencia revolucionaria.

Las persecuciones políticas fueron una verdadera plaga; el joven Dostoiewsky estuvo a punto de ser ejecutado y fue condenado a trabajos forzados por adherirse a un grupo de estudios sociales, absolutamente inofensivo, que animó Petrachewski; el primer crítico y publicista ruso Belinski apenas conseguía hacerse oír; otro gran publicista, Herzen, hubo de expatriarse, y podríamos continuar la lista sin por ello incluir a los revolucionarios característicos y activos, tales como Bakunin y otros.

Toda esta represión no consiguió calmar la excitación, cuyas causas eran demasiado profundas, ni mucho menos mejoró la situación. Nicolás I sólo se preocupaba de apretar el torniquete burocrático y policial.

Rusia fue arrastrada a la guerra de Crimea (1854-55), que produjo la catástrofe. Las peripecias militares evidenciaban la bancarrota del régimen y la debilidad real del imperio. Los "*pies de arcilla"* se resquebrajaron, pero la lección no sirvió para que las llagas políticas y sociales del Estado quedaran a la vista.

Nicolás I murió en 1855, a poco de perder la guerra, perfectamente consciente de su derrota, pero impotente para hacerle frente. Quizá su preocupación moral precipitó su muerte. Se llegó a pensar en un suicidio por envenenamiento, pero no hay pruebas decisivas.

Evolución.– A pesar de todas las debilidades y trabas; el país realizó rápidamente considerables progresos técnicos y culturales.

Por una serie de necesidades económicas imperiosas, nació una industria *nacional* y por, consiguiente, la clase del *proletariado.* Se levantaron importantes fábricas en algunas ciudades, se habilitaron nuevos puertos, se explotaron minas de carbón, oro, etc.; las vías de comunicación se multiplicaron y mejoraron. Se construyó el primer ferrocarril de gran velocidad entre San Petersburgo y Moscú, verdadero alarde técnico. La región entre las dos ciudades, topográficamente impropia para tales construcciones, por su suelo poco sólido, frecuentemente pantanoso, se prestaba mal a sostener una vía férrea. La distancia de San Petersburgo a Moscú es, a vuelo de pájaro, de unos 640 kilómetros. En una construcción económica y racional no se podía pensar en un trazado recto. Pero Nicolás I, que se interesó personalmente en el proyecto, que él mismo hizo construir, encargó a varios ingenieros algunos planos con desviaciones. Éstos, aprovechando las circunstancias, presentaron al Emperador proyectos complicados. Nicolás I, apenas les echó un vistazo; tomó lápiz y papel, y fijó dos puntos. Los unió por una recta y dijo: "La distancia más corta entre dos puntos es la recta". Daba así una orden formal, sin apelación posible. Los constructores no tenían más que ejecutarla, y cumplieron una verdadera proeza. Resultó un trabajo gigantesco realizado con increíbles esfuerzos y sacrificios inhumanos de millares de obreros. Desde entonces, el ferrocarril "Nicolaievskia" es uno de los más famosos del mundo. Representa unos 650 kilómetros de vía férrea en línea recta.

La naciente clase obrera conservaba todavía estrechas relaciones con el campo de donde salía y a donde volvía en cuanto terminaba sus trabajos. Los campesinos subyugados a la tierra de sus señores no podían irse de ella definitivamente. Para emplearlos en obras industriales había que recurrir a arreglos especiales con sus dueños. Los verdaderos obreros de las ciudades, que eran artesanos ambulantes, proporcionaban un contingente muy reducido. No se podía hablar todavía de un proletariado organizado, pero el movimiento inicial necesario ya estaba actuando. La necesidad de mano de obra constante fue una de las razones económicas urgentes que contribuyeron a la abolición de la esclavitud. Faltaban dos o tres

generaciones para que la clase de los asalariados, el verdadero proletariado industrial, sin ninguna ligazón con la tierra, apareciera en Rusia.

Un rápido progreso se llevó igualmente a cabo en la cultura. Los padres más o menos acomodados querían que sus hijos se instruyesen. El número creciente de colegiales y estudiantes obligó al gobierno a aumentar los establecimientos escolares, secundarios y superiores. Las necesidades económicas y técnicas, la evolución general del país, lo exigían perentoriamente. Al final del reinado de Nicolás I, Rusia poseía seis universidades en Moscú, Dorpat, Kharkov, Kazán, San Petersburgo y Kiev, por orden de antigüedad, más una decena de escuelas superiores, técnicas o especiales.

Aunque la leyenda se ha extendido mucho, Rusia no era en aquella, época un país inculto, bárbaro, casi salvaje; sólo permanecía ignorante la población campesina en esclavitud. Pero los habitantes de las ciudades no tenían, en lo cultural, nada que envidiar a sus colegas de Occidente, salvo algún detalle de estricta técnica. La juventud intelectual estaba, en algunos aspectos, incluso más avanzada que la de otros países de Europa.

Ya se ha visto, pues, la enorme y paradojal diferencia entre la existencia y la mentalidad de un pueblo esclavo y el nivel cultural de las clases privilegiadas.

CAPÍTULO III

LAS REFORMAS – RETORNA LA REVOLUCIÓN
FRACASO DEL ZARISMO Y FRACASO REVOLUCIONARIO
LA REACCIÓN (1855-1881)

El hijo y sucesor de Nicolás I, el emperador Alejandro II, hubo de encarar la situación difícil del país y del régimen. El descontento general, la presión de los intelectuales avanzados, el miedo de una sublevación de los campesinos y, por fin, las necesidades económicas, obligaron, a pesar de la resistencia de los círculos reaccionarios, a soltar lastre y a tomar resueltamente el camino de las reformas. Se decidió poner término al régimen burocrático y arbitrario, absoluto, de los poderes administrativos. Hizo una modificación seria del sistema judicial, y sobre todo se preocupó del estado de servidumbre.

A partir del año 1860, las reformas se sucedieron en ritmo rápido e ininterrumpido. Las más importantes fueron: la abolición de la esclavitud en 1861, constitución de tribunales con jurados electos en 1864, en lugar de los antiguos tribunales de Estado compuestos de funcionarios; la creación, en 1864, en las ciudades y en el campo, de unidades de autoadministración local especie de municipios urbanos y rurales, con derecho de autogobierno en algunos aspectos de la vida pública, algunas ramas de la enseñanza, higiene, vías de comunicación, etc.

Todas las fuerzas y, en particular, los intelectuales, se precipitaron a una actividad desde entonces posible. Las municipalidades se consagraron con mucho ardor a la creación de una extensa red de escuelas primarias de tendencia laica, aunque vigiladas por el gobierno. La enseñanza de la

religión era obligatoria, y el *pope*, en ellas, era importante. Con todo, se benefician de cierta autonomía. El cuerpo docente se reclutaba entre los intelectuales avanzados, por los consejos urbanos y rurales.

Mejoró el estado sanitario de las ciudades, el de las vías de comunicación y el de otras ramas. El país, así, respiraba mejor.

Por más importantes que fueran, en relación con la situación anterior, las reformas de Alejandro II no dejaban de ser tímidas y muy incompletas para las aspiraciones de los avanzados y para las verdaderas necesidades del país. Para ser eficientes e infundir al pueblo un verdadero impulso, debieron ser completadas, al menos, por el otorgamiento de algunas libertades y derechos cívicos: libertad de prensa y de palabra, derecho de reunión y de organización, etc., pero en este aspecto nada cambió. La censura apenas fue menos absurda. En el fondo, la prensa y la palabra permanecieron reprimidas, ninguna libertad fue concedida; la clase obrera naciente no tenía ningún derecho; la nobleza, los propietarios de la tierra y la burguesía continuaron siendo las clases dominantes y, sobre todo, *el régimen absolutista se conservó intacto.* Por otra parte, fue justamente el miedo a un posible resquebrajamiento el que, por una parte, incitó a Alejandro II a arrojar al pueblo el hueso de las *reformas*, pero, por otra, le impidió extenderlas más a fondo. Ellas estuvieron lejos de brindar una satisfacción al pueblo.

Las condiciones en que fue abolida la servidumbre ofrecen la mejor ilustración de lo que adelantamos y constituyen el punto más débil de las reformas.

Los propietarios rurales, después de haber luchado vanamente contra todos los ataques a lo establecido, debieron inclinarse frente a la decisión suprema del zar, obligada por la enérgica presión de los elementos más progresistas, no sin hacer lo posible para que esta reforma fuese reducida al mínimo, lo que consiguieron fácilmente, puesto que Alejandro II no quería lesionar en nada los *sagrados* intereses de “sus queridos nobles”. Fue sobre todo el miedo a una revolución lo que, finalmente, le obligó a ceder. Él sabía que los campesinos tenían noticias de sus intenciones y de la lucha que se libraba sobre el particular alrededor del trono, que su paciencia había sido colmada, que ellos esperaban su liberación y que si la reforma se postergaba se desencadenaría una agitación capaz de arrastrarlos a una inmensa y terrible rebelión. En las últimas discusiones con los enemigos de la reforma, el zar pronunció esta famosa sentencia, la cual expresa bastante sobre sus verdaderos sentimientos: “Más vale otorgar la libertad desde arriba que esperar a que la vengan a tomar desde abajo”. Paralelamente, él hizo todo lo que pudo para que esta *libertad*, es decir la abolición de la servidumbre, ocasionara los menores perjuicios posibles a los señores latifundistas. “Al fin la cadena de hierro se rompió”, escribirá un día el poeta Nekrasoff en un poema célebre. “Sí, ella se rompió y golpeó con un extremo al señor y con el otro al campesino”.

En efecto, los campesinos obtuvieron al fin su libertad individual, pero debieron pagarla muy cara. Recibieron lotes de tierra verdaderamente irrisorios. Era imposible *liberarlos* sin concederles las porciones de terreno al menos suficientes para no morir de hambre. Además, fueron obligados a pagar, durante mucho tiempo y además de las contribuciones al Estado, una

fuerte indemnización por las tierras enajenadas en perjuicio de sus antiguos propietarios.

75 millones de campesinos recibieron en total poco más de un tercio del suelo. Otro tercio fue conservado por el Estado y casi un tercio quedó entre las manos de los latifundistas. Semejante proporción condenaba de antemano a la masa campesina a una existencia de hambre, sujeta, en el fondo, a la gracia de los potentados y a la de los hacendados enriquecidos.

En todas las reformas, Alejandro II fue guiado por el sentido de ceder lo menos posible: lo estrictamente necesario, para evitar una catástrofe que se anunciaba inminente. Las insuficiencias y los defectos de las mismas comenzaron a hacerse sentir alrededor de 1870.

La población laboriosa de las ciudades estaba sin defensa contra la explotación creciente. La ausencia de toda libertad de prensa o de palabra, así como la prohibición absoluta de organizarse en tendencias políticas y sociales, hacían imposible toda circulación de ideas, críticas, propaganda o actividad social, y todo progreso, en suma.

El *pueblo* estaba compuesto únicamente de *súbditos* de la arbitrariedad absolutista, la cual, no obstante haberse hecho menos feroz que bajo Nicolás I, no era menos dura.

***Un nuevo movimiento revolucionario. La Narodnaïa Volia. El asesinato de Alejandro* II.–** Los mejores representantes de la juventud intelectual comprendieron esta situación lamentable, tanto más cuanto que los países occidentales gozaban ya de un régimen político y social relativamente avanzado. En los años de la octava década, Europa occidental se encontraba en plenas luchas sociales; el socialismo comenzaba su propaganda intensa y el marxismo abordaba la tarea de organizar a la clase trabajadora en un poderoso partido político.

Como de costumbre, desafiando y engañando a la censura (los funcionarios carecían en mucho de instrucción y de inteligencia para comprender la sutilidad y la variedad de los procedimientos), los mejores publicistas de la época, tales como Tchernychevski, que finalmente pagó su audacia con trabajos forzados, lograron propagar las ideas socialistas en los medios intelectuales mediante artículos de revistas escritos de manera convencional. Ellos instruían así a la juventud, poniéndola regularmente al corriente de los movimientos ideológicos y de los acontecimientos políticos y sociales del exterior. Al mismo tiempo descubrían hábilmente lo que se escondía detrás de las llamadas *reformas* de Alejandro II, sus verdaderos motivos, su hipocresía y su insuficiencia.

Es pues natural que, alrededor de esos años, se hayan formado grupos clandestinos para luchar activamente contra el régimen abyecto y, ante todo, para extender la idea de la liberación política y social entre las clases laboriosas. Estos grupos se componían de jóvenes de ambos sexos, que se dedicaron enteramente, con gran sacrificio, a la tarea de “despertar la conciencia de las masas trabajadoras”.

Así se formó un vasto movimiento de la juventud intelectual rusa, la cual, en número considerable, abandonando familia, bienestar y carrera, se lanzó *hacia el pueblo,* a fin de contribuir a su esclarecimiento.

Cierta actividad terrorista contra los principales servidores del régimen tomó impulso. Entre 1860 y 1870 se cometieron algunos atentados contra altos funcionarios, incluso los fracasados contra el zar.

El movimiento se frustró. Casi todos los propagandistas fueron descubiertos por la policía, a menudo por indicación de los mismos campesinos, arrestados y enviados a prisión, al exilio o a trabajos forzados. El célebre proceso monstruo de los 193 coronó esta represión.

De día en día se hacía más evidente que el zarismo representaba un obstáculo *insalvable* para la educación del pueblo. Por tanto, la conclusión lógica se imponía: puesto que el zarismo era el Opositor, era necesario primero suprimirlo.

La juventud desesperada formó un grupo que se asignó como misión inmediata el asesinato del zar. Algunas otras razones apoyaron esta decisión. Se trataba de castigar *públicamente* al hombre que, con sus pretendidas *reformas,* se burlaba del pueblo. Interesaba también mostrar el engaño ante el pueblo, llamar su atención por un acto resonante, formidable, y demostrarle, con la supresión del zar, la fragilidad, la vulnerabilidad y el carácter fortuito y pasajero del régimen.

Se esperaba así asestar un golpe definitivo, de una vez por todas, a la *leyenda del zar.* Algunos iban más lejos y admitían que el asesinato del zar podría servir de punto de partida para una gran revuelta que, en el desorden general, condujera a una revolución y a la caída inmediata del zarismo.

El grupo se denominó *Narodnaïa Volia* (Voluntad del Pueblo). Después de minuciosa preparación, el mismo llevó a cabo su proyecto: el 1º de marzo de 1881, el zar Alejandro II fue muerto en San Petersburgo, en una de sus salidas. Dos bombas le arrojaron los terroristas. La primera destruyó la carroza imperial, la segunda le arrancó ambas piernas al emperador, quien enseguida murió.

El acto no fue comprendido por las masas. Los campesinos apenas leían revistas, ni cosa alguna. Ignorantes, al margen de toda propaganda, estaban fascinados desde hacía más de un siglo por la idea de que el zar quería su bien, pero que únicamente la nobleza se oponía por todos los medios a sus buenas intenciones. Ellos veían otra prueba de aquel sentimiento en la resistencia que la nobleza oponía a su liberación y también en la obligación de pagar pesados censos por sus lotes de terreno, obligación que atribuían a las intrigas de aquélla. Los campesinos la acusaron entonces de haber asesinado al zar para vengarse de la abolición de la esclavitud y con esperanzas de restaurarla.

El absolutismo, la leyenda y la paradoja sobreviven.– El zar fue muerto, pero la leyenda no. La historia se encargó 24 años después de destruirla. Pero entonces el pueblo no comprendió ni se agitó. La prensa servil vociferó contra los innobles criminales, los horribles traidores, los locos...

La corte no manifestó tanta desolación. El joven heredero Alejandro, primogénito del emperador asesinado, ascendió inmediatamente al trono. Los jefes del partido *Narodnaïa Volia*, los organizadores y los ejecutores del atentado, fueron rápidamente encontrados, detenidos, juzgados y ejecutados. Uno de ellos, el joven Grinévetzki –quien precisamente había lanzado la

segunda bomba decisiva– mortalmente herido él mismo por la metralla, murió casi en el acto, Se colgó a Sofía Perovskaia, Jeliaboff, Kibalchich, el famoso técnico del partido, quien fabricó las bombas, Mikhailoff y Ryssakoff.

Medidas persecutorias y de represión, excepcionalmente extensas y severas, redujeron pronto al partido a completa impotencia, Todo volvió al orden.

El nuevo emperador Alejandro III, vivamente impresionado por el atentado, no encontró nada mejor que retomar el camino apenas abandonado de la reacción integral. Las reformas tan insuficientes de su padre le parecieron excesivas, Las juzgó fuera de lugar y peligrosas y llegó a considerarlas como un deplorable error. En lugar de comprender que el atentado era una consecuencia de su parquedad y que era preciso ampliarlas, vio en ellas, por el contrario, la causa de la desgracia. Con el pretexto del asesinato de su padre las combatió cuanto pudo. El emperador procuró alterarlas y limitar sus efectos por una serie de leyes reaccionarias. El estado burocrático y policial re tomó sus derechos.

Toda propaganda liberal fue ahogada. El zar no podía restablecer la esclavitud, pero las masas trabajadoras estaban condenadas a permanecer más que nunca en una situación de oscuro rebaño, para ser explotado y privado de todo derecho.

El menor contacto de las clases cultas con el pueblo volvió a ser sospechoso e imposible. La paradoja rusa entre el nivel cultural y sus aspiraciones de una parte, y la existencia sombría e inconsciente del pueblo por la otra, permaneció intacta.

Ninguna actividad social fue admitida, y cuando subsistía de la tímida reforma de Alejandro II se redujo a una caricatura.

En esas condiciones, la actividad revolucionaria tenía que renacer, lo que ocurrió enseguida. Pero el aspecto y la tendencia de nuevos factores económicos, sociales y psicológicos.

CAPÍTULO IV

FIN DEL SIGLO – EL MARXISMO – RAPIDA EVOLUCIÓN REACCIÓN (1881-1900)

Nuevo aspecto del movimiento revolucionario: el marxismo y el partido social demócrata. Progresos culturales. Crecimiento industrial. El absolutismo y la reacción se afirman contra esa evolución.– Después del fracasado partido *Narodnaïa Volia* en su campaña violenta contra el zarismo, otros acontecimientos contribuyeron a la transformación fundamental del movimiento revolucionario ruso. El más importante fue la aparición del marxismo. Éste trajo una concepción nueva de la lucha de clases, que se abocaba a un programa concreto de acción revolucionaria y a la formación en los países de Europa occidental de un partido político obrero llamado partido socialdemócrata.

A pesar de todos los obstáculos, las ideas socialistas de Lassalle, el marxismo y sus primeros resultados concretos fueron conocidos, estudiados

y practicados clandestinamente en Rusia. La literatura legal, por su parte, se ocupaba del socialismo empleando un lenguaje desfigurado. En aquella época reaparecieron las famosas revistas donde colaboraban los mejores periodistas y escritores y en las que regularmente se trataban los problemas sociales, las doctrinas socialistas y los medios de realizarlas.

La importancia de estas publicaciones en la vida cultural del país fue excepcional. Ninguna familia de intelectuales podía prescindir de ellas. En las bibliotecas era preciso inscribirse por anticipado para obtener lo antes posible el número recién aparecido. Más de una generación rusa recibió su educación social de aquellas revistas y la completaba con la lectura de toda clase de publicaciones clandestinas. Así fue cómo la ideología marxista, apoyándose únicamente sobre la *acción organizada* del proletariado, vino a reemplazar las aspiraciones frustradas de los círculos conspiradores de años anteriores.

El segundo acontecimiento de gran alcance fue la evolución cada vez más rápida de la industria y la técnica y sus consecuencias.

La red ferroviaria, las otras vías y medios de comunicación, la producción minera, la explotación del petróleo, las industrias metalúrgicas, textiles, mecánicas, etc., todo este conjunto de actividades productoras se desarrolló a gran marcha, recuperando el tiempo perdido. Regiones industriales surgían a través del país. Numerosas ciudades cambiaban rápidamente de aspecto gracias a sus fábricas nuevas y a una población obrera cada vez mayor.

Este crecimiento industrial estaba ampliamente alimentado de mano de obra por las considerables masas de míseros campesinos obligados, ya sea a abandonar para siempre sus parcelas de tierra insuficientes, ya sea a buscar un trabajo complementario durante el invierno. Como en cualquier otro lugar, evolución industrial significaba evolución de la clase proletaria. Igualmente esta clase, como siempre, proporcionaría los contingentes del movimiento revolucionario.

La difusión de las ideas marxistas y el crecimiento del proletariado industrial, sobre el que los marxistas contaban apoyarse, fueron los elementos fundamentales que determinaron la nueva situación.

Los progresos de la industria, el nivel cada vez más elevado de vida en general, exigían en todos los dominios hombres instruidos, profesionales, técnicos, obreros calificados. El número de escuelas de todo género, oficiales, municipales y privadas, aumentaba sin cesar en ciudades y campos; universidades, escuelas superiores y especiales, liceos, colegios, escuelas primarias, cursos profesionales, etc., surgían por todas partes. En 1875, 79 reclutas sobre cada 100 eran iletrados; en 1898 la cifra descendió a 55.

La evolución se hacia al margen e incluso en contra del régimen político absolutista que se obstinaba en mantener sobre el cuerpo vivo del país un caparazón rígido, absurdo y molesto. Por tanto, a pesar de la represión cruel, el movimiento antimonárquico y la propaganda revolucionaria y socialista tomaban amplitud. Incluso la población campesina, la más atrasada y la más sometida, comenzaba a agitarse, empujada tanto por la miseria y la explotación inhumana como por los ecos de la efervescencia general. Estos ecos eran traídos, sobre todo, por los numerosos intelectuales que trabajaban en las asambleas provinciales de algunos gobiernos rusos *(zemstvos),* por los

obreros con lazos de parentesco en el campo, por los trabajadores temporales y por el proletariado agrícola. Contra esta propaganda, el gobierno era impotente.

A fin de siglo, dos fuerzas claramente caracterizadas se lanzaban la una contra la otra, irreconciliables: la de la vieja reacción, que reunía en torno al trono las altas clases privilegiadas: nobleza, burocracia, terratenientes, militares, clero, burguesía naciente; la otra era la de la joven revolución, representada en los años 1890-1900 sobre todo por los estudiantes, pero que comenzaba a extenderse entre la juventud obrera de ciudades y regiones industriales.

En 1898 la corriente revolucionaria de tendencia marxista alcanzó a formar el partido obrero socialdemócrata ruso; el primer grupo socialdemócrata había sido fundado en 1883 con el nombre de Emancipación del Trabajo. Entre ambas fuerzas opuestas nítidamente se colocaba un tercer elemento tímidamente liberal, que comprendía especialmente a los representantes de la clase media y a cierto número de intelectuales de nombradía: profesores universitarios, abogados, escritores, médicos, etc. Aun sosteniendo a escondidas y con mucha prudencia la actividad revolucionaria, sus adeptos preferían dirigir su fe hacia las reformas, confiando poder arrancar algún día al absolutismo, con la amenaza de una revolución inminente, como bajo Alejandro II, algunas concesiones importantes y procurar así la instauración de un régimen constitucional.

Sólo los campesinos permanecían aún en su conjunto fuera de cualquier fermentación. El emperador Alejandro III murió en 1894. Cedió su trono a su hijo Nicolás, último de los Romanoff.

Una vaga leyenda pretendía que profesaba ideas liberales. Se decía incluso que se hallaba dispuesto a otorgar a su pueblo una constitución que limitase seriamente el poder absoluto de los zares. Tomando sus deseos como realidades, algunos consejos municipales liberales presentaron al joven zar escritos donde se referían muy tímidamente a ciertos derechos representativos.

En enero de 1895, en ocasión de la boda de Nicolás II, varias delegaciones de la nobleza, de los cuerpos militares y de los concejos municipales fueron solemnemente recibidas por el zar en San Petersburgo. Con gran estupefacción de los delegados municipales, el nuevo amo, al contestar a sus felicitaciones, se encolerizó de repente y, golpeando el piso con su bota, gritó histéricamente e intimó a los delegados a renunciar para siempre a sus insensatos ensueños. Esta intimación fue subrayada luego por medidas de represión contra algunos instigadores de la actitud subversiva de los consejos. Así, el absolutismo y la reacción se afirmaban una vez más a despecho de la evolución general del país.

CAPÍTULO V

SIGLO XX – EVOLUCIÓN PRECIPITADA – PROGRESOS REVOLUCIONARIOS – DERIVACIONES (1900-1905)

El absolutismo se sostiene en sus posiciones y procura mantenerse por cualquier medio. La evolución rápida del país continúa.– Los fenómenos y los rasgos característicos que acabamos de señalar se acentuaron aún más a partir de los comienzos del siglo XX.

El absolutismo, en lugar de ir al encuentro de las aspiraciones de la sociedad, decidió mantenerse por cualquier medio y suprimir no sólo todo movimiento revolucionario, sino también toda manifestación opositora. El gobierno de Nicolás II, para desviar el creciente descontento de la población, recurrió a una fuerte propaganda antisemita y luego instigó e incluso organizó las matanzas de judíos.

La evolución económica del país se aceleraba cada vez más. En cinco años (de 1900 a 1905), la industria y el progreso técnico dieron un salto prodigioso. La producción de petróleo en la cuenca de Bakú, la de la hulla en la del Donetz, la de los metales, etc., se acercaban rápidamente al nivel alcanzado por los países industriales. Las vías y medios de comunicación, ferrocarriles, tracción mecánica, transporte fluvial y marítimo, se multiplicaban y modernizaban. Importantes fábricas de construcciones mecánicas empleaban miles y decenas de miles de obreros. Ellas surgían y crecían en los alrededores de las capitales. Regiones industriales enteras nacían y otras se extendían. Las grandes fábricas Putiloff; los importantes astilleros Nevsky; la gran fábrica Báltica y varias otras grandes, todas en San Petersburgo; los barrios industriales de la capital moscovita, con sus decenas de millares de obreros, Kolpino, Chukhovo, Sestroretszk y otros; la región industrial de Ivanovo-Voznessensk, cerca de Moscú; numerosas e importantes fábricas en Rusia meridional, en Kharkov, en Ekaterinoslav y otras ciudades, demuestran rápidos progresos que permanecían ignorados en el extranjero, excepto en los círculos francamente interesados. Aún hay muchos hoy día que creen que, antes del advenimiento del bolchevismo, Rusia no poseía casi industria ninguna y que ésta ha sido enteramente creada por el gobierno bolchevique. Sin embargo, su importancia fue considerable, no sólo desde el punto de vista industrial, sino también desde un punto de vista social. Al industrializarse, el país multiplicaba sus elementos proletarios. Según las estadísticas de la época, se puede calcular el número total de obreros en Rusia, hacia 1905, en cerca de tres millones.

Al mismo tiempo el país continuaba su ascensión cultural. A partir de 1890, la enseñanza, la instrucción y la educación de la juventud habían hecho grandes progresos. La instrucción de los adultos se extendía igualmente. Hacia 1905 existían en Rusia unas treinta universidades y escuelas superiores para ambos sexos. Casi todas estas instituciones dependían del Estado, salvo alguna que otra debida a la iniciativa y el capital de las municipalidades. Según una vieja tradición, y en particular a consecuencia de las reformas de Alejandro II, los Estatutos conservaban una tendencia liberal, que entrañaba una autonomía interior bastante

pronunciada. Alejandro III y Nicolás II intentaron reducir esta independencia, pero cada intento provocaba graves desórdenes. Por fin, el gobierno renunció a sus proyectos. Los profesores de las universidades y de las escuelas superiores se nombraban entre los universitarios conforme a una selección especial. Casi todas las ciudades, aun las de poca importancia, poseían liceos y colegios para jóvenes de ambos sexos. Las escuelas secundarias se habían fundado por el Estado, por particulares o por los concejos. En los tres casos, el Estado establecía los programas y la enseñaza era casi la misma. La enseñanza religiosa era obligatoria.

El cuerpo docente de las escuelas secundarias se seleccionaba especialmente entre los universitarios, salvo para las asignaturas de segundo, orden. El curso entero, cuyo diploma daba acceso a la Universidad, duraba ocho años. El número de escuelas secundarias en las ciudades y primarias en el campo aumentaba. Unas se debían a la iniciativa del Estado, otras a las municipalidades y a los concejos. El Estado establecía los programas y vigilaba su aplicación. La enseñanza primaria era gratuita, pero no obligatoria. Se imponía la religión y el catecismo. Los maestros y maestras de las escuelas primarias debían poseer un diploma de por lo menos cuatro años de escuela secundaria. Los niños que carecían de preparación debían acudir al curso preparatorio de un año, antes de ingresar en la escuela.

Cursos nocturnos para adultos y universidades populares bien organizadas y muy frecuentadas funcionaban en todas las grandes ciudades. Las municipalidades y, sobre todo, los particulares, se ocupaban de ellas con gran entusiasmo. Los hijos de obreros y campesinos eran una excepción en las escuelas secundarias y superiores. El costo de la enseñanza era muy elevado. Sin embargo, en contradicción con una leyenda muy extendida, el acceso a estas escuelas no estaba prohibido ni a los hijos de obreros ni a los de campesinos. El mayor contingente de alumnos era proporcionado por las familias de intelectuales con profesiones liberales, de funcionarios, empleados y burgueses.

Los medios intelectuales eran liberales. En numerosas escuelas e instituciones municipales y populares, una propaganda de ideas más o menos avanzadas se hacía con bastante libertad, fuera de la enseñanza propiamente dicha y a pesar de la vigilancia de la policía.

Los conferenciantes de las universidades populares y el cuerpo docente de las escuelas primarias procedían frecuentemente de los círculos revolucionarios. Los directores, casi siempre de tendencia liberal, los toleraban. En esas condiciones las autoridades resultaban casi impotentes para impedir la propaganda.

La enseñanza oral se completaba con la educación por escrito. Se propagó una enorme cantidad de folletos populares, casi todos redactados por sabios o formados de extractos de los mejores escritores, referentes a todas las ciencias y sobre problemas políticos y sociales, con ideología muy avanzada. La censura se mostró impotente para contener este entusiasmo educador. Los autores y editores se ingeniaban para salvar la vigilancia de las autoridades. Además, la difusión entre los intelectuales y obreros de literatura clandestina revolucionaria y socialista, prueba el extenso movimiento de educación y de preparación que caracterizó a los años de 1900 a 1905 y al avance revolucionario posterior.

Las aspiraciones políticas y sociales se completaban con una excepcional evolución ética. La juventud se emancipaba de todos los prejuicios religiosos, nacionales, sexuales y otros. En ciertos aspectos, los círculos rusos de vanguardia eran desde hacía tiempo más avanzados que los de los países occidentales. El principio de igualdad de razas, naciones y sexos, la unión libre, la negación de la religión, fueron verdades admitidas y practicadas desde los nihilistas. Los publicistas rusos (Belinski, Herzen, Tchernichevski, Dobroluboff, Pissareff, Mikhailovski) cumplieron una obra de gran alcance. Elevaron a varias generaciones de intelectuales hacia la liberación, a pesar de la influencia opuesta ejercida por el sistema zarista de enseñanza secundaria.

Esa tendencia liberadora se convirtió para toda la juventud, rusa en un verdadero motivo vital ya bien arraigado. A pesar de la enseñanza oficial impuesta, la juventud se libraba de su férula en cuanto adquiría su diploma.

"¡No vayáis a la Universidad!" –nos gritaba el obispo de nuestra diócesis en el discurso pronunciado en la solemne distribución de diplomas–, "porque la Universidad es un antro de sediciosos..." y ¿adónde teníamos que ir?.. Él sabía que, salvo algunas excepciones, todos los jóvenes estudiantes, varones y mujeres, se transformaban en retoños revolucionarios. Entre el pueblo, *estudiante* equivalía a *amotinado*.

Más tarde, muchos de estos rebeldes, aplastados por las exigencias y las bajezas de la vida, olvidaban y renegaban con frecuencia de sus primeros impulsos idealistas. Pero, en general, se afirmaba la libertad, la oposición al régimen. La brasa entre cenizas se hallaba pronta a reavivarse en la primera oportunidad.

La situación política, económica y social de la población laboriosa. Extensión de la propaganda socialista revolucionaria. Más brutal represión. La revolución comienza a ganar la calle.– La situación política, económica y social de la población laboriosa permanecía estable. Expuestos, sin ningún medio de defensa, a la explotación creciente del Estado y de la burguesía, sin derecho alguno a unirse, a entenderse y a hacer valer sus reivindicaciones, a organizarse, a luchar, a declararse en huelga, los obreros continuaban sumidos en la esclavitud.

En el campo, la pauperización y el descontento crecían. Los campesinos –140 millones de hombres, mujeres y niños– eran considerados como ganado humano. Los castigos corporales existieron, de hecho, hasta 1904, aunque habían sido abolidos por la ley de 1863. Falta de cultura general e instrucción elemental; maquinaria primitiva e insuficiente; carencia de crédito, protección y socorro; impuestos harto elevados; trato arbitrario, despreciativo e implacable por parte de las autoridades y las clases superiores; reducción continua de las parcelas de terreno a consecuencia de divisiones entre los nuevos miembros de las familias; competencia entre los campesinos acomodados y los propietarios de tierras, tales eran las múltiples causas de esa miseria. Incluso la comunidad campesina, el famoso *mir*, no alcanzaba a mantener a sus miembros. El gobierno de Alejandro III y el de

su sucesor, Nicolás II, hicieron lo posible para reducir el *mir* a una simple unidad administrativa estrechamente vigilada y dirigida a látigo por el Estado, útil sobre todo para recoger o, mejor, arrancar por la fuerza los impuestos y los censos.

La propaganda y la actividad socialistas y revolucionarias se extendían. El marxismo, propagado clandestinamente con energía, encontraba muchos adeptos entre la juventud estudiantil y en los medios obreros. La influencia del partido socialdemócrata, fundado en 1898, se dejaba sentir en numerosas ciudades y en ciertas regiones, a pesar de su ilegalidad.

El gobierno ejercía su mayor brutalidad contra los militantes. Los procesos políticos ya no se podían contar. Las medidas de represión administrativa y policial alcanzaban, implacables, a millares de *súbditos*. Las prisiones, los lugares de destierro y los penales de trabajos forzados se llenaban. Pero, aun consiguiendo reducir a un mínimo la actividad y la influencia del partido, las autoridades nunca lograron ahogarlo, como habían conseguido antes con las primeras agrupaciones políticas.

Desde 1900, a pesar de los esfuerzos de las autoridades, el campo revolucionario se amplió considerablemente. Los motines universitarios y obreros fueron pronto hechos corrientes; las universidades permanecían con frecuencia cerradas durante meses, por causa precisamente de esos motines políticos. Como reacción, los estudiantes, apoyados por los obreros, organizaban ruidosas manifestaciones en las plazas públicas. En San Petersburgo, la plaza de la catedral de Kazán se convirtió en el lugar clásico al que estas manifestaciones populares de estudiantes y obreros se dirigían entonando cantos revolucionarios y llevando, a veces, banderas rojas desplegadas. El gobierno enviaba allí destacamentos de policía y de cosacos montados, que limpiaban la plaza y las calles vecinas a sablazos y a latigazos.

La revolución conquistaba la calle.

El panorama expuesto es exacto, pero sería parcial si no se considerara a todo el país y a todo el pueblo. Se correría el riesgo de caer en exageraciones, haciendo apreciaciones generales erróneas que impedirían comprender los acontecimientos ulteriores. En efecto, en los 170 millones de habitantes, los grupos afectados por las ideas revolucionarias eran ínfimos: algunos millares de intelectuales, de estudiantes y de lo escogido de la clase obrera en los grandes centros urbanos. El resto de la población: el gran contingente de campesinos, la mayoría de los ciudadanos y de los obreros, permanecían aún extraños, indiferentes y hasta hostiles a la agitación revolucionaria. Es cierto que los medios avanzados aumentaban rápidamente sus efectivos; desde 1900, el número de obreros ganados a la causa crecía de continuo; la efervescencia revolucionaria alcanzaba también a las masas campesinas cada vez más miserables. Pero, al mismo tiempo, la masa profunda del pueblo, aquella cuya agitación determina en definitiva los grandes cambios sociales, conservaba todavía su mentalidad primitiva. La paradoja rusa permanecía casi intacta, y la leyenda del zar seguía deslumbrando a millones y millones de hombres. En relación a esta masa, el movimiento era una pequeña agitación de superficie. Cuatro obreros solamente participaron en el congreso socialdemócrata de Londres, en 1903.

En estas condiciones, todo contacto entre la vanguardia, empujada muy hacia adelante, y el grueso de la población, muy atrasada, era imposible.

Habrá de tenerse rigurosamente en cuenta esta particularidad para comprender el curso de los acontecimientos.

Los partidos políticos: Socialdemócrata y Socialista Revolucionario. Los atentados.– A partir del año 1901 la actividad revolucionaria se enriqueció con nuevos elementos. Al lado del partido socialdemócrata nació el partido social revolucionario. La propaganda del último resultó pronto de gran eficacia.

Tres puntos importantes diferenciaban a los dos partidos:

1º – En filosofía y en sociología, el partido socialista revolucionario estaba en desacuerdo con la doctrina marxista.

2º – Por razón de su antimarxismo, aportaba al problema campesino, el más importante en Rusia, una solución diferente a la del partido socialdemócrata; éste se basaba únicamente sobre la clase obrera y no contaba con el grueso de la clase campesina, de la que esperaba, por otra parte, una rápida proletarización y, en consecuencia, abandonaba la propaganda rural; el partido socialista revolucionario, en cambio, creía poder ganar la masa campesina a la causa revolucionaria socialista. Éste pensaba que era inocuo esperar su proletarización y desplegaba, por tanto, intensa propaganda en el agro. En la práctica el partido socialdemócrata no encaraba en su programa agrario inmediato más que un aumento de los lotes de terreno pertenecientes a los campesinos y algunas otras reformas de poca importancia, mientras que el partido socialista revolucionario incluía en su programa mínimo la socialización inmediata y completa del suelo.

3º – En perfecta concordancia con su doctrina, el partido socialdemócrata, que fiaba esencialmente en la acción de masas, rechazaba toda acción de terrorismo, todo atentado político. Por el contrario, el partido socialista revolucionario atribuía cierta utilidad pública a los atentados contra los altos funcionarios zaristas demasiado activos y crueles. Creó la Organización de Combate, encargada de preparar y ejecutar los atentados políticos desde su comité central.

Aparte de estas diferencias, el programa político y social mínimo de ambos partidos era casi el mismo: una república democrático burguesa, que preparase la evolución hacia el socialismo.

De 1901 a 1905 el partido socialista revolucionario realizó varios atentados célebres; en 1902, un joven militante del partido, el estudiante Balmachef, asesinó a Sipiaguin, ministro del Interior; en 1904, otro socialista revolucionario, el estudiante Sazonoff, mató a von Plehve, el famoso y cruel sucesor de Sipiaguin; en 1905, el socialista revolucionario Kaliayef ejecutó al gran duque Sergio, gobernador de Moscú.

Los anarquistas.– Simultáneamente existía una agitación anarquista. Muy débil, totalmente desconocida por la mayoría de la población, estaba representada por algunos grupos de intelectuales y obreros (y por campesinos del sur) sin un contacto permanente. Había una o dos agrupaciones anarquistas en San Petersburgo y en Moscú; algunas en el

mediodía y en el oeste. Su actividad se limitaba a una débil propaganda, por otra parte muy difícil, atentados contra los servidores demasiado adictos al régimen y a actos de expropiación individual. La literatura libertaria llegaba clandestinamente desde el extranjero. Se distribuían, sobre todo, los folletos de Kropotkin, que, obligado a emigrar después de la derrota de la *Narodnaïa Volia* se había establecido en Inglaterra.

El gobierno zarista procura canalizar el movimiento obrero hacia una actividad "legal".– La rápida extensión alcanzada por la actividad revolucionaria a partir de 1900 preocupaba bastante al gobierno y, sobre todo, la simpatía que despertaba la propaganda en el seno de la clase obrera. A pesar de su existencia ilegal, los dos partidos socialistas poseían en las grandes ciudades sus respectivos comités, círculos de propaganda, imprentas clandestinas y nutridas agrupaciones de prosélitos. El partido socialista revolucionario lograba cometer atentados que, por su resonancia, atraían la atención y hasta la admiración de todos los ambientes. El gobierno juzgó insuficientes los medios de defensa y de represión, tales como la vigilancia, el espionaje, la provocación, la cárcel y la matanza. A fin de sustraer a la masa trabajadora de la influencia de los partidos socialistas y de toda actividad revolucionaria, las autoridades concibieron un plan maquiavélico: crear una organización proletaria *legal, autorizada,* cuya dirección y orientación dependerían naturalmente de sus dictados. El zarismo aplicaba así un doble juego ofensivo: atraería hacia sí las simpatías y el reconocimiento de los trabajadores, al desviarlos de los partidos revolucionarios, y conduciría a la clase obrera hacia donde más le conviniese, vigilándola de cerca.

Tarea delicada; era necesario atraer a los obreros hacia esos organismos de Estado, venciendo su desconfianza; había que interesarlos, seducirlos, adularlos y engañarlos sin que ellos se percataran de la maniobra; simular, en fin, que se marchaba al encuentro de sus propias aspiraciones... Se quería eclipsar a los partidos, neutralizar su propaganda y sobrepasarlos, especialmente por medio de actos concretos. Para asegurar el éxito del plan, el gobierno estaba dispuesto a otorgar ciertas concesiones de orden económico y social.

La ejecución de semejante *programa* exigía hombres de absoluta confianza y además hábiles, sagaces, conocedores de la psicología obrera, audaces, capaces de ganar la confianza y de imponerse. La elección gubernamental se decidió finalmente por dos agentes de la policía política secreta, la Okhrana, quienes debían ejecutar el proyecto. Uno de ellos fue Zubatoff, por Moscú; el otro, sacerdote y capellán de una de las prisiones de San Petersburgo, fue el pope Gapone.

Así, el gobierno del zar quería jugar con fuego, pero no tardó en sentir los crueles efectos de las quemaduras.

SEGUNDA PARTE
LA CONMOCION (1905-1906)

CAPÍTULO I
LA EPOPEYA GAPONISTA – PRIMERA HUELGA GENERAL

Las "Secciones Obreras". La agitación y la epopeya gaponistas. El Pope Gapone: su personalidad, su obra, su fin. El "Domingo Sangriento": 9-22 de enero de 1905. La "Leyenda del zar" destruida por el zar. Primer gran movimiento de masas obreras. Primera huelga obrera en San Petersburgo.– En Moscú, Zubatoff fue pronto desenmascarado y no pudo adelantar en su proyecto. Pero en San Petersburgo, Gapone, muy diestro, obrando en la sombra, supo ganar la confianza y hasta la afección de los medios obreros. Con talento de agitador y de organizador, puso en pie a las llamadas Secciones obreras, que él guiaba y animaba con gran actividad. Hacia fines de 1904, estas Secciones llegaron a once, en diversos barrios de la capital, con algunos millares de afiliados; muy concurridas por entusiastas que iban a ellas a hablar de sus asuntos, escuchar alguna conferencia y leer periódicos. La entrada era vigilada por los obreros gaponistas; los militantes de los partidos políticos eran excluidos y, si lograban entrar, solían ser descubiertos y expulsados.

Los trabajadores de San Petersburgo tomaron muy en serio sus Secciones. Con entera confianza en Gapone, le hablaban de sus desgracias y sus aspiraciones; discutiendo con él los medios de mejorar su situación, examinaban proyectos de lucha contra los patronos. Hijos de un pobre campesino, habiendo vivido entre trabajadores, Gapone comprendía muy bien la psicología de sus confidentes. Además, sabía simular en forma adecuada su aprobación y sus vivas simpatías al movimiento obrero. Tal era su misión oficial.

La tesis del gobierno era: "Trabajadores: podéis mejorar vuestra situación aplicando metódicamente y dentro de las formas legales las directivas de las Secciones sindicales, y para ello no es necesaria vuestra participación en la política. Ocupaos de vuestros intereses personales concretos, inmediatos, y muy pronto tendréis una existencia más feliz. Los partidos y las luchas políticas, las recetas propuestas por los malos pastores, los socialistas y revolucionarios, no os conducirán a nada bueno. Atended vuestros intereses económicos inmediatos y por esta vía legal obtendréis vuestro mejoramiento. El gobierno os sostendrá". Esto es lo que Gapone y sus ayudantes, reclutados entre los mismos obreros, propagaban en los sindicatos.

Los obreros respondieron y comenzaron su acción económica, formulando sus reivindicaciones de acuerdo con Gapone. Este, en situación tan delicada, debió colaborar para no provocar el descontento entre los trabajadores, que lo habrían acusado de traicionar sus intereses y de sostener los del patronato. No quería perder su popularidad despertando sospechas graves contra él y su

obra. En su doble juego, Gapone debía, ante todo y a cualquier precio, conservar las simpatías ganadas; aparentaba, pues, sostener toda causa obrera para retener la dirección, manejar las masas a su antojo y canalizarlas en el plan trazado; pero ocurrió todo lo contrario. La agitación sobrepasó los límites que se le había asignado y alcanzó un vigor y un ritmo imprevistos, trastornando todos los cálculos y combinaciones de los iniciadores. Pronto se transformó en una verdadera tempestad que arrastró al mismo Gapone.

En diciembre de 1904 los obreros de la fábrica Putiloff, una de las más importantes de San Petersburgo y en la que Gapone contaba con numerosos adeptos y amigos, decidieron comenzar la acción. De acuerdo con él, redactaron y remitieron a la dirección una lista de reivindicaciones de orden económico bastante moderadas. A fin de mes, fueron informados por la dirección que no consideraba factibles las mejoras solicitadas, a cuya aceptación el gobierno no podía forzarla. Además, despidió a algunos de los dirigentes obreros, cuya inmediata reintegración al trabajo fue exigida por los demás, reclamación igualmente rechazada.

La indignación y la cólera de los obreros estallaron. Primero, por la infructuosidad de sus largos y laboriosos esfuerzos, y luego, porque se les había hecho creer que su acción no podría dejar de ser eficaz. Gapone les había hecho concebir esperanzas, y he aquí que su primer paso en la vía legal les reportaba un fracaso injustificado. Al par que abatidos, se sintieron moralmente obligados a intervenir por sus compañeros despedidos.

Las miradas se fijaron en Gapone. Éste, para conservar el prestigio, simuló indignación como ellos y los incitó a insistir con más fuerza. Sintiéndose protegidos en sus reivindicaciones exclusivamente económicas, apoyados por las secciones y por Gapone, en numerosas reuniones tumultuosas decidieron declararse en huelga. El gobierno, confiando en Gapone, les dejaba hacer. La huelga de la fábrica Putiloff fue la primera huelga importante en Rusia, iniciada en diciembre de 1904.

Todas las secciones obreras se levantaron para defender la acción de los trabajadores de Putiloff, comprendiendo que su fracaso seria el fracaso general. Gapone debió recorrer, una por una, todas las secciones, pronunciando discursos en favor de los huelguistas e invitando a todos a apoyarlos eficazmente.

Una agitación obrera extraordinaria invadía a San Petersburgo. Los talleres fueron espontáneamente abandonados. Sin orden, sin preparación ni dirección, la huelga de Putiloff adquiría carácter general. Fue como una tempestad; los huelguistas se precipitaron en las secciones, sin atender formalidades ni vigilancias, clamando por la acción inmediata, porque la sola huelga no era suficiente; había que hacer algo grande, impresionante, decisivo. Tal era el sentimiento general.

Entonces surgió, jamás se supo exactamente de dónde ni cómo, la fantástica idea de redactar, en nombre de los obreros y los campesinos desheredados de todas las Rusias una petición al zar; de volcarse, para apoyarla, en grandes masas ante el Palacio de Invierno; de entregarla, mediante una delegación encabezada por Gapone, al zar mismo, y solicitarle que escuchara la expresión de las miserias de su pueblo. Por ingenua y paradójica que pareciese, esta idea se extendió rápidamente entre los obreros

de San Petersburgo; los unió, los inspiró y los entusiasmó, dando sentido y finalidad precisa al movimiento.

Las secciones siguieron a las masas y se organizó la acción. Gapone fue encargado de redactar la petición, y aceptó. Los acontecimientos lo transformaron así en el conductor de un histórico movimiento proletario importante.

A principios de enero de 1905, el documento quedó terminado. Estaba hecho en sencillo estilo, lleno de emoción, entusiasmo y confianza. Las miserias del pueblo se reflejaban en él con mucho sentimiento y sinceridad. Se pedía al zar que aprobase las reformas solicitadas y velase por su cumplimiento. El petitorio de Gapone fue, sin duda, de alta inspiración, realmente patético. Se trataba ahora de que todas las secciones lo hiciesen suyo, de llevarlo a conocimiento de las vastas masas y de organizar la marcha al Palacio de Invierno.

Revolucionarios pertenecientes a los partidos políticos, que se habían mantenido hasta entonces al margen del gaponismo, se acercaron a Gapone. Trataron, ante todo, de convencerlo para que el tono del petitorio y de la acción inmediata fuera menos servil, más digno, más firme, más revolucionario. Los medios avanzados ejercieron sobre él idéntica presión. Gapone se prestó a ello con bastante buena voluntad. Los socialistas revolucionarios, sobre todo, se le aproximaron. De acuerdo con ellos, modificó el texto del documento, extendiéndolo considerablemente y atenuando la expresión de fidelidad al zar, de modo que constituyó una de las mayores paradojas históricas conocidas. Se dirigía muy lealmente al zar y se le solicitaba, nada menos, que autorizara y aun realizara una revolución fundamental, la cual, en última instancia, suprimía su poder. Todo el programa mínimo de los partidos revolucionarios figuraba en el escrito. Se exigía con urgencia la completa libertad de prensa, de palabra, de conciencia; libertad absoluta para todas las asociaciones; derecho de agremiación y de huelga; leyes agrarias de expropiación de los grandes latifundios en beneficio de las comunidades campesinas y convocación inmediata de una Asamblea Constituyente, elegida en base a una ley electoral democrática. Era, decididamente, una invitación al suicidio.

He aquí el texto íntegro y definitivo de la petición:

¡Señor!

Nosotros, trabajadores de San Petersburgo, nuestras mujeres, nuestros hijos y nuestros padres, viejos sin recursos, venimos, ¡oh Zar!, para solicitarte justicia y protección.

Reducidos a la mendicidad, oprimidos, aplastados bajo el peso de un trabajo extenuador, abrumados de ultrajes, no somos considerados como seres humanos, sino tratados como esclavos que deben sufrir en silencio su triste condición, que pacientemente hemos soportado. He aquí que ahora se nos precipita al abismo de la arbitrariedad y la ignorancia. Se nos asfixia bajo el peso del despotismo y de un tratamiento contrario a toda ley humana.

Nuestras fuerzas se agotan, ¡oh, Zar! Vale más la muerte que la prolongación de nuestros intolerables sufrimientos. Por eso hemos abandonado el trabajo y no lo reanudaremos hasta que no se hayan aceptado nuestras justas demandas, que se reducen a bien poco, pero que, sin ello, nuestra vida no es sino un infierno de eterna tortura.

En nuestro primer requerimiento solicitábamos a nuestros patronos que tuvieran a bien interiorizarse de nuestras necesidades. ¡Y lo han rechazado! Hasta el derecho de discutirlas nos ha sido negado, so pretexto de que la ley no nos lo reconoce.

La demanda de ocho horas de jornada también fue tachada de ilegal, así como la fijación de salarios de común acuerdo; el arbitraje en caso de discrepancia con la administración de la fábrica, la elevación del salario a un rublo diario para los operarios de ambos sexos y la supresión de horas suplementarias, un mejoramiento del estado de los talleres, para que el trabajo no entrañe la muerte a consecuencia de corrientes de aire, de nieve y de lluvia, mayor atención a quienes caen enfermos y, además, que las órdenes no sean impartidas con acompañamiento de injurias.

Todas estas reivindicaciones han sido rechazadas por ilegales. El solo hecho de haberlas formulado ha sido interpretado como un crimen. El deseo de mejorar nuestra situación es considerado por nuestros patronos como una insolencia.

¡Oh, Emperador! Somos más de 300.000 seres humanos, pero sólo lo somos en apariencia, puesto que en realidad no tenemos ningún derecho humano. Nos está vedado hablar, pensar, reunirnos para discutir nuestras necesidades y tomar medidas para mejorar nuestra situación. Cualquiera de nosotros que se manifieste en favor de la clase obrera puede ser enviado a la prisión o al exilio. Tener buenos sentimientos es considerado un crimen, lo mismo que fraternizar con un desgraciado, un abandonado, un caído.

¡Oh, Zar! ¿Está esto de acuerdo con los mandamientos de Dios, por cuya gracia Tú reinas? Bajo tales leyes, ¿vale acaso la pena de vivir? ¿No sería preferible para nosotros, trabajadores rusos, morir, dejando a los capitalistas y a los funcionarios vivir solos y gozar de la existencia?

Tal es, Señor, el porvenir que nos espera. Por eso estamos reunidos ante los muros de Tu Palacio. Esperamos encontrar aquí la última tabla de salvación. No te rehúses a ayudar a Tu pueblo a salir del abismo sin ley de la miseria y la ignorancia. Concédele una oportunidad, un medio de cumplir su verdadero destino. Líbralo de la intolerable opresión de los burócratas. Demuele la muralla que te separa de él y llámalo a gobernar el país a Tu lado.

Tú has sido enviado para conducir al pueblo a la felicidad. Pero la tranquilidad nos es arrancada por Tus funcionarios, que no nos reservan más que dolor y humillación.

Examina con atención y sin cólera nuestras demandas, formuladas no para el mal sino para el bien, nuestro bien, Señor, y para el Tuyo. No es la insolencia, sino la conciencia de la necesidad general de terminar con el actual e insoportable estado de cosas, la que Te habla.

Rusia es muy vasta y sus necesidades demasiado múltiples para que pueda ser dirigida por un gobierno compuesto únicamente de burócratas. Es absolutamente necesario que el pueblo participe en él, pues sólo él conoce sus necesidades. No le rehúses el socorro a Tu pueblo. Concede sin demora a los representantes de todas las clases del país la orden de reunirse en Asamblea. Que los capitalistas y los obreros estén representados. Que los funcionarios, los clérigos, los médicos y los profesores elijan también sus delegados. Que todos sean libres de elegir a quienes les plazca. Permite para ello que se proceda a la elección de una Asamblea Constituyente bajo el régimen del sufragio universal.

Tal es nuestra principal demanda, de la que todo depende. Sería lo mejor, el verdadero bálsamo para nuestras heridas, sin el cual ellas permanecerán abiertas y la muerte dará cuenta de nosotros.

No hay panacea para todos nuestros males. Son necesarios muchos remedios. Te los enumeraremos francamente, Señor, con el corazón abierto, como aun padre.

Son indispensables las medidas siguientes.

Figuran en el primer grupo las que tienden a eliminar el desconocimiento de nuestros derechos y la ignorancia que agobia al pueblo, Ellas comprenden:

1º Libertad e inviolabilidad de la persona; libertad de palabra, de prensa, de asociación, de conciencia en materia religiosa; separación de la Iglesia y del Estado. 2º Instrucción gratuita general y obligatoria. 3º Responsabilidad de los ministros ante la nación; garantías para la legalidad de los métodos administrativos. 4º Igualdad de todos los individuos, sin excepción, ante la ley. 5º Libertad inmediata de todos los que han sufrido por sus convicciones.

En el segundo grupo se señalan previsiones contra el pauperismo, y son:

1º Abolición de los impuestos indirectos. Impuesto directo y progresivo sobre la renta. 2º Derogación de los censos para el rescate de las tierras. Crédito a bajo interés. Entrega gradual de la tierra al pueblo.

El tercer grupo comprende las medidas contra la explotación del trabajo por el capital, y pide:

1º protección del trabajo por la ley. 2º Libertad de organización obrera con fines de cooperación y reglamentación de los asuntos profesionales. 3º Jornada de trabajo de ocho horas; limitación de las horas suplementarias. 4º Libertad de lucha entre capital y trabajo. 5º Participación de la clase laboriosa en la elaboración de una ley de seguros obreros del Estado. 6º Salario normal.

He aquí, ¡Señor!, nuestras principales necesidades. Ordena que ellas sean satisfechas. Júranos que lo serán y harás a la Rusia feliz y gloriosa, y Tu nombre será inscrito en nuestros corazones, en los corazones de nuestros hijos, y en los de los hijos de nuestros hijos.

Pero, si Tú no nos das Tu promesa, si Tú no aceptas nuestra petición, estamos decididos a morir aquí, en esta plaza, frente a Tu Palacio, pues no tenemos dónde ir, ni razón alguna para volvernos. Para nosotros no hay más que dos caminos: : el uno conduce a la libertad y a la dicha; el otro a la tumba. Indícanos uno de ellos, ¡oh, Zar!, y lo seguiremos aunque nos lleve a la muerte.

Que nuestras vidas sean en holocausto por la Rusia agonizante; no lamentaremos el sacrificio. Con alegría las ofrecemos.

A despecho de todo lo que había de contradictorio en la situación, la acción que se preparaba no lo era, sino lógica consecuencia de la presión combinada de las diversas tendencias en juego: una especie de síntesis natural de los diferentes elementos actuantes.

Por una parte, la idea de la gestión colectiva ante el zar no fue, en el fondo, más que una manifestación de la fe ingenua del pueblo en la buena voluntad de aquél por la profunda sugestión de la leyenda del zar. Así, los obreros que en Rusia no rompían jamás sus vínculos con el campo, volvieron a la tradición campesina para ir a pedir al pequeño padre ayuda y protección. Aprovechando la ocasión única, en espontáneo ímpetu irresistible, buscaron, sobre todo, poner el dedo en la llaga, obtener una solución concreta y definitiva. Esperando en el fondo de su simplicidad un éxito, por lo menos parcial, quisieron sobre todo saber a qué atenerse.

Por otra parte, la influencia de los partidos revolucionarios, forzados a mantenerse a cierta distancia, sin la suficiente fuerza como para detener el movimiento y todavía menos para sustituirlo por otro más revolucionario, la ejercían sobre Gapone con decisión y lo obligaron a ir más lejos de lo que él quería.

Fue tal presión un producto bastardo, pero lógico, de las fuerzas contradictorias actuantes.

Los intelectuales liberales asistieron como testigos impotentes al desarrollo de los acontecimientos.

La conducta y la psicología de Gapone, por contradictorias que puedan parecer, tienen una explicación sencilla. Al principio, simple comediante, agente a sueldo de la policía, fue cada vez más arrastrado por la formidable marea del movimiento popular que lo colocaba irresistiblemente en la vanguardia. Los acontecimientos lo colocaron, a su pesar, a la cabeza de las multitudes, para las que se había convertido en un ídolo. Aventurero y novelesco, debió dejarse mecer por una ilusión, y percibiendo instintivamente la importancia histórica de los hechos, quizá los apreció con exageración. Veía ya a todo el país en revolución, el trono en peligro, y él, Gapone, jefe supremo del movimiento, ídolo del pueblo, elevado a las cumbres de la gloria. Fascinado por este sueño, que la realidad parecía querer justificar, se dio finalmente por completo a la agitación desencadenada. Desde entonces, su misión policial no le interesó más. En esas jornadas de fiebre, deslumbrado por los destellos de la formidable tormenta social, quedó ensimismado por su nueva postura, que debía antojársele casi providencial. Esta era quizá la psicología de Gapone en enero de 1905. Probablemente, el hombre entonces era sincero, y ésta es la impresión personal del autor, que lo conoció algunos días antes de los acontecimientos y lo vio actuar.

Incluso el fenómeno más extraño, el silencio del gobierno y la ausencia de toda intervención policial en el curso de la febril preparación, se explica fácilmente. La policía no pudo comprender la mudanza de Gapone. Confiaron en él hasta el fin, considerando que hacía una hábil maniobra; cuando después se percataron del cambio y del peligro inminente, ya era demasiado tarde para canalizar y dirigir la marea ascendente. Al principio un poco desconcertado, el gobierno tomó finalmente la resolución de esperar el momento favorable para aplastar de un solo golpe la agitación. La policía se mantenía a la expectativa, y este hecho incomprensible, misterioso, envalentonó a las masas, aumentando sus esperanzas. “El gobierno no se atreve a oponerse al movimiento: se inclinará”, se decía generalmente.

La marcha hacia el Palacio de Invierno había de ser en la mañana del domingo 9 de enero, del antiguo calendario. Los últimos días fueron dedicados a la lectura pública de la petición en las secciones. En todas se procedía casi de igual manera. Gapone mismo, o alguno de sus amigos, leía y comentaba el documento frente a los obreros, que ocupaban los locales por turno. Una vez lleno el local, se cerraba la puerta y se daba a conocer la petición. Los asistentes estampaban sus firmas en una hoja especial y salían para dejar lugar a otra multitud que esperaba su turno en la calle; la ceremonia recomenzaba, y así en todas las secciones, hasta después de medianoche.

La nota trágica de esos últimos preparativos era el llamado supremo del orador y el juramento solemne, feroz, de la masa: “¡Camaradas obreros, campesinos y otros! ¡Hermanos de miseria! Sed todos fieles a la causa y al compromiso. El domingo por la mañana, todos a la plaza, ante el Palacio de Invierno. Cualquier desfallecimiento de vuestra parte será una traición. Pero venid serenos, pacíficos, dignos de esa hora solemne. El padre Gapone ya ha prevenido al zar y le ha garantizado, bajo su responsabilidad personal, que entre vosotros estará seguro. Si vosotros os permitís cualquier abuso, el

padre Gapone responderá de él. Habéis escuchado la petición. Solicitamos lo justo. No podemos continuar más esta existencia miserable. Vayamos, pues, hacia el zar con los brazos abiertos, plenos los corazones de amor y de esperanza. El no puede tratarnos sino de la misma manera y prestar oídos a nuestra demanda. Gapone mismo le entregará la petición. Esperemos, camaradas; esperemos, hermanos, que el zar nos recibirá, nos escuchará y dará satisfacción a nuestras legítimas reivindicaciones. Pero si el zar, mis hermanos, en lugar de recibirnos, nos opone los fusiles y los sables, entonces ¡que la desgracia caiga sobre él! ¡Ya no tendríamos más zar! ¡Sería maldito para siempre, él y toda su dinastía!... ¡Jurad todos, camaradas, hermanos, simples ciudadanos, que si así sucede no olvidaréis jamás la traición.! ¡Jurad que destruiréis al traidor por todos los medios posibles!”... y la asamblea en pleno, arrebatada por un impulso extraordinario, respondía mientras levantaba los brazos: “¡Lo juramos!”

Cuando Gapone leía la petición, y lo hacía por lo menos una vez en cada sección, agregaba lo siguiente: “Yo, sacerdote Jorge Gapone por la voluntad de Dios, os libro entonces del juramento prestado al zar y bendigo de antemano a aquel que pueda destruirlo. ¡Así ya no tendremos más zar!...” Pálido de emoción, repetía dos y hasta tres veces esta frase delante del auditorio silencioso y emocionado.

“¡Jurad seguirme, juradlo sobre la cabeza de los vuestros, de vuestros niños!” “¡Sí, padre, sí! ¡Lo juramos sobre la cabeza de nuestros pequeños!”, era inevitablemente la respuesta.

El 8 de enero por la tarde todo estaba preparado para la marcha. Las autoridades no quedaron atrás. Ciertos círculos intelectuales y literarios supieron de la decisión del gobierno: no permitir que la multitud se aproximase al palacio y, si insistían, abrir fuego sin piedad contra la misma. Fue enviada una delegación ante las autoridades para evitar el derramamiento de sangre, pero en vano. Se tomaron todas las precauciones. La capital se hallaba a merced de las tropas bien armadas.

El domingo 9 de enero, desde temprano, una masa inmensa, compuesta sobre todo de obreros, muchos de ellos con sus familias, y también de otros elementos muy diversos, se puso en movimiento hacia el Palacio de Invierno. Decenas de millares de hombres, mujeres y niños, partiendo de todos los puntos de la capital y de sus alrededores, marcharon hacia la concentración.

Por todas partes tropezaron con barreras de tropas y de policías que abrieron un fuego nutrido contra esta verdadera marea humana. Pero la presión de esta masa compacta de hombres, que aumentaba de minuto en minuto, fue tal que por toda clase de vías oblicuas la multitud afluía sin cesar hacia la plaza, interceptando las calles vecinas. Millares de hombres dispersados por el ataque se dirigían obstinadamente hacia su meta, por las calles adyacentes, movidos por el entusiasmo, la curiosidad, la cólera y la necesidad de desahogar su indignación y su horror. Había muchos que todavía abrigaban un destello de esperanza, creyendo que si lograban llegar ante el palacio del zar, éste los recibiría y todo se arreglaría. Algunos suponían que se vería obligado a ceder; los más ingenuos se imaginaban que el zar no sabía nada de la agresión, y que la policía, habiéndole ocultado los

hechos, quería ahora impedir al pueblo que viese al padrecito. Se había de llegar allí a toda costa. Eso era lo jurado... El padre Gapone quizá estaba ya presente.

Oleadas humanas invadieron finalmente los alrededores y penetraron en la plaza; el gobierno no encontró nada mejor que barrer a tiros a esa multitud desarmada, desamparada y desesperada.

Fue un crimen horrendo apenas imaginable en la historia de las vicisitudes proletarias. Ametrallada a quemarropa, aterrorizada, clamante de dolor y de furia, esta gran muchedumbre, no pudiendo avanzar ni retroceder, trabada por su propia masa, sufrió el llamado baño de sangre. Rechazada ligeramente por los disparos, pisoteada, asfixiada, destruida, se rehacía de inmediato sobre los muertos y los heridos, presionada por otras masas que llegaban. Y nuevos ataques sacudían a esta multitud con escalofríos de muerte... Esta agresión infame duró demasiado, hasta que los sobrevivientes pudieron dispersarse.

Centenares de hombres, mujeres y niños perecieron. Los soldados se emborracharon, hasta perder todo escrúpulo. Centenares de ellos, totalmente inconscientes, instalados en un jardín próximo a la plaza del palacio, se divertían bajando a tiros a los chicos trepados en los árboles “para ver mejor”...

Hacia la tarde, *el orden restablecido*, nunca se supo ni aproximadamente la cantidad de victimas. Durante toda la noche, trenes repletos de cadáveres transportaban fuera de la ciudad a esos cuerpos destrozados para enterrarlos amontonados en campos y bosques de los alrededores.

El zar ni siquiera se encontraba en la capital durante los sucesos. Después de haber dado carta blanca a las autoridades militares, se había refugiado en una de sus residencias de verano, en Tzarskoie-Sielo, cerca de San Petersburgo.

Gapone, rodeado de portadores de iconos y de imágenes del zar, encabezaba una nutrida columna que se dirigía hacia el palacio por la Puerta de Narva; fue dispersada por las tropas cuando se encontraba en el umbral. Gapone consiguió sortear el peligro. A los primeros disparos tiróse cuerpo a tierra y no se movió más. Se le creyó muerto o herido; fue llevado por algunos amigos hasta un lugar seguro, le cortaron los largos cabellos de pope y le vistieron de civil.

Por fin huyó al extranjero; al abandonar Rusia, Gapone hizo un manifiesto a los obreros, que decía:

> Yo maldigo, como pastor, a todos los oficiales y soldados que hoy asesinan a sus hermanos inocentes, mujeres y niños. Yo maldigo a todos los opresores del pueblo. Bendigo a los soldados que ayudan a los esfuerzos populares por la libertad, y los libero del juramento de fidelidad que han prestado al zar traidor, por cuyas órdenes se ha hecho correr la sangre del pueblo.

Además redactó esta proclama, distribuida en todo el país:

> Camaradas obreros: ¡Ya no hay zar! Entre él y el pueblo ruso ha corrido la sangre. Los obreros deben emprender ahora solos la lucha por la libertad. Os bendigo para los próximos combates. Mañana estaré con vosotros y hoy trabajo por la causa común.

Salvado por sus amigos, el ex pastor Gapone se exiló; los socialistas revolucionarios cuidaron de él, aunque su porvenir sólo dependía de él mismo. Se le proporcionaron los medios necesarios para romper definitivamente con su pasado, completar su instrucción y definir su posición ideológica, para llegar a ser un hombre de acción.

Pero Gapone no tenía el temple necesario. El fuego idealista que, por azar, afloró un día en su carácter tenebroso se convirtió enseguida en ambición y afán de goces personales. No se dedicó a su propia educación ni se preparó para una actividad trascendente; permaneció en la inactividad y en el aburrimiento. El trabajo paciente no le seducía y soñaba una continuación inmediata y gloriosa de su efímera aventura. Mientras tanto, Rusia seguía empantanada y la gran revolución se postergaba. Gapone se hastiaba y buscó el olvido en el libertinaje; pasaba su tiempo en turbios lugares, donde, medio borracho y en compañía de mujeres ligeras, lloraba sus perdidas ilusiones. La vida en el extranjero le disgustaba; la nostalgia del país le atenazaba; quería retornar a Rusia a cualquier precio.

Concibió la idea de dirigirse al gobierno ruso solicitando su perdón y autorización para volver a su servicio. Escribió a la policía secreta y reanudó las relaciones con ella.

Sus antiguos jefes recibieron favorablemente la solicitud. Pero, ante todo, le exigieron una prueba de su arrepentimiento y buena voluntad. Conociendo su amistad con miembros influyentes del partido socialista revolucionario, le solicitaron indicaciones precisas para asestarle un golpe decisivo. Gapone aceptó.

Uno de esos miembros influyentes, amigo íntimo de Gapone, ingeniero Rutemberg, tuvo noticias de las nuevas relaciones de Gapone con la policía y lo comunicó al comité central del partido, el cual le encargó que hiciese todo lo posible por desenmascararlo.

Rutemberg cumplió su cometido. Haciendo creer a Gapone que traicionaría a su partido por una fuerte suma de dinero, obtuvo las confidencias suficientes. Se convino que transmitiría a la policía, por intermedio de Gapone, los secretos más importantes del partido.

Se discutió el precio. Esta discusión, simulada y prolongada conscientemente por Rutemberg, se terminó en Rusia, adonde Gapone y Rutemberg pudieron regresar.

El último acto del drama se desarrolló en San Petersburgo. Rutemberg previno a algunos obreros fieles a Gapone, quienes se negaban a creer en su traición y exigieron se diera una prueba evidente. Se convino en que ellos asistirían ocultos a la conversación entre Gapone y Rutemberg, en la que se fijaría el precio de la supuesta traición de éste.

El encuentro se realizó en una casa desierta no lejos de la capital. Los obreros, ocultos en una pieza contigua, se convencerían de la verdad para desenmascarar a Gapone públicamente.

Pero los obreros no pudieron contenerse. Convencidos de la traición, irrumpieron en la sala, se precipitaron sobre el traidor y, a pesar de sus súplicas, imploradas de rodillas, lo ejecutaron brutalmente y lo colgaron del

techo. Fue descubierto el cadáver incidentalmente y así terminó la epopeya personal de Gapone.

En sus memorias, generalmente sinceras, se esfuerza, con poca habilidad, en justificar sus vinculaciones con la policía antes del 9 de enero de 1905, pero parece no haber dicho toda la verdad.

La agitación continuaba.

Los acontecimientos del 9 de enero repercutieron en todo el país. En los más apartados rincones, la gente se informaba, estupefacta e indignada, de que en lugar de prestar oídos al pueblo pacíficamente reunido frente al palacio real para relatar sus miserias al zar, éste había dado fríamente la orden de abrir fuego. Durante mucho tiempo todavía, campesinos delegados por sus villas se infiltraban clandestinamente en San Petersburgo con la misión de conocer la verdad.

Esta verdad muy pronto fue conocida en todas partes, y así la leyenda del zar se desvaneció.

Una paradoja histórica más: en 1881, los revolucionarios asesinaron al zar para destruir la leyenda, pero ella sobrevivió. Veinticuatro años más tarde fue el zar mismo quien la destruyó.

En San Petersburgo, la huelga se transformó en total. El lunes 10 de enero no trabajó ninguna fábrica ni taller. Una sorda rebeldía crecía. La primera gran huelga revolucionaria de los trabajadores rusos fue un hecho consumado.

Fue necesario que el pueblo viviera una experiencia histórica palpable, de gran importancia, para que comenzara a comprender la verdadera naturaleza del zarismo, el conjunto de la situación y las auténticas tareas de la lucha. Ni la propaganda ni el sacrificio de los más entusiastas pudieron por sí solos llegar a este resultado.

CAPÍTULO II
EL NACIMIENTO DE LOS SOVIETS

Uno de los hechos más importantes de la Revolución rusa, de los menos conocidos y el más desfigurado, es el origen y la primera actividad de los soviets.

En todo lo que se ha publicado hasta la fecha, no sólo en los estudios extranjeros, sino también en la documentación rusa, existe una laguna insalvable: cuándo y cómo fue creado el primer soviet obrero.

Hasta el presente, casi todos los historiadores y escritores, tanto burgueses como socialistas, mencheviques, bolcheviques, etcétera, databan el nacimiento del primer soviet obrero hacia fines de 1905, en el transcurso de la huelga general de octubre, del famoso manifiesto zarista del día 17 y de los acontecimientos subsiguientes. Esto es falso.

Cierto que algunos autores –especialmente P. Miliukov en sus memorias– hacen algunas alusiones a un esbozo de los futuros soviets en los comienzos de 1905. Pero lo hacen sin ninguna precisión; cuando intentan concretar, se equivocan. Así, Miliukov cree haber encontrado el origen de los soviets en

la Comisión Chidlovsky. Esta fue una tentativa oficial, semigubernativa, semiliberal, que después del 9 de enero de 1905, en colaboración con delegados obreros autorizados, intentó vanamente la solución de algunos problemas sociales. Según Miliukov, entre esos delegados había un intelectual, un tal Nossar, que más tarde formó con otros delegados, y al margen de la Comisión, un soviet, el primer soviet obrero, del que el mismo Nossar fue animador y presidente. Esto es inexacto. Cuando Nossar se presentó a la Comisión Chidlovsky era ya miembro y presidente del primer soviet obrero, que había sido creado antes de la existencia de dicha comisión, con la que no tenía relación alguna. Otros autores incurren en análogos errores.

Los socialdemócratas pretenden, a veces, haber sido los verdaderos promotores del primer soviet. Y los bolcheviques se esfuerzan por arrebatarles tal primicia.

Ningún partido ni organización ni conductor inspiró la idea del primer soviet. *Éste surgió espontáneamente como consecuencia de un acuerdo colectivo, en el seno de un pequeño grupo, fortuito y de carácter absolutamente privado.* Lenin, en sus obras, y Bujarin, en su *A B C del comunismo*, anotan que los soviets fueron creados espontáneamente por los obreros, dejando suponer que eran bolcheviques o, por lo menos, simpatizantes.

He ahí uno de los episodios más desatendidos de la Revolución desconocida. Tiempo es de que la verdad histórica sea establecida. Tanto más cuanto que esta verdad es bastante sugestiva.

Perdóneseme hablar aquí de mí mismo. Involuntariamente estuve vinculado de cerca al nacimiento del *primer soviet de delegados obreros*, creado en San Petersburgo en *enero-febrero de 1905.*

A la fecha, yo he de ser acaso el único relator presencial del episodio, a menos que estén aún en vida algunos de los obreros participantes.

Recorriendo la prensa rusa y extranjera que se ocupó de los sucesos de 1905 y de los soviets, he podido comprobar que ninguno de los autores podía decir exactamente cuándo y cómo surgió el primer soviet en Rusia. Todo la que se sabía, y se sabe aun hoy, es que nació en San Petersburgo en 1905 y que su primer presidente fue Nossar, más conocido en el soviet con el nombre de Khrustaleff. Pero *¿de dónde y cómo apareció la idea de este soviet? ¿Quién la lanzó? ¿En qué circunstancias fue adoptada y realizada? ¿Cómo y por qué Nossar llegó a presidirlo? ¿De dónde procedía él, a qué partido pertenecía? ¿Cuál fue la composición y cuál la función primera de tal soviet?* Tales interrogantes no han tenido hasta ahora respuesta.

El nacimiento del primer soviet fue un acontecimiento completamente privado, en ambiente muy íntimo, al abrigo de toda publicidad, al margen de toda campaña o acción de envergadura.

En la prensa que trató este punto se hallará el nombre de Nossar-Khrustaleff, citado casi incidentalmente; nadie dice dónde o cómo aparece este hombre, por qué y en qué circunstancias devino presidente del primer soviet. La prensa socialista se siente visiblemente incómoda al tener que hablar de Nossar; cita su nombre con desagrado; no pudiendo callar, lo que preferiría, balbucea sobre Nossar y su importancia algunas palabras

inexactas y se apresura a relatar la actividad de los soviets, hacia fines de 1905, cuando el presidente del soviet de San Petersburgo fue León Trotzky.

Se comprende fácilmente tanto la discreción como la molestia y la prisa. Primeramente, ni los historiadores, ni los socialistas, incluso Trotzky, ni los partidos políticos, en general, *han sabido el verdadero origen de los soviets*, y; lógicamente, les molesta confesarlo. Si los socialistas hubieran conocido los hechos les habría sido necesario declarar que no contaron para nada con ellos. Por eso, conociendo o no la verdad, siempre la soslayaron en ventaja propia.

Me molesta tener que hablar de mí. Por otra parte, nunca tuve ocasión de hablar de los soviets en la gran prensa, en la que, por lo demás, no colaboro. El tiempo ha pasado sin que me decidiese a romper el silencio sobre el origen de los soviets, para combatir los errores y las leyendas y mostrar la verdad[1].

Hace algunos años, vivamente impresionado por las alusiones falsas y presuntuosas de ciertos artículos de revistas, fui a ver a M. Melgunoff, editor en París de una revista histórica rusa. Le propuse hacer, a título puramente documental, el relato exacto del nacimiento del primer soviet obrero. La propuesta no prosperó porque el editor no quiso aceptar mi condición de que los artículos no serían alterados en nada; y porque comprendí que su revista estaba lejos de ser una publicación histórica imparcial.

Obligado a hablar de los soviets, revelo los hechos tal como se produjeron. Y si la prensa, histórica o no, se interesa en ellos, encontrará aquí la verdad.

En el año 1904 me encontraba absorbido por un intenso trabajo de educación y cultura entre los obreros de San Petersburgo. Lo hacía con método propio; no pertenecía a ningún partido, pero me sentía intuitivamente revolucionario; no tenía más que veintidós años y acababa de abandonar la Universidad. A fin de año el número de mis alumnos obreros pasaba de cien.

Entre ellos se encontraba una joven que, con su marido, pertenecía a una de las secciones obreras de Gapone; yo había oído hablar muy poco de éste y de sus secciones. Una tarde, mi alumna me acompañó a la sección de nuestro distrito, deseosa de interesarme en esa obra y, particularmente, en su animador. Esa tarde Gapone debía asistir a la reunión.

Por entonces no se había establecido aún el verdadero papel de Gapone. Los obreros de vanguardia, desconfiados de su obra, porque era legal y emanaba del gobierno, la explicaban a su manera. La conducta misteriosa del pope parecía confirmar su opinión de que bajo la coraza protectora de la legalidad Gapone preparaba realmente un vasto movimiento revolucionario. Esta es una de las razones por la cual muchos obreros se negaron luego a

[1] Me he ocupado del punto en un breve estudio sobre la Revolución Rusa publicado por Sebastián Faure en la *Encyclopédie anarchiste*, con el título “Revolución”, posteriormente editado con el título de *La véritable revolution sociale*, junto con otros artículos de la Enciclopedia. Para el *gran público*, no lector de la literatura libertaria, los hechos citados pasaron, empero, casi inadvertidos.

creer en la función policial de aquél. Cuando se aclaró, algunos amigos íntimos de Gapone se suicidaron.

A fines de diciembre conocí a Gapone. Su personalidad me intrigó vivamente; por su parte, pareció interesarse en mi labor educativa. Me entregó una tarjeta con su dirección, y quedamos en volver a vernos para conversar más a fondo.

Días después comenzó la famosa huelga en la fábrica Putiloff; el 6 de enero de 1905 por la tarde mi alumna, muy agitada, vino a comunicarme que los acontecimientos se tornaban graves; que Gapone desencadenaba a las masas obreras de la capital; que recorría todas las secciones, arengando a la multitud y llamando a presentarse el domingo 9 de enero ante el Palacio de Invierno, para entregar una petición al zar; que ya la había redactado y la leería y comentaría en nuestra sección en la tarde del día siguiente, 7 de enero.

Me pareció casi inverosímil y decidí concurrir a la reunión y juzgar la situación por mí mismo. Al día siguiente, un gentío considerable se hizo presente en la sección, colmando, a pesar del frío, la sala y la calle. El ambiente era silencioso y grave. Además de los obreros había muchos variados elementos: intelectuales, estudiantes, militares, agentes de policía, pequeños comerciantes del barrio y mujeres. No había servicio para mantener el orden.

No tardó en llegar Gapone; se abrió paso a través de la masa compacta de pie. Habría quizá un millar. Se produjo un silencio impresionante. Desabotonó su sobretodo y se le vio con la sacerdotal cruz de plata; levantó bruscamente su sombrero, dejando caer en desorden sus largos cabellos, y leyó y explicó la petición a ese gentío atento y conmovido desde las primeras palabras.

A pesar de su voz muy enronquecida –desde hacía varios días se prodigaba sin tregua–, su palabra lenta, casi solemne, pero simple, cálida y de acento sincero, entraba en el corazón de esa gente, que respondía transportada a sus requerimientos.

La impresión era fascinante. Se presentía que algo grande, decisivo, iba a producirse. Recuerdo que temblaba de emoción durante la arenga. Apenas terminó, Gapone descendió del estrado y partió precipitadamente, rodeado por algunos fieles, invitando a los de afuera a escuchar la petición, que sería releída por uno de sus colaboradores.

Separado de él por la multitud, viéndole apurado, absorbido, consumido por un esfuerzo sobrehumano, rodeado de amigos, no traté de aproximarme. Comprendí que mi alumna había dicho la verdad: era inminente un formidable movimiento popular de gravedad excepcional.

Al día siguiente volví a la sección. Quería, ver; sobre todo buscaba el contacto con el pueblo, mezclarme a su acción y determinar mi conducta personal. Me acompañaron muchos de mis alumnos.

Nuevamente encontré una multitud concentrada en la calle. Un miembro de la sección estaba leyendo la petición. Aguardé.

Instantes después la puerta se abrió bruscamente. Un millar de personas salió de la sala, y otro millar se precipitó a ella. Cerrada la puerta, un obrero, sentado en el estrado, comenzó a leer la petición de un modo lamentable.

Con voz débil y monótona, el hombre mascullaba el texto ante la gente atenta y ansiosa. Diez minutos le bastaron para terminar su soporífera lectura. La sala fue evacuada para recibir un nuevo millar de hombres.

Rápidamente consulté a mis amigos sobre mi decisión de subir al estrado. Hasta entonces, jamás había hablado al pueblo, pero no vacilé. Había que cambiar la forma de enseñarle y levantarlo.

Me aproximé al obrero que se aprestaba a reiniciar la lectura. “Debe estar muy fatigado –le dije–; permítame remplazarlo...” El hombre me observó, sorprendido y turbado. Me veía por primera vez. “No tenga miedo –continué–; soy un amigo de Gapone. He aquí la prueba...” y le extendí la tarjeta. Mis amigos me apoyaron y el hombre acabó por aceptar. Se levantó, me entregó la petición y se retiró. Leí el documento, y me explayé luego en su interpretación, recalcando sobre todo los pasajes esenciales: protestas y reivindicaciones, e insistiendo particularmente en el seguro rechazo de parte del zar.

Volví a hacerlo una vez y otra hasta hora avanzada. Y acabé por quedarme a dormir en la sección, con varios amigos, sobre mesas arrimadas unas a otras.

A la mañana siguiente, el famoso 9 de enero, volví aún a leer la petición, hasta que salimos a la calle. Una enorme multitud nos esperaba. Hacia las nueve, mis amigos y yo formamos las tres primeras filas, invitamos al pueblo a seguirnos y nos dirigimos al palacio. La multitud se agitó y nos siguió en apretadas filas.

Obligados a cruzar el Neva, chocamos cerca del puente Trotzky con un cordón de tropas que, después de intimidarnos en vano, tiraron contra nosotros repetidamente. Al segundo ataque mortífero la gente se dispersó, dejando una treintena de muertos y unos sesenta heridos. Cierto es que muchos soldados tiraron al aire; los vidrios de los pisos altos volaron por los impactos.

Pasaron unos días y la huelga continuaba casi general en San Petersburgo. Movimiento espontáneo, no fue desencadenado por ningún partido político, ni organismo sindical (no los había entonces en Rusia) ni siquiera por un comité de huelga. Por propia iniciativa las masas obreras abandonaron fábricas y talleres. Los partidos políticos no supieron siquiera aprovechar la ocasión para apoderarse del movimiento, como solían, permaneciendo totalmente al margen.

¿Qué hacer ahora? –era la inquietante interrogación planteada a los obreros–. La miseria llamaba a la puerta de los huelguistas. Era necesario afrontarla sin demora. ¿De qué manera los obreros deberían y podrían continuar la lucha? Las secciones, privadas de su jefe, se encontraban desamparadas y casi impotentes. Los partidos políticos no daban señales de vida. Se hacia sentir así, imperiosamente, la necesidad de un organismo que coordinara y dirigiera la acción.

Yo no sé cómo eran encarados y resueltos estos problemas en los distintos barrios. Quizá ciertas secciones supieron por lo menos acudir materialmente en ayuda de los huelguistas de su radio. En mi barrio los acontecimientos tomaron un giro particular, *conduciendo posteriormente, como se verá, a una acción generalizada.*

En mi casa se reunía diariamente una cuarentena de obreros del barrio. La policía nos dejaba momentáneamente tranquilos, guardando, después de los recientes acontecimientos, una misteriosa neutralidad, que nosotros aprovechamos. Tratábamos de hallar medios de obrar. Mis alumnos decidieron, de acuerdo conmigo, liquidar nuestra organización de estudios, adherirse individualmente a los partidos revolucionarios y pasar así a la acción, pues todos considerábamos esos acontecimientos como prolegómenos de una revolución inminente. Una tarde –ocho días después del 9 de enero– llamaron a mi puerta. Estaba solo. Entró un joven alto, de aspecto franco y simpático.

–¿Usted es Fulano? –me preguntó. Y ante mi afirmativa, continuó–: Le busco desde hace un tiempo. Ayer, al fin, pude saber su dirección. Yo soy Jorge Nossar. Pasaré de seguida al objeto de mi visita. He aquí de qué se trata. Asistí, el ocho de enero, a su lectura de la *petición*, y pude observar que usted no pertenece a ningún partido político.

–¡Exacto!

–Yo, tampoco, pues desconfío de ellos. Soy revolucionario y simpatizo con el movimiento obrero. Pero no conozco a nadie entre los obreros. Cuento, eso sí, con muchísimas relaciones en los medios burgueses liberales, opositores. Se me ocurrió entonces una idea. Sé que millares de obreros, sus mujeres y sus hijos, sufren ya terribles privaciones a causa de la huelga. Los burgueses ricos a quienes conozco no desean nada mejor que socorrer a esos desdichados. En pocas palabras: yo podría recolectar, para los huelguistas, fondos bastante considerables. Se trata de distribuirlos de modo organizado, útil y equitativo. De ahí la necesidad de entablar relaciones con la masa obrera. Y he pensado en usted. ¿No podría, de acuerdo con sus mejores amigos obreros, encargarse de recibir y distribuir entre los huelguistas y las familias de las víctimas del nueve de enero las sumas que yo recolecte?

Acepté al punto. Había entre mis amigos un obrero que podía disponer de la camioneta de su patrono para visitar a los huelguistas y distribuir los socorros.

A la tarde siguiente reuní a mis amigos. Nossar se hallaba presente. Traía ya algunos millares de rublos. Nuestra acción comenzó enseguida. Durante algún tiempo esta tarea absorbía mi jornada. Por la tarde recibía de manos de Nossar, contra recibo, los fondos, y trazaba mi plan de visitas. Al día siguiente, ayudado por mis amigos, distribuía el dinero a los huelguistas. Nossar contrajo así amistad con los obreros que me visitaban.

Mientras, la huelga tocaba a su fin. Todos los días mayores grupos de trabajadores volvían a la labor. Y, al par, los fondos se agotaban. Y el grave interrogante apareció de nuevo: *¿Qué hacer? ¿Cómo proseguir la acción? ¿Y cuál ahora?*

La perspectiva de separarnos sin un intento de continuar en una actividad común nos parecía penosa y absurda. La decisión que habíamos adoptado de adherirnos individualmente al partido de nuestra elección no nos satisfacía. Y buscamos otra cosa.

Nossar solía participar en nuestras discusiones. *Es así como una tarde, en mi casa, donde se hallaba Nossar y, como siempre, muchos obreros, surgió entre nosotros la idea de crear un organismo obrero permanente, especie de*

comité o más bien consejo que vigilara el desarrollo de los acontecimientos, sirviera de vínculo entre los obreros todos, les informara sobre la situación y, llegado el caso, pudiera reunir en torno a él las fuerzas obreras revolucionarias.

No recuerdo exactamente cómo se nos ocurrió esa idea. Pero creo recordar que fueron los obreros mismos quienes la adelantaron.

La palabra *soviet*, que en ruso significa precisamente *consejo*, fue pronunciada por vez primera en tal sentido específico. Se trataba, en este primer esbozo, de una suerte de *permanente actuación obrera social*.

La idea fue aceptada, y en esa reunión misma se intentó establecer las bases de organización y funcionamiento. El proyecto adquirió prontamente cuerpo. Se resolvió llevarlo a conocimiento de los obreros de las grandes fábricas de la capital y proceder a la elección, siempre en la intimidad, de miembros de este organismo, que se llamó, por primera vez, *Consejo (soviet) de delegados obreros*.

¿Quién dirigiría los trabajos del soviet? Los obreros presentes, sin éxito, me propusieron para el cargo.

Muy emocionado por la confianza, decliné categóricamente, sin embargo, el ofrecimiento. Dije a mis amigos: "*Sois obreros* y queréis crear un organismo para defender los intereses *obreros*. Aprended, pues, desde el comienzo a manejar vuestros asuntos propios. No los confiéis a quienes no son obreros. Nada de nuevos jefes, que acabarán por dominaros y traicionaros. vuestra lucha y vuestra emancipación nadie puede orientarlas sino vosotros mismos. *Por* vosotros, *por sobre* vosotros, *en lugar* de vosotros, nadie hará nunca algo eficaz. Debéis elegir presidente, secretario y miembros de la comisión administrativa en vuestras propias filas. Si necesitarais esclarecimientos, conocimientos especiales, consejos, en una palabra, ayuda intelectual y moral, podréis dirigiros a intelectuales, a gente instruida, que ha de sentirse dichosa de ayudaros no como jefes, sino aportando su concurso sin mezclarse en vuestra organización. Es su deber prestar tal concurso, porque, si os falta la instrucción indispensable, no es culpa vuestra. Esos amigos intelectuales podrán incluso asistir a vuestras reuniones, pero sólo como consultores. ¿Cómo queréis que sea miembro de vuestra organización si no soy obrero?"

Nada sería más fácil de resolver, se me respondió. Se me procuraría un carnet obrero y formaría parte de la organización con nombre supuesto. Protesté contra semejante procedimiento, juzgándolo indigno de mí y de los obreros, peligroso y nefasto. "En un movimiento proletario –dije– todo debe ser franco, recto y sincero."

A pesar de mis sugestiones, los amigos no se sintieron suficientemente fuertes para poder prescindir de un guía. En consecuencia, le ofrecieron el cargo de presidente a Nossar, quien, no sintiendo mis escrúpulos, aceptó.

Le consiguieron un carnet obrero a nombre de Khrustaleff, delegado de una fábrica. Pronto los delegados de muchas fábricas de San Petersburgo realizaron su primera reunión, que presidió Nossar-Khrustaleff.

Al par se le designó presidente de la organización, cargo que conservó hasta su arresto.

El primer soviet había nacido.

El soviet de San Petersburgo fue integrado, tiempo después, por otros delegados de fábricas, cuyo número llegó a ser imponente.

Durante algunas semanas el soviet se reunió con bastante regularidad, pública y secretamente. Editó una hoja de informaciones obreras: Noticias (*Izvestia*) del Soviet de los Delegados Obreros. Al mismo tiempo dirigía el movimiento obrero de la capital. Nossar fue, por poco tiempo, como delegado de este primer soviet a la ya citada Comisión Chidlovsky. Desilusionado, la abandonó.

Algo más tarde, perseguido por el gobierno, este primer soviet debió cesar casi totalmente sus reuniones.

Durante la conmoción revolucionaria de octubre de 1905 el soviet, totalmente reorganizado, volvió a emprender reuniones públicas, y así se le conoció ampliamente. Se explica en parte el error corriente respecto a sus orígenes. Nadie podía saber lo que pasaba en la intimidad de una habitación privada. Nossar probablemente no conversó con nadie al respecto. Por lo menos, nunca lo hizo públicamente. De los obreros, ninguno tuvo la idea de ilustrar a la prensa.

Nossar tenía mujer, cuya suerte ulterior me es desconocida, y un joven hermano, Stephan, a quien encontré más tarde en la cárcel; posteriormente lo perdí de vista. Mi afirmación podría ser confirmada por esas personas si aún viven.

El partido socialdemócrata terminó por infiltrarse en el Soviet y apoderarse de un puesto importante en él.

"El socialdemócrata Trotzky, futuro comisario bolchevique, se hizo nombrar secretario. Luego, cuando Khrustaleff-Nossar fue arrestado, Trotzky tomó la presidencia."

El ejemplo dado por los trabajadores de la capital en enero de 1905 fue imitado en muchas otras ciudades. Se crearon soviets obreros en todas partes; de efímera existencia siempre, pronto eran suprimidos por las autoridades. Por el contrario, el soviet de San Petersburgo se mantuvo durante algún tiempo. El gobierno central, en difícil situación después del 9 de enero, y sobre todo luego de los crueles reveses en su guerra con el Japón, se limitó por el momento a arrestar a Nossar.

La huelga de enero se había apagado por sí misma; a falta de un movimiento más vasto, la actividad de este primer soviet se redujo a tareas insignificantes.

A fin de 1905, el soviet de San Petersburgo también fue suprimido; el gobierno zarista se reafirmó, liquidó los últimos vestigios del movimiento revolucionario de 1905, arrestó a Trotzky, así como a centenares de revolucionarios, y quebrantó todas las organizaciones políticas avanzadas.

El soviet de San Petersburgo reapareció durante la revolución decisiva de febrero-marzo de 1917, al mismo tiempo que se crearon soviets en todas las ciudades y localidades importantes del país.

CAPÍTULO III
GUERRA DESASTROSA
VICTORIA DE UNA HUELGA REVOLUCIONARIA

Efectos fulminantes de las graves derrotas en la guerra ruso-japonesa. Efervescencia social. Las "libertades", ganadas por asalto. Agitación en el Ejército y en la Marina.– La agitación por los acontecimientos de enero de 1905 no se calmaría enseguida. Todo el país había sido conmovido.

Por otra parte, después de la primavera de 1905, la situación general del zarismo se hizo difícil, a causa principalmente del fracaso experimentado por la Rusia zarista en la guerra con el Japón.

Esta guerra, comenzada en febrero de 1904, con mucho orgullo y en gran parte con la intención de caldear los sentimientos nacionales, patrióticos y monárquicos, estaba irremisiblemente perdida. El ejército y la flota rusa fueron derrotados en toda la línea.

La opinión pública culpaba abiertamente a la incapacidad de las autoridades y a la podredumbre del régimen. No sólo el pueblo obrero, sino también todos los ambientes de la sociedad, fueron ganados por la cólera y por el espíritu de revuelta que crecía de día en día. El efecto fue fulminante. Bien pronto las pasiones se desencadenaron; la indignación no conoció límites; la efervescencia se hizo general. El gobierno, consciente de su derrota, guardaba silencio.

Aprovechando la situación, los liberales y los revolucionarios emprendieron una violenta campaña contra el régimen. Sin pedir autorización, la prensa y la palabra se hicieron libres. Fue una verdadera conquista de las *libertades políticas*. Diarios de todas las tendencias, incluso revolucionarias, aparecían y se vendían libremente, sin censura. El gobierno y el sistema todo eran criticados enérgicamente en ellos.

Hasta los tímidos liberales pasaron a la acción; fundaron numerosas uniones profesionales. La Unión de las Uniones, especie de comité central que dirigía la actividad de todas las uniones; la Unión de la Liberación, organismo político secreto. Procedieron rápidamente a la organización formal del Partido Constitucional-Demócrata. El gobierno se vio obligado a tolerarlo todo, así como ya había tolerado la huelga de enero, las deliberaciones del soviet, etc.

Los atentados políticos se sucedían con progresiva frecuencia. Violentas demostraciones y aun graves revueltas estallaban en diversas ciudades. En algunos lugares, las barricadas hicieron su aparición. En muchas provincias los campesinos se sublevaban, desatando verdaderas represalias, quemando castillos, apoderándose de tierras, expulsando y aun asesinando a los propietarios. Se creó la *Unión de Campesinos*, cuyo programa era socialista.

Los enemigos del régimen se hicieron muy numerosos y muy audaces. Y, sobre todo, tenían razón.

La derrota militar del gobierno y su deplorable situación moral no lo explicaban todo. Faltaba el dinero necesario para combatir la revolución. Las conversaciones con el extranjero, con Francia especialmente, para lograr un empréstito, se dilataban por falta de confianza.

El verano y el otoño de 1905 trajeron graves revueltas en el Ejército y la Marina. La sublevación y la epopeya del acorazado *Príncipe Potemkin*, una de las más potentes unidades de la flota del mar Negro, fueron el episodio más saliente. El único baluarte de los regímenes decadentes, la fuerza armada, estaba dislocado; el país entero se levantaba más y más resueltamente contra el zarismo.

En agosto de 1905, cediendo a algunas instancias, el emperador se decidió a reconocer hipócritamente, *post factum*, ciertas libertades. Prometió también convocar una Asamblea Nacional representativa (Duma), con derechos muy limitados, mediante un sistema electoral muy restringido. El ministro del Interior, Bulyguin, fue encargado de prepararla y realizarla. Pero este paso, bien tímido, tardío y manifiestamente hipócrita, no satisfizo a nadie. La agitación y las revueltas continuaron, y la "Duma de Bulyguin" no vio jamás la luz y él terminó por ser renunciado, afines de agosto, y remplazado por Witte, quien consiguió persuadir a Nicolás II a otorgar concesiones más serias.

La huelga general de octubre.– El gobierno tambalea.– El manifiesto del 17 de octubre y sus efectos.– La inactividad y la impotencia manifiestas del gobierno enardecieron a las fuerzas de la oposición y de la revolución. Desde que comenzó octubre se habló de huelga general en el país Como preludio de la revolución decisiva.

Esta huelga, que abarcó a toda Rusia, huelga formidable, única en la historia moderna, se declaró a mediados de octubre. Fue menos espontánea que la de enero. Encarada y preparada desde hacía largo tiempo, fue organizada por el soviet, la Unión de las Uniones y, sobre todo, por numerosos comités de huelga. Fábricas, talleres, negocios, bancos, administración, astilleros, ferrocarriles y todas las vías de comunicación, postales y telegráficas, todo, absolutamente todo, fue paralizado. La vida del país quedó suspendida.

El gobierno, debilitado, cedió. El 17 de octubre de 1905 el zar lanzó su famoso manifiesto, donde declaraba solemnemente haber decidido conceder a sus "queridos y fieles súbditos" todas las libertades políticas y convocar lo más rápidamente posible a algo así Como los Estados Generales: la *Duma del Estado*[1], para prestar colaboración al gobierno.

Era, en fin, la oscura promesa de un vago régimen constitucional. Algunos la tomaron en serio. Un partido octubrista se creó de inmediato, declarando aceptar, aplicar y defender las reformas anunciadas por el manifiesto.

En realidad, este acto del gobierno y del zar perseguía dos finalidades, que nada tenían de común con una constitución:

---

[1] El término *Duma* es tomado de lejanos siglos en que se llamaba *Dumaboyarskdia* a una especie de Consejo de Estado o Cámara de Nobles (*boyardos*): institución destinada a ayudar al zar en sus funciones. Más tarde, en los siglos XVI y XVII se denominaba *Zemskaia Duma* a las asambleas que reunían representantes de diversas clases comparables a los Estados Generales de la antigua monarquía francesa. En fin, en la época de que hablamos, Gorodskaia Duma significa Consejo Municipal de la ciudad: *goroa* significa *ciudad* y *Duma*, *pensamiento*.

1º Producir efecto en el extranjero; dar la impresión de que la revolución estaba terminada, y que el gobierno era de nuevo dueño de la situación; trabajar ventajosamente a la opinión pública, en particular el ambiente financiero, a fin de reanimar el proyecto de empréstito;

2º Engañar a las masas, calmarlas, cerrar el camino a la revolución.

Las dos finalidades fueron alcanzadas. La huelga cesó, el ímpetu revolucionario fue frenado y la impresión en el extranjero fue favorable. Allí se comprendió que, a pesar de todo, el gobierno del zar era todavía lo suficientemente fuerte para mantener en jaque a las fuerzas de la revolución. El empréstito estaba asegurado.

Es evidente que los partidos revolucionarios no cayeron en el engaño; vieron claramente en el manifiesto una simple maniobra política y comenzaron a explicarla de inmediato al pueblo, que no manifestó tampoco excesiva confianza. La huelga cesó, es cierto, como si las demandas hubiesen sido satisfechas y *como* si se tuviese confianza. Pero este hecho reveló simplemente la falta de aliento de la revolución y que todavía no podía ir más allá. Ninguna expresión de satisfacción real se hizo sentir; el pueblo no se apresuró a hacer uso de sus *nuevos derechos,* sintiendo intuitivamente que se trataba de un engaño. Inmediatamente se tuvo la prueba. En algunas ciudades, la policía dispersó manifestaciones públicas pacíficamente organizadas, para celebrar la *victoria* y el *nuevo régimen* prometido por el zar. Además de esos atropellos, se practicaron progroms contra los judíos... a despecho del manifiesto pegado en los muros.

CAPÍTULO IV
FRACASO DE LA REVOLUCION – SUS RESULTADOS

La revolución, frenada. La Duma. Los partidos políticos. Relación entre los sectores avanzados y el pueblo. La paradoja rusa se desvanece.– A fin de 1905, la burguesía francesa y la banca acordaron el empréstito. Esta *transfusión de sangre* salvó al moribundo régimen zarista.

El gobierno finalizó la guerra con una paz no demasiado humillante.

La reacción se afirmó. Agitando ante el pueblo el espejismo de futuros beneficios, combatió y contuvo la revolución, que se desvanecía por sí misma. La huelga de octubre marcó su esfuerzo supremo, su punto culminante. Ahora necesitaba *tomar un respiro*, hacer una *pausa*. Todo lo más, podría esperarse su renacimiento algo más tarde, quizá impulsada por una Duma avanzada.

Las libertades conquistadas por asalto y prometidas después por el zar en su manifiesto fueron lisa y llanamente suprimidas. El gobierno volvió a prohibir la prensa revolucionaria, restableció la censura, practicó arrestos en masa, liquidó todas las organizaciones obreras o revolucionarias conocidas, suprimió el soviet, encarceló a Nossar y a Trotzky y envió tropas, a fin de depurar e infligir castigos ejemplares, a las regiones donde se produjeron los motines más serios. Los efectivos militares y policiales fueron reforzados, pero el gobierno no osó tocar la *Duma,* cuya convocación estaba próxima.

Sin embargo, la revolución tuvo todavía dos embates vigorosos, en respuesta a los de la reacción:

1º Una nueva revuelta en la flota del mar Negro, bajo el mando del lugarteniente Schmidt. La sedición fue aplastada, y Schmidt, fusilado.

2º La insurrección armada de los obreros de Moscú en diciembre de 1905, que tuvo en jaque a las fuerzas gubernamentales durante muchos días. Para doblegarla, el gobierno debió recurrir a tropas de San Petersburgo, con artillería.

Simultáneamente se intentó una nueva huelga general en el país para ayudar al triunfo de la insurrección. Pero, a pesar de que su preorganización fue semejante a la de octubre, faltó el ímpetu necesario. La huelga no se extendió. Los servicios de correos y ferrocarriles funcionaron, lo que permitió al gobierno el transporte de tropas y el dominio de la situación; la revolución estaba ahogada.

Así, la tempestad había amainado, pero desbrozó y preparó el terreno, dejó huellas imborrables tanto en la vida del país como en la mentalidad del pueblo.

El resultado de la conmoción fue, en concreto, la creación de la *Duma*.

El gobierno se vio obligado a elaborar para la Duma una ley electoral bastante amplia a fin de evitar decepciones peligrosas; no se sentía todavía con el suficiente aplomo y también necesitaba *un respiro*, hacer una *pausa*.

La población puso en la Duma las más grandes esperanzas. Las elecciones para la primavera de 1906 suscitaron una actividad febril entre todos los partidos políticos.

La situación era bastante contradictoria. Mientras los partidos avanzados desplegaban su propaganda electoral abierta y legalmente, ya que el gobierno no podía reprimirla, sino por una reglamentación complementaria de la ley y por zancadillas disimuladas, las prisiones rebosaban de miembros de esos partidos detenidos a raíz de la liquidación de la insurrección. La prensa y la palabra seguían amordazadas y las organizaciones obreras estaban prohibidas.

Esta contradicción era sólo aparente, y su explicación nos permitirá comprender de qué manera el gobierno concebía el funcionamiento de la Duma.

A despecho de cierta libertad acordada con motivo de las elecciones, el gobierno estaba lejos de interpretar la Duma como una institución creada contra el absolutismo. Según él, la Duma no debía ser más que un organismo auxiliar consultivo y subordinado a las autoridades. Obligado a tolerar la agitación electoral de los partidos avanzados, el gobierno estaba decidido a permitirla sólo hasta determinado límite y actuar contra toda tentativa de los partidos, de los electores o de la Duma misma, en caso de que adoptaran actitudes rebeldes. Era, pues, lógico, ya que la Duma nada tenía que ver con la Revolución, que se mantuviese encarcelados a centenares de revolucionarios.

Otro hecho, nuevo en la vida rusa, fue la formación y la actividad legales, aunque limitadas, de los diferentes partidos políticos. Hasta los sucesos de 1905 solamente había en el país dos partidos políticos, clandestinos y más revolucionarios que “políticos”: el socialdemócrata y el socialista

revolucionario. El manifiesto del 17 de octubre, las menguadas libertades admitidas durante la campaña electoral y, sobre todo, la misma campaña hicieron nacer muy pronto una camada de partidos políticos legales y semilegales.

Los monárquicos inveterados crearon la *Unión del Pueblo Ruso*, partido ultra reaccionario y antisemita, cuyo programa propiciaba la supresión de todos los "favores prometidos bajo la presión de criminales amotinados", incluyendo a la Duma, y la liquidación total de los últimos vestigios de la revolución de 1905.

Los elementos menos ferozmente reaccionarios, en su mayor parte altos funcionarios, grandes industriales, banqueros, propietarios, comerciantes, hacendados, etc., se agruparon en el *Partido Octubrista, Unión del 17 de Octubre.*

De importancia insignificante, ambos partidos eran el hazmerreír del país.

La mayoría de las clases acomodada y media, así como los intelectuales *de nota*, se organizaron definitivamente en un gran partido político centrista, cuya derecha se aproximaba a los octubristas y cuya izquierda evidenciaba tendencias republicanas. La mayoría del partido elaboró el programa de un sistema constitucional que ponía fin al absolutismo: se conservaba la monarquía, pero se limitaba seriamente su poder. Tomó el nombre de *Partido Constitucional Demócrata* (Ca-Det, en abreviatura) y un segundo nombre: *Partido de la Libertad del Pueblo*. Sus jefes se reclutaban sobre todo entre los jerarcas municipales, abogados, médicos, profesionales liberales, universitarios. Muy influyente y con fondos considerables, este partido desplegó desde su constitución extensa y enérgica actividad.

En la extrema izquierda se hallaba el *Partido Socialdemócrata*, cuya propaganda electoral era casi franca y legal, a pesar de su programa republicano y su táctica revolucionaria; y el *Partido Socialista Revolucionario*, cuyo programa y táctica diferían poco de los de aquél, excepto en el problema agrario. Este partido, en la época de la Duma, para poder actuar sin trabas, conducía la campaña electoral y presentaba sus candidatos bajo el nombre de Partido de los Trabajadores, que luego llegó a ser un partido distinto. Esos dos partidos representaban, sobre todo, a los obreros y los campesinos y a la vasta clase de los trabajadores intelectuales.

Son indispensables algunas precisiones sobre la ideología y el programa de ambos partidos.

El punto de mayor importancia era innegablemente el *problema agrario*, cuya solución eficaz se imponía con toda urgencia. En efecto, el aumento de la población campesina era tan rápido que las tierras concedidas a los campesinos liberados en 1861, insuficientes aun entonces, se redujeron en un cuarto de siglo a lotes ínfimos, a causa del continuo fraccionamiento. "No se sabía siquiera dónde hacer correr a un pollito", decían los campesinos. La inmensa población de los campos esperaba, cada vez más impacientemente, una solución efectiva y justa, cuya importancia comprendían todos los partidos.

Se presentaron tres soluciones:

1º El partido constitucional demócrata proponía una mayor extensión de las parcelas por la enajenación de una parte de las grandes propiedades privadas y estatales; cuyo valor debían amortizar los campesinos con ayuda del Estado, según una estimación oficial y justa.

2º El partido socialdemócrata preconizaba una simple expropiación sin indemnización de las tierras indispensables a los campesinos, con las que se constituiría un fondo nacional, distribuíble en proporción a las necesidades (*nacionalización o municipalización de las tierras*).

3 ° El partido socialista revolucionario presentaba la solución más radical: confiscación inmediata y total de las tierras de propiedad privada; supresión inmediata de toda propiedad territorial (estatal o privada); socialización de tierras para las colectividades campesinas, bajo control del Estado.

La Duma debería ocuparse enseguida de tan urgente y complicado problema.

Sobre la *ideología general* de los dos partidos de extrema izquierda hay que agregar algo más. En 1900 se manifestó una importante divergencia en el seno del partido socialdemócrata. Una parte de sus miembros, atenida al programa mínimo, entendía que la revolución rusa, inminente, sería una revolución burguesa, muy moderada en sus resultados. No creía en la posibilidad de pasar de un salto de la monarquía feudal al socialismo. Una república democrática burguesa, al abrir las puertas a una rápida evolución capitalista, echaría las bases del futuro socialismo: tal era su idea fundamental. Una revolución social en Rusia era, según su parecer, imposible entonces.

Sin embargo, muchos miembros del partido eran de distinta opinión. Para ellos, la próxima revolución tenía ya todas las posibilidades de convertirse en una *revolución social*, con sus consecuencias lógicas. Estos socialistas renunciaban, al programa mínimo y se preparaban a la conquista del poder por el partido y a la *lucha inmediata y decisiva contra el capitalismo*.

Líderes del primer grupo eran Plejanoff, Martoff y otros. El gran inspirador del segundo fue Lenin. La escisión definitiva entre ambos grupos se produjo en 1903, en el Congreso de Londres. Los socialdemócratas de tendencia leninista estaban allí en mayoría. *Mayoría* es, en ruso, *bolchinstvo*. A sus partidarios se les llamó *bolcheviques* (mayoritarios). Minoría es *menchistvo*, de donde procede *mencheviques* (minoritarios). Las tendencias se denominaron *bolchevismo*, la mayoritaria, y *menchevismo*, la minoritaria.

Después de su victoria de 1917, los bolcheviques se constituyeron en Partido Comunista, en tanto que los menchevique conservaron el nombre de Partido Socialdemócrata. Una vez en el poder el Partido Comunista, declaró contrarrevolucionario al menchevismo y lo destruyó.

También el Partido Socialista Revolucionario se dividió en dos partidos distintos: el de los socialistas revolucionarios de derecha, que, como los mencheviques, afirmaban la necesidad de pasar, ante todo, por una república democrática burguesa, y, el de los socialistas revolucionarios de izquierda, que pretendía como el bolchevismo, que la revolución debía ser impulsada lo más lejos posible, hasta la inmediata supresión del régimen capitalista y el establecimiento del socialismo.

(En 1917, en el poder los bolcheviques, aplastaron a los socialistas revolucionarios de derecha como contrarrevolucionarios. Los de izquierda, que al principio colaboraron con el gobierno bolchevique, se separaron

posteriormente a causa de graves disensiones. Los bolcheviques rompieron con ellos y acabaron por ponerlos fuera de la ley y los aniquilaron.)

En la revolución de 1905, la influencia práctica de esas dos corrientes disidentes, el bolchevismo y el socialismo revolucionario de izquierda, fue insignificante.

Para completar la exposición de las diversas corrientes de ideas que se manifestaban en ocasión de esa revolución, señalemos que en el Partido Socialista Revolucionario surgió, por esa misma época, una tercera tendencia que, separándose del partido, adoptó la idea de suprimir, en la revolución en curso, no sólo el Estado burgués, sino *todo Estado en general*, en tanto institución política. Esta corriente se llamó maximalismo, porque sus partidarios, habiendo repudiado el programa mínimo, rompieron aun con los socialistas revolucionarios de izquierda y proclamaron la necesidad de luchar inmediatamente por la realización total del programa máximo, es decir, el socialismo integral, sobre base apolítica.

Los maximalistas no formaban, pues, un partido político. Crearon la *Unión de Socialistas Revolucionarios maximalistas*, que editó algunos folletos explicativos y publicó algunos periódicos de breve duración. Sus adeptos fueron poco numerosos y su influencia casi nula. Desarrolló, sobre todo, una fuerte actividad terrorista y participó en todas las luchas revolucionarias; muchos de sus miembros murieron como verdaderos héroes.

Por el conjunto de sus ideas, los maximalistas se aproximaron mucho al anarquismo. En efecto, el maximalismo no seguía ciegamente a los marxistas; negaba la utilidad de los partidos políticos, criticaba vigorosamente al Estado, la actividad política. No obstante, no osaba renunciar a él inmediata y totalmente. Estimaba imposible pasar inmediatamente a una sociedad integralmente anarquista. Hacía, pues, una distinción necesaria entre el socialismo integral y el anarquismo. En tanto, propugnaba una república de trabajadores, en la que los elementos del Estado y de la autoridad serían “reducidos al mínimo”, lo que “permitiría su rápida extinción”. El mantenimiento *provisorio* del Estado y de la autoridad separaba al maximalismo del anarquismo.

Como todas las corrientes de ideas desacordes con el bolchevismo, el maximalismo fue sofocado por aquél durante la Revolución de 1917.

Las concepciones anarquistas y sindicalistas, de las que volveremos a ocuparnos más adelante, eran por entonces casi desconocidas en Rusia.

Fuera de Rusia, mucha gente cree que, por ser Bakunin y Kropotkin rusos y grandes teóricos del anarquismo, Rusia era desde hacía tiempo un país de ideas y movimientos anarquistas. Tanto Bakunin (1814-1876) como Kropotkin (1842-1921) se hicieron anarquistas en el extranjero. Ni uno ni otro militaron jamás como anarquistas en Rusia, y sus obras aparecieron también en el extranjero, hasta la revolución de 1917, a menudo en idiomas extranjeros. Sólo algunos extractos de sus escritos, traducidos, adaptados o editados especialmente para Rusia, fueron introducidos clandestinamente y en cantidades muy restringidas, y su difusión en el país resultaba casi imposible. Toda la educación social, socialista y revolucionaria de los rusos

no tenía nada de anarquista y, salvo excepciones, nadie se interesaba por esas ideas.

Antes de la revolución de 1917, el sindicalismo, exceptuando algunos intelectuales eruditos, era totalmente desconocido. Se puede admitir que el soviet, forma rusa de organización obrera, fue prematuramente iniciado en 1905 y reconstituido en 1917, *precisamente a causa de la ausencia de la idea y del movimiento sindicalistas*. Si el mecanismo sindical hubiese existido, de él se habría valido el movimiento obrero.

Algunos grupos anarquistas existían en San Petersburgo y Moscú, en el Oeste y en el Centro. Eso era todo. Los anarquistas de Moscú participaron activamente en los acontecimientos de 1905 y se hicieron notar durante la insurrección armada de diciembre.

(Después de 1917, los bolcheviques destruyeron el movimiento anarquista, como todo otro que no coincidiera con el suyo. No lo consiguieron fácilmente. La lucha entre bolchevismo y anarquismo durante la Revolución de 1917 fue tenaz, encarnizada y casi desconocida en el extranjero. Duró tres años, y el episodio makhnovista fue lo más saliente de ella.)

Pasemos a las consecuencias morales, a los efectos psicológicos de la epopeya de 1905, cuya importancia para el porvenir sobrepasó a la de algunas realizaciones concretas inmediatas.

Ante todo, se desvaneció la *leyenda del zar*. Se hizo en la multitud la comprensión de la verdadera naturaleza del régimen y sobre la necesidad vital que tenía el país de desembarazarse de él. El absolutismo y el zarismo fueron moralmente destronados. Eso no es todo. Las masas populares se volvieron hacia los elementos que desde hacía tiempo combatían al régimen: los ambientes intelectuales de vanguardia, los partidos políticos avanzados, los revolucionarios en general. Así se estableció un contacto sólido y bastante amplio entre los sectores avanzados y la masa del pueblo y podía esperarse que, en adelante, se: ahondaría y consolidaría. La *paradoja rusa* había terminado.

Dos metas importantes fueron alcanzadas: existía un elemento material, la Duma, que una probable revolución podría aprovechar, y el obstáculo moral a toda insurrección de largo alcance quedaba anulado. *El pueblo había comprendido* el mal y se dirigía a sus puestos de avanzada en la lucha por la liberación.

El terreno para la próxima revolución decisiva estaba preparado. Ese fue el importante activo de la conmoción de 1905.

¡Lástima que también hubiese un pasivo ingrato!

Los acontecimientos de 1905 no pudieron crear un o*rganismo obrero de clase*, ni sindicalista, ni meramente profesional. El derecho de organización no fue conquistado por los trabajadores, que quedaron así desunidos y predispuestos a convertirse en la próxima revolución en el inconsciente elemento de disputa de los partidos políticos, de sus nefastas rivalidades, de su abominable lucha por el poder, en la que el pueblo nada tenía que ganar y sí mucho que perder.

La ausencia, al comienzo de la revolución, de un movimiento y de organismos obreros propiamente dichos, abría de par en par las puertas a la

futura dominación de talo cual partido político, en detrimento de la verdadera acción y de la verdadera causa de los trabajadores.

El efecto enorme de este pasivo habría de ser fatal para la revolución de 1917 y terminaría por destruirla.

Debe recordarse la suerte personal de Nossar-Khrustaleff, primer presidente del primer soviet obrero, el de San Petersburgo, quien, arrestado al liquidarse la revuelta al final de 1905, fue juzgado y condenado al exilio en Siberia. Se salvó y se refugió en el extranjero. Pero, al igual que Gapone, no supo adaptarse y aún menos someterse a un trabajo regular. Cierto que no llevó una vida desenfrenada, ni cometió ningún acto de traición, pero arrastró una existencia desarreglada y miserable, hasta la revolución de 1917; entonces se precipitó, como tantos otros, a su país, donde participó en las luchas revolucionarias, sin destacarse. Enseguida se me perdió de vista. Según ciertas informaciones fidedignas, se levantó finalmente contra los bolcheviques y fue fusilado por ellos.

CAPÍTULO V
LA "PAUSA" (1905-1917)

Los doce años que separan la verdadera Revolución de su bosquejo, o la explosión del sacudimiento, no aportaron nada saliente desde el punto de vista revolucionario. Por lo contrario, fue la reacción la que triunfó bien pronto en toda la línea. Hubo, no obstante, algunas huelgas ruidosas y una tentativa de revuelta en la flota del Báltico, en Cronstadt, salvajemente reprimida.

La actividad de la Duma fue lo más importante. Comenzó a sesionar en mayo de 1906, en San Petersburgo. Un entusiasmo popular desbordante acogió su nacimiento. A pesar de todas las maquinaciones del gobierno, ella se manifestó netamente de oposición. Tanto por el número como por la calidad de sus representantes, el partido demócrata constitucional la dominó. S. Muromtseff, profesor de la Universidad de Moscú y uno de los más eminentes miembros de ese partido, fue electo presidente. Los diputados de izquierda: socialdemócratas, y socialistas revolucionarios (*obreristas)*, formaban también un imponente bloque. La entera población seguía el trabajo de la Duma con apasionado interés. Todas las esperanzas se volvían a ella, aguardando por lo menos amplias reformas, eficaces y justas.

Pero, desde el primer contacto, se estableció entre el parlamento y el gobierno una hostilidad, sorda al comienzo y de más en más abierta luego. El gobierno pretendía tratar a la Duma de arriba abajo, con un desdén no disimulado. Apenas la toleraba y, difícilmente la admitía como institución puramente consultiva. La Duma trataba, por el contrario, de imponerse como institución legislativa, constitucional. Las relaciones se hicieron así cada vez más tirantes.

El pueblo, naturalmente, tomaba partido por la Duma. La situación del gobierno se tornaba desventajosa, ridícula, hasta peligrosa. No era de temer, con todo, una revolución. El gobierno lo sabía y contaba, además, con la

policía y las tropas. Bien pronto se decidió, pues, a una medida enérgica. El nuevo ministro Stolypin se encargó de ello con mano de hierro, tomando como pretexto un proyecto de Llamamiento al Pueblo, elaborado por la Duma, relativo sobre todo al problema agrario.

Una buena mañana, los *diputados* encontraron clausuradas las puertas de la Duma y guardadas militarmente. Policías y tropas formaban en las calles. La primera Duma había sido disuelta. Un decreto oficial anunció. Y *explicó* el hecho a la población. Era en el verano de 1906.

Aparte de una larga serie de atentados y de pocos motines, siendo los más importantes los de Sveaborg y Cronstadt (donde poco antes, en octubre de 1905, había estallado el primero), el país permaneció tranquilo.

Los diputados no osaron resistir, lo que habría significado retomar la acción revolucionaria. Ahora bien, se sentía por doquiera que la revolución era, por el momento, impotente. (De haber sido otra la situación, el gobierno no habría osado disolver la Duma, sobre todo de modo tan insolente. Se sentía realmente fuerte y no se engañaba.) La burguesía era demasiado débil para soñar en una revolución favorable a sus intereses; las masas laboriosas y sus partidos, por su parte, no se sentían más dispuestos a afrontar tal evento.

Todos los diputados se sometieron, pues, a la disolución. Tanto más cuanto que el decreto no suprimía la Duma, pues anunciaba nuevas elecciones a breve plazo sobre bases algo modificadas. Los *representantes del pueblo* se limitaron a lanzar una protesta contra ese acto arbitrario. Para elaborarla con toda libertad, los ex diputados (se trataba sobre todo de miembros del partido demócrata constitucional) se dirigieron a la ciudad de Vyborg, Finlandia, donde estarían menos expuestos gracias a cierta legislación independiente de esta parte del imperio ruso, lo que dio a la protesta el nombre de *Llamada de Vyborg.* Después de lo cual volvieron tranquilamente a sus hogares.

A pesar de lo anodino de su *rebelión* fueron juzgados más tarde por un tribunal especial y condenados a penas ligeras, permitiendo el derecho de ser reelectos a la Duma.

Sólo el diputado Onipko, joven campesino del departamento de Stavropol, perteneciente al partido de los trabajadores, no se resignó. Fue el animador del levantamiento de Cronstadt. Capturado, estuvo a punto de ser fusilado. Ciertas intervenciones y ciertos temores lo salvaron. Finalmente fue juzgado y condenado al exilio en Siberia; pero consiguió evadirse y se refugió en el extranjero. Volvió a Rusia en 1917; su suerte ulterior no es desconocida. Según algunos datos, continuó la lucha como miembro del partido socialista revolucionario de derecha y se colocó contra los bolcheviques, por quienes fue fusilado.

Inmediatamente después de la disolución de la primera Duma el gobierno reformó la ley electoral, recurrió sin escrúpulos a otras maniobras preventivas, y convocó a la segunda Duma. Mucho más moderada en sus actos y más mediocre que la primera, aún pareció al gobierno "demasiado revolucionaria". A despecho de todas las maquinaciones, contaba todavía con muchos diputados de izquierda, y fue también disuelta. La ley electoral fue muy modificada y, al fin, la población perdió su interés por la actividad

–inactividad más bien– de la Duma, salvo en los raros momentos en que algún asunto apasionante o algún discurso brillante atraía, por poco tiempo, su atención.

Disuelta la segunda Duma, se llegó a la tercera y, en fin, a la cuarta. Esta última, instrumento dócil en manos del gobierno, pudo arrastrar su lúgubre y estéril existencia hasta la revolución de 1917.

En cuanto a reformas o leyes útiles, la Duma no hizo nada. Pero su presencia no careció de resultado. Los discursos críticos de algunos diputados de la oposición, la actitud del zarismo frente a los problemas candentes de la hora, la misma impotencia del *Parlamento* para resolverlos mientras el absolutismo se obstinase en sobrevivir, todos estos hechos esclarecían más y más a la población sobre la verdadera naturaleza del régimen, sobre el papel de la burguesía, sobre las tareas a realizar y sobre los programas de los partidos políticos. Todo este período fue, en suma, una larga y fecunda *lección experimental*, la única posible a falta de otros medios de educación política y social.

Dos procesos paralelos caracterizan sobre todo este periodo: la degeneración acelerada, definitiva (podredumbre es la expresión exacta) del absolutismo, y la rápida evolución de la conciencia de las masas.

La descomposición del zarismo era conocida en el extranjero. La actitud y boato imperiales correspondían al tipo *clásico* que generalmente precede a la caída de las monarquías. La incapacidad y la indiferencia de Nicolás II, el cretinismo y la venalidad de sus ministros y funcionarios, el misticismo vulgar que se apoderaba del monarca y de su familia, la famosa epopeya del pope Rasputín, todos estos fenómenos no eran un secreto en el extranjero.

Mucho menos conocidos eran los cambios profundos que se verificaban en la psicología del pueblo. El estado de espíritu de un hombre del pueblo del año 1912, por ejemplo, no tenía nada de común con su mentalidad primitiva de antes de 1905. De día en día eran mucho más numerosos los antizaristas. Sólo la reacción feroz contra toda organización obrera y toda propaganda política o social, impedía a las masas orientar definitivamente sus ideas.

La ausencia de hechos revolucionarios resaltantes no significaba en absoluto una paralización del proceso revolucionario. Este continuaba trabajando intensamente en los espíritus. Mientras, todos los problemas vitales permanecían sin resolver. El país se encontraba en un callejón sin salida. *Una revolución violenta y decisiva se hacía inevitable*; sólo faltaban el impulso y las armas. En estas condiciones estalló la guerra de 1914, que ofreció precisamente al pueblo la impulsión necesaria y las armas indispensables.

TERCERA PARTE
LA EXPLOSIÓN (1917)

CAPÍTULO I
GUERRA Y REVOLUCIÓN

El último choque entre el zarismo y la revolución.– Al igual que los gobiernos de otros países, el del zar logró despertar en las masas, al principio de la guerra, toda la gama de malos instintos, de pasiones debidas a atavismo animal, de sentimientos nefastos, como el nacionalismo y el patrioterismo. En Rusia, como en todas partes, millones de hombres fueron engañados, desorientados, fascinados y obligados a correr a las fronteras, como un tropel de bestias destinadas al matadero.

Los verdaderos y graves problemas fueron abandonados y olvidados.

Algunos triunfos obtenidos al principio por las tropas rusas caldearon más aún “el gran entusiasmo del pueblo”.

Sin embargo, una nota particular se mezclaba a este concierto artificial y dirigido; una *idea* bien firme se ocultaba tras este *entusiasmo*. Entre el pueblo se decía: “El ejército peleará y vencerá. ¡Pero, que no se engañe el gobierno! Terminada la guerra, le presentaremos la cuenta. En recompensa de nuestra lealtad y nuestros sacrificios, le exigiremos el cambio definitivo del régimen. Reivindicaremos nuestros derechos, nuestras libertades...” y los soldados cuchicheaban: “Terminada la guerra, conservaremos las armas a todo trance.”

Pero pronto cambió el panorama en Rusia. Las derrotas comenzaron y, con ellas, volvieron las inquietudes, las decepciones, el descontento y la cólera del pueblo.

La guerra costaba muy cara en dinero y en hombres. Millones de vidas debieron ser sacrificadas, sin utilidad alguna, sin la menor compensación. De nuevo el régimen demostró su incapacidad, su podredumbre, su bancarrota. Además, ciertas derrotas, que costaron muchísimas víctimas, fueron inexplicables, misteriosas y sospechosas. Por todo el país bien pronto se habló, no sólo de negligencias criminales, de incapacidad flagrante, sino de venalidad de las autoridades, de espionaje en el comando supremo, del origen alemán de la dinastía y de muchos jefes y, en fin, de alta traición en la corte misma. Se acusaba a miembros de la familia imperial de alimentar simpatías por la causa alemana, de entenderse incluso directamente con el enemigo. A la emperatriz se la llamaba, con odio y desprecio: *la boche*. Rumores alarmantes, siniestros, circulaban en el pueblo.

La corte se inquietó un poco; después se tomaron algunas medidas, tardía y torpemente. Tomadas sólo por fórmula, resultaron ineficaces, a nadie satisficieron ni nada arreglaron.

Para reanimar la moral de las tropas y del pueblo, el mismo Nicolás II asumió el comando supremo, por lo menos nominalmente. Fue al frente, pero esto no cambió en nada la situación general que se agravaba día a día y

contra la cual el zar, absolutamente incapaz e inactivo, era impotente. Todo se disgregaba: el ejército y el interior del país. Se fomentaron muchos complots en los círculos liberales, y aun entre los grupos allegados al zar. Se consideró la posibilidad de hacerlo abdicar en favor de un monarca más a tono con la situación y más popular: el gran duque Nicolás, tío del zar, por ejemplo, "para salvar la guerra y también la dinastía", cuya caída inminente todos presentían.

Comenzó por suprimirse el nefasto Rasputín. Pero en todo lo demás se titubeó, se difirió; los conspiradores no llegaban a un acuerdo.

Por fin se produjo la brusca explosión de febrero.

No fueron tanto los disturbios militares ni los rumores sobre la traición y la actitud de la corte, ni siquiera la incapacidad y la impopularidad del zar lo que desesperó a las masas e hizo desbordar la copa; fue, sobre todo, *la desorganización completa de la vida económica, de toda la vida, esto es, en el interior del país.* "La desorganización es tal –confesaba el ministro Krivochein hablando de la administración y de todos los servicios del Estado– que más bien parece un manicomio." En este aspecto, la impotencia del gobierno y los efectos desastrosos de su conducta impulsaron al pueblo a una acción urgente y decisiva.

Todos los países beligerantes sufrieron grandes dificultades económicas y financieras, al tener que alimentar y mantener a millones de hombres en la inmensidad de los frentes y asegurar la vida normal en el interior. En todas partes esta doble tarea exigía un gran esfuerzo –aun en Alemania, donde la situación era particularmente difícil–, pero fue resuelta más o menos bien. En Rusia nada se supo prever, ni prevenir, ni organizar.[1]

Los terribles efectos de esta disgregación total de la autoridad y del Estado se habrían manifestado antes, si los esfuerzos desplegados por algunas fuerzas vivas del país, como la Unión de las Ciudades, el Comité de la Industria de Guerra y otras, surgidas por propia iniciativa, no hubiesen llegado a proveer parcialmente a las más apremiantes necesidades del país y del ejército.

La actividad enérgica y eficaz de esos organismos, así como la de las asambleas provinciales y de las municipalidades, se desarrollaba y se imponía por sí misma, contra leyes y resistencias burocráticas, y aportó también un resultado *moral* muy importante. En el ejército y en el interior del país veíase no sólo la bancarrota total del zarismo, sino *también la presencia de elementos perfectamente capaces de reemplazarlo*, así como la forma ridícula con que el régimen agonizante, molestando a esos elementos, trababa su acción, arrastrando así a todo el país hacia la catástrofe.

[1] La *burguesía*, débil, desorganizada y mantenida totalmente al margen de los manejos estatales, no tenia ninguna iniciativa, no poseía ninguna fuerza efectiva, ni cumplía ningún papel organizador en la economía nacional; el obrero y el campesino, esclavos sin voz ni derechos, eran menos que nada en la organización económica del país y se mofaban abiertamente del Estado zarista. Así, *todo el mecanismo*, político, económico y social, se encontraba, de hecho, en manos de la clase de los *funcionarios zaristas*. Desde que la guerra desorientó a esta gente y desordenó su mecanismo senil; *todo se derrumbó.*

El pueblo y el ejército veían que eran esos comités y esas uniones libres los que, por su iniciativa leal, aseguraban la producción, organizaban los transportes, vigilaban los almacenes, garantizaban la llegada y la distribución de víveres y municiones. Y comprobaban también cómo el gobierno se *oponía* a esta actividad indispensable y la *impedía*, sin ninguna preocupación por los intereses del país.

Esta *preparación moral* del ejército y del pueblo para la caída del zarismo y su reemplazo por otros elementos fue de enorme alcance, pues coronó el proceso prerrevolucionario.

En enero de 1917 la situación se hizo ostensible. El caos económico, la miseria del pueblo trabajador y la desorganización social llegaron a tal punto que los habitantes de las grandes ciudades, en Petrogrado especialmente, comenzaron a carecer de combustibles, de ropas, carne, manteca, azúcar y aun de pan.

En febrero, la situación se agravó más. A pesar de los esfuerzos de la Duma, las asambleas provinciales, las municipalidades, los comités y las uniones, no sólo la población de las ciudades se vio ante el hambre, sino que el aprovisionamiento del ejército devino muy deficiente. Al mismo tiempo, el desastre militar fue completo.

A fines de febrero, *era absoluta y definitivamente imposible, tanto material como moralmente*, continuar la guerra. A la población laboriosa le era igualmente imposible procurarse víveres.

El zarismo se desentendía de todo. Obcecadamente se obstinaba en hacer girar la vieja máquina, completamente descompuesta. Y a guisa de remedio recurría, como siempre, a la represión, a la violencia contra los hombres activos o los militantes de los partidos políticos.

La imposibilidad de continuar la guerra, el hambre y la estupidez del zar, hicieron estallar la revolución dos años y medio después del "gran entusiasmo".

El 24 de febrero comenzaron los tumultos en Petrogrado. Provocados sobre todo por la falta de víveres, no parecía que fueran a agravarse. Pero al día siguiente, 25 de febrero de 1917 (calendario antiguo), los acontecimientos recrudecieron; los obreros de la capital, sintiéndose solidarios con el país entero, en extrema agitación desde semanas, hambrientos, sin pan siquiera, se lanzaron a las calles y se negaron a dispersarse.

Este primer día, sin embargo, las manifestaciones se mantuvieron prudentes e inofensivas. En masas compactas, los obreros, con sus mujeres e hijos, llenaban las calles y gritaban: "¡Pan! ¡Pan! ¡No tenemos qué comer! ¡Que se nos alimente o que se nos fusile a todos! ¡Nuestros hijos mueren de hambre! ¡Pan ¡Pan!"

El gobierno, imprudente, envió contra los manifestantes policía, destacamentos de tropas a caballo y cosacos. Pero había pocas tropas en Petrogrado, salvo los reservistas poco seguros. Además, los obreros no se amedrentaron y ofrecían a los soldados sus pechos; tomaban a sus hijos en brazos y gritaban: "¡Matadnos, si queréis! ¡Más vale morir de un balazo que

de hambre!...” Los soldados, con la sonrisa en los labios, trotaban prudentemente entre la muchedumbre, sin usar sus armas, sin escuchar las órdenes de los oficiales, que tampoco insistían. En algunos lugares los soldados confraternizaban con los obreros, llegando hasta entregarles sus fusiles, apearse y mezclarse con el pueblo. Esta actitud de las tropas envalentonaba a las masas. No obstante, en ciertos puntos la policía y los cosacos cargaron contra grupos de manifestantes con banderas rojas. Hubo muertos y heridos.

En los cuarteles de la capital y de los suburbios los regimientos de guarnición titubeaban aún en sumarse a la revolución. El gobierno vacilaba también en mandarlos a combatirla.

El 26 de febrero a la mañana, el gobierno decretó la disolución de la Duma. Fue como la señal, que todos parecían esperar, para la acción decisiva. La novedad, conocida en todas partes enseguida, estimuló a la lucha; las manifestaciones se transformaron revolucionariamente. “¡Abajo el zarismo! ¡Abajo la guerra! ¡Viva la Revolución!, eran los gritos que enardecían a la muchedumbre, que adoptaba sucesivamente una actitud cada vez más decidida y amenazante. Se comenzó a atacar a la policía; muchos edificios administrativos fueron incendiados, entre ellos el Palacio de Justicia. Las calles se interceptaron con barricadas y pronto aparecieron numerosas banderas rojas. Los soldados seguían en su neutralidad benévola, pero se mezclaban cada vez más con la muchedumbre. El gobierno podía contar cada vez menos con ellos.

Lanzó entonces contra los rebeldes todas las fuerzas policiales de la capital. Los policías formaron de prisa destacamentos de ataque en masa: instalaron ametralladoras en los techos de las casas y de algunas iglesias, ocupando todos los puntos estratégicos. Luego comenzaron una ofensiva general contra las masas sublevadas.

La lucha fue encarnizada durante todo el 26 de febrero. En muchas partes la policía fue desalojada, sus agentes muertos y sus ametralladoras silenciadas. Pero, a pesar de todo, ella resistía con tenacidad.

El zar, a la sazón en el frente, fue prevenido telegráficamente de la gravedad de los acontecimientos. En la espera, *la Duma decidió declararse en sesión permanente y no ceder a las tentativas de su disolución.*

CAPÍTULO II
EL TRIUNFO DE LA REVOLUCIÓN

La acción decisiva fue el 27 de febrero.

Desde la mañana, regimientos de la guarnición, abandonando toda vacilación, se amotinaron, salieron de sus cuarteles, armas en mano, y ocuparon algunos puntos estratégicos de la ciudad, después de pequeñas escaramuzas con la policía. La Revolución ganaba terreno.

En un momento dado, una masa compacta, particularmente amenazante, decidida y parcialmente armada, se concentró en la plaza Znamenskaia y en los alrededores de la estación Nicolaïevsky. El gobierno envió dos regimientos de caballería de la Guardia Imperial, los únicos con que podía aún contar, y fuertes destacamentos de policías a caballo y a pie. Las tropas debían sostener y rematar la acción policial.

Tras de la intimación usual, el oficial de policía dio orden de cargar. Pero entonces se produjo este último estupendo hecho: el oficial que mandaba los regimientos de la guardia, levantó su sable al grito de: “¡Adelante! ¡Contra la policía, a la carga!”, y lanzó los dos regimientos contra las fuerzas policiales, que fueron desorganizadas, derribadas y destrozadas.

Pronto la última resistencia de la policía fue quebrada. Las tropas revolucionarias se apoderaron del arsenal y ocuparon todos los puntos vitales de la ciudad. Rodeados por una muchedumbre delirante, los regimientos, con sus banderas desplegadas, se dirigieron al Palacio Tauride, donde sesionaba la pobre cuarta Duma, y se pusieron a su disposición.

Poco más tarde, los últimos regimientos de la guarnición de Petrogrado y alrededores se sublevaron. El zarismo no tenía más fuerza armada leal en la capital. La población estaba libre. La Revolución triunfaba.

Se constituyó un gobierno provisorio, que comprendía miembros influyentes de la Duma, y que fue frenéticamente aclamado por el pueblo.

El interior se plegó entusiasta a la revolución.

Algunas tropas, traídas del frente de batalla, por orden del zar, a la capital rebelde, no pudieron llegar. En las proximidades de la ciudad los ferroviarios se rehusaron a transportarlas y los soldados se indisciplinaron y se pasaron resueltamente a la revolución. Algunos volvieron al frente, otros se dispersaron tranquilamente por el país.

El mismo zar, que se dirigía a la capital por ferrocarril, vio detenerse su tren en la estación de Dno y dar marcha atrás hasta Pskov. Allí fue entrevistado por una delegación de la Duma y por personajes militares plegados a la revolución. Era necesario rendirse ante la evidencia. Después de algunas cuestiones de detalle, Nicolás II firmó su abdicación, por sí y por su hijo Alexis, el 2 de marzo.

Un momento, el gobierno provisorio pensó en hacer subir al trono al hermano del ex emperador, el gran duque Miguel, pero éste declinó el ofrecimiento y declaró que la suerte del país y de la dinastía debía ser puesta en manos de una Asamblea Constituyente regularmente convocada.

El frente aclamaba la revolución.

El zarismo había caído. La Asamblea Constituyente fue inscripta en el orden del día. Esperando su convocación, el gobierno provisorio se constituía en autoridad oficial, “reconocida y responsable”. Así terminó el primer acto de la revolución victoriosa.

El punto capital a destacar en tales hechos es que *la acción de las masas fue espontánea, victoriosa lógica y fatalmente, tras un largo período de experiencias vividas y de preparación moral. No fue organizada ni guiada por ningún partido político. Apoyada por el pueblo en armas (el ejército) triunfó.* El elemento de organización debía intervenir, e intervino, inmediatamente después.

A causa de la represión, todos los organismos centrales de los partidos políticos de izquierda, así como sus jefes, se encontraban, en el momento de

la revolución, lejos de Rusia. Martoff, del socialdemócrata; Tchernoff del socialista revolucionario; Lenin, Trotzky, Lunatcharsky, Losovsky, Rycoff, Bujarin, etc., todos ellos vivían en el extranjero. Sólo después de la Revolución de febrero volvieron al país.

Otro punto importante es que, una vez más, *el impulso inmediato y concreto fue dado a la revolución por la imposibilidad absoluta para el país de continuar la guerra, imposibilidad que chocaba con la obstinación del gobierno. Esta imposibilidad resultó de la desorganización total, del caos inextricable en que la guerra hundió al país.*

CAPÍTULO III
HACIA LA REVOLUCIÓN SOCIAL

El gobierno provisorio y los problemas de la revolución.– El gobierno provisorio formado por la Duma era burgués y conservador. Sus miembros, Príncipe Lvoff, Gutchkoff, Milioukov y otros, pertenecían (salvo Kerensky, vagamente socialista), políticamente al partido constitucional demócrata, y socialmente a las clases privilegiadas. Para ellos, una vez vencido el absolutismo, la revolución estaba terminada. En realidad no hacía más que comenzar. Ahora se trataba de “restablecer el orden”, de mejorar poco a poco la situación general en el interior del país, en el frente, de activar más que nunca las operaciones bélicas con nuevo ímpetu y, sobre todo, de preparar tranquilamente la convocación de la Asamblea Constituyente, que debería establecer las nuevas leyes fundamentales, el régimen político, el sistema gubernamental. El pueblo debería esperar pacientemente, como niño obediente, los favores que sus nuevos jefes quisieran otorgarle. Ellos concebían el gobierno provisorio como buenos burgueses moderados, cuyo poder nada tendría que envidiar al de los otros países *civilizados*.

Las miras políticas del gobierno provisorio no iban más allá de una buena monarquía constitucional. En rigor, algunos de sus miembros entreveían, quizá tímidamente, una república burguesa muy moderada.

El problema agrario y la cuestión obrera deberían ser resueltos por el futuro gobierno definitivo, de acuerdo a los modelos occidentales, que “habían hecho sus pruebas”.

El gobierno provisorio estaba más o menos seguro de poder utilizar el período de preparación, prolongándolo convenientemente, para reducir a la calma, a la disciplina y la obediencia a las masas, en el caso de que éstas llegasen a manifestar muy violentamente su deseo de desbordar los limites así previstos. Se trataba de asegurar, mediante maniobras políticas, elecciones *normales* para desembocar, en el momento deseado, a una Asamblea Constituyente, juiciosa y obediente; claro está, burguesa. Los *realistas*, los hombres políticos *experimentados*, los eruditos, los economistas y los sociólogos, estaban engañados en sus previsiones y cálculos. *No veían la realidad.*

Recuerdo haber asistido en Nueva York, en abril o mayo de 1917, a una gran conferencia rusa pronunciada por un honorable profesor, que hizo un copioso análisis de la probable composición y acción de la próxima

Asamblea Constituyente. Yo formulé a ese profesor una sola pregunta: *¿Qué preveía él en el caso de que la Revolución rusa prescindiera de una Asamblea Constituyente?* Muy desdeñosamente, y con ironía, el eminente profesor contestó que “él era un *realista*, y que yo sería seguramente un *anarquista*, cuya fantástica hipótesis no le interesaba”. El porvenir demostró muy pronto que el docto profesor se equivocaba magistralmente y que él fue precisamente el *fantasista*. En su exposición de dos horas sólo había omitido analizar una eventualidad, la que *precisamente llegó a ser realidad unos meses después.*

En 1917 los señores realistas, los políticos profesores, escritores, rusos y extranjeros, con raras excepciones, desdeñosa y magistralmente omitieron prever el triunfo del bolchevismo en la Revolución rusa. Triunfante el bolchevismo, muchos de ellos no tuvieron inconveniente en admitirlo, interesándose y ocupándose de él. Admitieron hasta su “gran importancia positiva” y “su triunfo mundial definitivo”, equivocándose de nuevo magistralmente.

Con el mismo *realismo*, la misma *clarividencia*, el mismo desdén inicial, y la misma habilidad después, esos señores no preverán a tiempo, y aceptarán más tarde, *el triunfo verdadero y definitivo de la idea libertaria en la revolución social mundial*.

El gobierno provisorio no se percataba de los obstáculos insalvables que fatalmente se le presentarían. El más importante de todos era el carácter de los problemas que debía encarar antes de la convocatoria de la Asamblea Constituyente. No se contemplaba de modo alguno que el pueblo trabajador podría no querer esperar esta convocatoria, como estaba plenamente en su derecho.

Primeramente el *problema de la guerra*. El pueblo, desengañado, agotado, continuaba la guerra sin entusiasmo, desinteresándose completamente de ella. El ejército había llegado al desquicio a causa del estado miserable en que se encontraba el país en revolución.

Dos soluciones se presentaban: cesar la guerra, concluir una paz por separado, desmovilizar el ejército y encarar decididamente los problemas interiores; o hacer lo imposible para mantener el frente, salvaguardar la disciplina de las tropas y continuar la guerra a toda costa hasta la convocación de la Asamblea Constituyente.

La primera solución era inadmisible para un gobierno burgués, *patriótico*, aliado a otros beligerantes, que consideraba como un *deshonor nacional* la ruptura eventual de esta *alianza*. Además, como gobierno *provisorio*, se veía obligado a seguir estrictamente la fórmula: ningún cambio importante, antes de la convocatoria de la Asamblea, que tendrá plenos poderes para adoptar cualquier decisión.

El gobierno provisorio adoptó, pues, la segunda solución, impracticable en las condiciones existentes.

Hay que recalcar que la obstinación del gobierno zarista por la continuación de la guerra, fue la causa inmediata de la revolución. Cualquier gobierno que se empecinase en ello, sería lógicamente derribado como lo fue el zar.

Ciertamente, el gobierno provisorio esperaba poner fin al caos y reorganizar el país. ¡Puras ilusiones! Ni el tiempo disponible, ni la situación general, ni la indiferencia de las masas, lo permitían.

La máquina del *Estado burgués* fue quebrada en Rusia en febrero de 1917. Sus objetivos y su actividad siempre fueron contrarios a los intereses y a las aspiraciones del pueblo. Habiéndose éste adueñado de su propio destino, aquélla no podía ser reparada y puesta en funcionamiento. Es el pueblo, obligado o libremente, no los gobiernos, *quien hace marchar la máquina estatal*, y como este pueblo, *libremente*, se desentendió de finalidades que no eran las suyas, era menester *reemplazar* el aparato destruido por otro adaptado a la nueva situación, en lugar de perder tiempo y fuerzas en vanos intentos por repararlo.

El gobierno burgués y nacionalista insistía en mantener la *máquina* y la guerra, herencia del régimen caído. Así se hacía cada vez más impopular y se encontraba impotente para *imponer* su voluntad guerrera.

Este primer problema, el más grave e importante, quedaba sin solución posible para el gobierno provisorio.

El segundo problema espinoso era el *agrario*. Los campesinos, 85 por 100 de la población, aspiraban a la posesión de la tierra. La revolución dio a esa aspiración un impulso irresistible. Reducidos a la impotencia, explotados y engañados desde siglos, los campesinos no querían esperar más. *Necesitaban la tierra, inmediatamente y sin más trámites.*

Ya en noviembre de 1905, en el Congreso campesino convocado después del manifiesto del 17 de octubre, cuando aún existían libertades, en miras a la convocación de la Duma, muchos delegados abogaron por esa aspiración.

"Toda alusión a un *rescate de tierras* –dijo en ese Congreso el delegado campesino de la región de Moscú– me subleva. Se intenta indemnizar a los esclavistas de ayer y aun de hoy, que, ayudados por funcionarios, hacen de nuestra vida una carrera de obstáculos. ¿No los hemos ya indemnizado ricamente con el arrendamiento? Imposible contar las toneladas de sangre con que hemos regado la tierra... Con la leche de sus senos, nuestras abuelas criaban perros de caza para esos señores. ¿No será bastante rescate éste? Durante siglos no hemos sido más que granos de arena arrastrados por el viento. Y el viento eran ellos. Y ahora ¿hay que pagarles de nuevo? ¡Ah, no! No son necesarias tratativas diplomáticas; la única vía buena es la revolucionaria. Si no, se nos engañará una vez más. Sólo hablar de rescate ya supone compromiso. ¡Camaradas, no volváis al error de vuestros padres! En 1861, nuestros señores fueron más astutos que nosotros y nos atraparon con poca cosa para evitar que el pueblo lo tomara todo."

"Jamás les hemos vendido la tierra –decían los campesinos de la región de Orel–; no tenemos pues que rescatarla. Ya la hemos pagado suficientemente, trabajando por un salario de hambre. ¡No, de ninguna manera pagaremos rescate! ¡Los señores no han traído sus tierras de la luna; sus abuelos se han adueñado de ellas!"

"Un rescate sería una flagrante injusticia frente al pueblo –decían los campesinos de la región de Kazán–; tendría que devolverse al pueblo no sólo la tierra, sino los arriendos pagados. Porque esos señores jamás han adquirido la tierra; han sabido apoderarse de ella para venderla más tarde. Eso es robo."

"¿Cómo –decían los campesinos al eminente sabio N. Rubakin entre 1897 y 1906–, cómo todos esos señores: Orloff, Demidoff, Balachoff han recibido sus tierras gratuitamente de zares y zarinas a modo de regalos? ¡Y ahora tenemos que pagar el rescate! ¡Eso es injusticia y franca rapiña!".

Los campesinos no querían esperar más y se apropiaban lisa y llanamente de las tierras, expulsando violentamente a los propietarios que no habían huido todavía. Así resolvían el *problema agrario* por propia iniciativa, sin preocuparse de deliberaciones, maquinaciones y decisiones del gobierno o de la Constituyente.

El ejército, en su mayor parte de campesinos, estaba listo para sostener esta acción directa.

El gobierno provisorio se vio acorralado: o se inclinaba o resistía en lucha abierta contra los campesinos en revuelta y contra el ejército.

Adoptó, pues, la táctica de mantenerse a la expectativa, como en el problema de la guerra. Maniobrando con habilidad e inteligencia exhortó a los campesinos a esperar la Constituyente, que podría establecer cualquier ley y daría satisfacción a los campesinos. Pero sus llamados eran vanos; esta táctica no prosperaba. El campesino no tenía la menor confianza en las palabras de los *señores* en el poder. Había sido bastante engañado para no creer más en palabras; ahora se sentía fuerte para poder *tomar* la tierra, lo que era justo. Y si titubeaba aún, era únicamente por miedo de ser castigado en proporción a lo cometido.

El *problema obrero* era tan insoluble para un gobierno burgués como el de los campesinos. Los obreros buscaban obtener de la revolución el máximo de bienestar y de derechos. Y el gobierno se esforzaba por reducirlos al mínimo. Luchas inmediatas y muy graves eran previsibles sobre este campo de batalla. Y, ¿qué medios tenía el gobierno provisorio para hacer prevalecer sus tesis?

El *problema puramente económico* era también de los más arduos, porque, estrechamente ligado a los otros problemas. Tampoco podía sufrir ninguna demora. En plena guerra y en plena revolución, en una situación caótica y en un país arruinado, era necesario organizar nuevamente la producción, los transportes, el comercio y la finanza.

Por último, el *problema polític*o no presentaba solución admisible. El gobierno provisorio debía convocar lo más pronto posible la Asamblea Constituyente. Pero por muchas razones se demoraba; debía necesariamente *temer* a esta Asamblea y su íntimo deseo era el de *diferir* la convocatoria para ganar tiempo e instalar, en tanto, por un golpe de mano feliz, una monarquía *constitucional*. En la espera, otros obstáculos peligrosos se le presentaron.

El más serio fue *la resurrección de los soviets obr*eros, especialmente el de Petrogrado. Este volvió a la actividad en los primeros días de la revolución, por tradición y también, como en 1905, a falta de otros organismos obreros. Fueron manejados por los socialistas moderados, mencheviques y socialistas revolucionarios de derecha; con todo, su ideología y su programa eran absolutamente contrarios a los proyectos del

gobierno provisorio; la influencia moral y la actividad del soviet de Petrogrado lo condujeron rápidamente a rivalizar con el gobierno en detrimento de éste.

El soviet de Petrogrado fue un segundo gobierno; daba la tónica a la vasta red de soviets de la provincia y coordinaba su acción. Apoyándose sobre toda la clase trabajadora del país, se hizo rápidamente poderoso. Incluso llegó a adquirir una influencia cada vez mayor sobre el ejército. Bien pronto, las órdenes y las instrucciones de los soviets comenzaron a imponerse sobre las del gobierno provisorio, el cual se veía obligado a tenerlas en cuenta.

El gobierno habría preferido hacerle la guerra, pero iniciar semejante acción contra los obreros que se habían organizado al día siguiente de una revolución que proclamaba la libertad absoluta de palabra, de toda organización, de toda acción social, era cosa imposible. Y además, ¿sobre qué fuerza efectiva podría apoyarse para llevar adelante esta lucha? No contaba con ninguna.

El gobierno se vio, pues, constreñido a simular complacencia y tolerar a su temible rival y hasta flirtear con él; aquél no se engañaba acerca de la fragilidad de las simpatías que le mostraban los trabajadores y el ejército y comprendía que, al primer conflicto, estas dos fuerzas decisivas se colocarían infaliblemente junto a los soviets. El gobierno esperaba... como en todo. Trataba de ganar tiempo. Pero este segundo *directorio*, no oficial, tan incómodo, y con el que era necesario tratar, constituía uno de los más grandes obstáculos que se le oponían.

La crítica violenta, la propaganda vigorosa de todos los partidos socialistas y sobre todo de los elementos de extrema izquierda (socialistas revolucionarios de izquierda, bolcheviques y anarquistas) no eran tampoco desdeñables. No eran posibles las medidas represivas contra la libertad de palabra. ¿Quién las hubiera ejecutado?

Hasta la burguesía poderosa, disciplinada, y de temple, adiestrada en más de un combate contra los elementos adversos, con la fuerza del ejército, de la policía y del dinero, se habría dado mucho que hacer para llegar a una solución satisfactoria en tal conjunto de problemas, e imponer su voluntad, su poder, y su *programa*. *Tal burguesía no existía en Rusia*. Como *clase* capitalista, la rusa estaba en los comienzos. Débil, organizada, sin tradición ni experiencia histórica, no podía esperar ningún triunfo. Tampoco desplegaba actividad alguna.

Debiendo representar en *principio* una burguesía casi inexistente e inoperante, el gobierno provisorio estaba fatalmente condenado a obrar en el vacío. Esta fue, sin duda, la causa primordial de su fracaso.

CAPÍTULO IV
¿HACIA UN GOBIERNO SOCIALISTA?
LA MISERIA DEL SOCIALISMO

El primer *gobierno provisorio*, esencialmente burgués, quedó, pues, reducido a una impotencia manifiesta, ridícula y mortal. El pobre hacía lo que podía para mantenerse: daba vueltas, se contradecía, se arrastraba.

Esperando, *arrastraba* también los problemas más candentes. La crítica y la cólera general contra este gobierno fantasma adquirían, día a día, más amplitud. Muy pronto la existencia se le tornó imposible. Apenas sesenta días después de su solemne instalación debió ceder su puesto sin lucha, el 6 de mayo, a un gobierno de *coalición*, con participación socialista, y cuyo miembro más influyente era A. Kerensky, socialista revolucionario muy moderado, más bien independiente.

Este gobierno social-burgués, ¿podía esperar mejores resultados? Ciertamente, no, pues las condiciones de su existencia y la debilidad de su acción debían ser fatalmente las mismas que las del primer gobierno provisorio. Obligado a apoyarse sobre la burguesía impotente, forzado a continuar la guerra, incapaz de aportar una solución real a los problemas cada vez más urgentes, atacado con vigor por las avanzadas y debatiéndose entre constantes dificultades de todo orden, este segundo gobierno provisorio desapareció sin gloria, lo mismo que el anterior y aproximadamente en el mismo plazo, el 2 de julio, para ceder su plaza a un tercer gobierno no menos *provisorio*, compuesto esencialmente de socialistas con algunos elementos burgueses.

Es entonces cuando Kerensky, jefe supremo de este tercer y luego de un cuarto gobierno, casi semejante al anterior, se transforma por algún tiempo en conductor, y el Partido Socialista Revolucionario, en estrecha colaboración con los mencheviques, pareció erigirlo definitivamente como jefe de la revolución. Un paso más y el país habría tenido un gobierno socialista capaz de apoyarse sobre fuerzas efectivas: el campesinado, la masa obrera, una gran parte de los intelectuales, los soviets y el ejército. Sin embargo, no sucedió así.

Al llegar al poder, el último gobierno de Kerensky parecía muy fuerte. Y, en efecto, *podía llegar a serlo*.

Kerensky, abogado y diputado de tendencia socialista, gozaba de gran popularidad, incluso en grandes masas y en el ejército. Sus discursos en la Duma, en vísperas de la revolución, habían tenido un éxito resonante. Su llegada al poder suscitó inmensas esperanzas en el país; podía apoyarse sin reservas en los soviets, en toda la clase trabajadora, pues en ese momento los delegados socialistas constituían una aplastante mayoría, y los soviets se encontraban en manos de los socialistas revolucionarios de derecha y de los socialdemócratas mencheviques.

En las primeras semanas del ministerio Kerensky era peligroso criticar a éste en público; tal era la confianza que le había otorgado el país. Algunos agitadores de extrema izquierda lo sintieron en carne propia al querer hablar contra Kerensky en las plazas públicas; sufrieron hasta linchamientos. Para aprovechar estas indudables ventajas era necesario que Kerensky demostrase con actos *una sola condición*, la preconizada por Danton: *¡Audacia, más audacia y siempre audacia*! Precisamente era la cualidad que le faltaba.

La audacia significaba para él: 1º, el abandono inmediato de la guerra del modo que él debía arbitrar; 2º, la ruptura decisiva con el régimen capitalista y burgués, con formación, pues, de un gobierno enteramente socialista; 3º, la orientación inmediata de toda la vida económica y social hacia un sistema francamente socialista.

Todo eso era perfectamente lógico para un gobierno de tendencia socialista, con mayoría socialista y un jefe socialista... ¡Pues no! Como siempre y en todas partes, los socialistas rusos, con Kerensky, no comprendieron la necesidad histórica de aprovechar el momento propicio, ir a la vanguardia y cumplir, en fin, su verdadero programa; permanecieron prisioneros de su programa bastardo (llamado mínimo), que les prescribía dogmáticamente la lucha *por una república democrática burguesa.*

En vez de colocarse francamente al servicio del pueblo y de su emancipación, los socialistas y Kerensky, cautivos de su tibia ideología, no encontraron nada mejor que hacer el juego al capitalismo ruso e internacional.

Kerensky no osó ni abandonar la guerra, ni dar la espalda a la burguesía y apoyarse firmemente sobre la clase trabajadora. Ni siquiera se atrevió a continuar la revolución y a acelerar la convocatoria de la Asamblea Constituyente.

¡La guerra a todo precio y por todos los medios!

Kerensky adoptó reformas inoportunas: restablecimiento de la pena de muerte y de los consejos de guerra en el frente; medidas represivas en la retaguardia; enseguida, muchas visitas al frente para pronunciar arengas y discursos inflamados que debían, según él, hacer renacer en los soldados el entusiasmo guerrero de la primera hora; la guerra continuaba por la sola fuerza de la inercia, y quería darle mayor impulso con palabras y castigos, sin comprender la realidad.

Tanto peroraba, que su título de *comandante en jefe* (además de presidente del Consejo de Ministros) fue rápidamente modificado por el público en *orador en jefe.*

En dos meses, su popularidad cayó en el ridículo; los trabajadores y los soldados terminaron por burlarse de sus discursos, pues querían *actos de paz y de revolución social*, así como la convocación rápida de la Constituyente. La obstinación con que todos los gobiernos retardaron esta convocatoria fue una de las razones de su impopularidad. Los bolcheviques se aprovecharon de ello y prometieron la convocatoria de la Asamblea en cuanto estuvieran en el poder.

Las razones de la bancarrota del gobierno Kerensky fueron las mismas que provocaron el fracaso de los gobiernos precedentes: la imposibilidad para los socialistas moderados de cesar la guerra; la impotencia lastimosa de este cuarto gobierno para resolver los problemas urgentes y su intención de mantener la revolución dentro de los límites del régimen burgués.

Las lógicas consecuencias de esas insuficiencias fueron fatales, y agravaron la situación y precipitaron la caída de Kerensky.

El partido bolchevique, habiendo reunido sus mejores fuerzas y teniendo también un poderoso organismo de propaganda y de acción, derramaba diariamente a través del país, por miles de voces y de artículos, críticas hábiles, sustanciosas, vigorosas, contra la política, la actitud y la actividad toda del gobierno y de todos los socialistas moderados. Estaba por la inmediata terminación de la guerra, la desmovilización, la continuación de la revolución. Difundía, con máxima energía, sus ideas sociales y revolucionarias. Repetía todos los días sus promesas de convocar

inmediatamente la Constituyente y de resolver, en fin, rápidamente y con buen éxito, todos los problemas de la hora *si llegaba al poder.* Golpeaba diariamente el mismo clavo sin cansarse ni dejarse intimidar: *¡El Poder!* “Todo el poder para los Soviets”, clamaba continuamente. El poder político para el comunismo, y todo quedaría arreglado y resuelto.

Cada vez más escuchado y seguido por los trabajadores intelectuales, por los obreros y por el ejército; multiplicando vertiginosamente el número de adherentes y penetrando así en todas las fábricas y empresas, el partido bolchevique disponía ya en junio de cuadros imponentes de militantes, agitadores, propagandistas, escritores, organizadores y hombres de acción. También disponía de fondos considerables. Y tenía a su cabeza un comité central poderoso, dirigido por Lenin. Desplegaba una actividad tremenda, febril, fulminante, y pronto se sintió, al menos moralmente, dueño de la situación, tanto más cuanto que no tenía rivales en la extrema avanzada. El Partido Socialista Revolucionario de izquierda, mucho más débil, no era más que un satélite; la propaganda anarquista estaba en sus comienzos, y el sindicalismo revolucionario no existía.

Kerensky, sintiéndose cada vez menos firme, *no osaba* atacar a los bolcheviques de frente. Recurría en forma incoherente a medidas insuficientes para abatir al rival y que, por el contrario, le servían de propaganda, atrayendo sobre ellos la atención, la estima y la confianza de las masas; sus tímidas reacciones reforzaron al enemigo en lugar de debilitarlo. Como tantos otros, Kerensky no veía el peligro. Hasta ese momento, casi nadie creía en una victoria bolchevique; en el mismo seno del partido, sólo Lenin creía poder vencer, e insistía en la oportunidad de preparar la insurrección.

Kerensky, presionado por sus aliados, fascinado por sus sueños guerreros y probablemente por sus propios discursos, tuvo la desgracia de desencadenar, el 18 de junio, su famosa ofensiva sobre el frente alemán, que fracasó lamentablemente y dio un golpe terrible a su popularidad. Ya el 3 de julio estalló en Petrogrado una revuelta armada contra el gobierno, con participación de tropas, particularmente marinos de Cronstadt, a los gritos de “¡Abajo Kerensky! ¡Viva la revolución social! ¡Todo el poder para los Soviets!”. Esta vez Kerensky pudo todavía, aunque con dificultad, dominar la situación. Pero perdió hasta la sombra de su antigua influencia. Un acontecimiento particular le dio el golpe de gracia. Desesperado por la marcha ascendente de la revolución y por la indecisión de Kerensky, un general *blanco, Korniloff,* sacó del frente algunos millares de soldados, la mayoría pertenecientes a tropas caucasianas, especie de tropas coloniales, más fácilmente manejables y engañables, les mintió sobre lo que pasaba en la capital y los mandó sobre Petrogrado, bajo el mando de un general leal, “para terminar *con las bandas de criminales armados*, y defender al gobierno, impotente para exterminarlos”.

Kerensky no ofreció a Korniloff más que una débil resistencia, de pura apariencia. La capital fue salvada únicamente gracias a un impulso fogoso, a un prodigioso esfuerzo y al sacrificio de los mismos obreros. Con la ayuda de la izquierda del Soviet de Petrogrado, algunos miles de obreros se armaron a toda prisa y partieron por propia iniciativa *al frente* contra

Korniloff. Una batalla en las proximidades de Petrogrado quedó indecisa. Los obreros no cedieron una pulgada de terreno, pero dejaron muchos cadáveres, y no estaban seguros de tener, al día siguiente, suficientes hombres y municiones. Gracias a una acción rápida y enérgica de ferroviarios y empleados del telégrafo, ayudados vigorosamente por comités de soldados del frente, el cuartel general de Korniloff fue aislado. Por la noche, los soldados de Korniloff, sorprendidos por la heroica resistencia de los *bandidos*, los *criminales* y *holgazanes*, y previendo el engaño, pudieron comprobar que los cadáveres todos tenían las manos callosas de los trabajadores auténticos. Algunos grupos socialistas del Cáucaso en Petrogrado decidieron hacer llegar una delegación al campamento de las tropas de Korniloff. La delegación se encaró con los soldados, los puso al corriente de la verdadera situación. Destruyó definitivamente la fábula de los bandidos y los persuadió a abandonar la lucha fratricida. A la mañana siguiente, los soldados de Korniloff declararon que habían sido engañados, rehusaron batirse contra sus hermanos y volvieron al frente. Así fracasó esta aventura.

Al día siguiente la opinión pública acusó a Kerensky de haber estado secretamente en connivencia con Korniloff; verdadera o no, esta versión se divulgó; moralmente se responsabilizó al gobierno de Kerensky y en general a los socialistas moderados; el camino estaba despejado para una resuelta ofensiva del partido bolchevista.

Se produjo aún un hecho de importancia capital. En las nuevas elecciones de delegados a los Soviets, de los comités de fábrica y de las células del ejército, *los bolchevistas obtuvieron una abrumadora victoria sobre los socialistas mod*erados; el partido bolchevique se apoderó definitivamente de toda la acción obrera y revolucionaria; con el concurso de los socialistas revolucionarios de izquierda, ganó también grandes simpatías entre el campesinado. Excelentes posiciones estratégicas estaban ahora en sus manos para una acción decisiva.

Lenin encaró la convocatoria de un congreso panruso de los soviets, que debía levantarse contra el poder de Kerensky, derribarlo con la ayuda del ejército e inaugurar el del partido bolchevique.

Los preparativos para la ejecución del plan comenzaron de inmediato, en parte públicamente y en parte reservadamente. Lenin, obligado a ocultarse, dirigía las operaciones a distancia. Kerensky, aun olfateando el peligro, era impotente para conjurarlo. Los acontecimientos se precipitaron, y el último acto del drama iba a comenzar.

En resumen, *todos los gobiernos conservadores o moderados que se sucedieron de febrero a octubre de 1917 probaron su impotencia para resolver los problemas excepcionalmente graves y agudos que la revolución planteó*, por lo que el país echó por tierra sucesivamente, en el corto espacio de ocho meses, al gobierno conservador burgués de factura constitucional, a la democracia burguesa y, al fin, al poder socialista moderado.

Dos hechos marcaron sobre todo esa impotencia: primero, la imposibilidad para el país de continuar la guerra, y para los gobiernos de hacerla cesar; segundo, la urgencia que el país atribuía a la convocatoria de la Asamblea Constituyente y la imposibilidad para los gobiernos de convocarla.

La vigorosa propaganda de la extrema izquierda por la inmediata paralización de la guerra, por la rápida convocación de la Constituyente y por la revolución social integral, como único medio de salvación, junto a otros factores de menor importancia, excitaron esta marcha fulminante de la revolución.

Así, la Revolución rusa, desencadenada a fines de febrero de 1917 contra el zarismo, quemó rápidamente las etapas de una revolución política burguesa, democrática y socialista moderada.

En octubre, libre de obstáculos el camino, la revolución se asentó, efectiva y definitivamente, en el terreno de la *Revolución social*. Fue perfectamente lógico y natural que, después de la caída de todos los gobiernos y partidos políticos moderados, el pueblo se volviera hacia el partido bolchevique, último partido existente, el único que permanecía en pie, que había encarado sin temor la Revolución social y que prometía, a condición de llegar al poder, la solución rápida y feliz de todos los problemas.

La propaganda *anarquista*, lo repetimos, era todavía demasiado débil para tener una influencia inmediata y concreta sobre los acontecimientos. Y el movimiento *sindicalista* no existía.

Desde el punto de vista social, la situación era ésta: tres elementos fundamentales se hallaban en presencia: primero, la burguesía; segundo, la clase obrera; tercero, el partido bolchevique, que figuraba como ideología de vanguardia.

La *burguesía* era débil y el partido bolchevique no tuvo demasiadas dificultades en destruirla.

La *clase obrera también era débil*. No organizada, sin experiencia y, en el fondo, inconsciente de su verdadera tarea, no supo obrar inmediatamente ella misma, por su propia cuenta. *Se dejó llevar por el Partido Comunista, que se apoderó de su acción.*

Esta insuficiencia de la clase obrera rusa en los comienzos de la revolución sería fatal para la secuencia de los acontecimientos y también para la Revolución integral. (Ya hemos hablado del nefasto Pasivo de la revolución abortada de 1905-1906: la clase obrera no conquistó el derecho de organizarse; permaneció desunida. En 1917 se resentiría de ello.)

El partido bolchevique, al apoderarse de la acción, en lugar de prestar simplemente apoyó a los trabajadores en sus esfuerzos para completar la Revolución y emanciparse; en lugar de *ayudarlos* en su lucha, papel que en su pensamiento los obreros le asignaban y que debiera ser, normalmente, el de todas las ideologías revolucionarias, y que por nada exige la toma ni el ejercicio del *poder político*[2], el partido bolchevique, una vez en el poder, se

[2] El *poder político* no es en sí una fuerza. Es *fuerte* en la medida en que puede apoyarse en el capital, en el armazón del Estado, en el ejército, en la policía. Falto de esos apoyos, permanece *suspendido* en el *vacío*, impotente, inoperante. La Revolución rusa nos da la prueba formal de ello: la burguesía rusa, teniendo en sus manos el *poder político* después de febrero de 1917, fue impotente, y su *poder* cayó sólo, dos meses más tarde; no disponía de ninguna fuerza, ni de capital productivo, ni

de una masa confiada, ni de un sólido aparato estatal, ni de un ejército adicto. El segundo y el tercer *gobiernos provisorios* cayeron igualmente y por la misma razón. Y es bien probable que si los bolcheviques no hubiesen precipitado los acontecimientos, el gobierno de Kerensky habría sufrido la misma suerte, poco más tarde.

Si la Revolución social está en gestación, de manera que el capital –suelo, subsuelo, fábricas, medios de transporte, dinero, etc.– comienza a pasar al pueblo, y el ejército hace causa común con éste, no hay por qué preocuparse del *poder político*. Si las clases vencidas intentaran por tradición formar uno, ¿qué importancia podría tener? Siempre sería un gobierno fantasma, ineficaz y fácilmente suprimible al menor esfuerzo del pueblo armado. Ya revolución, ¿qué necesidad tenía de *gobierno y poder político*? Su sola tarea es la de avanzar por la misma ruta popular, organizarse, consolidarse, perfeccionarse en lo económico, defenderse si es preciso, extenderse y edificar la nueva vida social de las vastas masas, etc. Todo esto, en efecto, nada tiene que ver con un *poder político*. Porque *todo esto es función normal del propio pueblo revolucionario*, de sus múltiples organismos económicos y sociales y de sus federaciones coordinadoras, de sus formaciones de defensa, etc.

¿Qué es en el fondo un *poder político*? ¿Qué es la actividad *política*? ¡Cuántas veces lo he preguntado a miembros de partidos políticos avanzados sin obtener jamás una contestación inteligible! Se puede llegar a saber lo que es la actividad social, económica, administrativa, jurídica, diplomática y cultural; pero ¿Qué es una actividad *política*? Se pretende que es la actividad *administrativa central* propia de un país; luego, *poder político* significaría *poder administrativo*. Pero ambas nociones no son de ningún modo idénticas. A sabiendas o no se confunde política y administración, igual que se confunde Estado y Sociedad. La actividad administrativa es una parte integrante de cualquier actividad humana como principio coordinador u organizador. En cada dominio, los hombres que poseen el don de organización deben ejercer normalmente sus funciones de organizadores de administradores. Estos hombres, trabajadores como los demás deben asegurar la administración de las cosas sin erigirse en *poder político*, el cual permanece indefinible, pues no existe función política específica en una comunidad humana y desaparece cuando las funciones reales son cumplidas por los servicios correspondientes.

Goldenweiser, jurista ruso, cuenta en sus recuerdos, publicados en los *Archivos de la Revolución rusa*, revista de los emigrados refugiados en Berlín antes de la última guerra, que en tiempos de la revolución vivía en una ciudad de Ucrania, zona muy agitada. Por obra de los acontecimientos, la ciudad permaneció algún tiempo sin *poder*, ni blanco ni rojo. Con gran asombro, Goldenweiser comprueba que en ese período la población vivía y trabajaba igual o quizá mejor que en los tiempos en que había *poder*. Goldenweiser no es el único que haya comprobado esto. Lo extraño es más bien la sorpresa de Goldenweiser. ¿Acaso el *poder* hace vivir, actuar y entenderse a los hombres? ¿Ha habido algún *poder* que haya convertido a una sociedad en feliz, armoniosa y organizada? Al contrario, los períodos históricos con sociedades relativamente felices han surgido en épocas de débil *poder político*: la antigua Grecia, algunos períodos de la Edad media, etc... *El poder político* ha surgido, dentro del proceso evolutivo de las sociedades humanas, por razones históricas determinadas, *que hoy día no existen.*

Se pretende que para poder administrar hay necesidad de imponer y mandar con medidas coercitivas. Un *poder político* sería, pues, una administración central de un país por medios compulsivos. Sin embargo, un servicio administrativo popular puede recurrir, si es preciso, a medidas extremas, sin valerse un *poder político* específico permanente.

instaló en él como *dueño absoluto*; se corrompió rápidamente y se organizó como casta privilegiada y, por consiguiente, *destruyó y subyugó a la clase obrera para explotarla* en su provecho, bajo nuevas formas.

De este hecho, toda la revolución resultará falseada, desviada, pues cuando las masas populares comprendan el error y el peligro *será demasiado tarde*: después de una lucha dura y desigual contra los nuevos amos, sólidamente organizados administrativa, militar y policialmente, que durará unos tres años y será casi ignorada fuera de Rusia, el pueblo sucumbirá. La verdadera Revolución emancipadora será una vez más sofocada por los mismos *revolucionarios.*

CAPÍTULO V
LA REVOLUCIÓN BOLCHEVIQUE

***La caída del gobierno Kerensky. La victoria del partido bolchevique*.–** A partir del 17 de octubre, el desenlace se aproxima. Las masas están prestas para una nueva revolución, como lo prueban los levantamientos espontáneos desde julio, el ya citado de Petrogrado y los de Kaluga y Kazán y otros del pueblo y de tropas, en diversos puntos.

El partido bolchevique se ve, entonces, ante la posibilidad de apoyarse sobre dos fuerzas efectivas: la confianza de gran parte del pueblo y una fuerte mayoría en el ejército. Así pasa a la acción y prepara febrilmente su batalla decisiva. Su agitación produce efervescencia. Ultima los detalles de la formación de cuadros obreros y militares. Organiza también, definitivamente, sus propios equipos, y redacta la lista eventual del nuevo gobierno bolchevique, con Lenin a la cabeza, quien vigila los acontecimientos de cerca y transmite sus últimas instrucciones. Trotzky, el activo brazo derecho de Lenin, llegado hacía varios meses de Norteamérica, donde residió desde su evasión de Siberia, participará en puesto destacado.

Los socialistas revolucionarios de izquierda actúan de acuerdo con los bolcheviques.

Los anarcosindicalistas y los anarquistas, poco numerosos y mal organizados, pero muy activos también, hacen todo lo que pueden para sostener y alentar la lucha contra Kerensky, no por la conquista del poder, sino por la organización y la colaboración libres.

Conocidas la extrema debilidad del gobierno Kerensky y la simpatía de una aplastante mayoría popular, con el apoyo activo de la flota de Cronstadt,

Se afirma que los pueblos son incapaces de crear por sí solos una administración eficaz. En el transcurso de este libro se hallará suficientes pruebas de lo contrario.

Si, en plena Revolución social, los diversos partidos políticos quieren entretenerse en *organizar el poder*, el pueblo debería proseguir su tarea revolucionaria dejando aislados a los partidos. Si, después de febrero y de octubre de 1917, los trabajadores rusos, en lugar de darse nuevos amos, hubieran continuado sencillamente su labor con ayuda de los revolucionarios, el *poder político* habría desaparecido.

Los hechos desconocidos hasta ahora, que vamos a revelar, confirman esta tesis. Esperemos que los pueblos empiecen a ver claro y no se dejen engañar por los políticos, que sólo son revolucionarios de salón.

siempre a la vanguardia de la revolución, y de gran parte de las tropas de Petrogrado, el Comité Central del partido bolchevique fijó la insurrección para el día 25 de octubre. El Congreso panruso de los soviets fue convocado para la misma fecha.

Los miembros del Comité Central estaban convencidos de que este congreso de mayoría bolchevique y obediente a las directivas del partido debía proclamar y apoyar la revolución y reunir todas las fuerzas para hacer frente a la resistencia de Kerensky. La insurrección se produjo el día señalado por la tarde. Y, simultáneamente, el congreso de soviets se reunió en Petrogrado. No hubo combates en las calles ni se levantaron barricadas.

Abandonado por todo el mundo, el gobierno Kerensky, asido a verdaderas quimeras, permanecía en el Palacio de Invierno, defendido por un batallón seleccionado, otro compuesto de mujeres y algunos jóvenes oficiales aspirantes.

Tropas bolcheviques, de acuerdo con un plan establecido en el Congreso de soviets y el Comité Central del partido, cercaron el palacio y atacaron sus defensas. La acción fue sostenida por naves de guerra de la flota del Báltico, de Cronstadt, alineadas sobre el río Neva, con el crucero Aurora. Después de una breve escaramuza y algunos disparos de cañón desde el crucero, las tropas bolcheviques se apoderaron del palacio.

Kerensky había huido. Los demás miembros de su gobierno fueron arrestados.

Así, en Petrogrado la *insurrección* se limitó a una pequeña operación militar, conducida por el partido bolchevique. Habiendo quedado vacante el gobierno, el Comité Central del partido se instaló como vencedor en aquella revolución de palacio.

Kerensky intentó marchar sobre Petrogrado con algunas tropas sacadas del frente de guerra, cosacos y la división caucasiana, pero fracasó por la vigorosa intervención armada de los obreros de la capital y, sobre todo y una vez más, por los marinos de Cronstadt, llegados precipitadamente a prestar ayuda. En una batalla cerca de Gatchina, en los alrededores de Petrogrado, una parte de las tropas de Kerensky fue derrotada y la otra se pasó al campo revolucionario. Kerensky pudo salvarse en el extranjero.

En Moscú y otras partes la toma del poder por el partido bolchevique se efectuó con menos facilidad.

Moscú vivió días de combates encarnizados entre las fuerzas revolucionarias y las de la reacción, que dejaron muchas víctimas. Numerosos barrios de la ciudad resultaron muy dañados por el fuego de la artillería. Finalmente, la revolución la ocupó. En otras ciudades, igualmente la victoria costó violentas luchas.

El campo, en general, permaneció casi indiferente. Los campesinos estaban muy absorbidos por sus preocupaciones locales: desde hacía mucho tiempo se preocupaban en resolver por sí mismos el *problema agrario*; no temían el poder de los bolcheviques. Puesto que tenían la tierra y no temían el retorno de los señores, estaban bastante satisfechos y eran indiferentes ante los defensores del trono. No esperaban nada malo de los bolcheviques, ya que se decía que éstos querían terminar la guerra, lo cual les parecía justo. No tenían, pues, ningún motivo para desconfiar de la nueva revolución.

La manera cómo ésta se cumplió ilustra sobre la inutilidad de una lucha por el *poder político*. Si éste es sostenido por una gran mayoría y, sobre todo, por el ejército, no es posible abatirlo, y si es abandonado por la mayoría y por el ejército, que es lo que se produce en el momento de una verdadera revolución, entonces tampoco vale la pena dedicarse a él especialmente. Ante el pueblo armado se derrumba solo. Hay que abandonar el *poder* político para ocuparse del *poder real de la revolución*, de sus inagotables fuerzas potenciales, de su irresistible impulso, de los inmensos horizontes que abre, de todas las enormes posibilidades que contiene en su seno.

En muchas regiones, la victoria de los bolcheviques no fue completa, particularmente en el Este y en el Mediodía. Movimientos contrarrevolucionarios se perfilaron muy pronto y se extendieron hasta una verdadera guerra civil que duró hasta fines del año 1921.

Uno de esos movimientos, dirigido por el general Denikin, en 1919, fue sumamente peligroso para el poder bolchevique. Partiendo de los confines de la Rusia meridional, región del Don, Kuban, Ucrania, Crimea, Cáucaso, el ejército de Denikin arribó, en el verano de 1919, casi hasta las puertas de Moscú. Explicaremos más adelante los elementos que le otorgaron tanta fuerza a ese movimiento, así como el modo como este peligro inminente pudo ser evitado, *una vez más al margen del poder político bolchevique*.

Muy peligroso fue asimismo el levantamiento desencadenado más tarde por el general Wrangel en los mismos parajes, después de haber sido ahogado el dirigido militarmente por el almirante Koltchak en el Este. Las otras rebeliones contrarrevolucionarias fueron de menor importancia.

La mayor parte de estos intentos fueron, en parte, sostenidos y alimentados por intervenciones extranjeras. Algunos han sido patrocinados y hasta políticamente dirigidos por los socialistas revolucionarios moderados y los mencheviques.

El poder bolchevique debió sostener una lucha larga y difícil: primero, contra sus ex colaboradores, los socialistas revolucionarios de izquierda, y segundo, *contra las tendencias y el movimiento anarquistas*. Ambos combatieron a los bolcheviques, en nombre de la “verdadera revolución social”, traicionada, a su entender, por el partido bolchevique en el poder.

El nacimiento y, sobre todo, la amplitud y el vigor de los ataques contrarrevolucionarios fueron el resultado fatal de la deficiencia del poder bolchevique, de su impotencia para organizar la nueva vida económica y social. Ya veremos cuál ha sido la evolución *real* de la revolución de octubre, y cómo el nuevo poder supo, finalmente, mantenerse, imponerse, dominar la tempestad y *resolver*, a su manera, los problemas de la revolución.

El año 1922, el bolcheviquismo en el poder pudo sentirse definitivamente dueño de la situación y comenzar su momento histórico.

La explosión produjo las ruinas del zarismo y del sistema feudal-burgués. Era necesario comenzar a edificar la nueva sociedad.

LIBRO SEGUNDO

EL BOLCHEVISMO Y LA ANARQUÍA

PRIMERA PARTE
LAS DOS IDEAS DE LA REVOLUCION

CAPÍTULO I
DOS CONCEPCIONES OPUESTAS
DE LA REVOLUCIÓN SOCIAL

Nuestra tarea principal consiste en fijar y examinar en lo posible, todo lo *desconocido* o *poco conocido* de la Revolución rusa.

Un hecho menospreciado en los países occidentales es que, en *octubre de* 1917, *la rebelión rusa penetra en las nuevas posibilidades de la gran Revolución Social,* y avanza por ese camino inexplorado, adquiriendo un carácter original.

Por tanto, desde ahora nuestro relato tendrá otro ritmo en vista; los nuevos elementos y el lenguaje mismo cambiarán de tono para adquirir l un aspecto más decisivo.

En el curso de las crisis y las equivocaciones que se sucedieron hasta los acontecimientos de octubre de 1917, sólo tuvo preeminencia la concepción revolucionaria del bolchevismo. Sin referirnos a la doctrina socialista revolucionaria de izquierda, emparentada a aquél por su carácter político, autoritario, estatal y centralista, ni de algunas otras pequeñas corrientes similares, precisaremos la *segunda idea fundamental, la anarquista,* dirigida a una franca y total revolución social, que se expandió en el ambiente revolucionario de las masas laboriosas.

Su influencia aumentaba a medida que los acontecimientos se extendían. A fin de 1918, los bolcheviques, que no admitían ninguna crítica y menos todavía una oposición, se inquietaron seriamente. *Desde* 1919 *hasta fin de* 1921, *debieron sostener una lucha muy seria contra los progresos anarquistas, tan áspera y larga como la llevada contra la reacción.*

El bolchevismo en el poder combatió las tendencias anarquistas y anarcosindicalistas, no en el terreno de las experiencias ideológicas o concretas, con una lucha franca y leal, sino con los mismos métodos de represión que empleó contra los reaccionarios: los de la más despiadada violencia. Comenzó por la clausura brutal de locales libertarios, para impedir toda propaganda y actividad; pretendió que la voz de los anarquistas no continuara influyendo en el pueblo, y puesto que, a despecho de tales imposiciones, la idea seguía ganando posiciones, extremaron las medidas violentas; colocaron fuera de ley a las agrupaciones libertarias, encarcelaron y fusilaron a sus miembros. *La lucha desigual entre las dos tendencias, una en el poder, otra frente al poder, se agravó, se extendió y desembocó en ciertas regiones en una verdadera guerra civil.* En Ucrania, la rebelión duró más de dos años, obligando a los bolcheviques a movilizar todas sus fuerzas para ahogar la idea anarquista y para aplastar los movimientos populares inspirados por ella.

Así, la lucha entre las dos concepciones de la revolución social y, al mismo tiempo, entre el poder bolchevique y ciertos movimientos defensivos de las masas trabajadoras, fue de gran trascendencia en los acontecimientos de 1919-1921.

Sin embargo, por razones fáciles de comprender, todos los autores más o menos avanzados, excepto los libertarios, *silencian este hecho notable.* Estamos obligados, pues, a aportar los elementos de juicio necesarios.

Ya que en la víspera de la revolución de octubre, el bolchevismo reunía la gran mayoría de los sufragios populares, ¿cuál fue la causa de la importante y rápida ascensión de la idea anarquista?

¿Cuál fue, exactamente, la posición de los anarquistas frente a los bolcheviques, y por qué éstos debieron combatir tan violentamente la idea y la actividad libertarias?

La respuesta a estos interrogantes nos revelará el verdadero semblante del bolchevismo.

Confrontando las dos concepciones antagónicas en acción se llegará a conocerlas mejor, a comprender las causas del estado de guerra entre ambas y, en fin, a tomar el pulso de la revolución después del ascenso bolchevique.

La idea bolchevique quería edificar, sobre las ruinas del Estado burgués, *un nuevo Estado, un gobierno obrero y campesino* y establecer la *dictadura del proletariado.*

La idea anarquista consistía en transformar las bases económicas y sociales de la sociedad *sin el recurso de un Estado político, de un gobierno, de una dictadura,* es decir, realizar la revolución y resolver todos sus problemas, no por los medios *políticos y estatistas,* sino por una actividad libre *económica y social,* practicada por las mismas asociaciones de trabajadores después de haber derribado el último gobierno capitalista.

Para *coordinar* la acción, el bolchevismo se basaba en un poder político central, organizando la vida del Estado con ayuda del gobierno y sus agentes, según las directivas de aquél.

La tendencia anarquista propugnaba el abandono definitivo de la organización política y estatal, para llegar a una colaboración *directa y federativa* de los organismos económicos, sociales y técnicos, (sindicatos, cooperativas y asociaciones diversas, etc.), local, regional, nacional e internacionalmente, siguiendo las necesidades y los intereses reales, yendo de la periferia a los centros, establecidos en forma natural y lógica, según las necesidades concretas, sin dominadores ni dominados.

Interesado y absurdo es el reproche que se dirige a los anarquistas: que no piensan más que en *destruir,* y no tienen ninguna idea *positiva,* constructora, sobre todo cuando lo lanzan los partidos avanzados. Las discusiones entre éstos y los anarquistas se basaban en *la tarea positiva y constructora* después de la destrucción del Estado burgués. ¿Cuál debía ser, entonces, el modo de edificación de la nueva sociedad? ¿Estatal, centralista y política, o federalista, apolítica y simplemente social? La preocupación esencial del anarquismo fue siempre, precisamente, la *construcción futura.*

A la tesis de los partidos: Estado *transitorio,* político y centralizado, los anarquistas oponían el acuerdo *inmediato* para la verdadera comunidad,

económica y federativa. Los partidos políticos se apoyan sobre la estructura social, legada por los siglos y los regímenes caducos, pretendiendo que ella comporta ideas constructoras. Los anarquistas estimaban, por el contrario, que una nueva edificación exige, *desde el comienzo,* métodos nuevos, con ideas claras y orientación precisa de acción creadora.

Generalmente hay una interpretación errónea que pretende que la concepción libertaria significa la ausencia de toda organización. Lo cierto es que hay *dos principios diferentes de organización,*

Toda revolución comienza por ser espontánea, confusa, caótica; y si se estanca así, fracasa; esto lo comprenden bien los libertarios como los demás. Después del impulso original, el principio organizador debe intervenir en una revolución como en cualquier otra actividad humana, y entonces surge la grave cuestión: ¿Cuáles deben ser el modo y la base de esta organización?

Unos pretenden que debe formarse un grupo central dirigente para tomar a su cargo toda la obra, conducirla de acuerdo a su concepción, imponerla a toda la colectividad, establecer un gobierno y organizar un Estado, dictar su voluntad a la población, imponer sus *leyes* por la fuerza la violencia, combatir y hasta suprimir a los que no estén de acuerdo con él.

Los anarquistas estiman que eso es absurdo, contrario a las tendencias fundamentales de la evolución humana y, por tanto, estéril y aun nefasto a la tarea revolucionaria. Es imprescindible que la sociedad se organice, pero debe hacerlo libremente, desde la base. El principio organizador debe surgir, no de un centro creado de antemano para imponerlo, sino de todos los puntos, para coordinarse en centros naturales, destinados a relacionarse entre sí. Naturalmente, la intervención de hombres capaces es muy necesaria. Pero, en todo lugar y en cualquier circunstancia, esos valores deben participar libremente en la obra común como verdaderos *colaboradores* y jamás como *dictadores.* Es necesario que en todas partes den su ejemplo y se dediquen a organizar las buenas voluntades. Las iniciativas, los conocimientos, las capacidades y aptitudes, sin tender a dominarlas, subyugarlas u oprimirlas. Tales hombres serían *verdaderos organizadores* y su obra constituiría la *verdadera organización,* fecunda y sólida, porque es natural y efectivamente progresista. La otra *organización, calcada sobre los moldes de una vieja sociedad de tiranía y explotación y adaptada a estas finalidades,* sería estéril y falsa porque no satisfaría *las nuevas aspiraciones;* no desarrollaría ninguno de los elementos de una *nueva* sociedad; conduciría hasta el paroxismo todas las taras de la vieja estructura, *puesto que no habría modificado más que su aspecto.* Perteneciendo a una sociedad caduca, sobrepasada en todos los aspectos y, en consecuencia, inconveniente como institución natural y libre, no podría mantenerse sin la ayuda de un nuevo *artificio:* engaño, violencia, opresiones y explotaciones, y así fatalmente se tergiversaría y pondría en peligro el proceso íntegro de la revolución. Es evidente que tal organización permanecería infecunda para la verdadera *Revolución social;* tampoco serviría de *transición,* como pretenden los "comunistas", pues debería poseer los *gérmenes* de una evolución libertaria, ya que toda sociedad autoritaria y estatista no tiene más que los residuos de la que ha sido vencida.

Según la tesis libertaria, el mismo pueblo trabajador, por medio de diversos organismos de clase: comités de fábrica, sindicatos industriales y agrícolas, cooperativas, etc., *federadas por sus necesidades efectivas,* debía aplicarse a la solución de los problemas constructivos de la revolución. Para la acción fecunda, libre y consciente, debían coordinarse todos los esfuerzos en todo el país. *Ayudar al pueblo,* orientarlo, instruirlo, incitarlo a emprender iniciativas, mostrarle el ejemplo, sostenerlo en su acción, *pero nunca dirigirlo gubernamentalmente.*

Según los anarquistas, la solución de los problemas de la Revolución social sería el resultado de la obra libre y conscientemente solidaria de millones de hombres, armonizando toda la variedad de sus necesidades e intereses, así como la de sus ideas, fuerzas, capacidades y conocimientos profesionales. Mediante sus organismos económicos, técnicos y sociales, con la contribución de los más capaces y, por necesidad, bajo la protección de sus milicias libremente reunidas, los trabajadores efectivamente impulsarían a la revolución para arribar progresivamente a la realización práctica de sus tareas.

La tesis bolchevique era diametralmente opuesta. Su élite formaría un gobierno *obrero* y ejercería la *dictadura del proletariado* para proseguir la transformación social y resolver sus inmensos problemas. El pueblo debía ayudar a este gobierno, ejecutando fiel, ciega y *mecánicamente* sus designios, sus decisiones, sus órdenes y sus leyes. La fuerza armada, sobre modelo capitalista, debía prestar la misma obediencia que las masas.

Ésta es la diferencia esencial de las dos concepciones opuestas de la revolución social en la conmoción rusa de 1917.

Los bolcheviques no querían ni escuchar a los anarquistas, y menos todavía dejarles exponer sus tesis públicamente. Creyéndose en posesión de una verdad absoluta, indiscutible, *científica,* pretendiendo imponerla y aplicarla con urgencia, combatieron y eliminaron al movimiento libertario *por la violencia,* desde que éste comenzó a interesar a los trabajadores, procedimiento habitual a todos los dominadores, explotadores e inquisidores.

Desde octubre de 1917, el conflicto se hizo más agudo y, durante cuatro años, el mismo preocupará al poder bolchevique en las peripecias de la revolución hasta el aplastamiento definitivo, por el ejército rojo, de la corriente libertaria, a fines de 1921.

La importancia de este hecho y sus enseñanzas fueron cuidadosamente silenciadas por toda la prensa política.

CAPÍTULO II
CAUSAS Y CONSECUENCIAS DE LA CONCEPCIÓN BOLCHEVIQUE

Algunas apreciaciones.– La concepción política, gubernamental, estatista y centralista es, como se sabe, la que prevaleció. Se plantea aquí previamente una cuestión que importa aclarar antes de volver sobre los acontecimientos y sobre otros problemas.

¿Cuales fueron las razones fundamentales que permitieron al bolchevismo prevalecer sobre el anarquismo en la Revolución rusa? ¿Cómo apreciar ese triunfo?

La diferencia de número y la escasa organización de los anarquistas no bastan a explicar su falta de éxito: en el curso de los acontecimientos su número podría aumentar y su organización mejorar. La sola violencia no es tampoco una explicación suficiente: si vastas masas hubiesen podido ser ganadas a tiempo por las ideas anarquistas, la violencia no habría podido ejercerse.

Por otra parte, ya se verá, la derrota no es imputable a la idea anarquista como tal ni a la actuación de los libertarios: fue la consecuencia casi ineluctable de un conjunto de hechos independientes de su voluntad.

Tratemos, pues, de establecer las causas esenciales, causas múltiples que enumeraremos por orden de importancia, y apreciaremos en su justo valor.

1º *El estado de espíritu general de las masas populares* (y también de las capas cultas).

En Rusia, como por doquiera, el Estado y el gobierno aparecen a las masas como elementos indispensables, naturales, históricamente establecidos de una *vez* por todas. Las gentes ni siquiera se preguntan si el Estado, si el Gobierno[1] representan instituciones *normales*, útiles,

[1] Para evitar toda confusión, estableceré algunas precisiones. Yo empleo en toda ocasión el término *Estado* en un sentido *actual, corriente* y *concreto,* adquirido al cabo de una larga evolución histórica y perfecta y uniformemente aceptado por todo el mundo, sentido en fin, *que constituye el objeto de toda la controversia.*

Estado significa organismo *político* congelado, *mecánicamente* centralizado o dirigido por un gobierno *político* apoyado en un conjunto de *leyes e instituciones coercitivas.*

Ciertos autores y contradictores burgueses, socialistas y comunistas, tomando el término en otro sentido, vasto y general, declaran que todo conjunto social organizado, de gran envergadura representa un *Estado.* Y de ello deducen que toda sociedad nueva, cualquiera sea, será *forzosamente* un *Estado.* Según ellos, nosotros discutimos vanamente sobre una *palabra.* Para nosotros, *ellos juegan* así con palabras. Sustituyen una noción concreta, generalmente admitida e históricamente dada, por otra en cuyo nombre combaten la idea antiestatista o libertaria, anarquista. Confunden además, inconscientemente o voluntariamente, dos nociones esencialmente diferentes: *Estado y Sociedad.*

Va de suyo que la sociedad futura, la verdadera, será una *sociedad.* Que los societarios de entonces la llamen *Estado* o diversamente, es secundario. No se trata de la palabra, sino de la *esencia.* (Es de suponer que abandonarán un término que designa una forma de sociedad determinada y caduca. De todos modos, si la sociedad futura, la buena, es denominada *Estado,* será dándole un sentido bien distinto del controvertido.) Lo que importa es que esa sociedad futura –lo afirman los anarquistas– será incompatible con lo que actualmente se llama *Estado.*

Aprovecho la ocasión para remarcar que numerosos autores yerran al admitir solo *dos* definiciones hasta ahora aceptadas: o *Estado,* que ellos confunden con la Sociedad, o la libre concurrencia desordenada y la lucha caótica entre individuos o grupos de individuos. Consciente o inconscientemente, omiten una *tercera eventualidad,* que no seria ni, un *Estado,* en el sentido concreto indicado, ni una aglomeración cualquiera de individuos, sino *una sociedad basada en relaciones libres y naturales entre toda clase de asociaciones federaciones, de consumidores, de productores.*

Existen, pues, no uno, sino *dos antitestatismos, esencialmente diferente:* uno, irracional, y por tanto fácilmente atacable, pretendidamente basado en el “libre capricho de los individuos” (¿quién ha predicado tamaño absurdo?, ¿no será acaso pura invención, lanzada por necesidad de la causa?); el otro, apolítico, basado racionalmente en algo perfectamente organizado: las relaciones de cooperación entre diversas asociaciones. Por este antiestatismo el anarquismo combate al Estado.

Análoga observación para el término *gobierno.* Son muchos los que declaran: “Jamás podrá prescindirse de hombres que organicen, administren, dirijan, etc.” Y bien, quienes lo hacen, en un vasto conjunto social, un *Estado,* forman un *Gobierno, quisiérase* o no. ¡Y pretenden aún que discutimos sobre palabras! Se incurre aquí en el mismo error. El gobierno político y coercitivo de un *Estado político* es una cosa; un cuerpo de animadores, de organizadores, de administradores o de directores técnicos, profesionales o no, indispensables para el funcionamiento coordinado de las asociaciones, federaciones, etc., es otra cosa.

¡No juguemos, pues, con las palabras para no dar la impresión de *discutir* sobre palabras! Seamos claros y francos. ¿Admitimos, si o no, que un *Estado* político, dirigido por un Gobierno representativo, puede encuadrar una verdadera sociedad futura? Si sí, no se es anarquista. Si no, ya se lo es en buena parte. ¿Admitimos, si o no, que un *Estado* político, etc., pueda servir de *transición* hacia el verdadero socialismo? Si sí, no se es anarquista. Si no, se es anarquista.

aceptables. Semejante pregunta no les acudía al espíritu. Y si alguien se la formulaba, empezaba –y muy a menudo terminaba– por no ser comprendido.

(En el curso de la Revolución, las masas devenían, intuitivamente, de vez en vez más *anarquizantes.* Pero les faltaba la conciencia y los conocimientos anarquistas. Y también el tiempo para compenetrarse de ellos.)

2° Este prejuicio estatista, casi innato, debido a una evolución y un ambiente milenarios, devenido por ello una *segunda naturaleza,* fue confirmado enseguida *por toda la prensa,* incluso la de los partidos socialistas (habida cuenta de que en Rusia la literatura anarquista se reducía a algunos folletos y volantes clandestinos).

La juventud rusa avanzada leía una literatura que invariablemente presentaba al socialismo en el aspecto *estatista.* Marxistas y antimarxistas discutían entre sí, pero para unos y otros *el Estado seguía siendo la base indiscutible de toda sociedad moderna.*

Jamás las jóvenes generaciones rusas se representaron al socialismo sino encuadrado en el estatismo. Salvo raras excepciones individuales, la concepción anarquista les era desconocida hasta los acontecimientos de 1917. No sólo la prensa, sino *toda la educación,* y en todo tiempo, tuvieron carácter estatista.

3° Por tales razones los partidos socialistas, incluidos los bolcheviques, pudieron disponer, *desde el comienzo mismo de la Revolución,* cuadros importantes de militantes dispuestos a la acción.

Los miembros de los partidos socialistas moderados eran ya relativamente numerosos en Rusia, lo que fue una de las causas del éxito de los mencheviques y de los socialistas revolucionarios de derecha. En cuanto a los bolcheviques, se encontraban en gran parte en el extranjero, pero todos volvieron rápidamente y se pusieron inmediatamente a la obra.

Comparados con las fuerzas socialistas y bolcheviques, que actuaban en Rusia desde el comienzo de la revolución, en vasta escala y de manera organizada, cerrada y de masas, *los anarquistas no eran entonces sino un pequeño puñado sin influencia.*

(No se trata sólo del número. Negadores de los medios y los fines políticos, los anarquistas, lógicamente, no forman un partido político artificialmente disciplinado con la mira de la conquista del poder. Se organizan, por libre disciplina, en grupos de propaganda o de acción social y después en asociaciones o federaciones. Esta forma de organización y de acción contribuye a colocarlos provisoriamente en inferioridad frente a los partidos políticos. Esto por nada los descorazona, ya que trabajan para el día en que el pueblo comprenda, por la fuerza de las cosas, acompañada de una propaganda explicativa y educativa, la verdad vital de su concepción, y se decida a realizarla.)

Recuerdo que al llegar del extranjero a Petrogrado en los primeros días de julio de 1917, me sorprendió la cantidad impresionante de carteles bolcheviques que anunciaban reuniones y conferencias en todas las esquinas de la capital y sus suburbios, en salas públicas, en fábricas, etc. No vi un solo cartel anarquista. Supe también que el partido bolchevique publicaba, en la capital y fuera de ella, diarios de gran tiraje y que contaba por doquiera, en lugares de trabajo y en el ejército, núcleos importantes e influyentes. Comprobé al par, con amarga decepción, la falta de un periódico anarquista en Petrogrado, así como de toda propaganda oral. Cierto es que existían algunas agrupaciones anarquistas y que también había en Cronstadt (V. libro III, cap. I) algunos anarquistas activos cuya influencia se hacía sentir. Pero eso no bastaba para una propaganda eficaz, llamada no sólo a divulgar una idea casi desconocida, sino también a contrarrestar la poderosa propaganda y la acción bolcheviques. *¡Al quinto mes de una formidable revolución, no había ningún periódico, ninguna voz anarquista en la capital del país!* Y esto frente a una actividad desenfrenada del partido bolchevique. Recién en agosto, y con grandes dificultades, el pequeño grupo anarcosindicalista, compuesto sobre todo por camaradas llegados del extranjero, logró publicar el semanario *Goloss Truda* (La voz del Trabajo). La propaganda oral apenas contaba en Petrogrado con tres o cuatro camaradas capaces. La situación en Moscú era más favorable, pues ya existía un cotidiano, publicado por una importante federación: *La Anarquía.* En la provincia, las fuerzas y la propaganda anarquistas eran insignificantes.

Es de asombrarse que, a pesar de estas deficiencias y de tan desfavorable situación, los anarquistas llegaran a ganar poco más tarde, y un poco por doquiera, cierta influencia, obligando a los bolcheviques a combatirlos con las armas y en algunos lugares durante mucho tiempo, para aplastarlos. *Este éxito rápido y espontáneo de la idea anarquista es muy significativo.* (Más adelante veremos cómo todos estos hechos se encadenan y se explican.)

Apenas llegado, les dije a los camaradas que quisieron conocer mis primeras impresiones: "Nuestro atraso es irreparable. Es como si debiésemos alcanzar a pie un tren expreso, en manos bolcheviques, que se encuentra a 100 kilómetros y marcha a otros tantos por hora. Y no sólo debemos alcanzarlo, sino treparnos a él en plena marcha, penetrar, combatir

y desalojar a los bolcheviques para finalmente, no apoderarnos del tren, sino –lo que es mucho más delicado– ponerlo a disposición de las masas, ayudándolas a hacerlo marchar. Es preciso un *milagro* para que todo ello resulte. Nuestro deber es creer en tal milagro y trabajar por su realización."

Agrego que ese *milagro* estuvo a punto de cumplirse dos veces por lo menos en el curso de la revolución: la primera en Cronstadt, con el levantamiento de marzo de 1921; la segunda en Ucrania, con el movimiento *makhnovista.*

Estos dos acontecimientos son, ya lo hemos dicho, pasados por alto o desfigurados en las obras de autores ignorantes o interesados. Permanecen, generalmente, desconocidos para el público. De ellos nos ocuparemos en la última parte de esta obra.

4° Ciertos acontecimientos de la revolución (ver más adelante) nos prueban que, a pesar de las circunstancias desfavorables y de la insuficiencia de los cuadros anarquistas, la idea habría podido abrirse camino y aun triunfar *si las masas obreras rusas hubieran tenido a su disposición, en el momento mismo de la revolución, organismos de clase experimentados y aguerridos, prestos a obrar por propia iniciativa y a llevar esa idea a la práctica.* Pero la realidad era bien otra. Las organizaciones obreras surgieron durante la revolución. Cierto que pronto tomaron, numéricamente, prodigioso impulso y que todo el país se cubrió rápidamente de una vasta red de sindicatos, comités de fábricas, soviets, etc. Pero estos organismos nacían sin preparación ni ejercitación previa, sin experiencia adquirida, sin ideología clara, sin iniciativa independiente. Nunca, hasta entonces, habían vivido luchas de ideas u otras. No tenían tradición histórica, ni competencia, ni noción de su papel, de su tarea, de su verdadera misión. La idea libertaria les era desconocida. En tales condiciones debían ir a remolque de los partidos políticos. (Los bolcheviques no dejaron tiempo, a las débiles fuerzas anarquistas, de esclarecerlos en la medida necesaria.)

Las agrupaciones libertarias no son más que *puestos emisores* de ideas, y para que éstas sean aplicadas a la vida, son necesarios *puestos receptores:* organismos obreros dispuestos a *captarlas* y ponerlas en ejecución. (Si tales organismos existen, los anarquistas de cada uno de ellos aportan su ayuda esclarecedora, sus consejos, su ejemplo, etc.) Éstos *puestos receptores* faltaban en Rusia y las organizaciones surgidas durante la revolución no podían suplirlos *de inmediato* en esa función. Las ideas anarquistas, aunque lanzadas muy enérgicamente por algunos *puestos emisores,* poco numerosos por otra parte, se perdían *en el aire* sin ser útilmente *captadas,* por tanto sin resultados prácticos, casi sin resonancia efectiva. En esas condiciones, para que la idea anarquista pudiera abrirse camino y triunfar, habría sido necesario, o bien que el bolchevismo no existiese (o que los bolcheviques actuaran como anarquistas), o bien que la revolución hubiese permitido a los libertarios y al pueblo el tiempo necesario para que los organismos obreros *captasen* la idea y se hicieran capaces de realizarla antes de ser acaparados y subyugados por el Estado bolchevique. Esta eventualidad no se produjo. Los bolcheviques acapararon las organizaciones obreras antes de que hubiesen podido familiarizarse con la idea anarquista, oponerse a aquella tutela y orientar la revolución en sentido libertario.

La falta de *puestos receptores,* esto es, organismos obreros socialmente dispuestos a compenetrarse de la idea anarquista y a realizarla, *desde el comienzo* (y, luego, la falta de tiempo necesario para que tales *puestos receptores* se formaran) fue una de las razones principales de la falta de éxito de los anarquistas en la Revolución rusa de 1917.

5° Otro factor, de no menor importancia a pesar de su carácter subjetivo, se agregó a lo precedente, *lo agravó y lo tornó definitivamente fatal para la revolución.*

Había un medio sencillo y rápido de eliminar los efectos del retardo del pueblo, de recuperar el tiempo perdido, de llenar las lagunas, y era dejar el campo libre a la propaganda y al movimiento libertario, ya que, caído el gobierno de Kerensky, la libertad de palabra, de organización y de acción sería definitivamente conquistada por la revolución.

La ausencia de organización de clase, de vasta propaganda libertaria y de conocimientos anarquistas antes de la revolución explica por qué el pueblo confió su suerte a un partido político y a un Poder, reeditando así el error fundamental de las revoluciones anteriores. En las condiciones dadas, este *comienzo* fue *objetivamente* inevitable. Pero su secuencia no lo era.

Me explicaré. La *verdadera* revolución no puede tomar impulso, evolucionar, alcanzar sus fines, sino en un clima de libre circulación de las ideas revolucionarias sobre el rumbo a seguir y los problemas a resolver. Libertad indispensable a la revolución, como el aire lo es a la respiración.[2] Razón por la cual, entre otras, la dictadura de un partido, que conduce fatalmente a la supresión de *toda* libertad de palabra, de prensa, de organización y de acción (excepto para el partido en el poder) es *mortal* para la verdadera revolución. En lo social, nadie puede pretender poseer toda la verdad, no errar el camino. Los que lo pretenden, llámense *socialistas, comunistas, anarquistas* o como quiera, y que al hacerse poderosos, aplastan firmes en esa pretensión otras ideas, establecen fatalmente una especie de *Inquisición social* que, como toda Inquisición, ahoga toda libertad, toda justicia, todo progreso, la vida, el hombre, el aliento mismo de la revolución. Solamente la libre discusión de las ideas revolucionarias, el multiforme pensamiento colectivo, con su ley natural de selección, pueden evitar errores y extravíos. Estas verdades son ahora tan claras, naturales –aun evidentes, diría–, que es realmente fastidioso insistir en ellas. Es preciso ser sordo y ciego, o de mala fe, para desconocerlas. Y, sin embargo, Lenin, y otros como él, indudablemente sinceros, las abjuraron. ¡Falibilidad del pensamiento humano! En cuanto a los que siguieron ciegamente a los *jefes*, comprendieron el error demasiado tarde: la Inquisición funcionaba en toda su potencia, en posesión de su aparato y sus fuerzas coercitivas; el pueblo, habituado a obedecer, era de nuevo impotente para cambiar la situación. La

[2] Algunos pretenden que la libertad de ideas es un *peligro* para la revolución. Pero, puesto que desde el principio la fuerza armada *está con el pueblo revolucionario* (de otro modo la revolución no habría podido ser), y controlada por el pueblo mismo, ¿qué peligro podría representar una opinión? Y luego, si los *mismos* trabajadores velan por la revolución, sabrán parar cualquier peligro *real* mejor que cualquier *apagador.*

revolución estaba viciada, desviada de su camino. “Todo me disgusta a tal punto que, a pesar de mi enfermedad, quisiera dejarlo todo y huir”, confesaba Lenin un día a sus camaradas, viendo lo que ocurría. ¿Había comprendido?

Si, una vez en el poder, *el partido bolchevique hubiese,* no digamos estimulado (sería pedirle demasiado), sino solamente *admitido la palabra* y *el movimiento anarquistas,* se *habría descontado el retardo y llenado las lagunas. Los hechos,* como veremos, *lo prueban irrefutablemente.* Nada como la lucha larga y difícil que los bolcheviques debieron sostener contra el anarquismo, a pesar de su debilidad, permite entrever los éxitos que éste habría alcanzado de haber tenido libertad de palabra y de acción.

Precisamente a causa de los primeros éxitos del movimiento libertario, y puesto que la libre iniciativa anarquista suscitaría infaliblemente la idea de la inutilidad (¡por lo menos!) de todo partido político y de todo Poder, lo que llevaría fatalmente a su eliminación, la autoridad bolchevique no podía admitir esa libertad. Tolerar la propaganda anarquista equivalía para ella al suicidio. *E hizo lo posible para impedir primero, prohibir después y suprimir finalmente por la fuerza toda manifestación de las ideas libertarias.*

Se pretende a menudo que *las masas laboriosas son incapaces de cumplir su revolución por sí mismas, libremente.* Esta tesis es particularmente grata a los *comunistas,* porque ella les permite invocar una situación *objetiva* que lleva necesariamente a la represión de las *nefastas utopías anarquistas.* (Con las masas incapaces –dicen– una *revolución anarquista* significaría la muerte de la Revolución.) ¡Tesis en absoluto gratuita! ¡Qué suministren alguna vez las *pruebas* de esta pretendida incapacidad! La historia no registra un solo caso en que *se haya dejado verdaderamente a las masas laboriosas obrar libremente* (ayudándolas, naturalmente), lo que sería el modo único de *probar* su incapacidad. Por razones fáciles de comprender no se intentará jamás semejante experiencia. (Ella sería fácil, sin embargo.) Porque se sabe perfectamente que la tesis es falsa y que la experiencia pondrá fin a la explotación del pueblo y a la autoridad, basadas, cualquiera que sea su forma, no en la incapacidad de aquél, sino sólo en la violencia y la astucia. Pero día llegará en que el pueblo trabajador sea impelido a tomar su libertad de acción por la revolución, la *verdadera,* pues jamás los dominadores (siempre explotadores, al par, o al servicio de ellos) la *concederán,* cualquiera sea su etiqueta.

El hecho de haber confiado su suerte siempre, hasta ahora, a partidos, gobiernos y jefes –hecho que todos los dominadores y explotadores en cierne aprovechan para subyugar a las masas– se explica por muchas razones que no analizaremos aquí y que nada tienen que ver con la capacidad o incapacidad de las mismas. Podrá probar, si se quiere, la credulidad, la indiferencia de las masas, la ignorancia de su fuerza, pero en modo alguno su incapacidad, esto es, la ausencia de esa fuerza. *¡Incapacidad de las masas!* ¡Qué hallazgo para todos los explotadores y dominadores pasados, presentes y futuros, y sobre todo para los modernos aspirantes a esclavistas, cualquiera sea su insignia: *nazista* o *bolchevique, fascismo* o *comunismo!* ¡Incapacidad de las masas! He aquí un punto en el

que los reaccionarios de todo pelaje están perfectamente de acuerdo con los *comunistas.* Acuerdo harto significativo.

Que los actuales aspirantes a jefes, únicos infalibles y *capaces,* permitan al pueblo, al día siguiente de la revolución próxima, actuar libremente, ayudándole simplemente donde sea necesario, y verán si es *incapaz* para obrar sin tutores políticos. Podemos asegurarles que la revolución llevaría entonces a bien distinto resultado que la de 1917; que no fue sino el fascismo y la guerra permanente.

No osarán jamás experiencia semejante; lo sabemos, ya. El pueblo deberá, con pleno conocimiento de causas y en tiempo oportuno, eliminar a todos los *aspirantes,* para tomar la obra en sus propias manos y llevarla adelante con toda independencia. Esperemos que, esta vez, sepa llevarla hasta el fin.

Es de comprender así por qué la propaganda de las ideas anarquistas, tendiente a quebrantar la credulidad del pueblo y a infundirle la conciencia de su fuerza y la confianza en sí mismo, fue considerada, en todo tiempo y todos los países, como la más peligrosa. Se la reprimía, y se perseguía a sus sostenedores, con prontitud y severidad excepcionales, por todos los gobiernos reaccionarios.

En Rusia esta represión salvaje hizo la difusión de las ideas libertarias –ya tan difícil en el ambiente dado– casi imposible, hasta los choques primeros de la revolución. Ésta dejó, es cierto, alguna libertad de acción a los anarquistas. Pero bajo los gobiernos *provisorios* (de febrero a octubre 1917) el movimiento no pudo sacar aún gran provecho de ello, como hemos visto. En cuanto a los bolcheviques, no hicieron excepción a la regla y, tan pronto llegaron al poder, encararon la *supresión* del movimiento libertario por todos los medios: campaña de prensa y de mítines, calumnias, trampas y celadas, prohibiciones, requisiciones, arrestos, actos de violencia, saqueos de sedes, asesinatos, todo era bueno para ellos. Y cuando sintieron consolidado su poder, desataron contra los anarquistas una represión *general* y *decisiva.* Comenzó en abril de 1918 y no se atenuó hasta nuestros días. (Más adelante haremos algunas puntualizaciones sobre esta *proeza* de los bolcheviques, casi desconocida fuera de Rusia.)

Así, la actividad anarquista no pudo ejercerse en Rusia casi libremente sino durante unos seis meses. Nada de sorprendente, pues, que el movimiento libertario no haya tenido tiempo de organizarse, expandirse y superar, al crecer, sus debilidades y deficiencias. Para más razón, le faltaba el tiempo para esperar a las masas y hacerse conocer por ellas. Permaneció hasta el fin en *recipiente cerrado.* Fue sofocado en el huevo, sin llegar a romper la opresión, lo que, objetivamente, no era imposible. Tal fue la segunda razón de su derrota.

Hay que subrayar aquí la *importancia capital,* para la revolución, de lo que acabamos de comprobar. *Los bolcheviques aplastaron al anarquismo, consciente, voluntaria y apresuradamente.* Aprovechando el ambiente, sus ventajas y su influencia sobre las masas, suprimieron salvajemente el movimiento libertario y los vinculados a él. No le permitieron *existir,* mucho menos ir a las masas. Más tarde tuvieron la impudicicia de afirmar, por menesteres de la causa, que el anarquismo fracasó *ideológicamente,* al

comprobar y rechazar *el pueblo* su doctrina *antiproletaria.* En el extranjero, todos los que se complacen en dejarse engañar les dieron crédito. También pretendieron los comunistas que, toda vez que el anarquismo no tenía *objetivamente,* en su lucha contra los bolcheviques, probabilidad alguna de arrastrar la revolución por su rumbo, ponía a ésta en peligro y se mostraba *objetivamente* contrarrevolucionario y, por lo tanto, debía ser combatido sin debilidad. (Pero se cuidaron bien de especificar que fueron ellos precisamente quienes, *muy subjetivamente,* arrebataron a los anarquistas, *y a las masas,* las últimas y vigorosas probabilidades, los muy reales medios y las posibilidades concretas y objetivas del logro.)

Al aplastar la idea y el movimiento libertarios, *al quebrantar* los libres movimientos de las masas, los bolcheviques, *ipso facto,* paralizaron y ahogaron la Revolución.

No pudiendo avanzar hacia la emancipación real de las masas laboriosas, sustituidas por el estatismo dominador, fatalmente burocrático y explotador, *neocapitalista,* la revolución, la *verdadera,* retrocedería infaliblemente. Porque *toda revolución inconclusa* –es decir, que no lleva a la emancipación verdadera y total del Trabajo– *está condenada al retroceso,* en una forma u otra. La historia lo enseña, la Revolución rusa lo confirma. Pero los que no quieren entender ni ver tardan en comprenderlo: unos se obstinan en una revolución autoritaria; otros acaban por desesperar de toda revolución, en vez de investigar los motivos de los fracasos; otros aún –y son, ¡ay!, los más numerosos– no quieren escuchar ni mirar; se imaginan *poder vivir su vida* al margen y al abrigo de los gigantescos remolinos sociales; se desinteresan del conjunto social y tratan de atrincherarse en su miserable existencia individual, inconscientes del enorme obstáculo que alzan, con su actitud, en el camino del progreso humano y de su propia y *verdadera* dicha individual. Ellos creen no importa qué y siguen a no importa quién *con tal que se les deje tranquilos.* Así confían poder salvarse en pleno cataclismo. ¡Error e ilusión fundamentalmente fatales! La verdad es sencilla, sin embargo: en tanto que el trabajo del hombre no sea liberado de toda explotación por el hombre, nadie podrá hablar de verdadera vida, ni de verdadero progreso, ni de verdadera dicha personal.

Desde milenios, tres condiciones principales impiden el trabajo libre, y en consecuencia, la *fraternidad* y la dicha humanas: 1° el estado de *la técnica* (el hombre no dominaba como actualmente, las inmensas fuerzas de la naturaleza); 2° el estado de cosas *económico* de ello resultante (insuficiencia de productos del trabajo humano y, en consecuencia, la economía *cambista*[3],

---

[3] El lector que desee iniciarse en el problema de la evolución económica debe consultar, especialmente, las obras de Jacques Duboin. (N. del autor.)
Jacques Duboin es el fundador y animador en Francia del movimiento, que está tomando vastas proporciones, de la economía de la abundancia para llegar a la distribución de la riqueza y establecer la igualdad económica. Sus principales libros son, por orden cronológico: Kou L' *Auri,* o La *miseria* en *la abundancia; Igualdad económica, Mañana* o *El socialismo de la abundancia; Escasez* y *abundancia, Ensayo de critica actual de la economía política, Economía distributiva de la abundancia, Liberación,* de la mano de obra por la máquina; de la escasez por la abundancia, del cambio por la distribución. Todas obras editadas en Francia. (N. del trad.)

el dinero, el lucro: en pocas palabras, el sistema capitalista de producción y de distribución, basado en la escasez de los productos trabajados); 3° el factor *moral* que, a su vez, seguía a los anteriores (ignorancia, embrutecimiento, sumisión, resignación de las masas humanas). Ahora bien; desde hace algunas décadas, las dos primeras condiciones se han modificado totalmente: técnica y económicamente, el trabajo libre es en este momento no sólo posible, sino *indispensable* para la vida y la evolución normal de los hombres; el sistema capitalista no puede asegurar más ni la una ni la otra, no puede engendrar sino guerras. Sólo la condición moral está en retraso; habituada desde milenios a la resignación y la sumisión, la mayoría de los hombres no ve aún la verdadera orientación para la acción evolutiva. Como antes, *sigue* y *sufre,* prestando su energía enorme a obras de guerra y de destrucción insensatas, en lugar de comprender que, en las condiciones actuales, su actividad libremente creadora sería coronada por el éxito. Quizá sea necesario que *la fuerza* de *las cosas:* guerras, calamidades de toda índole, revoluciones abortadas y reiteradas, sacudan sin tregua a la humanidad, quitándole toda posibilidad de vivir, para que comprenda al fin la verdad y se consagre a la verdadera acción humana, libre, constructiva y bienhechora.

En nuestra época, la Revolución y la Reacción serán, por sus consecuencias, fatalmente mundiales. (Ya en 1789, la Revolución y la Reacción que la siguió tuvieron resonantes ecos y provocaron importantes movimientos en muchos países.) Si la Revolución rusa, prosiguiendo su marcha, hubiese devenido la gran Revolución emancipadora, otros países la habrían seguido a breve plazo en el mismo sentido. En tal caso habría sido realmente, no mentirosamente, una poderosa antorcha alumbradora del verdadero sendero de la humanidad. Por el contrario, desnaturalizada, en pleno retroceso, ha venido a servir a la reacción mundial que esperaba su hora. (Los grandes jefes reaccionarios son mucho más perspicaces que los revolucionarios.) La ilusión, el mito, las consignas, el decorado y la papelería permanecieron, pero *la vida real,* que se burla de esas añagazas, iba a tomar otro camino. La Reacción y sus vastas consecuencias: *fascismo,* nuevas guerras y catástrofes económicas y sociales, se hicieron casi inevitables.

El error fundamental de Lenin es muy sugestivo. Lenin esperaba que la revolución *comunista* se extendiera rápidamente a otros países. Sus esperanzas fueron defraudadas. Y, sin embargo, en *el fondo,* no se equivocaba: la *verdadera* Revolución *incendiará el mundo.* Una verdadera Revolución habría incendiado el mundo. Sólo que, *voilà,* su revolución no era *la verdadera.* Y esto él no lo vio. Es ahí donde se equivocó. Cegado por su doctrina estatista, fascinado por la *victoria,* le era imposible concebir que ésta era una revolución marrada, extraviada; que permanecería estéril; que no podía *incendiar* nada porque ella misma había dejado de *arder;* que perdería esa potencia comunicativa propia de las grandes causas, porque ella misma había dejado de ser una gran causa. ¿Podía prever, en su enceguecimiento, que esta revolución iba a detenerse, retroceder, degenerar y engendrar en otros países una reacción victoriosa después de algunas sacudidas sin consecuencias? ¡Ciertamente que no! Y cometió otro error al

creer que la suerte ulterior de la Revolución rusa dependía de su extensión a otros países. La verdad es exactamente lo contrario: la extensión revolucionaria a otros países dependía de los resultados de la Revolución rusa. Como éstos eran inciertos, los pueblos extranjeros dudaban, esperaban detalles, inquirían, pero los informes y esclarecimientos se tornaban cada vez más imprecisos y contradictorios. Las informaciones, las delegaciones mismas no permitían sacar nada en limpio; se acumulaban los testimonios negativos, las masas europeas contemporizaban, no se atrevían, desconfiaban o se desinteresaban. Al ser dudosa la causa, les faltaba el impulso necesario. Pronto vinieron los desacuerdos y las escisiones. Todo esto hizo perfectamente el juego de la reacción, que se preparó, organizó y pasó a la acción.

Los sucesores de Lenin debieron rendirse ante la evidencia. Sin haber percibido quizá la verdadera causa, comprendieron intuitivamente que no había tendencia a una *extensión* de la revolución *comunista,* sino, por el contrario, a una vasta *reacción* contra ella. Comprendieron que esta reacción sería peligrosa para ellos ya que su revolución, tal como había sido lograda, no podía imponerse al mundo. Y se dedicaron febrilmente a la preparación de futuras guerras, inevitables en lo sucesivo. No les quedaba más que este único camino. ¡Y a la historia tampoco! Inmediatamente los *comunistas* se esforzaron por explicar la frustración y los desvíos de *su* revolución, invocando "el cerco capitalista", la inactividad del proletariado mundial y la fuerza de la reacción internacional. No sospechaban, o no lo confesaban, que la desidia de los trabajadores extranjeros y la reacción eran, en buena parte, las consecuencias lógicas del falso camino por el cual ellos *mismos* habían conducido la revolución; que, al desviarla, *ellos mismos* habían preparado el camino a la reacción, al fascismo y a las guerras.[4]

La trágica verdad sobre la revolución bolchevique y el *hecho capital* para los "trabajadores de todos los países", son claros e *indiscutibles*, pero no están aún bien establecidos ni son bastante conocidos. Lo serán a medida que evolucionen los acontecimientos y el libre estudio de la Revolución rusa.

---

[4] Que nadie se engañe sobre la suerte de la revolución que se acerca ante la cual hay sólo dos caminos: o bien el de la Revolución Social integral que conducirá a la *emancipación real de los trabajadores* (objetivamente posible), o bien, una vez más, el callejón sin salida político, estatista y autoritario, que conducirá fatalmente a una nueva reacción, guerras y a catástrofes de toda índole. La evolución humana no se detiene. Se abre paso a través de todo obstáculo y de cualquier modo. La sociedad capitalista, autoritaria y política *impide definitivamente todo avance.* Esta sociedad debe, pues, desaparecer en seguida de una manera u otra. Si, esta vez todavía, los hombres no saben *transformarla realmente y en el momento mismo de la revolución,* las consecuencias ineluctables serán una nueva reacción, una nueva guerra, terribles cataclismos económicos y sociales, en fin, la continuidad de una destrucción total, *hasta que los hombres comprendan y actúen como es debido.* En ese caso, la evolución humana no tendrá otro medio de abrirse paso. (A este respecto, en mis *"Cosas vividas"*, primer estudio sumario de la revolución rusa aparecido *en La revue anarchiste,* de Sebastián Faure, de 1922 a 1924, ya expuse mis puntos de vista.)

6° Un elemento que sin haber tenido la importancia de los factores citados, representó, sin embargo, su papel en la tragedia, fue el *ruido,* la *publicidad,* la *demagogia.* Como todos los partidos políticos, el bolchevique, *comunista,* usó y abusó de ellos. Para impresionar a las masas y *conquistarlas,* necesitó *escándalo, publicidad, bluff.* Trata de colocarse en la cumbre de una montaña para que la muchedumbre pueda verlo, oírlo, admirarlo. Todo esto hizo, momentáneamente, su efecto. Todo eso es extraño al movimiento libertario que en razón misma de su esencia, es más discreto, modesto, silencioso, lo que aumenta su debilidad provisoria. Al rehusarse a *conducir* a las masas, al trabajar por despertar su conciencia, contando con su acción libre y directa, está obligado a renunciar a la demagogia y a obrar con el máximo de inteligencia, preparando el porvenir, sin el menor intento de imponerse autoritariamente, lo que sería un contrasentido, un evidente absurdo.

Así sucedió en Rusia.

Dejando un momento el dominio de los hechos concretos, emprenderé una breve incursión *filosófica* para llegar *al fondo* de las cosas.

La idea fundamental del anarquismo es que ningún partido, agrupación política o ideológica, que se coloque por encima o fuera del pueblo para *gobernarlo* o *guiarlo,* logrará jamás emanciparlo, aunque lo desee sinceramente. La emancipación efectiva no podrá obtenerse sino por una *actividad directa, vasta e independiente de los interesados,* de los trabajadores *mismos,* agrupados, no bajo la bandera de un partido político o de una formación ideológica, sino en sus propios *organismos de clase,* sindicatos de producción, comités de fábricas, cooperativas, etc., sobre la base de una *acción* concreta y de una *auto-administración; ayudados* pero no *gobernados* por los revolucionarios que obran *en* y no *por encima* de la masa y de los organismos profesionales, técnicos, defensivos u otros. Toda agrupación política o ideológica que buscase *guiar* a las masas hacia su emancipación por la vía política y gubernamental seguiría un falso camino, conduciría a un fracaso y concluiría fatalmente por instaurar un nuevo sistema de privilegios económicos y sociales, provocando de este modo el retorno, bajo aspecto distinto, a un régimen de opresión y de explotación de los trabajadores que sería otra *variedad del capitalismo,* en lugar de ayudar a que la revolución sea realmente emancipadora.

Esta tesis conduce necesariamente a otra: la idea anarquista y la revolución emancipadora no podrán realizarse por los anarquistas, como tales, sino por el mismo pueblo interesado. Los anarquistas y los revolucionarios en general, serán los llamados a esclarecerlo y ayudarlo cuando sea necesario. Si los anarquistas pretendiesen realizar la Revolución social *guiando* al pueblo, tal pretensión sería ilusoria, como lo fue la de los bolcheviques, y por las mismas razones.

No es eso todo. Vista la inmensidad, debiera decir la *universalidad,* y la naturaleza misma de la tarea, la clase obrera *sola* no podría tampoco llevar a buen término la verdadera Revolución Social emancipadora. Si pretendiese actuar sola, imponiéndose a otros elementos de la población por la dictadura y arrastrándolos detrás de ella por la fuerza, sufriría el mismo fracaso. No

comprendiendo los fenómenos sociales ni la naturaleza de los hombres y de los sucesos puede creerse lo contrario.

Así, al aproximarse la lucha por *la emancipación efectiva,* la historia toma otro camino.

Tres condiciones son indispensables para que una revolución llegue *hasta el fin:*

1° Que masas de millones de hombres en numerosos países, acuciadas por la necesidad, participen en ella de buen grado;

2° Que los elementos más avanzados y activos: los revolucionarios, una parte de la clase obrera, etc., no recurran a medidas de coerción política;

3° Que, por ambas razones, la inmensa masa *neutra,* llevada por la impetuosa corriente, por el libre impulso de millones de hombres y por los primeros resultados positivos de este gigantesco movimiento, acepte de buen grado el hecho cumplido y se acerque cada vez más a la verdadera revolución.

Así, la realización de la verdadera revolución emancipadora exige la participación activa, la colaboración estrecha, consciente y sin reserva de millones de hombres de toda condición social, inclasificados, desocupados, nivelados y arrojados a la revolución por la fuerza de las circunstancias.

Para que estos millones de hombres sean impulsados, es necesario, ante todo, que la revolución en marcha los desaloje de la rutina de su existencia cotidiana. Y para que ello sea, es preciso que la misma sociedad actual se les torne imposible, *que se arruine de arriba abajo, con su economía, su régimen social, su política, sus costumbres y sus prejuicios.*

Tal es el camino que la historia seguirá cuando los tiempos estén maduros para la *verdadera* revolución, la *verdadera* emancipación.

Ya estamos en el *fondo* del problema.

En Rusia esta destrucción no fue lo bastante lejos. Así, no fue destruida la idea política, lo que permitió a los bolcheviques apoderarse del poder, imponer su dictadura y consolidarla. Otros principios y prejuicios falsos quedaron igualmente en pie.

La destrucción que precedió a la revolución de 1917 fue suficiente para hacer cesar la guerra y modificar *las formas* del poder y del capitalismo. Pero no fue lo bastante completa para destruirlos *en su esencia misma,* para obligar a millones de hombres a abandonar *todos* los falsos principios sociales modernos: Estado, Política, Poder, Gobierno, etc., y actuar ellos mismos sobre bases enteramente nuevas para terminar, de una vez por todas, con el capitalismo y el *Poder, en todas sus formas.*

Esta insuficiencia en la destrucción fue, en mi opinión, la causa fundamental de la paralización de la Revolución rusa y de su deformación bolchevique.[5]

Se plantea aquí la cuestión filosófica.

El siguiente razonamiento parece enteramente plausible:

“Si, verdaderamente, la insuficiencia destructiva previa impidió al pueblo realizar su revolución, este factor, en efecto, primó, arrastró y explicó todo. En este caso, ¿no tuvieron razón los bolcheviques al apoderarse del poder y

[5] Todas estas ideas son desarrolladas de modo más completo en mi cit. estudio *Cosas vistas.*

empujar la Revolución lo más lejos posible, cerrando así el paso a la reacción? ¿No estará este acto, con sus medios y consecuencias, históricamente justificado?"

Contesto:

1° Hay que formular, ante todo, el problema: ¿Era el pueblo *capaz* de continuar la revolución y de construir la sociedad nueva, mediante sus organismos de clase, creados por la revolución y con la ayuda de los revolucionarios?

He aquí el verdadero problema.

Si la respuesta es *negativa,* se comprende que se trate de justificar a los bolcheviques[6] (sin poder, sin embargo, pretender por ello que su revolución fue la *verdadera,* ni que sus procedimientos estarían justificados allí donde las masas fuesen capaces de actuar por sí mismas). Si la respuesta es *afirmativa,* están condenados irrevocablemente y *sin circunstancias atenuantes,* cualesquiera hayan sido las circunstancias y los extravíos momentáneos del pueblo.

La insuficiencia en la destrucción la entendemos, sobre todo, por la supervivencia nefasta de la idea *política.* Al no haber sido ésta previamente anulada, el pueblo victorioso, en febrero de 1917, confió la revolución a un *partido,* es decir, a nuevos amos, en lugar de desembarazarse de todos los pretendientes, cualesquiera fuesen sus etiquetas, y de tomar por completo la revolución en sus manos. Repitieron así el error fundamental de las revoluciones precedentes, acto erróneo que nada tiene que ver *con la capacidad* o *incapacidad de las masas.* Supongamos un instante que no hubiese habido *aprovechadores del error.* ¿Hubiesen sido las masas capaces de conducir la revolución hasta la emancipación efectiva, completa? Respondo categóricamente: sí. Y afirmo también que las mismas masas laboriosas eran capaces de llegar solas a ello. Confío que el lector hallará pruebas irrefutables de ello en esta obra. Si esa afirmación es exacta, *entonces el factor político no era en modo alguno necesario para impedir la reacción y para continuar la revolución hasta su feliz logro.*

2° Señalemos desde ahora –se verá más adelante– un hecho capital que confirma nuestra tesis. En el curso de la revolución, masas muy grandes comprendieron su error. (El principio político empezaba a desvanecerse.) Quisieron repararlo, actuar por sí mismas, desligarse de la tutela, presuntuosa e ineficaz del partido gobernante, y pusieron, en un punto y otro, manos a la obra. En lugar de regocijarse, alentarlas, como sería lo normal en verdaderos revolucionarios, los bolcheviques se opusieron con una astucia, una violencia y un lujo de hazañas militares y terroristas sin

[6] Como se ve, no digo que, en ese caso, los bolcheviques estén *justificados.* Quien quisiese afirmarlo, debería probar que no tuvieron medio *alguno* de *actuar* de otro *modo* para preparar a las masas, progresivamente, a cumplir a pesar de todo una revolución libre y total. Opino, justamente, que habrían podido encontrar otros procedimientos. Pero no me detengo en este aspecto de la cuestión: considerando la tesis de *la incapacidad* de *las masas* como absolutamente falsa y estimando que los hechos acumulados en esta obra lo prueban suficientemente, no veo razón alguna para encarar un caso para mí inexistente.

precedentes. Así, habiendo comprendido su error, *las masas revolucionarias quisieron y se sintieron capaces de actuar por sí mismas. Los bolcheviques quebraron su intento por la fuerza.*

3° Es irrefutable que los bolcheviques en modo alguno *llevaron la revolución lo más lejos posible:* por el contrario, detentadores del poder, de sus fuerzas y sus ventajas, *la frenaron.* Y de seguida, apoderándose del capital, lograron, después de una lucha encarnizada contra la revolución popular y total, aprovecharlo en su favor, renovando, bajo otra forma, la explotación capitalista de las masas. (Si los hombres no trabajan libremente, el sistema es necesariamente capitalista. Sólo la forma varía.)

4° Queda, pues, aclarado que no se trata de *justificación,* sino únicamente de *explicación* histórica del triunfo del bolchevismo frente a la concepción libertaria, en la Revolución rusa de 1917.

5° El verdadero *sentido histórico* del bolchevismo es sólo negativo; es una lección experimental más que demuestra al pueblo *cómo no hay que hacer una revolución,* lección que condena definitivamente la idea política. En las condiciones dadas, tal lección era casi inevitable, pero *en modo alguno indispensable.* De haber actuado de otro modo (lo cual teóricamente no era imposible), los bolcheviques habrían podido evitarla. No tienen, pues, por qué enorgullecerse reputándose los salvadores.

6° Esta lección esclarece otros puntos importantes:

a) *La evolución histórica de la humanidad* ha llegado a un grado en que la continuidad del progreso presupone un trabajo libre, exento de toda sumisión, de toda obligación, de toda explotación del hombre por el hombre. Económica, técnica, social y aún moralmente, tal trabajo es en lo sucesivo no sólo *posible,* sino *históricamente indispensable.* La *palanca* de esta transformación social (cuyas trágicas convulsiones vivimos desde hace algunas décadas) es la revolución. Para ser verdaderamente progresiva y *Justificada,* esta revolución debe conducir, pues, necesariamente a un sistema en que el trabajo humano sea *efectiva y totalmente emancipado.*

b) Para que el pueblo esté en condiciones de pasar del trabajo esclavo al trabajo libre, debe, desde el comienzo de la revolución, conducirla por sí mismo, con toda libertad e independencia. Sólo así podrá, concreta e inmediatamente, tomar en sus manos la tarea que ahora le demanda la historia: la edificación de una sociedad basada en el trabajo emancipado.

En conclusión, ninguna revolución moderna que no sea conducida por el pueblo mismo, será eficaz, pues no será progresiva ni *justificada,* sino falsa, desviada de su verdadero rumbo y finalmente fracasará. Conducido por nuevos amos y tutores, apartado de nuevo de toda iniciativa y toda actividad esencial libremente responsable, obligado, como en el pasado, a seguir dócilmente a tal *jefe* o tal guía que haya sabido imponerse, el pueblo retomará su hábito secular de *seguir,* permaneciendo como rebaño sumiso y esquilado. Y la verdadera revolución no será cumplida.

7° Se me podría objetar aún:

"Supongamos un instante que usted tiene razón en ciertos puntos. No resulta menos por ello que, habiendo sido insuficiente, según su propio juicio, la destrucción previa, era *objetivamente imposible* la revolución total, en el sentido libertario del término. En consecuencia, lo ocurrido fue, por lo

menos históricamente, *inevitable*, y la idea libertaria no podía ser sino un sueño utópico. Su utopismo habría puesto en peligro la entera revolución. Los bolcheviques lo comprendieron y obraron en consecuencia. Ahí está su justificación.”

El lector ha podido notar que yo digo siempre *casi inevitable*. Es a sabiendas que empleo el *casi*. Bajo mi pluma, la palabrita adquiere una cierta Importancia.

Naturalmente, en principio, los factores generales y objetivos priman sobre los demás. En el caso que nos interesa, la insuficiencia de la destrucción previa –supervivencia del principio político– debía, objetivamente, conducir al triunfo del bolchevismo. Pero en el mundo humano el problema de los *factores* deviene muy delicado. Los factores *objetivos* dominan en él, no de modo absoluto, sino sólo en cierta medida, y los factores *subjetivos* juegan en él un papel importante. ¿Cuáles son exactamente este papel y aquella medida? No lo sabemos; el estado rudimentario de las ciencias humanas no nos permiten precisarlo. Y la tarea es tanto más ardua cuanto que ni uno ni otra son fijados de una *vez* por todas, sino, por el contrario, móviles y variables. (Problema emparentado con el del *libre arbitrio*. ¿Cómo y en qué medida el *determinismo* priva sobre el *libre arbitrio* del hombre? E inversamente: ¿en Qué sentido y medida el *libre arbitrio* existe y se sustrae al *determinismo)* No lo sabemos aún, pese a las investigaciones de numerosos pensadores).

Pero lo que sabemos perfectamente es que los factores *subjetivos* tienen lugar importante entre los hombres, a tal punto que, a menudo, ellos dominan los efectos aparentemente *inevitables* de los factores objetivos, sobre todo cuando aquéllos se encadenan de cierto modo.

Citemos un ejemplo reciente, sorprendente y universalmente conocido.

En la guerra de 1914, Alemania debía, *objetivamente*, aplastar a Francia. Y, en efecto, al mes apenas del comienzo de las hostilidades, el ejército alemán llegó ante las murallas de París. Todas las batallas eran perdidas por los franceses. Francia iba a ser vencida *casi* inevitablemente. (Si lo hubiese sido, habría sido muy fácil decir después, con suficiencia, que eso, era *histórica y objetivamente indispensable.)* Se produce entonces una serie de hechos *puramente subjetivos*. Se encadenan y anulan los efectos de los factores objetivos.

Demasiado confiado en la superioridad aplastante de sus fuerzas y arrastrado por el ímpetu de sus victorias. El general von KlucK, comandante del ejército alemán, descuidó el resguardo de su ala derecha; primer hecho puramente subjetivo. *(Otro* general, o el mismo von KlucK en otro momento, habría cubierto mejor su ala.)

El general Galliéni, comandante militar de París, se percató del descuido de von KlucK y propuso al mariscal Joffre atacar por el lado débil con todas las fuerzas disponibles, principalmente de la guarnición de París: segundo hecho subjetivo, ya que fueron necesarios la perspicacia y el ánimo de Galliéni para tomar tal resolución y asumir tal responsabilidad. (Otro general, o el mismo Galliéni en otro momento, no habría sido tan perspicaz ni tan resoluto.)

Joffre acepta el plan de Galliéni y ordena el ataque: tercer hecho subjetivo, ya que fueron necesarias las condiciones morales de Joffre para aceptar la proposición (Otro jefe, más alterno y celoso de sus prerrogativas, habría respondido a Galliéni: Usted es comandante de París; ocúpese, pues, de sus asuntos y no se meta en lo que no es de su incumbencia.)

Finalmente, hay que agregar también a este encadenamiento de factores subjetivos, que condujo a la victoria francesa y fue decisivo en el resultado de la guerra, el hecho de que las conferencias entre Joffre y Galliéni hayan escapado al comando alemán, generalmente bien informado de lo que pasaba en el ejército francés.

Por la inverosimilitud *objetiva* de esta victoria, los franceses la denominaron *el milagro del Marne*. Claro que no fue un *milagro*. Fue un acontecimiento excepcional, imprevisto e *imponderable*, un conjunto de hechos de carácter *subjetivo*, que preponderaron sobre los factores *objetivos*

Es en este mismo sentido que yo decía en 1917 a mis camaradas en Rusia: “Hace falta un *milagro* para que la idea libertaria triunfe sobre el bolchevismo en esta revolución. Debemos creer en él y trabajar por su realización”. Quería decir con ello que sólo un juego imprevisto e imponderable de factores subjetivos podría superar el aplastante peso objetivo del bolchevismo. Este *juego* no se presentó Pero lo que importa es que *habría podido producirse* Y debe recordarse que estuvo a punto de verificarse por lo menos dos veces: en ocasión del levantamiento de Cronstadt en marzo de 1921 y en el curso de las luchas entre la nueva autoridad y las masas anarquistas en Ucrania, de 1919 a 1921.

Así, pues, en el mundo humano la inevitabilidad *objetiva absoluta* no existe En *todo* momento pueden intervenir y privar factores puramente humanos, subjetivos.

La concepción anarquista, tan sólida y *científicamente* establecida como el bolchevismo (éste fue también tachado de utópico en las vísperas mismas de la revolución), existe. Su suerte, en el curso de la próxima revolución, dependerá de un juego muy complicado de toda clase de factores, objetivos y subjetivos, estos últimos infinitamente variados, móviles, cambiantes, imprevisibles e inaccesibles: juego cuyo resultado no es de ningún modo *objetivamente inevitable*.

Afirmo para terminar este punto, que la insuficiencia en la destrucción fue la causa fundamental del triunfo del bolchevismo sobre el anarquismo en la Revolución rusa de 1917. Va de suyo que así fue, y que de esto se trata aquí, *porque* el *juego de los diversos factores restantes no pudo anular la causa ni el efecto*. Pero pudo haber *sido* diversamente. (¿Quién sabe, por lo demás, cuál fue la parte de los factores subjetivos en el triunfo del bolchevismo?)

Por cierto, el descrédito *previo* de la nefasta quimera política del *comunismo* autoritario, hubiera asegurado, facilitado y acelerado la realización del principio libertario. Pero, de modo general, *la insuficiencia de tal descrédito al comienzo de la revolución, no significaba absolutamente el aplastamiento inevitable del anarquismo.*

El juego complicado de diversos factores puede tener resultados imprevistos. Puede terminar por suprimir la causa y el efecto. *La idea*

política y autoritaria, la concepción estatista puede ser destruida en el transcurso de la revolución, lo que dejaría el campo libre a la realización de la concepción anarquista.

Lo mismo que toda revolución, la de 1917 tenía ante si dos caminos:

1º El de la *verdadera revolución de masas*, que conduce derechamente a su liberación total. De haberse seguido este camino, el inmenso impulso y el resultado definitivo habrían efectivamente *conmovido al mundo.* Verosímilmente, toda reacción habría sido desde entonces imposible; todo disentimiento en el seno del movimiento social habría sido desechado de antemano por la fuerza del hecho cumplido y, finalmente, la efervescencia que suscitó en Europa la Revolución rusa, habría llegado, verosímilmente, al mismo resultado definitivo.

2º El de la revolución *inconclusa*. En este caso, la Historia no tenía sino un medio de continuar: retroceso hacia una reacción mundial, catástrofe mundial (guerra), destrucción total de la forma de la sociedad actual y al fin de cuentas, reanudación de la revolución por las masas mismas, realizando su verdadera emancipación.

En principio, ambos caminos eran posibles. Pero el conjunto de los factores en presencia hizo al segundo muchísimo más probable.

Es el *segundo,* en efecto el camino seguido por la Revolución rusa de 1917.

Es el *primero* el que deberá tomar la revolución próxima.

Y, cerrado nuestro paréntesis *filosófico,* volvamos a los acontecimientos.

SEGUNDA PARTE
EN TORNO A LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE

CAPÍTULO I
ACTITUD DE BOLCHEVIQUES Y ANARQUISTAS ANTES DE OCTUBRE

La actitud bolchevique en vísperas de la revolución de octubre fue muy típica (en el sentido que venimos de examinar). La ideología de Lenin y la posición de su partido habían evolucionado mucho desde 1900. Al comprender que el pueblo ruso en la revolución iría muy lejos y no se detendría en una solución burguesa. Precisamente porque la burguesía existía apenas como clase. Lenin y su partido, en su deseo de adelantarse y dominar al pueblo para dirigirlo, establecieron un programa revolucionario muy avanzado. Encaraban una revolución netamente *socialista.* Llegaron a una concepción casi *libertaria* de la revolución y a consignas de espíritu casi *anarquista,* salvo en los puntos de demarcación fundamental: la toma del poder y el problema del Estado.

Al leer los escritos de Lenin, en especial los posteriores a 1914, como probé el paralelismo de sus ideas con las de los anarquistas, excepción hecha de la idea del Estado y del Poder. Esta identidad de apreciación me parecía, ya, muy peligrosa para la verdadera causa de la revolución. Porque –yo no me engañé– bajo la pluma, en la boca y en la acción de todos los bolcheviques, estas bellas ideas carecían de vida y de perspectiva. Por fascinantes que fueran sus escritos y palabras, carecerían de consecuencias serias, puesto que los *actos* ulteriores no corresponderían ciertamente a las teorías. Yo tenía la certidumbre de que las masas, vista la debilidad del anarquismo, seguirían ciegamente a los bolcheviques y que éstos las engañarían, extraviándolas por derroteros nefastos. Pues inevitablemente, el camino estatista falsearía y desnaturalizaría los principios proclamados. Es lo que ocurrió, en efecto.

Para ganar la confianza popular, el partido bolchevique lanzó, con toda la potencia de su aparato de agitación y propaganda, consignas que caracterizaban hasta entonces al propio anarquismo: *¡Viva la Revolución Social! ¡abajo la guerra! ¡Viva la paz inmediata!* Y, sobre todo: *¡la tierra para los campesinos! ¡Las fábricas para los obreros!*

Los trabajadores acogieron al punto estas consignas, que expresaban sus auténticas aspiraciones.

Ahora bien: en boca de los anarquistas, y bajo su pluma, esos lemas eran sinceros y concretos, porque correspondían a sus principios y, sobre todo, a una acción encarada enteramente conforme a esos, principios. En los bolcheviques, en cambio, significaban soluciones prácticas totalmente diferentes de las de los libertarios y por nada correspondientes a las ideas que las palabras pretendían expresar. No eran, justamente, sino *slogans.*

Revolución social significa para los anarquistas una transformación social al margen de cualquier organización o actividad política y estatista, de todo sistema social caduco, gubernamental y autoritario. Los bolcheviques pretendían hacerla con ayuda del Estado omnipotente, de un gobierno todopoderoso, de un poder dictatorial.

Si en una revolución no son abolidos Estado, gobierno y política, los anarquistas no la consideran Revolución social, sino simplemente revolución política (que puede estar más o menos teñida de elementos sociales). Llegados al poder, la organización de *su* gobierno y de *su* Estado bastaron, en cambio, a los *comunistas* para hablar de Revolución social.

En el espíritu de los anarquistas, Revolución social quería decir *destrucción del Estado y al par del capitalismo,* y el surgimiento de una sociedad basada en otro modo de organización social. Para los bolcheviques, Revolución social significaba, por lo contrario, la resurrección del Estado después de la abolición del Estado burgués, esto es, la creación de un nuevo Estado poderoso llamado a *construir el socialismo.*

Los anarquistas consideraban imposible instaurar el socialismo por el Estado. Los bolcheviques pretendían no poder llegar a ello sino mediante el Estado. La diferencia de interpretación era, pues, fundamental.

(Recuerdo los grandes carteles pegados en las paredes cuando la revolución de octubre, anunciando conferencias de Trotzky sobre la *Organización del Poder.* "Error típico y fatal –dije a los camaradas–, porque si se trata de una Revolución social, hay que preocuparse de la *organización de la revolución* y no de la organización del *Poder."*

La interpretación del llamamiento a *la paz inmediata* también difería grandemente. Los anarquistas entendían por ello una *acción directa* de las masas armadas mismas, por encima de gobernantes, políticos y generales. Las masas, según ellos, debían abandonar el frente y volver a sus pueblos, proclamando así altamente ante el mundo su negativa a luchar estúpidamente por los intereses capitalistas, su disgusto de la innoble carnicería. Opinaban los anarquistas que precisamente una actitud tal, –franca, íntegra, decisiva– habría producido efecto fulminante en los soldados de los demás países y podido comportar, al fin de cuentas, la terminación de la guerra y aun, acaso, su transformación en una revolución mundial, y sostenían que era necesario, aprovechando la inmensidad del país, atraer a él al enemigo, separarlo de sus bases, descomponerlo y ponerlo fuera de combate. Los bolcheviques temían tal acción directa. Como políticos y estatistas, deseaban una paz por vía diplomática y política, fruto de negociaciones con los generales y plenipotenciarios alemanes.

¡La tierra para los campesinos, las fábricas para los obreros! los anarquistas entendían por ello que, sin ser propiedad de nadie, el suelo fuera puesto a disposición de cuantos quisieran cultivarlo (sin explotar a nadie), de sus asociaciones y federaciones, y que talleres, fábricas, minas, maquinarias, etc., estuvieran igualmente a disposición de todas las asociaciones obreras productoras y de sus federaciones, las cuales regularían por sí mismas, en libre acuerdo, las modalidades y detalles. Los bolcheviques, en cambio, entendían por ello la *estatización* de todos esos elementos: tierras, fábricas, minas, maquinarias, medios de transporte, etc., debían ser *propiedad del Estado,* que los entregaría en usufructo a los trabajadores. La diferencia de interpretación era, una vez más, fundamental.

En cuanto a las masas, comprendían intuitivamente esos lemas más bien en sentido libertario. Pero, ya lo hemos dicho, la voz anarquista era relativamente tan débil que no llegaba a las vastas masas. Así les parecía a éstas que *solamente los bolcheviques* osaban proclamar y defender esos bellos y justos principios. Tanto más cuanto que el partido bolchevique se proclamaba diariamente y por doquiera *el único partido* que luchaba por los intereses de obreros y campesinos; el único que, *una vez en el poder,* cumpliría la Revolución social. *"Obreros y campesinos: El partido bolchevique es el único que os defiende. Ningún otro partido sabría conduciros a la victoria. El partido bolchevique es vuestro partido, el único realmente vuestro. ¡Ayudadlo a tomar el poder, y triunfaréis!"* Esta repetición de la propaganda bolchevique se hizo verdadera obsesión. Incluso el partido socialista revolucionario de izquierda (P.S.R. de I. en adelante), partido más fuerte que los pequeños grupos anarquistas, no pudo rivalizar con los bolcheviques, a pesar de ser tan fuerte entonces, que los bolcheviques hubieron de tenerlo en cuenta, y concederle, por algún tiempo, puestos en el gobierno.

Los bolcheviques, los anarquistas y los soviets.– Es interesante comparar la posición de bolcheviques y anarquistas, en vísperas de la revolución de octubre, frente a la cuestión de los soviets obreros.

El partido bolchevique contaba realizar la revolución, por una parte, mediante la insurrección de estos soviets, que exigirían *todo el poder* para ellos y, por otra parte, por la insurrección militar, que sostendría la acción de aquéllos (todo bajo la dirección inmediata y efectiva del partido, claro está), De acuerdo con su modo de ver y su *táctica,* el partido bolchevique lanzó la palabra de orden general de la revolución: "Todo el poder para los soviets,"

Palabra de orden sospechosa, y con razón, para los anarquistas, que sabían de sobra que esa fórmula en nada correspondía a los verdaderos designios del partido, el cual *buscaba* el poder político, *bien centralizado, para sí mismo* (es decir, para su comité central y, en último término, para su jefe, Lenin, quien, como se sabe, dirigía todos los preparativos de la toma del poder, ayudado por Trotzky).

"Todo el poder para los soviets" no era en el fondo, pues, según los anarquistas, sino una fórmula vacía que podría adecuarse más tarde a no importa qué contenido. Fórmula por sí misma falsa, hipócrita, engañosa, porque, como decían los anarquistas. "si el poder debe pertenecer realmente a los soviets, no puede ser para el partido; y si debe ser del partido, no puede pertenecer a los soviets", De ahí que los anarquistas, aun aceptando que los soviets pudieran cumplir ciertas funciones en la edificación de la nueva sociedad, no admitiesen la fórmula sin reserva. La palabra *poder* la hacía para ellos ambigua, sospechosa, ilógica y demagógica, sabiendo que, por su misma naturaleza, el poder político no podría ser realmente ejercido sino por un grupo de hombres muy reducido, en el centro. Este poder, *el verdadero,* no podría pertenecer pues a los soviets. Estaría, en realidad, en manos del partido ¿Qué sentido tenía entonces la fórmula?

Los anarcosindicalistas expresaron así sus dudas y su pensamiento *(Goloss Truda,* semanario de Petrogrado", Num. 11, 20-10-1917, editorial ¿Es éste el final?) :

La realización eventual de *todo el poder para los soviets* la toma del poder político, mejor dicho ¿será el final? ¿Será esto todo? ¿Consumará este acto la obra destructiva de la revolución? ¿Allanará definitivamente el terreno para la gran edificación social, para el impulso creador del pueblo en revolución?

La victoria de los *soviets* –si se verifica– y, una vez más, *la organización del poder* que la siga, ¿significará efectivamente la victoria *del Trabajo, de las fuerzas organizadas de los trabajadores,* el comienzo de la verdadera construcción socialista? esta victoria y este nuevo poder, ¿lograrán sacar la revolución del callejón sin salida en que se ha metido? ¿Lograrán abrir nuevos horizontes *creadores* a la revolución, a las masas, a todos? ¿Señalarán a la revolución el verdadero camino de un trabajo constructivo, la solución efectiva de todos los problemas candentes de la época?

Todo dependerá de la interpretación que los vencedores den a la palabra *poder* y a su noción de *la organización del poder,* y de qué modo la victoria será utilizada acto seguido por los elementos que dispondrán del llamado *poder.*

Si por poder se quiere significar que todo trabajo creador y toda actividad organizadora, en toda la extensión del país, pasarán a las manos de los *organismos obreros* y *campesinos,* sostenidos por las masas armadas;

Si se entiende por *poder* el pleno derecho de estos organismos de ejercer tal actividad y federarse con ese fin, natural y libremente, comenzando así la nueva construcción económica y social que oriente la revolución hacia nuevos horizontes de paz, de igualdad económica y de verdadera libertad;

Si la palabra de orden "todo el poder para los soviets" no significa la instalación de núcleos de un poder político, subordinados a un centro político y autoritario general del Estado;

Si, en fin, el partido político aspirante al poder y a la dominación se elimina después de la victoria y cede efectivamente su lugar a una libre autoorganización de los trabajadores;

Si el poder de los soviets no deviene, en realidad, un poder estatista de un nuevo partido político;

Entonces, solamente entonces, la nueva crisis podrá ser la última y significar el principio de una nueva era.

Pero si se entiende por *poder* una actividad de *núcleo, políticos y autoritarios de partido,* dirigidos por su *centro político* y *autoritario principal* (poder central del partido y del Estado); si la toma del poder por los soviet significa, en realidad, la usurpación del poder *por un nuevo partido político,* con el fin de reconstruir, *con ayuda* de *ese poder.* Desde arriba y desde el centro, toda la vida económica y social del país, y resolver igualmente los complicados problemas del momento y de la época, entonces, esta nueva etapa de la revolución *no será tampoco definitiva.* No dudamos un solo instante que este *nuevo poder* no sabrá comenzar la verdadera construcción socialista ni siquiera satisfacer las necesidades y los intereses esenciales e inmediatos de la población. No dudamos que pronto las masas se decepcionarán de sus nuevos ídolos y habrán de volverse hacia otras soluciones. Entonces, tras un intervalo más o menos prolongado, la lucha recomenzará necesariamente. Y será el comienzo de la *tercera* y *última etapa* de la Revolución rusa, la que hará de ella, efectivamente, una *Gran Revolución.*

Será ésta una lucha entre las fuerzas vivas desplegadas por el impulso creador de las masas, por una parte, y el poder socialdemócrata, de espíritu centralista, defendiéndose furiosamente, por la otra; esto es: lucha de los organismos obreros y campesinos actuantes directamente y por iniciativa propia, que toman posesión de la tierra y de todos los medios de producción, de transporte y distribución, para establecer, en entera independencia, una vida humana verdaderamente nueva, por una parte; y la autoridad marxista política, por la otra; lucha, en fin, entre los sistemas libertario y autoritario, entre los dos principios que se disputan desde hace tanto tiempo la preeminencia: el principio anarquista y el marxista.

Sólo la victoria completa, definitiva, del principio *anarquista,* principio de auto-organización libre y natural de las masas, significará la verdadera victoria de la Gran Revolución.

No creemos en la posibilidad de cumplir la Revolución social por el procedimiento político. No creemos que la obra de la nueva construcción social ni la solución de los problemas tan vastos varios y complicados de nuestro tiempo, puedan ser realizados por actos políticos mediante la toma del poder desde arriba desde el centro...

¡Quien viva, verá!

CAPÍTULO II
POSICION DE LOS ANARQUISTAS FRENTE A LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE

El mismo día, el Grupo de Propaganda Anarco-sindicalista publicó en *Goloss Truda* la siguiente declaración, en que se define claramente su posición frente a los acontecimientos:

1º Nosotros damos a la consigna *todo* el *poder para los soviets* otro sentido que el que creemos le otorga el partido socialdemócrata, "llamado por los acontecimientos a dirigir el movimiento"; no creemos en las vastas perspectivas de una revolución que empieza por un acto político, la toma del poder; consideramos negativa toda acción de las masas desencadenada por fines políticos y bajo la égida, de un partido político; y, concibiendo de modo bien distinto el comienzo como el desarrollo de una verdadera Revolución social, apreciamos como negativo el movimiento actual.

2º Sin embargo, si la acción de las masas se manifiesta, entonces, como anarquistas que somos, participaremos en ella con la mayor energía. No podemos apartarnos de las masas revolucionarias, aunque ellas no sigan nuestra ruta ni nuestro llamado, y aun previendo su fracaso. Jamás olvidamos que es imposible prever tanto la marcha como el resultado final de un movimiento de masas. Consideramos de nuestro deber, pues, participar siempre en un movimiento semejante, tratando de comunicarle *nues*tro sentido, *nuestra* idea, *nuestra* verdad.

CAPÍTULO III
OTROS PUNTOS DE DESACUERDO

Aparte las grandes divergencias de principio que separaban a anarquistas y bolcheviques, existían diferencias de detalle. Mencionaré dos de ellas, las más importantes.

Los anarquistas y el "Control obrero de la producción".– Los bolcheviques se preparaban para iniciarse con el llamado control obrero de la producción, es decir, la ingerencia de los obreros en la gestión de las empresas privadas.

Los anarquistas objetaban que si tal control no debía quedar letra muerta, si las organizaciones obreras eran capaces de ejercer *efectivo control,* entonces serían también capaces de asegurar por sí mismas toda la producción, en cuyo caso se podría ir eliminando desde ya, progresivamente, la industria privada para hacerla colectiva. Rechazaban, por tanto, la consigna vaga, sospechosa, del *control* de *la producción.* Propugnaban *la inmediata expropiación progresiva* de *la industria privada por organismos* de *producción colectiva.*

Es absolutamente falso que los anarquistas, en el curso de la revolución, no supieran sino *destruir* o *criticar, sin poder formular la menor idea positiva,* que "no poseyesen ni por tanto expresasen jamás ideas suficientemente claras sobre la aplicación de su propia concepción". En la prensa libertaria de la época *(Goloss Truda, Anarquía, Nabate,* etc.), abundaban las exposiciones claras y prácticas sobre el papel y el funcionamiento de los organismos obreros y sobre el modo de acción que permitiría a éstos, en unión con los campesinos, reemplazar el mecanismo capitalista y estatista destruido.

Lo que le faltó al anarquismo en la Revolución rusa no fueron *ideas* claras y precisas, sino, ya lo hemos dicho, *instituciones* capaces de aplicarlas desde el principio a la vida, y fueron los bolcheviques quienes, para realizar sus designios, se opusieron a la creación y al funcionamiento de tales instituciones.

Expuestas, claras y precisas, las ideas; intuitivamente prestas las masas a comprenderlas y aplicarlas, con la ayuda de los revolucionarios, de los intelectuales y los especialistas; esbozadas las instituciones necesarias, éstas podían ser orientadas rápidamente al verdadero fin, con el concurso de los elementos señalados, pero *los bolcheviques impidieron deliberadamente la difusión* de *esas ideas, esa ayuda esclarecida y la actividad de esas instituciones.* Porque ellos querían acaparar la acción, con exclusividad y bajo la forma del Poder político.

Este conjunto de hechos, precisos e incontestables, es capital para quien trate de comprender el proceso y el sentido de la Revolución rusa. Más adelante hallará el lector numerosos ejemplos, entre mil, en apoyo de nuestras afirmaciones, punto por punto.

Los bolcheviques, los anarquistas* y *la Asamblea Constituyente.– Para el desarrollo de la revolución y su transformación en Revolución social, los anarquistas no veían utilidad alguna en la convocatoria de la Asamblea Constituyente, institución esencialmente política y burguesa, obstructora y estéril, como sostenían; la que, por su naturaleza misma, se situaría "por encima de las luchas sociales" y se impondría para concluir en compromisos peligrosos, paralizar la revolución y aun sofocarla, de ser posible.

Los anarquistas se esforzaban, pues, en hacer comprender a las masas trabajadoras la inutilidad de la Constituyente, la necesidad de prescindir de ella y de reemplazarla de inmediato por organismos económicos y sociales, *si se quería, realmente, comenzar una Revolución social.*

Los bolcheviques, en auténticos políticos, vacilaban en abandonar francamente la Constituyente. (Su convocatoria se destacaba en su programa antes de la toma del Poder). Vacilación que respondía a varias razones: por una parte, no veían inconveniente alguno en que la revolución fuese *paralizada* en el punto alcanzado, con tal de quedar ellos dueños del poder. En este orden de ideas, la Constituyente podría servir sus intereses si, por ejemplo, su mayoría resultara bolchevizante o si los diputados aprobaran su dirección y sus actos. Por otra parte, las masas estaban aún fuertemente apegadas a la Constituyente y no era prudente contrariarlas desde el comienzo. Finalmente, los bolcheviques no se sentían aún suficientemente fuertes para arriesgarse a facilitar una carta de triunfo a los enemigos que, recordando las formales promesas del partido antes de la toma del poder, podrían clamar por la traición y perturbar a las masas. Y mientras éstas no estuviesen sólidamente embridadas y sometidas, su espíritu estaba en guardia y su humor permanecía muy cambiante: el ejemplo del gobierno Kerensky estaba fresco aún. Finalmente, el partido se decidió por la siguiente solución: convocar a la Asamblea, vigilando de cerca las elecciones y desplegando el máximo esfuerzo para obtener favorable resultado. Si la Constituyente se mostrara bolchevizante o dócil, por lo menos, y sin importancia real, se la maniobraría y utilizaría para los fines del gobierno; si, a pesar de todo, la Asamblea no fuera favorable al bolchevismo, se vigilaría de cerca las reacciones de las masas y se la disolvería en la primera ocasión. Juego algo arriesgado, por cierto, pero contando con su vasta y honda popularidad y la carencia de poder real de parte de la Asamblea, que, de añadidura, acabaría por comprometerse por si misma en caso de levantarse contra el bolchevismo, el riesgo fue afrontado. Los acontecimientos posteriores mostraron que el partido bolchevique no se había engañado.

La promesa bolchevique de convocar la Constituyente apenas llegaran al poder, no era, en ellos, en el fondo, sino una fórmula demagógica. En su juego, resultaba una carta ganadora en cualquier jugada. Si la Constituyente respaldaba su poder, su posición quedaría rápida y singularmente afirmada en el país y el extranjero. En caso contrario, se sentían bastante fuertes para desembarazarse de ella en la primera ocasión.

CAPÍTULO IV
ALGUNAS CONSIDERACIONES

Naturalmente, las masas populares no podían penetrar todas las sutilezas de estas diversas interpretaciones. Imposible les era –aun cuando entraran a menudo en contacto con nuestras ideas– comprender el alcance real de las diferencias en cuestión. Los trabajadores rusos eran los menos habituados a las cosas de la política y no podían advertir el maquiavelismo ni el peligro de la interpretación bolchevique.

Recuerdo los esfuerzos desesperados que desplegué para prevenirlos, en tanto me fue posible, oralmente y por escrito, del peligro inminente para la verdadera revolución en caso de permitirse al partido bolchevique instalarse sólidamente en el poder. Por mucho que insistiera, las masas no comprendían el peligro. Cuántas veces se me objetó: “Te comprendemos bien, camarada. Y, por lo demás, no estamos *demasiado* confiados. Estamos de acuerdo en que hay que estar alerta, no creer ciegamente y conservar en el fondo una prudente desconfianza. Pero, hasta ahora, los bolcheviques no nos han traicionado; marchan decididamente con nosotros, son amigos nuestros, nos ayudan y afirman que, llegados al poder, podrán hacer triunfar cómodamente nuestras aspiraciones. Esto *nos* parece cierto. ¿Por qué hemos de rechazarlos, pues? Ayudémosles a conquistar el poder y luego veremos.”

Por más que afirmara yo que jamás podrían realizarse los fines de la Revolución social mediante un poder político; por más que repitiera que, una vez organizado y armado el poder bolchevique, con todo revelarse fatalmente impotente como los anteriores, sería infinitamente más que éstos peligroso para los trabajadores y más difícil de abatir, se me respondía invariablemente: “Somos nosotros, camarada, los que hemos derribado al zarismo y al gobierno burgués. Somos nosotros los que estamos prestos a derribar a Kerensky. Y bien: si tú tienes razón, si los bolcheviques cometen la infamia de traicionamos, de no mantener sus promesas, los derribaremos como a los otros. Y entonces marcharemos definitiva y únicamente con nuestros amigos los anarquistas.”

Pero por más que yo afirmara que, por tales y cuales razones, el Estado bolchevique sería mucho más difícil de derribar, no se me quería, no se me podía creer. No hay que extrañarse de ello, pues aun en países habituados a los métodos políticos y donde (como en Francia) se está más o menos asqueado de ellos, las masas laboriosas, y hasta los intelectuales, aun deseando la revolución, no logran tampoco comprender que la instalación en el poder de un partido político, aunque sea de extrema izquierda, y la edificación de un Estado, cualquiera sea su etiqueta, rematarán en la muerte de la revolución. ¿Podía ser diversamente en un país como Rusia, sin la menor experiencia política?

Al volver en sus naves de guerra de Petrogrado a Cronstadt, después de la victoria de octubre de 1917, los marineros revolucionarios pronto entablaron discusión sobre el peligro que podría resultar de la existencia misma del Consejo de Comisarios del Pueblo en el poder. Algunos afirmaban muy particularmente que este *sanhedrin* político sería capaz de traicionar algún día los principios de la Revolución de octubre. Pero, en su conjunto, los marinos, impresionados por la fácil victoria, declaraban blandiendo sus armas: “En tal caso, si los cañones han podido alcanzar al Palacio de Invierno, también alcanzarán al Smolny.” (El ex Instituto Smolny fue sede del gobierno bolchevique enseguida de la victoria).

Como sabemos, la idea política, estatista, gubernamental, no estaba en 1917 todavía desacreditada en Rusia. Ni al presente lo ha sido aún en ningún otro país. Será necesario tiempo y otras experiencias históricas para que *las masas*, esclarecidas al par por la propaganda, adviertan claramente al fin la falsedad, la vaciedad y el peligro de esa idea.

La noche de la famosa jornada del 25 de octubre, yo me hallaba en una calle de Petrogrado, oscura y en calma. A lo lejos, algunos estampidos de fusil espaciados. A toda marcha pasó un auto blindado, del que lanzaron una cantidad de hojas volantes. Recogí una: era un llamado del nuevo gobierno “a los obreros y campesinos”, anunciándoles la caída del gobierno de Kerensky y la lista del nuevo gobierno de *comisarios del pueblo*, encabezada por Lenin.

Un sentimiento mezcla de tristeza, cólera, disgusto y, también, de una suerte de irónica satisfacción, se apoderó de mí. “Estos imbéciles –si no son, simplemente, demagogos impostores, pensé– han de imaginarse que hacen así la Revolución social, y bien, ya verán... Y las masas aprenderán una buena lección.”

¿Quién hubiese podido prever entonces que sólo cuatro años después, en 1921, en las gloriosas jornadas de febrero –del 25 al 28 exactamente–, los obreros de Petrogrado se sublevarían contra el gobierno *comunista?*

Existe una opinión que pretende que, en las condiciones dadas, los anarquistas rusos, renunciando *momentáneamente* a su negación de la política, de los partidos, de la demagogia, del poder, etc., habrían debido obrar a *lo bolchevique*, esto es, formar una suerte de partido político e intentar tomar *provisoriamente* el poder. En ese caso, se dice, habrían podido “arrastrar las masas” tras sí, obtener ventaja sobre los bolcheviques y tomar el poder “para organizar, enseguida la anarquía”.

Este razonamiento es fundamental y peligrosamente falso. Aun si los anarquistas, en ese caso, hubiesen, logrado la victoria (lo que es muy dudoso) al precio del abandono *momentánea* del principio fundamental del anarquismo, ella no habría podido conducir jamás al triunfo de este principio. Arrastrados por la fuerza y la lógica de las cosas, los anarquistas en el poder –¡qué contrasentido!– no habrían practicado sino una *variedad del bolchevismo*.

(Estimo que los recientes acontecimientos de España y la actitud de ciertos anarquistas españoles que aceptaron *puestos* gubernamentales, lanzándose así en el vacío de la política y anulando la verdadera acción anarquista, confirman ampliamente mi punto de vista.)

Si semejante método pudiera dar el resultado perseguido, si fuera posible aniquilar el poder mediante el poder, el anarquismo no tendría razón alguna de ser. *En principio*, todo el mundo es *anarquista*. Si los comunistas, los socialistas, etc., no lo son *en realidad*, es precisamente porque ellos creen

posible llegar al orden libertario pasando por, el estado de la política y del poder. (Hablo de los sinceros.) Luego, Si se quiere suprimir el poder mediante el poder y *masas arrastradas*, se es comunista, socialista, lo que se quiera, pero anarquista nunca. Se es anarquista, precisamente, porque se estima imposible suprimir el poder, la autoridad y el Estado con la ayuda del poder, la autoridad y el Estado (y las masas arrastradas). Desde que se recurre a tales medios –por más que sea momentáneamente y con las mejores intenciones– se deja de ser anarquista, se renuncia al anarquismo, se adhiere al principio bolchevista.

Recuerdo, a propósito de esto, una conversación con la conocida camarada María Spiridonova, animadora del P. S. R. de I., en Moscú, en 1919 (o 1920)[1] .

Ella me afirmó que su partido se representaba el poder en forma muy restricta: un poder reducido al mínimo, por tanto muy débil, muy humano y sobre todo muy provisorio. "Justamente lo *estrictamente necesario* que permita, lo más rápidamente posible, debilitarlo, desmoronarlo y dejarlo desvanecer." –"No se engañen –le dije–; el poder no es una *bola de arena* que, a fuerza de rodar, se disgrega, sino una *bola de nieve* que, rodando, aumenta de volumen. Una vez en el poder, haréis como los demás." Y los anarquistas también, habría podido agregar.

Recuerdo, en este mismo orden de ideas, otro caso chocante. En 1919, yo militaba en Ucrania, época en que las masas populares estaban ya muy desilusionadas del bolchevismo. La propaganda anarquista en Ucrania, donde no había sido totalmente suprimida aún por los bolcheviques, empezaba a obtener vivo éxito. Una noche, vinieron a la sede de nuestro grupo en Kharkov soldados rojos, delegados de sus regimientos, y nos declararon: "Varias unidades de la guarnición, decepcionadas del bolchevismo y simpatizantes de los anarquistas, están dispuestas a obrar. Se podría detener sin inconvenientes, una de estas noches, a los miembros del gobierno bolchevique de Ucrania y proclamar un gobierno anarquista, que será por cierto mejor. Nadie se opondrá a ello, estando todo el mundo harto del gobierno bolchevique. Pedimos, pues, al partido anarquista –nos dijeron– que se ponga de acuerdo con nosotros, que nos autorice obrar en su nombre para preparar la acción, proceder al arresto del gobierno actual y que, con nuestra ayuda; ocupe en su lugar el poder. Nos ponemos enteramente a disposición del partido anarquista".

Era evidente el equívoco. Lo testimonia el solo término *partido anarquista.* Los bravos militares no tenían noción alguna del anarquismo. Habían oído hablar de él vagamente o asistido a algún mitin. Se nos presentaba, pues, esta alternativa: aprovechar el equívoco, haciendo detener al gobierno bolchevique, y *tomar el poder en Ucrania;* o explicar a los soldados su error, hacerles comprender la esencia del anarquismo y

[1] Con riesgo de su vida, María Spiridonova había ejecutado a uno de los más feroces sátrapas del zar, Sufrió tremendas torturas, estuvo a punto de morir por ellas y permaneció largo tiempo en presidio. Liberada por la revolución de febrero de 1917, adhirió al P. S. R. de l., del que fue uno de los más sólidos pilares. Era una de las revolucionarias más sinceras: abnegada, escuchada y estimada.

renunciar a la aventura, que fue, naturalmente, la actitud que adoptamos. Durante dos horas expuse a los soldados nuestro punto de vista: "Si grandes masas se sublevaran, abandonando francamente al gobierno, con conciencia de que no es preciso reemplazarlo por otro para organizar su nueva vida sobre otras bases, su revolución sería la verdadera Revolución y los anarquistas todos lucharían con las masas. Pero si nosotros, un grupo de hombres, apresamos al gobierno bolchevique para colocarnos en lugar de él, nada cambiaría en el fondo. Arrastrados por el mismo sistema, no obraríamos mejor que los bolcheviques".

Los soldados acabaron por *comprender*, y partieron, jurando militar en adelante por la verdadera Revolución y por la idea anarquista.

Lo inconcebible es que haya en nuestros días *anarquistas* que me reprochen no haber *tomado el poder* en tal ocasión. Según ellos, por no haber procedido como se nos pidió, perdimos una hermosa ocasión de realizar nuestras ideas, mediante el poder, lo que es contrario a ellas.

¡Cuántas veces hube de decir a mi auditorio, en plena revolución: "Jamás olvidéis que *por* vosotros, *por encima* de vosotros, *en vuestro* lugar, nadie podrá hacer nada. El *mejor* gobierno no podrá sino fracasar, y si algún día os enteráis que, tentado por la idea política y autoritaria, yo, Volin, he aceptado un puesto gubernamental, deviniendo *comisario, ministro* o cosa semejante, ¡podréis fusilarme, camaradas, con toda tranquilidad de espíritu y de conciencia, pues habría traicionado la verdad, la verdadera causa y la auténtica Revolución!"

TERCERA PARTE
DESPUÉS DE OCTUBRE

CAPÍTULO I
LOS BOLCHEVIQUES EN EL PODER –
DIFERENCIAS ENTRE ELLOS Y LOS ANARQUISTAS

Primeros tanteos, compromisos* e *imposturas. Sus consecuencias fatales.– La lucha entre las dos concepciones de la Revolución social: estatista-centralista y libertaria-federalista, era desigual en la Rusia de 1917. La concepción estatista venció. El gobierno bolchevique se instaló en el trono vacante. Lenin fue el jefe indiscutido, y en él y su partido recayó la tarea de liquidar la guerra, afrontar todos los problemas de la revolución y encaminarla hacia la verdadera Revolución social.

La idea política prevaleció y realizó su experiencia en la forma que veremos a continuación.

El gobierno bolchevique se componía de intelectuales, de doctrinarios marxistas. Instalados en el poder, pretendiendo representar en él a los trabajadores y conocer, sólo ellos, el verdadero medio de conducirlos hacia el socialismo, entendían gobernar por decretos y leyes que las masas laboriosas debían aprobar y aplicar.

Al principio, el gobierno y su jefe aparentaron ser fieles ejecutores de la voluntad del pueblo trabajador, y, en todo caso, justificar ante él sus decisiones, sus gestos y sus actividades. Así, por ejemplo, todas sus primeras medidas, es decir el primer paso oficial hacia la paz inmediata (decreto de 28-10-1917) y el decreto que entregaba la tierra a los campesinos (26-10) fueron adoptados por el Congreso de los Soviets, que el gobierno aprobó. Lenin sabía que serían acogidos con satisfacción por el pueblo y por los revolucionarios. No hacían, pues, sino sancionar el estado de cosas existentes. Igualmente Lenin juzgó necesario justificar ante el Ejecutivo de los Soviets la disolución de la Constituyente (enero 1918), acto que merece algunas puntualizaciones.

La disolución de la Asamblea Constituyente.– Los anarquistas, en concordancia con su concepción social y revolucionaria, eran opuestos, bien lo sabe el lector, a la convocación de la Constituyente. He aquí la explicación de su punto de vista, en el editorial de su semanario de Petrogrado *(Goloss Truda,* Nº 19, del 18/11-1/12 de 1917):

Camaradas obreros, campesinos, soldados, marinos, trabajadores todos: Henos en plena elección para la Asamblea Constituyente.

Es muy probable, pues, que pronto ella se reúna y comience a sesionar.

Todos los partidos políticos, inclusive los bolcheviques, ponen la suerte ulterior de la Revolución, del país y del pueblo trabajador en manos de este

órgano central. En tales condiciones, tenemos el deber de poneros en guardia contra dos peligros eventuales.

1º– Si los bolcheviques no tienen en la Constituyente una fuerte mayoría o se encuentran en minoría.

La Constituyente será en ese caso una institución política inútil, abigarrada, social-burguesa. Ha de ser un corrillo absurdo, a la manera de la *Conferencia de Estado* de Moscú, de la *Conferencia democrática* de Petrogrado, del *Consejo provisorio de la República,* etc. Se atascará en discusiones y disputas vanas y frenará la verdadera Revolución.

Si no *exageramos* este peligro es porque confiamos que, en ese caso, las masas sabrán, una vez más, armas en mano, salvar la Revolución e impulsarla por su verdadero camino. Pero hemos de decir que las masas laboriosas no *tienen absolutamente necesidad* de un nuevo trastorno de ese género, sin el cual pueden y deben pasarse. ¿Para qué malgastar energía y dinero en crear y mantener una institución inepta? (¡Y, mientras, la Revolución de los trabajadores se paralizará una vez más!) ¿Para qué sacrificar de nuevo fuerzas y sangre en combatir más tarde esta institución estúpida y estéril a fin de salvar (¿cuántas veces aún?) *la Revolución* y sacarla de un *punto muerto* Fuerzas y esfuerzos que podrían ser empleados, con gran provecho de la Revolución, del pueblo y del país, *en organizar las masas laboriosas de manera directa y en su base misma:* aldeas, ciudades, empresas, etc.; en reunir sus organizaciones, desde abajo, en comunas y federaciones de aldeas y ciudades libres, de manera natural e inmediata, sobre la base del trabajo y no de la política o de la adhesión a talo cual partido; y en llegar, de seguida, a unificaciones regionales, etc. Fuerzas y esfuerzos que deberían y podrían ser empleados en organizar inmediata y enérgicamente el aprovisionamiento de materias primas y combustibles a las empresas, mejorar las vías de comunicación, organizar el intercambio y toda la economía nueva en general; en sostener, en fin, una lucha directa contra los restos de la reacción (sobre todo contra el peligroso movimiento de Kaledin en el Mediodía).

2º– Si los bolcheviques constituyen *fuerte mayoría* en la Asamblea Constituyente. En este caso, dominada fácilmente la *oposición,* se convertirán de manera firme y sólida en los amos *legales* del país y de toda la situación, amos manifiestamente reconocidos por *la mayoría de la población.* Es precisamente lo que los bolcheviques procuran de la Asamblea Constituyente; para eso la necesitan: para consolidar y *legalizar* su poder.

Este peligro, camaradas, *es mucho más importante, y más grave, que el primero.* ¡En guardia!

Una vez consolidado y legalizado su poder, los bolcheviques –que son socialdemócratas, políticos y estatistas, esto es, hombres de acción centralista y autoritaria– comenzarán a arreglar la vida del país y del pueblo por medios gubernativos y dictatoriales, impuestos desde el centro. Su sede en Petrogrado dictará las voluntades del partido a toda Rusia, dispondrá de todo el país. *Vuestros soviets y demás organizaciones locales se reducirán poco a poco a simples órganos ejecutores de la voluntad del gobierno central.* En lugar de un trabajo constructor normal de las masas laboriosas, en lugar de libre unificación *desde abajo,* se asistirá a la erección de un aparato autoritario, político y estatista que obrará *desde arriba* y de dedicará a aplastarlo todo con puño de hierro. Los soviets y demás organismos deberán obedecer y cumplir. Y a eso se le llamará *disciplina.* ¡Guay de quien no esté de acuerdo con el poder central y no estime

útil obedecerle! Fuerte de *la aprobación general* de la población, ese poder lo forzará a someterse.

¡En guardia, camaradas!

Observad bien y recordad.

Cuanto más se formalice el éxito de los bolcheviques y más sólida sea su situación, tanto más su acción tomará giro *autoritario*, es decir, la realización y la defensa de su poder político y central se harán más netas y precisas. Empezarán a dar órdenes cada vez más categóricas a las organizaciones y los soviets locales. Y pondrán en práctica desde arriba la política que se les antoje, sin retroceder ante el empleo de la fuerza armada en caso de resistencia.

Cuanto más su éxito se afirme, tanto más patente se hará este peligro, porque su acción se volverá más segura y firme. Cada nuevo éxito –¡lo veréis!– los ensoberbecerá más y día tras día la revolución se acercará a tan grande peligro, cuya agravación será la resultante de los éxitos bolcheviques.

Podéis percibirlo desde ya.

Observad atentamente las últimas órdenes y disposiciones de la nueva autoridad, y podréis advertir netamente la tendencia de las eminencias bolcheviques a arreglar la vida del pueblo a la manera política y autoritaria, mediante el centro impositor. Ya dan órdenes formales al país. Ya se ve claramente que ellas entienden la consigna: *todo el poder para los soviets*, como poder de la autoridad central en Petrogrado, autoridad a la que los soviets y demás órganos locales deben estar sometidos a título de simples órganos ejecutores. Y eso ocurre ahora que las eminencias bolcheviques sienten aún fuertemente su dependencia de las masas y temen, naturalmente, provocar desilusiones; ahora que su éxito no está aún totalmente asegurado y depende por completo de la actitud de las masas a su respecto.

¿Qué ocurrirá cuando su éxito sea total y las masas le otorguen una confianza entusiasta y sólida?

¡Camaradas obreros, campesinos y soldados!

¡No perdáis jamás de vista este peligro! Permaneced dispuestos a defender la verdadera Revolución y la verdadera libertad de vuestras organizaciones y de vuestra acción, dondequiera estéis, contra la violencia y el yugo de la nueva Autoridad, del nuevo amo: el Estado centralizado, y de los nuevos impostores: los jefes de los partidos políticos. Permaneced prestos a obrar de modo que los éxitos de los bolcheviques –si los ensoberbecen y los transforman en impostores– sean su tumba. Permaneced prestos a arrancar la Revolución de una nueva prisión.

No olvidéis que solamente *vosotros mismos* debéis y podéis crear vuestra nueva vida mediante vuestras libres organizaciones locales y sus federaciones. ¡De lo contrario, jamás será realidad!

Los bolcheviques os dicen a menudo lo mismo. Tanto mejor, naturalmente, si finalmente obran de conformidad a sus dichos. Pero, camaradas, todos los nuevos amos, cuya situación depende de la simpatía y la confianza de las masas, hablan al principio dulcemente. También Kerensky tenía, los primeros días, boca de miel; el corazón de hiel se reveló más tarde.

Tened en cuenta, no las *palabras* y los *discursos*, sino los *gestos* y los *actos*. Y a la menor contradicción entre lo que esas gentes os *dicen* y lo que *hacen*, ¡poneos en guardia!

¡No os fiéis de las palabras, camaradas! ¡Fiaos únicamente de los hechos!

¡No os fiéis de la Asamblea Constituyente, de los partidos y los jefes! Confiad únicamente en vosotros mismos y en la Revolución.

Solamente *vosotros mismos*, esto es, vuestras organizaciones locales de base, organismos de los trabajadores y no de los partidos, y enseguida vuestra unificación directa y natural (regional, etc.); solamente vosotros mismos debéis ser los constructores y los amos de la vida nueva, no la Asamblea Constituyente, no un gobierno central, no los partidos ni los jefes.

Y en otro artículo del mismo semanario (Nº 21, del 2-15 diciembre, 1917, editorial: “En lugar de Asamblea Constituyente”), expresaban los anarquistas:

Es notorio que los anarquistas renegamos de la Asamblea Constituyente, estimándola no sólo inútil, sino francamente nociva a la causa de la Revolución. Son aún poco numerosos, sin embargo, los que advierten las *razones* determinantes de nuestro punto de vista: Lo esencial, justamente, no es tanto el hecho de alzamos contra la Constituyente, sino las *razones* que nos mueven a ello.

No es por capricho, obstinación o espíritu de contradicción que rechazamos la Asamblea Constituyente. No nos limitamos, por otra parte, a rechazarla *pura* y *simplemente;* llegamos a esa negación de manera perfectamente lógica. Estimamos, en efecto, que en periodo de Revolución social, lo que importa a los trabajadores es poder organizar la vida por sí mismos, desde abajo, mediante sus organismos económicos inmediatos, y no desde arriba, mediante un centro político autoritario.

Rechazamos la Asamblea Constituyente porque queremos en su lugar otra bien distinta institución *constituyente:* un *organismo de trabajo*, unificado desde abajo de manera natural. La rechazamos, pues, porque, queriendo otra cosa en su lugar, deseamos evitar que sea trabada por aquélla.

Los bolcheviques reconocen, por un lado, la organización directa y de clase de los trabajadores (soviets, etc.); pero, por otro, conservan la Asamblea Constituyente, organismo inepto e inútil. Dualidad contradictoria, nociva y harto peligrosa, resultado fatal del hecho de que los bolcheviques, en verdaderos socialdemócratas, no hacen generalmente pie en las cuestiones de la *política* y la *economía*, de la *autoridad* y la *no-autoridad*, del *partido* y la *clase*. No osan renunciar definitiva y totalmente a los prejuicios muertos, porque para ellos eso significarla arrojarse al agua sin saber nadar. Chapotear en las contradicciones es fatal para quienes, en una Revolución proletaria, estiman su tarea principal la *organización del poder*.

Repudiamos la *organización del poder* por sustituirla, precisamente, por la *organización de la Revolución*.

La organización del poder lleva lógicamente a la Asamblea Constituyente. La organización de la Revolución lleva, también lógicamente, a otra edificación en la que, muy sencillamente, no hay lugar para la Constituyente, que resultaría francamente entorpecedora.

He aquí por qué renegamos de la Asamblea Constituyente.

Los bolcheviques prefirieron convocar la Asamblea, en enero de 1918, predispuestos a dominarla o disolverla de no ser bolchevique su mayoría (cosa posible en el ambiente de entonces).

A despecho de todos los esfuerzos del partido bolchevique, desde hacía tres meses en el poder, la mayoría de la Asamblea se mostró antibolchevique, resultado que confirmó plenamente las conjeturas de los anarquistas. "Si los trabajadores –dijeron éstos– prosiguen tranquilamente su obra de construcción económica y social, sin preocuparse de comedias políticas, la gran mayoría de la población los habría seguido finalmente, sin más ceremonia. Mientras que ahora tienen sobre sí esta preocupación inútil..."

Sin embargo, y a despecho de la flagrante inutilidad de esta Asamblea, cuyos *trabajos* se desenvolvían en una atmósfera de general indiferencia (todo el mundo sentía, en efecto, la inutilidad y fragilidad de esta institución) el gobierno bolchevique hesitó en disolverla.

La intervención casi fortuita de un anarquista hizo que la Asamblea fuera finalmente disuelta. Es un hecho poco conocido.

Dio la casualidad que un anarquista, marino de Cronstadt. *Anatol Jélezniakoff*, fuera puesto por el gobierno bolchevique a la cabeza del destacamento de guardia en la Asamblea.[1] Desde hacía varios días, los interminables discursos de los líderes de los partidos, que se prolongaban, hasta muy entrada la noche, fatigaban y desesperaban al cuerpo de guardia, obligado a esperar hasta el final. Una noche, en que bolcheviques y socialistas rev. de izquierda habían abandonado la sesión tras una declaración conminatoria dirigida a los representantes de la derecha, como los discursos prosiguiesen sin perspectiva de próximo fin, Jélezniakoff entró a la sala de deliberaciones al frente de su destacamento, se acercó al presidente (V. Tchenoff, S. R. de derecha) y le dijo: "¡Levante la sesión, por favor, pues mis hombres están cansados!" Desconcertado e indignado, el presidente protestó. "Le digo que la guardia está cansada –insistió Jélezniakoff, amenazante–. Les ruego que abandonen la sala. Y, por lo demás, *estamos hartos de tanto parloteo. ¡Han charlado de sobra! ¡Váyanse!* y la asamblea se levantó.

El gobierno bolchevique aprovechó este incidente para ocupar militarmente la sede de la Constituyente y publicar, al día siguiente, el decreto de disolución. El país permaneció indiferente.

Más tarde, el gobierno justificó su acto ante el Ejecutivo de los soviets.

[1] Como en muchas otras circunstancias, los bolcheviques se esfuerzan, desde hace tiempo, en desfigurar los hechos. Afirman que Jélezniakoff se había hecho –y aun que siempre lo fue– bolchevique. Se comprende que les moleste lo contrario, Cuando la muerte de Jélezniakoff (fue mortalmente herido en combate contra los blancos en el Mediodía), los bolcheviques dijeron en Izvestia que en su lecho de muerte había declarado estar de acuerdo con el bolchevismo. Más tarde dijeron que siempre había sido bolchevique. Todo falso. El autor y otros camaradas conocieron íntimamente a Jélezniakoff. Al partir de Petrogrado para el frente y despedirse de mi, sabiendo como anarquista que podía esperarse todo de parte de los bolcheviques, me declaró textualmente: "Ocurra lo que ocurra y dígase lo que se diga de mí, sabe bien que yo soy anarquista, que me batiré como tal y que, si tal es mi suerte, moriré como anarquista." Y me legó el deber de desmentir, llegado el caso, las mentiras bolcheviques. Aquí lo cumplo.

Todo marcha, pues, *convenientemente*, hasta el día que la voluntad del *gobierno* entra por vez primera en conflicto con la voluntad de los *gobernados*, del pueblo. Todo cambia, entonces. Fue en ocasión de la ofensiva alemana, en febrero de 1918.

La paz de Brest-Litovsk.– Al enterarse de la revolución de octubre, el ejército alemán que operaba contra Rusia permaneció algún tiempo inactivo. El comando alemán hesitaba, esperaba los acontecimientos y maniobraba con la mira de obtener el mayor provecho posible de la situación creada. En febrero de 1918 se decidió y desencadenó una ofensiva contra la Rusia revolucionaria.

Toda resistencia era imposible; el ejército ruso no podía combatir. Había que hallar solución a la situación, y ella debía resolver, a la par, el primer problema de la Revolución: el de la guerra.

Sólo había dos soluciones posibles:

a) Abandonar el frente: dejar que el ejército alemán se aventurara en el inmenso país en revolución; atraerlo a las profundidades del país para provocar su aislamiento, separarlo de sus bases de aprovisionamiento, hacerle una lucha de guerrillas, desmoralizarlo, descompaginarlo, etc., defendiendo así la Revolución social; solución ya utilizada con éxito en 1812 y siempre realizable en un país como la inmensa Rusia.

b) Entrar en tratativas con el comando alemán; proponerle la paz, tratarla y aceptarla, cualesquiera fuesen las condiciones.

La primera solución fue la aceptada por la casi totalidad de las organizaciones obreras consultadas, así como por los soc. rev. de izquierda, los maximalistas, los anarquistas. Se pensaba que sólo tal manera de obrar era digna de la Revolución social; que sólo ella permitiría tratar con el *pueblo* alemán, por encima de sus generales y gobernantes; sólo ella garantizaba un prodigioso impulso de la Revolución en Rusia y permitía esperar, como consecuencia, su extensión a Alemania y otros países. Se estimaba, ya lo hemos dicho, que esta solución –especie de acción directa verdaderamente impresionante– constituía, *en las condiciones dadas y en un país como Rusia*, el único método bueno de defensa de la Revolución.

He aquí lo que opinaba al respecto el *Goloss Truda* (Nº 27, 24-2-1918) en un artículo titulado: "Del espíritu revolucionario"

Nos hallamos en una decisiva encrucijada de la Revolución, crisis que puede sernos fatal. El momento es de sorprendente nitidez y de excepcional dramatismo. La situación es bien clara y ha de dársele solución de inmediato. En breves horas sabremos si el gobierno firma o no la paz con Alemania. Todo el *porvenir* de la *Revolución rusa y la secuela de los acontecimientos mundiales dependen de esta jornada, de este minuto.*

Las condiciones propuestas por Alemania son sin ambages ni reservas.

Se conocen ya las ideas de varios miembros eminentes de los partidos políticos, también de miembros del gobierno. No hay, en parte alguna, unidad de miras. Desacuerdo entre los bolcheviques. Desacuerdo entre los socialistas revolucionarios de izquierda. Desacuerdo en el Consejo de Comisarios del Pueblo. Desacuerdo en el Soviet de Petrogrado y en el Ejecutivo. Desacuerdo en

las masas, en las fábricas, talleres, cuarteles. La opinión del interior no es aún suficientemente conocida...

(Lo hemos dicho antes: la opinión de los S. R. de I. y de las masas trabajadoras en Petrogrado y el interior se precisó, luego, como *hostil* a la firma del tratado de paz con los generales alemanes.)

El plazo del ultimátum alemán es de 48 horas. En esas condiciones, quiérase o no, la cuestión será discutida y la decisión tomada, arriba, en los medios estrictamente gubernativos. Y esto es lo más terrible...

Nuestra opinión ya la conocen nuestros lectores. Estuvimos desde el principio contra las *tratativas de paz*. Y hoy nos levantamos contra la firma del tratado. Estamos *por la organización inmediata y activa de una resistencia de guerrillas*. Estimamos que el telegrama del gobierno pidiendo la paz debe ser anulado, aceptado el desafío, puesta la suerte de la Revolución directamente, francamente, en manos de los proletarios de todo el mundo.

Lenin insiste por la firma de la paz. Y, de ser exactas nuestras informaciones, una gran mayoría acabará por seguirlo. El tratado será firmado.

Sólo la íntima convicción de la *invencibilidad final* de esta Revolución nos permite no tomar demasiado a lo trágico esta eventualidad. Pero este modo de concluir la paz comportará un golpe demasiado duro para la Revolución, estamos persuadidos de ello, al *anquilosarla, humillarla y deformada* por largo tiempo.

Conocemos la argumentación de Lenin, sobre todo según su artículo “Fraseología revolucionaria” *(Pravda,* Nº 31). Ella no nos ha convencido.

El autor hace luego una concisa crítica de la argumentación de Lenin, que rebate, y termina:

Tenemos la firme convicción de que la paz ofrecida moderará el avance de la Revolución, la rebajará y la dejará por largo tiempo débil, anémica, incolora... La aceptación de la paz hará agachar a la Revolución, la pondrá de rodillas, le cortará las alas, la obligará a arrastrarse... Porque el espíritu revolucionario, el gran entusiasmo de la lucha, este magnífico vuelo de la grandiosa idea de liberación del mundo, le serán arrebatados.

Y, para el mundo, su luz se extinguirá.

La mayoría del Comité Central del partido comunista se pronunció al principio en favor de la primera solución. Pero Lenin tuvo temor de esta osada decisión. Como verdadero dictador, él no tenía confianza alguna en una acción de las masas no conducidas por jefes y políticos, mediante órdenes formales y maquinaciones de bambalinas. Invocaba el peligro de muerte para la Revolución si la paz ofrecida por los alemanes fuera rechazada. Y proclamaba la necesidad de una *tregua* que permitiera la creación de *un ejército regular.*

Por primera vez desde la Revolución, desafiaría la opinión de las masas y aun la de sus propios camaradas. Amenazó a éstos con declinar toda responsabilidad por las consecuencias y retirarse de inmediato si su voluntad no fuera aceptada. Sus camaradas temieron, a su vez, perder al *gran jefe de la revolución,* y cedieron. La opinión de las masas fue deliberadamente pisoteada. La paz fue firmada.

Así, por vez primera, la *dictadura del proletariado* se impuso sobre el proletariado. Por primera vez, *el poder bolchevique logró aterrorizar a las masas, sustituir por la propia la voluntad de ésta, obrar por su sola cuenta, haciendo caso omiso de toda otra opinión.*

La paz de Brest-Litovsk fue impuesta al pueblo laborioso por el gobierno bolchevique. El pueblo pensaba terminar la guerra de manera bien distinta. Pero el gobierno se encargó de arreglarlo todo. Precipitó las cosas, forzó los acontecimientos y así dificultó la resistencia de las masas. Llegó a hacerlas callar, a conseguir su obediencia, su forzada pasividad.

Recuerdo haber encontrado incidentalmente, en esas afiebradas horas, al conocido bolchevique N. Bukharin (ejecutado más tarde, por el famoso proceso de Moscú). Lo había conocido en Nueva York y hasta entonces no nos habíamos vuelto a ver en Rusia. Al pasar rápidamente por un corredor de Smolny (sede entonces del gobierno bolchevique en Petrogrado), adonde había acudido por un asunto relativo a nuestra organización, noté a Bukharin en tren de discutir con calor en un rincón del corredor, entre un grupo de bolcheviques. Me reconoció y me hizo señas de aproximarme. Apenas me acerqué, sin preámbulos, en el colmo de la emoción, empezó a lamentarse de la actitud de Lenin en la cuestión de la paz. Deploraba encontrarse en completo desacuerdo con Lenin. Subrayó que, sobre este punto, estaba enteramente de acuerdo con los S. R. de I., los anarquistas y las masas en general. Y afirmaba, con terror, que Lenin no quería escuchar a nadie y que “nada le importaba la opinión de los demás”, que “trataba de imponer su voluntad y su error a todo el mundo y aterrorizaba al partido, amenazando abandonar el poder”. Según Bukharin, el error de Lenin era fatal para la Revolución. Y esto era lo que lo espantaba.

–Pero –le dije–, si está en desacuerdo con Lenin, no tiene más que expresarlo e insistir. Tanto más cuanto que no está solo. Y aunque lo estuviese, usted tiene, supongo, el mismo derecho que Lenin de tener una opinión, hacerla valer, defenderla y propagarla.

–¡Oh –cortó él–, ni piense en ello! ¿Se imagina lo que eso significa: luchar contra Lenin? Sería terrible. Ello acarrearía automáticamente mi exclusión del partido. Significaría una revuelta contra nuestro entero pasado, nuestra disciplina y los camaradas de lucha. Me vería en la necesidad de provocar una escisión en el partido, arrastrar conmigo a otros refractarios, crear un partido aparte para luchar contra el de Lenin. Vamos, mi viejo; usted me conoce bastante: ¿soy yo hombre de convertirme en jefe de partido y declarar la guerra a Lenin y al partido bolchevique? ¡No, no nos engañemos! Yo no tengo pasta de jefe. Y aun si la tuviera... No, no, yo no puedo, no puedo hacer eso.

Estaba muy emocionado. Se llevó las manos a la cabeza, a punto de llorar.

Apurado como estaba y sintiendo la inutilidad de prolongar la conversación, lo abandoné a su desesperación.

Como se sabe, él adhirió más tarde, tal vez sólo en apariencia, a la tesis de Lenin.

Tal fue la primera diferencia seria entre el nuevo gobierno y el pueblo gobernado. Y se resolvió en ventaja del poder, *que se impuso.*

Fue la primera impostura. Y no fue sino el primer paso, el más difícil. En adelante, las cosas debían ir por sí solas. Habiendo saltado impunemente una vez por encima de la voluntad de las masas laboriosas y apoderándose de la iniciativa de la acción, el nuevo poder arrojó, por decirlo así, un lazo a la Revolución. No tenía después más que apretarlo para obligar y finalmente habituar a las masas a ir a remolque, abandonarle toda iniciativa, someterse enteramente a su autoridad y reducir toda la revolución a las proporciones de una dictadura.

Es a lo que se llegó, en efecto. Tal es, fatalmente, la actitud de todo gobierno. Tal es, fatalmente, el camino de toda revolución que deja intacto el principio estatista, centralista, político, gubernamental. Camino en pendiente. Una vez en ella, el deslizamiento se opera por sí solo. Nada puede detenerlo ya. Al principio, ni gobernantes ni gobernados se percatan de ello. Los primeros, si son sinceros, creen cumplir su papel y proseguir una obra indispensable, saludable. Los segundos, fascinados, acorralados, dominados, siguen. Y cuando finalmente los unos y sobre todo los otros comienzan a comprender el error, es demasiado tarde. Imposible retroceder. Imposible aun modificar lo que sea. Se está demasiado empeñados en la fatal pendiente. Y aunque los gobernados griten a voz en cuello y se levanten contra los gobernantes para hacerlos remontar la amenazante pendiente, ¡es demasiado tarde!

CAPÍTULO II
LA PENDIENTE FATAL

Para ver lo que ha devenido luego la Revolución rusa, comprender el verdadero papel del bolchevismo y discernir las razones que, una vez más en la historia humana, transformaron una magnífica y victoriosa revuelta popular en un lamentable fracaso, es justamente preciso ante todo compenetrarse bien de *dos verdades*, por desgracia no lo bastante difundidas aún y cuyo desconocimiento priva a la mayor parte de los interesados del verdadero medio de comprensión.

1ª – Hay contradicción formal e irreconciliable, hay oposición entre la verdadera Revolución que tiende a expandirse *–y debe poder hacerlo de modo ilimitado* para *vencer definitivamente*–, de una parte, y la teoría y la práctica autoritarias y estatistas, de la otra.

Hay contradicción formal e irreconciliable, hay lucha entre la esencia misma del *poder socialista estatista* (si triunfa) y la del verdadero *proceso socialista revolucionario.*

La sustancia misma de la verdadera Revolución social es el reconocimiento y la realización de un vasto y libre movimiento creador de las masas laboriosas liberadas de todo trabajo subordinado. Es la afirmación y la expansión de un inmenso proceso de construcción, basado en el trabajo emancipado, en la coordinación natural y la igualdad elemental.

En el fondo, la verdadera Revolución social es el comienzo de la verdadera evolución humana, esto es, de una libre ascensión creadora de las masas humanas, basada en la vasta y franca iniciativa de millones de

hombres en todas sus actividades. Esta esencia de la Revolución es instintivamente sentida por el pueblo revolucionario. Ella es más o menos netamente comprendida y formulada por los anarquistas.

Lo que resulta *automáticamente* de esta definición de la Revolución social, definición que no se podría refutar, no es la idea de una *dirección autoritaria* (dictatorial o no), idea que pertenece por entero al viejo mundo burgués, capitalista, sino la de una colaboración a aportarle en su evolución. Se desprende de ello, pues, la necesidad de una circulación enteramente libre de todas las ideas revolucionarias, de verdades sin disfraz, de su búsqueda libre y general y de su experimentación, como condiciones esenciales de una acción fecunda de las masas y del definitivo triunfo de la revolución.

Ahora bien: en la base del socialismo estatista y del poder derivante, está *el no reconocimiento formal* de *estos principios de la Revolución social.*

Los rasgos característicos de la ideología y la praxis socialistas (autoridad, poder, Estado, dictadura) no pertenecen en absoluto al porvenir, sino que forman parte totalmente del pasado burgués. La concepción estatista de la revolución, la idea de un tope, de una *culminación* prefijada del proceso revolucionario, la tendencia a poner, dique, a *petrificar* este proceso y, sobre todo –en lugar de reservar a las masas laboriosas todas las posibilidades de un movimiento y una acción amplias y autónomas–, a concentrar de nuevo en manos de un Estado, de un puñado de nuevos amos, la evolución futura, todo ello reposa en viejas tradiciones, caducas rutinas y modelos desgastados, que nada tienen de común con la verdadera revolución.

Una vez aplicado ese modelo, los verdaderos principios de la revolución son fatalmente abandonados. Ahí es entonces el renacimiento, bajo otra forma, de la explotación de las masas laboriosas, con todas sus consecuencias.

Está fuera de duda, pues, que el avance de las masas revolucionarias hacia su emancipación real, hacia la creación de nuevas formas de la vida social, es incompatible con el principio mismo del poder estatista.

Está en claro que el principio autoritario y el de la Revolución son diametralmente opuestos y recíprocamente excluyentes; que el principio revolucionario apunta esencialmente al porvenir, mientras que el otro tiende, por todas sus raíces, al pasado (es, pues, reaccionario).

La revolución socialista autoritaria y la Revolución social siguen dos procesos inversos. Fatalmente, la una debe vencer, y perecer la otra. O bien la verdadera revolución, con el libre y creador flujo de su enorme marea, arrancándose definitivamente a las raíces del pasado, triunfa sobre las ruinas del principio autoritario, o bien es éste el que vence, y entonces las raíces del pasado traban la verdadera revolución, que no puede realizarse.

El poder socialista y la Revolución social son elementos contradictorios. Imposible reconciliarlos; menos, unirlos. El triunfo del uno significa peligro para la otra, con todas sus consecuencias lógicas, cualquiera sea el caso. Una revolución que se inspira en el socialismo estatista y le confía su suerte, *aunque sólo sea a titulo provisorio y transitorio,* está perdida: toma por falsa senda, por una pendiente de más en más pronunciada; corre derechamente al abismo.

La *segunda verdad* –conjunto lógico de verdades, más bien– completa la anterior, aportándole algunas puntualizaciones:

1) *Todo* poder político crea, inevitablemente, *una situación privilegiada* para quienes lo ejercen. Viola así, desde el comienzo, el principio igualitario y hiere el corazón de la Revolución social, movida, en gran parte, por ese principio.

2) *Todo* poder político deviene inevitablemente fuente de otro, privilegios, aunque no dependa de la burguesía. Al apoderarse de la revolución, dominarla y embridarla, el poder *se ve obligado a crear su aparato burocrático y coercitivo*, indispensable para toda autoridad que quiera mantenerse, mandar, ordenar, en una palabra: gobernar. Rápidamente, atrae y agrupa en torno a sí toda suerte de elementos aspirantes a dominar y explotar. Forma así *una nueva casta de privilegiados*, primero políticamente y de seguida económicamente: dirigentes, funcionarios, militares, policías, miembros del partido dominante (especie de nueva nobleza), etc., individuos *dependientes de él* y, por tanto, dispuestos a sostenerlo y defenderlo contra todo y contra todos, sin el menor miramiento a los principios o a la justicia. Expande por doquiera el germen de la desigualdad, infestando bien pronto al entero organismo social, que, mayormente pasivo a medida que siente la imposibilidad de combatir la infección, acaba por devenir, también él, favorable a la regresión a los principios burgueses, bajo nuevo aspecto.

3) *Todo* poder procura más o menos asir las riendas de la vida social. Sofocado todo espíritu de iniciativa *por la existencia misma del poder*, y en la medida en que éste es ejercido, *predispone* a las masas a la pasividad.

El poder *comunista*, que, por principio, *concentra todo en sus manos*, es, en este aspecto, un elemento realmente corruptor. Hinchado de autoridad, imbuido de su pretendida responsabilidad (que ha asumido por su cuenta), teme todo acto independiente. Cualquier iniciativa autónoma le resulta sospechosa, amenazante; se siente, ante ella, fastidiado, disminuido. Quiere empuñar el timón, y empuñarlo sólo él. Toda otra iniciativa se le antoja una ingerencia en su dominio y sus prerrogativas. Cosa insoportable. Y la menosprecia, rechaza, pisotea, o bien la vigila y castiga, con *lógica* y persistencia despiadadas y abominables.

Las inmensas fuerzas creadoras nuevas en incubación en las masas, quedan así inutilizadas. Y esto tanto en el dominio de la acción como en el del pensamiento. En este último, el poder comunista se distingue sobre todo por una intolerancia excepcional, absoluta, que no halla equivalente sino en la de la antigua Inquisición. Porque, en otro plano, este poder se considera igualmente como el único portador de la verdad y la salvación, no admitiendo ni tolerando contradicción alguna, ningún modo de ver o de pensar fuera del propio.

4) Ningún poder político es capaz de resolver *efectivamente* los gigantescos problemas constructivos de la revolución. El poder comunista, que se apodera de esta enorme tarea con la pretensión de realizarla, es particularmente lastimoso en este aspecto.

Quiere, en efecto, y pretende poder, dirigir toda la actividad formidable, infinitamente varia y móvil, de millones de seres humanos. Para lograrlo, ha de poder abarcar, en todo instante, *la inmensidad inconmensurable y moviente de la vida:* poder conocer todo, y todo comprenderlo, penetrarlo, verlo, preverlo, emprenderlo, vigilarlo, arreglarlo, organizarlo, dirigirlo. Y se trata de un número incalculable de necesidades, intereses, actividades, situaciones, combinaciones y transformaciones; problemas, pues, de toda suerte y de todo momento, en movimiento continuo.

Pronto, no pudiendo ya mantener cabeza, el poder acaba por no entender nada ni nada arreglar o dirigir del todo. Y en primer lugar se muestra absolutamente impotente para reorganizar la vida económica del país, que se disgrega rápidamente. Pronto, completamente desorientado, se debate desordenadamente entre los restos del régimen caído y la impotencia del nuevo sistema anunciado.

La incompetencia del poder acarrea prontamente, en las condiciones así creadas, un verdadero desastre económico. Es la paralización de la actividad industrial, la ruina de la agricultura, la destrucción de todo vínculo entre las diversas ramas de la economía y la ruptura de todo equilibrio económico y social. Resulta de ello por de pronto, fatalmente, una política de compulsión, sobre todo respecto a los campesinos, para obligarlos a seguir, a pesar de todo, alimentando a las ciudades.

La escasa eficacia del procedimiento, especialmente al principio, y la resistencia pasiva a que acuden los campesinos, hace dominante la miseria en todo el país. Trabajo, producción, transportes e intercambios, todo se desorganiza y cae en estado caótico.

5) Para mantener la vida económica del país en un nivel soportable, no le queda al poder, en definitiva, sino la constricción, la violencia, el terror, a los que recurre cada vez más amplia y metódicamente. Pero el país sigue debatiéndose en espantosa miseria, rayana en el hambre.

6) La flagrante impotencia del poder para dotar al país de normal vida económica, la manifiesta esterilidad de la revolución, los sufrimientos físicos y morales creados por tal situación para millones de individuos, una violencia que recrudece a diario en arbitrariedad e intensidad: tales son los factores esenciales que bien pronto cansan y asquean a la población, levantándola contra la revolución, con lo que se favorece el recrudecimiento de un espíritu y de movimientos antirrevolucionarios. Esta situación incita a los numerosos elementos neutros e inconscientes –hasta entonces vacilantes y más bien favorables a la revolución– a tomar netamente posición contra ella, y mata finalmente la fe en muchos de sus mismos partidarios.

7) Tal estado de cosas no sólo desvía la marcha de la revolución, sino también compromete su defensa.

En lugar de organismos sociales (sindicatos, cooperativas, asociaciones, federaciones, etc.), activos, vivaces, normalmente coordinados, capaces de asegurar el desenvolvimiento económico del país y organizar, al par, la defensa de la revolución por las masas mismas contra el peligro de la reacción (relativamente anodino en estas condiciones), se tiene de nuevo, a los pocos meses de la desastrosa práctica estatista, un puñado de aventureros en el poder, incapaces de *justificar* y fortificar la revolución que ellos han mutilado y esterilizado horriblemente. Y se ven obligados ahora a defenderse ellos mismos, y sus partidarios, contra enemigos cada vez más

numerosos, cuya aparición y creciente actividad son, sobre todo, consecuencia del fracaso gubernamental.

En lugar de una defensa natural y fácil de la Revolución social, afirmándose gradualmente, se asiste así, una vez más, a este espectáculo desconcertante: el poder en quiebra, defendiendo su vida por todos los medios, aun los más feroces.

Esta falsa *defensa* es, naturalmente, organizada desde arriba con ayuda de los antiguos y monstruosos métodos políticos y militares *ya experimentados:* sujeción absoluta de toda la población, formación de un ejército regular ciegamente disciplinado, creación de institutos policiales profesionales y cuerpos especiales ferozmente adictos, supresión de las libertades de palabra, de prensa, de reunión y sobre todo de acción, instauración de un régimen de represión, de terror, etc. Se trata, de nuevo, de domar y embrutecer a los individuos para obtener una fuerza enteramente sometida. En las anormales condiciones en que se desarrollan los acontecimientos, todos esos procedimientos adquieren rápidamente alto grado de violencia y arbitrariedad. La decrepitud de la revolución avanza con celeridad.

8) El *poder revolucionario* en quiebra choca inevitablemente, no sólo con los enemigos *de derecha*, sino también con los *adversarios de izquierda,* todos los animados por la verdadera idea revolucionaria pisoteada, que luchan por defenderla y por cuyo interés atacan al poder.

Probado el tóxico de la dominación, la autoridad y sus prerrogativas; persuadido él mismo y tratando de persuadir a todos de que es la única fuerza realmente revolucionaria llamada a obrar en nombre del proletariado; creyéndose *obligado* y *responsable* ante la revolución, cuya suerte confunde con la propia por una aberración fatal, y procurando para todos sus actos explicaciones y justificaciones, el Poder no puede ni quiere confesar su fracaso y desaparecer. Al contrario, cuanto más amenazado y en falla se siente, tanto más se encarniza en defenderse. A cualquier precio quiere mantenerse dueño de la situación, confiando siempre en *salir del trance* y *arreglar* las cosas.

Perfectamente consciente de que se trata, de una manera u otra, de su existencia misma, el Poder acaba por no distinguir ya sus adversarios de los enemigos de la revolución. Más guiado cada vez por un simple instinto de conservación, e incapaz de retroceder, empieza a descargar golpes, en un crescendo de ceguera e impudicicia, a tontas y a locas, a derecha como a izquierda. Golpea sin distinción a cuantos no están con él. Temblando por su propia suerte, aniquila las mejores fuerzas del porvenir.

Ahoga los movimientos revolucionarios que, inevitablemente, surgen de nuevo. Suprime en masa a revolucionarios y simples trabajadores, culpables de querer realzar el estandarte de la Revolución social.

Al obrar así, impotente en el fondo, únicamente fuerte por el terror, necesita ocultar su juego con astucia, mentir, calumniar, hasta tanto juzgue ventajoso no romper abiertamente con la revolución y conservar intacto su prestigio, por los menos en el extranjero.

9) Pero, traicionada la revolución, no es posible apoyarse en ella. Ni lo es tampoco permanecer suspendido en el vacío con el solo sostén de la fuerza precaria de las bayonetas y de las circunstancias.

Estrangulada la revolución, el Poder se ve obligado, pues, a asegurarse, cada vez más clara y firmemente, la ayuda y el apoyo de elementos reaccionarios y burgueses, dispuestos, por cálculo, a ponerse a su servicio y pactar con él. Sintiendo desmoronarse el suelo bajo sus pies, progresivamente distanciado de las masas, rotos los últimos lazos con la revolución, creada toda una casta de privilegiados, de grandes y pequeños dictadores, de serviles, aduladores, advenedizos y parásitos, e impotente para realizar nada realmente revolucionario y efectivo, tras de haber rechazado y aplastado las fuerzas nuevas, el Poder necesita, para consolidarse, atraer a las *fuerzas antiguas*, cuyo concurso procura con creciente frecuencia y mayor voluntad. Solicita de ellas acuerdos, alianzas y unión y, no teniendo otra salida para asegurar su vida, les cede posiciones. Son las nuevas simpatías que busca en reemplazo de la perdida amistad de las masas. Cierto que espera traicionarlas algún día, pero, en tanto, se va encenagando de más en más en una acción antirrevolucionaria y antisocial. La Revolución ataca con creciente energía al Poder, y éste, con feroz encarnizamiento, valido de las armas que ha forjado y los órganos represores que ha creado, combate a la Revolución, que acaba de ser definitivamente vencida en la desigual lucha. Se ha llegado al fin de la pendiente: es el abismo. Y la reacción se instala triunfalmente, maquillada e impúdica, horrorosamente brutal.

Quienes aún no han comprendido estas verdades y su implacable lógica nada han comprendido de la Revolución rusa. He ahí por qué esos *ciegos: leninistas, trotzkistas* y *tutti quanti,* son incapaces de explicar pasablemente la bancarrota de la Revolución rusa y del bolchevismo, que ellos se ven forzados a confesar. No hablamos de los *comunistas* occidentales: éstos *quieren* permanecer ciegos, y están dispuestos, por no haber comprendido ni aprendido nada de la Revolución rusa, a repetir la misma secuela de nefastos errores: partido político, conquista del poder, gobierno *(obrero y campesino),* Estado *(socialista),* dictadura *(del proletariado).* ¡Vulgares estupideces, criminales contradicciones, chocantes contrasentidos!

¡Guay de la próxima revolución si ella se entretiene en reanimar esos hediondos cadáveres, si una vez más logra arrastrar las masas a ese juego macabro! No engendrará sino otros Hitlers, que crecerán sobre la podredumbre de sus ruinas. Y, otra vez, “su luz se extinguirá para el mundo.”

Recapitulemos.

El gobierno *revolucionario (socialista* o *comunista)* se instala. Naturalmente quiere disponer de plena autoridad. Él es quien ha de mandar (De otro modo, ¿para qué serviría?)

Más o menos pronto sobreviene el primer desacuerdo entre gobernantes y gobernados, lo que ocurre fatalmente, ya que cualquier gobierno es impotente para resolver los problemas de una gran Revolución y, con todo, pretende tener razón, acapararlo todo, conservar para sí la iniciativa, la responsabilidad y la acción. Desacuerdo que siempre aprovecha a los gobernantes, que aprenden de prisa a imponerse por todos los medios, llegando a asumir la iniciativa total, dominando como amos sobre millones de súbditos. Eso logrado, los amos se aferran al poder, pese a su nociva

incapacidad. Ellos son los poseedores únicos de la verdad revolucionaria. "Lenin (o Stalin o Hitler) siempre tiene razón." "¡Obreros, obedeced a vuestros jefes, que trabajan para vosotros y saben lo que hacen!" "¡Proletarios de todos los países: uníos!" ... (... para que podamos mandaros mejor! –fin de frase pensado, más no pronunciado por los *geniales* jefes de los *partidos obreros).*

De tal modo, poco a poco, los gobernantes devienen amos absolutos del país, crean clases privilegiadas en que apoyarse, organizan las fuerzas capaces de sostenerlos, y se defienden ferozmente contra toda oposición, toda contradicción, toda iniciativa independiente. Todo lo monopolizan, para adueñarse de la vida y la actividad del país.

A falta de otros medios de acción, oprimen, subyugan, explotan. Reprimen toda resistencia; persiguen y aplastan, en nombre de la revolución, todo lo que se niega a plegarse a su voluntad.

Para justificarse, mienten, engañan, calumnian.

Para ahogar la verdad, castigan: por la cárcel y el destierro, la tortura y la ejecución, o el simple asesinato.

Exactamente lo ocurrido en la Revolución rusa.

Lo esencial.– Una vez bien asentado en el poder, organizados su ejército, su policía y su burocracia, hallado dinero y construido un nuevo Estado llamado *obrero,* el gobierno bolchevique, amo absoluto, tomó en sus manos, definitivamente, los destinos de la Revolución. Progresivamente, en la medida del aumento de sus fuerzas de propaganda demagógica, de coerción y de represión, el gobierno estatalizó y monopolizó todo, absolutamente todo, *hasta la palabra, hasta el pensamiento.*

El Estado –es decir, el gobierno– se apropió del suelo, erigiéndose en verdadero propietario. Y los campesinos fueron paulatinamente convertidos primero en granjeros del Estado, y luego en verdaderos siervos. Se apoderó igualmente de las fábricas, las usinas, las minas, de todos los medios de producción, comunicación e intercambio. Usurpó el derecho de iniciativa, de organización, de administración, de dirección, en todos los dominios de la actividad humana. Y se adueñó de toda la prensa del país y de todo medio de difusión de ideas. Todas las ediciones, las publicaciones e impresos todos, hasta las tarjetas de visita, en la U.R.S.S. son hechos o, por lo menos, rigurosamente controlados por el Estado.

El Estado devino, finalmente, el solo detentador de todas las verdades, el único propietario de los bienes materiales y espirituales, el exclusivo iniciador, organizador, animador de la vida del país, en todas sus ramificaciones. Los 170 millones de habitantes se transformaron progresivamente en simples ejecutantes de las órdenes del gobierno, en verdaderos esclavos de éste y de sus numerosos agentes: "¡Obreros: obedeced a vuestros jefes!"

Todos los organismos económicos, sociales y de cualquier otra índole, sin excepción, comenzando por los soviets y terminando por las más pequeñas células, se trocaron en simples filiales administrativas de la empresa estatal, especie de *Sociedad Anónima de explotación por el Estado,* filiales enteramente subordinadas al consejo central de administración (el gobierno),

vigiladas de cerca por sus agentes (policía uniformada y secreta) y privadas hasta de la menor apariencia de independencia.

La historia auténtica y detallada de esta evolución, culminada hace unos doce años –historia extraordinaria, única en el mundo– exigiría un volumen. Volveremos sobre ella para aportar algunas puntualizaciones indispensables.

Creciente actividad de los anarquistas. Sus rápidos éxitos.– La sofocación de la Revolución, con sus desastrosas consecuencias lógicas, provocó fatalmente la viva reacción de los elementos de izquierda que, encarándola diversamente, se sublevaron para defenderla y proseguirla.

Los más importantes movimientos resultantes surgieron entre los socialistas revolucionarios de izquierda y los anarquistas. La rebelión de aquéllos no fue sino la de un partido político y estatista concurrente, cuyas diferencias con el partido comunista y decepción ante los resultados desastrosos de la revolución bolchevique, los impulsaron a la revuelta. Forzados a abandonar el gobierno, en el que habían colaborado durante algún tiempo con los bolcheviques, emprendieron contra éstos una lucha de creciente violencia. Propaganda antibolchevique, intentos de sublevación, actos terroristas, nada faltó. Participaron en el famoso atentado de la calle Leontievsky. Organizaron el asesinato del general alemán Eichhorn, en Ucrania, y del embajador alemán Mirbach, en Moscú: violentas expresiones de protesta contra las concomitancias del gobierno bolchevique con el de Alemania. Más tarde, inspiraron algunos disturbios locales, prontamente ahogados. En esa lucha sacrificaron sus mejores fuerzas. Sus líderes: María Spiridonova, B. Kamkoff, Karelin y otros, lo mismo que numerosos militantes anónimos, dieron prueba de gran coraje en tales circunstancias.

Sin embargo, si los socialistas revolucionarios de izquierda hubiesen logrado el poder, sus actos habrían sido fatalmente semejantes a los del partido bolchevique. El mismo sistema político habría acarreado infaltablemente iguales resultados. Ellos habían insurgido sobre todo contra la hegemonía del partido comunista, sosteniendo que si el poder perteneciera por igual a dos o más partidos, en lugar de ser monopolizado por uno solo, todo iría mejor. Profundo error, naturalmente.

Los elementos activos de las masas laboriosas, al cabo de las razones del fracaso del bolchevismo, que lucharon contra él, bien lo sabían. Por ello, sólo sostuvieron al P. S. R. de I. en medida muy reducida. Su resistencia fue rápidamente quebrada, con poca resonancia en el país.

La resistencia de los anarquistas fue en cambio, mucho más vasta y sostenida, a pesar de una represión rápida y terrible.

Por su objetivo: *la realización de otra idea de la Revolución* y por la importancia que adquirió en el curso de los acontecimientos, esta lucha y sus peripecias merecen la mayor atención. Desfigurada a sabiendas y luego ahogada por los bolcheviques, por una parte, y, por otra, sobrepasada por los acontecimientos posteriores, esta epopeya ha permanecido absolutamente desconocida (reserva hecha de los ambientes interesados, no sólo para el gran público, sino aun para quienes han estudiado más o menos la Revolución rusa, quedando, a pesar de su real importancia, al margen de su documentación y sus investigaciones.

En el curso de la historia humana, raramente una idea ha sido tan desfigurada y calumniada como lo ha sido el anarquismo.

Por lo demás, no se ha tratado generalmente siquiera del anarquismo: se ha atacado exclusivamente a los anarquistas, considerados los *enemigos públicos* Nº 1 por todos los gobiernos, y presentados bajo la luz más desfavorable. Tachados, en el mejor de los casos, de *iluminados*, *semilocos* o *locos del todo*, se les ha tenido, más a menudo, por *bandidos, criminales*, terroristas insensatos, tirabombas. Ha habido, y hay, es cierto, terroristas entre los anarquistas, como los hubo y hay entre los adeptos de otras corrientes de ideas y organizaciones políticas o sociales. Pero, precisamente, considerando la *idea anarquista* demasiado seductora y peligrosa para tolerar que las masas puedan interesarse y conocerla, los gobiernos de todos los países y todas las tendencias aprovechan los atentados de anarquistas terroristas para comprometer la *idea misma* y desprestigiar no sólo a los terroristas, sino a todos los militantes cualesquiera sean sus métodos.

En cuanto a los pensadores y teóricos anarquistas se les trata, lo más a menudo, de *utopistas, soñadores irresponsables, filósofos abstractos* o *extravagantes*, cuyas doctrinas son peligrosamente interpretadas por sus secuaces, *místicos* cuya idea, aunque bella, nada tiene de común con la vida real, ni con los hombres tales como son. (Se pretende, de parte burguesa, que el sistema capitalista es estable y *real*, y, de parte socialista, que la idea autoritaria no es utópica, a pesar del caos inextricable y las inmensas calamidades sociales, acumuladas desde hace siglos por el primero, y a despecho de las ruidosas quiebras, en medio siglo de aplicaciones, del segundo).

Muy a menudo se procura simplemente ridiculizar la idea. ¿No se hace creer a la masa ignorante que el anarquismo *reniega de toda sociedad* y *toda organización* y sostiene que *cada uno puede hacer lo que se le antoje?* ¿No se dice que anarquismo es sinónimo de desorden, y esto ante el enorme desconcierto, de tan criminales consecuencias, de todos los sistemas no-anarquistas aplicados hasta el presente?

Esta *política* frente al anarquismo, debida sobre todo a su integridad y a la imposibilidad de su domesticación (lo que se ha logrado con el socialismo), ya que se sustrae a toda actividad *política*, obtiene sus frutos: desconfianza, temor, hostilidad o, por lo menos, indiferencia, ignorancia e incomprensión arraigadas, acogen generalmente su aparición. Lo que lo mantuvo, por mucho tiempo, aislado e impotente.

(Desde hace algún tiempo, a impulso de los acontecimientos y la propaganda, la opinión pública evoluciona respecto al anarquismo y los anarquistas. Se empieza a advertir el engaño y ver claro. Tal vez no esté lejano el día que vastas masas, compenetradas de la idea anarquista, se vuelvan contra los *calumniadores*, acentuando su interés por la idea mártir y provocando natural reacción psicológica. Ciertos testimonios y verdades que la prensa se vio en la necesidad de publicar en ocasión de los acontecimientos de España, como igualmente ciertos hechos más o menos conocidos, han producido ya efecto saludable y hecho ganar terreno a la idea libertaria).

La actitud del gobierno bolchevique respecto a los anarquistas superó por mucho, en *atiborramiento de cráneos*, calumnia y represión, a todos los gobiernos antiguos y actuales.

El papel que la idea libertaria desempeñó en la Revolución rusa y la suerte que en ella sufrió serán pronto o tarde ampliamente conocidos, por mucha tierra que se le haya echado encima, dado lo considerable de ese papel durante bastante tiempo. Las revelaciones, que se acumularán poco a poco, arrojarán no sólo una luz nueva sobre los acontecimientos pasados y en curso, sino también viva luz sobre la ruta a seguir, permitiendo prever y comprender mejor ciertos fenómenos importantes que, sin duda alguna, se producirán en el curso de los acontecimientos de un próximo porvenir.

Por tales razones, el lector tiene el derecho –y sobre todo el deber– de conocer los hechos que se expondrán.

¿Cuál ha sido la actividad de los anarquistas en la Revolución rusa? ¿Cuáles, exactamente, su papel y su suerte? ¿Cuál, el verdadero *peso* y cuál el destino de esta *otra idea de la revolución* representada y defendida por los anarquistas?

Nuestro estudio responderá a estos interrogantes al par que aportará puntualizaciones indispensables sobre el papel, la acción y el sistema bolcheviques. Confiamos que esta exposición ayudará al lector a orientarse en los graves acontecimientos actuales y futuros.

A pesar del retraso irreparable y de su extrema debilidad, a despecho de toda suerte de obstáculos y dificultades y, en fin, no obstante la represión expeditiva e implacable de que fueron objeto, los anarquistas supieron ganar, aquí y allá, sobre todo después de octubre, simpatías vivas y profundas. En ciertas regiones sus ideas alcanzaron rápidos éxitos. Su número aumentó prontamente, a pesar de los pesados sacrificios en hombres, impuestos por los acontecimientos.

Su actividad ejerció en la revolución fuerte influencia, de notables efectos, primeramente, porque ellos fueron los únicos que opusieron *una idea nueva de la Revolución social* a la tesis y la acción bolcheviques, en creciente descrédito ante las masas, y luego, porque ellos propagaron y defendieron esta idea, en la medida de sus fuerzas y a despecho de tremendas persecuciones, con desinterés y abnegación sublimes, hasta el fin, hasta sucumbir bajo el número aplastante de sus enemigos, su desenfrenada demagogia, su astucia y su violencia inauditas.

No nos asombremos de tales éxitos ni de su falta de resultado final.

Por una parte, gracias a su integridad, valentía y abnegación, gracias a su presencia y acción constantes entre las masas, no en ministerios y oficinas; gracias, en fin, a la vitalidad resplandeciente de sus ideas frente a la práctica bien pronto dudosa de los bolcheviques, los anarquistas encontraron, dondequiera pudieron actuar, amistades y adeptos. (Se tiene derecho a conjeturar que si los bolcheviques, perfectamente conscientes del peligro que esos éxitos representaban para ellos, no hubiesen puesto fin, con premura, a la propaganda y la acción libertarias, la Revolución habría podido tomar otro giro y ofrecer resultados bien distintos).

Pero, por otra parte, el señalado retraso, el número reducido de sus militantes capaces de realizar una vasta propaganda oral y escrita en el inmenso país, la no-preparación de las masas, las condiciones generales desfavorables, las persecuciones, las considerables pérdidas en hombres, etc., todo ello limitó por mucho la extensión y continuidad de su obra, facilitando la acción represora del gobierno bolchevique.

Pasemos a los hechos.

Los anarquistas fueron los únicos en Rusia que propagaron siempre en las masas la idea de la verdadera Revolución social popular, integral, emancipadora.

La *revolución de 1905,* con excepción de la corriente anarquista, seguía las palabras de orden de la *democracia* (burguesa): ¡Abajo el zarismo! ¡Viva la República democrática! El bolchevismo mismo, en esa época, no iba más lejos. El anarquismo era entonces la sola doctrina que iba al fondo del problema y advertía a las masas del peligro de una solución política. Por débiles que fueran entonces los libertarios en relación a los partidos democráticos, la idea había ya logrado agrupar a una pequeña fracción de obreros e intelectuales, que protestaron, en varios puntos, contra el engaño de la *democracia.* Voces, cierto es, que clamaban en el desierto. Y pronto, en torno a ellos, surgieron simpatías y adhesiones, y apareció un cierto movimiento.

La *Revoluci6n de* 1917 fue, desde el principio, como una creciente. Difícil era prever su alcance. Derribado el absolutismo, el pueblo "entró en la arena de la acción histórica".

En vano los partidos políticos se esforzaban por establecer sus posiciones adaptándose al movimiento revolucionario: el pueblo laborioso marchaba siempre en la avanzada, dejando atrás, unos tras otros, los diferentes partidos, con sus *programas.* Los bolcheviques mismos –el partido mejor organizado, más decidido y ardientemente aspirante al poder– se vieron obligados a modificar repetidamente sus palabras de orden para poder seguir la evolución rápida de los acontecimientos y de las masas. (Recordemos sus primeros lemas: ¡Viva la Asamblea constituyente! ¡Viva el control obrero de la producción!, etc.)

En 1917, lo mismo que en 1905, los anarquistas fueron los únicos defensores de la verdadera e integral Revolución social. Se aferraban constante y porfiadamente a ella, a pesar de su número reducido, la escasez de medios y su falta de organización.

En el verano de 1917, ellos sostuvieron, en palabras y hechos, los movimientos de los campesinos. Invariablemente estaban también con los obreros, cuando, mucho antes del *golpe de octubre,* éstos se posesionaron, en diversos lugares, de empresas industriales y se esforzaron en organizar la producción en ellas sobre base de autonomía y colectividad obrera. Los anarquistas lucharon en primera fila en el movimiento de los obreros y los marinos de Cronstadt y de Petrogrado (3-5 de julio). En Petrogrado, dieron el ejemplo de la toma de imprentas para lanzar diarios obreros y revolucionarios.

Ese mismo verano, cuando los bolcheviques tomaron frente a la burguesía una actitud más audaz que otros partidos políticos, los anarquistas los aprobaron y consideraron deber revolucionario combatir la mentira de los gobiernos burgueses y socialistas, que designaban a Lenin y otros bolcheviques como agentes del gobierno alemán.

Igualmente en la vanguardia lucharon los anarquistas en Petrogrado, en Moscú y otros lugares, en octubre de 1917, contra el gobierno de coalición (el de Kerensky), no en nombre, va de suyo, de un partido político cualquiera, sino exclusivamente por la conquista para las masas laboriosas del derecho de construir ellas mismas, sobre bases verdaderamente nuevas, su vida económica y social. Por múltiples razones que el lector conoce, esta idea no fue puesta en práctica, pero los anarquistas lucharon solos y hasta el fin por esta causa justa. Si se les puede hacer un reproche a este respecto, es el de no haber establecido acuerdo entre sí y presentado, en medida satisfactoria, *los elementos* de una libre organización entre las masas laboriosas. Pero sabemos que ha de tenerse rigurosamente cuenta de su pequeño número, su tardía concentración y, sobre todo, de la carencia de toda educación sindicalista y libertaria de las masas mismas. Se requería tiempo para remediar tal estado de cosas. Ahora bien: *precisamente y a sabiendas, los bolcheviques no dejaron a los anarquistas ni a las masas el tiempo de recuperarse de ese retraso.*

En Petrogrado, fueron aún los marinos de Cronstadt quienes, llegados a la capital para la lucha decisiva de octubre, cumplieron un papel particularmente importante. Entre ellos, los anarquistas se hallaban en número bastante grande.

En Moscú, la tarea más peligrosa y más decisiva, en los duros combates de octubre, recayó sobre los famosos *Dvintsi* (regimiento de Dvinsk). Bajo Kerensky, este regimiento había sido totalmente apresado por haberse negado a participar en la ofensiva sobre el frente austroalemán, en junio de 1917. Siempre eran los *Dvintsi* quienes actuaban cuando había que desalojar a los *blancos* (los *cadetes,* decíase entonces), del Kremlin, del Metropol o de otros peligrosos lugares. Cuando los *cadetes,* reforzados, retomaban la ofensiva, eran siempre los *Dvintsi* quienes se empleaban a fondo para dar el golpe; durante los diez días de la lucha. Todos ellos se decían anarquistas y marchaban con la dirección de dos viejos libertarios: Gratchoff y Fedotoff.

La Federación anarquista de Moscú, con una parte del regimiento de Dvinsk, marchó la primera, en orden de combate, contra las fuerzas del gobierno de Kerensky. Los obreros de Presnia, de Sokolniki, de Zamoskvoretchie y de otros barrios de Moscú, marcharon al combate con grupos de anarquistas a la vanguardia. Los obreros de Presnia perdieron a un combatiente de gran valor: Nikitin, obrero anarquista, luchador de primera fila siempre, herido de muerte hacia el final de la batalla, en el centro de la ciudad. Algunas decenas de anarquistas dejaron su vida en esas luchas y sus restos fueron sepultados en la fosa común de la Plaza Roja de Moscú.

Después de la revolución de octubre, los anarquistas, a pesar de las divergencias de ideas y métodos que los separaban del nuevo poder *comunista,* siguieron sirviendo la causa de la Revolución social con la misma abnegación e igual perseverancia. Recordemos que ellos fueron los

únicos que negaron el principio mismo de la Constituyente y que cuando ésta se evidenció como obstáculo para la revolución, como lo habían previsto, ellos dieron el primer paso para su disolución. Y no dejaron de luchar con energía y abnegación reconocidas por sus adversarios mismos, en todos los frentes, contra las repetidas ofensivas de la reacción.

En la defensa de Petrogrado contra el general Korniloff (agosto 1917), en la lucha contra el general Kalédin en el Sur (1918), etc., los anarquistas tuvieron destacado papel.

Numerosos destacamentos de guerrilleros, grandes y pequeños, formados por anarquistas o dirigidos por ellos (destacamentos de Mokrussoff, de Tcherniak, de María Nikiforova y otros, sin hablar por ahora del ejército de guerrilleros de Makhno) y contando en sus filas gran número de libertarios, lucharon sin tregua en el Sur, contra los ejércitos reaccionarios, de 1918 a 1920. Y anarquistas aislados se encontraban en todos los frentes como simples combatientes, perdidos entre las masas obreras y campesinas insurgidas.

En algunos lugares, los efectivos anarquistas aumentaban con rapidez. Pero el anarquismo gastó muchas de sus fuerzas mejores en esas atroces luchas. Este sublime sacrificio, que contribuyó poderosamente a la victoria final de la Revolución, debilitó muy gravemente al incipiente movimiento libertario. Y, desparramadas sus fuerzas en los múltiples frentes de la lucha contra la contrarrevolución, desgraciadamente el resto del país se vio privado de ellas. De ello se resintieron considerablemente la propaganda y la actividad anarquistas.

En 1919, sobre todo, la contrarrevolución conducida por el general Denikin y, más tarde, por el general Wrangel, dejó grandes claros en las filas libertarias. Pues fueron sobre todo *los libertarios* quienes contribuyeron a la derrota del ejército *blanco,* que no fue puesto en derrota por el Ejército Rojo del Norte, sino bien al Sur, en Ucrania, por la masa campesina insurgente, cuya principal fuerza era el ejército de guerrilleros, llamado *makhnovísta,* fuertemente impregnado de ideas anarquistas y conducido por el anarquista Néstor Makhno. En tanto que organizaciones revolucionarias, los grupos libertarios del Sur fueron los únicos que combatieron en las filas *makhnovístas* contra Denikin y Wrangel. (En la tercera parte de este libro nos ocuparemos ampliamente de estas heroicas luchas).

Detalle picante: mientras en el Sur los anarquistas, en libertad de actuar momentáneamente, defendían heroicamente la Revolución, pagando de persona, el gobierno soviético, a salvo verdaderamente por esa acción, reprimía ferozmente el movimiento anarquista en el resto del país. Como ya verá el lector, apenas conjurado el peligro, la represión se abatió también sobre los anarquistas en el Sur.

Los anarquistas tuvieron igualmente gran participación en las luchas contra el almirante Koltchak, en el Este, los combates en Siberia, etc., perdiendo muchos de sus militantes.

Por doquiera, las fuerzas de los guerrilleros, en todas las cuales se contaban siempre, en variable número, los anarquistas, hicieron más que el Ejército Rojo regular. Y en todas partes los anarquistas defendieron el principio fundamental de la Revolución social: la independencia y la libertad de acción de los trabajadores en marcha hacia su verdadera emancipación.

CAPÍTULO III
LAS ORGANIZACIONES ANARQUISTAS

La participación de los anarquistas en la revolución no se limita a una actividad de combatientes. También se esfuerzan en propagar sus ideas sobre la construcción inmediata y progresiva de una sociedad no-autoritaria. Para ello, crean organizaciones libertarias, exponen en detalle sus principios, los ponen en práctica en lo posible, publican y difunden sus periódicos y su literatura.

Citemos las más activas organizaciones anarquistas de entonces.

1º La "Unión de propaganda anarcosindicalista *Goloss Truda",* cuyo objetivo era la difusión de las ideas anarcosindicalistas entre los trabajadores. Desplegó su actividad primero en Petrogrado (verano de 1917-primavera de 1918) y luego, por cierto tiempo, en Moscú. Su órgano, *Goloss Truda* (La voz del Trabajo) se inició como semanario para transformarse pronto en cotidiano. Fundó también una editorial de obras de su ideología.

Apenas llegados al poder, los bolcheviques se dedicaron a trabar por todos los medios su actividad general y la aparición del diario en particular, hasta liquidar definitivamente la organización y, más tarde, también la editorial. Todos los adherentes fueron apresados o exilados.

2º La "Federación de Grupos Anarquistas de Moscú" fue, relativamente, una gran organización, que sostuvo, en 1917-18, intensa propaganda en Moscú y en provincias. Publicó *La Anarquía,* cotidiano, de tendencia anarcocomunista[1], y fundó también una editorial. En abril de 1918 fue saqueada por el gobierno *soviético.* Algunos restos de esta organización aún subsistieron hasta 1921, fecha en que fueron *liquidados* y sus últimos militantes *suprimidos.*

3º La "Confederación de Organizaciones Anarquistas de Ucrania *Nabate",* importante organización creada a fines de 1918, época en que los bolcheviques no habían aún logrado imponer su dictadura en esa región. Se distinguió sobre todo por una actividad positiva, concreta, proclamando la necesidad de una lucha inmediata y directa por las formas no-autoritarias de edificación social, cuyos elementos prácticos se esforzó en elaborar.

[1] Es de utilidad aportar algunas notas sobre las distintas tendencias anarquistas. Los *anarcosindicalistas* ponían su esperanza sobre todo en el movimiento obrero sindicalista libre; dicho de otro modo: en los métodos de acción y de organización propios e este movimiento. Los *anarcocomunistas* no contaban con los sindicatos obreros, sino con las comunas libres y sus federaciones, como base de acción, transformación y construcción. Profesaban, pues, cierta desconfianza hacia el sindicalismo. Los *anarcoindividualistas,* escépticos frente al sindicalismo y el comunismo, aun libertario, confiaban en el individuo libre sobre todo, no admitiendo sino asociaciones libres de Individuos como base de la sociedad nueva.
En el curso de la Revolución rusa, cobró impulso un movimiento tendiente a conciliar estas tres tendencias en una suerte de *síntesis anarquista* y un movimiento libertario unificado, tentativa de que fue iniciadora la Confederación *Nabate.* Consultar, para más detalles, la literatura anarquista, especialmente periódica, de 1900 a 1930.

Desempeñó importante papel por su agitación y su propaganda extremadamente enérgicas y contribuyó en mucho a la difusión de las ideas libertarias en Ucrania. Publicó periódicos y folletos en varias ciudades. Su órgano principal fue *Nabate* (La Campana). Intentó crear un movimiento anarquista *unificado* (basado teóricamente en una especie de síntesis anarquista) para agrupar todas las fuerzas activas del anarquismo en Rusia, *sin diferencia de tendencias*, en una organización general. Unificó a casi todos los grupos anarquistas de Ucrania y hasta algunos grupos de la Gran Rusia. Y procuró formar una Confederación Anarquista Panrusa.

Desarrollada su actividad en el agitado Sur, la Confederación hubo de entrar en estrechas relaciones con el movimiento de los guerrilleros revolucionarios, campesinos y obreros, y con su núcleo, la *Makhnovtchina* (V. libro III, parte II, cap. I y II, y así tomó parte activísima en las luchas contra todas las formas de la reacción: contra el *hetman*[2] Skoropadsky, contra Plejura, Denikin, Grigorieff, Wrangel y otros, en las que perdió casi todos sus militantes mejores. Por último atrajo, naturalmente, la fulminación del poder central, cuyos repetidos ataques pudo resistir algún tiempo, a causa de las condiciones reinantes en Ucrania. Su definitiva liquidación por los bolcheviques ocurrió a fines de 1920, época en que muchos de sus militantes fueron fusilados sin apariencia siquiera de procedimiento judicial alguno.

Aparte de estas tres organizaciones de gran envergadura y de acción, más o menos vasta, había otras de menor importancia. Un poco por todas partes, en 1917 y 1918, surgieron grupos, corrientes y movimientos anarquistas, generalmente poco importantes y efímeros, pero bastante activos, unos autónomos, otros vinculados a alguna de las organizaciones citadas.

A pesar de algunas diferencias de principio o de táctica, todos estos movimientos estaban de acuerdo en lo fundamental, y cada uno cumplía, en la medida de sus fuerzas y sus posibilidades, su deber con la Revolución y el anarquismo, sembrando en las masas laboriosas los gérmenes de una organización social verdaderamente nueva: antiautoritaria y federalista. Todos sufrieron finalmente la misma suerte: la supresión brutal por la autoridad.

CAPÍTULO IV
LA PRENSA DESCONOCIDA (ANARQUISTA) EN LA REVOLUCION RUSA: SU VOZ, SUS LUCHAS, SU FIN

Ya hemos reproducido artículos del *Goloss Truda* sobre la posición de los anarquistas frente al poder bolchevique, la paz de Brest-Litovsk y su Asamblea Constituyente. Vamos a completarlos con otras citas sobre los puntos de discordia de anarquistas y bolcheviques, la posición de aquéllos frente a los problemas de la revolución y el espíritu mismo de ambas concepciones.

[2] En pasados siglos, *hetman* era el titulo del jefe electo de la Ucrania independiente. Instalado en el poder por los alemanes. Skoropadsky se lo apropió.

La prensa anarquista rusa durante la revolución era totalmente desconocida fuera del país; algunos de sus extractos han de constituir, pues, verdaderas revelaciones.

El primer número de *Goloss Truda*, del 11 de agosto de 1917, apareció seis meses después del comienzo de la revolución, con enorme irreparable retraso, pues. Sin embargo, los camaradas se pusieron enérgicamente a la obra. Pero la tarea era difícil, pues el partido bolchevique ya había acaparado la gran mayoría de la clase obrera. Con relación a la acción y a la influencia de éste, las de la Unión y su órgano eran de poca importancia. La obra progresaba lentamente y casi no tenía entrada en las fábricas de Petrogrado. Todo el mundo seguía al partido, leía sus periódicos y veía lo que éste quería en sus varios diarios difundidos ampliamente. Nadie se interesaba por una organización totalmente desconocida, con ideas *extravagantes*, que en nada se asemejaban a lo que se decía y discutía en el ambiente general.

No obstante, la Unión adquirió pronto cierta influencia y comenzó a ser escuchada. Sus reuniones, aunque poco numerosas, estaban bien concurridas; consiguió rápidamente crear grupos bastante fuertes en el mismo Petrogrado y sus alrededores; en Cronstadt, Oboukhovo, Kolpino, etc. Su periódico tenía éxito y se difundía más y más hasta en provincias, a pesar de todas las dificultades.

En tales condiciones, la tarea principal de la Unión consistía en intensificar su propaganda, hacerse conocer, atraer la atención sobre sus ideas y su posición frente a las demás tendencias sociales, labor que incumbía al periódico, ya que la propaganda oral era muy restringida por falta de medios.

En la corta vida de la Unión se distinguen tres períodos: 1º antes de la revolución de octubre; 2º en el mismo momento de esta segunda revolución; 3º después de ella.

En el primero, luchó simultáneamente contra el gobierno de Kerensky y contra el peligro de una revolución política, que parecía inminente, para lograr una nueva organización social, a base sindical y libertaria.

En cada número se publicaban artículos concretos sobre cómo los anarcosindicalistas concebían las tareas constructivas de la próxima revolución, sobre el papel de los comités de fábrica, las tareas de los soviets, la solución del problema agrario, la nueva organización de la producción y el intercambio, etc., para llegar a precisar su tendencia libertaria sobre la verdadera revolución.

En el editorial del primer número de *Goloss Truda* “La revolución atascada”, tras de examinar retrospectivamente la marcha de la revolución y la crisis de agosto, se dice:

> Concebimos las causas profundas de esta crisis y, sobre todo, la acción revolucionaria próxima, de modo muy diferente a todos los escritores socialistas.
>
> Si hubiéramos podido hacernos escuchar en los primeros días de la revolución, magníficos vuelos y búsquedas ardientes, ilimitadas, habríamos proclamado nuestra completa discrepancia con los *programas* y la *táctica* de todos los partidos y fracciones bolcheviques, mencheviques, socialistas revolucionarios de izquierda y de derecha; habríamos orientado a la revolución y al pueblo hacia otras tareas.

Los largos años de nuestra actividad en el extranjero fueron consagrados a la propaganda de bien distinto conjunto de ideas sobre la Revolución social. Mas nuestro pensamiento no penetró en Rusia, aislada por las barreras políticas. Hoy nuestras fuerzas se congregan aquí. Consideramos primer deber nuestro, nuestra tarea más sagrada, reanudar enseguida ese trabajo en nuestro suelo, actualmente el suelo de la libertad.

Debemos obrar. Debemos abrir a las masas laboriosas horizontes nuevos. Debemos ayudarlas en su búsqueda.

Elevamos nuestra voz cuando la Revolución está momentáneamente bloqueada en una *impasse* y las masas han hecho un alto como sumidas en pesada reflexión, que nosotros nos empeñaremos a fondo para que no resulte estéril. Debemos aprovechar este alto de modo que la nueva oleada revolucionaria halle a las masas mejor dispuestas, más conscientes de los fines a perseguir, las tareas a cumplir, el camino a seguir. Hay que hacer lo humanamente posible para que esa oleada no se rompa ni disperse en un impulso sin trascendencia.

Debemos indicar desde ya los medios de salir de la *impasse,* sobre los que la prensa no dice una sola palabra.

En el editorial del Nº 2 (18-8-1917) se puntualiza:

Vivimos instantes críticos. El fiel de la Revolución oscila, ora lentamente, ora convulsivamente, y esta oscilación continuará por algún tiempo todavía, hasta detenerse. ¿Sabrán los obreros rusos, a tiempo, cuando el fiel oscila aún arrojar *en su platillo* una *idea nueva,* un nuevo principio de organización, una nueva base social? De esto depende mucho, si no todo, del destino y trascendencia de la Revolución actual.

Del editorial del Nº 3 (25-8), "Actualidades":

Decimos a los obreros, los campesinos, los soldados y los revolucionarios rusos: ante todo y sobre todo, continuad la revolución. Continuad organizándoos sólidamente vinculando entre sí vuestros nuevos organismos: comunas, uniones, comités, soviets. Continuad, con firmeza y perseverancia, siempre y por doquiera, participando cada vez más amplia y eficazmente en la actividad económica del país. Continuad tomando en vuestras manos, es decir, por vuestras organizaciones propias, todas las materias primas y los instrumentos indispensables para vuestro trabajo. Continuad eliminando las empresas privadas. ¡Continuad la Revolución! No vaciléis en afrontar la revolución de todas las cuestiones candentes de la actualidad. Cread por todas partes los órganos necesarios para esas soluciones. Campesinos: tomad la tierra y ponedla a disposición de vuestros propios comités. Obreros: preparaos a poner a disposición de vuestros organismos sociales, las minas y el subsuelo, empresas y establecimientos de toda clase, usinas y fábricas y talleres, canteras y maquinarias.

Mientras, el partido bolchevique se orientaba hacia su golpe de Estado. Advertía perfectamente el estado de espíritu de las masas y esperaba aprovecharlo, es decir, lograr la toma del poder. En un artículo del mismo Nº 3, *Goloss Truda* criticaba esta orientación:

Se nos presenta una solución lógica, sencilla y clara, que se impone por sí misma. No hay sino que adoptarla, resuelta, audazmente. Es preciso decidirse a pronunciar la última palabra dictada por la lógica misma de las cosas: *no se necesita un Poder.* En vez de un Poder, son las organizaciones unificadas de los trabajadores, obreros y campesinos, las que deben dirigir la vida social. Sostenidas por las formaciones revolucionarias de soldados, estas organizaciones deben, no ayudar a nadie a conquistar el Poder, sino posesionarse directamente de la tierra y demás elementos e instrumentos de trabajo, para el establecimiento de un orden económico y social nuevo.

Los indiferentes y los *haraganes* aceptarán tranquilamente el nuevo orden de cosas. La burguesía, sin soldados y sin capitales, se quedará, también *muy naturalmente, sin poder.* Y las organizaciones obreras, vinculadas entre sí, levantarán de común acuerdo la producción, los transportes y las comunicaciones, el intercambio y la distribución, sobre bases nuevas, creando para ello, y según las reales necesidades, órganos de coordinación y centros indispensables. Entonces, sólo entonces, la Revolución habrá vencido.

Agrega de seguida que mientras la lucha conserve carácter de querella por el poder entre partidos políticos y los trabajadores sean arrastrados a ella y divididos por fetiches políticos, no podrá ser cuestión ni de la victoria de la Revolución ni de una reconstrucción social verdaderamente profunda de la vida. Expresa la esperanza de que las masas, a impulso de las exigencias mismas de la vida, lleguen a esa conclusión, cuyos elementos están en germen ya por las condiciones objetivas de nuestra época y de todo el ambiente. Y concluye:

Va de suyo que no pretendemos ser profetas. No prevemos sino una cierta *eventualidad,* una cierta *tendencia* que *puede asimismo no realizarse.* En este caso, la revolución actual no será todavía la verdadera gran Revolución social. Y la solución del problema, tal como lo hemos trazado, incumbirá entonces a una de las futuras revoluciones.

El editorial del Nº 9 (del 6 de octubre, poco antes, pues, del golpe bolchevique) dice:

O bien, proseguida la marcha de la Revolución, las masas –al cabo de duras pruebas, desgracias y horrores de toda suerte, tras de errores, choques, paralizaciones, recobros y nuevos retrocesos, quizá aun guerra civil y dictadura temporaria– sabrán, al fin, elevar su conciencia a una altura que les permita aplicar sus fuerzas creadoras a una actividad positiva de sus organismos autónomos, asegurando entonces la salvación y la victoria de la Revolución.

O bien las masas no *sabrán aun crear,* en el curso de esta Revolución, sus propios organismos coordinados y consagrados a la edificación de la vida nueva: entonces la Revolución será pronto o tarde ahogada. Porque sólo esos organismos son Capaces de conducirla a la victoria definitiva.

La actitud de la Unión *en el momento mismo del golpe de Estado de octubre* ha sido ya puesta suficientemente de relieve (Libro II, parte II, cap. II). Sólo recordaremos, pues, que, habiendo expresado sus reservas, los anarquistas participaron muy activamente en esa lucha, allí donde se operó

una acción de masas (Cronstadt, Moscú), por razones y fines especificados en las reservas mismas.

Después de la revolución de octubre, la Unión anarcosindicalista, durante los meses de su difícil existencia[1], cada vez más molestada por el gobierno bolchevique, siguió día a día la acción de éste y el giro de los acontecimientos. Su órgano, que apareció cotidianamente durante tres meses, explicaba a los trabajadores todos los extravíos, los errores y las fechorías del nuevo poder, *desarrollando al par sus propias ideas* e indicando los medios de aplicarlas. Ello no constituía sólo el ejercicio de un derecho, sino su deber más estricto.

En una serie de artículos: "¿Y después?" (27-10), "La segunda Revolución" (3-16-nov.) y "La Declaración y la Vida" (4-17-nov.), se insiste en la necesidad de abandonar desde ya los métodos *políticos* de *la dictadura sobre las masas* y de dejar a los trabajadores la libertad de organización y de acción.

Nosotros decimos:

1º Desde el principio de la Revolución, en marzo, las masas laboriosas deberían haber creado por todas partes sus organismos obreros, *de clase*, fuera de los partidos, coordinando la acción de estos organismos y concentrándola enteramente en el único fin real a perseguir: la toma de posesión de todos los elementos indispensables para el trabajo y, finalmente, de la vida económica del país.

2º Los hombres instruidos, conscientes y experimentados, los intelectuales, los técnicos, etc., hubieran debido, desde los primeros días de la Revolución, preocuparse no de la lucha y las consignas *políticas,* no de *la organización del Poder,* sino de la organización de la Revolución. Todos ellos hubieran debido asistir a las masas en el desarrollo y perfeccionamiento de sus organizaciones, ayudándolas a emplear su atención, su energía y su actividad en la preparación de una verdadera Revolución, económica y social. En aquel momento nadie los habría trabado en ese menester.

En efecto, los obreros, los campesinos y los soldados estaban perfectamente de acuerdo entre sí en esta tarea colectiva. La Revolución, la verdadera, habría avanzado a grandes pasos por camino recto, habría arraigado profundamente desde el principio, tanto más cuanto que las masas mismas, en espontáneo impulso, habían creado ya toda una red de organizaciones y no se trataba sino de aportar a esa tarea constructiva cierto orden y más elevada conciencia. ¡Ah si, desde el comienzo, todos los revolucionarios sinceros, toda la prensa socialista,

[1] Para dar una idea del modo de obrar del gobierno en esos meses, citemos algunos de sus procedimientos. Dueño de las usinas eléctricas, interrumpía la corriente casi diariamente, hacia las tres de la mañana, en la línea que servía a la imprenta. De nada valía reclamar. La corriente se restablecía dos o tres horas más tarde, o no se restablecía en todo el día. Así el diario no podía aparecer sino a las 9 ó las 10, cuándo los obreros, ya en el trabajo, no podían adquirirlo. Por otra parte, los vendedores que lo voceaban eran atropellados, echados y a menudo apresados con falaces pretextos. En el correo, hasta el 50% de los ejemplares expedidos era deliberadamente extraviado. Había que luchar continuamente, pues, contra el sabotaje ordenado por las autoridades.

etc., hubiesen concentrado su atención y sus energías a este menester el rumbo de la Revolución habría sido bien otro!

Eso es, precisamente, lo que no se hizo.

"La segunda Revolución"

En el artículo "El nuevo Poder" (Nº 14) se decía:

Donde comienza el Poder allí termina la Revolución. Donde comienza la *organización del Poder* termina la organización de la Revolución. La expresión *poder revolucionario* tiene tanto sentido como *hielo caliente* o *fuego frío.*

Si la Revolución se compromete definitivamente en la vía política, según la receta de la *organización del Poder,* veremos que apenas sea un hecho la primera victoria revolucionaria del pueblo (victoria tan duramente pagada en razón, justamente, de los mismos métodos políticos), nuestra *segunda Revolución* se detendrá. En lugar de una actividad revolucionaria libre y creadora de las masas, actividad indispensable para consolidar y desarrollar esa victoria, asistiremos entonces a un repugnante chalaneo en torno al Poder central, a una organización, absolutamente inútil, del Poder centralizado y, en fin, a una *actividad* absurda de un nuevo Poder de todas las Rusias.

Los soviets y otros organismos locales deberán, entiéndase bien, depender del Soviet central y del gobierno; serán forzados a someterse a la central, a reconocerla. "Todo el Poder para los soviets" será, de hecho, la autoridad central de los lideres del partido. En lugar de una unión natural e independiente de las ciudades y las campiñas libres, construyendo de buena gana la vida económica y social, veremos un centro de Estado fuerte, un poder firme, que prescribirá, ordenará, impondrá, castigará.

Así será o la autoridad no existirá. Pues nada intermedio entre ambas eventualidades es realizable. Hablar de *autonomía local* bajo la vigencia de un poder de Estado ha sido, es y será siempre expresar frases vacías.

Este nuevo poder, en tren de consolidarse, ¿será capaz de dar algo al pueblo? Tratará, sin duda, de otorgarle algo. ¡Pero, trabajadores, despedíos de la Revolución social y del socialismo, de la abolición del sistema capitalista y de vuestra real emancipación, esperáis todo eso de parte del nuevo poder! Porque el nuevo poder, como cualquier otro, no podrá dároslo.

¿Queréis pruebas?

Y tras de acumular hechos probatorios de que el bolchevismo acabará fatalmente por la degeneración y la traición, el artículo concluye:

Esto significa que, a pesar de todo, del bolchevismo al capitalismo, el frente sigue siendo *único* en el fondo, sin interrupción. Tales son las leyes fatales de la lucha *política.*

¿Nos diréis que haréis sentir vuestra protesta, la lucha por vuestros derechos, mediante la sublevación y la actuación en plena independencia?

Muy bien. Pero entonces, sabed que vuestra actividad será declarada *arbitraria, anárquica, que los socialistas en el poder* os acometerán con ese pretexto, con toda la fuerza de su autoridad *socialista,* y, en fin, que *se levantarán* contra vosotros los sectores de la población satisfechos del nuevo gobierno (que *algo* les habrá concedido) y cuantos, hartos de la Revolución, sólo han de experimentar cólera y odio hacia vosotros.

En la lucha contra el zarismo casi todo el país estuvo con vosotros. Ya no estuvisteis tan acompañados en la lucha contra Kerensky. Si ahora consentís que el nuevo poder se consolide, en la nueva lucha que hayáis de entablar contra esta autoridad fortalecida, no seréis, relativamente, sino un puñado. Seréis implacablemente aplastados como *fanáticos* peligrosos, como *anarquistas,* como *bandidos*... Y ni siquiera una piedra le pondrá sobre vuestras tumbas.

En el artículo "De impasse en impasse" (Nº 15, del 6-19-nov.) se lee:

No hay sino un medio de poner la Revolución en el camino recto y justo: Renunciar a la consolidación del Poder político central. Ayudar de seguida a las masas a crear sus organizaciones de clase, fuera de los partidos. Ayudar a estas organizaciones a formar un conjunto armonioso, local y regionalmente, etc., mediante los soviets (consejos) de estas organizaciones, soviets no autoritarios, sino únicamente instrumentos de vinculación y coordinación. Orientar estos organismos hacia el solo fin que importa, el de la progresiva toma de posesión de la producción, el intercambio, las comunicaciones, la distribución, etc. Comenzar así, desde ya, a organizar la vida económica y social del país sobre bases nuevas.

Entonces sí comenzará a verificarse, fácil y naturalmente, la fecunda *imposición del trabajo.* Y el país entero sabrá, poco a poco, hacerse a ella.

Y concluye:

Todo poder es un peligro para la Revolución. Ningún poder podría conducirla a su verdadera finalidad. ¡No es en el laberinto de las combinaciones políticas que ha de hallarse la llave para abrir la puerta prometida del Templo de la victoria!

Un artículo sobre "La organización de la Revolución" (Nº 16, 7-20- nov.) puntualiza:

Los partidos socialistas dicen: Para organizar la revolución es preciso ante todo adueñarse *del poder del Estado* y organizarlo para que, mediante él, toda la economía pase a manos del Estado.

Los *anarquistas* dicen: Para organizar la Revolución es preciso ante todo posesionarse *de la economía* y organizarla. Este medio permitirá eliminar el Poder y el Estado (reconocidos por los socialistas mismos como un mal *inevitable* y temporario).

Posesionarse de la economía significa: poner mano en la agricultura y la industria, la producción, el intercambio y las comunicaciones, etc., para disponer de todos los medios e instrumentos de trabajo y de relación: suelo y subsuelo; usinas, fábricas, talleres y canteras; molinos, elevadores y depósitos; instituciones bancarias y de seguro; ferrocarriles, transportes marítimos y fluviales y todos los medios de comunicación, postales, telegráficos y telefónicos, etc.

Para adueñarse del Poder es preciso un *partido político,* pues de hecho es un partido político el que toma posesión del poder en la persona de sus jefes. Es por tal razón que los socialistas incitan a las masas a organizarse en un partido para sostenerlo en el momento de la lucha por la conquista del poder.

Un partido político no es indispensable, en cambio, para posesionarse de la economía. Lo indispensable, sí, son los organismos de trabajadores, de masas,

organismos independientes y libres de tutela de todo partido político, a los que incumbe, en el momento de la Revolución, la nueva edificación económica y social.

He ahí por qué los anarquistas no constituyen un partido político. Militan directamente en las organizaciones de las masas obreras o, como propagandistas, en agrupaciones y uniones ideológicas.

¿Cómo se debe, cómo se puede organizar sin Poder? ¿Por dónde comenzar? ¿De qué modo proceder?

En varios artículos que alcanzó a publicar antes de su supresión, en la primavera de 1918, el diario dio respuesta, precisa y detallada, a estos interrogantes. (Señalemos artículos como "La guerra", "El hambre" y "La última etapa", del nº 17 (8-21 nov.); "¿Qué hacer?", del nº 19 (18 nov. 1º dic.); "Advertencia", nº 20; "Las tareas inmediatas", nº 21, etc.).

El final del año 1917 había sido muy duro para el pueblo. La guerra no cesaba de agotar y paralizar al país. La situación en el interior se volvía cada vez más trágica. El artículo "¿Qué hacer?" comprueba:

Las condiciones de vida de las masas obreras empeoran día a día; la miseria aumenta. El hambre se hace permanente en los hogares y el frío recrudece. Y el problema sigue sin resolver. Gran número de usinas se paralizan, por falta de medios, de combustible, de materias primas, y cuyos propietarios han huido. Los ferrocarriles se hallan en lamentable estado. La economía del país está enteramente arruinada.

Y continúa:

Se ha creado una situación paradójica:

Arriba, el gobierno *obrero y campesino,* centro investido de todos los poderes y con fuerzas para ejercerlos, del que las masas esperan soluciones. Y el gobierno publica decretos en los que dice bien cuáles deben ser las mejoras (y de añadidura lo que preconiza está muy por debajo de las necesidades), pero, en cuanto a lo esencial: *¿cómo lograrlo?,* responde: "¡La Asamblea Constituyente! ¡Ella resolverá!"

Abajo, todo permanece igual que antes. Las masas mueren de hambre, pero la especulación, el lucro y el repugnante comercio prosperan bajo mano. Las masas están en la miseria, pero los negocios, hasta en sus escaparates, están colmados de ropas, carnes, legumbres, frutas y conservas, y no dudamos de que haya en la ciudad gran cantidad de artículos de primera necesidad. Las masas son pobres, pero los bancos están ricos. Las masas están privadas de alojamiento, por modestos que sean, pero las casas habitables pertenecen aún a los propietarios. Las masas son arrojadas a la calle, las usinas cierran y es imposible reactivar las empresas abandonadas, faltas de capital, de combustible y de materias primas.

El campo tiene necesidad de los productos de la ciudad, y ésta de los productos del campo, pero es tal la situación que resulta casi imposible el intercambio.

Al par que comprobaba este desastre y criticaba la molicie del gobierno bolchevique, la prensa anarquista proponía los medios que juzgaba más rápidos, sencillos y eficaces para salir de él.

Así, en varios artículos ("¿Qué hacer?"; "Advertencia", etc.), el diario sometía a la atención de los trabajadores todo un programa concreto y detallado de medidas urgentes, inmediatas, tales como: requisición *por los organismos obreros* de los productos de primera necesidad y organización de reservas y depósitos de distribución (para remediar el hambre); creación de restaurantes populares; organización metódica de comités de casas (de locatarios), por calles y por barrios (para remediar la insuficiencia de alojamientos e iniciar al par el reemplazo de los propietarios por colectividades de vecinos), lo que entraña la requisición inmediata y progresiva, por los organismos obreros, de las empresas abandonadas por sus propietarios; organización inmediata de los trabajos públicos (para las reparaciones que urgen en ciudades, vías férreas, etc.); confiscación inmediata de una parte de los fondos bancarios para permitir el desenvolvimiento de la nueva producción colectiva; reanudación de relaciones regulares entre las ciudades y el campo, con el cambio de productos entre las organizaciones obreras y los cultivadores; socialización de los ferrocarriles y de todos los medios de comunicación; requisición y socialización de las minas tan rápidamente como sea posible, para atender al aprovisionamiento inmediato, a cargo de las organizaciones obreras, de usinas, ferrocarriles, viviendas, etc.

El gobierno bolchevique estaba bien lejos de considerar tales medidas, que disminuirían necesariamente su papel, relegándolo a segundo plano y demostrando rápidamente su inutilidad, con lo que se llegaría finalmente a pasarse sin él. No podía, pues, admitirlas. No queriendo confiar por nada en las masas, pero no sintiéndose aún lo bastante fuerte para emprender por sí mismo algo efectivo por la vía de la acción política, dejaba ir las cosas, limitándose, mientras, a intentar remedios económicos tímidos e ineficaces. Trataba sobre todo de remediar las necesidades más apremiantes por procedimientos político-policiales y militares: requisiciones desordenadas, arbitrarias y brutales, mediante tropas excitadas por los jefes (lo que, entre otras consecuencias, levantaba a los campesinos contra las ciudades y los apartaba de todo interés por la Revolución), represiones, violencias, etc.

Sin dejar de protestar enérgicamente contra el falso rumbo en que comprometían a la Revolución los bolcheviques y criticar su sistema, los anarquistas fueron los únicos que preconizaron medidas verdaderamente populares y socialistas y, al par, concretas, las que orientarían desde ya, sana y rectamente, hacia la Revolución social. Los bolcheviques, naturalmente, no los escucharon. Y las masas, totalmente acaparadas y subyugadas por ellos, no entendían a los anarquistas ni podían pronunciarse por sí mismas.

A este respecto, me permito transcribir por entero un artículo del *Goloss Truda* (Nº 18, 13-2-1918), relativo a una decisión del gobierno bolchevique sobre la libertad de prensa, en el que se señala claramente la opuesta posición de ambas ideologías ante un problema concreto.

FALSA RUTA – Si se quisiera anotar, día a día, los hechos incontestablemente probatorios de que es imposible realizar la verdadera Revolución social *desde arriba*, habría ya para llenar decenas de columnas del diario... Pero, como hay ahora otros gatos que llevar al agua, reservamos esta

tarea a los laboriosos historiadores futuros de nuestra Revolución. Sin duda, ellos descubrirían en los archivos abundante documentación elocuentemente demostrativa de *cómo no hay que hacer la revolución*. Nosotros tenemos de sobra con repetir, todos los días, que ni la verdadera libertad ni la emancipación verdadera del mundo del trabajo, ni la nueva sociedad ni la cultura nueva, en suma, *ningún valor real del socialismo* puede ser realizado mediante *un aparato de Estado* centralizado, movido por un poder político de partido. ¿No sería tiempo ya de dejar este tema, en la esperanza de que mañana la vida misma hará comprender esta verdad, tan sencilla en el fondo, con perfecta nitidez, a todos los ciegos?

¡Y cuán numerosos son aún estos ciegos!

Hace pocos días hemos leído en una resolución: Aunque la idea del anarquismo sea la mejor, las más bella y la más pura de las ideas, el momento de su realización no ha llegado todavía. Es indispensable, ante todo, consolidar la revolución hecha *(socialista)*. "Estamos persuadidos, concluye la resolución, de que el anarquismo vendrá y triunfará *después del socialismo,"* He ahí la concepción corriente, trivial, del anarquismo.

Para el hombre común el anarquismo es, o bien la bomba y el saqueo, horror y caos, o bien, en el mejor de los casos, un sueño beatífico: el paraíso *después del socialismo*. Porque el hombre común *no conoce* el anarquismo. Juzga por los *se dice*. ¡Es tan ingenuo y crédulo, el pobre!

¡Los autores de la resolución no lo conocen más!

Si se representa el anarquismo como el advenimiento de una época en que se vivirá colmados de esplendideces en un Eldorado, entonces si, su tiempo no ha llegado aún, en el mismo sentido en que tampoco ha llegado el del *socialismo*. Pero si se aborda el problema desde el punto de vista *del encaminamiento* hacia la emancipación, *del proceso mismo* de la lucha por la manumisión (como lo hacen los autores de la resolución), entonces sería absurdo imaginar que, tomando una vía, progresaríamos en el sentido de otra vía. Se deberá, pues, elegir: una u otra.

Ahora bien: el anarquismo no es sólo una *idea*, una *finalidad;* es también un *método*, un *medio* de lucha por la emancipación del hombre. Desde este punto de vista, afirmamos categóricamente que la vía *socialista* (la del socialismo autoritario) *no puede* realizar los fines de la Revolución social ni conducir al socialismo. Sólo el método anarquista puede resolver el problema.

La tesis esencial del anarquismo *como método de lucha* y como vía hacia el verdadero socialismo, es justamente ésta: es imposible llegar al anarquismo, a la libertad, *a través del socialismo, después del socialismo*. No es *a través*, sino precisamente *de través* y *contra* el *socialismo* que se podrá llegar a ello. No se puede realizar el anarquismo de otro modo que marchando directamente al fin, por el directo camino anarquista. Si no, no se llegará jamás a él.

Imposible es realizar la libertad mediante un socialismo estatista. Habiendo partido a la conquista del socialismo por conducto de una revolución desde arriba, los socialistas, en nuestra opinión, se han desviado, han tomado una ruta falsa. Su camino no conduce a Revolución social ni socialismo alguno. O desandan camino para retomar la buena ruta –justa, recta, anarquista–, o se extraviarán y extraviarán a la revolución hasta parar en un callejón sin salida.

He aquí lo que el anarquismo afirma. He aquí por qué lucha contra el *socialismo* actual. He ahí lo que la vida demostrará bien pronto a los más ciegos.

Aunque renunciemos a ocuparnos de los numerosos hechos que refuerzan nuestra convicción, sentimos la necesidad de señalar uno solo, muy reciente y harto chocante.

Acabamos de recibir un ejemplar de "Disposiciones provisorias sobre el modo de edición de todo impreso, periódico o no, en Petrogrado".

Siempre hemos considerado la lucha implacable contra la prensa burguesa corno tarea inmediata de los trabajadores en época de Revolución social.

Supongan los lectores que esta Revolución sigue, desde su iniciación, nuestra vía anarquista: organismos obreros y campesinos son creados y se federan en una organización de clase; toman en sus manos la vida económica y combaten por sí mismos, a su modo, a las fuerzas adversas. Es fácilmente comprensible que la prensa, en tanto instrumento de acción de la burguesía, ha de ser combatida por esos organismos de modo esencialmente diferente al empleado por nuestro gobierno *socialista* para combatir a la prensa *burguesa.* Pero ¿es que esas "Disposiciones provisorias" van dirigidas contra la prensa burguesa?

Léase atentamente los artículos 2 a 8 de esas "Disposiciones"; repárese sobre todo, en el parágrafo "Interdicción y confiscación", y se tendrá la prueba palpable de que, del primero al último de sus artículos, esas "Disposiciones" suprimen, no la prensa burguesa, sino hasta la menor sombra de libertad de prensa en general. Se verá que es un acto típico, institutor de la más rigurosa censura para todas las publicaciones que tengan la desdicha de no complacer al gobierno, cualquiera sea su índole. Y que se establece un cúmulo de formalidades y trabas absolutamente inútiles.

Estamos persuadidos de que la verdadera Revolución de los trabajadores lucharía contra la prensa burguesa con otros métodos y en otras formas. Y que los auténticos militantes y hombres de acción de la Revolución social no habrían recurrido ni recurrirían jamás a una *ley de censura,* típicamente burocrática y autoritaria, ley tendiente a proteger al gobierno contra toda crítica o ataque, *provenga de la derecha* o *de la izquierda,* ley introductora de toda una serie de frenos, trabas y obstrucciones superfluos y bárbaros desde el punto de vista de la libertad de expresión.

Más de una vez hemos dicho que toda ruta tiene sus particularidades. ¡Gloria los dioses!: la *particularidad* en cuestión no afecta, por ahora, sino a Petrogrado, Esperemos que las masas revolucionarias del resto del país se muestren más decididas que nuestra desfalleciente capital y hagan inaplicables en el interior las Disposiciones provisorias. Y esperemos también que, de *provisorias,* no devengan *definitivas.*

Suponían los anarquistas que, hallándose las imprentas y todos los medios de publicación directamente en manos de las organizaciones obreras, éstas se rehusarían –lo que hubiera sido sencillo y normal– a imprimir y editar los escritos contrarrevolucionarios. Ninguna necesidad, pues, en éste como en otros terrenos, de una *acción política* (gubernamental, policial, etc.). ¿Para qué la censura?

Ni que decir que las Disposiciones se extendieron muy rápidamente a todo el país y más tarde sirvieron de base a leyes de prensa que suprimían francamente *toda publicación no gubernamental* (no bolchevique).

En el artículo "Las tareas inmediatas", demasiado largo para trascribirlo, el diario reitera detalladas sugestiones sobre un conjunto de problemas de actualidad. "Organización del aprovisionamiento", "Cómo resolver el problema de la vivienda", "Fábricas y usinas", "Los Bancos", "La ciudad y el Campo", "Materias primas y combustibles", "Los transportes", "Los trabajos públicos": son sus capítulos esenciales,

Varios artículos fueron dedicados, naturalmente, a la cuestión campesina ("La labor campesina", Nº 22 y siguientes), y asimismo numerosos editoriales al problema obrero ("La vía obrera", Nº 7 del cotidiano; "La tarea obrera", Nº 11; "El Congreso obrero", y aindamais). A título de curiosidad me permito, para terminar, otra transcripción, extraída del artículo "Lenin y el Anarquismo" (Nº 5, del 19-dic/1-1-1918):

Los *socialistas,* hinchados de sentimientos de orden, prudencia y circunspección, reprochan continuamente a Lenin su inclinación al anarquismo. Las réplicas del ciudadano Lenin se reducen cada vez a la misma fórmula: "Tened paciencia. Aun no soy *del todo anarquista."*

Los anarquistas atacan al ciudadano Lenin a causa de su debilidad por el dogma marxista. Las réplicas del ciudadano Lenin se limitan también en cada ocasión a lo mismo: "Tened paciencia. Tampoco soy *del todo marxista."*

Nosotros experimentamos el deseo de decir a cuantos se sienten así turbados: No os inquietéis ni esperéis nada. El ciudadano Lenin no es en modo alguno anarquista.

Y después de un breve análisis de la posición de Lenin ante la revolución, el artículo termina:

Lenin tiene razón cuando dice: "Rechazamos el parlamentarismo, la Constituyente, porque la revolución engendró a los soviets,"

Sí, la revolución ha engendrado, no sólo a los soviets, sino, en general, una justa tendencia hacia una organización de clase, fuera de los partidos, apolítica y contraria al Estado. La salud de la revolución depende de esta tendencia. Y el ciudadano Lenin habría tenido razón si hubiera reconocido hace tiempo, en el alba de su juventud, que la verdadera revolución tomaría precisamente este camino. Pero entonces era *marxismo puro.*

¿Y ahora?.. Pues las tendencias cada vez más anarquizantes del pueblo le preocupan. La actitud de las masas ha obligado ya al ciudadano Lenin a dejar el antiguo camino, a ceder y a inclinarse. Sólo deja al Estado, a la autoridad, a la dictadura, por una hora, por un *momento transitorio.* ¿Y después?.. Vendrá el anarquismo, el casi anarquismo, el *anarquismo soviético,* a lo Lenin.

Y los marxistas, atiborrados de método, de prudencia y desconfianza, claman horrorizados: "¿Veis, comprendéis? ¡Es terrible! ¿Es esto marxismo? ¿Es socialismo?". ¿No consideráis, ciudadanos socialistas, lo que dirá el ciudadano Lenin cuando el poder actual se consolide y sea posible no escuchar el clamor del pueblo?

Volverá a su habitual posición y creará un *Estado marxista auténtico.* Y a la hora solemne de la victoria definitiva, os dirá: "Ahora podéis ver que soy de nuevo completamente marxista.

Queda la principal cuestión: ¿No se harán del todo anarquistas las masas antes de que llegue ese feliz momento? ¿No impedirán ellas al ciudadano Lenin volver al *completo marxismo?*

Lamento no poder aportar otros textos del mismo *Goloss Truda*, de *La Anarquía* (de Moscú) y del *Nabate* (de Ucrania), cuyos ejemplares necesarios no tengo a mano, ni he de poder, en las actuales condiciones, procurármelos. Pero puedo asegurar que, con algunas diferencias de matices y de detalles, el contenido de todos ellos sería semejante. Lo transcrito basta, por lo demás, para dar una idea bastante clara de las tesis, la posición y la actividad de los anarquistas en el curso de la revolución.

La Confederación Anarquista de Ucrania, Nabate, suprimida más tarde por el gobierno, consiguió organizar en noviembre de 1918 y abril de 1919, en Koursk y en Elisabethgrad, dos congresos que realizaron considerable trabajo al formular un plan de acción libertaria en toda Ucrania, Sus resoluciones ofrecieron soluciones meditadas a los diversos problemas candentes de la hora.

El período entre octubre de 1917 y fines de 1918 fue significativo y decisivo: *en esos meses se jugó el destino de la Revolución.* Ésta osciló, durante cierto tiempo, entre las dos ideas y los dos métodos. Algunos meses más tarde, estaba y echada la suerte: el gobierno bolchevique logró establecer definitivamente su Estado militar, policiaco, burocrático y capitalista nuevo modelo.

La idea libertaria, que se le interponía cada vez más en su camino, fue ahogada.

Y en cuanto a las vastas masas laboriosas, ellas no tenían suficiente potencia ni bastante conciencia para poder expresar su palabra decisiva

CAPÍTULO V
ALGUNOS EPISODIOS VIVIDOS

Para hacer comprender mejor el carácter particular de esta época, ilustraré el relato con algunas anécdotas personales.

A fin de 1917. en Petrogrado, dos o tres obreros de la antigua destilería de petróleo Nóbel, que empleaba unos 4.000 obreros, se presentaron en nuestra Unión para relatarnos lo que sigue:

Habiendo sido abandonada la fábrica por los propietarios, los obreros habían decidido, después de múltiples reuniones y discusiones, ponerla en actividad colectivamente. Empezaron a hacer gestiones y para ello se dirigieron, entre otros, a *su gobierno* bolchevique, pidiéndole ayuda para realizar el proyecto.

El Comisariado del pueblo del Trabajo les declaró que, desgraciadamente, nada podía hacer en ese momento; no podía procurarles ni combustible, ni materias primas, ni pedidos de clientes, ni medios de transporte, ni fondos de explotación. Como consuelo, se les declaró que el 90 % de las usinas se hallaban en el mismo caso y que el gobierno tomaría prontas medidas generales para la reanudación de sus actividades.

Los obreros se dispusieron entonces a hacer trabajar la destilería por sus propios medios, esperando hallar lo necesario para continuar la producción y asegurar un mercado suficiente.

Pero el comité obrero de la industria fue advertido por el Comisariado de que, habiendo un gran número de empresas en situación análoga, el gobierno había decidido cerrar todos estos establecimientos, despedir a los obreros, pagándoles dos o tres meses de salarios y esperar tiempos mejores.

Los obreros de la Nóbel mostraron su desacuerdo; querían continuar el trabajo y la producción y estaban seguros de conseguirlo. Así lo hicieron saber al gobierno, y éste dio su negativa categórica, declarando que, en tanto gobierno dirigente del conjunto del país y responsable ante él, no podía admitir que cada fábrica actuase a su capricho, lo que conduciría a un caos inextricable; que estaba obligado, por sus funciones, a tomar medidas generales y que para las empresas en la misma situación que la Nóbel la medida no podía ser sino el cierre.

Reunidos en asamblea general, los obreros rechazaron la decisión del gobierno. Entonces, éste les propuso otra nueva reunión general en la que sus representantes explicarían definitivamente el verdadero sentido de la medida y la necesidad de su aplicación general.

Se aceptó este expediente y, por eso, algunos de los obreros vinieron a nuestra Unión para explicamos el conflicto y pedimos el envío a la reunión de un orador que expusiera el criterio de los anarquistas. (Entonces, esto era posible todavía). Los trabajadores de la fábrica, nos decían, quedarían contentos de conocer nuestra opinión y poder comparar las dos tesis y elegir, en consecuencia, la mejor para practicarla.

Fui nombrado delegado y llegué el primero a un inmenso taller, en que se hallaba la mayoría de los obreros. En una plataforma levantada al medio, los miembros del comité se hallaban reunidos alrededor de una mesa, esperando la llegada de los representantes del gobierno. La actitud de la concurrencia era grave, reservada. Subí a la plataforma. Pronto llegaron muy solemnes y muy *oficialmente* con las carpetas flamantes bajo el brazo, los representantes del gobierno, tres o cuatro, con el mismo Chliapnikoff, entonces Comisario del pueblo del Trabajo, a la cabeza, que fue el primero en hablar.

Con tono seco y oficial repitió los términos de la decisión y explicó los motivos que obligaban al gobierno a tomarla. Concluyó afirmando que el acuerdo era irrevocable, sin apelación, y que si los obreros se opusieran a él cometerían un acto de indisciplina cuyas consecuencias podrían ser graves para el país y para ellos mismos.

Silencio glacial acogió su discurso, excepto algunos aplausos bolcheviques.

El presidente declaró que ciertos obreros de la fábrica deseaban conocer también la opinión de los anarquistas y que, hallándose presente un representante de la Unión anarcosindicalista, le daba la palabra.

Me levanté. Los miembros del gobierno, estupefactos, ya que no esperaban esta intervención, me miraban con no disimulada curiosidad, mezclada de ironía, inquietud y despecho.

Lo que sucedió enseguida quedó fielmente grabado en mi memoria, pues fue típico, sugestivo y alentador para mis convicciones.

Yo dije más o menos:

“Camaradas, trabajáis desde hace años aquí y queréis continuar ahora vuestro trabajo libre. Es vuestro perfecto derecho y es, quizá, hasta vuestro

deber. En todo caso, el deber evidente del gobierno, que se dice *vuestro*, consiste en facilitaros la tarea y sosteneros en vuestra resolución. Pero el gobierno acaba de repetiros que se ve en la impotencia de hacerlo y que, por tal razón, cerrará la fábrica y os despedirá, a pesar de vuestra decisión y de vuestros intereses. Declaro, en nombre de la Unión anarcosindicalista, que la impotencia del gobierno (que se dice *vuestro*), no es una razón para privaros de vuestro pan ganado con vuestro esfuerzo."

Una salva de aplausos me interrumpió.

"Al contrario, estos hombres (y los señalé) llámense gobierno o de otro modo, deberían felicitaros por vuestra iniciativa, estimularos y decir como nosotros: Vista la impotencia de las autoridades, no os queda sino un recurso: arreglaros por vosotros mismos con vuestros propios medios. Vuestro gobierno debería deciros que hará todo lo posible para ayudaros tan pronto pueda. Yo no soy miembro del gobierno ni quiero serlo, porque ningún gobierno, ya lo veis, es capaz de hacer lo necesario por vosotros ni organizar la vida en general. Agregaré algo más. Yo os planteo: ¿Tenéis las fuerzas y los medios para intentar la reanudación del trabajo? ¿Podéis triunfar en vuestra iniciativa? ¿Podríais crear en vuestro seno pequeños organismos móviles y activos para procurar combustible, unos; las materias primas, otros; y otros aún para la expedición de los pedidos de la clientela y todo lo demás? Todo depende de esto, camaradas. Si podéis hacer todo esto con éxito, intentadlo, y *vuestro gobierno* no verá inconveniente alguno, sino todo lo contrario. Nosotros, anarquistas, estamos seguros de que los obreros mismos, contando con variadas relaciones en todo el país y conociendo a fondo los elementos esenciales de su trabajo, sabrán resolver el problema más sencilla y rápidamente que el gobierno. Siendo vosotros 4.000, el asunto es más fácil. Estimamos, pues, que debéis crear grupos móviles de hombres capaces, por sus relaciones, sus conocimientos y sus aptitudes, de obrar enérgica y eficazmente. Terminada su tarea, estos organismos dejarían sus funciones, y sus miembros volverían a su trabajo en la fábrica. ¿Qué opináis?"

Aplausos unánimes y prolongados me contestaron. Varias voces clamaban:

"¡Sí, sí! ¡Eso es lo justo! Ya hemos preparado todo lo necesario. Podemos continuar. Hace algunas semanas que nos preocupamos del problema...

"Atención, camaradas –añadí–: no tenéis combustible y el gobierno renuncia a suministrarlo. Sin combustible la destilería no puede marchar. ¿Podéis vosotros mismos obtenerlo?

–"Sí, sí –exclamaban–. Ya somos quince organizados y dispuestos a trasladamos a cierta región, en la que cada uno, entre sus relaciones, encontrará el combustible que necesitamos.

–" ¿Y para traer aquí el combustible?

–"Ya estamos en relación con los ferroviarios, que nos darán los vagones y todo lo necesario. Otro grupo nuestro se ocupa de ello.

–" ¿Y para colocar la producción?

–"No hay dificultad. Conocemos muy bien a la clientela y nos será fácil."

Lancé una mirada sobre Chliapnicoff y sus acompañantes, que dirigían miradas iracundas y golpeaban la mesa con los dedos.

–"Bien, amigos –continúe–; en estas condiciones, nuestra opinión anarquista es sencilla: ¡Manos a la obra! Pero aclaremos que no haréis como patronos capitalistas, ¿no es así? ¿No tomaréis obreros para explotarlos? ¿No os constituiréis en sociedad anónima por acciones?"

Estallaron risas; enseguida algunos obreros expresaron que todo el trabajo se realizaría colectivamente, en perfecto compañerismo, únicamente para poder vivir, El comité velaría por la buena marcha de la empresa. Se repartirían los fondos equitativamente y de común acuerdo. El excedente, si lo hubiese, formaría un fondo de mejoras.

"–Si se cometiesen actos contrarios a la solidaridad de los trabajadores, el gobierno podría entrar a actuar. Pero, de no ser así, que se nos deje hacer y se tenga plena confianza en nosotros.

"–Pues a comenzar –terminé–. Yo os deseo ánimo sostenido y pleno éxito."

Una tempestad de aplausos me respondió. Una extraordinaria animación reemplazó al terror de poco antes. Se aclamaba unánimemente la conclusión y ya nadie se preocupaba de los *representantes del gobierno*, que permanecían inmóviles en sus sillas y con los rostros contraídos,

Chliapnicoff se acercó al oído del presidente, y éste agitó frenéticamente la campanilla hasta que se restableció la calma.

Chliapnicoff habló fríamente, aunque su cólera era evidente, espaciando las palabras y acompañándolas con gestos de comandante militar; declaró que, como miembro del gobierno, nada tenía que modificar, ni añadir, ni retractar, de lo dicho. La decisión del gobierno era definitiva.

"–Vosotros mismos nos habéis llevado al poder –dijo–. Nos habéis confiado voluntaria y libremente los destinos del país. Tenéis, pues, confianza en nosotros y en nuestros actos. Es la clase obrera la que ha querido que nos ocupásemos de sus intereses y, así, nos corresponde conocerlos, comprenderlos y velar por ellos. Es evidente que debemos preocuparnos de los verdaderos intereses generales de la clase obrera y no de los de tal o cual fracción; no podemos actuar, lo comprendería un niño, en interés particular de una empresa separada. Es lógico que elaboremos y establezcamos planes de acción para el conjunto de la población obrera y campesina, los cuales deben salvaguardar el futuro de todo el país. Tomar o tolerar medidas a favor de una colectividad sola, sería ridículo contrario a los intereses generales del pueblo y hasta criminal ante toda la clase trabajadora. Nuestra impotencia para resolver enseguida los diversos complicados problemas actuales es pasajera y explicable por las terribles condiciones presentes, después de todas las desdichas vividas, después del caos de que acabamos de salir. La clase obrera debe comprenderlo y no impacientarse, ya que esta situación no depende de nuestra voluntad, ni ha sido creada por nosotros, y cuyas consecuencias penosas y fatales todos sufrimos. Lo son para todos y por algún tiempo todavía. Los obreros deben amoldarse a ellas como todos, en vez de buscar situaciones privilegiadas para un grupo de trabajadores. Semejante actitud sería esencialmente burguesa, egoísta y desorganizadora. Si algunos obreros, empujados por los anarquistas, pequeños burgueses y desorganizadores por excelencia, no

quieren comprenderlo así, tanto peor para ellos. No tenemos tiempo que perder con los elementos atrasados y sus conductores.”

Y para terminar, añadió con tono agresivo y amenazante:

–”De todos modos, debo prevenir a los obreros de esta fábrica y a los señores anarquistas, estos fracasados y desorganizadores profesionales, que el gobierno nada puede cambiar en las decisiones tomadas a conciencia y que las hará respetar sin titubear. Si los obreros resisten, peor para ellos, pues serán despedidos por la fuerza y sin indemnización. Los más obstinados, los dirigentes, enemigos de la causa general proletaria, se expondrán a consecuencias mucho más graves. ¡Y que los señores anarquistas se guarden! El gobierno no podrá tolerar que se inmiscuyan en asuntos que les son ajenos y que inciten a los honestos trabajadores a desobedecerlo. El gobierno los reprimirá sin contemplación. ¡Que se den por notificados!”

Este discurso fue acogido con extrema reserva.

Después de la reunión, los obreros me rodearon, excitados e indignados, ya que habían comprendido el desafío de Chliapnicoff.

–”Su discurso –decían– ha sido hábil, pero falso. Para nosotros no hay situación privilegiada. Tal interpretación desnaturaliza nuestro pensamiento. El gobierno debe consentir a los obreros y campesinos que actúen libremente en todo el país. Entonces verá que todo se reorganizará de acuerdo con todos y para satisfacción de todos. Y el gobierno tendrá menos preocupaciones, menos trabajo y menos explicaciones que dar.”

En el fondo, siempre eran las dos concepciones que chocaban en un caso típico: la gubernamental-estatista y la social libertaria, cada una con sus argumentos y sus razones. La indignación de los obreros se produjo por las amenazas dirigidas contra ellos y contra los anarquistas.

“–Un gobierno socialista debería recurrir a otros métodos para exponer la verdad” –decían.

En resumen, no se hacían la menor ilusión sobre el resultado del conflicto. Y, en efecto, algunas semanas después, la usina fue clausurada y despedidos los obreros, sin que fuera posible su resistencia por las precauciones de fuerza tomadas por el gobierno *obrero* contra los obreros.

Otro episodio:

En el verano de 1918, después de una permanencia en el frente de la revolución contra la invasión alemana en Ucrania, volví a la pequeña ciudad de Bobrov, departamento de Voroneje, donde residía mi familia.

Los miembros del comité bolchevique local, todos jóvenes, me conocían personalmente, así como mis aptitudes en materia de enseñanza y educación de adultos. Me propusieron organizar el trabajo educativo y cultural en la región, que entonces se denominaba Cultura Proletaria (Prolectul).

Acepté, con dos condiciones: 1ª no tener remuneración alguna, a fin de conservar completa independencia en mis métodos y mi acción; 2ª poder preservar la completa independencia de mi actividad de educador.

El comité aceptó con la confirmación del soviet local.

Recuerdo la primera reunión del nuevo organismo creado. Yo había enviado gran número de invitaciones a organizaciones obreras de la ciudad,

a pueblos vecinos, a intelectuales, etc. A la noche me hallé con unas treinta personas reservadas, desconfiadas, casi hostiles. Comprendí enseguida que esperaban una reunión típica, con un comisario bolchevique de gestos de dictador, con su revólver al cinto, dando órdenes que debían cumplirse al pie de la letra. Esta vez, los asistentes se encontraron con algo totalmente diferente.

Hablándoles amistosamente les hice comprender enseguida que la obra viviría por su propia iniciativa, por su aliento, su voluntad y su energía. Les hice presente que toda intención de mandar, dictar o imponer en cualquier sentido era ajena en absoluto a mi actuación. Y les invité a coadyuvar directamente según sus fuerzas y responsabilidades, para cumplir en la región un buen trabajo educativo y cultural.

Dirigiéndome así a su buena voluntad y a sus capacidades naturales, puntualicé, al par, mi propia tarea de ayuda amistosa y eficaz en el establecimiento de planes y programas, constitución del cuerpo docente, sugestiones y consejos basados en mi experiencia y mis conocimientos. Les esbocé un cuadro sumario de lo que podríamos realizar en nuestra región si comenzábamos a colaborar con entusiasmo. Un cambio de opiniones, completamente libre, siguió a mi introducción, y pude como probar que se suscitó cierto interés entre los concurrentes.

La siguiente reunión contó con unas cien personas, y el ambiente fue más confiado y amistoso.

No obstante, se necesitaron tres o cuatro reuniones para que la frialdad desapareciera definitivamente, dejando lugar a la confianza. A todos pareció interesante la tarea y también realizable. Una gran simpatía se manifestó entre todos y un verdadero entusiasmo animó a algunos.

Comenzó una febril actividad, cuya amplitud y efectos sobrepasaron rápidamente mis previsiones. Decenas de hombres del pueblo, muchos apenas instruidos, se entusiasmaron en la labor y la siguieron con ardor, capacidad, riqueza de ideas y de realizaciones tales, que pronto no me quedó otro quehacer que coordinar sus esfuerzos, o preparar realizaciones más importantes y vastas.

Nuestras reuniones, siempre públicas, a las que cada uno podía, aportar su idea o su esfuerzo, comenzaron a congregar campesinos y campesinas de aldeas bastante alejadas de la ciudad. Se habló de nuestra obra en toda la región. Los días de mercado, nuestras reuniones se colmaban de gente y tenían un aspecto pintoresco.

Pronto, una excelente compañía de teatro popular se dispuso a dar espectáculos ambulantes, elegidos con gusto y método. Se encontraron locales, que se arreglaron para nuestras tareas. Amueblados y reparados, parecían flamantes; los vidrios rotos fueron reemplazados y las provisiones escolares, como cuadernos, plumas, tinta, lápices, etc., fueron conseguidas inmediatamente, no obstante que antes, por su ausencia, retardaban la enseñanza gráfica. Éstos fueron los primeros pasos y después siguió la instalación de la biblioteca con las donaciones de libros y, enseguida, los cursos nocturnos para adultos.

Pero las autoridades locales enviaron su informe a la Central, en Moscú, donde se comprendió al instante que yo actuaba por mi libre entendimiento,

sin preocuparme de las *instrucciones y prescripciones* de arriba; que todos actuábamos libremente sin sometemos a los decretos y las órdenes de Moscú, los cuales, en su mayor parte, no eran aplicables a nuestra región y aun eran ineptos.

Un buen día, empecé a recibir, por conducto del soviet local, grandes paquetes con decretos, prescripciones, reglamentos, órdenes formales y también programas, proyectos, planes y sugestiones, todos fantásticos y a cuál más absurdo. Se me comunicaba atenerme estrictamente a los textos de toda esta papelería estúpida, a esas órdenes imposibles, irrealizables.

Recorrí toda esta *literatura* y continué mi actividad sin preocuparme en lo más mínimo de lo *gubernamental*.

Esto terminó con un ultimátum: o someterme o renunciar. Tomé la última decisión, sabiendo de antemano que una sumisión y una aplicación de las instrucciones de Moscú acabarían por matar la obra iniciada. (Declaro que mi tarea me interesaba por sí misma y que me atenía lealmente a mis deberes profesionales, sin hacer jamás alusión a mis ideas anarquistas. No se trataba en modo alguno de propaganda *subversiva*. Sencillamente, el *Centro* no podía admitir que no se siguiesen ciegamente sus prescripciones).

Eso había terminado. Después de una emocionante reunión de despedida, donde todos comprendían ya que la obra naciente quedaba comprometida, dimití.

Mi sucesor, fiel servidor de Moscú, aplicó al pie de la letra las *instrucciones de la Central*. Al poco tiempo, todos comenzaron a desertar, y el organismo lleno de vida, comenzó rápidamente a decaer hasta que desapareció.

Algunos meses más tarde, esta empresa de *cultura proletaria* caducó lamentablemente en todo el país.

Otro episodio:

Igual que los obreros de la Nóbel, los trabajadores de diversas empresas, en varias regiones industriales, intentaban tomar sus propias iniciativas, sea para hacer trabajar a las fábricas amenazadas de cierre, sea para asegurar y organizar el intercambio con el campo, o bien para vencer una dificultad, mejorar un servicio defectuoso, enderezar una situación tambaleante, reparar los errores y actuar eficazmente. Sistemáticamente, en todas partes, las autoridades bolcheviques impedían toda acción popular independiente, al par que ellas mismas eran frecuentemente incapaces de trabajar útilmente y con oportunidad.

Así, por ejemplo, al mostrarse el soviet de Elisabethgrad, en el Sur, impotente para resolver ciertos problemas económicos locales de gran urgencia y no dejando sus procedimientos burocráticos esperanza alguna de conseguirlo, los obreros de varias usinas (en 1918-1919 aún era posible semejante intento) pidieron a la presidencia de ese soviet la autorización para ocuparse ellos mismos de dichos problemas, crear los organismos apropiados, agrupar en ellos a todos los obreros de la ciudad para asegurar el buen éxito y, en fin, actuar bajo la vigilancia del soviet.

Como siempre, en todas partes, fueron reprendidos y amenazados con sanciones por su actitud *desorganizadora.*

Otro hecho:

Al aproximarse el invierno, varias ciudades carecían de combustible, no sólo para las empresas, sino para la calefacción de las viviendas. En Rusia, las viviendas se calentaban con leña. En los lugares boscosos, muy numerosos, aprovisionarse de combustible en tiempo oportuno, hacia el fin del verano, era cosa muy sencilla. Antes de la revolución, los propietarios de grandes depósitos de leña contrataban a los campesinos de las aldeas vecinas para derribar los árboles y acumularlos en las estaciones o en los mismos depósitos. En Siberia y otras regiones del Norte, con grandes bosques, esta costumbre era general. Terminada la recolección, los campesinos, libres de todo trabajo en los campos, se encargaban de esta labor por reducidos salarios.

Después de la revolución, los soviets de las ciudades, transformados en órganos administrativos por voluntad del gobierno, estaban encargados formalmente del aprovisionamiento necesario. Correspondía a ellos contratar a los campesinos. Y este medio se imponía tanto más cuanto que los propietarios de bosques y depósitos habían desaparecido y los ferrocarriles funcionaban mal.

A causa de la lentitud burocrática, enfermedad general de todas las administraciones oficiales, los soviets no conseguían en parte alguna cumplir oportunamente el compromiso. Llegado el momento propicio, los obreros y los habitantes de las ciudades se ofrecían benévolamente para entenderse con los campesinos y asegurar la provisión de leña. Indefectiblemente, los soviets rehusaban y calificaban la iniciativa de *arbitraria* y *desorganizadora*; pretendían que el aprovisionamiento debía ser hecho por los órganos oficiales del Estado, los soviets, siguiendo un plan general establecido por el gobierno central.

El resultado era que, o bien las ciudades quedaban sin combustible, o bien éste era pagado a un precio fantástico, pues el trabajo se había hecho muy penoso e intransitables los caminos después de septiembre, a causa de las lluvias y el barro.

Frecuentemente, los campesinos rehusaban este trabajo en esa estación, aun con salarios elevados, que tampoco les entusiasmaban al recibir rublos de papel bolchevique. Pero se les obligaba por orden militar.

Podría llenar muchas páginas con ejemplos análogos, pero el lector no tiene sino que variar y multiplicar los que he citado: ¡no superará nunca la realidad!

En todo y por todo el mismo fenómeno de inconcebible caos aparecía en la producción, los transportes, el intercambio, el comercio, etc. El pueblo no tenía derecho alguno a obrar por propia iniciativa, y las administraciones (soviets y otras) estaban siempre en falla.

Las ciudades carecían de pan, carne, leche, legumbres, y el campo de sal, azúcar y productos industriales. La ropa se deterioraba en el almacenamiento de las grandes ciudades y en provincias no había con qué vestirse.

Desorden, incuria, impotencia en todo y todas partes. Pero cuando los interesados querían intervenir para resolver enérgicamente todos estos problemas, el gobierno entendía *gobernar* y no toleraba ninguna intromisión

en su esfera; la menor manifestación de independencia y de iniciativa era acusada de indisciplina y amenazada con severos castigos.

Las más bellas conquistas y las mejores esperanzas se desvanecían. Y lo más trágico era que el pueblo, en general, no comprendía. Dejaba hacer, confiando en su gobierno y en el futuro. El gobierno empleaba su tiempo en erigir una imponente fuerza coercitiva, ciegamente obediente. *Y cuando el pueblo comprendió, ya era demasiado tarde.*

Ahorro comentarios, pues estos episodios confirman efectivamente nuestra idea fundamental de que la verdadera revolución no puede realizarse sino por una actividad *libre* de millones de interesados mismos, del pueblo trabajador. En cuanto un gobierno se entromete y sustituye al pueblo, le quita vida a la revolución, todo se detiene, retrocede, y todo ha de volver a comenzar.

Que no se diga que el pueblo *no quiere actuar* y que se le debe *obligar por la fuerza*. ¡Pura invención! Cuando una gran revolución se realiza, el pueblo no pide sino actuar. Pero necesita ayuda desinteresada de los revolucionarios íntegros, de los hombres instruidos, de los técnicos y especialistas. La verdad es que las castas, los grupos y los hombres ávidos de poder y privilegios, atiborrados de falsas doctrinas y despreciando al pueblo, en el que no tienen la menor confianza, *impiden a éste su actuación* y, en vez de *ayudarlo*, quieren *gobernarlo* y conducirlo, en definitiva, a otra forma de *explotación.* Y para justificar tal engañifa crean la leyenda de su *incapacidad.* En tanto que el pueblo trabajador de todos los países no comprenda el engaño permanente de la política y no impida las aspiraciones reaccionarias de todos esos elementos, todas las revoluciones abortarán y la emancipación real del trabajo seguirá siendo un ensueño irrealizable.

Las masas no comprendían el peligro mortal que se levantaba contra la revolución. No obstante, en las nuevas condiciones creadas por el gobierno bolchevique, las críticas y las ideas de los anarquistas, tendientes a que las masas trabajadoras tuviesen libertad de iniciativa y de acción por sí mismas, encontraban eco creciente en la población.

Entonces el movimiento libertario comenzó a obtener rápidos éxitos y, simultáneamente, el gobierno bolchevique, cada día más inquieto al comprobarlo, se decidió a perseguir al anarquismo amenazante, con el viejo y probado sistema de todos los gobiernos: la represión implacable, doblada en astucia y violencia.

CUARTA PARTE
LA REPRESIÓN

CAPÍTULO I
LOS PREPARATIVOS

Una tarea le resultó plenamente al poder *soviético:* ya en la primavera de 1918 había llevado bastante adelante la organización de sus cuadros gubernativos: policiales, militares y burocráticos. Así la base de la dictadura estaba creada, suficientemente sólida y enteramente sometida a quienes la habían establecido. Se podía contar con ella.

Mediante esas fuerzas de coerción, disciplinadas y ya ciegamente obedientes, el gobierno anuló algunas tentativas de acción independiente, esbozadas en un punto y otro. Mediante esas fuerzas, en rápido aumento, acabó por someter a las masas a su feroz dictadura. Y mediante ellas, cuando estuvo seguro de su obediencia sin reservas y de la pasividad de la mayor parte de la población, se volvió contra los anarquistas.

Durante las jornadas revolucionarias de octubre, la táctica de los bolcheviques frente a los anarquistas se redujo a utilizarlos al máximo como elementos de combate y de *destrucción,* ayudándoles, en la medida necesaria (armas, municiones, etc.), pero vigilándolos de cerca. Pero apenas lograda la victoria y conquistado el poder, el gobierno bolchevique cambió de método. Citemos un ejemplo chocante.

Durante los duros combates de Moscú en octubre 1917, el estado mayor de los *Dvintzi* (regimiento de Dvinsk ya citado) estaba instalado en los locales del soviet de Moscú. En el curso de los acontecimientos, un Comité revolucionario bolchevique se estableció y se proclamó *poder supremo.* Y de seguida, el estado mayor de los *Dvintzi* (conocido como anarquista) fue objeto de la vigilancia, las sospechas y la desconfianza del Comité, que le tendió en torno un cordón de espionaje. Una especie de bloqueo trababa sus movimientos.

El anarquista Gratchoff, comandante del regimiento, veía que los bolcheviques se preocupaban, no de la verdadera Revolución y sus problemas inmediatos, sino únicamente de las rivalidades y la toma del poder. Presentía que ellos acabarían por castrar la Revolución y llevarla a la ruina. Oprimido por profunda angustia, se preguntaba en vano cómo detener a tiempo la mano criminal del nuevo poder, presto a agarrotar la Revolución, y se concertó con algunos camaradas, tan impotentes ¡ay! como él. A falta de otra cosa, tuvo la idea de armar a los trabajadores lo mejor posible. Remitió, a varias fábricas, ametralladoras y municiones, confiando poder preparar a las masas para una eventual revuelta contra los nuevos impostores.

Las autoridades bolcheviques pronto lo llamaron a Nijni-Novgorod, "por asuntos de orden militar", y fue muerto de un tiro, en circunstancias asaz misteriosas, sedicentes accidentales, por un soldado que no sabía aún manejar el fusil. Ciertos indicios nos permiten suponer que fue asesinado

por un mercenario del poder *soviético*. (Las circunstancias de la muerte de Durruti en España, en 1936, recuerdan extrañamente el caso Gratchoff.)

A continuación, todos los regimientos revolucionarios de Petrogrado y Moscú participantes en los combates de octubre, fueron desarmados por las autoridades bolcheviques. En Moscú, el primero en ser desarmado, por la fuerza, fue el de Dvinsk.

Y poco más tarde, en toda la extensión del país, todos los ciudadanos, comprendidos los trabajadores y sus organizaciones, fueron intimados, so pena de muerte, a entregar sus armas a las autoridades militares bolcheviques.

CAPÍTULO II
EL DESATE REPRESOR

En la primavera de 1918, la persecución del gobierno contra los anarquistas asumió carácter general, metódico y decisivo.

Firmada la paz de Brest-Litovsk, el gobierno se sintió lo bastante seguro para emprender una lucha a fondo contra sus adversarios de *izquierda* (S. R. de I. y anarquistas).

Debía obrar con método y prudencia. Ante todo, la prensa comunista emprendió, por orden del gobierno, una campaña de calumnias contra los anarquistas, de progresiva violencia. Y al par se preparaba activamente el terreno en las fábricas, en el ejército y entre el público, con mítines y conferencias. Se tanteaba el espíritu de las masas.

Pronto el gobierno tuvo la certeza de poder contar con sus tropas y de que las masas permanecerían más o menos indiferentes o impotentes. Y en la noche del 12 de abril, con un pretexto tan falso como absurdo, todas las organizaciones anarquistas de Moscú, principalmente la Federación de los Grupos Anarquistas de Moscú, fueron atacadas y saqueadas por fuerzas policiales y militares. Durante algunas horas, la capital adquirió el aspecto de una ciudad en estado de sitio. Hasta la artillería participó en la acción. Esta operación fue la señal para la destrucción de las organizaciones libertarias en casi todas las ciudades importantes del país. Y, como de costumbre, las autoridades provinciales superaron en celo a las de la capital.

Trotzky, que desde hacía dos semanas preparaba el golpe y dirigía personalmente en los regimientos una desatada agitación contra los *anarcobandidos*, tuvo la satisfacción de poder lanzar su famosa frase: “¡Al fin el poder soviético barre de Rusia, con escoba de hierro, al anarquismo!”

¡Eterna y cruel ironía de la historia humana! Quince años después, Stalin empleará la misma fórmula y aplicará la misma *escoba de hierro* al... trotzkismo, con gran indignación de Trotzky.

Yo confieso haber experimentado cierto sentimiento de satisfacción ante esa especie de justicia inmanente.

Sin embargo, esta primera agresión no fue sino un tímido comienzo, un ensayo.

La idea misma del anarquismo no había sido aún declarada fuera de ley. Una cierta libertad de palabra, de prensa o, más bien, de profesión de fe muy restringida, subsistía. Y en un punto y otro algún trabajo libertario era todavía posible. En muy relativa medida, las organizaciones libertarias, pálidas sombras del pasado, se reponían de la *catástrofe* y reanudaban su actividad.

Mientras, el gobierno bolchevique fulminaba al P. S. R. de I., lo mismo que a otras fracciones de Izquierda, maximalistas, etc. No nos extenderemos sobre estas persecuciones, pues no tenían la envergadura ni el mismo interés que la emprendida contra los anarquistas. El duelo entre bolcheviques y socialistas revolucionarios de izquierda se puede considerar como una lucha entre dos partidos políticos por la toma del poder, cosa que ofrece mediocre interés para nosotros.

Observemos, sin embargo, que después de haberse desembarazado, en el gobierno, de algunos miembros del P. S. R. de I., el partido comunista le hizo una guerra sin cuartel. A partir del verano de 1918, aquel partido y sus militantes se hallaron fuera de ley, y bien pronto el primero desapareció y éstos fueron acosados a través de todo el país y suprimidos hasta el último de ellos. La trágica suerte de la desdichada María Spiridonova representa una de las páginas más espantosas de esta bestial represión. Detenida, arrastrada de prisión en prisión, torturada moralmente, y tal vez físicamente, ella ha de haber terminado sus días en alguna celda infecta, si no en una caverna, bajo las balas de *tchekistas* (carezco de informes precisos al respecto). ¡Y cuántos otros militantes del partido, cuyo único *error* fue el de concebir diversamente las tareas y objetivos de la Revolución, han debido sufrir crimen igual!

CAPÍTULO III
EN PLENA FURIA

En 1919-1920, las protestas y los movimientos de obreros y campesinos ya iniciados esporádicamente en 1918, recrudecieron contra los procedimientos monopolizadores y terroristas del poder bolchevique, que respondió, cada vez más implacable y cínico en su despotismo, con represalias de creciente gravedad.

Los anarquistas estaban como siempre en cuerpo y alma, naturalmente, con las masas engañadas y oprimidas, lanzadas a la lucha abierta. Sosteniendo a los obreros, ellos exigían para los trabajadores y sus organizaciones el derecho de manejar la producción por sí mismos, libremente, sin intervención de los políticos. Sosteniendo a los campesinos, reivindicaban para éstos la independencia, la autoadministración, el derecho de tratar libre y directamente con los obreros. En nombre de unos y otros, los anarquistas reclamaban la restitución de lo que los trabajadores habían conquistado por la Revolución, de lo que habían sido privados por el poder *comunista,* especialmente la restauración del *verdadero régimen soviético libre;* el restablecimiento de las libertades políticas para todas las corrientes

revolucionarias, etc. En suma, exigían que se entregaran las conquistas de octubre al pueblo mismo, a las organizaciones obreras y campesinas libres.

Ello significaba, naturalmente, desenmascarar y combatir la política del gobierno. Y, como era de prever, el gobierno bolchevique acabó por hacerles una guerra de exterminio.

Después de la primera operación grande de la primavera de 1918, las persecuciones se sucedieron en forma casi continua, asumiendo un carácter cada vez más brutal y decisivo. Hacia fines de 1918, varias organizaciones libertarias del interior fueron nuevamente saqueadas. A las que se salvaron de ello, las autoridades no les dejaron ya posibilidad de hacer nada.

En 1919, mientras se proseguía la represión en la Gran Rusia, comenzaron las persecuciones en Ucrania. (Por múltiples razones, la dictadura se instaló allí mucho después.) Donde quiera el poder bolchevique hacia pie, los grupos libertarios eran liquidados, arrestados los militantes, suspendidas las publicaciones, destruidas las librerías y prohibidas las conferencias. Todas estas medidas eran tomadas por mera orden policial, militar o administrativa, totalmente arbitraria, sin previa acusación, ni instrucción, ni procedimiento judicial alguno. El modelo fue señalado, una vez por todas, por el procedimiento instaurado en Moscú por Trotzky mismo en la primavera de 1918.

En el verano del mismo 1919, después de la famosa ordenanza Nº 1824 de Trotzky, declarando fuera de ley al movimiento makhnovista (V. libro III, parte II, cap. III), se aprisionó, un poco por todas partes, al par que a los partidarios de Makhno, a los anarquistas en general. Y muy a menudo se les fusiló en el acto, por simple orden de un oficial rojo.

En la mayor parte de los casos, la supresión de las organizaciones libertarias era acompañada por actos de salvaje violencia, de insensato vandalismo, de parte de tchekistas (policías comunistas) y soldados rojos engañados, enervados o sobreexcitados: se brutalizaba a los militantes, hombres y mujeres, como *criminales;* se quemaban los libros, se demolían los locales, etc. Era una verdadera furia de represión.

Al fin del verano de 1919, tuvo lugar en Ucrania una entrada a saco general contra las organizaciones anarquistas. Al finalizar el año no quedaban en Rusia sino restos del movimiento anarquista.

Al comenzar octubre de 1920, necesitado el gobierno del concurso de los guerrilleros de Makhno para combatir a Wrangel, llegó a un acuerdo con aquél, una de cuyas cláusulas establecía que los anarquistas presos o exilados debían recobrar su libertad y tener el derecho de militar abiertamente en Rusia y Ucrania. Aunque retardando, naturalmente, la aplicación de esta cláusula, los bolcheviques debieron, sin embargo, interrumpir las persecuciones y dejar en libertad a algunos militantes. Pero apenas vencido Wrangel el gobierno atacó traidoramente a Makhno y demolió nuevamente el movimiento libertario en Ucrania.

He aquí cómo:

A fines de noviembre de 1920, recién vencido Wrangel el gobierno hizo arrestar en Kharkov anarquistas de todas partes concurrentes a un Congreso legal y al par atacó de nuevo a los libertarios en Kharkov y a través de toda Ucrania, llevando a cabo una verdadera caza, con batidas y emboscadas, apresando hasta a jóvenes de 14 a 16 años, tomando en rehén a padres, mujeres y niños... como si quisiera vengarse de la reciente concesión forzada y recuperar el tiempo perdido, procurando, esta vez, exterminar *la ralea anarquista* hasta en los niños.

Para justificar esta innoble *acción*, el gobierno pretextó su ruptura con Makhno con una imaginaria traición de éste, inventando un fantástico “gran complot anarquista contra el poder soviético”.

La pequeña historia de este complot es asaz picante y merece ser relatada.

Días antes de la victoria decisiva sobre Wrangel, cuando su derrota no dejaba lugar a dudas, la estación central de emisiones radiofónicas de Moscú prescribió a todas las estaciones del interior interrumpir sus recepciones, a causa de un telegrama urgente y absolutamente secreto de Lenin, que debía ser exclusivamente captado por las dos estaciones centrales: la de Kharkov y la de Crimea. Un simpatizante libertario en servicio en una estación del interior no cumplió la orden y captó el siguiente telegrama:

“*Establecer efectivos anarquistas Ucrania particularmente región makhnovista.* LENIN.”

Algunos días más tarde se cursó, en las mismas condiciones, este otro:

“*Vigilar activamente todos anarquistas. Preparar documentos, si es posible de carácter criminal para poder someterlos a acusación. Mantener en secreto orden y documentos. Distribuir instrucciones necesarias.* LENIN.”

Y a los pocos días se lanzó el tercero y último telegrama:

“*Arrestar a todos los anarquistas e incriminarlos.* LENIN.”

Todos estos telegramas eran dirigidos a Rakovsky, presidente entonces del Consejo de Comisarios del pueblo de Ucrania, y a otras autoridades civiles y militares.

Al recibo del tercer telegrama, el simpatizante puso en alerta a un camarada anarquista, quien partió de prisa para Kharkov para advertir a los compañeros. Llegó demasiado tarde: el acto había sido consumado ya. Casi todos los anarquistas de Kharkov y los concurrentes al Congreso se hallaban en prisión. Sus locales estaban clausurados.

Tal fue el complot de los anarquistas ucranianos contra el poder soviético.

Señalemos que en el momento del acuerdo entre el gobierno y Makhno, la delegación makhnovista había fijado oficialmente el número de personas, presas o exiladas, que debían ser liberadas, eran más de 200.000, en su mayor parte campesinos apresados en masa como simpatizantes con el movimiento makhnovista. No sabemos cuántos anarquistas conscientes había entre ellos. Y no sabremos jamás cuántos, en esa época, fueron fusilados o desaparecieron, sin dejar rastro, en las numerosas prisiones locales, a menudo secretas y desconocidas por la población.

En ocasión del movimiento de Cronstadt, en marzo de 1921 (V. libro III), el gobierno bolchevique procedió a nuevos arrestos en masa de anarquistas. Organizó en toda regla otra caza al hombre a través del país, tratando de echar mano a los últimos militantes que osaban aún levantar la voz. Pues, a pesar de todas las mentiras propaladas por el poder soviético en el interior y

el exterior, la revuelta de Cronstadt y los movimientos que lo acompañaron estaban fuertemente impregnados de espíritu libertario.

Todo movimiento de masas: huelga obrera, protesta de campesinos o acto de descontento de marinos o soldados, repercutía invariablemente sobre la suerte de los anarquistas. A menudo, se metía en prisión a personas que no tenían con los libertarios sino cierta comunidad de ideas, parentesco o vagas relaciones de amistad. Admitir abiertamente el punto de vista anarquista bastaba para ser puesto en prisión, de donde no se salía sino difícilmente o, por lo general, jamás.

En 1919 y 1921, los círculos de las juventudes Anarquistas fueron brutalmente suprimidos. Estas juventudes únicamente se ocupaban en instruirse y estudiar, en común, la doctrina anarquista con que simpatizaban. La acción bolchevique sólo obedeció al deseo de quitarles del todo a los jóvenes las ganas de conocer las ideas libertarias. Sólo quedó admitido el dogma marxista.

En el verano de 1921, la prensa soviética misma (cosa rara, sólo explicable por la intención de poner a la juventud en guardia y de quitarle toda tentación) informó que en los alrededores de Jmérinka, pequeña ciudad ucraniana, habían sido “descubiertos y liquidados” –es decir, fusilados– de 30 a 40 anarquistas establecidos en esa localidad, con ramificaciones en otras ciudades meridionales. Jamás se pudo conocer el nombre de los que así murieron. Pero se puede expresar que, entre los fusilados, figuraban algunos de los mejores militantes de la juventud libertaria.

Hacia la misma época, y aún según la misma prensa bolchevique, fueron apresados y en parte fusilados, en Odesa, los miembros de un grupo anarquista muy importante y activo que hacía propaganda en los medios e instituciones bolcheviques (aun en el soviet de Odesa y en el Comité local del partido). Esto constituía, según dicha prensa, un crimen de *alta traición.*

Según datos oficiales, hasta fines de 1922 habían sido fusilados 92 anarquistas tolstoianos (pacifistas integrales), principalmente por haberse negado a servir en el ejército. Muchísimos tolstoianos languidecían en prisión.

Uno de estos valerosos pacifistas se encontró cara a cara, en el local de la Tcheka, con el famoso verdugo Peters. Acababa, cosa rara, de ser puesto en libertad. Mientras aguardaba su turno, se quitaba los parásitos de su barba hirsuta y los arrojaba al suelo. (En esa época, a los piojos se les llamaba tiernamente *sémachki,* por M. Sémachki, comisario del pueblo en Salud Pública: ironía cruel, pero sugestiva.)

“–¿Por qué los arroja en lugar de matarlos? –preguntó Peters asombrado.

“–Yo jamás mato a seres vivientes –fue la respuesta.

“–¡Oh! –exclamó Peters divertido–. ¡Qué gracioso! ¿Conque usted se deja devorar por piojos, chinches y pulgas? Sí que estará usted picado, amigo mío, por excesivo miramiento. Pues yo he suprimido a algunos centenares de hombres –bandidos, se entiende– y ello no me ha afectado en nada.”

Y no dejaba de mirar curiosamente al apacible tolstoiano, tomándolo de seguro por un loco tranquilo.

Podría seguir largamente el relato de este martirologio. Podría citar centenares de casos en que se atraía a las víctimas a celadas, para fusilarlas, sea tras de *interrogatorio* y tortura, sea en el acto, a menudo en un campo, en el linde de un bosque, o sacándolos de un vagón detenido en una estación perdida.

Podría citar centenares de casos de requisiciones y arrestos innobles y brutales, acompañados de violencia y vejaciones de toda clase[1].

Podría dar extensas listas de nombres de libertarios, a menudo muy jóvenes, metidos en prisión o exilados en regiones malsanas, donde perecieron tras lentos y terribles sufrimientos.

Podría relatar casos sublevantes de represión individual en base a soplonería desvergonzada, cínica traición o repugnante provocación. Casos cuyas víctimas no tenían, lo más a menudo, otra culpa que la de querer pensar libremente y no ocultar su pensamiento.

Se suprimía a hombres tan sólo por ser portadores de una idea, si ésta no era exactamente la del gobierno. Se trataba de suprimir la idea misma, aplastar todo pensamiento independiente... y aun, muy a menudo también, se eliminaba a hombres que sabían y podían revelar ciertas verdades[2].

Me limitaré a algunos ejemplos individuales, particularmente odiosos. (Tendremos ocasión de volver sobre el tema en la parte I del libro III, sobre la revuelta de Cronstadt, y en la parte II del mismo libro, sobre el movimiento makhnovista.)

CAPÍTULO IV
EL CASO LEÓN TCHORNY Y FANNY BARON

En julio de 1921, trece anarquistas detenidos, sin causa, en la prisión Taganka (Moscú), hicieron huelga de hambre, exigiendo su procesamiento o su libertad. La huelga coincidió con las sesiones del Congreso Internacional de los Sindicatos rojos (Profintern) en Moscú. Un grupo de delegados sindicalistas extranjeros, sobre todo franceses, interpeló al gobierno sobre esa huelga, de que se habían enterado, con muchos detalles, por conducto de familiares de los detenidos. La interpelación condujo a otros casos análogos y aun al conjunto de la política de represión frente a sindicalistas y anarquistas.

En nombre del gobierno, Trotzky tuvo el cinismo de responder a los delegados: “Nosotros no encarcelamos a los verdaderos anarquistas. Los que mantenemos en prisión no son anarquistas, sino criminales y bandidos, que simulan ser anarquistas.”

Los delegados, bien informados, no se dieron por vencidos. Plantearon la interpelación desde la tribuna del Congreso, reclamando por lo menos la libertad de los anarquistas recluidos en Taganka... La interpelación provocó en el Congreso gran escándalo y obligó al gobierno, que temía revelaciones

[1] El autor fue de los que sufrieron tales violencias.

[2] Ver, para esto, ciertas publicaciones libertarias: *La Répression de l'anarchisme en Russie soviétique* y el *Bulletin du Comité de Secours,* entre otras.

más graves en caso de insistencia, a abandonar su presa. Prometió, pues, liberar a los presos de Taganka. La huelga cesó al undécimo día.

Después de la partida de los delegados y de haber dejado arrastrarse el asunto durante dos meses, en cuyo transcurso buscó un pretexto suficiente para poder acusar por algún grave delito a los detenidos, en prisión siempre, y desembarazarse de su promesa, el gobierno se vio forzado a liberarlos, en septiembre de 1921, Y los expulsó de Rusia a todos, menos tres.

Pero, para vengarse (la venganza era elemento constante en la represión bolchevique) y sobre todo para justificar ante los trabajadores extranjeros y sus delegados sus procedimientos terroristas con los "sedicentes libertarios", maquinó poco más tarde un proceso tan grande como falso contra ellos.

Por presuntos actos criminales, sobre todo por una pretendida falsificación de billetes de banco soviéticos, hizo fusilar (naturalmente, en secreto, de noche, en una de las cavernas de la Tcheka, sin sombra siquiera de procedimiento judicial) a algunos anarquistas de los más honestos, sinceros y abnegados: la joven Fanny Baron (cuyo marido estaba preso), el bien conocido militante León Tchorny (llamado realmente Tourtchaninoff) y otros.

Ha sido probado más tarde que ninguno de los libertarios fusilados tenia relación con los delitos en cuestión.

Y ha sido probado, por otra parte, que la pretendida falsificación habla sido enteramente montada por la Tcheka misma. Dos de sus agentes: Steiner (llamado Kameny) y un chofer se habían introducido en el ambiente anarquista y al par vinculado a elementos criminales, para poder *comprobar* la vinculación entre ambos ambientes y combinar la *maquinación.* Todo bajo la dirección de la Tcheka y la complicidad de sus agentes. Reunidas las apariencias indispensables, le montó el asunto y se hizo público.

De este modo, para justificar sus crímenes mediante otro crimen, el gobierno sacrificó a algunos anarquistas más e intentó mancillar su memoria.

CAPÍTULO V
EL CASO LEFÈVRE, VERGEAT Y LEPETIT

Eran, los tres, delegados al Congreso de la Internacional Comunista que se realizó en Moscú en el verano de 1920.

Raymond Lefèvre, con todo ser miembro del partido comunista, manifestó en varias ocasiones sus penosos sentimientos al advertir perfectamente la falsa ruta en que estaban empeñados sus camaradas de ideas. En cuanto a Vergeat y Lepetit, ambos anarcosindicalistas, expresaban abiertamente su cólera y no escatimaban críticas al estado de cosas reinante en Rusia. Más de una vez Lepetit, la cabeza entre las manos, hubo de decir pensando en el informe que debería presentar a sus camaradas sindicalistas franceses: "Pero, ¿qué puedo realmente decirles?

Terminado el Congreso, trabajaron varios días y noches en la recopilación de sus notas y documentos. Los actos de presión sobre ellos comenzaron cuando, próximo su regreso a Francia, los tres se rehusaron a entregar sus legajos a los funcionarios soviéticos que se decían encargados de la remisión

de los documentos a destino. Y Lefèvre se negó hasta a confiar sus notas y papeles a los miembros rusos de su partido. Los políticos rusos decidieron entonces sabotear su partida.

Con pretextos falaces, no se les dejó tomar la ruta normal que habían seguido Cachin y otros delegados comunistas. Por misteriosas razones, el gobierno decidió "hacerlos partir por el Norte".

Celosos del cumplimiento de su misión y creyéndose suficientemente protegidos por la compañía del comunista Lefèvre, los dos anarcosindicalistas estaban decididos a todo con tal de llegar a tiempo a Francia para intervenir en el Congreso confederal al que debían presentar sus informes.

Su calvario comenzó con el largo y penoso viaje de Moscú a Mourmansk, puerto del extremo norte, sobre el Océano Glacial, que realizaron en crueles condiciones. "Se nos sabotea", decía con razón Lepetit. En el tren, sufriendo el intenso frío, sin ropas de abrigo ni víveres, reclamaron lo indispensable de los tchekistas que acompañaban el convoy. Por más que adujeran su condición de delegados, no obtenían sino esta respuesta: "Ignoramos completamente que haya delegados en el tren. No hemos recibido orden alguna al respecto." Y sólo a instancias reiteradas de Lefèvre se les dió algunos alimentos. Así, sufriendo excesivas privaciones y sobrellevando las peores dificultades, llegaron finalmente a Mourmansk. Se refugiaron en viviendas de pescadores y esperaron el cumplimiento de las promesas de Moscú, esto es, la llegada del barco que habría de trasladar los a Suecia.

Pasaron así tres semanas, en la inquietud y el asombro de no ver arribar el prometido barco. Y su esperanza de llegar a tiempo a Francia para cumplir cabalmente su misión, empezaba a desvanecerse. Lefèvre escribió entonces una carta a un amigo de Moscú. No recibiendo respuesta, escribió otra, y luego una tercera, siempre sin resultado. Después se supo que esas cartas habían sido remitidas a Trotzky, quien las confiscó.

En su última carta, Lefèvre describía el patético cuadro de su situación y anunciaba su desesperada resolución de atravesar el Océano Glacial en una barca de pescadores para salir del país de los soviets. "Iremos a la muerte", escribió.

Se reunió el dinero necesario para la compra de la barca. Y, a pesar de las súplicas de algunos compañeros y de los pescadores de la costa, los tres se embarcaron y partieron... a la muerte, como bien dijera Raymond Lefèvre. Porque nunca más se supo de ellos.

Una prueba palpable de este asesinato combinado fríamente en Moscú, no la hay, es cierto. (O quienes pueden suministrarla guardan silencio, por razones fáciles de comprender.) Los bolcheviques niegan, naturalmente. Pero, ¿se puede dudar si se conoce la actitud firme e intransigente de Vergeat y de Lepetit en Rusia, los habituales procedimientos del gobierno bolchevique y las presiones y trabas que ellos sufrieron para su regreso, cuando Cachin y otros delegados comunistas pudieron por la misma época hacer el viaje de retorno sin impedimento alguno y llegar a tiempo para repetir a los congresistas de Tours la lección aprendida en Moscú?...

Hemos relatado fielmente los auténticos hechos, que acabaron por ser conocidos en Rusia. Estimamos que ellos hablan asaz elocuentemente por sí mismos. Juzgue el lector.

CAPÍTULO VI
UN EPISODIO VIVIDO

Permítase referir aquí mi caso personal, menos trágico, pero que pone bien de relieve ciertos procedimientos del bolchevismo dignos de ser inscriptos entre las grandes hazañas del comunismo estatista. Pues este caso está bien lejos de ser el único, en la época de que hablo. (Después, su reproducción no fue ya posible en un país enteramente sometido a sus nuevos amos.)

En noviembre de 1918 yo llegué a la ciudad de Koursk, en los confines de Ucrania, para asistir a un Congreso de libertarios de la región. En esa época era aún posible tal Congreso en la vecindad de Ucrania, a causa del estado de la región en lucha contra la reacción y la invasión alemana. Los bolcheviques toleraban allí a los anarquistas, por series útiles y sin dejar de vigilarlos.

Desde el comienzo de la Revolución, la población laboriosa de Koursk no había escuchado todavía una conferencia sobre anarquismo, por no disponer el pequeño grupo local de lo necesario y estar por lo general ocupados en otros lugares los poco numerosos oradores. Aprovechando mi presencia, el grupo me propuso realizar una conferencia sobre el anarquismo en un gran local de la ciudad. Acepté con alegría, naturalmente,

Era menester pedir autorización al presidente del soviet local. Éste, ex obrero, nos la concedió sin dificultad. Obtenido el precioso documento, se contrató la sala dos semanas antes, para una noche de la semana dé Navidad. Se hizo confeccionar grandes y hermosos carteles y pocos días antes se fijaron en las paredes. Todo estaba listo. La conferencia prometía ser un gran éxito. Ciertos indicios: el creciente rumor público, los frecuentes grupos formados ante los carteles, los pedidos de informe en el local del grupo anarquista, etc., no dejaban lugar a duda. La gran sala resultaría seguramente insuficiente. Poco habituados a semejantes éxitos (ya por esa época en la Gran Rusia no era posible una conferencia pública sobre anarquismo), experimentamos legítima satisfacción.

Dos días antes de la fecha fijada, el secretario de nuestro grupo vino a verme, conmovido e indignado: acababa de recibir una nota del presidente del comité bolchevique de Koursk (el verdadero poder) informándole que, a causa de los días de fiesta, la conferencia anarquista no podría realizarse, de lo que había sido notificado el responsable de la sala, la cual estaba reservada ahora para el Comité para un baile popular.

Me precipité a la sede del Comité comunista, donde tuve una explicación borrascosa con el presidente, llamado, si no recuerdo mal, Rynditch o Ryndini.

"–¡Cómo! –le dije–. Usted, comunista, ¿no respeta el derecho de prioridad? Hemos obtenido la autorización del soviet y contratado la sala con dos semanas de anticipación, precisamente para estar bien seguros. Al Comité no le queda sino esperar turno.

"–Lamento, camarada, pero la decisión del Comité, que es, no lo olvide, el poder supremo y, como tal, puede tener razones que usted ignora y que priman sobre todo, es irrevocable. Ni el presidente del soviet ni el responsable de la sala podían saber anticipadamente que el Comité

necesitaría la sala en esa fecha precisamente. Por lo demás, es absolutamente inútil discutir o insistir. Se lo repito: es cosa irrevocable; la conferencia no se realizará... O, si no, háganla en otra sala o para otra fecha.

"–Usted bien sabe que no es posible arreglar eso en dos días. Además, no hay otra sala de esa capacidad. Y todas han de estar ya comprometidas. La conferencia ha sido frustrada, eso es lo cierto.

"–Lo lamento. Postérguenla. Después de todo, la cosa puede arreglarse.

"–¡Oh, pero no será lo mismo! Esas modificaciones resultan siempre contraproducentes. Y los carteles cuestan caro. Y, sobre todo, yo debo irme en esos días. Pero... dígame: ¿cómo piensa arreglarse el día de la conferencia? Estimo que os expondréis a la resistencia del público, que por cierto acudirá en gran número a la conferencia. Hace varios días que los carteles anunciadores han sido fijados. Los obreros de la ciudad y los alrededores esperan con impaciencia. Es demasiado tarde para imprimir y difundir la rectificación del anuncio. Y no os reportará nada bueno el imponer un baile en vez de conferencia a la multitud que venga a escucharla.

"–¡Eso no es cosa suya! No se preocupe usted; eso corre por cuenta nuestra.

"–Por lo tanto, la conferencia ha sido prohibida por el Comité, a pesar de la autorización del soviet.

"–¡No, no, camarada! Nosotros no prohibimos nada. Fijen fecha para después de las fiestas, y nosotros mismos nos encargaremos de notificar al público que acuda."

Sobre eso, nos separamos. Me concerté con los miembros del grupo y resolvimos aplazar la conferencia para el 5 de enero, pasando notificación al comité bolchevique y al responsable de la sala. La postergación me obligaba a aplazar mi partida para Ucrania.

Encargamos nuevos carteles. Además, decidimos dejar a las autoridades bolcheviques que se las arreglaran con el público que asistiera al postergado acto, y que yo, por si acaso, permaneciera a la espera en mi alojamiento. Pues suponíamos que el numerosísimo público exigiría la conferencia a pesar de todo y que los bolcheviques podrían, finalmente, verse forzados a ceder. Llegado el caso, el secretario del grupo anarquista me avisaría.

Yo me esperaba un gran escándalo; acaso una grave colisión. La conferencia estaba anunciaba para las 20 horas. Hacia las 20 y media, se me llamó por teléfono. Reconocí la emocionada voz del secretario: "Camarada: la sala está literalmente sitiada por una multitud que exige la conferencia. Los bolcheviques nada pueden hacer por convencerla y deberán ceder. Véngase al punto."

Tomé un coche. De lejos se oía el extraordinario clamor de la multitud que, al llegar, pude ver estacionada en forma compacta en torno a la sala, gritando iracunda: "¡Al diablo el baile!... ¡Queremos la conferencia!... ¡Hemos venido por la conferencia!... ¡CONFERENCIA! ¡CONFERENCIA!

El secretario vino a mi encuentro. Difícilmente nos abrimos paso al interior, colmado a más no poder. En lo alto de la escalera encontré a Rynditch, en actitud de arengar a la multitud, abajo, que no dejaba de gritar: ¡Conferencia! ¡Conferencia!

"–Ha hecho bien en venir –me espetó el hombre, muy colérico–. Ya ve lo que pasa. ¡Eso es obra vuestra¡

"–Yo sé lo previne –le respondí indignado–. Usted es el responsable de todo. A usted le corresponde arreglar la cosa. Vamos. Arréglese como pueda. Lo mejor y más sencillo sería permitir la conferencia.

"–No, no y no! –gritó furioso–. La conferencia no se hará, se lo aseguro."

Yo levanté los hombros. Y él bruscamente me dijo:

"–Escuche, camarada. No quieren atenderme. Y yo no quisiera recurrir a medidas graves. Usted puede arreglar las cosas. Le escucharán. Explíqueles la situación y persuádalos a irse tranquilamente. Hágales comprender la razón y que la conferencia sólo ha sido aplazada. Usted tiene el deber de hacer lo que le pido."

Convencido de que la conferencia no se realizaría nunca, de no serlo en esa ocasión, pues sería definitivamente prohibida y tal vez yo mismo arrestado, me negué categóricamente:

"¡–No, yo no hablaré. ¡Usted lo ha querido! ¡Arréglese, pues!

Vista nuestra disputa, los gritos de la multitud subían de punto. Rynditch trató en vano de gritar algo. La multitud se sentía fuerte, alegre, divertida, llenando la escalera y los vanos, ocupando todos los accesos a la sala, cuyas puertas estaban cerradas. Con gestos desesperados, Rynditch apeló de nuevo mi ayuda:

"–¡Hábleles, hábleles, pues! ¡Si no, esto acabará mal!"

Se me ocurrió algo. Hice señas a la multitud y pronto reinó el silencio. Entonces, pausadamente, buscando las palabras, dije:

"–¡Camaradas! La responsabilidad de esta lamentable confusión incumbe al Comité bolchevique. Nosotros nos anticipamos a comprometer la sala dos semanas antes. Hace apenas dos días, el Comité, sin previo acuerdo con nosotros, tomó para sí la sala para organizar un baile. *(Gritos potentes: ¡Abajo el baile! ¡La conferencia!)* Y nos ha obligado a postergar nuestra conferencia. Yo soy el orador designado y estoy presto a dar la conferencia ahora mismo. Los bolcheviques la prohíben formalmente para esta noche. Pero es a *vosotros,* habitantes de esta ciudad; a *vosotros,* que constituís el público, a quienes corresponde decidir. Yo estoy a vuestra disposición. Elegid, camaradas: o aplazamos la conferencia, y en este caso debéis retiraros tranquilamente para volver el 5 de enero, o bien, si queréis la conferencia ahora mismo y estáis realmente decididos, ¡*obrad,* apoderaos de la sala!"

La multitud, alborozada, aplaudía y gritaba: "¡Conferencia ya mismo! ¡Conferencia! ¡Conferencia!" Y en irresistible impulso, se dirigió a la sala. Rynditch estaba vencido. Se hizo abrir la puerta, que habría sido volteada, y se encendieron las luces. El público, en calma, tomaba ubicación. Iba a iniciar la conferencia cuando Rinditch subió al escenario y se dirigió al público:

"–¡Ciudadanos, camaradas! Paciencia por unos minutos. El Comité bolchevique se reunirá al punto y tomara una decisión definitiva, que inmediatamente os comunicaremos. Probablemente, el baile no se realizará..."

Aplausos y risas. Los bolcheviques se reunieron. Se cerraron las puertas de la sala. Se esperaba pacientemente la decisión, generalizándose la suposición de que toda esta comedia de los bolcheviques era por salvar las formas. Pasó un cuarto de hora...

Brutalmente se abrió la puerta y penetró en la sala un numeroso destacamento de soldados tchekistas, fusil en mano. El público, estupefacto, permaneció en su lugar. En impresionante silencio, deslizándose a lo largo de los muros, detrás de las hileras de asientos, los soldados ocuparon la sala. Desde la puerta, un grupo de ellos apuntaba sus fusiles contra el público.

(Se supo después que el Comité bolchevique se había dirigido primeramente al cuartel de la ciudad, pidiendo la intervención de un regimiento. Los soldados quisieron explicaciones –entonces eso era posible aún–, declararon que ellos mismos quisieran asistir a la conferencia y se rehusaron. Por eso se recurrió a los tchekistas, que a nada le hacían asco.)

Enseguida reaparecieron los miembros del comité, Rynditch subió al escenario y dijo en tono triunfante:

"–Y bien. He aquí la decisión del comité: El baile no se realizará. La conferencia tampoco. Por lo demás, ya es tarde para la una como para el otro. Invito al público a abandonar la sala y el edificio en perfecto orden; si no, intervendrán los tchekistas."

Indignada, pero impotente, la gente comenzó a retirarse. "Con todo, murmuraban algunos, les fracasó el baile!... ¡No está mal!"

Otra sorpresa les esperaba a la salida: dos tchekistas armados los cacheaban y controlaban los documentos de identidad. Varios fueron arrestados, recobrando una parte de ellos la libertad al día siguiente; los demás quedaron en prisión.

Yo volví al hotel. A la mañana siguiente me llamó por teléfono Rynditch:

"–Camarada Volin, venga a verme al comité. He de hablarle respecto a su conferencia.

"–Es para el 5 de enero –le respondí–. Se han encargado ya los carteles. ¿Ve algún inconveniente?

"–No, pero venga lo mismo, que he de hablarle:"

Me recibió un bolchevique, que me dijo, amable y sonriente:

"–Vea, camarada. El comité decidió que su conferencia no se realice. Usted mismo es responsable de ello, porque su actitud, ayer, fue hostil y arrogante. Y ha decidido también que no permanezca más en Koursk. Por el momento, se quedará aquí.

"–¿Estoy, pues, detenido?

"–No, no, camarada. No lo arrestamos. Sólo está *retenido aquí* por varias horas, hasta la partida del tren para Moscú.

"–¿Para Moscú? –grité–. ¡Pero si nada tengo que hacer en Moscú! Ya tengo billete para Kharkov, donde he de llegar antes del Congreso. Me esperan mis amigos y trabajo.".

Tras corta deliberación con sus camaradas, el hombre me dijo:

–"Puede irse a Kharkov. Pero el tren parte recién a la una de la mañana. Deberá quedarse aquí casi un día entero.

"–¿Podría ir al hotel en busca de mis cosas?

"–No, camarada. No podemos permitírselo.

"–Le prometo ir directamente al hotel por mis cosas. Y alguien podría acompañarme.

"–Eso no es posible, camarada; lo lamentamos. Pueden verlo y divulgarse. Queremos evitarlo. La orden es formal. Dé sus indicaciones a uno de nuestros camaradas; él se encargará de traer lo que sea."

Un tchekista armado montaba guardia ante la puerta. No había nada que hacer... Un *camarada* trajo mis cosas. Otro, hacia media noche, me llevó en coche a la estación y asistió a mi partida.

Este imprevisto viaje se realizó en condiciones tan penosas, que en el viaje caí enfermo. Y evité una congestión pulmonar sólo gracias a un compañero de viaje que me hizo hospedar en casa de sus amigos en Soumy, pequeña ciudad de Ucrania. Me atendió un médico y a los pocos días me encontraba en Kharkov.

A mi llegada escribí para nuestro semanario local, *Nabate* –prohibido poco después por las autoridades bolcheviques por la sola razón de su gran éxito– un artículo titulado "Historia de una conferencia bajo la dictadura del proletariado", en el que hice el relato de esta sabrosa aventura.

CAPÍTULO VII
LA NOTA FINAL

Después de todo lo dicho sobre el socialismo de Estado y su fatal evolución, se comprenderá fácilmente las razones del conflicto irreductible de aquél con la idea libertaria.

No hay nada inesperado ni sorprendente en que el poder socialista persiga al anarquismo y a sus militantes. El hecho ya había sido previsto por los anarquistas, entre ellos Bakunin, mucho antes de la revolución, si ésta se encauzaba en el autoritarismo y el Estado.

La represión de la idea libertaria y de sus adeptos, la asfixia de las agitaciones independientes del pueblo, son fatales consecuencias de la oposición entre la *verdadera revolución* que se inicia y la *práctica gubernamental,* la que, si triunfa, no puede comprender ni admite el impulso de aquélla, oponiéndose a ella.

Si la verdadera revolución se desvirtúa con un nuevo gobierno, llámese revolucionario, democrático, socialista, proletario, obrero y campesino, leninista, trotzkista u otro, choca indefectiblemente con las fuerzas vivas de la verdadera revolución. Tal antagonismo conduce al poder fatalmente a una lucha implacable, que deberá justificar con creciente hipocresía, contra esas fuerzas indomables y más contra los anarquistas, sostenedores y esclarecedores de la auténtica revolución y de sus aspiraciones.

El triunfo del poder en esta lucha significa inevitablemente la derrota de la Revolución social y el aplastamiento de sus defensores anarquistas.

Mientras la revolución y los anarquistas resisten, la autoridad socialista golpea cada vez con mayor violencia y cinismo. Terror ilimitado y monstruoso engaño son sus últimos argumentos y la apoteosis de su defensa desesperada.

Así, todo lo que es efectivamente revolucionario termina por ser exterminado cruelmente por la impostura del poder, ¡oh, ironía!, como enemigo de los *intereses supremos de la revolución,* traidor y criminal.

Esta previsión ya estaba hecha y se confirmó una vez más en la experiencia de la Revolución rusa, que afirmó el triunfo del Estado. Ahora es necesario que los hombres del mundo quieran evitar otra derrota de la próxima revolución, aprovechando las lecciones que deja la preponderancia autoritaria con su estela sangrienta de terror y desastre.

Actualmente y desde hace mucho tiempo, ninguna propaganda ni agitación libertarias se manifiestan en Rusia. El anarquismo está fuera de la ley y los anarquistas han sido exterminados *hasta el último hombre* por los procedimientos más infames que la imaginación autoritaria puede concebir. Algunos camaradas se hallan todavía en prisión o en el exilio; pero la muerte los ha ido eliminando y sólo muy contados viven todavía. Un número insignificante, huidos de la matanza, se han dispersado por Europa y América. Y, si quedan aún en Rusia partidarios conscientes de la idea libertaria, deben guardarla para ellos solos, ya que en Rusia actual, como en la de los zares, ya no es cuestión de anarquismo ni de anarquistas.

El Comité de socorro a los anarquistas presos o exilados, que funcionó muchos años en Alemania, Francia y Estados Unidos, publicando boletines de información sobre la represión y reuniendo fondos para las víctimas, debió cesar su actividad, pues se hizo imposible toda relación con ellas.

La exterminación de la vida libertaria en Rusia inmediatamente después del golpe comunista, quedó terminada y pasó ya a la historia.

Lo más terrible es que al final de esta represión única, al lado de los auténticos anarquistas, fueron también aniquilados cientos de miles de simples obreros, campesinos e intelectuales, que se manifestaron contra la impostura. La misma idea revolucionaria, *toda acción y pensamiento libres,* pasaron asimismo a la historia en el país del *naciente socialismo.*

CAPÍTULO VIII
LA ESTRANGULACIÓN

La *historia* espantosa del capítulo anterior no ha sido conocida en el extranjero, pues desde el principio y durante años el gobierno hizo todo lo posible para ocultar su odiosa obra a los trabajadores y a los revolucionarios, engañándolos metódica y desvergonzadamente con el silencio, la mentira y la calumnia. Empleó el mismo procedimiento de todos los impostores de todos los tiempos, de ahogar al mismo tiempo las ideas, su vida y su historia. Nunca la prensa soviética aludió a las batallas que debió emprender contra la libertad del pueblo, ni de los medios infames a que recurrió para tenerlo sometido. En sus libros no se hallará el relato de tales hechos. Y si la literatura bolchevista no puede evitar alguna alusión a ellos, lo hace en pocas líneas y afirmando que debían reprimirse los movimientos contrarrevolucionarios o los excesos de los bandidos. Nadie podría comprobar tales afirmaciones.

Otro recurso importante fue el cierre efectivo de las fronteras. Los sucesos revolucionarios en Rusia se desarrollaban y se desarrollan en ocultación, y siempre fue difícil saber exactamente su importancia; además, los periódicos, únicamente gubernamentales, tenían buen cuidado de callar todo lo referente a la represión.

Cuando en los medios avanzados europeos se recordaban las persecuciones de los anarquistas en Rusia, porque algún rayo de luz había podido traspasar la censura, el gobierno bolchevique, mediante sus diplomáticos y con desfachatez exagerada, afirmaba: "¡Vamos, los anarquistas!... En Rusia, los verdaderos anarquistas tienen plena libertad de propaganda, y poseen al efecto sus centros y su prensa." Y como no había mucho interés por esta tendencia de beligerancia social, esta réplica capciosa era suficiente. Fuera menester investigaciones sobre investigaciones para probar lo contrario, y nadie podía hacerlo.

Algunos renegados del anarquismo prestaron al gobierno, por su cuenta y razón, su *precioso* concurso, y éste era un testimonio valedero en las falsas aserciones... ¡Viles tránsfugas, que intentaban rehacerse una virginidad después de su evidente prostitución, confirmaban lo que se quisiera de ellos!

También los bolcheviques se complacían en citar a los anarquistas *domesticados,* llamados *soviéticos.* Éstos creyeron prudente y útil adaptarse a la situación bolchevique, "con el fin de poder hacer algo", aunque fuera prudentemente bajo el disfraz y tras la fachada de la *lealtad.* Ésta *táctica protectora* no pudo triunfar de la desconfianza bolchevique, que era muy ducha en todos los procedimientos de una lucha antigubernamental. Vigilando de cerca a estos anarquistas *vergonzantes,* aguijoneándolos sin descanso, amenazándolos y *domesticándolos* sagazmente, las autoridades terminaron por obligarlos a justificar y aun a aprobar *momentáneamente* todas las hazañas del bolchevismo. Los reacios fueron presos o deportados. Y los que se sometieron de buen grado, fueron mostrados en primer plano como *verdaderos anarquistas,* que *han comprendido el bolchevismo,* en contraposición a todos los demás *falsos anarquistas.*

A veces, los bolcheviques se referían a los anarquistas que permanecían inactivos y no osaban ni tocar los puntos *vulnerables.* Para crear una añagaza, se les permitía conservar algunas organizaciones insignificantes, estrechamente vigiladas. Algunas hasta fueron autorizadas a reeditar algunas obras anarquistas inofensivas: históricas o teóricas. Y se las designaba *editoriales anarquistas,* para afirmar que no se molestaba a los *verdaderos anarquistas.* Pero algo más tarde, todas estas *organizaciones* fueron también liquidadas.

En fin, se toleraba a ciertos *anarquistas* extravagantes, *burlescos,* que desfiguraban al anarquismo hasta la caricatura. Los escritores bolcheviques no dejaban de citarlos para ridiculizar las ideas.

El gobierno se hizo así de una fachada que ocultaba la verdad al pueblo y a las gentes mal informadas del extranjero. Más tarde, habiendo comprobado la indiferencia, la ingenuidad y la cobardía de los ambientes *avanzados* de los otros países, los bolcheviques dejaron de preocuparse de ocultar esta verdad. ¡Total, las gentes *avanzadas* y los pueblos todo lo tragaban igual sin aderezos!

Los bolcheviques no dejaron de emplear el arma siempre eficaz de la calumnia; confundían a sabiendas a los anarquistas con los *contrarrevolucionarios,* los *criminales* y los *bandidos.*

Afirmaban que en plena revolución, los anarquistas, aun los que no eran *bandidos,* sólo sabían charlar, criticar, murmurar, poner obstáculos en la marcha de la revolución, destruir, provocar el desorden y conducir sus propios asuntos. Se pretendía que, aun cuando quisieran servir a la revolución, eran incapaces de realizar algo correcto; que no tenían ningún *programa positivo,* que jamás proponían algo real, que eran soñadores irresponsables, que no sabían ellos mismos lo que querían y que, por todas estas razones, el gobierno se vio obligado a frenarlos, porque tales elementos eran un grave peligro en el curso de una revolución difícil.

Como nadie conocía la verdad ni podían comprobarse los hechos, el procedimiento calumnioso triunfó. Y esta *norma* sirvió invariablemente al gobierno, ya que era un engranaje del sistema de engaño en el que los bolcheviques eran verdaderos campeones.

Todas las revelaciones, cada vez más numerosas y precisas de la prensa libertaria u otra en el extranjero, eran metódica y cínicamente refutadas con los mismos argumentos esteriotipados.

La masa de los trabajadores, los intelectuales de vanguardia de todos los países, encandilados por el falso brillo de la *primera república socialista,* aceptaban todas las bobadas de sus *geniales jefes* y se dejaban así arrastrar magistralmente, sin preocuparse en lo más mínimo de las revelaciones de los anarquistas.

La vanidad, la moda, la singularidad y otros factores secundarios, tenían su importancia en esta indiferencia general. En fin, los más prosaicos intereses personales aportaron su contribución a la mentira. ¡Cuántos escritores renombrados en todos los países cerraron deliberadamente los ojos sobre la verdad que, no obstante, conocían bien! El gobierno *soviético* necesitaba estos nombres para su propia propaganda publicitaria. En cambio, aseguraba a sus obras un mercado interesante, a veces casi único. Y los Pobres hombres aceptaban este trueque tácito, adormeciendo su conciencia con excusas y justificaciones Inspiradas por sus nuevos mecenas.

CAPÍTULO IX
EL TRUCO DE LAS "DELEGACIONES"

El procedimiento especial de *confundir la razón,* en gran escala, fue aplicado por los *soviets a las delegaciones extranjeras* u *obreras.*

El hecho es conocido: Uno de los argumentos *poderosos* de los bolcheviques para desmentir las revelaciones desfavorables consiste en invocar el testimonio de las *delegaciones* enviadas a Rusia por algunas organizaciones, fábricas o instituciones de diversos países. Tras unas semanas de permanencia en el *país del socialismo* los *delegados,* con muy raras excepciones, califican de patrañas, mentiras y calumnias todo lo que se dice en el extranjero contra ese régimen.

Al principio, esta trampa de las *delegaciones* era infalible. Más tarde perdió su eficacia y, desde hace tiempo, fue casi abandonada. Además, los acontecimientos se precipitan y este pequeño juego ya no sirve. Y se ha comprendido que, en las condiciones *especiales*, los *delegados* no pueden en modo alguno ver la realidad, aunque sean sinceros e imparciales. Un programa de permanencia estricta y rápida, bien determinado y calculado anticipadamente, les es impuesto desde su llegada. No conociendo ni la lengua, ni las costumbres, ni la vida real de la población, son ayudados, o mejor manejados, por guías e intérpretes gubernamentales, quienes les cuentan y les muestran lo ya preparado, no quedándoles medio alguno de aproximarse a la gente y estudiar objetiva y ampliamente su existencia.

Esta preparación anticipada ya es más o menos conocida, pero existe un hecho que sigue siendo desconocido del público y que, no obstante, es muy significativo sobre el estado real de lo que sucede en Rusia.

El Comité de Secours ya citado, algunas organizaciones sindicales y también algunas individualidades militantes conocidas, entre ellas, el lamentado Erich Muhsam, en Alemania, y Sebastián Faure, en Francia, propusieron al gobierno bolchevique, en varias ocasiones, que dejase entrar en Rusia a una *verdadera delegación* formada con toda independencia y compuesta de militantes de diferentes tendencias, incluso comunistas, bajo estas condiciones: 1ª permanencia libre e ilimitada hasta que la misma delegación considere terminada su investigación; 2ª facultad para visitar cualquier lugar que la delegación misma juzgue indispensable al interés de su conocimiento, incluso las prisiones, los lugares de destierro, etc.; 3ª derecho a publicar los hechos, las impresiones y las conclusiones en la prensa de avanzada en el extranjero; 4ª disponer de un intérprete elegido por la misma delegación.

Aceptar tal propuesta y sus condiciones era del propio interés del gobierno, si fuera en verdad sincero y nada tuviese que disimular u ocultar las realidades inconfesables. Un informe favorable y aprobador de tal delegación habría terminado con todo equívoco. Cualquier gobierno socialista, *obrero y campesino* (suponiendo que pueda haberlo), habría accedido con gran satisfacción a este esclarecimiento, y hasta deseado y sugerido y reclamado, ya que las conclusiones serían decisivas e irrefutables en su favor.

Pero el gobierno se hizo sistemáticamente el sordo. Se comprende que la *desaprobación* de una delegación imparcial también hubiese sido fulminante para el prestigio del gobierno soviético, su sistema todo y su causa.

Y como nadie se agitaba en el extranjero, los enterradores de la revolución podían dormir a pierna suelta y desdeñar las tentativas de hacerles declarar la terrible verdad: la quiebra de la Revolución a consecuencia de sus procedimientos. Los ciegos de ocasión y los vendidos de todos los países eran comparsas valiosas en la trágica farsa.

Revelando aquí la verdad, desconocida siempre por la mayor parte de los que no son anarquistas, cumplimos con un deber impostergable, porque, no sólo ella debe aparecer un día u otro en todo su esplendor, sino sobre todo porque prestará un gran servicio a todos los que desean ser esclarecidos, que están cansados de ser los sempiternos engañados de los impostores felones y

que, en fin, fuertes por la verdad, podrán actuar en lo futuro con pleno conocimiento de causa.

La historia de la represión en Rusia es, además de sugestiva y reveladora por sí misma, un excelente medio de hacer comprender *el fondo mismo, los "bajos" ocultos, la verdadera naturaleza del comunismo autoritario*. Y lo único que lamentamos es no poder relatar esta *historia* en toda su extensión significativa.

Un ejemplo reciente demuestra muy bien cómo los bolcheviques y sus servidores engañan al mundo. Se trata de *El anarquismo en Rusia*, del notorio bolchevique E. Yaroslavski, libro publicado en español y francés en 1937, con el fin de contrarrestar los triunfos eventuales de la idea libertaria en España y en el mundo con motivo de los sucesos de la revolución ibérica.

Prescindiremos de los *informes* absolutamente fantásticos sobre los orígenes del anarquismo, sobre Bakunin, sobre el anarquismo en Rusia antes de 1917 y sobre la actitud de los anarquistas en la guerra de 1914. Una réplica a tales fábulas se publicará quizá un día en la prensa específicamente anarquista.

Lo que aquí nos interesa son las disertaciones del autor sobre el movimiento libertario en el curso de la revolución de 1917. Yaroslavski se guarda bien de hablar de la verdadera agitación anarquista y alude extensamente a otras acciones sin relación alguna con el anarquismo. Se refiere a grupos, a algunas publicaciones y a actividades anarquistas secundarias. Señala cuidadosamente los puntos débiles y escoge maliciosamente todo lo que puede servir a su mala fe. Se detiene sobre todo sobre los restos desdichados que, enseguida de la liquidación de las verdaderas organizaciones libertarias, se debatían desesperadamente para conservar aunque sólo fuese una sombra de actividad. Eran verdaderos desechos lamentables e impotentes del antiguo movimiento anarquista asfixiado, que ya nada positivo podía hacer. Su *actividad* semiclandestina, vigilada, molestada, no era en modo alguno característica de la actividad libertaria en Rusia. En todos los países y en todas las épocas, estos restos de las organizaciones destrozadas por la fuerza del Estado, arrastran, hasta el agotamiento, una existencia raquítica y estéril. Las desviaciones, las inconsecuencias, las escisiones, llenan fatalmente su mísera existencia, sin que se pueda honestamente achacarles culpa, ya que toda posibilidad de una acción normal les ha sido quitada.

De estos desechos nos habla Yaroslavski, simulando hablar del verdadero movimiento anarquista. No menciona a la Unión anarquista sindical de Petrogrado sino una sola vez y sólo porque halla algo que su parcialidad puede falsificar. No habla ni de la Federación de Moscú, ni del periódico *La Anarquía*. Y si dedica algunas líneas al *Nabate*, de Ucrania, lo hace aún para desnaturalizar los hechos.

Si fuera honrado, se habría detenido sobre todo en estas tres organizaciones y citado su prensa. Pero sabe que tal imparcialidad arruinaría sus aserciones y sería contraria al fin que persigue su obra. Y elimina todo lo que prueba incontestablemente el fondo serio, el sentido positivo y la influencia del movimiento anarquista y anarcosindicalista en Rusia, durante

la revolución de 1917. Tampoco dice una palabra sobre las persecuciones, la represión y la supresión violenta de la actividad anarquista, porque, si dijese la verdad, su tesis mentirosa quedaría deshecha. Según él, "los anarquistas, en 1917, estaban contra la revolución socialista y proletaria", y el movimiento libertario cayó por sí mismo por su impopularidad e impotencia.

Sabido es que tales afirmaciones son contrarias a la verdad. Precisamente porque el movimiento evolucionaba y crecía rápidamente, ganando simpatías y aumentando sus triunfos, los bolcheviques se apresuraron a suprimirlo, en su germinación, por la violencia y la brutal intervención de sus soldados y policías.

Si Yaroslavski declarase esta verdad, ella demolería todo su andamiaje de mentiras, apoyado en la ignorancia de los hechos y la imposibilidad de demostrarlos.

Este ejemplo muestra el *modo típico* de los bolcheviques. Todas las obras sobre el anarquismo en Rusia proceden de la misma fuente y se parecen como gotas de agua. La consigna viene de arriba. Los *historiadores* y los *escritores bolcheviques* no tienen más que obedecerla. Hay que destruir la idea libertaria por todos los medios. Trabajo hecho de encargo y espléndidamente pagado; pero nada tiene que ver con la *verdad histórica* que estamos consignando.

CAPÍTULO X
LA "JUSTICIA" BOLCHEVIQUE

Vamos a examinar rápidamente los procedimientos *administrativos* y *judiciales* de los bolcheviques en la actualidad.

En su esencia, estos procedimientos casi no han cambiado. Si en nuestros días se aplican menos es porque los que debieran sufrirlos han sido exterminados. Mas muy recientemente aún, han sido aplicados a los trotzkistas, a viejos bolcheviques antistalinianos, a funcionarios en desgracia, policías, oficiales, etc.

Ya hemos dado a comprender que existe en Rusia una policía política que actúa en secreto, y tiene derecho a detener a cualquiera sin forma de proceso, juzgar sin testigos ni abogados, condenar a varias penas, incluso la de muerte, o renovar la detención o el exilio tanto tiempo como lo crea necesario, y todo *secretamente.*

Éste es el punto esencial. El régimen odioso aplicado a los prisioneros o exilados no es sino una agravante. Y lo sostenemos contra todas las denegaciones de los *delegados* extranjeros, engañados o comprados. Aunque la vida en las prisiones rusas tuviese el carácter humanitario con que la presentan las gentes oficiales y sus turiferarios, no sería menos verdad que honrados trabajadores pueden ser excluidos arbitrariamente de su clase, encarcelados y privados del derecho a luchar por su propia causa por simple orden de algunos funcionarios.

En la época de referencia, esta policía omnipotente se denominaba la Tcheka, abreviatura de su nombre completo ruso *Comisión extraordinaria.* Se constituyó en 1917, a iniciativa de Lenin, por un núcleo de militantes

comunistas probados en la lucha contra el zarismo y que gozaban de la confianza ilimitada del Comité central del partido comunista ruso.

Los comunistas justificaban la existencia de esta institución y las particularidades de su funcionamiento por la necesidad de reaccionar rápidamente contra los numerosos atentados que amenazaban a la revolución. Más tarde, esta argumentación perdió su valor, pero la Tcheka no dejó de subsistir. Ahora hay que defender al poder contra la revolución.

La modificación, en 1923, de su título en *Guepeú,* que es otra abreviatura, no modificó sus prácticas. Y, desde entonces, nada ha cambiado, salvo la figura de sus jefes. Los nombres de Djerzinsky, creador y animador de la Tcheka, muerto súbitamente o, según algunos, asesinado por orden de Stalin durante sus funciones; Iagoda, ejecutado de resultas del famoso proceso; Iejoff, su reemplazante, desaparecido misteriosamente, etc., son bastante conocidos en el extranjero.

La Tcheka no informaba jamás sobre su actividad ni al conjunto de los trabajadores ni a sus elegidos. Sus actividades se realizaban siempre en el mayor misterio. El servicio de informes era alimentado especialmente por una vasta red de agentes secretos, reclutada en su mayor parte en la antigua policía zarista. Además, se aprovechaba de la obligación impuesta a todo comunista de ayudar a la policía *revolucionaria,* por indicaciones, denuncias y demás soplonerías.

La arbitrariedad, los abusos, los crímenes perpetrados en los calabozos de esta policía dejan atrás todo lo imaginable. No podemos enumerarlos, ya que se necesitaría un volumen para hacerlo debidamente. El futuro historiador se quedaría horrorizado ante los archivos que podrían darle esta horrible documentación, de la que ya se hallan detalles edificantes en algunas obras.

No existían ni tribunales ni procesos públicos por asuntos políticos, y aún ahora tales procesos son excepcionales. Sólo la Tcheka intervenía en ellos.

Las sentencias no se publicaban, y más tarde se solía dar, en algunas líneas, extractos de procesos verbales de una sesión policial, que señalaban únicamente que tal caso era llevado a la orden del día y que tal sentencia había sido pronunciada. Los motivos no se mencionaban.

Como regla, la detención no admitía apelación. La Tcheka misma ejecutaba las sentencias. Si eran de muerte, se sacaba al preso de su celda y generalmente era ejecutado a tiro de revólver al descender los últimos escalones hacia el sótano. Era inhumado clandestinamente y nunca se entregaba el cuerpo a la familia. Frecuentemente, ésta no conocía la ejecución sino indirectamente, cuando la administración de la cárcel rehusaba los víveres destinados al desaparecido. La frase clásica era de una simplicidad lapidaria: "Ese nombre ya no figura en el registro de la prisión", lo que podía significar el traslado a otra o el exilio, pero la fórmula era la misma para la muerte. No se admitía otra explicación y los parientes debían informarse por otro conducto para saber la verdad.

El exilio, siempre administrativo, significaba la deportación a los lugares más alejados e inhóspitos del inmenso país, bien en las regiones cálidas y pantanosas, malsanas al extremo, del Turkestán, o bien en el extremo norte, en los confines de las terribles regiones de Naryme y de Touroukhansk.

A menudo, el gobierno *se divertía* enviando prisioneros al Turkestán y trasladándolos enseguida bruscamente al Norte, o a la inversa. Era un medio indirecto, pero seguro, de expedirlos al otro mundo.

La correspondencia cambiada entre el Comité de Secours y los libertarios exilados en el Norte, revela todo el horror de la *vida* de estas víctimas, aisladas del mundo. En varios lugares olvidados, cuyos habitantes vivían de la caza y de la pesca, el correo no llegaba sino dos veces o una sola por año. Varias de estas aldehuelas sólo tenían cuatro o cinco chozas perdidas en un desierto de nieve y de hielo.

Los exilados sufrían todas las enfermedades de la insuficiente alimentación, del frío, de la inacción; escorbuto, tuberculosis, del corazón del estómago. La existencia era una lenta tortura y la muerte aparecía como la verdadera liberación.

Las prisiones en que se debatían los libertarios, los sindicalistas, los *oposicionistas*, los simples obreros, campesinos, u otros ciudadanos rebeldes o únicamente sospechosos de no estar de acuerdo con las autoridades, jamás fueron visitadas por las *delegaciones extranjeras.* Éstas eran conducidas generalmente a Sokolniki, a Lefortovo, a ciertas dependencias de Butyrki, en Moscú, en donde se retenían a contrarrevolucionarios, especuladores y de derecho común. A veces obligaba a éstos a decirse *prisioneros políticos* y a alabar el régimen carcelario, con promesa de educción de pena. Algunas delegaciones pudieron visitar la prisión de los socialdemócratas en Tiflis, en el Cáucaso. Pero jamás han sido visitadas por delegados o viajeros extranjeros las siguientes prisiones: campo le Solovki, mencionado con frecuencia en la prensa extranjera, pero siempre en el misterio; Souzdal, antiguo monasterio transformado; el *aislador político* de Verkhné-Ouralsk, el de Tobolsk, el de Iaroslaw. Se podrían citar numerosas cárceles y campos de concentración en todo el país, pero todos fueron desconocidos totalmente por los cándidos o los interesados que osaban hacer, a la vuelta de un viaje de *estudio* en el *primer país socialista,* informes favorables sobre el *nuevo régimen penitenciario creado por la U.R.S.R.*

¡Decir que un Romain Rolland afirmó no haber podido establecer la existencia de una justicia administrativa en Rusia!...

La violencia contra el pueblo, la represión desencadenada, el terror, tal fue el coronamiento de la obra de los bolcheviques, de su régimen llamado *soviético.*

Para justificar este horror, invocan los intereses de la Revolución. Nada puede ser más falso, más hipócrita que esta tentativa de justificación.

Los anarquistas han sido exterminados en Rusia; ya no pueden existir allí, únicamente por haber defendido los principios mismos de la Revolución social y luchado por la verdadera libertad económica, política y social del pueblo.

Los revolucionarios en general y cientos de miles de trabajadores han sido eliminados por una nueva autoridad y una nueva clase de privilegiados que, como todas las autoridades y todas las clases privilegiadas del mundo, no tienen nada de la tendencia revolucionaria y no se mantienen en el poder sino por la sed de dominar y explotar al par. Su sistema se apoya en la astucia y la violencia, como cualquier sistema autoritario y de Estado, necesariamente dominador, explotador y opresor.

El régimen *comunista* estatista no es sino una variedad del fascismo. Ya es tiempo de que los trabajadores de todos los países lo comprendan, reflexionen y extraigan las lecciones constructivas de esta formidable experiencia negativa.

Los sucesos presentes y futuros contribuirán, por lo demás, a este esclarecimiento. En el momento en que escribo, diciembre de 1939, el bolchevismo está, al fin, en disposición de salir de sus fronteras, de su *jaula* rusa, y se le verá actuar en plena luz; no tengo la menor duda sobre el juicio definitivo que merecerá. Estos acontecimientos contribuirán igualmente, lo espero, a comprender mejor el espíritu de este libro y de sus revelaciones. E inversamente, también lo espero, esta obra ayudará a comprender mejor ciertos hechos. A la luz de estas revelaciones se podrá explicar, entre tantas otras cosas, el advenimiento de un Stalin.

En efecto, Stalin y el stalinismo no son sino consecuencias lógicas de una evolución preparatoria, resultado ella misma de un terrible desvío, de una confusión nefasta de la revolución.

Lenin y Trotzky, es decir, su sistema, prepararon el terreno y engendraron a Stalin. Sepan, pues, los que sostuvieron antes a Lenin, Trotzky y compinches, y hoy fulminan a Stalin: cosechan lo que han sembrado.

Es verdad que la lógica no es patrimonio de todo el mundo, pero ya es tiempo de rectificar el tiro, antes de que sea demasiado tarde.

"He aquí hechos que demuestran la eterna monstruosidad autoritaria. Que ellos hagan retroceder aterrados a los que se aventuran a ciegas sobre la senda de la dictadura, aunque sea en nombre del más sublime ideal o de la más lógica fórmula de sociología. Y sobre todo que, en vísperas de los acontecimientos que pueden conducir a una situación revolucionaria, inciten a extremar precauciones, no sólo para evitar caer en las trampas donde se precipitaron e hirieron de muerte los anarquistas rusos, sino también para ser capaces, en el trance revolucionario, de oponer concepciones prácticas de la producción y la distribución de los bienes, a las de los dictadores comunistas."

Estas palabras vigorosas y justas han sido escritas, hace más de quince años, por un anarquista que conocía los hechos; más tarde, poco antes de su muerte, sus convicciones anarquistas se desviaron y en un momento de confusión, aprobó al bolchevismo.

Felizmente, si los hombres, generalmente débiles e inconsecuentes, se ablandan, se deforman y pasan, las verdades que antes defendieron y proclamaron siguen siendo permanentes.

QUINTA PARTE
EL ESTADO BOLCHEVIQUE

Desde 1921, el poder comunista se sintió definitivamente dueño de la situación. Podía, por lo menos, considerarse al abrigo de todo peligro inmediato. Sus enemigos y adversarios, así los del exterior como los del interior, los de derecha como los de izquierda, no estaban en adelante en condiciones de combatirlo. Desde 1922 podía consagrarse enteramente a la puesta en punto y a la consolidación de su Estado. Que es, en efecto, lo que hizo, y lo que continúa haciendo.

Al hablar desde el presente del Estado bolchevique y de los años posteriores a 1921, doy la impresión de romper la continuidad cronológica del relato y de adelantar el curso de los acontecimientos. En efecto, la rebelión de Cronstadt (marzo de 1921) y los diferentes movimientos de Ucrania (1919-1921) son anteriores a la formación definitiva de este Estado. Esta ruptura no es sino aparente. Ella no alterará absolutamente la continuidad de nuestro estudio. Este, por el contrario, se beneficiará, en razón de su carácter más bien explicativo y analítico que puramente histórico.

Por una parte, el Estado ruso actual no es, en sus rasgos esenciales, sino un desarrollo lógico del que fue fundado y establecido en 1918-1921. Las modificaciones ulteriores no fueron sino arreglos y complementos de detalles. Los señalaremos cuando sea ocasión.

Por otra parte, y esto es lo esencial, el lector no podrá comprender a fondo ni las razones, ni el alcance, ni el desarrollo de acontecimientos tales como la rebelión de Cronstadt o los movimientos de Ucrania, si ni posee, previamente, nociones suficientes sobre la verdadera naturaleza de este Estado.

He ahí por qué, en interés mismo de nuestra obra y del lector, presentamos primero este Estado para hablar después de Cronstadt y de Ucrania.

CAPÍTULO I
LA NATURALEZA DEL ESTADO

La U.R.S.S. desconocida.– El Estado bolchevique, montado en sus grandes líneas en 1918-1921, existe desde hace veinte años.

¿Qué es, exactamente, este Estado?

Se denomina *Unión de las Repúblicas Soviéticas Socialistas* (U.R.S.S.). Pretende ser un Estado *proletario* o aun *obrero y campesino*. Afirma ejercer una *dictadura del proletariado*. Se jacta de ser la *patria de los trabajadores*, el baluarte de la revolución y del socialismo.

¿Qué hay de verdad en todo ello? ¿Justifican estas declaraciones y estas pretensiones los hechos y los actos? Un rápido examen nos permitirá responder a estos interrogantes.

He dicho: examen *rápido*. En efecto, un estudio detallado y más o menos completo sobre el Estado ruso actual es un tema particular, que no

constituye el objetivo de esta obra. Por otra parte, después de cuanto precede, bastará uña mirada general. Completemos y ensamblemos lo que ya hemos dejado entrever.

Aprovecho la ocasión para hacer saber al lector no iniciado que existe actualmente[1] en Francia una rica literatura en libros, folletos, artículos de revistas y de periódicos, etc., que permite hacerse una idea asaz exacta de la estructura, el funcionamiento y el espíritu del Estado *soviético*. Desde algunos años ha, han aparecido numerosas obras que ponen bien de relieve el verdadero carácter de este Estado: la naturaleza real de su gobierno, la situación verdadera de sus masas laboriosas, el exacto estado de su economía, su cultura, etc. Estas obras ponen a la luz los bastidores y los “bajos” ocultos del régimen, sus extravíos, sus “enfermedades secretas”.

Los autores no procuran, por cierto, profundizar el problema a fin de establecer las causas y las consecuencias de la decadencia. Ni menos hacen alusión alguna a *esa otra llama*: la idea libertaria, su papel y su suerte en la Revolución rusa. Para ellos, como para tantos otros, es éste un terreno desconocido. No entrevén ninguna solución. Mas comprueban sinceramente los hechos. Hacen ver así la ruta falsa tomada por la Revolución y prueban irrefutablemente la quiebra de ésta. Sus estudios, generalmente, proporcionan una documentación abundante y precisa.

Nos limitaremos aquí a una amplia *mirada de conjunto* que bastará a nuestro fin. Pues *es el carácter general* de este Estado lo que nos interesa, en la medida en que él nos explica la secuela de los acontecimientos.

Hemos dicho antes que el cuidado principal del partido bolchevique en el poder era el de estatalizar toda actividad, toda la vida del país, todo lo que podía ser estatalizado. Se trataba de crear ese régimen que la terminología moderna califica de *totalitario*.

Una vez en posesión de una fuerza coercitiva suficiente, el partido y el gobierno bolcheviques se esmeraron en esa tarea, creando su inmenso aparato burocrático. Acabó por formar una numerosa y poderosa casta de funcionarios *responsables*, que hoy constituye una capa altamente privilegiada de unos dos millones de individuos. Dueña efectiva del país, del ejército y de la policía, ella sostiene, protege, venera y lisonjea a Stalin: su ídolo, su *zar*, el solo hombre capaz de mantener *el orden* y de salvaguardar sus privilegios.

Poco a poco, los bolcheviques estatalizaron, monopolizaron, *totalizaron*, cómoda y rápidamente, la entera administración, las organizaciones obreras, campesinas y de otra índole; las finanzas; los medios de transporte y de comunicación; el subsuelo y la producción minera; el comercio exterior y el gran comercio interior; la gran industria; el suelo y la agricultura; la cultura, la enseñanza y la educación; la prensa y la literatura; el arte, las ciencias, los deportes, las distracciones, aun el pensamiento o, por lo menos, todas sus manifestaciones.

La estatalización de los organismos obreros: soviets, sindicatos, comités de fábrica, etc., fue la más fácil y la más rápida. Su independencia fue

[1] Escrito en 1939

abolida. Se convirtieron en simples rodajes administrativos y ejecutivos del partido y del gobierno.

Se maniobró con habilidad. Los obreros ni siquiera advirtieron que estaban apunto de ser maniatados. Puesto que el Estado y el gobierno eran los *suyos*, les pareció natural no desligarse de ellos. Encontraron normal que sus organizaciones llenasen funciones en el Estado *obrero* y ejecutasen las decisiones de los camaradas comisarios. Bien pronto, ningún acto autónomo, gesto libre alguno les fueron ya permitidos a esas organizaciones.

Ellas acabaron por darse completa cuenta de su error. ¡Pero era demasiado tarde! Cuando ciertas organizaciones obreras, molestadas en su acción e inquietudes, sintiendo que "algo no marchaba en el reino de los Soviets", manifestaron algún descontento y quisieron reconquistar un poco de independencia, el gobierno se opuso con toda su energía y toda su astucia. Por una parte, inmediatamente adoptó medidas y sanciones. Por otra, trató de razonar. "Puesto que –les decía a los obreros, con el tono más natural del mundo– ahora tenemos un estado obrero, en el que los trabajadores ejercen su dictadura y todo les pertenece, este Estado y sus órganos son *los vuestros*. ¿De qué independencia, entonces, puede hacerse cuestión? Tales reclamaciones carecen ahora de sentido. ¿Independencia de qué? ¿De quién? ¿*De vosotros mismos*? ¡Pues el Estado es ahora *vuestro*! No comprenderlo significa no comprender la revolución cumplida. Levantarse contra este estado de cosas significa levantarse contra la Revolución misma. Semejantes ideas y movimientos no podrán ser tolerados, pues no pueden estar inspirados sino por los enemigos de la Revolución, de la clase obrera, de su Estado, de su dictadura y del poder obrero. Quienes entre vosotros son aún lo bastante inconscientes para escuchar los cuchicheos de esos enemigos y prestar oídos a sus nefastas sugestiones, porque todo no marcha a maravilla en vuestro joven Estado, ésos cometen un verdadero acto contrarrevolucionario."

Va sin decir que todos los que persistieron en protestar y en reclamar fueron despiadadamente triturados.

Lo más difícil fue la apropiación definitiva del suelo, la supresión del cultivador individual, la estatalización de la agricultura. Como se sabe, es Stalin quien realizó esta transformación, algunos años ha. Mas periódicamente la situación se complica, y seriamente. La lucha entre el Estado y las masas campesinas se reanuda, bajo otras formas.

Puesto que cuanto es indispensable para el trabajo y la actividad de los hombres –dicho de otro modo, todo lo que es, en el vasto sentido del término, *capital*– pertenece en Rusia *al Estado*, se trata en este país de un integral capitalismo *de Estado*.

Capitalismo de Estado: tal es el sistema económico, financiero, social y político de la U.R.S.S., con todas sus consecuencias y manifestaciones lógicas en todos los dominios de la vida: material, moral, espiritual.

El rótulo *exacto* de este Estado sería no U.R.S.S., sino U. R. C. E.: Unión de Repúblicas Capitalistas Estatistas. (La consonancia: URS y ¡ay! el fondo, permanecerían los mismos.)

Económicamente, esto significa que el Estado es el *propietario real* y único de todas las riqueza del país, de todo el *patrimonio nacional*, de todo

lo que es indispensable a millones de hombres para vivir, trabajar, obrar (comprendido en ello, subrayémoslo, el oro y el capital-moneda, nacional y extranjero).

He ahí lo más importante, lo que se trata de comprender ante todo. Lo demás se desprende de ello fatalmente.

Socialmente, lo esencial de ese sistema es lo siguiente:

CAPÍTULO II
SITUACIÓN DE LOS OBREROS

Igual que en otros países, el obrero en la U.R.S.S. (U.R.C.E.) *es un asalariado*, pero *del Estado*. El Estado es su único patrón. En lugar de tener patrones a millares *a elección*, como es el caso en países de capitalismo privado, en la U.R.S.S. el obrero sólo tiene uno. En ella es imposible todo cambio de patrón.

Se pretende que, por ser *obrero*, este Estado no es *patrón* en el sentido habitual de la palabra: los beneficios que él realiza en la producción no van al bolsillo de los capitalistas, sino que sirven, en última instancia, los intereses obreros, pues vuelven a ellos, en formas distintas al dinero.

Por más sutil que sea, este razonamiento es puramente teórico. El Estado *obrero* no es dirigido[1] por los obreros mismos (los trabajadores no podrían dirigir la producción por sí mismos sino en un sistema social enteramente distinto, jamás en un Estado centralizado moderno), sino por una extensa capa de funcionarios a sueldo del gobierno, el que forma al centro un grupo firme, separado de las masas laboriosas y que obra a su gusto. Se dirá que él es *responsable* ante los obreros. Es ésta otra abstracción. La realidad no tiene nada de común con esas fórmulas.

Preguntad a cualquier obrero de la U.R.S.S. –pero que sea un simple y verdadero obrero– en qué forma él obtiene provecho de los beneficios realizados por el Estado sobre sus salarios. Ni aun os comprenderá: nada sabe de ello. Lo único que sabe es que él recibe su magro salario, muy insuficiente, y que padece todas las penas del mundo para vivir. Sabe también que hay muchos en el país que viven *agradablemente* (Stalin *dixit*), pingüemente, aun lujosamente.

Preguntadle si puede ejercer presión alguna sobre los responsables, si puede criticarlos, llamarlos al orden, eliminarlos, reemplazarlos. Os comprenderá aún menos. Lo que sabe es que él no tiene más que ejecutar las órdenes de sus jefes, que "saben lo que hacen", y que la menor crítica le costaría cara. Estos jefes le son impuestos por el gobierno, ante el cual únicamente son responsables. En cuanto al gobierno, él es infalible e intachable; su responsabilidad es un mito.

[1] Naturalmente, empleo el término *dirigir* en el sentido de *organizar*, *administrar* (término social) y no el de *gobernar* (término político). Un gobierno, aun compuesto de obreros (lo que no es el caso de la U.R.S.S.), no podría servir sino los intereses de una capa privilegiada que se formaría fatalmente en un sistema político, estatista.

Veamos un poco cuál es la situación real del obrero en la U.R.S.S. ¿Difiere esencialmente de la de los trabajadores en los países de capitalismo privado?

Como en todas partes, el obrero en la U.R.S.S. está obligado a presentarse, el día de pago, en la taquilla del establecimiento para recibir su salario, que le es entregado por un funcionario, cajero del patrón único: el Estado. El funcionario hace su cuenta según la tasa de los salarios establecidos por el gobierno. Y retiene, sobre el monto, lo que el Estado-patrón juzga necesario retener: tanto para el Socorro Rojo, tanto para el empréstito (*libre*, pero obligatorio: un sofisma soviético más), tanto para la propaganda en el extranjero, tanto para la Lotería Nacional (otro acto *libre*, pero obligatorio), etc. Después de lo cual entrega el saldo al obrero, exactamente como no importa qué cajero, empleado en no importa qué casa, en no importa qué país. Naturalmente, el obrero no sabe en absoluto nada sobre lo que el Estado gana sobre su salario ni lo que hace de esa ganancia. “Eso es cosa del gobierno”, y el obrero no tendrá ni la idea de meterse en ese problema.

Pero en un país de capitalismo privado el obrero, si está descontento, puede dejar a su patrón y buscar otro. Puede cambiar de fábrica, ir adonde quiera, hacer lo que le plazca. Cosa imposible en la U.R.S.S., pues hay un solo patrón, propietario de todas las fábricas. Según las últimas leyes, el obrero no tiene siquiera el derecho de *pedir su cuenta* y abandonar la fábrica por su gusto, sin motivo plausible. Necesita, para ello, autorización de la dirección. Observemos, de paso, que esta dirección está formada igualmente por funcionarios que han reemplazado, desde mucho tiempo, a los comités de fábrica. El obrero está, pues, atado a su lugar de trabajo, a la manera de un siervo o de un esclavo[2].

Si abandona la fábrica sin autorización especial *inscrita en su obligatorio documento de identidad*, o si es despedido por deficiente, el obrero no puede trabajar en parte alguna, salvo nueva autorización. Ningún director de fábrica, funcionario del mismo Estado-patrón, le ocupará, so pena de sanciones muy severas.

En tales condiciones, el Estado-patrón puede hacer del obrero lo que quiera. Lo trata como verdadero esclavo. El obrero está obligado a aceptarlo todo: no puede elegir patrón, ni tiene medios de defensa (pues los sindicatos están en manos del gobierno-patrón y pretenden no comprender que el sindicato necesite defenderse “contra su propio gobierno”), ni posibilidad alguna de existir sino remachado a su cadena. Salvo que salga del paso como pueda. No puede, tampoco, quejarse, ni siquiera expresarse, ya que la prensa está también en manos de *su gobierno*, que tiene igualmente el monopolio de la palabra, de modo que las reuniones no pueden realizarse sino por orden oficial. En un país tan extenso como Rusia, el mejor medio

[2] No sospechará el lector que yo acuerdo preferencia alguna al capitalismo privado. Compruebo un hecho, no más. Es evidente que la libertad de escoger un patrón explotador es bien poca cosa. Pero vivir y trabajar bajo la eterna amenaza de perder al único explotador posible no es cosa más agradable. Esta amenaza, constantemente suspendida sobre el obrero en la U. R. S. S., hace de él un acabado esclavo. Es todo lo que quiero decir.

de “salir del paso” ha sido siempre el vagabundaje, cuya práctica no ha cambiado después. Millares y millares de ex obrero rusos, que abandonaron la fábrica *irregularmente* y se hallan como en infracción de destierro, reanudan la vieja tradición, toman la vía del vagabundaje y forman una importante masa de *huelguistas*, de la que, naturalmente, no habla la prensa soviética.

Las leyes relativas al obrero en general y a la mano de obra en las fábricas en particular son extremadamente duras. Decenas de millares de obreros languidecen y perecen en las prisiones y lugares de confinamiento por el único motivo de haberlas infringido.

El trabajo mismo es penoso. Primero, salvo en los grandes centros, las condiciones de higiene en los talleres son deplorables, deprimente el ambiente general. Luego, el duro trabajo a destajo y el sistema Taylor son aplicados casi por doquiera.

El famoso *stakhanovismo*[3] lo comprueba. (El lector encontrará en ciertas obras otros testimonios y pruebas irrefutables de lo que adelantamos.)

[3] Los entretelones del stakhanovismo no son suficientemente conocidos fuera de Rusia. El término deriva del nombre de un minero, *Stakhanoff*, elegido por el partido y las autoridades bolcheviques con la mira de una vasta campaña para la intensificación del rendimiento obrero. Se trataba, para los magnates del neo-capitalismo *soviético*, de aplicar en la U. R. S. S. los principios del *sistema Taylor*, sin hacer referencia a tal nombre y, sobre todo, sin que se viera en ello la mano instigadora del gobierno.
Cierto día, Stakhanoff hizo *espontáneamente* a sus jefes una declaración sensacional, afirmando haber descubierto un nuevo principio de organización del trabajo para la extracción del carbón, que permitiría aumentar la productividad en X veces. El gobierno se *interesa* al respecto: considera útil la iniciativa, hace de ella un gran asunto la divulga y emprende una vasta campaña para *generalizar* el nuevo método.
Stakhanoff, inspirado e impulsado por el partido, no descubrió sino la América: su *nuevo* método es el viejo que tuvo iniciación mucho antes del otro lado del Atlántico, el *trabajo en cadena*, adaptado a las condiciones rusas. Pero la *mise en scene* y una publicidad específica hicieron de él un extraordinario y genial hallazgo. Los simples y los papamoscas, en el extranjero, lo tomaron muy en serio.
El *descubrimiento* hizo bien el interés del Estado-patrón: le permitió, primeramente, esperar una elevación general del rendimiento obrero; dio lugar, luego, a la formación rápida de una capa de privilegiados *entre los obreros*, asaz útil, pues estos privilegiados son generalmente excelentes adiestradores de hombres, llamados a facilitar el manejo y la explotación de la masa obrera; en fin, realzarla, en ciertos medios, el prestigio del gobierno-patrón.
El asunto fue *lanzado* pues, mediante una intensa publicidad de prensa, carteles, reuniones públicas, etc. Stakhanoff fue proclamado *héroe del trabajo*, recompensado, condecorado. Su sistema fue aplicado a otras ramas de la producción. Por doquiera, celosos émulos se dieron a imitarlo y aun a superarlo. Todos ellos aspiraban a distinguirse, *salir de las filas*, llegar, en detrimento, naturalmente, del *conjunto* de los obreros constreñidos a someterse al nuevo ritmo, es decir, a una explotación creciente, bajo la vigilancia de todos esos *héroes*, que hacían su carrera sobre las espaldas de los demás. Y obtuvieron ventajas y privilegios en la medida en que lograron aplicar el sistema y arrastrar a las masas. La *emulación* de los stakhanovistas entre sí dio nacimiento al superstakhanovismo.
La masa obrera comprendió rápidamente el verdadero sentido de la innovación.

Naturalmente el obrero *estatalizado* en Rusia es, por lo menos en principio, un esclavo *moderno*: a condición de ser *dócil y celoso* es bastante bien mantenido, asegurado por su *señor* (el Estado), beneficiado con vacaciones, pagas, etc.

Sin embargo, no se trata, en realidad, sino de una parte muy restringida de la clase obrera. La diferencia de sus condiciones de vida va del desahogo a la miseria, pasando por todos los estados intermedios. Aquellos favores no se acuerdan sino a obreros *dignos de ellos*. Para estar desahogado y gozar de vacaciones y otras ventajas es menester merecerlas, destacarse del rebaño, saber trepar.

La aplastante mayoría de los trabajadores en Rusia arrastra una existencia miserable, sobre todo los obreros no calificados, los braceros, los domésticos, los empleados inferiores y, en general, la masa obrera media, corriente.

Los otros, calificados y especializados, esclavos privilegiados, tienen una vida relativamente *bella* y constituyen una especie de *aristocracia obrera*. Estos, lo más a menudo, desprecian y repudian a sus desgraciados compañeros de clase. Es áspera la lucha por la existencia en la U.R.S.S. ¡Tanto peor para las víctimas! ¡Que se arreglen! De ocuparse de ellas, pronto se devendría igualmente víctimas. Ahora bien: el obrero calificado y privilegiado, el verdadero stakhanovista –digno discípulo del famoso Stakhanoff, primer *obrero arribista* y arribado– ambiciona situaciones cada vez más elevadas. El alienta la esperanza de salir, algún día, de las filas de los esclavos, de devenir él mismo funcionario, jefe, director tal vez. Él hace todo por llegar a ello: se agita; trabaja por cuatro; forma jóvenes que le reemplazarán en la fábrica; se hace notar dondequiera puede; estudia, si le es posible; está siempre de acuerdo con las autoridades y las secunda; es candidato, en el partido. Aquí, adula y corteja; allá, fachendea. Pero, ante todo, no ha de molestarse por los que están abajo, ni por sus concurrentes. La lucha es dura en la U.R.S.S.

Los obreros stakhanovistas son sobre todo *entrenadores*, cuyo papel es demostrar por el ejemplo a la masa de los obreros que es posible intensificar la producción. Son generosamente pagados y obtienen ascensos, particularmente los superstakhanovistas, ases del stakhanovismo. Su papel es también el de hacer ver a los obreros que, a fuerza de trabajar bien, se puede llegar a una vida “conveniente y aun agradable” (Stalin *dixit*).

En la mayoría de los casos, una vez establecido en la fábrica el nuevo *rendimiento-record*, le es imposible permanecer en ella al stakhanovista: los obreros no lo dejarían con vida. Generalmente, las autoridades se preocupan de su fiel servidor; es enviado, lo más a menudo, primero a un sanatorio, donde permanece *convenientemente* algunos meses; luego es llevado a un

Impotente para oponerse a esta superexplotación por un movimiento general, expresó su descontento en numerosos actos de sabotaje y de venganza, llegando hasta el asesinato de los stakhanovistas más celosos. Fue preciso recurrir a medidas extremadamente severas para reprimir el movimiento antistakhanovista. La empresa, por otra parte, acabó mal. Deducida la parte de *bluff*, ella dejó una suerte de arribismo obrero que no representa sino un papel muy oscuro en la producción.

puesto administrativo en Moscú o en cualquier otra ciudad grande, donde, frecuentemente, se pone a su disposición una elegante casa y donde lleva una vida *agradable*, percibiendo sueldo y gozando de prerrogativas en relación a los servicios prestados. Está hecha su carrera. Es ya funcionario. *Ha llegado, ha salido del rebaño.*

Por todos estos procedimientos: stakhanovismo, superstakhanovismo, clasificación de los asalariados en diversas categorías, etcétera, el gobierno comunista ha llegado, el también, a *dividir y mandar mejor a la masa obrera*. Ha creado, al mismo tiempo una capa privilegiada que le es servilmente adicta, que no deja descansar al rebaño y sirve de tope entre los amos y los esclavos.

Así, los procedimientos empleados por los nuevos amos respecto a la masa laboriosa son los que han sido en todo tiempo: dividir y dominar. Y la palabra consoladora lanzada por los amos al rebaño es también permanente: “¡Obreros! ¿Queréis llegar? Esto no depende ahora sino de vosotros mismos, pues todo hombre capaz, aplicado y abnegado puede devenir *alguien*. Los que no logran *llegar, los fracasados*, no han de tomárselas sino consigo mismos.”

Según los cálculos minuciosos y objetivos del economista E. Yourievsky, *extraídos de estadísticas del gobierno de la U.R.S.S.*, sobre unos dieciocho millones de obreros, en 1938 había alrededor de un millón y medio (8 %) de ex-obreros y obreros privilegiados: superstakhanovistas y stakhanovistas, etcétera.

Se comprende que el gobierno estimule y favorezca este arribismo, del que saca tan grande provecho y al que, por lo demás nunca designa por su nombre. Se le llama: “*noble emulación, celo honorable al servicio del proletariado*, y así por el estilo. Hay una condecoración, *por el celo*. Y toda una capa de *condecorados*. (*ordenonostsi*). Con los más *dignos* de tales elementos el gobierno crea una especie de nueva nobleza soviética y una nueva burguesía capitalista-estatal: sostenes decididos y sólidos del régimen. Es a ellos a quienes hace alusión Stalin, su jefe supremo, cuando dice en algunos discursos: “La vida entre nosotros se vuelve cada vez más agradable, más alegre...”

El rebaño sigue rebaño, como en todas partes, por lo demás. Y, como por doquiera, el gobierno dispone de *suficientes medios para mantenerlo a su merced, tranquilo y sometido.*

Se pretende que con tales costumbres se prepara el tránsito al *verdadero comunismo.*

Nos hemos preguntado si la suerte del obrero en la U. R. S. S es preferible a la del trabajador en países de capitalismo privado. Ahora bien: el verdadero problema no es ése, sino, más justamente, éste: ¿*hay socialismo* en tal estado de cosas o, por lo menos, *es él su aurora*? Tal organización, tal ambiente social ¿pueden conducir a él?

Invitamos al lector a responder por sí mismo a estas preguntas –y a otras más– cuando haya llegado al término de nuestro estudio.

CAPÍTULO III
LA SITUACIÓN DE LOS CAMPESINOS

Se distinguen cuatro períodos sucesivos.

Al comienzo, tratando de conquistar y consolidar las simpatías de los trabajadores y del ejército, el gobierno bolchevique practicó una política de tolerancia con los campesinos. Estos empezaron a posesionarse de las tierras cuyos propietarios habían huido o fueron expulsados mucho antes de la Revolución de octubre. El gobierno bolchevique no tuvo sino que sancionar este estado de cosas. (Decreto del 25-10-1917.)

"Por propia decisión, los soldados cesaron de guerrear, mientras que los campesinos se apropiaron de las tierras y los obreros de las fábricas", comprueba P. Miliukov, historiador y escritor ruso bien conocido, y ministro del primer gobierno provisorio. "Lenin no tuvo sino que sancionar el hecho cumplido para asegurarse las simpatías de los soldados, los campesinos y los obreros." (*Historia de Rusia*, vol. III, p. 1274.) Hay mucho de cierto en esta afirmación del político burgués, aunque incurre en el error de no tener en ninguna cuenta la influencia de la propaganda y la actividad de los revolucionarios. Con esta reserva, su testimonio es particularmente interesante. Miliukov fue siempre fino observador y conocedor de la vida rusa, y el puesto que ocupaba le permitía disponer de buena información. Y no tenía, finalmente, razón alguna para disminuir el papel de los bolcheviques; al contrario... (Recalquemos, de paso, que este testimonio es harto sugestivo no sólo respecto al problema campesino y obrero en período revolucionario, sino también en lo concerniente al problema de la guerra.)

Advertencia a cuantos, intencionalmente o por ignorancia pretenden que la revolución fue cumplida, no por las masas sino por los bolcheviques. En verdad, la Revolución de octubre como la de febrero, *fue realizada y ganada por las masas*, con la ayuda y el sostén, cierto es, de revolucionarios de todas las tendencias. Las masas estaban prestas para la nueva revolución, y la realizaron día a día, por doquiera. Que es lo que importa, lo que se llama realizar la revolución. Los bolchevique cumplieron un acto meramente político al apoderarse del poder, *que debía caer fatalmente en el curso de esta revolución popular*, y por ello detuvieron la verdadera Revolución y determina ron su desviación[1].

[1] Pretenden los bolcheviques que, de no haber tomado ellos el poder la contrarrevolución habría obtenido la supremacía, con el consiguiente fracaso de la Revolución. Afirmación gratuita. Los bolcheviques pudieron tomar el poder *porque vastas masas estaban por la Revolución*. Las masas, esto es, los obreros, los campesinos, los soldados. Con la toma de las fábricas, los obreros; de los campos, los campesinos; con los revolucionarios ayudando a unos y otros, y los soldados, tomando partido por la Revolución, ¿cuál sería la *fuerza* que, sin industrias sin fondos sin ayuda y sin ejército, habría podido detenerla? ¿La intervención extranjera? ¿y cuál habría sido la situación y la actitud de los demás países si la Revolución rusa hubiese tomado el camino preconizado por los anarquistas? ¿Y cuáles las consecuencias? En aquel momento era preciso debatir públicamente las dos tesis. Los bolcheviques prefirieron sofocar la otra. Y el mundo sufre las consecuencias de ello desde hace un cuarto de siglo.

Esta comprobación confirma, entre otras, la tesis fundamental de los anarquistas, quienes afirman, en efecto, que, verificadas las necesarias condiciones favorables, las masas son perfectamente capaces de realizar por sí mismas la revolución, con el concurso y la ayuda de los revolucionarios. Y agregan –esto es lo esencial en su punto de vista– que tras de la victoria la Revolución ha de seguir el mismo camino: acción libre de las masas, sostenida por la libre acción de los revolucionarios de toda tendencia, sin que un partido político, eliminando a los demás, se instale en el poder, imponga su dictadura y monopolice la revolución.

Así pues, al principio –*primer período*–, Lenin no tocó a los campesinos, razón, entre otras, por la que éstos le sostuvieron, dejándole el tiempo necesario para consolidar su Poder y su Estado. Por esa época hasta se decía, sobre todo en extranjero, que los campesinos eran quienes más ganarían con la revolución, y que los bolcheviques, pese a su doctrina marxista, se verían obligados a apoyarse, al fin de cuentas, no en la clase obrera, sino en la campesina.

Más tarde –*segundo período*–, a medida que el Estado se afirmaba y, por otra parte, las ciudades, agotadas sus provisiones, ponían su esperanza en la campaña, Lenin empezó a estrechar el cerco sobre los campesinos.

Si los obreros de las ciudades y de las regiones industriales hubiesen tenido, por conducto de sus organizaciones independientes, libertad de iniciativa y de acción, habrían ciertamente establecido contacto económico directo y fecundo con los campesinos para la producción y el intercambio. Se puede estar seguro que tal relación entre los productores y los consumidores libres de las ciudades y el campo habría llevado a acuerdos y finalmente a una solución práctica y feliz de este problema capital de la Revolución social: el de las relaciones entre ambas clases de trabajadores, las dos ramas esenciales de la economía nacional.

¡Pero qué! Los obreros y sus organizaciones no tenían libertad alguna de acción, ni de iniciativa. Los campesinos, tampoco. Todo estaba concentrado en manos del Estado, del gobierno. Sólo él podía obrar, emprender, resolver. Naturalmente, en tales condiciones, todo el mundo esperaba sus decisiones.

Los campesinos, que por sugestiones y proposiciones directas de los obreros habrían podido por propia iniciativa, de manera natural, espontánea y sencilla, hacer lo necesario de acuerdo con la población ciudadana; los campesinos nada hacían hasta que el gobierno –¡para eso estaba!– hiciese conocer sus intenciones.

Por acción de presencia y sus funciones mismas, un gobierno se interpone entre obreros y campesinos y los separa, impidiéndoles automáticamente concertarse, pues él se encarga de intervenir ante unos y otros como intermediario, como árbitro. Ahora bien: emanadas de un gobierno, las *disposiciones* nada tienen de las relaciones directas de obreros a obreros. Por su misma naturaleza, no son, no pueden ser, sino prescripciones, mandatos, órdenes.

Lenin intervino, pues. Sin nada comprender, naturalmente, como dictador marxista, de la verdadera situación. El explicaba la indiferencia de los campesinos no como consecuencia fatal de la aplicación del falso principio gubernamental, sino como manifestación de su *egoísmo*, de su *mentalidad*

pequeño-burguesa, de su *hostilidad hacia las ciudades*, etc. Obró e hizo estragos. Por decretos y ordenanzas intimó a los campesinos a entregar al Estado la mayor parte de la cosecha. Ejército y policía dieron fuerza a la intimación. Fue el período de las requisiciones, de los impuestos en especie, de las *expediciones armadas*, del *comunismo de guerra*, en pocas palabras. La violencia militar se abatió sobre el campesinado para arrebatarle cuanto el Estado necesitaba.

Se prohibió a los campesinos la venta de sus productos. En los ferrocarriles, los caminos y en torno a las ciudades se establecieron barreras para impedir tal venta, llamada *especulación*. Por haber infringido esas medidas, millares de campesinos y ciudadanos fueron detenidos y no pocos fusilados. Ni que decir que las victimas eran sobre todo pobres gentes que llevaban a la ciudad un saco de harina o campesinos que acudían en socorro de sus parientes o amigos a vueltas con el hambre. Los *verdaderos* especuladores salvaban fácilmente las barreras a fuerza de sobornos. Una vez más, en el sistema estatista, en realidad se burlaba de la *teoría*.

Esa política produjo pronto serios disturbios. Los campesinos opusieron a la violencia una encarnizada resistencia: ocultaban el trigo, reducían el área de siembra a lo estrictamente necesario para sus necesidades, mataban su ganado, saboteaban el trabajo, se levantaban en un punto y otro contra las pesquisas y las requisiciones y asesinaban con creciente frecuencia a los comisarios encargados de esas operaciones.

Las ciudades estaban amenazadas por el hambre; no se entreveía para ellas mejora alguna. Los obreros, sometidos a duras privaciones, comprendiendo cada vez más claramente las verdaderas razones de tal falla y tratando de enderezar la revolución, empezaron a agitarse seriamente. Una parte del ejército se mostró dispuesta a sostener este movimiento. (Se produjo así, en marzo de 1921, la gran rebelión de Cronstadt, con la que nos ocuparemos en la parte final de la obra.) La situación se hizo crítica.

No creyendo aún lo bastante consolidado su Estado para imponer a toda costa su voluntad, Lenin retrocedió. Inmediatamente después de la victoria de Trotzky sobre Cronstadt proclamó la famosa *NEP* (nueva política económica), que constituye el *tercer periodo* de la evolución del problema agrario. No fue *nueva* sino en relación al despiadado rigor y a las medidas militares anteriores. Fue, simplemente, un a modo de escape. Se relajó un tanto la presión para dar satisfacción a los estómagos y apaciguar los espíritus. La *nueva política* otorgó a los campesinos cierta libertad para disponer del producto de su trabajo; la más importante fue la de vender una parte de él en el mercado. Las barreras fueron suprimidas. El pequeño comercio se benefició de algunas liberalidades y la propiedad individual recuperó algunos *derechos*. Pero, por múltiples razones, apenas modificó la situación. Fue una medida a media: vaga y dudosa. Cierto que serenó algo el ambiente, pero creó al par fluctuación y desorganización, y llevó rápidamente a confusiones y contradicciones grávidas de consecuencia tanto en el dominio económico como en la vida del país en general.

Por otra parte, la situación equívoca e inestable creada por ella representaba un cierto peligro para la seguridad del gobierno, que, por haber hecho concesiones, demostraba cierta debilidad, lo que suscitó esperanzas en los ambientes burgueses. Dio nuevo impulso a fuerzas y elementos cuyo espíritu y cuya actividad podrían pronto devenir sediciosos y hasta peligrosos para el régimen. Tanto más cuanto que las simpatías de las masas por el bolchevismo se habían entibiado bastante desde 1917 y el gobierno no lo ignoraba. El eventual despertar de los apetitos burgueses entre ciertos elementos campesinos parecía particularmente peligroso.

Los miembros del partido y las capas privilegiadas, en general, ya formadas en el nuevo Estado y muy influyentes, tuvieron miedo. Insistieron ante el gobierno sobre la necesidad de acabar con la *pausa de la* NEP y volver al régimen del Estado-patrón, del Estado fuerte.

Por tales razones, Stalin, que reemplazó a Lenin, muerto en 1924, debió escoger entre dos soluciones: ampliar aún más la N.E.P. lo que significaba, a pesar de la posesión de las *palancas de comando*, abrir las puertas a la restauración económica y quizá política del régimen del capitalismo privado, o volver al estatismo integral, al régimen totalitario, y reanudar la ofensiva del Estado contra el campesinado.

Todo sopesado, seguro de la potencia adquirida y del dominio del Estado, confiado en el sostén activo de las capas privilegiadas y de gran parte del ejército, definitivamente sojuzgado, y de todas las fuerzas coercitivas de *su aparato*, Stalin optó por la segunda solución. Y a partir de 1928 procedió a la estatalización total de la agricultura, la sedicente *colectivización*, que representa el *cuarto período* de la evolución del problema campesino.

Por la fuerza armada, por el terror, que alcanzó pronto formas y proporciones inauditas, el Estado fue despojando a los campesinos que conservaban la propiedad de un lote, aun mediano, aun pequeño, y acabó por entrar en posesión efectiva y completa del suelo.

Antes de esta operación, había que distinguir en la U.R.S.S.: 1º) los *sovkhoz* (abreviatura de *posesiones soviéticas*), *directamente explotados* por el Estado; 2º) los *kolkhoz*, posesiones colectivas *explotadas en común por los campesinos* bajo la dirección y el control del Estado; 3º) los cultivadores individuales en esa época especie de arrendatarios del Estado, al que debían entregar, como los *kolkhoz*, una parte más o menos importante de sus productos.

Todo ello desapareció con la *colectivización*, y toda la agricultura se convirtió en *empresa directa del Estado, propietario efectivo del suelo*. Todo establecimiento agrícola tomó el nombre de *kolkhoz* y todo campesino fue forzado a entrar en uno de ellos. Sus lotes de tierra y sus bienes fueron confiscados aunque se tratara, hay que subrayarlo, no sólo de campesinos más o menos acomodados, sino de *los millones de cultivadores pobres*, que disponían apenas de lo necesario para nutrirse, no empleaban mano de obra y no contaban sino con lo estricto para su trabajo individual.

Desde entonces, todo campesino está ligado en la U. R. S. S a un *kolkhoz*, como el obrero lo está a una fábrica. El Estado lo ha transformado no ya en su colono, sino en su siervo, obligado a trabajar para su nuevo amo. Y como todo verdadero amo no le deja, del producto de su trabajo, sino lo mínimo indispensable para vivir; el resto, la mayor parte, es puesto a disposición del gobierno, el que, como todo verdadero amo, dispone de él a voluntad, sin

que el campesino tenga ni siquiera noción de ello. No hay enriquecimiento capitalista, es cierto, pero otras castas engordan en la U.R.S.S.

Teóricamente, el Estado *compra* a los *kolkhoz* sus productos. Es en tal forma, sobre todo, que él remunera el trabajo campesino. Pero, propietario y comprador único, paga los productos a precio irrisorio, por lo que esa remuneración es una nueva forma de explotación de los campesinos *por el Estado capitalista.*

Según los datos de la prensa soviética, el Estado obtuvo en 1936 un beneficio neto aproximado de 25 millones de rublos por la reventa de la producción adquirida a los *kolkhoz*; y en 1937 los integrantes de los *kolhkoz* percibieron apenas el 50 por 100 del valor real de su producción, habiendo sido absorbido el resto por impuestos, gastos administrativos, retenciones diversas.

Casi toda la población campesina rusa se halla actualmente *en estado de servidumbre*. Esta organización agrícola recuerda las famosas colonias militares de Araktcheieff, en tiempo del zar Alejandro I. En efecto, la agricultura *soviética* está mecanizada, burocratizada, militarizada.

Para alcanzar sus fines, Stalin recurrió a terribles medidas violentas. En muchos lugares el campo no aceptó pasivamente las reformas y se soliviantó, pero Stalin estaba preparado, y millones de campesinos fueron encarcelados, deportados o fusilados a la menor resistencia. Tropas especiales, a modo de guardia móvil o cuerpo de gendarmería o policía militarizada, se ocuparon sobre todo de la tarea. En sus *expediciones*, numerosos pueblos obstinados o rebeldes fueron incendiados o arrasados por el fuego de la artillería y las ametralladoras. De añadidura sobrevinieron períodos de hambre que devastaron regiones enteras y arrebataron otros millones de víctimas.

La fuerza impuso su ley. No hay que extrañarse ni ser escéptico ante estos hechos. Ya sabemos, por el fascismo y el hitlerismo, hasta qué extremo un régimen autoritario, armado con todos los medios modernos, puede subyugar a las masas e imponerles su voluntad, a pesar de todas las resistencias y todos los obstáculos, *con tal que la policía y el ejército le obedezcan.*

Los que afirman que el gobierno bolchevique no podía elegir otros medios para salvar su régimen, y al país de hambre endémica y de otras calamidades, para hacer progresar la agricultura y asegurar la marcha hacia el socialismo, deberían comprender que fue peor el remedio que la enfermedad.

El procedimiento gubernamental de arrasar con toda oposición es la prueba irrefutable de que su doctrina es errónea y que la situación por él creada no tiene salida. Por tales medios jamás se realizará el socialismo. Este sistema no lleva al socialismo, sino a un capitalismo de Estado más abominable aún que el capitalismo privado; no es *un estado de transición*, sino otro modo de dominación y explotación. Por eso debemos combatirlo.

El progreso de la agricultura, como colectivización progresiva, igual que el de las demás actividades de la economía, será realizado por fuerzas constructivas y, a la vez, negadoras de la dictadura política del Estado.

El problema agrario se complicaba seriamente en la U.R.S.S. La masa campesina, que luchaba sorda pero eficazmente contra el Estado patrón y contra el trabajo de los *kolkhoz*, ha hecho decaer el rendimiento agrícola. Para estimularla y reconciliarla con el sistema se autorizó a poseer en el mismo *kolkhoz* una parcela individual, muy reducida, algo de ganado y algunos utensilios, para que cada uno pudiese trabajar un poco para sí. El resultado no tardó en dejarse sentir: la lucha entre el campesino y el Estado se agudizó en torno a este *sector privado* y desde entonces los campesinos se esfuerzan para aumentar su propiedad, sus derechos y su trabajo en provecho personal, en detrimento del *kolkhoz*. El Estado se opone, naturalmente, a esta tendencia, aunque se ve obligado a respetar, en lo posible, al *sector individual*, cuyo rendimiento es superior al del *kolkhoz*, contribuyendo sólidamente a la prosperidad del Estado.

Esta lucha y estos tanteos son el punto neurálgico del problema agrario en la U.R.S.S., y no sería imposible que el país se encontrase cercano a un nuevo y quinto período de su evolución agrícola.

CAPÍTULO IV
SITUACIÓN DE LOS FUNCIONARIOS

La tercera clase social, de grande y creciente importancia en la U.R.S.S., es la de los burócratas. Suprimidas las relaciones directas entre las diversas categorías de trabajadores, al igual que su iniciativa y su libertad de acción, el funcionamiento de la máquina del Estado debe ser asegurado por intermediarios dependientes de la dirección central de la máquina, intermediarios cuyo nombre, *funcionarios*, designa con precisión su papel: hacer funcionar. En los países llamados liberales, ellos *hacen funcionar* cuanto depende del Estado. En un país donde el Estado *es todo*, son los llamados a *hacerlo funcionar* todo, esto es: organizar, administrar, coordinar, vigilar, hacer marchar, en suma, la entera vida económica y social.

En un país inmenso como la U.R.S.S., este *ejército civil* del Estado patrono debe ser extraordinariamente numeroso. Y, en efecto, la casta de los funcionarios se eleva a varios millones. No se olvide que en la U.R.S.S. no hay municipalidades ni otros servicios u organismos independientes del Estado ni empresa privada alguna.

Excepto los más ínfimos empleados subalternos, la burocracia es la capa social más privilegiada. Sólo los cuadros superiores militares pueden parangonársele al respecto. Y se explica. Los servicios que presta al Estado son inapreciables. Al lado del ejército y la policía, igualmente enormes y bien regimentados, la burocracia *soviética* es una fuerza de primera importancia, sobre la que, en última instancia, todo reposa. No sólo sirve al Estado en cuanto lo organiza, lo administra, lo controla y lo hace marchar, sino también, función mucho más preciosa, *sostiene fiel y activamente el régimen*, del que depende por entero.

En nombre del gobierno que representa, la alta burocracia manda, dicta, ordena, prescribe, vigila, castiga, persigue; la mediana burocracia y aun la

pequeña ejecutan y a su vez mandan, por ser cada funcionario señor en los límites que le han sido asignados. Jerárquicamente, todos son responsables ante sus superiores, y éstos ante otros más altos, y así sucesivamente hasta llegar al funcionario supremo, el grande, el genial, el infalible dictador.

Los funcionarios están entregados en cuerpo y alma al gobierno, y éste les retribuye, cuidando de ellos incansablemente, con excepción, claro está, de los más inferiores, cuya situación corresponde a la de la grey obrera. Buenas remuneraciones, ascensos, mimos constantes, felicitaciones y condecoraciones para los funcionarios dóciles y aplicados y, para los que sobresalen –señuelo emulador–, grandes recompensas, rápidos progresos y posibilidad de alcanzar los puestos más elevados.

Pero la medalla tiene su reverso. Todo funcionario es un instrumento y un juguete en manos de sus superiores. La menor falta, error o negligencia puede costarle caro. Únicamente responsable ante sus jefes, como un militar, sufre las sanciones de ellos en el orden administrativo, al capricho de su voluntad, sin forma alguna de sumario. Y es la destitución fulminante, a menudo la cárcel, a veces la muerte. El capricho personal de los jefes reina inapelable. Lo más terrible es que, frecuentemente, la víctima no es sino un chivo emisario, por ser su *falta* o su fracaso imputable ya a disposiciones defectuosas de sus superiores, ya a las condiciones generales, ya a la política misma del gobierno. "Stalin siempre tiene razón" (como Hitler en Alemania). Si hay una falla, los culpables han de ser encontrados, y se encuentran pronto. Con harta frecuencia también –ello está profundamente arraigado en las costumbres de la burocracia *soviética*– el culpable es víctima de la lucha por la existencia: la rivalidad, los celos, las intrigas, elementos inseparables del desatentado afán de medradores y trepadores, acechan constantemente al funcionario.

En desquite, ciertos excesos de la vida privada de los altos funcionarios aun rayanos en el desenfreno son tolerados por el gobierno como una especie de indispensable relajamiento de la tensión. La G.P.U. cierra los ojos. Y sus jefes participan en tales excesos. El famoso Iagoda fue un tremendo juerguista perverso. ¡Y no han cesado las orgías en Moscú!

Llegar a toda costa y por cualquier medio, sin dejarse sorprender: Tal es la mayor preocupación y uno de los más poderosos estímulos en la U.R.S.S.

Apenas levantado un poco sobre el nivel de los 160 millones de obreros, campesinos y empleados ínfimos, todo funcionario incipiente puede, mostrándose devota y ciegamente sometido, adulador al par que trepador, llegar a la *buena vida*. Esa esperanza es la que actualmente impulsa al estudio en la U.R.S.S. a los jóvenes ciudadanos. Aspiran, como el *stakhnovista,* a "salir de la masa", que se debate en la miseria. Ambicionan un puesto de jefe, con todas sus gangas: buenas ropas, buena vivienda, abundante dinero, un auto, etc.

Puesto en ese tren al funcionario nada le importa del prójimo. Sabe a la perfección deslizarse, insinuarse, buscar mejor plaza, a fuerza de halagos y servicios obsecuentes, y al par en la medida que prospera, pisotear y aplastar a los desdichados rivales.

Basta, para advertir eso claramente, seguir con atención lo que ocurre en el país. Y aun leer atentamente la prensa rusa, si se conoce lo bastante la

vida, la mentalidad y las costumbres rusas en general. Los discursos y arengas de los jefes, las periódicas distribuciones de premios y condecoraciones, las declaraciones de los delegados en los congresos, las informaciones locales y los pequeños hechos de la crónica cotidiana registrados en los diarios, toda esta documentación permite, a quien sepa leer y comprender, enterarse de la real situación.

Según Yourievsky, sobre cerca de diez millones de funcionarios en la U.R.S.S., el 20 por ciento (dos millones) son privilegiados. El resto arrastra una existencia más o menos penosa, soportada con la esperanza de *subir* y *llegar*.

Agrupados nuestros datos, podemos establecer el siguiente cuadro aproximativo:

1.500.000	de obreros privilegiados sobre	18.000.000
2.000.000	de funcionarios privilegiados sobre	10.000.000
4.000.000	de campesinos acomodados sobre	142.000.000
2.500.000	privilegiados diversos miembros destacados del partido (independientemente de sus funciones), técnicos, militares, policías, etc.	
10.000.000	de privilegiados sobre una población de	170.000.000

Estos diez millones constituyen la nueva clase privilegiada en la U.R.S.S. y el real sostén del régimen. El resto de la población, 160 millones, no es sino una masa oscura, sometida, explotada y miserable.

CAPÍTULO V
LA ESTRUCTURA POLÍTICA

Por nuestro análisis del papel de los funcionarios puede anticiparse la estructura *política* del país.

Políticamente, la U.R.S.S. es gobernada por altos funcionarios de Estado (como Francia, según la fórmula consagrada, es gobernada por los prefectos) y administrada, bajo sus órdenes, por un ejército innumerable de subalternos. Hemos de agregar algunas puntualizaciones indispensables.

Ante todo hay que distinguir dos elementos absolutamente diferentes: el uno lo constituyen *las apariencias*, el decorado, la escenografía –lo único heredado de la gloriosa revolución de octubre–; el otro es la *realidad*.

En apariencia, la U.R.S.S. es gobernada por los Soviets. ¡Nada más falso!

Sin perdernos en detalles, establezcamos los hechos esenciales, subrayando sobre todo los rasgos poco o nada conocidos.

Desde *hace mucho, los Soviets* (consejos obreros) *no desempeñan ningún importante papel político ni social en la U.R.S.S.* Su función es enteramente secundaria y aun insignificante. Son órganos meramente administrativos y ejecutores, encargados de pequeños menesteres locales sin importancia, por completo sometidos a las directivas de las autoridades centrales: el gobierno

y los órganos dirigentes del partido. Los Soviets no tienen ni sombra de poder.

Un gran equívoco reina, fuera de Rusia, sobre los Soviets. Para muchos trabajadores de otros países el término tiene algo de místico. Una multitud de ingenuos –de primos, para decir la palabra–, tomando por gordura la hinchazón, dan crédito al decorado *socialista* y *revolucionario* de los nuevos impostores. Las masas están constreñidas en Rusia, por la violencia y otros métodos de uso interno, a adaptarse a esa impostura (exactamente como ocurre en la Alemania de Hitler y en la Italia de Mussolini, etc.). Pero los millones de trabajadores de los demás países se dejan ganar cándidamente por la superchería, de la que algún día podrán ser también víctimas.

Subrayemos dos hechos esenciales respecto a los Soviets:

1º La creación de los Soviets sólo tuvo lugar en Rusia por falta de otras organizaciones obreras, ante el apremio de constituir un órgano de información, de coordinación y de acción común a muchas fábricas (V. libro I, parte II, cap. II). Si Rusia hubiese contado en 1905 con sindicatos obreros y un movimiento sindicalista de clase, jamás se habría tenido la idea de crear soviets, jamás se habría recurrido a tales organismos vagos, fortuitos y meramente representativos.

2º El soviet no es, en absoluto, un organismo de lucha de clase, de acción revolucionaria. No puede ser, tampoco, célula viviente, actuante de la transformación social o de la nueva sociedad naciente. Por su estructura misma es una institución floja, pasiva, de traza más bien burocrática o, en el mejor de los casos, administrativa. Un soviet puede ocuparse de ciertos pequeños menesteres locales, no más. Es una especie de *consejo municipal obrero*. Pero –y esto es grave– por su estructura y por sus pretensiones puede devenir, en determinadas circunstancias, instrumento de un partido político, como fue el caso en Rusia. Está propenso, pues, a la *enfermedad política*, y representa por lo tanto un peligro cierto para la revolución.

Por estas dos razones, todo este famoso *sistema de los soviets*, producto de las condiciones específicas en que se hallaba el movimiento obrero en Rusia, *no tiene ningún interés ni utilidad alguna para los trabajadores de los países en que existan organismos sindicales, movimiento y lucha sindicales, organizaciones de clase, de combate y de reconstrucción social, y las masas laboriosas se preparen a una lucha final directa, al margen del Estado, de los partidos políticos y de cualquier gobierno.*

En apariencia, hemos dicho, Rusia es gobernada por los soviets (“libre emanación de la clase obrera”, según el mito extendido en el extranjero).

Teóricamente, es decir, según la vieja constitución escrita, el poder supremo en la U. R, S. S. pertenece al Congreso panruso de los Soviets, convocado periódicamente, que tiene, en principio, el derecho de nombrar, eliminar y reemplazar al gobierno. En principio, los Soviets detentan el poder legislativo y sus Ejecutivos, el poder ejecutivo.

En realidad, es el gobierno mismo, llamado Consejo de Comisarios del Pueblo, emanación directa del partido comunista, el que detenta de manera absoluta *toda la fuerza y todo el poder*, tanto legislativo como ejecutivo[1].

[1] Durante la última guerra las Comisarías del Pueblo fueron suprimidas y se crearon

Es el gobierno quien domina, no los Soviets. El gobierno puede, si quiere, aplastar al Congreso de los Soviets, o a cada soviet separadamente, o a cada miembro del soviet, en caso de oposición o desobediencia, pues dispone de todas las palancas de mando. Pero hay más. El verdadero gobierno del país no es siquiera el Congreso de Comisarios del Pueblo, también él no más que decoración, sino el *Politburó*, formado por eminentes miembros del comité central del partido[2]. Ni eso tampoco es todo. De hecho, el jefe brutal y astuto del *Politburó*, secretario y jefe del partido y del comité central, el *grande y genial* Stalin (o quien lo reemplace) es el verdadero poder supremo: el dictador, el *Vojde* (*Duce o Führer*) del país. Con mucha más razón que Luis XIV, este hombre podría decir: “El Estado soy yo.”

Es a Stalin (o a su reemplazante eventual) a quien sostienen el areópago (el *Politburó*), el Consejo de los Comisarios del Pueblo, el entero partido, los aspirantes del partido, las clases privilegiadas, la burocracia el aparato general el ejército y la policía, todo un mundo que depende de él material y moralmente, y sólo existe gracias a él. Todo ese mundo cree ciegamente en su fuerza y su habilidad para salvaguardar el régimen, constantemente amenazado por el sordo descontento y la cólera, de momento impotentes, de las masas populares engañadas, subyugadas y explotadas.

Es él, el gran jefe, y luego el *Politburó*, el comité central del partido y el Consejo de Comisarios del Pueblo, quienes imponen su voluntad a los Soviets, y no a la inversa.

Hay quienes pretenden que Stalin y todas esas instituciones reinan *por voluntad del pueblo*, pues todos los miembros del gobierno, los órganos dirigentes y los soviets *son elegidos de manera libre y secreta*. Ahora bien; si se examinan de cerca el mecanismo y las disposiciones de estas elecciones *libres y discretas*, se advertirá fácilmente, aun sin participar en ellas, que no son sino una comedia (más o menos como en todas partes). Si bien las elecciones eran al principio relativamente libres y casi discretas[3] –no teniendo el gobierno nada que temer de las masas, que estaban por los Soviets, ni siéndole posible decepcionarlas inmediatamente–, ya hace mucho tiempo que esa relativa libertad no existe. Hace años que las elecciones no son libres ni secretas, y esto *de modo oficial*, mal que les pese a los secuaces ignorantes del extranjero, que siempre lo han negado. Es notorio, en efecto, que la pretendida *libertad* y el fementido *carácter secreto* de las elecciones fueron *otorgados* recientemente al pueblo, por la famosa *constitución democrática* de Stalin, cuya finalidad fue apaciguar el creciente descontento y echar más telarañas a los ojos de los trabajadores extranjeros. Stalin y su gobierno tenían ya la certidumbre de seguir dominando la situación, a pesar

Ministerios. Hoy la U.R.S.S. está regida por un Consejo de Ministros. (N. del trad.)

[2] En el V Congreso del P. C. de la U.R.S.S., celebrado en 1952, se decidió suprimir el Politbureau, quedando la dirección del partido más centralizada aún en la Secretaria General (N. del trad.).

[3] La imposición, la vigilancia, la amenaza, fueron norma desde el principio. Los Comisarios del Pueblo, los miembros del Politbureau y de otros órganos supremos nunca eran elegidos, sino designados por el Comité Central del partido bajo la presión del genial conductor, y aprobados por el Congreso de los soviets, dócil instrumento del Comité.

de la *libertad* y el *secreto* de las elecciones. El aparato del Estado era lo bastante sólido, y suficientemente domado el pueblo, para que el gobierno descontase tener a su merced a la grey votante, no obstante las *liberalidades* acordadas. El texto mismo de la constitución deja entrever estos cálculos.

Actualmente, pese a las apariencias, las elecciones son inspiradas, aun impuestas, organizadas y vigiladas por innumerables agentes del gobierno omnipotente. Los comités, las células y otros órganos del partido sugieren a los electores sus *ideas* e imponen sus candidatos, cuya lista, por lo demás, es única, presentada por el partido comunista. No hay rivales. ¿y quién osaría oponerse a esta lista o presentar otra? ¿Con qué fin el elector le haría ascos a eso, si su gesto no cambiaría en nada la situación, aunque podría, eso sí, llevar a la cárcel al reacio?

El voto es libre y secreto sólo en el sentido de que el elector puede manejar la pluma sin ser observado por encima del hombro. Pero, en cuanto a lo que escriba, no hay alternativa. Su gesto está predestinado; es puramente automático, pues.

La composición de los Soviets y su sumisión están así asegurados de antemano. La papeleta del voto sólo es una superchería más.

La constitución de Stalin es la tercera desde la revolución de octubre. La primera, adoptada por el V Congreso de los Soviets en julio de 1918, bajo Lenin, estableció las bases del Estado bolchevique. La segunda, adoptada en 1924, aún bajo Lenin, introdujo ciertas modificaciones que consolidaron la potencia del Estado, suprimiendo los últimos vestigios de independencia de los soviets, de los comités de fábrica, etc. La tercera, otorgada por Stalin y adoptada en 1936, por nada cambió el estado de cosas. Retoques de detalle sin importancia, vagas promesas, algunos artículos machacando fórmulas *democráticas* pronto contradichas por los artículos siguientes y, en fin, el reemplazo de los Congresos anuales panrusos de los Soviets por un Soviet superior permanente, renovable cada cuatro años: eso es todo.

Debiera ocuparme ahora del nivel *cultural* de este Estado. Pero, no siendo parte la cultura de la estructura de un Estado, prefiero ocuparme de ella más adelante, en el capítulo de las *Realizaciones*.

CAPÍTULO VI
OJEADA DE CONJUNTO

El cuadro que acabo de trazar requiere algunas pinceladas complementarias.

El sistema bolchevique quiere que el Estado-patrono sea también para cada ciudadano el furriel, el guía moral, el juez y el distribuidor de premios y castigos. El Estado proporciona a cada ciudadano trabajo y le asigna un empleo; lo alimenta y le paga; lo vigila, utiliza y maneja a gusto; lo educa y moldea; lo juzga y le discierne recompensas o condenas. Es empleador, alimentador, protector, vigilante, educador, instructor, juez, carcelero y verdugo, todo, en junto, en una sola persona, la del Estado, que con el auxilio de sus funcionarios aspira a ser omnipresente, omnisciente y omnipotente. ¡Guay de quien intente escapar de su férula!

Subrayemos que el Estado (el gobierno) bolchevique se ha apoderado no sólo de todos los bienes materiales y morales, sino también –lo que tal vez sea más grave– se ha convertido en detentor perpetuo de toda la verdad, en todos los dominios: verdad histórica, económica, política, social, científica, filosófica o de cualquier índole. En todos los dominios el gobierno bolchevique se considera infalible y llamado a conducir a la humanidad. Sólo él posee la verdad. Sólo él sabe adónde y cómo dirigirse. Sólo él es capaz de conducir con bien la revolución. Y lógica fatalmente, pretende que los 170 millones de habitantes lo consideren como el único sostenedor de la verdad, sostenedor infalible, inatacable, sagrado y lógica, inevitablemente, quienquiera, hombre o grupo, ose, no ya combatir a este gobierno, sino simplemente dudar de su infalibilidad, criticarlo, contradecirlo, censurarlo en lo que sea, es tenido por enemigo, y, por lo tanto, enemigo de la verdad, de la Revolución: ¡es contrarrevolucionario!

Se trata de un verdadero *monopolio de la opinión y el pensamiento*. Toda opinión, todo pensamiento que no sea el del gobierno es considerado herejía, herejía peligrosa, inadmisible, criminal, que se castiga inexorablemente con la prisión, el exilio, la ejecución.

Los sindicalistas y anarquistas, ferozmente perseguidos *tan sólo por su osadía de tener una opinión independiente sobre la Revolución*, saben algo al respecto.

El sistema es, bien se ve, de *completa, absoluta esclavitud* del pueblo, esclavitud física y moral. Es, si se quiere, una nueva y terrible Inquisición en el íntegro plano social. Tal es la obra cumplida por el partido bolchevique.

¿Persiguió semejante resultado? ¿Lo hizo a sabiendas?

No, ciertamente. Sus mejores representantes aspiraban, sin duda a un sistema que permitiera la construcción del verdadero socialismo y abriera camino al comunismo integral. Estaban convencidos de que los métodos preconizados por sus grandes ideólogos llevarían a ellos infaliblemente. Por otra parte, creían que todos los medios eran buenos y justificados, de ser conducentes al fin. Sinceros, sí, pero engañados. Y tomaron por falso camino. Por eso, algunos de ellos, al comprender el irreparable error y doloridos de sobrevivir a sus frustradas esperanzas, se suicidaron. Los conformistas y los logreros, naturalmente, se adaptaron.

Me interesa consignar aquí la confesión que me hizo, hace algunos años, un bolchevique eminente y sincero, en ocasión de una apasionada discusión. “Ciertamente –me dijo–, nos hemos extraviado y venido a parar en lo que no queríamos ni pensábamos. Pero trataremos de volver sobre nuestros errores, salir de la *impasse*, retomar el buen camino, y lo lograremos.”

Se puede estar absolutamente seguro, por lo contrario, que no lo lograrán, que no saldrán de ahí jamás. Porque la fuerza lógica de las cosas, la psicología humana general, el encadenamiento de los materiales y la secuela de causas y efectos son, al fin de cuentas, más poderosos que la voluntad de algunos individuos por fuertes y sinceros que sean.

Si los equivocados o extraviados hubiesen sido millones de hombres, si se hubiese tratado de potentes colectividades actuantes en libertad, con franqueza y pleno acuerdo, se habría podido, por un esfuerzo de la voluntad común, reparar las fallas y enderezar la situación. Pero ello es imposible

para un grupo de individualidades colocadas al margen y por encima de una masa subyugada y pasiva, que han de afrontar fuerzas gigantescas que las dominan.

El partido bolchevique trató de construir el socialismo mediante el Estado, el gobierno, una acción política centralista y autoritaria. Y no arribó sino a un capitalismo de Estado monstruoso, mortífero, basado en una ominosa explotación de las masas *mecanizadas*, ciegas, inconscientes.

Cuanto más se demuestre que los jefes del partido fueron sinceros, enérgicos, capaces y que vastas masas los siguieron, tanto mejor resaltará la conclusión histórica que se desprende de su obra. Esta es:

Toda tentativa de realizar la Revolución social con ayuda de un Estado, un gobierno y una acción política –por muy sincera, muy enérgica y más favorecida por las circunstancias y respaldada por las masas que esa tentativa sea– *concluirá fatalmente en un capitalismo de Estado, el peor de los capitalismos y que no tiene absolutamente relación alguna con la marcha de la humanidad hacia la sociedad socialista.*

Tal es la lección mundial de la formidable y decisiva experiencia bolchevique, lección que aporta potente apoyo a la tesis libertaria y pronto será, a la luz de los acontecimientos, comprendida por todos los que sufren, piensan y luchan.

CAPÍTULO VII
LAS "REALIZACIONES"

***El problema*.–** A pesar de las numerosas obras y estudios que aportan abundante documentación y puntualizaciones irrefutables sobre las pretendidas *realizaciones soviéticas*, muchos continúan aferrados a ese mito, pretendiendo conocer y comprender los sucesos sin examinarlos de cerca y aun sin leer lo publicado al respecto.

Los ingenuos, que dan entero crédito alas afirmaciones de los partidarios de la U.R.S.S., estiman sinceramente que las maravillosas *realizaciones* del único *Estado socialista* preparan el terreno al *comunismo* verdadero e integral.

Los que conocemos el país y hemos seguido de cerca los acontecimientos, podemos apreciar las *conquistas* y las *proezas* bolcheviques en su justo valor. Un análisis profundo y detallado de ellas no entra en nuestro propósito. Responderemos brevemente, pues, a estas naturales y muy interesantes preguntas:

El capitalismo de Estado, al que, según propia confesión de sinceros comunistas, ha llegado el bolchevismo en Rusia, ¿da por lo menos resultados apreciables desde el punto de vista meramente industrial, agrícola, cultural? ¿Realiza progresos en esos dominios? ¿Ha logrado dar impulso eficaz a este país atrasado industrial, técnica, Política y socialmente? ¿Podrá algún día, gracias a los progresos realizados, facilitar la transformación social y el paso a la sociedad socialista de mañana? ¿Puede ser considerado ese socialismo de Estado como una transición al socialismo, estadio inevitable e indispensable en un país como Rusia antes de la revolución?

Muchos pretenden que, en las condiciones dadas, los bolcheviques han hecho lo máximo posible. Por lo rudimentario de la industria, la técnica y la instrucción general de las masas –dicen–, lo único concebible *en este país* era la instalación en el poder de una *elite* intelectual que obligase al pueblo a recuperarse del atraso, creara una potente industria, una técnica moderna, una progresiva agricultura y una actividad educativa ejemplar. Esta tarea, indispensable, era la sola abordable. Sólo los bolcheviques así lo comprendieron y se consagraron a ella resueltamente, sin detenerse ante ningún medio, ningún obstáculo. Y sobrada razón tuvieron para aniquilar cuanto pudiera obstruir su obra preparatoria, ya que el porvenir inmediato del país y también del socialismo dependían de estas realizaciones necesarias y urgentes.

Los capítulos precedentes mueven ya, confiamos, a reflexionar sobre el fundamento de tales asertos. Completemos nuestra exposición, *grosso modo*, con algunos hechos, cifras y puntualizaciones.

***El método de investigación*.–** Existe un excelente medio para darse cuenta de las realizaciones *efectivas* del Estado bolchevique y de su verdadera situación. A condición, sin embargo, de conocer el país, su historia, su idioma, sus costumbres y, sobre todo, de saber leer la prensa soviética. Medio poco practicable fuera de Rusia, y es de lamentarlo, por la falta de esas condiciones esenciales. Ese medio consiste en seguir regularmente la prensa rusa, especialmente *Izvestia* y *Pravda*.

Bien sabe el gobierno bolchevique que salvo raras excepciones, estos diarios no son leídos fuera de Rusia. Fiado por una parte en la ignorancia de lo que sucede realmente en la U.R.S.S. y. por otra parte, en la eficacia de su inmensa e intensa *propaganda*, se cree al abrigo de revelaciones inoportunas. Obligado a explicar ciertas debilidades a la población, puede hacerlo con seguridad. Tolera pues, ciertas confesiones en sus diarios, controlando, naturalmente, su objeto, su alcance y su dosificación. Un lector regular y atento de la prensa soviética llega, de confesión en confesión, a edificantes conclusiones.

***La prensa soviética*.–** El investigador ha de concentrar su atención sobre todo en: 1º los editoriales; 2º las reseñas, de los congresos (particularmente los discursos de los delegados); 3º las informaciones y las correspondencias locales; 4º la crónica.

1º Los editoriales y otros artículos de fondo, hechos por mandato y sobre el mismo modelo siempre revelan desde hace años invariable carácter.

Empieza cada artículo por un himno a las *realizaciones* alcanzadas: En tal dominio –se dice– hemos dado pasos gigantescos. Todo marcha a maravilla. *El partido y el gobierno* (fórmula consagrada muy repetida en cada artículo) han tomado tal o cual decisión, aplicado talo cual medida, o promulgado tal o cual decreto. Podemos estar seguros, pues, que desde este momento (se desliza imperceptiblemente al tiempo futuro) esto o aquello será hecho; que

muy próximamente se *habrá realizado* tal o cual progreso, que incesantemente se estará a la espera de tales o cuales resultados, etc.

Esta parte ocupa generalmente dos tercios del artículo. Vienen de seguida invariablemente un *pero*, un *sin embargo*, un *con todo*.

Pero –continúa el artículo– el partido y el gobierno comprueban, por los informes recibidos que las actuales realizaciones están aún lejos de los resultados necesarios; que las bellas promesas se hacen esperar; que hasta ahora no se ha hecho sino esto y aquello. Siguen cifras y datos en asombrosa desproporción con las previsiones. Cuanto más se lee, más se advierte que, en espera del espléndido *porvenir*, el *presente* real es deplorable: negligencias, omisiones, faltas graves, debilidades, impotencia, desorden, confusión he ahí lo que habitualmente comprueba el articulo, que continúa, invariablemente, con desesperados llamamientos: "¡Vamos! ¡Aceleremos el ritmo! ¡Hay que descontar el retraso! ¡es ya tiempo de aumentar la producción! ¡No malgastar esfuerzos! ¡Que los responsables pongan orden en ello! ¡El partido y el gobierno han cumplido su deber! ¡Que los obreros cumplan el suyo¡ etc.

A menudo el artículo termina con amenazas para los *responsables* y en general para cuantos permanecen sordos a los llamamientos del *partido y del gobierno*.

Me he detenido en este detalle de la prensa soviética por ser en extremo típico y hallársele invariablemente, días tras día, desde hace veinte años. Esto dice mucho acerca de las realizaciones efectivas.

2- Las reseñas de los congresos son particularmente edificantes si se sigue atentamente los discursos de los delegados, todos los cuales pertenecen, por descontado, a la *aristocracia* obrera privilegiada, discursos que parecen entre sí como gotas de agua.

El exordio de cada discurso es una desmesurada glorificación de Stalin el grande, el genial, el bienamado, el venerado, el superhombre, el más sabio de todos los pueblos y todos los tiempos. En seguida, cada delegado afirma que en su región, o en su repartición, se hacen inauditos esfuerzos para cumplir las prescripciones del partido y del gobierno y satisfacer al *Vojde* (jefe) adorado. Se escuchan luego bellas promesas para el porvenir y finalmente, casi todos los delegados enumeran servilmente todo lo que el partido y el gobierno han hecho ya por los obreros.

Y a guisa de ejemplo, el delegado cita su propio caso. Es, generalmente, la parte del discurso más curiosa. Por haber trabajado con celo y logrado tales y cuales resultados, ha podido obtener cuales y tales beneficios, o que le permite tener ahora un hogar confortable, con lindos muebles, gramófono, piano, etc. Y confía trabajar mejor aun para llegar a un tren de vida todavía más agradable. "¡Cuanta razón tiene, exclama el delegado, nuestro gran Stalin: la vida en la U.R.S.S. se vuelve cada día más alegre, más cómoda!" Frecuentemente termina con una nota simplona hasta el ridículo: "Las autoridades me han prometido, en recompensa de mis esfuerzos, esto y estotro (una buena motocicleta, por ejemplo). La promesa no se ha cumplido aun, pero yo espero pacientemente, confiado en mi gobierno..." (Prolongados aplausos).

El propósito de tales discursos, sabiamente inspirados, es claro: Se predica a los obreros: "Trabajad con ahínco, obedeced a las autoridades, renegad a vuestro *Vojde* y lograréis salir del rebaño para crearos una gozosa existencia burguesa." Propaganda que rinde sus frutos. El deseo de trepar acucia a millares de individuos en la U.R.S.S. El ejemplo de los que han *llegado* multiplica el afán y la clase dominante saca de ello buen provecho. Pero... ¿y el socialismo? ¡Paciencia, pobres engañados!

3º y 4º En cuanto a informaciones, correspondencias locales y crónicas, nos permiten, de seguirlas regularmente, hacernos una idea aproximada y sugerente de multitud de hechos cotidianos, de esas naderías que en realidad componen y caracterizan la existencia. Al cabo de semejante estudio se está suficientemente al tanto del nivel social y el verdadero espíritu del *primer país socialista*. El estudio de esta documentación ha de ser completado, naturalmente, con la lectura de artículos de revistas, estadísticas, etc.

La propaganda.– Todos los records han sido batidos por los bolcheviques en el terreno de la propaganda, o más exactamente, de la mentira, el engaño, el *bluff*, revelándose maestros insuperables, en cuyo parangón los nazis no son sino modestos alumnos e imitadores.

Con todos los medios de información, publicidad, etc., en sus manos, han rodeado al país de una muralla protectora por la que sólo dejan pasar lo que conviene a sus designios, y montado y sostenido una increíblemente poderosa empresa de engaño, truco, escenografía y sofisticación. Propaganda engañosa que adquiere, a través del mundo, envergadura e intensidad sin par. Considerables fondos se destinan a eso. Echar polvo a los ojos es una de las principales tareas del Estado bolchevique. Diarios, revistas, folletos, libros, fotos, cine, telegrafía sin hilos, exposiciones, mítines, *testimonios*, etc., a cual más mentirosos, son utilizados. El gobierno soviético emplea ampliamente el soborno de las subvenciones directas e indirectas en el extranjero. Entre los Amigos de la U.R.S.S.", por ejemplo, escritores hay que son *amigos* sobre todo porque ello les permite colocar en la U.R.S.S. su producción literaria o entrever otras ventajas.

Como la propaganda por la palabra no basta, el gobierno ha organizado magistralmente el engaño *por el hecho*.

Nadie puede entrar en la U.R.S.S. sin autorización especial, de muy difícil obtención, a menos de ofrecer cierta garantía de simpatía por el régimen. No se puede recorrer el país libremente ni examinar con independencia lo que interese. El gobierno, en cambio, ha montado minuciosa y pacientemente un fastuoso decorado, prometedor montaje a exhibir en toda ocasión al mundo deslumbrado. Las *delegaciones obreras* autorizadas vuelta a vuelta a pasar algunas semanas en Rusia, abominablemente engañadas, si sus integrantes son sinceros, le sirven de excelente medio, lo mismo que la aplastante mayoría de los *turistas* o visitantes aislados que recorren el país bajo constante vigilancia, sin poder comprender lo más mínimo de lo que realmente ocurre en torno a ellos.

Fábricas, colectividades agrícolas, escuelas, museos, campos de deportes, de juego o de reposo, etc., todo es preparado, en lugares determinados, y de tal forma trucado que el pobre viajero queda asombrado, sin sospechar la

supercherία y aun si ve algo verdaderamente bueno o bello, ni se le ocurre pensar que ello únicamente concierne a los diez millones de privilegiados, y en modo alguno a los 160 millones de proletarios explotados.

Si la burguesía de los demás países recurre al *atiborramiento de las mentes*, el bolchevismo emplea un súper atiborramiento tal que, aún hoy y a despecho de todos los testimonios sinceros, millones de trabajadores de todos los países no conocen la verdad sobre Rusia.

Pasemos a otras realizaciones.

***La burocracia. La nueva burguesía. El ejército. La policía*.–** Sabemos ya que el Estado bolchevique logró hacer nacer y desarrollar con vertiginosa rapidez una burocracia formidable, incomparable, que por sí sola forma actualmente una casta privilegiada, aristocrática, de unos dos millones de individuos.

Ha logrado, por otra parte, dividir a la población del Estado *socialista* en varias categorías –por lo menos veinte– de asalariados. Se ha llegado a una desigualdad de las condiciones sociales jamás alcanzada por los Estados de capitalismo privado. Las categorías más bajas perciben de 100 a 150 rublos mensuales y las más altas 3.000 y más (cifras relativas a los años 1936-1938).

Existe una burguesía de estado, que vive pingüemente, disponiendo de suntuosas viviendas, automóviles, criados, etc.

El Estado bolchevique ha sabido militarizar los propios cuadros del partido dirigente formando, sobre todo con la juventud bolchevique, *cuerpos de ejército especiales*, especie de gendarmería o guardia móvil, con cuya ayuda el gobierno bolchevique aplastó la conmoción revolucionaria de Ucrania en 1921 y, cuando es preciso, ahoga en sangre las huelgas, las manifestaciones y las revueltas que se producen de tiempo en tiempo en el país, sin que la prensa bolchevique, naturalmente, diga palabra.

Maniatada, castrada, burocratizada, aburguesada, embridada, desfigurada y petrificada como lo fue la Revolución rusa, era impotente, lo hemos dicho, para imponerse por sí misma al mundo. Los bolcheviques acabaron por advertirlo, y comprendieron también que, en tales condiciones, pronto o tarde, casi fatalmente deberían defender su sistema, no sólo contra el enemigo interior, sino contra el mundo entero, y que habrían de hacerla con los mismos métodos que les sirvieron para imponerse por si misma al país; la violencia armada. Y desde entonces se aplicaron incansablemente a forjar el instrumento Indispensable para tal método: un poderoso ejército moderno.

Su producción minera y su industria pesada fueron consagradas particularmente a ello, lo que les resultó en cierta medida y acabaron por crear un ejército regular, sobre el modelo de todos los ejércitos del mundo: mecánicamente disciplinado, ciegamente adicto al poder, con abundancia de grados y condecoraciones, bien alimentado y equipado y provisto todo de material modernísimo. Con el tiempo, este ejército constituyó una fuerza imponente.

El bolchevismo ha sabido hacerse, además, de una policía poderosa, en buena parte secreta, tal vez la mejor del mundo en cuanto a eficacia en el cumplimiento de sus fines específicos, toda vez que ha logrado mantener en

la obediencia a tan vasta población, mísera, subyugada y explotada. Ha conseguido elevar la delación, a virtud cívica. Todo miembro del partido comunista, aun todo ciudadano leal, ha de ayudar a la G.P.U. como espía y delator honorario.

En suma, el gobierno bolchevique ha logrado reducir a completa esclavitud a 160 millones de individuos, con el propósito de conducirlos algún día –por tal medio infalible, parece– a la libertad, la prosperidad, el verdadero comunismo. En la espera, con su administración enteramente burocratizada, su economía totalmente estatalizada, su ejército profesional y su policía omnipotente, no ha creado sino un Estado burocrático, militar y policiaco por excelencia, modelo de Estado totalitario mecanismo dominador y explotador incomparable: un verdadero Estado capitalista.

Todas esas *hazañas* y *realizaciones* son innegables. ¿Qué decir de las demás?

***Otras "realizaciones"*.–** Establezcamos ante todo y de modo categórico, que las tres mayores tareas del Estado capitalista: la famosa *industrialización del país*, los célebres *planes quinquenales* y la formidable *colectivización de la agricultura*, han terminado en fiasco completo, según confesión del gobierno mismo, confesión forzada, indirecta, pero suficientemente clara.

Cierto es que se ha importado al país una imponente cantidad de maquinarias, aparatos e instrumentos de toda clase; que se ha erigido, algunas grandes ciudades, edificios modernos, y en ciertos barrios grupos de viviendas obreras, muy mal equipadas, por lo demás; que realizado, con el concurso de ingenieros y técnicos extranjeros construcciones gigantescas, como el dique de Dnieprostroï, los hornos de Magnitogorsk, las grandes fábricas mecánicas de Sverdlovsk, el famoso canal Bielooserski, etc., y que se han reanudado, después paralización de los años tempestuosos, las explotaciones mineras, la producción de nafta, el funcionamiento regular de las fábricas en cualquier país y bajo cualquier régimen debe ser hecho desaparecer. En el caso de que se trata, el problema tiene para bien distinto sentido.

En todo lo cumplido por el Estado bolchevique, ¿se advierten verdaderas realizaciones desde el punto de vista que interesa? ¿Se puede probar en ellas un verdadero *progreso general del país*, que lo encamine a la emancipación social y cultural de las masas laboriosas, el camino del socialismo, del comunismo? La actividad del gobierno, ¿ha creado en el país las condiciones indispensables de tal evolución? ¿Constituye realmente un bosquejo de la sociedad nueva? Todo el problema está ahí.

La *industrialización* del país no puede ser verdaderamente productiva y progresiva si no armoniza con su evolución general y natural; ni ser útil sino en armonía con el conjunto de la vida económica, de que sus efectos puedan ser útilmente asimilados por la población. En caso contrario, ella puede ser pródiga en edificaciones acaso impresionante pero *socialmente* inútiles.

Se puede erigir cuanto se quiera cuando se dispone de ciertos y sobre todo de una mano de obra esclavizada, manejable a voluntad y pagadera como le parece al estado-patrono. No se trata, sin embargo, de exhibir realizaciones

mecánicas y de toda índole, sino que estén realmente enderezadas al fin perseguido. Ahora bien; una industrialización forzada, impuesta a una población impreparada desde todo punto no puede llenar tal cometido esencial. Querer industrializar, desde arriba, un país cuya población laboriosa no es sino un rebaño sometido, inexperto y mísero, es tanto como pretender industrializar un desierto. Para que un país pueda industrializarse efectivamente, ha de poseer de estos dos elementos esenciales: una enérgica, poderosa y rica burguesía, o una población dueña de sus destinos, esto es, libre, consciente de sus necesidades y sus actos, ansiosa de progreso y decidida a organización para su consecución. En el primer caso, la burguesía debe disponer de mercado capaz de absorber rápidamente los resultados de la industrialización. En el segundo, esta asimilación y la industrialización están aseguradas por el potente impulso de toda la población hacia el progreso.

La Revolución rusa suprimió la burguesía. Desaparecido el primer elemento, queda el segundo. Era preciso dar libre curso a la *evolución colectiva* de un pueblo de 170 millones de individuos, pueblo *espontáneamente dispuesto* a intentar una extraordinaria experiencia social: construir una sociedad sobre bases enteramente nuevas, no capitalistas, ni estatistas. Había, simplemente, que *ayudar* a este pueblo en la realización de la experiencia. Dado el inmenso progreso técnico alcanzado en el mundo y la resultante posibilidad material de una rápida industrialización, determinante de abundancia de productos, no existían obstáculos insuperables para que poderosas colectividades humanas, arrebatadas de prodigioso impulso y ayudadas por todas las maduras fuerzas disponibles, lograsen el fin deseado. ¿Quién sabe cuál sería hoy el aspecto del mundo si se hubiese tomado ese rumbo?

El partido bolchevique no tuvo por nada la comprensión de semejante tarea. Apoderado del poder vacante, pretendió sustituir a la burguesía caída y a la libre masa creadora. Eliminó los dos elementos para reemplazarlos por un tercero: el poder dictatorial, sofocador del aliento de la Revolución –el formidable impulso de millones de hombres hacia su fin manumisor–, poder que seca las fuentes vivas del verdadero progreso y obstruye la efectiva evolución de la sociedad. Era fatal el resultado de ese error: un *mecanismo* sin vida, sin alma, sin poder creador.

Sabemos actualmente, en base a datos precisos e innegables, que, aparte el sector militar, la industrialización bolchevique arribó, en la aplastante mayoría de los casos, a toda suerte de instalaciones y construcciones estériles, sobre todo en cuanto al verdadero progreso económico, social y cultural. Sabemos que el 75 por ciento de todas esas *formidables* edificaciones carecieron de objeto, funcionan malo no funcionan. Sabemos que los millares de maquinarias importadas han quedado rápidamente, en su mayor parte, fuera de servicio, abandonadas y perdidas. Sabemos que la mano de obra actual en la U.R.S.S., rebaño esclavizado que trabaja a disgusto y de modo embrutecedor, por cuenta del Estado-patrono, no sabe, no digamos reparar los pequeños desperfectos, pero ni siquiera manejarlas, por todo lo cual la mecanización no redunda de modo alguno en bien de la población. Solamente el equipamiento del ejército se ha beneficiado de ello,

en cierta medida. Sabemos, en suma, que el pueblo sometido –160 millones de seres sobre 170– vive en espantosas condiciones de miseria y embrutecimiento moral.

La pretendida industrialización de la U.R.S.S. no es una proeza ni una *realización del Estado socialista*; sólo es una empresa del Estado-patrono obligado, tras el fracaso del *comunismo de guerra* y de la N.E.P., a jugar su última carta: la de mecer a sus súbditos, y a los simplones del extranjero, mediante la ilusoria grandeza de sus proyectos, en la esperanza de mantenerse así hasta *tiempos mejores*.

La industrialización de la U.R.S.S. no es sino *bluff*.

Los *planes quinquenales* tampoco son sino otro inmenso *bluff* resultante del de la *industrialización*. En base a hechos y cifras precisas, afirmamos que esos planes han sufrido completa quiebra. Y eso empieza a ser advertido un poco en todas partes.

En cuanto a la *colectivización*, hemos hablado bastante de ella para excusamos de insistir. Ha visto el lector lo que ella representa en realidad. Repetimos que tal *colectivización* no es, de ningún modo, la verdadera solución del problema agrario. Y está bien lejos de ser una *realización socialista* o aun simplemente social. Es un sistema de inútil violencia, absolutamente estéril. El campesino ha de ser ganado a la causa de la Revolución por medios que nada tienen de común con este retorno a la servidumbre medieval, con sustitución del amo feudal por el amo estatal.

Hechos y cifras.– ¿Puede construirse, no digamos el socialismo, sino simplemente una economía sana y progresiva sobre bases tales? Veamos.

En 1939 se dieron a conocer oficialmente los resultados del *tercer quinquenio*.

En el transcurso de los dos primeros, la prensa soviética se había lamentado incansablemente del considerable atraso de su ejecución. La extracción de metales y de hulla, la explotación de los pozos petrolíferos, la producción metalúrgica y la de textiles, el progreso de la industria pesada y de la industria toda, la extensión de las vías férreas y el mejoramiento de su material, todas las ramas dé la actividad económica en suma, se hallaban en gran atraso con relación a lo previsto y prescripto. Con todo, se pasaba de un período quinquenal a otro, aun estándose muy distante de los resultados programados.

El genial dictador apretó el torniquete, castigó, intensificó el rigor.

He ahí que *Izvestia* hubo de confesar indirectamente, en una serie de artículos de agosto a noviembre de 1939, la quiebra del tercer plan. Hacía constar el diario que la producción de acero y hierro en octubre 1939 había sido inferior a la del mismo mes del año anterior, y muy insuficiente, por lo tanto; que habla sufrido bajas el rendimiento en todas las ramas de la industria metalúrgica, y que varios altos hornos habían sido apagados por carencia de carbón y metales.

La situación llegó a ser tan crítica que desde entonces la prensa cesó de publicar las cifras mensuales.

–Según datos de la prensa soviética, las fabricas de locomotoras realizaron en los dos primeros quinquenios tan sólo poco más de la mitad de lo planeado.

–El número de vagones de carga no pudo ser aumentado sino en proporción muy inferior a las prescripciones del plan.

–Las fabulosas empresas, como la Dnieprostroï y la Magnitogorsk, etc., funcionan mal y algunas de ellas sufren largos períodos de forzada inactividad. ..

–Los gigantescos proyectos de electrificación sólo se han realizado en insignificante medida.

–El comisario del pueblo Kossyguin declaró, en mayo de 1939, qué las fábricas textiles estaban deficientemente equipadas y eran, pues, técnicamente inadecuadas para trabajar en las proporciones necesarias y se lamentaba, además, de la desvinculación entre la industria textil, los productores de materias primas. "Las empresas textiles no reciben –confesaba– suficiente lino, cáñamo y lana. Grandes cantidades de lino se pudren, sin embargo, en los campos; el cáñamo recogido espera indefinidamente ser hilado, y en cuanto a la lana, su preparación padece de negligencia en las elementales tareas de la selección y la limpieza, lo que acarrea enorme perjuicio a la fabricación de tejidos. Otro tanto puede decirse –agregaba– de la preparación de los capullos de seda.

Podrían llenarse páginas y páginas con concordantes referencias de hechos y cifras precisas, recogidos en la buena fuente de la prensa bolchevique, relativos a todo orden de actividades, para probar irrefutablemente el fracaso de los planes quinquenales.

En cuanto a la *industrialización*, sólo hay la molestia de elegir entre las múltiples pruebas, para describir el estado lamentable de todas las industrias.

–Según confesión de *Izvestia*, en varios números de enero de 1940, la industria hullera no sabía utilizar las maquinarias nuevas, lo que constituyó una de las causas del insuficiente rendimiento.

–Los diarios del 30 de julio de 1939 se dedicaron a la *Jornada de los transportes ferroviarios*. Las confesiones descubiertas en ellos son excepcionalmente edificantes. Generalmente los rieles son provistos en cantidades muy insuficientes y de mala calidad. Para su fabricación., hay en la U.R.S.S. cuatro grandes fábricas, que desde hace un tiempo han dejado de producir rieles de primera calidad. Los ferrocarriles han de contentarse, pues, con rieles de segunda o tercera calidad. Y, de añadidura, hasta un 20 por ciento de ellos resultan inutilizables. En julio de 1939, en pleno trabajo de reparación de vías, la gran usina Kousnetzki suspendió bruscamente la entrega de rieles. ¿Razón? Falta de aparatos de perforación. De manera general, los repuestos indispensables para los trabajos de reparación no llegan oportunamente, lo que paraliza todo el trabajo. Tres grandes fábricas de repuestos para ferrocarriles interrumpen frecuentemente las entregas por falta de acero, utilaje u otras causas. Se cita, entre otros, el caso de una de esas fábricas que, por faltarle solamente unas tres toneladas de metal, suspendió totalmente la entrega, con lo que los ferrocarriles carecieron de un millón de repuestos. Es; frecuente también que las fábricas entreguen tales o

cuales repuestos, dejando de proveer otros igualmente indispensables, y sin los cuales los entregados carecen casi enteramente de aplicación. Los rieles, por ejemplo, están ahí, deteriorándose, sin colocar, por falta de las piezas para unirlos y sujetarlos.

Por mucho que las autoridades extremen el rigor y el gobierno prodigue sus llamados y establezca *responsabilidades*, todo resulta ineficaz y los informes oficiales deben hacer constar, de vez en cuando, que una de las razones de semejantes lagunas es "la ausencia de todo interés, de toda animación en las masas laboriosas". Según confesión de ciertos órganos competentes, los obreros demuestran una indiferencia rayana en el sabotaje. También se habla a menudo de *exceso de centralización*, de *burocratismo* y de *general incuria*. Pero *hablar* no significa *remediar*. Remedio que no lo hay. Hay que condenar, pues, todo el sistema.

–Según otras confesiones de la prensa soviética, todas las explotaciones, mineras, inclusive la del petróleo, sufren por falta de organización. Su rendimiento es bajo, pese al suministro de maquinarias, en muy mal estado a menudo, y a las reiteradas medidas oficiales. Los números de diciembre de 1939 de *Pravda* comprueban que el rendimiento de las explotaciones hulleras de Ural disminuye continuamente.

–Por la misma época, los diarios se quejan del atolladero en que se debate la industria química.

–La fábrica "El proletariado rojo", que se halla a la vanguardia de la industria metalúrgica en la U.R.S.S., según *Pravda*, sólo produce el 40 % de metal, en razón de "un gran desorden técnico y administrativo",

Podrían multiplicarse los ejemplos y citas coincidentes.

En todos los dominios, la situación de la industria en la U.R.S.S. ha sido y sigue siendo la misma: lamentable. La industrialización es un mito. *Hay maquinaria pero no industrialización.*

Respecto a la *colectivización* se podría acumular volúmenes de edificantes datos recogidos en la prensa soviética. Citemos algunos hechos tomados al azar:

–*La Agricultura socialista*, del 8 de agosto, verifica que, por doquiera los trabajos de la cosecha de 1939 están en retardo, poniendo a menudo en peligro las mieses. En ciertos lugares, casi se ha perdido la cosecha. Según la sección agraria del Comité central del partido, la razón principal de ello es *la insuficiencia de los medios técnicos, debida a su vez, a negligencia, desorganización, incuria y retardos de toda clase.*

Así, por ejemplo, los repuestos indispensables para la maquinaria agrícola no llegan a tiempo o son entregados en cantidad insuficiente

–La construcción de los talleres de reparación se halla en todas partes retardada. Por ejemplo, una central encargada de construir para determinada fecha 300 talleres, no llegó a terminar más que… 14. Otra construyó 8 sobre 353 comprometidos, y así por el estilo. En el distrito de Koursk, sobre un plan de 91 talleres sólo fueron construidos 3.

–Por otra parte (siempre según las admisiones del diario) los trabajos de la cosecha son dificultados porque este año (1939), en grandes extensiones los trigales han sido volteado por las tormentas, y se estaba a la espera todavía

de las instrucciones para adaptar la maquinaria a la siega del trigo en esas condiciones.

–En fin, continúa el diario, los cuadros de obreros calificados han disminuido sensiblemente este año porque, en muchos lugares, los mecánicos y los operadores de máquinas no han cobrado aún su trabajo del año pasado. ¿Razón? A estos obreros se les paga una vez que los kolskhoz han hecho sus liquidaciones, cosa que en los lugares afectados no se hizo aún.

–La prensa soviética de noviembre de 1939 se queja del considerable retardo en la cosecha de patatas y legumbres. ¿Motivos? Falta de hombres y de caballos, escasa provisión de gasolina y, sobre todo, incuria de los *kolkhosianos.*

–*Izvestia* del 4 de noviembre de 1939 confiesa que al 25 de octubre los sovkhoz no han suministrado más que el 67% de las simientes prescriptas en el plan; que los kolkhoz sólo han cubierto el 59% de sus obligaciones; que, a la misma fecha, sólo el 34% de patatas y el 63 % de legumbres han sido entregados al Estado por los kolkhoz.

–En julio de 1939, un congreso de ganaderos del Estado establece: 1º existen muchos kolkhoz sin ganado alguno (45% en Khirguisia, 62% en Tadjikia; 17% en el distrito de Riasan, 11% en el de Kirovsk, 34% en Ucrania, etc.); 2º numerosos kolkhoz disponen de ganado en cantidad irrisoria: en Ucrania, casi la mitad de ellos tienen menos de diez vacas (“lo estrictamente justo para sentirle el olor a las vacas”, se lamenta el relator); 3º en general, el número de cabezas de ganado ha disminuido mucho en la U.R.S.S. después de la colectivización

Y lo más curioso es que, como en todo, por lo demás, ninguna medida práctica y eficaz ha podido ser hallada.

¿Es necesario continuar?

Estos hechos, y estas confesiones y lamentaciones, se repiten desde hace veinte años. Lo dicho puede hacerse extensivo a los demás dominios, en inacabable enumeración de casos.

En la U. R. S. S, se ha prestado atención a ello. Se ha debido plegarse, en la medida necesaria a las exigencias de las autoridades y... “se ha salido del paso como se ha podido”. En el extranjero, hasta estos últimos tiempos, nada se sabía de ello generalmente. Actualmente comienza a percibirse la verdad, Para enterarse plenamente, le bastará al lector consultar las obras cada vez más numerosas que tratan estos problemas y revelan estos hechos.

Nos hemos limitado a citar algunos hechos y cifras para permitir al lector prever ya la respuesta a los interrogantes fundamentales que nos interesan. Nuestro tema principal no nos permite entretenernos más sobre eso. Observemos aún, sin embargo, un hecho importante y muy reciente,

Las últimas medidas tomadas por el gobierno bolchevique para estimular la actividad de los kolkhoz son típicas. Ya en el verano de 1989, ciertos órganos periodísticos (por ejemplo, *La Obra Constructiva del Partido*, Nº X) reconocía que el mal esencial del sistema soviético era “el escaso interés del kolkhosiano en rendir un trabajo de calidad y obtener buenas cosechas”, Inspirada desde arriba, la prensa se dedicó a ese motivo,

Poco más tarde, en enero de 1940, *Izvestia* declaró que el “Partido y el gobierno” habían decidido estimular el interés económico de los kolkhosianos. Con tal fin, afirmaba, en adelante “cada kolkhosiano deberá tener la certeza de que todo excedente de la cosecha que obtenga quedará a total disposición del kolkhoz y servirá para mejorar su economía”. (*Antes, pues, no era precisamente ése el caso*). Y agregaba que era muy importante “desarrollar la iniciativa creadora de las masas kolkhosianas”.

En fin, por decreto del 18 de enero de 1940, el comité central del partido y el consejo de comisarios, del pueblo acordaron a los kolkhoz cierta independencia económica. Cada kolkhoz obtenía el derecho de establecer por sí mismo el plan de siembras (que, naturalmente, habría de ser aprobado por las autoridades),

Va sin decir que esta especie de NEP kolkhosiana quedó letra muerta. No fue sino una maniobra del gobierno; debida sobre todo a sus reveses en la guerra con Finlandia y prácticamente contrarrestada por todo el ambiente. La masa campesina, por lo demás, había perfectamente comprendido esta nueva maquinación y acogió la *reforma* con indiferencia total.

Nos hemos detenido en este particular, pues esta pequeña historia arroja muy viva luz sobre el verdadero carácter de la *colectivización* bolchevique. Recordemos que, de modo general, esta pretendida *colectivización* forzada, emprendida con el fin de someter completamente el campesino al Estado, nueva forma de servidumbre, se resquebrajó por todos lados. No asentó ningún progreso. Su fracaso es evidente. Lo consignado no deja lugar a duda.

La misma prensa bolchevique se ve en la necesidad de insistir de más en más sobre la gravedad de la lucha del “sector individual” contra el “sector socialista” en la agricultura de la U.R.S.S. Ésta es descuidada abandonada y aun francamente saboteada por los campesinos, a la menor ocasión y por múltiples medios. La situación es considerada finalmente como “muy seria”. Las aparentes concesiones son tentativas para suscitar en los kolkhosianos interés por su k91khoz y para combatir las tendencias contrarias a tal interés.

No hay la menor duda de que estas tentativas fracasarán. La lucha del campesino contra la servidumbre ha de continuar.

Las “realizaciones” en el “frente cultural”.– Abandonemos el plano *material*: económico, industrial, técnico, para abordar otros dominios que sería posible llamar *espirituales.*

Tres puntos hay que requieren, sobre todo, ser puntualizados:

1º El problema de la educación y la instrucción del pueblo;

2º La emancipación de la mujer;

3º El problema religioso.

Lamento no poder detenerme mucho en cada uno de ellos, lo que requeriría excesivo espacio. Ello no constituye, por otra parte el propósito de esta obra. Limitémonos, pues, a establecer algunos rasgos esenciales.

1º Desde hace años, los ignorantes y los interesados pretenden que habiendo encontrado al país en estado totalmente inculto, casi *salvaje*, los bolcheviques le han hecho dar un *paso gigantesco* en el camino de la cultural general la instrucción y la educación.

Visitantes extranjeros, después de haber visto tal o cual ciudad, nos, hablan de las maravillas que han podido observar “por sí mismos”, ¿No he oído afirmar, con perfecta seguridad, que antes de los bolcheviques “casi no había escuelas populares en Rusia” y que actualmente “las hay espléndidas por todas partes”? ¿No le he oído a un conferencista que “antes de la Revolución no había en el país sino dos o tres universidades y que los bolcheviques han creado varias”? ¿No se cuenta que, antes de los bolcheviques el pueblo ruso casi totalmente no sabía leer ni escribir y que ahora ha desaparecido casi ese tipo de analfabeto completo? ¿No se dice –y cito este caso como ejemplo de la ignorancia y las falsedades respecto a Rusia– que la ley zarista prohibía a los hijos de obreros y campesinos el acceso a las escuelas secundarias y superiores?

Los viajeros pueden observar y admirar, cierto es, en las grandes ciudades de la U.R.S.S., algunas hermosas escuelas modernas bien equipadas y organizadas, primeramente por ser corriente que las grandes ciudades del mundo estén dotadas de tales escuelas modelos (la misma comprobación pudo haberse hecho en la Rusia zarista) y secundariamente, porque eso forma parte del programa publicitario y decorativo del gobierno. Pero la situación en algunas grandes ciudades, ni siquiera general en ellas, bien poco significa en cuanto al estado de cosas *en el país* sobre todo en país tan extenso como Rusia. El viajero que quisiere formular conclusiones aproximadas a la verdad, por lo menos, debería ver las cosas a voluntad, no recorriendo a boca abierta el itinerario oficial seguir su evolución día a día, durante meses o semanas, en las profundidades del país: las numerosas ciudades pequeñas, las innumerables ideas, los kolkhoz, las fábricas distantes de los grandes centros, etc. ¿A qué viajero se le ha ocurrido eso, y quién, de habérsele ocurrido, ha obtenido la autorización y tenido la posibilidad de hacerlo?

En otras partes de esta obra, hemos dejado establecida ya la falsedad de otras leyendas similares.

Nadie pretenderá que la instrucción y la educación estaban en Rusia suficientemente extendidas (ni lo estaban en ningún país, con diferencias de grado y de detalles). Nadie negará que la proporción de analfabetos era muy elevada en la Rusia zarista y que la instrucción popular estaba muy en retraso con relación a ciertos países occidentales. Pero de eso las afirmaciones de que he citado ejemplos hay muchísima distancia.

Fácil es establecer la verdad.

Por una parte, la red de escuelas primarias, secundarias y superiores en la Rusia anterior a la Revolución era ya bastante apreciable, sin ser suficiente. La situación era deficiente sobre todo respecto a la enseñanza misma: programas, métodos y medios eran lamentables. El gobierno, desde luego, se preocupaba bien poco de la verdadera instrucción del pueblo y en cuanto a las municipalidades y los particulares, vigilados por las autoridades y obligados a seguir los programas oficiales, no podían llegar a grandes resultados, con todo haber logrado algunas bellas realizaciones.

Por otra parte, los pretendidos *progresos enormes* cumplidos en este terreno por el gobierno bolchevique son en realidad muy mediocres. Para cerciorarse de ello basta, como en otras materias, seguir de cerca la prensa soviética. Sus lamentaciones y confesiones son por demás elocuentes. Demos, pues, algunas citas más o menos recientes.

Según las declaraciones generales y las globales cifras oficiales, la enseñanza en la U.R.S.S. se desarrolla más que satisfactoriamente. El número de alumnos primarios y secundarios alcanzó en 1935-36 la imponente cifra de 25 millones; el de estudiantes superiores se elevó a 520.000 1936-37, las cifras respectivas eran: 28 millones y 560.000. Y, en 1939 (*Pravda* del 31 de mayo) : 29,7 millones y 600.000. Cerca de un millón de alumnos recibían enseñanza técnica: industrial, comercial, agrícola, etc. Los cursos para adultos eran numerosos. Y muy vivo el deseo de instruirse.

Natural es que un gobierno surgido de la revolución y pretendidamente popular se esfuerce en satisfacer la aspiración del pueblo a una buena instrucción, como es normal que someta el sistema de enseñanza a una reforma fundamental. Cualquier gobierno posrevolucionario habría hecho otro tanto.

Para juzgar la obra del gobierno bolchevique con conocimiento de causa no bastan los datos cuantitativos de las cifras oficiales. Lo que importa es saber *la calidad* y *el valor* de la nueva enseñanza. Establecer el gobierno, ha logrado organizar una buena enseñanza, asegurar una instrucción *valida, profunda, sólida.* Saber si la instrucción y la educación en la U.R.S.S. son capaces de formar hombres constructores de vida nueva, militantes de la obra socialista.

La prensa soviética misma responde a ello negativamente, por sus confesiones, que no cesan desde hace años.

Establezcamos, ante todo, que *la enseñanza en la U.R.S.S. no es igual para todo el mundo.* En efecto, la enseñanza superior no es gratuita (V. la Constitución de Stalin, art. 125). La mayoría de los estudiantes son becarios del Estado. ¿Y los demás? Si la instrucción superior es un *privilegio* acordado a placer por el gobierno, buen número de jóvenes han de verse privados de satisfacer su deseo de ella. Pero hay defectos mucho más graves.

Desde hace años, las mismas comprobaciones y quejas se reeditan invariablemente en los diarios soviéticos.

1º El gobierno no ha logrado aún producir manuales escolares en cantidad suficiente. La burocracia, el centralismo, las reformas administrativas, etc., lo impiden. El presidente del comité dirigente de las escuelas superiores, un tal Kaftanoff, hubo de confesar en su discurso (*pravda* del 31 de mayo de 1939) que las escuelas superiores carecían totalmente de manuales. En 1939 se consiguió editar una pequeña cantidad, buena parte de los cuales sólo son reimpresiones de manuales anteriores a la revolución.

2º Igual comprobación, año tras año, en cuanto al material escolar cuya escasez y pésima calidad dificulta seriamente la labor instructiva.

3º La cantidad de edificios escolares es absolutamente insuficiente y su aumento muy lento, lo que crea un grave obstáculo a los reales progresos de la instrucción. De añadidura, los edificios se hallan en muy mal estado, y los que se construyen –de prisa y sin mayor cuidado– son defectuosos y se deterioran rápidamente.

Estas deficiencias no son, sin embargo, las más importantes. Un mal mucho más profundo paralizo la obra educacional: *la falta de maestros y profesores*.

Desde 1935, *Izvestia*, *Pravda* y otros diarios soviéticos abundan en confesiones y quejas al respecto. Según ellas, la preparación de los cuadros docentes elementales no responde de modo alguno a las necesidades del país. En 1937, por ejemplo, sólo pudo obtenerse el 50% del plan respectivo. En los distritos faltan centenares y hasta millares de maestro. No es eso todo. Los maestros en funciones están bien lejos de ser debidamente idóneos. Cerca de los dos tercios de los profesores secundarios no han recibido instrucción superior. Y la misma proporción de maestros primarios carecen de instrucción secundaria. La prensa soviética se queja amargamente de la *crasa ignorancia* de los maestros y cita numerosos casos estupefacientes de ineptitud.

En resumen –y en realidad– la instrucción y la educación en la U.R.S.S. se encuentran en lamentable estado.

Fuera de las grandes ciudades y su ficticio decorado, no hay suficientes manuales, ni material escolar, ni escuelas, ni maestros. Los edificios escolares, además, carecen de elementales instalaciones y dependencias higiénicas y aun de calefacción.

En las profundidades del país, la enseñanza popular padece de increíble abandono. Es el desorden absoluto.

En tales condiciones, el pretendido 90% de la población más o menos letrada, ¿no es otro mito? La misma prensa soviética da la respuesta. Año tras año comprueba la carencia de la más elemental instrucción y un nivel cultural muy bajo, no sólo en la masa del pueblo, sino también en la juventud escolar, entre los estudiantes, los maestros y los profesores.

Los esfuerzos del gobierno por remediar tal estado de cosas son infructuosos. El ambiente general, *el fondo mismo del sistema bolchevique*, constituyen obstáculo insuperable para toda mejora efectiva de la situación. La tendencia misma de todo el sistema de enseñanza en la U.R.S.S. impide el éxito. Se cultiva más *la propaganda* que la instrucción o la educación. Se atiborra la mente de los alumnos con las rígidas doctrinas del bolchevismo y del marxismo. *Ninguna iniciativa, espíritu crítico alguno, ninguna libertad de duda o de examen son tolerados*. La entera enseñanza está penetrada de un espíritu escolástico: sombrío, duro, fijo.

La falta general de toda libertad de opinión, la ausencia de toda discusión o acción independiente y aun de todo cambio de ideas en el país donde sólo el dogma marxista es admitido, todo ello imposibilita la instrucción y la educación verdaderas del pueblo.

Los viajeros –observadores necesariamente superficiales y a menudo ingenuos– admiran las instituciones culturales y deportivas que han visto en sus rápidas visitas oficiales a Moscú, Leningrado y otras dos o tres ciudades más. Pero, he aquí lo que encontramos en el Nº 168 de *Troud* (julio de 1939):

Los mineros de la cuenca del Donetz plantean a las autoridades lo siguiente (y el documento ha sido publicado, cosa rara): ¿Cuál es la utilidad

de las retenciones sobre sus salarios en pro del "Palacio de la "Cultura" de Gorlovka (localidad industrial de la cuenca)? En 1939, dicen los mineros, el costo de su sostenimiento alcanza a algunos millones de rublos. El presupuesto del Club de los Mineros se eleva a 1.178.000 rublos. De este total, más de 700.000 son pagados a la industria cinematográfica por el alquiler de films que nadie acude a ver por su mala calidad y el resto se invierte en el personal. Los mineros no aprovechan absolutamente nada del dinero que entregan obligadamente.

El "Palacio de la Cultura", continúan los mineros, está circuido por un jardín solemnemente llamado *parque*. Una importante suma de dinero se retuvo de los salarios para el acondicionamiento de tal jardín, invertido en la construcción de una inmensa puerta de entrada, con garitas de cemento, inútil acceso, pues se ha omitido construir muro, verja o seto en torno al *parque*. Todo el jardín se halla en tal abandono que nadie puede aprovecharlo para ese elemental solaz. Fueron construidos, sin embargo, un teatro, una pista, un tiro al blanco y baños de ducha, ninguno de los cuales funciona para los mineros, no teniendo más objeto que hacer ver a los mineros la desenvoltura con que los dirigentes responsables de las organizaciones obreras manejan el dinero de los trabajadores. Esos dirigentes tienen, en el parque, un rincón reservado para ellos intimo, llamado "Jardín del comité minero". Los mineros que pagan el Palacio, el club, el parque y el jardín del comité minero, sólo tienen a su disposición las polvorientas calles de Gorlovka.

Lo sorprendente es que tal reclamación haya tenido cabida en las columnas del diario. Es de suponer que por ciertas razones, las autoridades no han podido rehusar a los mineros esta reclamación y que en las altas esferas se haya resuelto admitirla y aplicar sanciones. Pero se puede tener por cierto que, por cada caso ofrecido a la publicidad, hay miles cuya publicación se impide.

Un sofocante dogmatismo, la ausencia de toda verdadera vida individual, de todo impulso libre, de todo vuelo espiritual, la falta de perspectivas varias y apasionantes, el imperio de un espíritu de cuartel, de un funcionarismo asfixiante, de un servilismo rastrero combinado con un logrerismo inescrupuloso, la monotonía desesperante de una existencia sombría e incolora, reglada hasta en sus menores detalles por las prescripciones del Estado: tales son las características de cuanto concierne a la enseñanza, la educación y la *cultura* en la U.R.S.S.

¿Qué de sorprendente, pues, que la juventud estudiantil (según la *komsomolskaïa Pravda* en su Nº, por ejemplo, del 20 de octubre de 1936) se halle afectada por decepción profunda y peligroso espíritu de tedio? Todo el ambiente ejerce deprimente acción sobre los estudiantes.

Según ciertas admisiones de la prensa soviética una gran mayoría de estudiantes sigue los cursos sólo por obligación, sin real interés. Muchos estudiantes se pasan las noches jugando, a los naipes.

Véase este párrafo del "diario" de un estudiante: "Sufro de tedio, terriblemente. Nada diferenciado, notable, que sobresalga: ni en los hombres ni en los hechos. ¿Qué me espera? Bueno: terminaré mi curso. Seré

ingeniero, tal vez excelente. Podré tener dos habitaciones, una mujer tonta, un chico inteligente y 500 rublos de sueldo. Dos reuniones mensuales, etc. ¿Y después?.. Y cuando yo me pregunte si sentiré dejar esta vida, me responderé: no, la abandonaré sin gran pena.”

2º Se ha hecho mucho ruido respecto *a la emancipación de la mujer*. La verdadera igualdad de los sexos, la abolición del matrimonio legal, la unión libre, la libertad para la mujer de disponer de su cuerpo, el derecho al aborto, todas esas bellas *proezas* del gobierno bolchevique han sido cantadas y glorificadas por la prensa de *vanguardia* de todos los países sin la menor tentativa de profundo examen. Estas *realizaciones* entran también en el número de los mitos.

El lector sabe que las ideas sobre la igualdad y la libertad de los sexos, con todas las consecuencias prácticas que de ellas se derivan, habían sido adoptadas desde hacía mucho tiempo –antes de la Revolución– por los medios avanzados rusos. Todo gobierno surgido de la Revolución. estaba obligado a tenerlas en cuenta, sancionando este estado de Cosas. Nada existe, de “específicamente” bolchevique en esta conquista. El mérito de los bolcheviques sólo ocupa un lugar muy modesto.

Incontestablemente, el gobierno bolchevique ha querido aplicar los principios enunciados. Pero, de nuevo, la cuestión esencial es saber si ha *tenido éxito*. Y nuevamente podríamos llenar muchas páginas –con el apoyo de textos auténticos– para demostrar que ha fracasado lamentablemente, y que, su propio sistema, con sus consecuencias prácticas, le ha obligado a abandonar todo, a volver hacia atrás, guardando sólo la leyenda y el *bluff*.

Ante todo, el casamiento legal no ha sido de ningún modo abolido en la U.R.S.S.; se ha *simplificado* o, más bien, se ha vuelto civil, mientras que antes de la Revolución era obligatoriamente religioso. Idéntica observación para el divorcio que, civil, es reglamentado por una serie de condiciones pecuniarias, de medidas penales, etc. (Ver, por ejemplo, *Izvestia* del 28 de junio de 1936).

Examinando los registros de casamientos, se comprueba una fuerte proporción de matrimonios concluidos entre mujeres muy jóvenes y hombres de edad muy avanzada, pero altamente remunerados. Lo que prueba que en la U.R.S.S., como por doquiera –y tal vez más que en otras partes– el *casamiento es un “negocio”* y no una libre unión de amor, como los bolcheviques quisieran hacer creer y es enteramente natural desde el momento que el sistema capitalista, bajo otra forma, ha quedado intacto. Sólo la forma ha cambiado, el fondo y los efectos subsisten.

Habiendo fracasado la tentativa de construir un *Estado socialista*, habiendo finalizado por edificar un Estado capitalista (ningún otro Estado puede ser imaginado), los bolcheviques se vieron obligados, como en todos los otros dominios, a retroceder en todo lo concerniente a las relaciones entre los sexos, la familia, los niños, etc.

Era fatal. Este dominio no puede ser verdaderamente modificado *si el conjunto de la sociedad no cambia fundamentalmente*. No siendo enteramente renovado, si no cambia sino de forma, entonces todas las costumbres comprendidas las relaciones entre los sexos, la familia, el niño, no cambian tampoco *sino de forma*, pues *en el fondo* siguen siendo tan retrógradas como lo eran antes, aun cambiando de aspecto.

Es lo que ha sucedido en la U.R.S.S.

A partir de mayo de 1936, todas las *bellas ideas*, todos los *principios avanzados* fueron poco a poco desechados. Una serie de leyes han reglamentado el casamiento, el divorcio, las responsabilidades de los esposos, etc.

Esta legislación ha restablecido, pura y simplemente, aunque bajo nuevas formas, las bases de la *familia burguesa*.

La libre disposición de su cuerpo fue, de nuevo, prohibida a la mujer. Fuertemente restringido ha sido también el derecho al aborto. Actualmente (ver ley de Mayo de 1936 y los edictos posteriores) el aborto sólo es admitido en casos excepcionales, por prescripción del médico y en determinadas circunstancias. El aborto y aun su *sugestión*, son bastante severamente castigados si tienen lugar sin justificación legal.

La prostitución está muy difundida en la U.R.S.S. Para persuadirse de ello y también –digámoslo al pasar– para darse cuenta del bajo nivel de las costumbres “soviéticas” en general, basta recorrer regular y atentamente la crónica cotidiana, las correspondencias locales y otras noticias semejantes de los periódicos rusos.

En cuanto a la *igualdad de los sexos*, principio practicado desde hacía mucho tiempo en los medios avanzados rusos, los bolcheviques, naturalmente, lo admitieron. Pero igual que otras bellas tesis sociales o morales, ésta ha sido falsificada, a su vez, a causa de la desviación general de la Revolución. concretamente, se trata en la U.R.S.S. de una *igualdad* en el *trabajo* y no en los *salarios*. La mujer trabaja tanto como el hombre, pero su retribución es menor. De lo que se deduce que esta *igualdad* permite al Estado explotar a la mujer más aún que al hombre.

3º *La religión*. Se pretende que el bolchevismo triunfó sobre los prejuicios religiosos. Es un error más, cuya fuente está también en la ignorancia de los hechos concretos.

Por el terror, el gobierno bolchevique logró suprimir por un tiempo *el culto público de la religión*. En cuanto al *sentimiento religioso*, lejos de haberlo extirpado, lo ha hecho, por lo contrario, a despecho de su propaganda, más intenso en unos, o simplemente transformado en otros.

Agreguemos que ya antes de la Revolución, sobre todo desde 1905, el sentimiento religioso declinaba en las masas populares, lo que no dejó de inquietar seriamente a los popes y las autoridades zaristas. El bolchevismo llegó más bien a reavivarlo bajo otras formas.

La religión desaparecerá, no por el terror, no tanto por la propaganda, sino por la efectiva consecución de la Revolución social, con sus felices consecuencias. La simiente antirreligiosa arrojada en el fértil terreno que esa revolución abone, dará espléndida cosecha.

Ya nos hemos ocupado de las *realizaciones* sociales. No insistiremos, pues.

Se me objeta a menudo que el gobierno bolchevique *ha hecho cuanto ha podido* para satisfacer talo cual necesidad y que *no es por su culpa* si tales esfuerzos no han sido coronados por el éxito total.

Justamente: cuanto más sea demostrada la buena voluntad del gobierno bolchevique, tanto más claro será que la verdadera Revolución social y el verdadero socialismo no pueden ser realizados por el sistema gubernamental y estatista.

"El gobierno bolchevique ha puesto, toda su buena voluntad", se nos afirma. No digo lo contrario. Pero el problema no es ése. No se trata de saber si el gobierno *ha querido o no* hacer esto o aquello. Se trata de saber si *lo ha logrado*. Ahí, sólo ahí, está la cosa.

Cuanto más se pruebe que un gobierno *no ha logrado lo que se propuso a pesar de toda su buena voluntad*, tanto más claro resultará que un gobierno *no puede lograrlo*.

"El gobierno no pudo hacer más." Pero, entonces, ¿por qué ha impedido el intento de otros elementos? Si él se sentía impotente, no tenía derecho alguno a imposibilitar la obra de otros. ¿Quién sabe lo que otros habrían podido hacer y realizar? ¿Por qué el gobierno no ha tenido éxito? "El estado atrasado del país se lo ha impedido." "Las masas, atrasadas, no estaban predispuestas." Mera conjetura, pues voluntariamente se ha impedido a las masas actuar. Es como sorprenderse de que alguien, a quien se le ha trabado los pies, no pueda marchar.

"Los demás elementos de izquierda no han querido acompañar a los bolcheviques." Lo cierto es que esos elementos no han querido *plegarse ciegamente a las órdenes y exigencias bolcheviques que ellos consideraban nefastas*. Y por ello se les ha impedido expresar su opinión y actuar.

"El cerco capitalista..."

Justamente: el cerco capitalista ha podido trabar la acción y hacer degenerar a un *gobierno*. Pero no podría jamás impedir o hacer degenerar la libre acción de millones de hombres, dispuestos, como lo hemos visto a realizar, en prodigioso impulso, la Revolución social.

Hablar de una "traición de la Revolución", como lo hace Trotzky, es una explicación que está por debajo, no sólo de toda concepción *marxista* o *materialista*, sino también del más elemental sentido común. *¿Cómo es posible tal "traición" después de tan bella y completa victoria revolucionaria?* Ésa es la cuestión. Reflexionando sobre ello, examinando de cerca las cosas, el menos iniciado comprenderá que esta pretendida *traición* ha caído del cielo; que fue la consecuencia *material* y rigurosamente gira del modo de ser conducida la revolución.

Los resultados negativos de la Revolución rusa no fueron sino consecuencia de cierto proceso. Y el régimen staliniano no es sino la resultante fatal de los procedimientos aplicados por Lenin y Trotzky mismos. Lo que éste llama traición es en realidad el ineluctable efecto de una lenta degeneración debida a falsos métodos.

Justamente: el procedimiento gubernamental y estatista conduce a la *traición*, esto es, al fracaso que posibilita la *traición*, aspecto detonante de ese fracaso. Distintos procedimientos habrían determinado otros efectos.

En su ciega parcialidad, o más bien en su inconcebible hipocresía, Trotzky incurre en la más trivial de las confusiones, imperdonable en él: *confundir los efectos con las causas*. Engañándose vulgarmente (o fingiendo más bien engañarse, a falta de otros medios para defender su tesis), toma el efecto, la traición de Stalin, por la causa. Error, o más bien maniobra, que le permite soslayar el problema esencial: *¿cómo fue posible el stalinismo?*

"Stalin ha traicionado la Revolución..." ¡Qué simple! Aun demasiado simple para dar explicación de nada. La explicación está, sin embargo, bien señalada: el stalinismo fue la consecuencia natural del fracaso de la verdadera Revolución, y no inversamente; y tal fracaso fue el fin natural de la ruta falsa en que el bolchevismo la empeñó. Dicho de otro modo: *la degeneración de la Revolución extraviada y perdida trajo a Stalin, no Stalin quien hizo degenerar la Revolución.*

Agreguemos que, aunque enfermo, el organismo revolucionario habría podido resistir victoriosamente mediante una libre actividad de las masas, pero durante mucho tiempo los bolcheviques, guiados por Lenin y Trotzky, las habían privado de todo medio de autodefensa contra el mal, que acabó fatalmente por invadirlo por entero y perderlo.

La *traición* fue posible, porque las masas laboriosas no reaccionaron contra su preparación ni contra su cumplimiento. Y las masas no reaccionaron porque, totalmente subyugadas por sus nuevos amos, perdieron rápidamente el sentido de la verdadera Revolución y todo espíritu de iniciativa, de libre acción, de reacción vital. Maniatados, sometidos, dominados, ellas sentían la inutilidad –¿qué digo?–, la imposibilidad de toda resistencia. Trotzky participó personalmente en la faena de hacer renacer en las masas este espíritu de ciega obediencia, esta sombría indiferencia ante todo lo que pasa *arriba*. Y en eso sí tuvieron éxito los jefes. La masa fue aplastada para mucho tiempo. Desde entonces, todas las *traiciones* se hicieron posibles.

Juzgue pues el lector, tras cuanto va dicho, sobre las *realizaciones* bolcheviques.

CAPÍTULO VIII
LA CONTRARREVOLUCIÓN

La impotencia creadora del gobierno bolchevique, el caos económico en que se había desplomado el país y la inaudita violencia, en pocas palabras: la Revolución en quiebra y la trágica situación resultante, provocaron un vasto descontento, seguido de conmociones de creciente gravedad y, finalmente, vigorosos movimientos contra el insoportable estado de cosas impuesto por la dictadura.

Como siempre en caso semejante, estos movimientos procedían de dos polos opuestos: del lado de la Reacción, de la *derecha*, que esperaba retomar el poder y restablecer el antiguo orden, y del lado de la Revolución, de la *izquierda*, que aspiraba al enderezamiento de la situación y a la reanudación de la acción revolucionaria.

No nos detendremos mayormente en los movimientos contrarrevolucionarios por ser más o menos conocidos y no ofrecer sino un interés secundario: tal clase de movimientos se asemejan sobre poco más o menos en todas las revoluciones.

Sin embargo, ciertas particularidades de estos movimientos son bastante instructivas para dejarlas pasar en silencio.

Las primeras resistencias opuestas a la Revolución social en sus comienzos (el 1917 y 1918) fueron muy limitadas, más bien locales y relativamente anodinas. Como en todas las revoluciones, ciertos elementos reaccionarios se levantaron inmediatamente contra el orden nuevo, en el intento de matar la Revolución en el huevo. La aplastante mayoría de los obreros, los campesinos y el ejército, activa o pasivamente, en favor del nuevo orden, hizo que esas resistencias fueran rápida y fácilmente quebrantadas.

Si la Revolución se hubiese mostrado luego verdaderamente fecunda, potente, creadora, justa; si hubiese resuelto convenientemente sus grandes problemas y abierto al país –y acaso también a otros países– horizontes nuevos, todo se habría limitado ciertamente a esas escaramuzas parciales, y la victoria de la Revolución no habría sido amenazada más. La marcha ulterior de los acontecimientos, en Rusia y fuera de ella, habría podido asumir bien distinto carácter del que ofrece desde hace veinte años. Pero, como lo sabe el lector, el bolchevismo desnaturalizó, maniató y castró a la Revolución, haciéndola primero impotente, estéril, sombría y desgraciada, y luego lúgubre, tiránica, inútil y estúpidamente violenta. El bolchevismo acabó así por desilusionar, disgustar e irritar a sectores cada vez más vastos de la población. Ya hemos visto cómo subyugó a los obreros, suprimió las libertades, aplastó a todas las corrientes revolucionarias. La violencia y el terror descargados contra los campesinos acabaron por levantarlos también contra él.

No olvidemos que, en todas las revoluciones, el *grueso* de la población: los simples habitantes apolíticos, los ciudadanos exclusivamente contraídos a sus ocupaciones, la pequeña burguesía, una parte de la burguesía mediana, buen número de obreros y campesinos, etc., permanecen al comienzo *neutros*, observan, vacilan y esperan pasivamente *los primeros resultados*. Importante es para la Revolución poder *justificarse* ante tales elementos *lo más rápidamente posible*. Si no, toda esa población tibia se aparta de la obra revolucionaria, predispuesta a volverse hostil, y comienza a simpatizar con las intrigas contrarrevolucionarias, para terminar por sostenerlas y volverlas mucho más peligrosas.

Tal es, sobre todo, la situación en el trance de subversiones de gran envergadura, que afectan los intereses de millones de hombres y modifican profundamente las relaciones sociales, subversiones cumplidas mediante grandes sufrimientos y no menores promesas de satisfacción. Satisfacción que debe ser pronto cumplida o, de todos modos, las masas han de poder esperarla. En caso contrario, la revolución se debilita y la contrarrevolución toma alas.

Agreguemos que el concurso activo de los elementos neutros es indispensable para la buena marcha de la revolución, pues entre ellos se cuentan gran número de técnicos y profesionales. Todo ese mundo, que no es precisamente hostil a la revolución una vez hecha, se pondría enteramente de su parte y la ayudaría con entusiasmo si llegara a inspirarle cierta confianza, a hacerle sentir su capacidad, sus posibilidades y sus perspectivas; sus ventajas, su potencia, sus verdades y su justicia. En caso contrario, topos esos elementos acabarán por volverse enemigos francos de la revolución, lo que comporta para ésta un golpe muy sensible.

Es de suponer que vastas masas laboriosas, en libre ejercicio de su actividad, con ayuda de los revolucionarios, sabrían llegar a resultados satisfactorios y, por lo tanto, tranquilizar y finalmente atraer a dichos elementos. La dictadura, tan impotente como soberbia, tan estúpida como violenta, no lo logra y los rechaza del otro lado de la barricada.

El bolchevismo no supo *justificarse* a sí mismo ni a la Revolución.

Como lo hemos visto, el único gran problema que logró resolver –bien que mal y por la presión del ejército mismo que se negaba a combatir– fue el de la guerra. La paz alcanzada le valió la confianza y la simpatía de grandes masas. Pero bien pronto puso en evidencia su impotencia económica, social, etc., y la esterilidad de su medio de acción: procedimiento gubernamental, absolutismo estatista.

Bolcheviques y simpatizantes suelen invocar, en vano intento de justificación, las *terribles dificultades* que hubo de superar el gobierno bolchevique, tras la guerra y la explosión revolucionaria, en un país como Rusia.

Con tal argumento sólo se puede sorprender al público extranjero que no conoce los hechos, pero los que *viven* la Revolución advierten pronto o tarde: 1º que los nefastos procedimientos del bolchevismo no provenían tanto de las dificultades a afrontar como de *la naturaleza misma de la doctrina bolchevique;* 2º que muchas de tales dificultades surgieron precisamente *a causa de haber sofocado el gobierno, desde el principio, la libre actividad de las masas;* 3º que las *dificultades reales*, en vez de ser allanadas, recrudecieron por obra de los bolcheviques; 4º que esas dificultades habrían podido ser superadas por la libre acción de las masas.

La principal dificultad era, por cierto, la del abastecimiento general. Para que la Revolución prosperara debía pasarse, lo más rápidamente posible, del régimen de escasez y de economía lucrativa al régimen de abundancia y de economía distributiva, con supresión del dinero.

Cuanto más grandes y graves son las dificultades, tanto menos un gobierno es capaz de resolverlas; cuanto más arduas, tanto más es menester recurrir a la libre iniciativa y la actividad del pueblo. Pero el gobierno bolchevique lo acaparó todo: ideas, iniciativas, medios y acción. Se puso en dictador absoluto, enyugó a las masas, ahogó su impulso. Y a medida que las dificultades se agravaban, menos permitía obrar al proletariado.

No es de sorprenderse, pues, que a pesar de su pretendida industrialización, de sus famosos planes quinquenales, etc., el bolchevismo no haya sabido vencer esas dificultades y que haya acudido, en su lucha desesperada contra las exigencias de la vida, a la más odiosa violencia, lo que puso mayormente de relieve su real impotencia. No es mediante una

industrialización impuesta a una masa de esclavos como se puede fomentar la abundancia y construir una nueva economía.

Las masas sentían la necesidad de pasar a otras formas de producción y distribución. Percibían con creciente claridad la necesidad y la posibilidad de acabar con el dinero y de pasar a un sistema de cambios directos entre organismos de producción y de consumo. Y en múltiples ocasiones intentaron ensayos en tal sentido. Es más que probable que, de haber tenido libertad de acción, habrían podido alcanzar progresivamente la verdadera solución del problema económico: la economía distributiva. Era menester dejarlas buscar, ensayar y obrar. Nada de eso quiso saber el gobierno, en su pretensión de hacerlo todo, o no hacerlo, y de imponer su voluntad y sus métodos, cuya ineficacia advertían las masas, al principio intuitivamente, y cada vez más conscientemente luego, como asimismo la impotencia general del gobierno y el peligro de la dictadura.

Es fácil de comprender el resultado psicológico de tal estado de cosas.

De una parte, las masas se apartaban cada vez más del bolchevismo, y hasta se volvían contra él. El descontento y el espíritu de revuelta crecían. Pero, por otra parte, las masas no sabían cómo salir de la *impasse*. Prohibidos todo movimiento de ideas, toda discusión, toda propaganda y toda acción libre, ninguna solución válida se les presentaba. Debía parecerles que la situación no tenía salida, pues carecían de medio alguno de obrar, sus organizaciones estaban estatalizadas y militarizadas, severamente reprimida la menor oposición y en poder de las autoridades y los nuevos privilegiados las armas y cualquier otro medio material. No entreveían, pues, posibilidad alguna de emprender una acción eficaz.

La contrarrevolución en acecho no dejó de aprovechar ese estado de cosas y de espíritu. Procuró volcar en su favor los espíritus y los acontecimientos. Fue así que el creciente descontento popular, general y profundo, sirvió de base a vastos movimientos contrarrevolucionarios y los apoyó durante tres años.

En el Sur y el Este se iniciaron y cundieron grandes campañas militares urdidas por las clases privilegiadas eliminadas, sostenidas por la burguesía de otros países y dirigidas por generales zaristas.

En las condiciones creadas, los grandes levantamientos de 1919-1921 revistieron mucho más grave carácter que las resistencias espontáneas y relativamente insignificantes de 1917-1918, como la sedición del general Kaledin en el Sur y la del atamán Dutoff en el Ural, y otras más.

Ya en 1918-1919, algunas rebeliones más graves, de gran estilo, fueron intentadas en un punto y otro. Citemos la ofensiva del general Yudenitch contra Petrogrado (diciembre de 1919) y en el Norte el movimiento de Tchaikovsky.

Las fuerzas de Yudenitch, bien organizadas, armadas y equipadas, habían llegado a las puertas de la capital, pero fueron fácilmente rechazadas por el impulso ardoroso y entusiasta y la notable organización de los obreros de Petrogrado, con el apoyo de destacamentos de marinos de Cronstadt, impulso vigorosamente secundado por levantamientos detrás de la

retaguardia de los atacantes. El flamante ejército rojo, comandado por Trotzky, participó en la defensa.

El movimiento de Tchaikovsky logró invadir el departamento de Arkangel y una parte del de Vologda, y su quebrantamiento, como en los demás casos, tampoco fue obra del ejército rojo. Espontáneas sublevaciones populares en el frente y en la retaguardia dieron cuenta de él. Este movimiento, sostenido por la burguesía extranjera, suscitó resistencia en la clase obrera occidental. Las huelgas, sobre todo en puertos ingleses, y las manifestaciones contra toda intervención en Rusia, inquietaron a esa burguesía y la hicieron retroceder.

Más importante fue la insurrección dirigida por el almirante Koltchak en el Este, en 1918, sostenida, entre otras fuerzas, por un ejército checoeslovaco formado en Rusia. Incapaz de vencerla el ejército rojo, como es notorio, se logró liquidarla por la resistencia encarnizada de los guerrilleros: obreros y campesinos armados, y por continuas sublevaciones en la retaguardia. El ejército rojo llegó *triunfalmente...* a hecho consumado.

Todos estos movimientos contrarrevolucionarios fueron sostenidos más o menos activamente por los socialistas moderados: mencheviques y socialistas revolucionarios de derecha.

En el momento de la ofensiva checoeslovaca (junio y julio de 1918) los bolcheviques, para evitar toda complicación y temiendo una sublevación general, ejecutaron en la noche del 16 al 17 de julio al ex zar Nicolás II y a su familia, confinados en Ekaterinenbourg, Siberia, ciudad que fue evacuada enseguida por los bolcheviques.

Las circunstancias exactas de esta ejecución han quedado en el misterio, a pesar de una investigación minuciosa de un jurista por orden de Koltchak. No se sabe exactamente si la muerte fue decretada por la autoridad central de Moscú o por el soviet local. Los mismos bolcheviques guardaron silencio al respecto.

El pueblo, no desarmado aún y conservando confianza en la revolución bolchevique, resistió enérgicamente los movimientos contrarrevolucionarios y no los dejó prosperar.

Pero se produjo un cambio completo a fin de 1919. Las masas, desilusionadas del bolchevismo, y desarmadas por el gobierno *soviético*, ya no resistieron a las empresas contrarrevolucionarias, cuyos jefes, además, supieron tocar las cuerdas sensibles, declarando en sus manifiestos combatir únicamente el despotismo bolchevique y prometiendo *soviets libres* y la salvaguardia de los demás principios de la Revolución, burlados por el gobierno. (Desde luego que esperaban, después de su triunfo, no cumplir sus promesas y perseguir cualquier intento subversivo.)

Por eso, los dos grandes levantamientos de los *blancos* del Sur, el de Denikin y el de Wrangel, pudieron tener una amplitud tal que hizo peligrar el régimen.

El primero de ellas, dirigido militarmente por Denikin en 1919, invadió rápidamente toda Ucrania y una parte importante de la Rusia Central. En cierto momento, el ejército blanco, batiendo y rechazando a las tropas rojas, llegó a Orel, ciudad cercana a Moscú, de donde el gobierno se aprestaba a huir, cuando, cosa sorprendente, el atacante retrocedió súbitamente en

precipitada retirada, cesando así la amenaza contra la sede del gobierno. Más adelante, el lector encontrará los detalles de este episodio histórico, en el que ni los bolcheviques ni el ejército rojo desempeñaron papel alguno.

El segundo de los movimientos grandemente peligrosos para los bolcheviques fue el del general Wrangel, que siguió de cerca al anterior, de la lección de cuya derrota supo aprovecharse, encontrando simpatías más profundas y sólidas que Denikin. De añadidura, el vuelco de los espíritus se había acentuado. En la última parte de esta obra se verá cómo fue anulada esta otra campaña contrarrevolucionaria. Pero adelantemos que tampoco esta vez el mérito correspondió a los bolcheviques.

Todos esos movimientos, y otros de menor importancia, fracasaron.

El de Denikin se disgregó en bloque. Llegado ante Moscú, su ejército lo dejó todo y retrocedió en desbandada hacia el Sur, donde acabó de desaparecer catastróficamente. Sus restos dispersos fueron poco a poco liquidados por los guerrilleros y destacamentos del ejército rojo que vinieron tras las huellas de los fugitivos. Durante veinticuatro horas, por lo menos, el gobierno, presa del pánico, se resistía a creer en la retirada de las tropas de Denikin, cuya razón no comprendía. Sólo mucho más tarde, al tener la evidencia de ello, respiró aliviado y despachó destacamentos rojos en persecución de los blancos, cuyo movimiento estaba ya definitivamente quebrantado.

El de Wrangel logró también grandes éxitos al comienzo. Sin haber llegado a amenazar a Moscú, inquietó al gobierno bolchevique, sin embargo, más que el ataque de Denikin, a causa de que las poblaciones mayormente disgustadas del bolchevismo, parecían no querer oponerle una seria resistencia, prefiriendo mantenerse indiferentes. Por otra parte, en razón de tal indiferencia, el gobierno confiaba menos que antes en su propio ejército. Con todo, el movimiento de Wrangel fracasó como los otros.

¿Cuáles fueron las razones de esos vuelcos casi milagrosos y del final fracaso de campañas iniciadas con tanto éxito? Las verdaderas causas y las circunstancias exactas de ese flujo y reflujo son, por una parte, poco conocidas y, por otra, voluntariamente desfiguradas por autores interesados.

Las principales razones del fracaso de los movimientos blancos son las siguientes:

Primero, la actitud torpe, cínica y provocativa de las autoridades, los jefes y los inductores reaccionarios. Apenas vencedores, todos estos señores se instalaban en las regiones conquistadas como verdaderos dictadores, no cediendo un punto en nada a los conquistadores bolcheviques. Llevando con frecuencia una vida de libertinaje, impotentes también ellos para organizar una existencia normal, hinchados de orgullo y de desprecio por el pueblo trabajador, le hacían comprender brutalmente que se proponían restaurar el antiguo régimen, con todas sus *bellezas*. Las seductoras promesas de sus manifiestos en la víspera de las ofensivas, eran olvidadas enseguida. Estos señores ni siquiera tenían la paciencia de esperar su victoria definitiva. Arrojaban sus máscaras antes de estar sobre seguro, con una precipitación que traicionaba enseguida sus verdaderas intenciones, que nada bueno presagiaban al pueblo. El terror *blanco* y las salvajes represalias, con su

cortejo acostumbrado de denuncias, arrestos y ejecuciones sumarias, sin juicio y sin piedad, comenzaban en todas partes inmediatamente.

Además, los propietarios, los hacendados y los industriales, prófugos o expulsados por la revolución, volvían con los ejércitos y se apresuraban a retomar la posesión de *sus bienes*. El régimen absolutista y feudal reaparecía bruscamente en todo su horror. Semejante actitud provocaba rápidamente una violenta reacción psicológica en el pueblo, que temía la vuelta del zarismo y de sus atrocidades más que al bolchevismo. Con éste se podían esperar, a pesar de todo, mejoras, una rectificación de procedimientos y, por fin, una vida *libre y feliz*. Nada podía esperarse, en cambio, de un retorno del zarismo. Había, pues, que cerrarle el paso sin demora. Los campesinos, especialmente, que entonces aprovechaban, por lo menos en principio, la expropiación de las tierras disponibles, se soliviantaban ante la idea de devolver los predios a sus antiguos amos. (Tal estado de espíritu de los trabajadores explica, en parte, la solidez momentánea del régimen bolchevique: entre dos males, el pueblo elegía el que le parecía menor.)

Así, la rebelión contra los blancos se reanudaba al día siguiente de sus efímeras victorias. Comprendido el peligro, las masas pasaban a la resistencia. Y, al fin de cuentas, los destacamentos de guerrilleros creados de prisa y sostenidos tanto por el ejército rojo como por la población trabajadora, vuelta de sus extravíos, infligían aplastantes derrotas a los blancos. Por ejemplo, el ejército que más contribuyó a las derrotas de Denikin y de Wrangel fue el de los campesinos y obreros ucranianos, llamado makhnovista, por Néstor Makhno, su jefe militar y militante anarquista.

Combatiente por una sociedad libre, obligado a luchar simultáneamente contra todas las fuerzas de opresión, tanto contra los *blancos* como contra los rojos, este ejército y todo su movimiento serán estudiados al hablar de la otra resistencia contra el bolchevismo, la de izquierda.

Debemos puntualizar que fue el ejército popular de Makhno el que obligó a Denikin a huir de Orel y lo derrotó definitivamente en Ucrania. El ejército de Wrangel sufrió la primera derrota por el de Makhno, la que me fue relatada por los mismos bolcheviques en circunstancias bastante curiosas. Durante la ofensiva fulminante de Wrangel me encontraba en una prisión balchevique de Moscú. Lo mismo que Denikin, Wrangel atacaba al ejército rojo y lo rechazaba rápidamente hacia el Norte. Makhno, que en esa época estaba en hostilidades con los bolcheviques, decidió, en vista del grave peligro que corría la Revolución, ofrecerles la paz y prestarles firme ayuda contra los blancos. En mala situación los bolcheviques, aceptaron, concertando un pacto con Makhno, quien se lanzó contra el ejército de Wrangel y lo batió ante los muros de Orekhov. Terminada la batalla, Makhno envió, antes de marchar en persecución de las tropas de Wrangel en retirada, un telegrama al gobierno de Moscú, anunciando su victoria y declarando que no avanzaría un palmo más en tanto no recobraran su libertad su ayudante Tchubenko y yo. Necesitados aún de Makhno, los bolcheviques se resignaron y me pusieron en libertad, ocasión en que me mostraron el telegrama y reconocieron las elevadas cualidades del ejército makhnovista de guerrilleros.

He de subrayar, para finalizar con las reacciones de derecha, la falsedad de ciertas leyendas inventadas y propagadas por los bolcheviques.

Se refiere la primera de ellas a las intervenciones extranjeras, que la leyenda reputa muy importantes, con lo que los bolcheviques tratan de explicar la fuerza y los éxitos iniciales de ciertos movimientos blancos. Hay mucha exageración en ello. La intervención extranjera en ocasión de la Revolución rusa nunca fue vigorosa ni perseverante. Alguna ayuda, muy modesta, en dinero, municiones y equipo, eso fue todo. Los blancos mismos lo hicieron constar más tarde, quejándose amargamente. En cuanto a tropas enviadas a Rusia, siempre fueron en número poco importante y no desempeñaron casi ningún papel. Esto se comprende fácilmente. Ante todo, la burguesía extranjera tenía bastante en que preocuparse durante la guerra y en la inmediata postguerra. Luego, los jefes militares temían la *descomposición* de sus tropas por el contacto con el pueblo revolucionario ruso, contacto que fue evitado en todo lo posible. Los acontecimientos demostraron que tales temores no carecían de fundamento. Sin hablar de los destacamentos ingleses y franceses, que no llegaron nunca a batirse contra los revolucionarios, las tropas de ocupación austroalemanas (después de la paz de Brest-Litovsk), muy importantes y protegidas por las fuerzas del gobierno ucraniano de Skoropadsky, se descompusieron rápidamente y fueron desbordadas por las fuerzas revolucionarias.

Yo me permito subrayar también, a este respecto, que la secuela de la ocupación alemana confirmó la tesis anarquista expuesta en ocasión de la paz de Brest-Litovsk. ¡Quién sabe cuál sería hoy la faz del mundo si, en esa época, el gobierno bolchevique, en lugar de entrar en tratativas con los imperialistas alemanes, hubiese dejado penetrar sus tropas en la Rusia revolucionaria! Era probable que esa penetración habría tenido las mismas consecuencias que las determinadas por los Denikin, los Wrangel, los austroalemanes y *tutti quanti*, gracias a las cuales todos ellos fueron derrotados.

¡Pero qué! Todo gobierno siempre significa para la Revolución: método político, estancamiento, desconfianza, reacción, peligro y desgracia.

Lenin, Trotzky y comparsa jamás fueron propiamente revolucionarios. No fueron sino reformistas algo brutales que, como verdaderos reformistas y políticos, siempre recurrieron a viejos métodos burgueses, tanto en los problemas interiores como en los de la guerra. No tenían confianza alguna en las masas ni en la verdadera Revolución, que no llegaron a comprender. Al confiar la suerte de la Revolución a tales burgueses estatistas-reformistas, los trabajadores revolucionarios rusos cometieron un error fundamental e irreparable. En ello radica en parte la explicación de todo lo ocurrido en Rusia desde octubre de 1917 hasta nuestros días.

La segunda leyenda, también muy difundida, es la del importante papel del ejército rojo. A estar a los *historiadores* bolcheviques, él fue quien venció a las tropas contrarrevolucionarias, quebró las ofensivas de los blancos y alcanzó todas las victorias.

Nada más falso. En todas las ofensivas contrarrevolucionarias importantes, el ejército rojo fue derrotado y puesto en fuga. Fue el pueblo mismo, en revuelta y parcialmente en armas, quien venció a los blancos. El ejército rojo volvía invariablemente después de la batalla decisiva (considerablemente reforzado) para prestar ayuda a los guerrilleros ya victoriosos, dar el golpe de gracia a los ejércitos blancos en derrota y atribuirse los laureles de la victoria.

LIBRO TERCERO

LAS LUCHAS POR LA VERDADERA REVOLUCIÓN SOCIAL

INTRODUCCIÓN

Independientemente de las reacciones de derecha, se suscitaron, como ya hemos adelantado, por la misma época y más tarde, movimientos en sentido opuesto, esto es, *revolucionarios*, que combatieron al poder bolchevique en nombre de la libertad y de los verdaderos principios de la Revolución social, escarnecidos y pisoteados por los bolcheviques.

Observemos ante todo que la nefasta política general, el estatismo y el centralismo sofocantes, la alarmante burocracia, la impotencia flagrante, la traición y la desvergonzada violencia de los bolcheviques, provocaron movimientos de oposición y de revuelta en las mismas filas del gobierno y del partido.

Es así que en el verano de 1918, los socialistas revolucionarios de izquierda, partícipes hasta entonces del gobierno, lo dejaron, rompiendo con los bolcheviques, declarándoles la guerra y sucumbiendo bien pronto a los golpes de la represión.

Es así igualmente que se constituyó más tarde, en el seno del partido bolchevique, la llamada *oposición obrera*, cuyas primeras manifestaciones obligaron a Lenin a publicar su conocido panfleto *El izquierdismo, enfermedad infantil*[3], movimiento también aplastado por obra de una represión implacable.

Y es así finalmente que, mucho más tarde, surgieron otros movimientos de oposición, siempre en el seno del gobierno y del partido, todos ellos reprimidos con ferocidad creciente.

Todos estos movimientos, netamente políticos y a menudo carentes de audacia, no ofrecen interés particular alguno. El historiador futuro ha de encontrar en ellos, por cierto, material provechoso para pintar y juzgar el régimen. Pero desde el punto de vista de la Revolución y su suerte, sólo eran, en el fondo, *querellas de familia*, a pesar, a veces, de los rigores de la lucha. De haber triunfado estos opositores, refractarios o rebeldes, el país sólo habría experimentado un cambio de amos, sin que el fondo de la situación fuera modificado. Los nuevos amos se habrían adherido fatalmente a la política y los métodos de sus predecesores. “Por más que se cambie, siempre será la misma cosa”, según la formula.

Mas, fuera de estos conflictos de *palacio*, se producían de tiempo en tiempo, abarcando a menudo regiones muy extensas, movimientos de izquierda esencialmente *populares*, de masas, apolíticos, netamente sociales y verdaderamente revolucionarios.

Nos detendremos sobre todo en dos de estos movimientos, los más consientes e importantes y los menos conocidos: el de Cronstadt, en marzo de 1921, y el de Ucrania, tan vasto y vigoroso, que duró casi cuatro años, de 1918 a 1921.

---

[3] Traducción exacta del título ruso.

PRIMERA PARTE
(CRONSTADT 1921)

CAPÍTULO I
NOCIONES GEOGRÁFICAS

Numerosas inexactitudes y falsedades han corrido y corren aún, fuera de Rusia, sobre el papel de Cronstadt en la Revolución rusa. Generalmente, la verdad es poco conocida.

Pero, ante todo, ¿qué es Cronstadt?

Es una fortaleza, un puerto militar o, más bien, una ciudad fortificada y plaza de guerra, construida, hace dos siglos, en la isla Kotlin, a unos 30 kilómetros de San Petersburgo (hoy Leningrado), en el golfo de Finlandia. Defiende el acceso de la capital rusa por el Báltico. Es la principal base de la flota rusa.

El golfo de Finlandia está helado en invierno. Las comunicaciones entre Cronstadt y la capital se realizan durante cinco meses del año, de noviembre a abril, por una ruta sobre la gruesa capa de hielo del golfo.

La isla Kotlin, alargada franja de tierra de contornos muy irregulares, tiene una longitud de doce kilómetros y una anchura de dos a tres en algunas partes. Sus costas son poco abordables y, de añadidura, militarmente bien protegidas.

La parte Este, que mira a la capital, comprende la ciudad, el puerto y las dársenas, que ocupan aproximadamente una tercera parte de la isla. Por las partes Norte, Oeste y Sur hay diseminados fortines y bastiones. Entre la costa y el poblado había, en 1917, un terreno casi desierto.

Al norte y al sur de la isla, numerosas baterías avanzadas en el golfo completan el sistema defensivo.

Observemos aún que, al sudoeste de la isla, a unos veinte kilómetros sobre la costa continental, se hallaba el importante fuerte Krasnaïa Gorka, y al nordeste, a unos diez kilómetros, el cabo fortificado Lissy Noss.

El lugar más importante del poblado es la inmensa Plaza del Ancla, capaz de dar cabida a unas 30.000 personas, antiguamente utilizada para la instrucción de los conscriptos y las revistas militares. Durante la Revolución adquirió carácter de verdadero foro popular. Por convocatoria o a la menor alarma, marinos, soldados y obreros corrían a ella en masa, dando lugar a grandiosos mítines. Durante el invierno, la Helada pista marítima hacía las veces de la plaza.

La población comprendía las tripulaciones de la flota báltica, distribuidas en grandes cuarteles; los soldados de la guarnición, artilleros en su mayoría; algunos millares de obreros, ocupados sobre todo en los arsenales militares, y numerosos oficiales, funcionarios, comerciantes, artesanos, empleados, etc. Unos 50.000 habitantes en total.

CAPÍTULO II
CRONDSTADT ANTES DE LA REVOLUCIÓN

Hemos aludido en varias ocasiones –ha de recordarlo el lector– a las intervenciones decisivas de los marinos de Cronstadt en las luchas revolucionarias. En efecto, la flota báltica y la guarnición de Cronstadt han tenido un papel de primer plano en la Revolución. Múltiples razones han contribuido a ello.

En todo tiempo, los marinos se reclutaban de preferencia entre los obreros, eligiéndose a los más calificados, letrados y despejados, precisamente los que, en general, eran *políticamente* más avanzados. A menudo ya eran, antes de su servicio en la Marina, revolucionarios en ciernes y aun militantes, y no dejaban de ejercer, a pesar de la disciplina y la vigilancia, fuerte influencia en sus compañeros de tripulación.

Por otra parte, al visitar países extranjeros a causa de su servicio, los marinos advertían fácilmente la diferencia entre los regímenes relativamente libres de esos países y el de la Rusia zarista. Podían así asimilar mejor que cualquier otro sector del pueblo o del ejército las ideas y los programas de los partidos políticos. Muchos de ellos mantenían relación con emigrados rusos y leían literatura prohibida, clandestina.

Agreguemos que la proximidad de la capital, con su actividad política, intelectual e industrial intensas, entraba por mucho en la educación de los pobladores de Cronstadt, quienes se encontraban en el corazón mismo de cuanto ocurría en el país, por ser en San Petersburgo donde la vida *política* cobraba mayor intensidad y donde se agitaba la numerosa y turbulenta juventud universitaria. La osada actividad de los grupos revolucionarios y más tarde los tumultos y las manifestaciones de vez en vez más frecuentes e imponentes, seguidos a veces de choques, como asimismo el contacto rápido y directo con todos los acontecimientos de orden político y social, todo ello incitaba a la población de Cronstadt a tomar vivo y sostenido interés en la vida interior del país, en las aspiraciones y las luchas de las masas, en todos los problemas políticos y sociales del momento.

San Petersburgo tenía constantemente en tensión a Cronstadt, y a veces, en fiebre.

Ya en 1905-1906 y en 1910 los marinos de Cronstadt intentaron algunas revueltas bastante serias, severamente reprimidas. Pese a ello, o por ello precisamente, su espíritu se hizo más vivo, más refractario.

Y al llegar a la Revolución de 1917 las corrientes de extrema izquierda: bolcheviques, socialistas revolucionarios de izquierda, maximalistas, sindicalistas y anarquistas, crearon sus centros activos y bien organizados, cuyas actividades pronto tuvieron considerable influencia en la masa de los marinos y el resto de la población.

Por todas estas razones, Cronstadt hizo punta rápidamente en la vanguardia de la Revolución de 1917.

La falange de Cronstadt marchaba a la cabeza del pueblo en revolución.

Por su energía, por la conciencia alcanzada, fue “el orgullo y la gloria de la Revolución rusa”, dirá de ella Trotzky cuando Cronstadt ayudó a la toma del poder por los bolcheviques. Lo que no le impidió dirigir los cañones de su

ejército rojo contra esa “gloria”, devenida “canalla contrarrevolucionaria”, tan pronto como ella se irguió contra la impostura del partido bolchevique y su desviación de la Revolución.

CAPÍTULO III
CRONDSTADT, VANGUARDIA DE LA REVOLUCIÓN. SUS LUCHAS. SU ACCIÓN POSITIVA. SU INFLUENCIA.

Desde febrero de 1917, en todo el curso de la Revolución, un poco por todas partes y mucho en la zona de San Petersburgo, los de Cronstadt estuvieron en la brecha. No se limitaban a una actividad local, por enérgica que fuera. Pletóricos de entusiasmo revolucionario y combativo ardor, ricos en fuerza y en audacia, conscientes de su papel, prodigaban a la Revolución cuanto podían, cuanto ella necesitaba: su entusiasmo y su fe, su conciencia y su fuerza, militantes abnegados hasta el sacrificio de la vida y propagandistas populares, difusores de la literatura revolucionaria por todo el país, toda clase de técnicos y, sobre todo, incomparables combatientes.

Va sin decir que en febrero de 1917 Cronstadt inmediatamente se entregó de lleno a la Revolución.

Al sublevarse y tomar posesión de la ciudad, los marinos se vieron en la necesidad de proceder a una acción penosa, que ellos consideraron indispensable: la ejecución de 200 oficiales superiores, notorios reaccionarios feroces, realizada la noche del 27 al 28 de febrero. El rencor y el odio, acumulados en tantos años, tuvieron así desahogo. Entre los ejecutados se hallaban los que, en 1910, a raíz de un intento de revuelta, hicieron fusilar a centenares de marinos y ordenaron al fuerte Totleben el famoso hundimiento de varios barcos llenos de marineros prisioneros. Esa ejecución fue el único episodio sangriento.

Observemos que los marinos protegieron, como mejor pudieron, no sólo a los graduados a quienes estimaban, sino también a aquellos que no se habían distinguido por su ferocidad en las represiones. Durante varias horas, grupos de marinos buscaban por todas partes a sus oficiales desaparecidos en el tumulto. Y al encontrarlos, arrestados por otras tripulaciones u otros sectores de la población, obtenían su libertad y los ponían en seguridad en sus naves o sus cuarteles.

Los marinos organizaron de inmediato el primer soviet de Cronstadt. Aunque muy moderado (la mayoría de sus miembros eran socialistas revolucionarios de derecha y mencheviques), este soviet tuvo bien pronto, a impulso de las masas revolucionarias, agudos conflictos con el gobierno provisorio, cuyo motivo inmediato era insignificante, pero cuyo fondo era serio y bien comprendido por la masa. El gobierno no podía tolerar el espíritu de independencia ni la actividad incesante de los de Cronstadt y trataba a toda costa de domar aquél y paralizar éste para dominar a los reacios y someter enteramente a la población.

Los primeros conflictos se solucionaron amigablemente. Después de varios mítines y deliberaciones, Cronstadt creyó prudente ceder por el

instante. Descontento, sin embargo, de la actitud floja de su soviet, el pueblo de Cronstadt procedió, el primero de todos, a nueva elección de delegados.

Mientras, nuevos conflictos se suscitaron con el gobierno provisorio. En varias ocasiones, colmada la paciencia, Cronstadt estuvo apunto de insurgir contra el gobierno. Sólo la convicción de ser aún prematuro para que el país comprendiera este acto contuvo a los marinos.

Es entonces que aparecen las primeras leyendas y calumnias respecto a Cronstadt, profusamente difundidas por la prensa burguesa rusa y extranjera. “Cronstadt se ha separado de Rusia y proclamado república autónoma”. “Cronstadt acuña moneda propia”. “Cronstadt se dispone a tratar la paz con los enemigos de la patria”. “Cronstadt está en vísperas de concertar una paz separada con los alemanes”. Eran ciertamente insensateces, con el fin de desacreditar a Cronstadt ante la opinión del país y de aplastarla luego sin dificultad. Pero el primer gobierno provisorio no tuvo tiempo de realizar su propósito, barrido que fue por la hostilidad general. Y Cronstadt ganó un buen punto en la consideración de las masas.

El segundo soviet de Cronstadt fue bastante más avanzado que el anterior. Lo integraban numerosos bolcheviques y algunos maximalistas y anarquistas[4].

Sin embargo, la actividad del soviet y sus luchas intestinas inevitables entre las diversas fracciones poco contaban relativamente al enorme trabajo realizado en el seno mismo de las masas, en navíos, cuarteles y talleres. Los mítines en la Plaza del Ancla eran asaz frecuentes, y en ellos todos los problemas de la Revolución eran examinados desde todos los puntos de vista. La población vivía jornadas intensas y apasionadas. Así, Cronstadt se educaba y se preparaba para la parte excepcionalmente activa que pronto asumiría en todas las luchas, en todas las etapas de la Revolución y en su entera obra en toda la extensión del país.

Al principio favorables a Kerensky, los marinos supieron bien pronto a qué atenerse a su respecto.

Dos semanas apenas después de la famosa ofensiva fracasada del 18 de junio, Cronstadt se levantó definitivamente contra él y su gobierno, actitud precipitada por la acción de Kerensky que, advertido de la hostilidad de Cronstadt, hizo arrestar a varios marinos militantes cuando aparecían en

---

[4] Por múltiples razones, era cosa más bien rara la presencia de anarquistas en los soviets. Fuera de Cronstadt, había algunos en el soviet de Petrogrado y en el de Moscú. Un anarquista en el soviet era una excepción.
La actitud general de los anarquistas ante el soviet se modificó de acuerdo a la evolución de éstos. Favorable al principio, cuando los soviets aún tenían traza de organismos obreros y cuando se podía esperar que el impulso revolucionario los hiciera aptos para el cumplimiento de ciertos fines útiles, la actitud anarquista se hizo luego escéptica y al fin netamente negativa, al transformarse los soviets en organismos políticos manejados por el gobierno.
Los anarquistas, pues, comenzaron por no oponerse a que sus camaradas integraran esas instituciones pero no tardaron en pasar a la crítica, de seguida a la abstención y acabaron por pronunciarse «categórica y definitivamente contra toda participación en los soviets, convertidos en organismos meramente políticos, organizados sobre base autoritaria, centralista y estatista”. (Resolución del Congreso de Nabate, en Elisabethgrado, en abril de 1919.)

Petrogrado y encaró otras medidas represivas. Algunos tumultos y tiroteos en la capital donde un regimiento de ametralladoras revolucionario se negó, armas en mano, a ser enviado al frente y fue ametrallado por tropas adictas al gobierno, acabaron de atizar el fuego.

El 4 de julio, 12.000 marinos, soldados, obreras y obreros de Cronstadt desembarcaron en Petrogrado, enarbolando banderas rojinegras y cartelones en los que predominaba la palabra de orden: "Todo el poder para los soviets". Los manifestantes se dirigieron al palacio de Tauride, donde todas las fracciones, inclusive la bolchevique, deliberaban sobre la situación política. No entendían limitarse a la sola manifestación, sino arrastrar a la acción a las masas y la guarnición de la capital y llevar adelante y la lucha hasta la caída del gobierno para remplazarlo por el de los soviets.

Su actitud no fue secundada esta vez. Después de haber perdido a algunos de los suyos en escaramuzas callejeras con las tropas del gobierno, se volvieron, vista la falta de éxito de su propósito. La nueva revolución no estaba madura aún.

El gobierno, por su parte, no se animó a proceder contra los manifestantes, consciente de su falta de fuerza. Después de laboriosas tratativas con Cronstadt, en cuyo curso ambas partes se preparaban para una lucha sin cuartel (Cronstadt adiestraba batallones para atacar a Petrogrado), se llegó finalmente a un acuerdo y todo volvió a la calma.

Es interesante recordar algunos rasgos característicos de este intento sedicioso.

Los bolcheviques tuvieron inicialmente parte preponderante en él. Los manifestantes adoptaron y difundieron sus palabras de orden. En Cronstadt, sus representantes eran los principales organizadores de la tentativa. Los marinos les plantearon su preocupación: "¿Qué hacer si el partido rehuye la acción?" "Nosotros, desde aquí le obligaremos", se les respondió. Pero no habiendo el Comité Central adoptado ninguna resolución (o habiendo decidido abstenerse), y estando ciertos bolcheviques de relieve en tratos con otras fracciones, sólo participaron en la cosa como simpatizantes. Lenin se limitó a pronunciar desde un balcón un discurso de incitación, y desapareció. Trotzky y otros líderes se abstuvieron de toda intervención y se eclipsaron a su vez. *El movimiento no era de ellos. Ellos no lo dirigían. No les interesaba, pues. Ellos esperaban su momento.*

Detalle curioso: ciertos bolcheviques que habían enarbolado en un auto blindado una gran bandera roja con las iniciales de su Comité Central quisieron ponerse a la cabeza de la manifestación. Los marinos los obligaron a tomar ubicación más atrás, pues, como les declararon, no querían obrar bajo los auspicios del partido bolchevique, sino de su propio soviet.

Los anarquistas, ya influyentes en Cronstadt, tomaron parte activa en la acción, en la que perdieron a algunos de sus militantes.

Se trató, realmente, de un movimiento popular, que comprendió a algunos millares de rebeldes.

Otro hecho curioso: después de las jornadas de julio, la prensa burguesa reanudó sus calumnias contra Cronstadt, insinuando que la sedición había sido organizada con dinero alemán (se *puntualizaba* que cada marino había recibido 25 rublos oro por día), hablando de traición, etc. La prensa

socialista le hizo coro, insinuando a su vez que el movimiento era obra de "elementos sospechosos". ¿No se ha dicho hace tiempo que "el socialismo es el mejor gendarme de la burguesía"?

Esta campaña permitió a Kerensky amenazar a Cronstadt con severas represalias. Pero no se atrevió a traducirlas en hechos.

Cronstadt, por lo demás, no se dejó intimidar. Se sentía cada vez más consciente de hallarse en el buen camino. Y también mayormente segura de estar próximo el día que las grandes masas comprenderían que la fe, la fuerza y los fines de la acción de Cronstadt eran los suyos.

Fue entonces que Cronstadt desplegó su extraordinaria y febril actividad.

Se comenzó por enviar, uno tras otro, agitadores y propagandistas populares –especie de emisarios revolucionarios– a todos los rincones del país. La palabra de orden y de enlace era: "Todo el poder para los soviets". Por decenas se arrestaba a tales emisarios en el interior. Y Cronstadt respondía con nuevos envíos en masa. Bien pronto una gran satisfacción recompensó sus esfuerzos. Los marinos del mar Negro, sostenedores hasta entonces del gobierno de Kerensky, acabaron por poner en duda "las informaciones de fuente segura" sobre "el papel contrarrevolucionario de Cronstadt". Para tranquilidad de conciencia, enviaron una delegación, solemnemente recibida, que se puso en íntimo contacto con los de Cronstadt, comprendió su posición y actitudes y la mentira de la prensa y las autoridades. A partir de entonces se estableció estrecho vínculo entre ambas flotas.

Algunas unidades de tropas del frente enviaron delegaciones a Cronstadt con el propósito de sondear el estado de espíritu de los marinos y tratar de hacerlos entrar en razón, llegado el caso; a tal punto había sido desnaturalizado su renombre por las calumnias. Una de tales delegaciones, integrada por imponente número de hombres decididos, de ser necesario, a una acción violenta, constituyó una verdadera expedición guerrera. Llegó ante Cronstadt en barcos cargados de armas (incluso cañones y ametralladoras), dispuesta a afrontar cualquier eventualidad. No se arriesgó a llegar a la costa, porque, según los diarios y los rumores, no podía confiar en soportar el nutrido fuego de los defensores de la "República independiente de Cronstadt, a sueldo de Alemania". Se ancló a prudente distancia de la costa y se despachó algunas lanchas con *plenipotenciarios*. Desembarcaron y avanzaron hacia la ciudad prudentemente, como patrullas de exploradores en país enemigo. Todo terminó, como de costumbre, con una recepción solemne en el soviet y discusiones íntimas, apasionadas, pero amistosas. Los marinos locales retribuyeron la visita a los barcos de la *expedición*, que entraron al puerto. Los huéspedes visitaron, por su parte, las naves de guerra. A la noche, tras la cena, al son de músicas, la delegación, convencida, partió para el frente, a los gritos de "¡Todo el poder para los soviets locales!".

A menudo las delegaciones les proponían a los marinos ir a remplazar en el frente a las unidades fatigadas, y los de Cronstadt les exponían firmemente su punto de vista: "En tanto los campesinos no dispongan de la tierra ni la Revolución haya triunfado completamente, nada tienen que defender los trabajadores."

Poco antes de la marcha de Korniloff hacia Petrogrado, cuando la reacción, en sus esfuerzos por dominar los acontecimientos, restableció en algunos puntos la disciplina del ejército, impuso la pena de muerte en el frente y trató de destruir los comités de soldados, Cronstadt reanudó sus preparativos de insurrección armada.

Cuando, por la misma época, el gobierno de Kerensky, so pretexto de reforzar el frente de Riga, decidió sacar de Cronstadt y de todos los fuertes las piezas de artillería pesada, la indignación de los marinos llegó al colmo. Advertían perfectamente que esa artillería no podría ser de eficacia en el frente y sabían que la flota alemana se aprestaba a atacar a Cronstadt, por lo que se prepararon para cerrarle el paso, cosa imposible sin la artillería. Inadmisible en los miembros del gobierno la ignorancia de los hechos, ellos veían en el intento de desarmar a Cronstadt en vísperas del ataque una traición directa a la Revolución. Estaban, pues definitivamente convencidos de que el gobierno de Kerensky había decidido sofocar la Revolución por no importa qué medio, sin excluir la rendición a los alemanes de Cronstadt y Petrogrado.

Entonces Cronstadt no vaciló más. En los navíos y los cuarteles de las tripulaciones, en los fuertes y los talleres, reuniones secretas se dedicaron a elaborar un plan de resistencia y de revuelta. Al par, todos los días, decenas de marineros se dirigían a Petrogrado para recorrer fábricas, canteras y cuarteles, predicando abiertamente la insurrección.

Ante esta encarnizada oposición, el gobierno cedió. Negociado un compromiso, un pequeño destacamento de marinos partió hacia el frente, solución que regocijó a los marinos, pues les permitía llevar el llamado “contagio de Cronstadt” al único lugar al que no había conseguido penetrar, por la vigilancia de los comités de oficiales.

Después de la expedición del general Korniloff, en agosto de 1917, de la que ya hemos hablado, y en cuyo fracaso se habían particularmente distinguido los marinos de Cronstadt, se desvaneció la última desconfianza de las masas a su respecto. Al par la popularidad de Kerensky decrecía continuamente. Se comenzó a comprender por doquiera que Cronstadt tenía razón en desconfiar del gobierno, desenmascarar las maquinaciones de la reacción y de no dejarse llevar por delante.

La victoria moral de Cronstadt fue completa.

A partir de entonces, múltiples delegaciones obreras y campesinas llegaban a Cronstadt. Venían a informarse de la verdadera situación, a pedir consejos e indicaciones para el porvenir. El papel revolucionario de Cronstadt se perfilaba cada vez más.

Al emprender el regreso, todas las delegaciones solicitaban a los marinos el envío a sus regiones de propagandistas y de literatura para esclarecer los espíritus. No deseaba nada mejor Cronstadt. Puede decirse sin exageración que bien pronto no hubo un solo departamento, un solo distrito en que los emisarios de Cronstadt no hubiesen pasado algunos días por lo menos, aconsejando posesionarse decididamente de las tierras, desobedecer al gobierno, reelegir y consolidar los soviets y luchar a ultranza por la paz y por la prosecución de la Revolución.

Lenin estaba al corriente de toda la situación y esperaba, también él, su hora.

Por su incansable actividad, los de Cronstadt habían infundido así un espíritu revolucionario en las organizaciones obreras y campesinas y en el ejército.

Observemos que, al mismo tiempo, se oponían vigorosamente contra toda medida no organizada, contra todo acto de odio o de desesperación individual. Y agreguemos que al par la flota del Báltico hubo de sostener algunos duros combates con la escuadra alemana por defender el acceso a Petrogrado en nombre de la Revolución en marcha.

El lector está enterado ya de la importante participación de Cronstadt en la lucha contra el general Korniloff y en la Revolución de octubre. Donde quiera la revolución se batía contra la vieja sociedad se hallaban entre los combatientes los hombres de Cronstadt.

Para terminar con el período prebolchevique sólo nos falta poner al corriente al lector del inmenso trabajo *positivo realizado* en Cronstadt a pesar de las luchas armadas y otras tareas.

El soviet de Cronstadt creó dos organizaciones importantes: la *Comisión técnica y militar y la Comisión de propaganda.*

Integraban la primera catorce miembros del soviet, algunos delegados de la Unión de los obreros de los transportes marítimos y delegados de las naves de guerra y de los fuertes. Se creó, además, la función de comisarios especiales en los principales fuertes, encargados de asegurar una vinculación permanente entre ellos, el soviet y la Comisión, y también vigilar materialmente el buen estado de los fuertes, sus medios de acción, etc.

La Comisión entendía en todo lo relativo a la defensa de Cronstadt y a sus necesidades técnicas. Debía poner en práctica el principio del armamento general del pueblo trabajador, ocuparse de la instrucción militar de los obreros, formar sus batallones, llevar al día el registro de todas las unidades de combate, etcétera. Debía vigilar igualmente el estado de los barcos mercantes, de pasajeros o de carga, llevar su inventario, dirigir las reparaciones; además, aprovechar la chatarra que colmaba el inmenso depósito de artillería.

La *Comisión de propaganda*, considerada en extremo importante, desplegaba gran actividad educativa, no sólo en Cronstadt, sino también en localidades más o menos alejadas, cuyo radio se iba ampliando progresivamente por todo el país. De los fuertes, algunos de ellos a unos treinta kilómetros en el mar, o de los barrios de la capital, llegaban diariamente pedidos de oradores, informantes, propagandistas. La Comisión dirigía, recogía y difundía toda clase de literatura: política, social (socialista, comunista, anarquista) y de vulgarización científica, sobre todo de economía general, de economía rural, etc.

Cada soldado se afanaba en hacerse, a sus expensas, de una pequeña biblioteca, que aprovechaba primero diligentemente para sí, esperando llevarla más tarde a su ciudad o su aldea.

El método para la elección y envío de los propagandistas merece atención. Todo taller, unidad militar o navío podía enviar un propagandista al interior. Quien deseara partir como tal debía declararlo a la asamblea general de su unidad o su taller. De no haber objeción, el comité de la unidad o del taller

le entregaba una primera credencial, que era visada por la Comisión de propaganda y remitida al secretariado del soviet, en cuya reunión general la candidatura debía ser apoyada por quienes conocían personalmente al solicitante. Si nadie se oponía por razones de orden revolucionario o moral, recibía del soviet la credencial definitiva, que habría de servirle de salvoconducto, garantía y permiso de estada dondequiera que se solicitara su concurso.

Los gastos de estas misiones eran costeados por la caja del soviet, formada con los aportes voluntarios de los obreros. El propagandista llevaba casi siempre objetos especialmente fabricados por los obreros de Cronstadt para ser entregados a los campesinos como regalo. Los obreros de Cronstadt, particularmente los que conservaban su hogar campesino, montaron un taller en que trabajaban en sus horas libres para la producción de objetos indispensables a los campesinos, en cuya tarea eran ayudados por soldados y marineros especializados. La empresa se llamó Unión de los Trabajadores de Cronstadt, cuyo sello era estampado en cada uno de los objetos y utensilios fabricados. Una lista de ellos se publicaba periódicamente en *Izvestia*, del soviet de Cronstadt. La población entregaba de buena gana a la Unión el hierro viejo, y la Comisión técnica se lo suministraba igualmente. Los emisarios de Cronstadt no dejaban nunca de llevar esos obsequios para los campesinos, distribuidos por los soviets locales. Así afluían en abundancia las cartas de los campesinos reconocidos, quienes prometían sostener a Cronstadt en su lucha "por el pan y la libertad".

Otra iniciativa aún. Los habitantes de Cronstadt decidieron cultivar el terreno libre entre la costa y la ciudad; y al efecto crearon huertas colectivas. Cada grupo de cincuenta personas, del mismo barrio y lugar de trabajo, recibía un lote por sorteo, para trabajarlo en común, asistidos por expertos: agrimensores y agrónomos. Las cuestiones generales se trataban en reuniones de delegados o en asambleas generales. De las simientes se encargaba un Comité de aprovisionamiento y los útiles de labranza eran facilitados por la ciudad, la que también proveía el estiércol, único abono disponible. Estas huertas fueron grandemente útiles a la población de Cronstadt, sobre todo en las épocas de hambre, 1918 y más tarde. Y el trabajo en colectividad estrechó vínculos solidarios, no sólo entre los miembros de una huerta colectiva ni entre los de todas ellas, sino con la entera población, que siempre las secundó. Por ello, precisamente, tuvieron gran vitalidad y existían aún en 1921, llegando a ser durante bastante tiempo la única organización independiente que los bolcheviques no lograron quebrantar.

Los servicios públicos y la vida interior de la ciudad estaban asegurados y administrados por los ciudadanos mismos, mediante un *Comité de la vivienda* y por milicias. Poco a poco se iba avanzando hacia la socialización de las viviendas y de todos los servicios públicos.

Por lo general, en Cronstadt y alrededores, antes de la entronización de los bolcheviques, los vecinos de una casa organizaban primeramente asambleas de inquilinos, que designaban un Comité, encargado de velar por el buen mantenimiento de la caza y la seguridad de los vecinos, designar a los cuidadores diurnos y nocturnos y otras funciones anexas. Cada Comité de

inquilinos enviaba un delegado al Comité de la calle, a todas las cuestiones de la cual se extendían sus funciones. Más abarcadoras eran las que competía al *Comité de barrio*, al *Comité de distrito* y al *Comité urbano*, que entendía en los intereses generales de la ciudad, centralizando de modo natural y lógico todos los servicios, en la medida necesaria.

La organización de la milicia era semejante: en cada casa, un núcleo de milicianos, escogidos por los inquilinos, sobre cuya base eran constituidas la milicia de calle, de barrio, etc.

Todos los servicios funcionaban admirablemente, pues los encargados de ellos lo hacían de buena voluntad, sin disgusto propio ni ajeno[2]. (Naturalmente, los bolcheviques, al llegar al poder liquidaron poco a poco tal sistema de autoadministración y lo remplazaron por una organización estatal mecanizada a cargo de funcionarios.)

Así encaminada a la socialización total de los locales y de los servicios públicos, la población laboriosa de Cronstadt llevaba a cabo al par un conjunto de medidas creadoras, tendentes a una fundamental transformación de la base misma de la vida en sociedad.

CAPÍTULO IV
REBELIÓN DE CRONSTADTD CONTRA LA IMPOSTURA BOLCHEVIQUE

Primeros disentimientos entre Cronstadt y el gobierno bolchevique.– Abordamos el punto de la epopeya de Cronstadt: su lucha desesperada y heroica, en marzo de 1921, contra la nueva impostura bolchevique, y el fin de su independencia.

Los primeros disentimientos con el nuevo gobierno aparecieron casi al día siguiente de la Revolución de octubre.

El lema "Todo el poder para los soviets" significaba para Cronstadt la independencia de cada localidad, de cada soviet, de cada organismo social en sus respectivos asuntos, en relación al centro político: el derecho a adoptar iniciativas y decisiones y toma, medidas, sin permiso del centro, el cual, según esta interpretación, no podía dictar ni imponer su voluntad a los soviets locales, dueños de sí mismos, como cada soviet u organismo obrero o campesino, todos los cuales, necesariamente, habían de coordinar su actividad con las de las otras organizaciones, sobre base federativa. Igualmente los asuntos concernientes al entero país debían ser concertados por un centro federativo general.

Cronstadt suponía, pues, que, con la protección de un gobierno *proletario y amigo*, una Federación libre de los soviets y una Federación libre de los

[2] De agosto a noviembre de 1917, el autor vivía en Petrogrado y se trasladaba a menudo a Cronstadt para dar conferencias, de modo que pudo seguir de cerca la vida libre e intensa de la población. Ciertos detalles son tomados de la excelente obra de un militante radicado en Cronstadt, quien participó activamente en todos los hechos: F. Yartchuk, cuyo libro: Cronstadt en la Revolución rusa, ha aparecido en castellano, edición de Bibl. Vértice, Barcelona.

comités de fábrica, crearían progresivamente una fuerza organizada, capaz de defender las conquistas de la Revolución social y de impulsar su desarrollo.

El gobierno, naturalmente, se ocupaba de todo menos del problema primordial: el de ayudar a las organizaciones obreras y campesinas a su definitiva emancipación. El gobierno se preocupaba de la Constituyente, de su instalación y de sus propias prerrogativas, de sus relaciones con los diversos partidos políticos, de la elaboración de planes de colaboración con los restos de la burguesía (*control obrero de la producc*ión), etc. Bien poco cuidadoso de la independencia de las organizaciones obreras, ni pensaba en ello.

Eso no era todo. Manifiestamente, él entendía "el poder para los soviets" de modo extraño. En lugar de prestar apoyo a las masas obreras para permitirles conquistar y ampliar su actividad autónoma, comenzó por *quitarles todo poder* y por tratarlas como sometidas. Por su solo arbitrio cerró fábricas y licenció a los personales contra la voluntad de éstos, y tomó otras medidas arbitrarias y coercitivas, sin consultar siquiera la opinión de los interesados, haciendo caso omiso de las reclamaciones de los organismos obreros. Y, sobre todo, y cada día mayormente, restringía con diversos pretextos la libertad de acción de los soviets y de otros organismos de trabajadores, imponiéndose por doquiera arbitrariamente, y aun por la violencia.

Completemos los ejemplos citados anteriormente con otros casos más reveladores de la impostura del gobierno bolchevique y de su incapacidad frente a los problemas reales.

A principios de 1918, la población laboriosa de Cronstadt, tras debates en múltiples reuniones, decidió proceder a *la socialización de locales y viviendas*. Se trataba, primero, de obtener el consentimiento y el concurso del soviet local; luego, de crear un organismo competente, encargado de la recepción y examen de los inmuebles, de la equitativa distribución de los alojamientos, de su reparación y cuidado, y de las nuevas construcciones. En el grandioso mitin último se encargó a algunos miembros del soviet (socialistas revolucionarios de izquierda y anarcosindicalistas) el planteamiento de la iniciativa en la próxima sesión plenaria. Y así tuvo entrada en el soviet el proyecto detallado.

El primer artículo declaraba: "Queda abolida en adelante la propiedad privada de bienes raíces e inmuebles." En otros se especificaba: la gestión de todo inmueble incumbirá al *Comité de vivienda*, elegido por sus ocupantes. Los asuntos importantes relativos a un barrio lo serán en asamblea general de sus habitantes, quienes designarán a los miembros del Comité de barrio. Funciones más abarcadoras son las de los *Comités de Distrito*, y generales, las del *Departamento ejecutivo urbano* de los Comités de vivienda, integrado por delegados de los distritos.

Los miembros bolcheviques del soviet pidieron que se postergara por ocho horas la discusión del proyecto, pretextando la importancia del problema y la necesidad de estudiarlo detenidamente. Aceptado el aplazamiento por el soviet, aquéllos se dirigieron a Petrogrado para recabar instrucciones del Centro.

En la sesión siguiente, los bolcheviques pidieron el retiro del proyecto, declarando que un problema de tal importancia no debía ser resuelto sino por el conjunto del país; que Lenin preparaba un proyecto al respecto, y que,

en interés mismo del asunto, el soviet de Cronstadt debiera esperar las instrucciones del Centro. Los socialistas revolucionarios de izquierda, los maximalistas y los anarcosindicalistas propusieron su inmediata discusión, lo que fue aprobado. En el debate, la extrema izquierda propuso, ya expuestas todas las opiniones, que se pasara a votación una vez agotada la discusión y, de ser aprobado el proyecto, proceder a su inmediata realización. Los miembros bolcheviques y mencheviques se levantaron entonces, en sugerente coincidencia, y abandonaron la sala, entre aplausos irónicos y cáusticas frases de los restantes: "¡Helos al fin unidos!"

Un delegado maximalista propuso, para dar tiempo a los bolcheviques de volver, borrando la impresión de estar contra la abolición de la propiedad privada, que se votara el proyecto articulo por artículo. Aprobada la proposición, ocurrió lo previsto. Los bolcheviques comprendieron su falta de táctica, volvieron a sus asientos y votaron el artículo primero. Sólo se trataba, para ellos, de un voto de *principio*. Pero cuando se pasó a los artículos relativos a los medios de realización de tal principio abandonaron de nuevo la sala. Algunos bolcheviques que juzgaron imposible para ellos someterse en ese asunto a la *disciplina del partido* permanecieron en sus puestos, participaron en la discusión y votaron el proyecto, para cuya inmediata realización habían recibido formal mandato de sus representados. Por ello fueron excluidos del partido, culpables de "inclinación anarcosindicalista".

El proyecto fue finalmente aprobado.

Por largo tiempo prosiguió la lucha apasionada sobre el asunto en talleres, batallones, navíos, etc. (Cronstadt no estaba sometida aún.) Se realizaban frecuentes reuniones muy concurridas, en las que los miembros del soviet eran invitados a informar sobre las incidencias de la discusión en él y aclarar su actitud. Algunos de ellos, bolcheviques refractarios al proyecto, fueron retirados del soviet por sus electores. De resultas de todo ello, los bolcheviques iniciaron una violenta campaña contra los anarcosindicalistas e intentaron sabotear la aplicación del proyecto aprobado. Fue en vano.

Bien pronto quedaron constituidos los comités (de vivienda, de barrio, etc.) y empezaron a funcionar. El plan entró en vigor, haciéndose realidad el principio "Todo habitante tiene derecho a adecuado alojamiento." Las casas fueron metódicamente visitadas, examinadas y censadas por los comités, para su distribución equitativa. Así se descubrió que, mientras en pésimas buhardillas se amontonaban pobres gentes, a veces varias familias juntas, departamentos de diez a quince habitaciones, bien soleados y confortables, estaban ocupados por pocas personas. El director de la Escuela de Ingenieros, por ejemplo, soltero, ocupaba él solo un lujoso departamento de veinte habitaciones. Al serle censada la residencia y anunciada la reducción de su *espacio vital* para poder acomodar a algunas familias libradas de las malsanas buhardillas, protestó ruidosamente y calificó el acto de "verdadero bandolerismo".

Los desdichados que llenaban las barracas insalubres, las mansardas infectas y los inmundos subsuelos no tardaron en disponer de más sano y confortable alojamiento. Y aun se acondicionaron algunos hoteles para los viajeros.

Cada Comité de distrito organizó un taller para la reparación y acondicionamiento de los inmuebles, los que funcionaron satisfactoriamente.

El gobierno bolchevique lo destruyó todo más tarde, eliminando de raíz tan constructiva experiencia. La gestión de los inmuebles pasó entonces a un órgano meramente burocrático: la *Central de bienes raíces e inmuebles*, dependiente del *Consejo de Economía Nacional*. En cada inmueble, cada barrio y cada distrito *funcionarios* de la Central, mejor dicho, *policías*, se encargaban de vigilar entradas y salidas, señalar los desplazamientos de los habitantes del barrio y sus infracciones a los reglamentos, y denunciar a los *sospechosos*, etc.

Se prodigaron, claro está, decretos burocráticos y, por lo tanto, estériles, y el resultado fue que todos los trabajos, las tareas positivas cuya fructuosa posibilidad había quedado demostrada por la libre actividad de los vecinos, fueron abandonados. Eliminados de la gestión directa los interesados (como en todo otro terreno), todo recayó al estado de inercia. Los mejores inmuebles fueron requisados para los servicios burocráticos del Estado, vivienda de funcionarios, etc. Los demás, abandonados poco más o menos, empezaron a deteriorarse.

Las medidas preventivas del gobierno.– A causa de tales actitudes y procedimientos del nuevo poder en todos los dominios de la vida, los marinos de Cronstadt no tardaron en comprender el engaño sufrido con el señuelo de los famosos lemas del *Estado proletario*, la *dictadura proletaria* y otros semejantes, y que nuevos enemigos de las clases laboriosas, simulados amigos de ellas, se habían entronizado. Y no ocultaron su decepción.

Se hizo sentir así, ya afines de 1917, a los dos meses apenas de la Revolución de octubre, una oposición pacífica, pero firme, a los actos burocráticos, tan arbitrarios como antirrevolucionarios y aun antisociales.

El gobierno, que sabía perfectamente a qué atenerse respecto a los militantes de Cronstadt y no podía sentirse seguro mientras continuara existiendo, cerca de la capital, esa ciudadela de la verdadera Revolución, se propuso reducirla, a toda costa, a la impotencia y la obediencia, concibiendo al efecto un plan maquiavélico. No osando atacar a Cronstadt abiertamente, de frente, comenzó metódica y taimadamente a debilitarla, empobrecerla, gastarla, agotarla. Tomó disimuladas medidas para privar a Cronstadt de sus mejores fuerzas, sus elementos más combativos, irla *desmoronando* y finalmente anularla. Por eso, utilizó más que nunca el entusiasmo revolucionarios, las energías y aptitudes de los marinos.

Cuando, poco después de octubre, la situación alimentaria de las poblaciones de las ciudades se hizo catastrófica, el gobierno pidió a Cronstadt que formara equipos especiales de propagandistas a enviar al interior, a aldeas y campiñas, con objeto de difundir las ideas de solidaridad y de deber revolucionarios, particularmente la necesidad de alimentar a las ciudades. El renombre revolucionario de los hombres de Cronstadt, decían los bolcheviques, podría rendir servicios inapreciables a la causa: a los marinos les sería más fácil que a nadie convencer a los campesinos a ceder una parte de sus coches a los obreros hambrientos.

Cronstadt se puso en acción, y numerosos grupos partieron para el interior, contraídos a su misión. Casi todos esos grupos fueron enseguida dispersados, por múltiples medios, y sus integrantes, forzados a permanecer en el interior por variados motivos, no pudieron volver más a Cronstadt.

Por otra parte, el gobierno retiraba constantemente de Cronstadt fuertes destacamentos para enviarlos donde la situación interna se volvía indecisa, amenazante, peligrosa. Cronstadt cumplía siempre. ¡Cuántos de esos bravos militantes y combatientes no volvieron jamás a su navío o su cuartel!

También se le requería, constantemente, hombres para determinadas funciones o puestos que exigían aptitudes especiales, responsabilidad, coraje a toda prueba. Cronstadt nunca se rehusaba. Jefes de formaciones militares comandantes de trenes o autos blindados y de estaciones ferroviarias, obreros especializados: mecánicos, torneros, ajustadores, etc., se iba a buscarlos continuamente entre los hombres de Cronstadt, que a todo se prestaba.

Cuando la sublevación de Kaledin en el Sur se hizo amenazante, Cronstadt envió fuerzas importantes y contribuyó poderosamente a su aplastamiento, no sin perder a muchos de los suyos.

Todas estas medidas previas de ataque indirecto fueron finalmente coronadas por un golpe directo que Cronstadt, ya debilitada, no pudo resistir eficazmente. A fines de febrero de 1918, al volver los marinos de su expedición contra Kaledin y descender en la estación terminal, vieron desde ella que en la ruta a Cronstadt, sobre el hielo del golfo, negreaba una multitud en marcha. Eran los marineros de Cronstadt que se dirigían, sus líos a la espalda, hacia Petrogrado. Y de boca de los que llegaban supieron la amarga verdad.

Contrariamente a la resolución del Congreso panruso de los marinos, que proclamaba, conforme a los unánimes mandatos de los delegados, que la flota no sería desmovilizada, el Consejo de comisarios del pueblo publicó, a principios de febrero de 1918, el famoso decreto de *disolución de la flota actual*. Una nueva *flota roja* se crearía de seguida sobre otras bases, para incorporarse a la cual cada conscripto debía firmar ahora un contrato de enganche *voluntario*. Y, detalle significativo, los sueldos de los marineros eran muy seductores.

Los marineros se negaron a acatar el decreto. El gobierno les respondió con un ultimátum: la sumisión o la supresión de toda razón a las veinticuatro horas. No sintiéndose fuertes para resistir hasta el fin, mordiendo rabia, los marinos tomaron su equipaje y abandonaron su *ciudadela*, llevándose algunas ametralladoras. “Tal vez tengamos necesidad de ellas –decían–. ¡Que los bolcheviques armen a sus futuros mercenarios!”

(Algunos meses después, el gobierno bolchevique desarmó a toda la población. Se intimó a los ciudadanos, cualesquiera fueran y dondequiera se encontrasen, la entrega de sus armas a las autoridades locales, so pena de muerte.)

Un cierto número de marinos, de retorno de los frentes de lucha o por otros motivos, volvieron más tarde a Cronstadt y se reagruparon, pero constituían relativamente un puñado. Las fuerzas principales habían sido desperdigadas por la extensión inmensa del país.

Cronstadt, debilitada.– Cronstadt ya no era la misma, de lo cual pudo percatarse el gobierno en varias ocasiones.

Así, cuando las tratativas de paz con Alemania, el soviet de Cronstadt, como la mayoría de los demás soviets, votó contra la paz con los generales, pronunciándose enérgicamente contra ella en todos los mítines. Entonces los bolcheviques, tras de tomar algunas medidas, anularon el primer voto, plantearon de nuevo el asunto e impusieron su resolución. Y Cronstadt se inclinó. Concertada la paz y disgregado el compacto bloque revolucionario (Cronstadt, la escuadra del mar Negro, etc.), el gobierno bolchevique tuvo campo libre para consolidar su dictadura.

Cuando, en abril de 1918, el gobierno atacó, en Moscú y otros lugares, a los anarquistas, clausurando los locales de sus grupos, suprimiendo su prensa y metiendo en prisión a sus militantes, Cronstadt mostró aún otra vez sus garras, pero éstas ya no tenían su potencia anterior. Ya los marinos no podían dirigir sus cañones contra los impostores, quienes se habían puesto fuera del alcance de sus armas, refugiándose, como ciertos tiranos precedentes, tras los muros del Kremlin, en Moscú. Cronstadt hubo de limitarse a dos resoluciones de protesta: una, adoptada en un mitin monstruo realizado en la gloriosa Plaza del Ancla; la otra, por el soviet.

Una represión feroz se descargó enseguida sobre “el orgullo y la gloria de la Revolución”. Los bolcheviques habían dejado realizar las reuniones para tener un pretexto. Sin pérdida de momento, disolvieron el soviet y lo remplazaron por otro más dócil, sometieron las reuniones, la prensa y la palabra, como por doquiera, al riguroso control estatal; se instaló en la ciudad una sección de la Tcheka y se crearon células comunistas en los talleres, los regimientos y los navíos. Todo estaba vigilado. A la menor crítica de los actos bolcheviques, los culpables eran detenidos y trasladados a Petrogrado, y ya no se sabía más de ellos.

Una sola vez Cronstadt se soliviantó resueltamente y salió con la suya. El navío de línea *Petropavlowsk* se negó rotundamente a entregar a las autoridades a un marinero anarquista (un tal Skourikhin), y los bolcheviques no insistieron. Sería imprudente provocar una sublevación por un individuo, al que podrían echarle mano más tarde por otro medio.

Salvo este enfadoso caso, bien jubiloso podía mostrarse el gobierno bolchevique: Cronstadt, vanguardia de la verdadera Revolución, se doblegaba, en la impotencia, bajo el puño de hierro del poder *comunista*. Sin embargo, esto sólo era cierto a medias.

Durante meses y meses Cronstadt asistió impotente a la impostura, la ignominia y los crímenes de los enterradores de la Revolución.

Al volver de sus permisos, los marineros relataban de qué modo el *poder de los trabajadores* trataba a éstos. A los campesinos se les requisaba, sin distinción, el último trigo, el poco ganado que les quedaba y hasta los utensilios domésticos, condenándolos así a una vida de hambre, y no se vacilaba en recurrir a arrestos y fusilamientos en masa de los recalcitrantes. Puestos armados controlaban el acceso a las ciudades y confiscaban los sacos de harina que, por caso general, los campesinos enviaban a sus

parientes hambrientos, y metían entre rejas a los que se resistían. Pero se hacía la vista gorda con los que hacían pasar en mayor cantidad productos destinados a la especulación, pues ésos sabían untar las manos.

“El pueblo trabajador está desarmado”, señalaban los marinos. “Se ve ahora que el armamento general de los trabajadores, la libertad de palabra y de acción no sólo meten miedo a los contrarrevolucionarios conocidos, sino también a los que abandonan el verdadero camino de la Revolución. Se ha creado el Ejército rojo, que, como todos los ejércitos, acabará por ser una fuerza ciega en manos del partido gobernante. Desligados de sus bases, separados del taller, de sus camaradas de trabajo, los soldados, sugestionados y arrastrados por consignas engañosas, sometidos a embrutecedora disciplina y privados de medios de actuar en forma organizada, podrán ser fácilmente manejados como lo desean los dirigentes, cualesquiera sean.”

Cronstadt escuchaba, observaba y bullía. En cuanto al pueblo, estaba cada vez más atado, amordazado, enyugado y aplastado.

Los obreros de Petrogrado se rebelan contra el gobierno.– Pero, a pesar de todo, estalló la tempestad. Comenzó a rugir no en Cronstadt, sino en Petrogrado.

A fines de febrero de 1921, la situación de las masas en las ciudades se había hecho insostenible. Todo se disgregaba. Escaseaban los artículos de primera necesidad. Hasta el pan estaba racionado y era difícil obtenerlo. Las viviendas carecían de calefacción, por falta de combustible; los ferrocarriles habían suspendido la mayor parte de los servicios, y numerosas fábricas cerraban, lo que agravaba la situación. Los llamados pedidos y reclamaciones de los obreros eran vanos.

El gobierno percibía claramente la gravedad de la situación y aun confesaba su impotencia para remediarla, pero se negaba a modificar en lo más mínimo su *línea*. Ni siquiera admitía *discutir* con los obreros descontentos. Rechazaba por anticipado toda sugerencia, toda colaboración, toda iniciativa. Y por todo remedio acudía de más en más a requisiciones, expediciones militares, medidas de represión y de violencia extremas. Serios tumultos estallaron entonces en Petrogrado.

Muchas fábricas, entre las más importantes, organizaron asambleas generales obreras y adoptaron resoluciones hostiles al gobierno, exigiendo un cambio de régimen. Proclamas en el mismo sentido aparecieron en los talleres y los muros de la ciudad. Las masas se agitaban sordamente.

Se impone aquí una observación importante. En tan vasto movimiento popular intervenían, naturalmente, diversos elementos y contendían diversas tesis. No admitida ninguna libertad de ideas ni de discusión, y entre rejas numerosos revolucionarios, toda esta efervescencia era necesariamente vaga y confusa. Desviada la Revolución y todo el proceso revolucionario metido en una ruta falsa, el entero movimiento estaba fatalmente desnaturalizado. En tales condiciones, era natural que ciertos elementos, influidos por una propaganda antirrevolucionaria (la de los Socialistas moderados, sobre todo), propusieran medidas y soluciones tendentes al retroceso de la revolución en vez de intentar sacarla de las rémoras que impedían su avance.

Así, algunos pedían el restablecimiento de la libertad de comercio y, sobre todo, la convocatoria de una Asamblea constituyente.

Hemos de señalar, empero, tres hechos esenciales:

1º Esos elementos estaban lejos de prevalecer en el conjunto del movimiento. No eran ni los más fuertes ni los más audaces. La libertad de propaganda, la libertad de acción para las masas, aún podían, con ayuda de los bolcheviques sinceros, salvar la situación, hallar un solución y dar a la Revolución un nuevo impulso en el buen sentido.

2º No se olvide que, desde un punto de vista general, el bolchevismo también representaba un sistema reaccionario. Había, pues, dos fuerzas reaccionarias en presencia: la una, la de ciertos elementos antibolcheviques, tendía a hacer retroceder la Revolución, y la otra, el bolchevismo, la paralizaba y petrificaba. Distanciada de unos y otros se hallaba la única fuerza verdaderamente revolucionaria.

3º Entre los elementos constituyentes de esta verdadera fuerza revolucionaria, Cronstadt era el representante de mayor importancia.

Los de Cronstadt encaraban una solución, aunque ciertamente hostil al bolchevismo, sin nada de común con ideas retrógradas como la de la Asamblea constituyente o el retorno al capitalismo privado. La acción sostenida por Cronstadt desde el comienzo de los tumultos da fe de ello.

En respuesta a ciertas proclamas y propaganda exigiendo la convocación de una nueva Constituyente, Cronstadt envió, clandestinamente, claro está, sus delegados a usinas, fábricas y talleres para expresar a los obreros lo siguiente:

Toda la energía revolucionaria de Cronstadt, sus cañones y ametralladoras, serán resueltamente dirigidos *contra la Asamblea constituyente y contra toda regresión*. Pero si los obreros, *desengañados de la dictadura del proletariado*, se levantan contra los nuevos impostores, por los soviets libres, por la libertad de palabra, de prensa, de organización y de acción de los trabajadores, obreros y campesinos, y de todas las corrientes ideológicas: anarquistas, socialistas revolucionarios de izquierda, etc.; si los obreros se rebelan por una tercera Revolución verdaderamente proletaria, por las palabras de orden de octubre, entonces Cronstadt los apoyará con todas sus fuerzas, unánimemente dispuesta a vencer o morir.

El 22 de febrero comenzaron los mítines espontáneos en las grandes usinas. El 24, los tumultos tomaron mucho más grave giro. Desde la mañana, las autoridades emprendieron, con propósito de *depuración*, una revisión de fichas individuales de los obreros en la usina Troubotchny, una de las más importantes de Petrogrado, lo que hizo desbordar el vaso. Se cesó el trabajo en la usina y algunos centenares de obreros se dirigieron a otros establecimientos para incitar al paro al personal. Bien pronto entraron en huelga los personales de las usinas Báltica y Patronny, de municiones ésta, y la fábrica Laferme.

Una columna de dos a tres mil obreros, muy agitados, intentó avanzar en manifestación. El gobierno *obrero y campesino*, que ya disponía de algunas fuerzas policiales y militares especialmente adiestradas, despachó destacamentos de cadetes de la Academia militar, aspirantes a oficiales (llamados koursanti), que arremetieron contra la inerme muchedumbre, que

hubo de dispersarse. Otros mítines fueron igualmente impedidos por las tropas.

El 25 de febrero el movimiento se acentuó y se extendió a toda la ciudad. Los huelguistas hicieron salir a los obreros de los arsenales del Almirantazgo y a los del puerto Galernaia. Masas obreras se reunían en un punto y otro y otro, dispersadas vuelta a vuelta por las formaciones especiales.

Ante la creciente intensidad de los desórdenes, el gobierno puso en alerta a la guarnición de la capital, también ella en efervescencia. Varias unidades declararon que ellas no tenían por qué batirse con los obreros, y fueron desarmadas; de todos modos, no podía contar con la guarnición, de la que prescindió, por haberse traído del interior y de ciertos frentes de la guerra civil destacamentos de *élite*, comunistas por excelencia. Y ese mismo día el gobierno creó en Petrogrado el Comité de defensa, presidido por Zinoviev, para coordinar la acción contra el movimiento.

El 26 de febrero, en la sesión del soviet de Petrogrado, uno de sus miembros y también del Consejo Militar revolucionario de la República, Luchevitch, comunista notorio, informó sobre la situación. Denunció a los obreros de la usina Troubotchny como provocadores de tumultos, "hombres que no pensaban sino en su interés personal", y los tachó de *contrarrevolucionarios*. La usina fue cerrada en consecuencia, y los obreros se vieron automáticamente privados de su ración de víveres.

En la misma sesión, el comisario de la flota báltica, Kouzmin, señaló por primera vez cierta efervescencia entre las tripulaciones de las naves de guerra surtas en Cronstadt.

A partir del 27 de febrero, considerable número de proclamas de toda clase fueron difundidas por las calles y fijadas en los muros de la capital. Una de las más características decía:

Es necesario un cambio fundamental en la política del gobierno. En primer lugar, los obreros y los campesinos tienen necesidad de libertad. Ellos no quieren vivir según las prescripciones de los bolcheviques, sino decidir por sí mismos sus destinos.

Camaradas: ¡Mantened el orden revolucionario! y exigid, de modo organizado y decididamente:

La libertad de todos los socialistas y obreros sin partido presos;

La abolición del estado de sitio, la libertad de palabra, de prensa y de reunión para todos los trabajadores;

La libre reelección de los comités de fábrica y de los representantes a los sindicatos y de los soviets.

El gobierno respondió con arrestos en masa y la supresión de diversas organizaciones obreras.

El 28, invadieron Petrogrado las fuerzas militares comunistas llegadas del interior, y de seguida se descargó una represión tremenda contra los obreros, que no pudieron resistir, desarmados como estaban. En dos días los huelguistas fueron reducidos por la fuerza y la agitación obrera aplastada "con mano de hierro", según la expresión de Trotzky.

Fue precisamente el 28 de febrero que Cronstadt se puso en movimiento.

Cronstadt apoya a los obreros de Petrogrado. Su primer acto. La respuesta y la actitud del gobierno.– Ese día, la tripulación de la nave de línea *Petropavlovsk*, en conmoción desde hacía varios días, adoptó una resolución que obtuvo la inmediata aprobación de la de otro navío de guerra, el *Sebastopol*. Y el movimiento se extendió a toda la flota de Cronstadt y a los regimientos rojos de la guarnición. La resolución, carente de carácter agresivo, se limitaba a formular las aspiraciones de los trabajadores y marinos. Algunas comisiones de éstos fueron enviadas a Petrogrado para establecer un vínculo más estrecho con los obreros de la capital y obtener informes exactos de la situación. Como se ve, el movimiento de los marinos era pacífico y leal, en apoyo de ciertas reivindicaciones de los trabajadores, lo que no era en absoluto anormal en un Estado obrero, dirigido por un *gobierno proletario*.

El 1º de marzo se realizó en la Plaza del Ancla una reunión pública, convocada *oficialmente* por la primera y segunda escuadras de la flota báltica, cuyo anuncio apareció en el órgano del soviet de Cronstadt. El mismo día, el presidente del Ejecutivo central panruso, Kalinin, y el Comisario de la flota báltica, Kouzmin, llegaron a Cronstadt, rindiéndosele al primero honores militares, con música y banderas desplegadas.

16.000 marinos, soldados y obreros asistieron a la reunión, presidida por el titular del comité ejecutivo del soviet de Cronstadt, el comunista Vassilieff y con la presencia de Kalinin y Kouzmin. Los delegados de las comisiones enviadas a Petrogrado dieron sus informes y la asamblea, vivamente indignada, expresó su desaprobación de los métodos empleados por los comunistas para sofocar las legítimas aspiraciones de los obreros de Petrogrado. Entonces se presentó a la asamblea la resolución adoptada la víspera en el *Petropavlovsk*. Kalinin y Kouzmin atacaron con extrema violencia la resolución, a los huelguistas de Petrogrado y a los marinos de Cronstadt, pero sus discursos no impresionaron a nadie. Puesta a votación la resolución por el marinero Petritchenko, fue aprobada por unanimidad.

El parte respectivo del comisario Kouzmin expresa: “La resolución fue adoptada por la aplastante mayoría de la guarnición de Cronstadt. Leída en el mitin general de la ciudad el 1 de marzo, en presencia de cerca de 16.000 ciudadanos, fue adoptada por unanimidad. El presidente del Comité ejecutivo de Cronstadt y el camarada Kalinin votaron contra la resolución.”

He aquí el texto íntegro de ese documento histórico:

Resolución de la reunión general de la 1ª y la 2ª escuadras de la flota del Báltico realizada el 1 de marzo de 1921.

Después de escuchados los informes de los representantes enviados a Petrogrado para tener al corriente de la situación a la reunión general de las tripulaciones, la asamblea decide que es necesario:

Dado que los actuales soviets no expresan la voluntad de los obreros y los campesinos.

1º Proceder inmediatamente a la reelección de los Soviets mediante el voto secreto. La campaña electoral entre los obreros y campesinos deberá desenvolverse en plena libertad de palabra y de acción;

2º Establecer la libertad de propaganda y de prensa para todos los obreros y campesinos, para los anarquistas y los partidos socialistas de izquierda[5];

3º Acordar libertad de reunión a los sindicatos y las organizaciones campesinas;

4º Convocar, al margen de los partidos políticos, una Conferencia de obreros, soldados rojos y marinos de Petrogrado y su provincia, y de Cronstadt, para el 10 de marzo de 1921 a más tardar;

5º Libertar a todos los presos políticos socialistas e igualmente a todos los obreros, campesinos, soldados rojos y marinos apresados a raíz de los movimientos obreros y campesinos;

6º Elegir una Comisión para examinar los casos de quienes se encuentran en las prisiones y los campos de concentración;

7º Abolir las *oficinas políticas*, pues ningún partido político debe tener privilegios para la propaganda de sus ideas ni recibir del Estado medios pecuniarios para tal objeto. Crear en su lugar comisiones de educación y de cultura, elegidas en cada localidad y financiadas por el gobierno;

8º Abolir inmediatamente todas las barreras[2];

9º Uniformar las raciones para todos los trabajadores, con excepción de los que ejercen profesiones peligrosas para la salud;

10º. Abolir los destacamentos comunistas de choque en todas las unidades del ejército, e igualmente la guardia comunista en fábricas y usinas. En caso de necesidad, esos cuerpos podrán ser designados en el ejército por las compañías y en usinas y fábricas por los obreros mismos;

---

[5] Es necesario haber conocido a Cronstadt para comprender el verdadero sentido de esta cláusula. Ella tiene la apariencia de limitar la libertad de palabra y de prensa toda vez que no la exige sino para las corrientes de extrema izquierda. La resolución lo ha hecho únicamente para prevenir toda posibilidad de error sobre el verdadero carácter del movimiento;
Desde el principio de la Revolución, tras los días iniciales en que se ajustició a la oficialidad que se había destacado en las represiones, Cronstadt practicó las más amplias libertades. Los ciudadanos no eran en nada molestados, cualesquiera fueran sus convicciones. Sólo permanecieron en prisión algunos zaristas inveterados. Pero apenas pasado el espontáneo acceso de cólera, la razón empezó a predominar sobre el instinto de conservación y se planteó en las reuniones la liberación de todos los presos; a tal punto el pueblo de Cronstadt odiaba las prisiones. Y se encaró el dar libertad a todos los presos, pero sólo en el ámbito de la ciudad, donde las intrigas reaccionarias no eran de temer, no así en cuanto a otras localidades, a las que los hombres de Cronstadt querían evitarles la posibilidad del arribo de elementos contrarrevolucionarios. La actuación de Kerensky provocó una nueva oleada de cólera y el proyecto fue abandonado. Mas este sobresalto de malhumor fue el último. Desde entonces Cronstadt no conoció un solo caso de persecución por ideas. Todas las tesis podían difundirse en ella libremente. La tribuna de la Plaza del Ancla estaba abierta a todo el mundo.

[2] Se trata de los destacamentos armados en torno a las ciudades, cuya finalidad oficial era la de suprimir el comercio ilícito y requisar los víveres y demás productos a él afectados. La arbitrariedad de tales barreras se había hecho proverbial en el país. Hecho llamativo: el gobierno suprimió esas barreras la víspera de su ataque contra Cronstadt, procurando, con ello, engañar y adormecer el proletariado de Petrogrado.

11º Dar a los campesinos plena libertad de acción en lo concerniente a sus tierras y el derecho de poseer ganado, a condición de trabajar ellos mismos, sin recurrir al trabajo asalariado;

12º Designar una comisión ambulante de control;

13º Autorizar el libre ejercicio del artesanado, sin empleo de trabajo asalariado;

14º Pedimos a todas las: unidades del ejército y también a los camaradas koursanti militares adherir a nuestra resolución;

15. Exigimos que todas nuestras resoluciones sean ampliamente publicadas por la prensa.

Adoptada por unanimidad en la reunión de las tripulaciones de la escuadra. Sólo dos personas se han abstenido.

Firmado: *Petritchenko* presidente de la asamblea; *Perepelkin*, secretario.

Es lamentable que el texto traducido de la resolución no refleje el giro popular, el *estilo* rústico, su aire cándido, una prueba más de que el movimiento se hallaba enteramente en manos de los obreros mismos, que expresaban bien sus verdaderas ideas y aspiraciones, sin incitación ni directivas extrañas.

Pues casi se estaba ya al término de los mandatos de los integrantes del soviet, decidió también la reunión convocar a una reunión de delegados de los navíos, la guarnición, los talleres, los sindicatos y otras instituciones soviéticas, el 2 de marzo, para considerar las modalidades de las nuevas elecciones, lo que se anunció oficial y regularmente en *Izvestia*, órgano oficial del soviet. Y el 2 de marzo, más de 300 delegados se reunieron en la Casa de Educación, ex Escuela de ingenieros.

La gran mayoría de los delegados no pertenecían a partido político alguno. Los delegados comunistas eran minoría; sin embargo, según costumbre, los relatores del punto “Fines y tareas de la Conferencia de delegados” fueron designados entre ellos. Abierta la reunión por el marino Petritchenko, se eligió en público escrutinio una mesa de cinco miembros, uno de los cuales refirió más tarde que los participantes en la Conferencia eran exclusivamente marinos, soldados rojos, obreros y empleados soviéticos, no habiendo entre ellos, naturalmente, ningún “oficial del antiguo régimen”, como habían insinuado los comunistas de Petrogrado.

Las nuevas elecciones del soviet, que figuraba en el orden del día, se quería organizarlas sobre base más libre y justa, conforme a la resolución del día anterior, para obtener un soviet capaz de cumplir las tareas en ella fijadas.

El espíritu de la asamblea era enteramente soviético. Cronstadt exigía soviets libres de toda conexión con los partidos políticos, que fueran fiel reflejo de las aspiraciones de los trabajadores y expresión de su voluntad. Ello por nada impedía que los delegados –enemigos del régimen de los comisarios burócratas, pero no del régimen de los soviets– fueran leales y simpatizaran con el partido comunista como tal, y desearan la pacífica solución de los problemas urgentes.

Pero dejemos que los acontecimientos sean relatados por los hombres mismos de Cronstadt. He aquí lo que se expresa en *Izvestia*, del Comité revolucionario provisorio de Cronstadt, número 9, del 11 de marzo de 1921 (la resolución se publicó en el número 1, del 3 de marzo):

Cómo fue creado el Comité Revolucionario Provisorio

El 1º de marzo, a las catorce horas, se realizó en la Plaza de la Revolución un mitin de marinos, soldados rojos y obreros, con autorización del Comité ejecutivo del soviet, y no arbitrariamente.

15.000 personas asistieron a la reunión, que se desenvolvió con la presidencia del camarada Vassilieff, presidente del Comité ejecutivo. El camarada Kalinin, presidente del Comité ejecutivo central panruso, y Kouzmin, comisario de la flota báltica, asistieron a ella.

Objeto de la reunión era la discusión de la resolución adoptada precedentemente por la reunión general de las tripulaciones de la 1ª y 2ª escuadra, cuyos puntos eran: Los acontecimientos en curso y medios de salvar al país del estado de desorganización y confusión. Esa resolución, actualmente conocida por todos, nada contiene que pueda debilitar el poder de los soviets, Ella expresa, por el contrario, la idea del verdadero poder de los soviets, poder de los obreros y los campesinos.

Pero los camaradas Kalinin y Kouzmin, que tomaron la palabra, no quisieron comprenderlo. Sus discursos no hallaron eco, por no haber sabido ganar los corazones de las masas atormentadas hasta la angustia. Y el mitin votó unánimemente la resolución de las tripulaciones.

Al día siguiente, con conocimiento del Comité ejecutivo, con su autorización y conforme a las instrucciones publicadas en *Izvestia*, los delegados de navíos, guarnición, talleres y sindicatos, a razón de dos por organización, se reunieron en la Casa de Educación (ex Escuela de ingenieros) en número superior a 300.

Los representantes de la autoridad perdieron la continencia; algunos hasta abandonaron la ciudad. En tales condiciones, la tripulación del *Petropavlovsk* se vio obligada a asegurar la custodia del edificio y la protección de los delegados contra eventuales excesos, cualquiera fuere su procedencia.

La Conferencia fue abierta por el camarada Petritchenko. Tras la elección de la mesa, en número de cinco delegados, le dio la palabra al camarada Kouzmin, comisario de la flota báltica. A pesar de la posición bien clara de la guarnición y los obreros ante los representantes del Poder y los comunistas, el camarada Kouzmin no quiso tenerla en cuenta.

La Conferencia tenía por objeto encontrar una salida pacífica a la situación. Se trataba, especialmente, de constituir un órgano con cuya ayuda efectuar las reelecciones al soviet, previstas por la resolución, sobre bases más justas. Ello se imponía tanto más cuanto que llegaban a su término los poderes del soviet precedente, casi únicamente integrado por comunistas y que se había mostrado inepto para resolver problemas vitales absolutamente urgentes.

Pero en vez de tranquilizar a los delegados, el camarada Kouzmin los excitó. Habló de la posición equívoca de Cronstadt, de las patrullas, de dos poderes, del peligro polaco, de la entera Europa que nos observaba. Y subrayó que estaba en las manos de los delegados que podrían, si lo quisieran, fusilarlo. Y, para terminar, declaró: “Si los delegados quieren una abierta lucha armada, la tendrán. Porque los comunistas no abandonarán el poder benévolamente, sino que lucharán hasta el fin.”

El torpe discurso de Kouzmin, lejos de apaciguar la emoción de los delegados, contribuyó, por lo contrario, a irritarlos. En cuanto a la alocución incolora y vaga

del presidente del Comité ejecutivo Vassilieff, que le siguió, pasó inadvertida. La aplastante mayoría de los delegados era manifiestamente hostil a los comunistas.

Sin embargo, los delegados no perdían la esperanza de hallar una base de entendimiento con los representantes del Poder. La exhortación del presidente de la Conferencia para encarar un trabajo positivo y elaborar un orden del día fue aprobada por unanimidad, debiendo pasarse a redactarlo. Pero, siendo evidente que no podía confiarse en los camaradas Kouzmin y Vassilieff, se juzgó necesario ponerlos momentáneamente en arresto, sobre todo porque los comunistas estaban en posesión de los depósitos de armas, no se tenía acceso al teléfono, los soldados rojos, según carta leída en la Conferencia, estaban asustados y excitados y los comisarios prohibían toda reunión en las unidades militares.

Los camaradas Kouzmin y Vassilief y el comandante de la fortaleza fueron, pues, alejados.

La Conferencia no disimuló sus sentimientos reprobatorios respecto a los comunistas. Pero cuando se planteó si los delegados comunistas podrían continuar en la Conferencia para proseguir el trabajo en común con los camaradas sin partido, la reunión respondió positivamente. A pesar de algunas protestas y la proposición de ciertos delegados de arrestar a los comunistas, el conjunto de los delegados no fue de esa opinión, considerando que los comunistas presentes asumían el carácter de delegados de unidades y organizaciones con el mismo título que los demás. Ello prueba una vez más que los delegados sin partido de los trabajadores, que los soldados rojos, los marinos y los obreros no consideran la resolución adoptada en el mitin de la víspera como necesariamente conducente a una ruptura con los comunistas *en tanto partido.* Se esperaba aún poder hallar un lenguaje común.

Enseguida, a propuesta del camarada Petritchenko, se dio lectura a la resolución de la víspera. La aplastante mayoría de los delegados la aprobó. En ese momento, cuando parecía que iba a comenzar el trabajo positivo, el camarada delegado del navío de línea *Sebastopol* pidió la palabra para una declaración urgente: 15 camiones de tropas con fusiles y ametralladoras estaban en marcha hacia el lugar de la reunión. La investigación practicada luego demostró que esa noticia, *falsa*, había sido lanzada por los comunistas a fin de *torpedear* la Conferencia. Pero al ser anunciada –sobre todo en razón de la tensión general y de la posición hostil a la Conferencia asumida por los representantes del Poder– todo llevó a los delegados a creer en ella.

No obstante, se continuó sesionando, y la proposición del presidente de pasar a la discusión de los acontecimientos en curso, tomando por base la resolución adoptada, fue aclamada. La Conferencia comenzó la consideración de las medidas a tomar para la efectiva aplicación de las cláusulas de la resolución. Se rechazó la idea de enviar una delegación a Petrogrado, pues ella sería arrestada. Después de lo cual varios delegados propusieron que la Mesa de la Conferencia se organizara en comité revolucionario provisorio y se encargara de las elecciones para el nuevo soviet.

En ese momento el presidente manifestó que un destacamento de 2.000 hombres venía hacia el lugar de la reunión. Excitados y ansiosos, los delegados abandonaron el edificio de la Casa de Educación.

Levantada la sesión a causa de esa última comunicación, el Comité revolucionario provisorio, encargado del orden, se instaló en el navío de línea

Petropavlovsk, donde permaneció hasta el día que, por su esfuerzos, quedó asegurado el orden en la ciudad, para velar mejor por los intereses de todos los trabajadores, marinos, soldados rojos y obreros.

Agreguemos a este relato, sumario e incompleto, algunos detalles referidos más tarde por uno de los miembros del Comité revolucionario.

La decisión de crear este Comité, tomada por unanimidad instantes antes de la clausura de la sesión, bajo la impresión de alarmantes rumores y las amenazas de Kouzmin, Kalinin y Vassilieff, dejó entender que "la Mesa de la Conferencia y el presidente Petritchenko quedaban encargados de cumplir provisoriamente las funciones de un Comité revolucionario, a falta de tiempo para crearlo de modo más formal".

Se sabía positivamente que de seguida del mitin popular del 1º de marzo, *los comunistas de Cronstadt emprendieron serios preparativos para una acción militar contra el movimiento.* En efecto, especialmente el comité comunista local se puso a armar abundantemente a sus partidarios. Y ordenó al comisario de la fortaleza que enviara a las células comunistas fusiles, ametralladoras y municiones. Está fuera de duda que los jefes comunistas de Cronstadt habrían roto las hostilidades desde el 2 de marzo e impedido la Conferencia de delegados, si sus planes no hubiesen sido contrarrestados por algo imprevisto.

Sobre los cerca de 2.000 comunistas inscriptos en Cronstadt, la gran mayoría sólo era *comunista de registro*, adheridos por razones personales mas no por convicción. Desde el comienzo de los sucesos, esta *masa comunista* abandonó a los jefes y se incorporó al movimiento general. Los jefes solos, aun sostenidos por un cierto número de *koursanti* radicados en Cronstadt y ciegamente fieles al partido, no podían confiar en resistir a la flota, la guarnición y la entera población. Por ello abandonaron la idea de una lucha armada inmediata en Cronstadt misma. Una parte de ellos huyó, otra se dirigió a los fuertes circundantes con objeto de intentar levantarlos contra el movimiento. Los koursantis los siguieron; visitaron unos tras otros los fuertes sin encontrar apoyo en parte alguna. Y finalmente se dirigieron a Punta Roja (Krasnaïa Gorka)

En el atardecer del 2 de marzo en Cronstadt no había, pues, otro poder que el del Comité revolucionario provisorio. El 3 de marzo apareció el primer número de *Izvestia*, de dicho Comité, que traía, en lugar destacado, el siguiente manifiesto:

A la población de la Fortaleza y de la ciudad de Cronstadt

Camaradas y ciudadanos: Nuestro país atraviesa un difícil período. Hace ya tres años que el hambre, el frío y el caos económico nos tienen apretados en terrible torniquete. El partido comunista, que gobierna al país, se ha distanciado de las masas y se ha mostrado impotente para hacerlas salir del estado de general ruina. No ha tenido por nada en cuenta los tumultos de estos tiempos últimos en Petrogrado y Moscú, demostrativos de que él ha perdido la confianza de las masas obreras. Ni la ha tenido tampoco de las reivindicaciones formuladas por los obreros. Lo considera todo como intrigas de la contrarrevolución. Se engaña profundamente.

Esos tumultos y estas reivindicaciones son la expresión del pueblo entero, de todos los que trabajan. Todos los obreros, marinos y soldados rojos ven hoy claramente que sólo los esfuerzos comunes, la voluntad de consumo de los trabajadores podrán dar al país pan, leña y carbón, vestir y calzar al pueblo y sacar a la República del atolladero en que se encuentra. Voluntad de todos los trabajadores, marinos y soldados rojos que se ha expresado claramente en el gran mitin de nuestra ciudad el 1 de marzo, que aprobó por unanimidad una resolución de las tripulaciones de la 1ª y 2ª escuadras.

Una de las decisiones aprobadas fue la de proceder inmediatamente a nuevas elecciones para el soviet. A fin de establecer, para ellas, bases más justas, de suerte que la representación de los trabajadores en el soviet sea efectiva y éste sea un órgano activo y enérgico, los delegados de todas las organizaciones de la marina, la guarnición y los obreros, se reunieron el 2 de marzo en la Casa de Educación. Además de la elaboración de tales bases, la reunión debía encarar un trabajo positivo y pacífico por la reorganización del sistema soviético.

Ahora bien: por haber razones para temer una represión, confirmadas por los amenazantes discursos de los representantes del poder, la reunión decidió crear un Comité revolucionario provisorio y concederle plenos poderes para la administración de la ciudad y la fortaleza.

El Comité provisorio tiene su sede en el navío de línea *Petropavlovsk*.

¡Camaradas y ciudadanos! El Comité provisorio se preocupa sobre todo de que no haya efusión de sangre. Ha empleado todos sus esfuerzos por mantener el orden revolucionario en la ciudad, en la fortaleza y en los fuertes.

¡Camaradas y ciudadanos! No detengáis vuestro trabajo. Obreros, a vuestras máquinas; marinos y soldados, no abandonéis vuestros puestos; todos los empleados, todas las instituciones han de continuar el trabajo.

El Comité revolucionario provisorio exhorta a todas las organizaciones obreras, los sindicatos marítimos y demás, todas las unidades de mar y tierra, y a todos los ciudadanos individualmente, a prestarle su ayuda. Su misión es asegurar, en cooperación fraternal con vosotros, las condiciones necesarias para las elecciones justas y honestas del nuevo soviet.

Orden, pues, camaradas; calma y sangre fría. ¡Todos al trabajo socialista honesto, por el bien de todos los trabajadores!

Cronstadt, 2 de marzo de 1927.

Firmado: *Petritchenko*, presidente del Comité revolucionario provisorio; *Toukin*, secretario.

El mismo número contiene la famosa resolución de las escuadras y algunas notas, entre ellas ésta:

Este 2 de marzo, hacia las nueve de la noche, todas las unidades rojas de la fortaleza y la mayoría de los fuertes se han solidarizado con el Comité revolucionario provisorio. Todas las instituciones y los servicios de enlace están custodiados por patrullas del Comité.

Mientras, los bolcheviques no perdieron instante en preparar un ataque contra Cronstadt, presintiendo desde el comienzo que el movimiento podría acarrearles una catástrofe, por lo que decidieron ahogarlo a toda costa antes que se extendiera.

Utilizaron simultáneamente varios procedimientos: 1º se apresuraron a asegurarse el dominio de puntos estratégicos importantes en torno a Cronstadt y Petrogrado, como la Punta Roja (Krasnaïa Gorka), Oranienbaum, Lissy Noss, etc.; 2º mantuvieron el estado de sitio en Petrogrado y tomaron extraordinarias medidas militares represivas para *salvaguardar el orden*; 3º hicieron ciertas concesiones (hemos hablado de la supresión de barreras en torno a la capital) para calmar a los obreros; 4º procedieron, bajo el comando supremo de Trotzky, a la rápida formación de un cuerpo de ejército especial para un ataque directo a Cronstadt; 5º emprendieron una violenta campaña de mentiras y calumnias contra los hombres de Cronstadt, para engañar a la opinión y justificar su acción, propaganda encarnizada que se inició el mismo 2 de marzo.

En el número 2 de *Izvestia* del Comité revolucionario, junto a diversas notas de orden administrativo y económico, hallamos la siguiente información:

La Radio de Moscú

A continuación publicamos el texto irradiado por la agencia Rosta de Moscú e interceptado por la estación T.S.F. del *Petropavlovsk*, pleno de descaradas mentiras y de engaños de parte del partido comunista que se llama "gobierno soviético", radiograma que no necesita comentarios. Los trabajadores de Cronstadt comprenderán la provocación. (Ciertos pasajes no han podido ser recogidos por interferencia de otra estación.)

Radio Noticias Rosta. Moscú, 3 de marzo.

¡A todos! ¡A todos! ¡A todos!

¡A la lucha contra la conspiración blanco-reaccionaria!

El motín del ex general Kozlovsky y del navío Petropavlovsk *ha sido organizado por los espías de la Entente, como en muchos otros complots anteriores. Ello se comprueba por la lectura del diario burgués francés* Le Matin, *que dos semanas antes de la revuelta de Kozlovsky publicó el siguiente telegrama de Helsingfors: "Se comunica de Petrogrado que a raíz de la reciente rebelión de Cronstadt, las autoridades militares bolcheviques han tomado medidas a fin de aislar a Cronstatd e impedir que los soldados y marinos de ésta se acerquen a Petrogrado. El abastecimiento de Cronstadt está prohibido hasta nueva orden."*

Esta claro que la sedición de Cronstadt ha sido dirigida desde París, con intervención del contraespionaje francés. Es siempre la misma historia. Los socialistas revolucionarios, dirigidos por París, tramaron la rebelión contra el gobierno soviético y, apenas terminados sus preparativos, el verdadero jefe, un general zarista, hizo su aparición. La historia de Koltchak, que intentó restablecer el derruido poder con ayuda de los socialistas revolucionarios, se repite una vez más. Todos los enemigos de los trabajadores, desde los generales zaristas hasta los socialistas revolucionarios, intentan especular con el hambre y el frío. Naturalmente, esta rebelión de los generales y los socialistas revolucionarios será pronto reprimida, y el general Kozlovsky y sus acólitos sufrirán la suerte de Koltchak.

Pero está fuera de duda que la red de espionaje de la Entente no ha sido solamente echada sobre Cronstadt. ¡A destruirla, obreros y soldados rojos! ¡Desenmascarad a los insinuadores y los provocadores! ¡Sangre fría, serenidad y vigilancia! No olvidéis que el verdadero medio de salir de las dificultades

alimentarias y de otra índole, momentáneas sí, pero ciertamente penosas, radica en un trabajo intenso en buen acuerdo, y no en excesos insensatos que no harán sino aumentar la miseria, para mayor regocijo de los malditas enemigos de los trabajadores.

Por todos los medios a su disposición: órdenes militares, proclamas, volantes, carteles, artículos periodísticos y trasmisiones radiales, el gobierno difundió e hizo admitir esas calumnias. No se olvide que, en poder del gobierno todos los medios de propaganda e información, ninguna voz libre podía expresar la verdad.

En el número 4 de *Izvestia*, órgano del Comité (6 de marzo), leemos:

Cobardes y calumniadores

Llevamos a público conocimiento el texto de una proclama lanzada sobre Cronstadt desde un avión comunista. Los camaradas no experimentarán sino desprecio por semejante calumnia provocadora.

Los de Cronstadt saben cómo y por quién se ha echado abajo el odioso poder de los comunistas. Ellos saben que al frente del Comité revolucionario provisorio se encuentran abnegados militantes, entre los mejores hijos del pueblo, soldados rojos, marinos y obreros. Ellos no se dejarán poner la rienda al cuello por nadie, y menos aún por generales zaristas o blancos.

"Pocas horas más, y os veréis obligados a rendiros", nos amenazan los comunistas.

Hipócritas infames, ¿a quiénes queréis engañar?

La guarnición de Cronstadt jamás se ha rendido a los almirantes zaristas; no se rendirá tampoco a los generales bolcheviques.

¡Cobardes! Conocéis nuestra fuerza y nuestra voluntad de vencer o morir dignamente, y no huir como vosotros, comisarios, llenos los bolsillos de billetes de banco zaristas y de oro, producto de la labor y la sangre obreras.

En el mismo número 4 se reproduce lo irradiado por Radio Moscú:

¡A los engañados de Cronstadt!

¿Veis ahora a qué os han conducido los pillos? ¡Ved a qué habéis llegado! Los insaciables colmillos de los viejos generales zaristas ya aparecen tras los socialistas revolucionarios y los mencheviques. Todos esos Petritchenko y otros Toukin son manejados como títeres por el general zarista Kozlovsky, los capitanes Borkser, Kostromitinoff, Chirmanovsky y otros blancos de marca. ¡Se os engaña! Se os decía que lucháis por la democracia. Apenas han pasado dos días y veis que en realidad lucháis, no por la democracia, sino por los generales zaristas. Habéis permitido que un nuevo Wiren[3] os ponga la rienda al cuello.

Se os hace creer embustes: que Petrogrado está con vosotros, que la Siberia y la Ucrania os sostiene. ¡Cínicas memorias! El último de los marinos de Petrogrado os ha vuelto la espalda al enterarse que generales zaristas, como Kozlovsky, actúan entre vosotros. La Siberia y la Ucrania defienden firmemente

[3] Se trata del famoso almirante Wiren, comandante de la plaza de Cronstadt en el momento de la Revolución, uno de los más feroces jefes zaristas, fusilado por los marinos de Cronstadt el 28 de febrero de 1917.

al poder soviético. Petrogrado, la ciudad roja, se burla de las tristes pretensiones de un puñado de socialistas revolucionarios y guardias blancos.

Estáis rodeados por completo. Unas horas más, y os veréis obligados a rendiros, Cronstadt no tiene pan ni combustible. Si persistís, se os acribillará como perdices. Naturalmente, todos esos generales –los Kozlovsky y los Borkser–, todos esos pillos –los Petritchenko y los Toukin– huirán a último momento con los blancos, en Finlandia. Pero vosotros, simples marinos y soldados rojos, ¿adónde iréis? Si os prometen manteneros en Finlandia, os engañan aún. ¿No sabéis que los soldados del general Wrangel, llevados a Constantinopla, mueren allí a millares, como moscas, de hambre y enfermedades? La misma suerte os espera si no entráis inmediatamente en razón.

¡Rendíos sin perder un minuto!

¡Deponed las armas y pasad a nuestro lado!

¡Desarmad y arrestad a los criminales jefes, sobre todo los generales zaristas!

Los que se rindan inmediatamente serán perdonados. ¡Rendíos inmediatamente!

Comité de Defensa de Petrogrado

Iguales insinuaciones contiene el radiograma lanzado por el soviet de Petrogrado, cuyo texto se reprodujo en el mismo número de *Izvestia*, con esta breve introducción:

La estación de T.S.F. del *Petropavlovsk* ha captado el siguiente radiograma, que confirma que los comunistas continúan engañando, no sólo a los obreros y los soldados rojos, sino también a los miembros del soviet de Petrogrado. Pero no lograrán engañar a la guarnición de Cronstadt ni a sus obreros.

El número 5, del 7 de marzo, da noticia de un nuevo y muy largo de radiograma de: Moscú, cuya reproducción hace preceder de la siguiente nota, refutando las invenciones bolcheviques:

Continúan calumniando

Acabamos de enteramos, según informaciones de radio Rosta, que hay todo un mundo en pie de lucha con nosotros: la Entente y los espías franceses, los guardias-blancos y los generales zaristas, los mencheviques, los socialistas revolucionarios, los banqueros de Finlandia, en pocas palabras, todo el mundo se precipita contra los pobres comunistas.

¡Y nosotros, los de Cronstadt, somos justamente los únicos en no saber nada de ello!

Este documento de la estupidez comunista es francamente cómico. Y lo reproducimos para procurar a los de Cronstadt algunos minutos de solaz.

Por nuestra parte nos limitaremos a reproducir solamente, por su excesiva extensión, algunos pasajes característicos de tal radiograma:

El 2 de marzo el Consejo del Trabajo y la defensa ordena: 1º declarar al ex general Kozlovsky y a sus partidarios fuera de la ley; 2º promulgar el estado de guerra en la ciudad y la provincia de Petrogrado; 3º confiar el poder supremo de todo el distrito de Petrogrado al Comité de defensa.

La entera guarnición de Krasnaïa Gorka maldice a los rebeldes y arde en el deseo de combatirlos.

Petrogrado está enteramente en calma y aun las pocas usinas y ciertos individuos que últimamente lanzaron acusaciones contra el gobierno soviético han comprendido la provocación y adónde los arrastraban los agentes de la Entente y de la contrarrevolución.

....

En el momento en que el partido republicano de América acaba de asumir el poder y se muestra dispuesto a reanudar las relaciones comerciales con la Rusia soviética, se organiza la difusión de falsos rumores y el fomento de desórdenes en Cronstadt para impresionar al nuevo presidente americano e impedir un cambio en la política americana respecto a Rusia. La Conferencia de Londres se ha realizado en los mismos momentos. La difusión de semejantes rumores procura influir sobre la delegación turca para tornarla dócil a las exigencias de la Entente. La revuelta de la tripulación del *Petropavlovsk* es, sin duda alguna, una etapa de la gran conspiración destinada a crear dificultades en el interior de la Rusia soviética y conmocionar la situación internacional. Este plan ha sido puesto en obra en Rusia por un general zarista y por ex oficiales con el apoyo de mencheviques y socialistas revolucionarios.

En todos esos documentos se reitera constantemente un nombre, el de cierto general Kozlovsky, pretendido jefe verdadero del movimiento, su amo absoluto.

Se hallaba en Cronstadt, en efecto, un ex general zarista así llamado. *Fue precisamente Trotzky, este gran restaurador de ex generales del zar en tanto especialistas, quien lo ubicó allí como artillero experto*. Mientras este personaje estuvo adscripto al servicio de los comunistas, éstos cerraron los ojos respecto a su pasado. Pero desde que Cronstadt se rebeló, ellos trataron de aprovechar la presencia de *su especialista* para hacer de él un espantajo.

El tal Kozlovsky no desempeñó papel alguno en los acontecimientos de Cronstadt, ni tampoco sus ayudantes, citados por los bolcheviques: Borkser, Kostromitinoff y Chirmanovsky, uno de los cuales era simple dibujante. Pero los bolcheviques explotaron con habilidad sus nombres para denunciar a los marinos como enemigos de la República y presentar su movimiento como contrarrevolucionario. Los agitadores comunistas fueron enviados por usinas y talleres de Petrogrado a incitar al proletariado a levantarse contra Cronstadt, "nido de la conspiración blanca, dirigida por el general Kozlovsky", y "asociarse al sostenimiento y la defensa del gobierno de los obreros y campesinos contra la rebelión de los guardias blancos de Cronstadt".

Kozlovsky mismo no pudo menos que encogerse de hombros cuando se enteró del papel que los bolcheviques le atribuían en los acontecimientos. Refirió, más tarde, que el comandante bolchevique de la fortaleza de Cronstadt había huido apenas constituido el Comité revolucionario provisorio, y que, conforme a los reglamentos bolcheviques, el jefe de la artillería –dicho Kozlovsky en el trance– era quien debía reemplazarlo. Pero como estos reglamentos no tenían ya valor alguno, al ser sustituido el poder comunista por el del Comité revolucionario, Kozlovsky se rehusó a ocupar el cargo. El Comité revolucionario designó entonces a otro experto, un tal Solovianoff, comandante de la fortaleza. Y Kozlovsky fue encargado de dirigir los servicios técnicos de la artillería. Sus ayudantes, personajes absolutamente insignificantes, permanecieron totalmente al margen del movimiento.

Ironía histórica: fue precisamente un importante ex jefe zarista, el famoso Toukhatchevsky (recientemente fusilado por orden de Stalin) quien asumió, por mandato de Trotzky, el cargo de comandar el conjunto de las fuerzas destinadas a atacar a Cronstadt. Y hay más: todos los especialistas, todas las prominencias del zarismo pasadas al servicio de los bolcheviques, participaron en la elaboración del plan de asedio y ataque contra Cronstat. En cuanto a los hombres de Cronstadt, calumniados por sus cínicos adversarios, no tenían a su disposición, como especialistas técnicos o militares, sino a la pálida persona de Kozlovsky y tres o cuatro personajes más absolutamente nulos desde el punto de vista político.

El movimiento de Cronstadt estalló espontáneamente. Si este movimiento hubiese sido consecuencia de un plan concebido y preparado con tiempo, ciertamente no se habría desencadenado a principios de marzo, momento el menos favorable. En efecto, algunas semanas más y Cronstadt, liberada de los hielos, se habría convertido en una fortaleza casi inexpugnable, teniendo a su disposición una potente flota, terrible amenaza para Petrogrado. Cronstadt habría podido entonces, no sólo resistir largamente, sino aún vencer. La gran suerte del gobierno bolchevique fue, justamente, la espontaneidad del movimiento y la ausencia de toda premeditación, de todo cálculo en la acción de los marinos.

No hubo *revuelta* en Cronstadt, en el propio sentido del vocablo. Hubo un movimiento espontáneo y pacífico, absolutamente natural y legítimo en las circunstancias dadas, que mancomunó rápidamente por completo a la ciudad, la guarnición y la flota. Temblando por su poder, sus puestos y sus privilegios, los bolcheviques forzaron los acontecimientos y obligaron a Cronstadt a aceptar la lucha armada.

La respuesta de Cronstadt.– Naturalmente, Cronstadt hizo cuanto pudo para responder a las insinuaciones y las calumnias bolcheviques. Mediante su diario y sus radios, el Comité revolucionario hizo conocer a las masas laboriosas de Rusia y del mundo los verdaderos fines y las aspiraciones del movimiento, refutando al par las mentiras del gobierno comunista.

Así, el número 4 de *Izvestia*, del 6 de marzo, reprodujo el siguiente llamamiento radiodifundido del Comité revolucionario:

¡A todos!... ¡A todos!... ¡A todos!...

¡Camaradas obreros, soldados rojos y marinos!

Sabemos aquí, en Cronstadt, cuánto sufrís –vosotros, vuestras mujeres y vuestros hijos hambreados– bajo el yugo de la dictadura de los comunistas.

Nosotros hemos derribado el soviet comunista. En pocos días, nuestro Comité revolucionario provisorio procederá a la elección del nuevo soviet, el cual, libremente elegido, reflejará fielmente la voluntad de toda la población laboriosa y de la guarnición y no la de un puñado de desorbitados *comunistas*.

Nuestra causa es justa. Estamos por el poder de los soviets y no de los partidos. Estamos por la elección libre de los representantes de las masas laboriosas. Los soviets falsificados, acaparados y manipulados por el partido

comunista han sido siempre sordos a nuestras necesidades y nuestras demandas; la sola respuesta que hemos recibido fue la bala asesina.

Actualmente, colmada la paciencia de los trabajadores, se pretende taparnos la boca con limosnas: por orden de Zinoviev se han suprimido las barreras en la provincia de Petrogrado, y Moscú asigna 10 millones de rublos oro para la adquisición en el extranjero de víveres y artículos de primera necesidad. Pero nosotros sabemos que el proletariado de Petrogrado no se dejará sobornar por tales limosnas. Por encima de los comunistas, Cronstadt revolucionaria os tiende la mano y os ofrece su ayuda fraternal.

Camaradas: No sólo se os engaña; sino se desnaturaliza impúdicamente la verdad, rebajándose hasta la disimulación más vil. ¡No os dejéis sorprender!

En Cronstadt, el poder está exclusivamente en manos de los marinos, soldados y obreros revolucionarios, y no en las de *contrarrevolucionarios* dirigidos por un Kozlovsky, como intenta hacéroslo creer la mentirosa radio de Moscú.

¡No os demoréis, camaradas! ¡Uníos a nosotros! ¡Entrad en contacto con nosotros! Exigid que vuestros delegados sin partido sean autorizados avenir a Cronstadt. Sólo ellos podrán así deciros la verdad y desenmascaras las abyectas calumnias sobre el “pan finlandés” y las intrigas de la Entente.

¡Viva el proletariado revolucionario de las ciudades y los campos!

¡Viva el poder de los soviets libremente elegidos!

En el número 10, del 12 de marzo, leemos:

Nuestros generales

Los comunistas insinúan que generales y oficiales guardias blancos y un sacerdote se encuentran entre los miembros del Comité revolucionario provisorio. A fin de terminar de una vez por todas con estas mentiras, ponemos en su conocimiento que el Comité está integrado por los quince miembros siguientes:

1. *Petritchenko*, primer escribiente en el *Petropavlovsk*;
2. *Yakovenko*, telefonista del distrito de Cronstadt;
3. *Ossossoff*, mecánico del *Sebastopol*;
4. *Arhipoff*, cuartelmaestre mecánico;
5. *Perepelkin*, mecánico del *Sebastopol*;
6. *Patrouchev*, cuartelmaestre mecánico del *Petropavlovsk*;
7. *Kupoloff*, primer ayudante médico;
8. *Verchinin*, marinero del *Sebastopol*;
9. *Toukin*, obrero electricista;
10. *Romanenko*, guardián de astilleros de reparación de navíos;
11. *Orechin*, empleado de la 3ª Escuela técnica;
12. *Valk*, obrero carpintero;
13. *Pavloff*, obrero de los talleres de minas marinas;
14. *Baïkoff*, carretero.
15. *Kilgast*; timonel.

Al reproducir esta misma lista en el número 12, del 14 de marzo, se agrega al final esta nota irónica:

Tales son nuestros generales: nuestros Broussiloff, Kameneff, etcétera[4]. Los gendarmes Trotzky y Zinoviev os ocultan la verdad.

En su campaña de calumnias, los bolcheviques desfiguraban no sólo el espíritu y la finalidad del movimiento, sino también los actos de los defensores de Cronstadt. Es así que propagaron el rumor de que los comunistas de Cronstadt sufrían toda clase de violencias de parte de los amotinados. En reiteradas ocasiones, Cronstadt estableció la verdad. En el número 2, de *Izvestia*, del 4 de marzo, figura la siguiente nota:

El Comité revolucionario provisorio desmiente los rumores sobre violencias inflingidas a los comunistas arrestados. Los comunistas arrestados se hallan en seguridad, indemnes de toda violencia.

Una parte de los comunistas arrestados, por lo demás, ha sido puesta en libertad. Un representante del partido comunista integrará la comisión encargada de investigar sobre las causas de los arrestos. Los camaradas comunistas Iliin, Kabanoff y Pervouchin se han dirigido al Comité revolucionario y han sido autorizados a visitar a los detenidos en el *Petropavlovsk*. Cosa que estos camaradas confirman, firmando al pie. Firmado: *Iliin, Kabanoff, Pervouchin*.– Por la copia, conforme, firmado: *P. Bogdanoff*.

En el mismo número 2 se publica, con la firma de los mismos comunistas, un “llamado de la Oficina provisoria de la sección de Cronstadt del partido comunista”, cuyos términos, por razones comprensibles, son prudentes y vagos. Con todo, expresa:

No acordéis crédito alguno a los falsos rumores que aseguran que comunistas responsables han sido fusilados y que los comunistas tienen la intención de rebelarse por las armas en Cronstadt. Estas son mentiras propaladas con la intención de provocar efusión de sangre. La Oficina provisoria del partido comunista reconoce la necesidad de nuevas elecciones del soviet y requiere a los miembros del partido su participación en ellas. Y exhorta a los miembros del partido a permanecer en sus puestos y a no poner obstáculos a las medidas del Comité revolucionario provisorio. Of. provisoria de la sección de Cronstadt del partido comunista; firmado: *J. Iliin, A. Kabanoff, F. Pervouchin.*

Varias respuestas fueron apareciendo en diversos números, en notas breves, bajo el título: *Sus mentiras*. En el número 7, del 9 de marzo.

“El comandante del ejército que opera contra Cronstadt, Toukhatchevsky, acaba de comunicar aun colaborador del *Comando rojo* lo que sigue: Estamos informados de que la población civil de Cronstadt casi no recibe víveres.

“El regimiento de cazadores, de guarnición en Cronstadt, se niega a sumarse a los amotinados y resiste a una tentativa de desarme.

“Los principales dirigentes de la rebelión se aprestan a huir a Finlandia.

“Un marino fugitivo de Cronstadt, sin partido, comunica que en el mitin de los marinos del 4 de marzo en Cronstadt, hizo uso de la palabra el general

[4] Los generales bolcheviques Broussilloff, Kameneff y otros eran antiguos generales zaristas.

Kozlovsky, quien exigió un poder firme y una acción decisiva contra los partidarios de los soviets.

"En Cronstadt, la moral está decaída y la población deprimida. Ella espera impacientemente el fin de la rebelión y demanda que los conductores guardias blancos sean entregados al gobierno soviético."

He ahí lo que los comunistas informan sobre los acontecimientos. Tales son los medios a que recurren a fin de enlodar nuestro movimiento a los ojos del pueblo laborioso.

En el número 12, del 14 de marzo, en la rúbrica *Sus mentiras*:

Reproducimos textualmente las notas aparecidas en el número del 11 de marzo de *Pravda*, de Petrogrado:

"*Lucha en Cronstadt*.– La siguiente comunicación ha sido recibida ayer, a las veinte horas, en el Comité de defensa, de parte de Toukhatchevsky, comandante de ejército, actualmente en Oranienbaum:

"Intenso tiroteo en Cronstadt: tiros de fusiles y ametralladoras. Con los gemelos, se observan tropas que llevan un ataque en filas dispersas, desde Cronstadt hacia los talleres de minas situados al nordeste del fuerte Constantin. Es de suponer que el ataque tiene por objetivo ya dicho fuerte, ya los destacamentos sublevados contra los guardias blancos, destacamentos atrincherados en las proximidades de esos talleres."

"*Un incendio en Cronstadt*. En momentos de apoderamos del fuerte N., ha sido observado un gran incendio en Cronstadt. Espesa humareda cubría la ciudad."

"*Más sobre los inspiradores y los jefes de la rebelión*.- Un desertor, que salió de Cronstadt en la noche del 7 de marzo, informó sobre el espíritu y la actitud de los oficiales guardias blancos: Están de humor por de más jovial no se inquietan en lo más mínimo por el derramamiento de sangre que han provocado. Piensan en las delicias que les esperan si se apoderan de Petrogrado. "Una vez en nuestro poder Petrogrado, habrá por lo menos una media medida de oro por cabeza. Y, si perdemos, ganaremos Finlandia, donde nos recibirán con los brazos abiertos." Eso es lo que declaran esos señores, que se sienten amos de la situación. Y lo son, en efecto. Su actitud ante los marinos en nada difiere de la de los viejos tiempos zaristas. "Estos sí son jefes de verdad, no como los comunistas –dicen de ellos los marinos–; no les faltan sino las charreteras doradas."

"Que los señores oficiales guardiablancos no cuenten mucho con una fuga a Finlandia; ni es oro lo que recibirán, sino una buena porción de plomo."

Y el *Diario Rojo* declara: "Dos marinos llegados de Reval afirman que 150 bolcheviques han sido muertos en Cronstadt."

Así se escribe la historia. De tal modo los comunistas se esfuerzan en ocultar la verdad al pueblo, mediante mentiras y calumnias.

En el número 13, del 15 de marzo:

El *Diario Rojo* comunica:

Oranienbaum, 11 de marzo.– Se ha confirmado que en Cronstadt los marinos reaccionan contra los amotinados.

Oranienbaum, 12 de marzo.– Ayer se ha visto a hombres deslizarse sobre el hielo de Cronstadt hacia Finlandia. E igualmente se ha observado a otros dirigirse de Finlandia a Cronstadt. Esto pone fuera de duda los vínculos entre ambas.

Oranienbaum, 12 de marzo.– Los pilotos rojos que ayer sobrevolaron Cronstadt comunican que no se ve casi a nadie en las calles. Se ha observado la ausencia de todo servicio de guardia o de enlace y la interrupción de las comunicaciones personales con Finlandia.

Oranienbaum, 11 de marzo.– Los desertores de Cronstadt comunican que la moral de los marinos ha decaído muchísimo. Los jefes del amotinamiento han perdido toda confianza en los marinos, que ya no son admitidos en el servicio de la artillería, de lo que se encargan los oficiales que detentan el poder real. Los marinos son eliminados de casi todos los lugares.

Tiroteos en Cronstadt.– Según informes recibidos hoy, ha habido intenso tiroteo en Cronstadt. Se oyen estampidos de fusiles y ametralladoras. Es de suponer que se trata de una revuelta.

Sin dejar de acusar mentirosamente a los de Cronstadt de excesos y violencias, los bolcheviques incurren en ellos, colmando toda infamia. En el editorial del número 3 de *Izvestia*, del 5 de marzo, se dice:

Desde hace tres días Cronstadt se ha desembarazado del terrible poder de los comunistas, como hace cuatro años lo hizo del poder del zar y de sus generales.

Desde hace tres días, los ciudadanos de Cronstadt respiran libremente, librados de la dictadura del partido. Los jefes comunistas de Cronstadt se han puesto a salvo vergonzosamente, como chiquillos sorprendidos en falta. Temían por su pellejo, suponiendo que el Comité revolucionario provisorio recurriría a los métodos preferidos de la Tcheka: la muerte. ¡Vanas aprensiones! Nuestro Comité no practica la venganza, ni amenaza a nadie.

Todos los comunistas de Cronstadt están en libertad. Ningún peligro les amenaza. Sólo los que intentan huir y caen en poder de nuestras patrullas son arrestados. Y aun esto representa una mayor seguridad para ellos, puestos al reparo de la eventual venganza de la población tentada de hacerles pagar el terror rojo. Las familias de los comunistas están fuera de todo peligro, como lo están los ciudadanos todos.

¿Y cuál es, frente a esta actitud nuestra, la de los comunistas?

En los volantes que ayer arrojaron de un avión, anuncian que numerosas personas, que no tienen vinculación alguna con los acontecimientos de Cronstadt, han sido arrestadas. Y, peor aún, sus familiares mismos han sido puestos en prisión.

El Comité de defensa, dice el volante, *declara que todos estos prisioneros lo son como rehenes, por los camaradas arrestados por los amotinados de Cronstadt, especialmente el comisario de la flota báltica, N. Kouzmin, el presidente del soviet de Cronstadt, camarada Vassilieff y otros más. Los rehenes pagarán con su vida el menor daño sufrido por los nuestros*.

Así termina su proclama el Comité de defensa. Es la rabia de los impotentes.

Ese acto, torturar a familias inocentes, no agregará nuevos laureles al renombre de los camaradas comunistas. Y, de todos modos, no es con semejantes medios que podrán retomar el poder que los obreros, marinos y soldados rojos de Cronstadt les han quitado.

Cronstadt respondió a la abominable amenaza por un radiograma, reproducido en el numero 5 de *Izvestia*, del 7 de marzo:

En nombre de la guarnición de Cronstadt, el Comité revolucionario provisorio exige que las familias de los obreros, marinos y soldados rojos detenidas como rehenes por el soviet de Petrogrado sean puestas en libertad en el plazo de veinticuatro horas.

La guarnición de Cronstadt declara que los comunistas gozan en Cronstadt de plena libertad y que sus familias están absolutamente fuera de peligro. El ejemplo del soviet de Petrogrado no será seguido aquí, pues consideramos esos métodos –la detención de rehenes– como los más viles e infames, aunque ellos sean provocados por la rabia de la desesperación. *Petritchenko*, presidente del Comité; *Kilgast*, secretario.

De manera general, el Comité de Defensa de Petrogrado violentaba a la ciudad, inundada de tropas de las provincias, bajo el régimen de terror del estado de sitio. Tomó medidas sistemáticas para "limpiar la ciudad": numerosos obreros, soldados y marinos suspectos de simpatía por Cronstadt fueron apresados; todos los marinos de Petrogrado y diversos regimientos del ejército, considerados "políticamente sospechosos" fueron trasladados a lejanas regiones.

Dirigido por su presidente Zinoviev, el Comité asumió el control total de la ciudad y la provincia de Petrogrado. Todo el distrito norte fue declarado en estado de guerra y prohibidas todas las reuniones. Se adoptaron precauciones extraordinarias para proteger las instituciones gubernativas y se emplazaron ametralladoras en el hotel Astoria, ocupado por Zinoviev y otros altos funcionarios bolcheviques.

Gran nerviosidad reinaba en Petrogrado. Estallaban nuevas huelgas y corrían persistentes rumores sobre tumultos obreros en Moscú y revueltas agrarias en el Este y Siberia. La población, que no podía confiar en la prensa, escuchaba ávidamente los rumores por excesivos que fueran y manifiestamente falsos. Todas las miradas se volvían a Cronstadt, a la espera de acontecimientos importantes.

Mientras, prescripciones fijadas en los muros ordenaban el inmediato retorno de los huelguistas a sus usinas, prohibiéndose la interrupción del trabajo y previniendo a la población de no reunirse en las calles. "*En caso de reunión, las tropas recurrirán a las armas, con orden, de haber resistencia, de fusilar en el acto.*"

Petrogrado se debatía en la impotencia de obrar. Sometida al más infame terror, obligada acallar, la capital ponía todas sus esperanzas en Cronstadt.

La vida interior de Cronstadt durante la lucha. Su prensa. Sentido y fines de su lucha.– Desde los primeros días del movimiento, Cronstadt emprendió una intensa y febril obra de organización interior. Vasta y urgente era la tarea, y múltiples los problemas a afrontar a la vez.

El Comité revolucionario provisorio, con sede a bordo del *Petropavlovsk*, no tardó en trasladarse a la Casa del Pueblo, en el centro de Cronstadt, de modo de estar, como decía *Izvestia*, "en más permanente contacto con la población".. El número de sus miembros, cinco al principio, considerado insuficiente, se elevó pronto a quince. En su número 3, del 5 de marzo, *Izvestia* informaba sobre los primeros actos del Comité:

Vencer o morir

Reunión de delegados. Ayer, 4 de marzo, a las dieciocho horas, se realizó en el Club de la Guarnición una reunión de delegados de unidades militares y de sindicatos, convocada para completar el Comité revolucionario provisorio, e informar sobre los acontecimientos.

Acudieron, directamente del lugar de su trabajo, 202 delegados. El marino Petritchenko, presidente, declaró que el Comité revolucionario provisorio, sobrecargado de trabajo, debía ser ampliado en diez miembros más, por lo menos. Sobre veinte candidatos propuestos, la reunión eligió por aplastante mayoría a los camaradas Verchinin, Perelpekin, Kupoloff, Ossossoff, Valk, Romanenko, Pavloff, Baikoff, Patruchev y Kilgast, que en el acto se hicieron cargo de sus puestos.

Enseguida el presidente Petritchenko presentó un detallado informe de la actividad del Comité desde su iniciación. Subrayó que la entera guarnición de la fortaleza y de los navíos estaba presta al combate, llegado el caso, y que un gran entusiasmo animaba a toda la población laboriosa de la ciudad: obreros, marinos y soldados.

Frenéticos aplausos acogieron la designación de los nuevos miembros y el informe del presidente.

Y la reunión pasó enseguida a los asuntos corrientes. Se reveló que la ciudad y la guarnición están suficientemente provistas de víveres y combustibles. Se examinó la cuestión del armamento de los obreros, decidiéndose que todos los obreros, sin excepción, serán armados y encargados de la guardia en la ciudad, porque todos los marinos y soldados desean ocupar sus puestos en los destacamentos de combate. Decisión que suscitó entusiasta aprobación, a los gritos de "¡La victoria o la muerte!".

Luego se resolvió reelegir, en un plazo de tres días, las comisiones administrativas de todos los sindicatos y del Consejo de los sindicatos. Órgano obrero dirigente que deberá estar en permanente contacto con el Comité revolucionario provisorio.

Acto continuo camaradas marinos que habían logrado escapar, con mucho riesgo, de Petrogrado, Strelna, Peterhof y Oranienbaum, expusieron sus informes. Ellos habían comprobado que la población y los obreros de todas esas localidades eran mantenidos por los comunistas en la ignorancia total de lo que ocurría en Cronstadt. Se hacía circular deliberadamente rumores de que guardias blancos y generales zaristas actuaban en Cronstadt, lo que suscitó la hilaridad general, acrecida por la lectura del manifiesto arrojado sobre Cronstadt por un avión comunista. "¡Ajá! Sí, sí –se exclamaba–. Tenemos un general, uno solo: el comisario de la flota báltica, Kouzmin. ¡Y éste está arrestado!"

Terminó la reunión con votos y manifestaciones de entusiasmo, reveladores de la decisión unánime de vencer o morir.

Mas no se trataba sólo de la actividad del Comité y de los diversos órganos creados. *La entera población* se animó de intensa vida y participó con renovada energía en la obra de reconstrucción. El entusiasmo revolucionario igualaba el de los días de octubre. Por vez primera desde que el Partido Comunista se había apoderado del poder. *Cronstadt se sintió libre*. Un nuevo espíritu de solidaridad y de fraternidad unía a los marinos, soldados, obreros y otros elementos en un esfuerzo común por la causa de todos. Los comunistas mismos sufrieron el contagio de esta fraternidad de

toda la ciudad, y participaron en los preparativos para la elección de los soviets de Cronstadt.

Las páginas de I*zvestia* aportan abundantes pruebas de este entusiasmo general, reaparecido desde que las masas sintieron haber encontrado de nuevo, en los soviets libres, el verdadero camino de la emancipación y la esperanza de culminar la verdadera Revolución. En sus columnas se prodigan notas, resoluciones, llamados de toda clase, emanados de ciudadanos aislados o grupos y organismos, en los que se da libre curso a este entusiasmo, al sentimiento de solidaridad, la consagración a la causa, el deseo de obrar, de ser útil, de participar activamente en la obra común.

El principio "Derechos iguales para todos, privilegios para nadie" fue establecido y rigurosamente observado.

La ración de víveres se uniformó. Los marineros, que en régimen bolchevique recibían raciones mucho mayores, resolvieron no admitir sino lo mismo acordado al obrero o al ciudadano. Había raciones especiales, pero únicamente para los enfermos y los niños.

Hemos dicho que esta general impulsión enaltecida ganó también a los comunistas, trastornando la opinión de muchos de ellos. Las páginas de *Izvestia* contienen numerosas declaraciones de grupos y organizaciones comunistas de Cronstadt condenatorias de la actitud del gobierno central y de apoyo a la línea de conducta y las medidas tomadas por el Comité revolucionario provisorio. Pero hay algo mejor. Un crecido número de comunistas de Cronstadt anunciaron públicamente su abandono del partido. En varios números de *Izvestia* se publican centenares de nombres de comunistas cuya conciencia les impedía permanecer en el partido del *verdugo Trotzky*, como algunos expresaron. Las dimisiones pronto fueron tan numerosas que el diario, falto de espacio, hubo de desistir de publicarlas inmediatamente. Se tenía la impresión de un éxodo general. Algunas cartas tomadas al azar, entre muchísimas, permiten percibir suficientemente este vuelco bien significativo. Helas aquí:

Yo reconozco que la política del partido comunista ha conducido al país a un callejón sin salida. El partido se ha vuelto burocrático. Nada ha aprendido ni quiere aprender. Se niega a escuchar la voz de las masas y procura imponerles su propia voluntad (¡pensemos en los 140 millones de campesinos!). No quiere comprender que sólo la libertad de palabra y la posibilidad para las masas de participar en la reconstrucción del país mediante procedimientos electorales modificados pueden despertar al pueblo de su letargo.

Renuncio a seguir siendo miembro del partido comunista. Apruebo enteramente lo resuelto en la reunión de toda la población el 1 de marzo y pongo, en consecuencia, mis aptitudes y mi energía a disposición del Comité revolucionario provisorio. Y pido que esta declaración sea publicada en el diario.

Herman Kanaïeff, oficial del Ejército rojo, hijo de un exilado del proceso de los 193 (*Izvestia*, número 3, del 5 de marzo).

Camaradas comunistas de la base: Mirad en torno y veréis que estamos en un pantano al que hemos sido llevados por un puñado de *comunistas* burocráticos

que, so capa de serlo verdaderamente, se han acomodado confortable posición en nuestra República.

Yo, como comunista, os digo: hay que desembarazarse de estos falsos comunistas que nos llevan al fratricidio. Es por obra de ellos que nosotros, los comunistas de la base, sufrimos, sin tener responsabilidad alguna, los reproches de nuestros camaradas obreros y campesinos sin partido.

Estoy espantado de la situación actual. ¿Es posible que sea derramada sangre de nuestros hermanos por les intereses de estos "*comunistas burócratas*"?

¡Reflexionad, camaradas! No os dejéis hacer por estos *comunistas burócratas* que os provocan e impulsan a la matanza. ¡Echadlos a la calle! Un verdadero comunista no debe imponer sus ideas, sino marchar con toda la masa laboriosa, en sus mismas filas.

Rojkali, miembro del partido comunista ruso (*Izvestia* número 4, del 6 de marzo).

En vista de que, en respuesta a la proposición de los camaradas de Cronstadt de que se enviara a ésta una delegación de Petrogrado, Trotzky y los jefes comunistas han enviado en cambio los primeros obuses, derramando sangre, yo no admito seguir siendo miembro del partido comunista. Los discursos de los oradores comunistas me trastornaron la mente, sí, pero la actitud de los burócratas comunistas me ha devuelto el equilibrio. y agradezco a éstos haber mostrado su verdadero rostro y haberme permitido así advertir mi extravío. Yo era un instrumento ciego en sus manos.

André Bratacheff, ex miembro del partido comunista número 535.575 (*Izvestia* número 7, del 9 de marzo).

Considerando que la terrible situación actual es el resultado de actos del insolente puñado de comunistas sólidamente instalados en la cima del poder del partido, observo con horror el fruto de su obra. Sólo los obreros y los campesinos pueden levantar al país llevado a la ruina. Y como el partido comunista que está en el poder los ha esquilmado completamente, yo lo abandono y consagro mis fuerzas a la defensa de las masas laboriosas.

L. Karoleff, comandante del 5º batallón, 4ª división (*Izvestia* número 7).

¡Camaradas! ¡Mis queridos alumnos de las escuelas industriales, militares rojas y navales!

Yo he vivido casi treinta años en un profundo amor de pueblo. He aportado la luz y el saber, en la medida de mi capacidad, a quienes estaban ávidos de ellos, y esto hasta último momento.

La Revolución de 1917 dio impulso nuevo a mi tarea; mi actividad se amplió y yo me consagré más que nunca al servicio de mi ideal.

La consigna comunista: "Todo para el pueblo" me atrajo por su nobleza y su belleza, y en febrero de 1920 llegué a ser candidata del partido comunista. Pero el primer tiro disparado contra el pueblo pacífico, sobre mis queridos niños cuyo número se eleva a 7.000 en Cronstadt, me ha hecho estremecer de horror al solo pensamiento de que se me pueda considerar cómplice en el derramamiento de sangre de estos inocentes.

Siento que ya no puedo creer ni propagar la idea que se ha deshonrado por un acto criminal. Así pues, dejo de considerarme miembro del partido comunista.

María Nicolaïevna Chatel, maestra (*Izvestia* número 8, del 10 de marzo).

Visto que en respuesta a la proposición de los camaradas de Cronstadt de recibir una delegación de Petrogrado, Trotzky ha despachado un avión cargado de bombas que fueron lanzadas sobre mujeres y niños inocentes; visto que por doquiera prosiguen los tiroteos contra honestos trabajadores, nosotros, comunistas de la base del equipo eléctrico de la 3ª región, profundamente indignados por los actos de Trotzky y sus acólitos y por sus procederes de bestias feroces, abandonamos el partido comunista y nos unimos a todos los obreros en la lucha común por la emancipación de los trabajadores. Queremos que se nos considere como sin partido.

Siguen 17 firmas (*Izvestia* número 8).

Sin violencia ni derramamiento de sangre, el poder comunista, que había perdido la confianza de las masas, pasó en Cronstadt a manos de los trabajadores revolucionarios. Sin embargo, el gobierno central recurrió al bloqueo de Cronstadt y difundió proclamas y radiogramas mentirosos, tratando de imponer su poder por el hambre, el frió y la traición.

Nosotros consideramos semejante táctica como una traición al principio esencial de la Revolución social: “Todo el poder para los trabajadores”. Por esta traición, los comunistas en el poder se alinean aliado de los enemigos de los trabajadores. No hay sino una sola salida para nosotros: permanecer hasta el fin en nuestros puestos y luchar enérgicamente contra todos los que intenten imponer su poder a las masas laboriosas por la violencia, la traición y la provocación. Rompemos, pues, todo vínculo con el partido.

Miloradovitch, Bezsonoff, Markoff, ex miembros del partido comunista. Fuerte Totleben (*Izvestia* número l0, del 12 de marzo).

Durante tres años he trabajado en Cronstadt como maestro en la escuela primaria y también en unidades del ejército y de la marina. He marchado siempre honestamente con los trabajadores de Cronstadt libre, sacrificándoles todas mis fuerzas en el terreno de la instrucción del pueblo. El vasto impulso de la cultura, anunciado por los comunistas, la lucha de clase de los trabajadores contra los explotadores y la perspectiva de la construcción soviética, me llevaron a las filas del partido comunista, del que fui candidato el 1 de febrero de 1920. Después de la elección, pude observar múltiples e importantes defectos en las eminencias del partido, advirtiendo que ellas desprestigian la bella idea del comunismo. Los más graves de esos defectos, que impresionaban muy desfavorablemente a las masas, son el burocratismo, la ruptura entre el partido y las masas, los procedimientos dictatoriales respecto a éstos, el gran número de secuaces logreros, etc., todo lo cual cavaba un insondable abismo entre las masas y el partido, transformando a éste en un organismo impotente para luchar contra la rutina interna del país.

Los acontecimientos actuales han puesto al desnudo las más horribles llagas del régimen. Cuando la población de Cronstadt, de muchos millares de habitantes, presenta a los “defensores de los intereses de los trabajadores” reivindicaciones justas, las burocratizadas eminencias del partido comunista las rechazan y, en lugar de un libre y fraternal acuerdo con los trabajadores de Cronstadt, abren fratricida fuego contra los obreros, marinos y soldados rojos de la ciudad revolucionaria. Y esto fue el colmo, el lanzamiento de bombas desde aviones sobre mujeres y niños indefensos agrega una bella espina a la corona del partido comunista.

No queriendo compartir la responsabilidad de los actos bárbaros de los comunistas y no aprobando la táctica de sus dirigentes determinante del derramamiento de sangre y la gran miseria de las masas populares, yo declaro públicamente que no me considero más candidato del partido comunista y hago mía, enteramente, la palabra de orden de los trabajadores de, Cronstadt: “Todo el poder para los soviets y no para los partidos”.

T. Denissoff, maestro en la 2ª escuela primaria (*Izvestia* número 10).

Indignado por el proceder del gran señor Trotzky, que no vacila en enrojecer sus manos en sangre de camaradas obreros, considero mi deber moral abandonar el partido y hacer pública mi declaración.

V. Grabegetf, candidato del partido, presidente del sindicato de los obreros de la construcción (*Izvestia* número 10).

Damos finalmente algunos extractos significativos de otras declaraciones por el mismo estilo, las que dan idea muy clara del espíritu y la tendencia reinantes en todos los ambientes:

Nosotros, los que suscribimos... habíamos adherido al partido comunista por considerarlo emanación de la voluntad de las masas laboriosas. Pero él se ha revelado, en realidad, verdugo de los obreros y los campesinos, etc...

(*Izvestia* número 5, del 7 de marzo).

Nosotros, candidatos del partido comunista... declaramos unánimemente que estamos, no por el poder, sino enteramente por la justa causa de los trabajadores, etc.

(*Izvestia* número 7, del 9 de marzo).

Los partidos se han preocupado de la política. Pues bien; terminada la guerra civil, todo lo que se le pedía al partido era orientar el trabajo en el terreno de la vida económica, hacia la reconstrucción de la economía del país en ruina.

El campesino no necesita de comisarios para comprender que es preciso proveer de pan a la ciudad, y el obrero, a su vez, se esforzará en suministrar al campesino cuanto necesita, sin esa tutela (número 11, del 13 de marzo).

Resolución de prisioneros

Este 14 de marzo, la asamblea general de los *koursanti*, oficiales y soldados rojos, en número de 240, hechos prisioneros e internados en Manege, adopta la resolución siguiente:

“El 8 de marzo último, nosotros, *koursanti*, oficiales y soldados rojos de Moscú y Petrogrado, recibimos orden de partir al ataque contra la ciudad de Cronstadt. Se nos dijo que los guardias blancos habían provocado un motín. Cuando, sin hacer uso de nuestras armas, nos aproximamos a la ciudad y entramos en contacto con la vanguardia de los marinos y obreros, comprendimos que no había en Cronstadt motín alguno de guardias blancos, sino que los marinos y los obreros habían derribado el poder absolutista de los comisarios. Y pasamos de inmediato junto a los de Cronstadt, y ahora pedimos al Comité revolucionario que nos distribuya en los destacamentos de soldados rojos combatientes, porque queremos luchar entre los verdaderos defensores de los obreros y los campesinos, de Cronstadt y de toda Rusia.

Estimamos que el Comité revolucionario provisorio ha tomado el buen camino hacia la emancipación de todos los trabajadores, y que solamente la idea de “todo el poder para los soviets y no para los partidos” podrá llevar a buen término la obra comenzada.

(Izvestia número 14, del 16 de marzo).

Nosotros, soldados rojos del fuerte de Krasnoarmeietz, estamos en cuerpo y alma con el Comité revolucionario. Y hasta último momento lo defenderemos, defendiendo a los obreros y los campesinos.

Que nadie dé crédito a las mentiras de las proclamas comunistas lanzadas por los aviones. No tenemos aquí generales ni señores. Cronstadt ha sido siempre la ciudad de los obreros y los campesinos y lo seguirá siendo.

Afirman los comunistas que estamos manejados por espías. ¡Descarada mentira! Siempre hemos defendido las libertades conquistadas por la Revolución y no dejaremos nunca de defenderlas. Si quieren comprobarlo, que envíen una delegación. En cuanto a los generales, ellos están al servicio de los comunistas.

En el momento actual, en que está en juego la suerte del país, nosotros, que hemos tomado el poder y confiado el comando supremo al Comité revolucionario, declaramos a toda la guarnición y a los trabajadores todos que estamos dispuestos a morir por la libertad del pueblo laborioso.

Liberados del yugo comunista y de estos tres años de terror, preferimos morir antes que retroceder un solo paso.

Destacamento del fuerte Krasnoarmeietz (*Izvestia* número 5, del 7 de marzo).

El amor apasionado por la Rusia libre y la ilimitada fe en los verdaderos soviets inspiraban a Cronstadt, cuyos habitantes esperaron, hasta el último momento, ser secundados por toda Rusia, empezando por Petrogrado, para posibilitar así la total liberación del país.

Camaradas marinos, obreros y soldados rojos de la ciudad de Cronstadt:

Nosotros, los de la guarnición del fuerte Totleben, os enviamos nuestros fraternales saludos en esta hora, grave y trágica, de nuestra gloriosa lucha contra el odioso yugo de los comunistas. Todos estamos dispuestos como un solo hombre a morir por la emancipación de nuestros hermanos que sufren: los campesinos y los obreros de toda Rusia de nuevo encadenados a maldita esclavitud por el engaño y la violencia. Esperamos romper bien pronto, en decisivo impulso, el círculo enemigo en torno a la fortaleza *y llevar a través del sufriente país la verdad y la libertad.*

Esta nota apareció en el último número de la *Izvestia* del Comité revolucionario (número 14, del 16 de marzo). El enemigo estaba ya a las puertas de Cronstadt. Petrogrado y el resto del país, aterrorizados por un despliegue formidable de fuerzas militares y policiales, se vieron en la impotencia de obrar. Ya no le restaba casi esperanza al heroico puñado de defensores de la fortaleza, atacada por numeroso ejército de *koursanti*, ciegamente adictos al gobierno, en cuyo poder había de caer la ciudad al día siguiente. Pero, transportados por su gran ideal, la pureza de sus móviles y el fervor en la liberación, continuaron esperando y luchando contra toda esperanza.

No fueron ellos los que quisieron la lucha armada. Ellos trataron de resolver el conflicto por medios pacíficos y fraternales: la libre reelección de

los soviets, un acuerdo con los comunistas, la persuasión, la acción libre de las masas laboriosas.

La lucha fratricida les fue impuesta. Y, a medida que los trágicos acontecimientos se precipitaban, estaban de más en más decididos a luchar hasta el fin por su noble y justa causa.

La forma en que ellos entendían aceptar ayuda es bien elocuente respecto a su posición y su actitud. De diversas partes, especialmente de los socialistas revolucionarios de derecha, les llegaron proposiciones de ayuda, que rechazaron, como toda ayuda de la derecha. En cuanto a las corrientes izquierdistas, ellos no la admitían sino en forma libre, fraternal y apolítica. Aceptaban, sí, colaboración de amigos; no presión ni dictado[5].

Del 3 al 16 de marzo aparecieron catorce números de *Izvestia*, órgano del Comité revolucionario. La noble, la ardiente inspiración de los rebeldes a una vida nueva, realmente libre, para Cronstadt y la Rusia toda; sus esperanzas, su sublime abnegación y su firme decisión de defenderse “hasta la última gota de sangre” en la lucha que les fuera impuesta, todo se refleja fielmente en una serie de artículos de su diario, en que se explica su posición, se formulan sus aspiraciones, se procura convencer a los ciegos y los engañados, respondiendo, como lo hemos visto, a las calumnias y los actos de los comunistas.

Recorramos esas páginas históricas, casi totalmente desconocidas, que debieran ser leídas y releídas por los trabajadores de todos los países.

Esos documentos los harían reflexionar y poner en guardia contra el fundamental error que perdió a la Revolución rusa y que amenaza igualmente a la próxima revolución en otros países: la acción bajo la égida de los partidos políticos, la reconstrucción de un poder político, la instauración de un nuevo gobierno, la organización de un estado centralizado con etiquetas vacías de real sentido, como *dictadura del proletariado*, *Estado obrero y campesino*.. etc. Estos documentos, como la epopeya misma de Cronstadt, *prueban hasta la evidencia* que lo que es *verdaderamente obrero y campesino* no puede ser *gubernamental ni estatista*, ni viceversa.

El primer número, del 3 de marzo de 1921: contiene, entre notas e informes, el manifiesto “A la población de la Fortaleza y de la Ciudad de Cronstadt”.Y la famosa “Resolución” de los marinos, ya citados.

En el número 2, del 4 de marzo, del que igualmente hemos reproducido algunas declaraciones y un radiograma de Moscú, figura el siguiente llamado:

---

[5] Un hecho significativo, entre muchos otros: Una de las delegaciones enviadas por el Comité revolucionario a Petrogrado tenía la misión de hacer pasar a Cronstadt a dos anarquistas a quienes conocían personalmente: el camarada Yartchuk (autor de una obra sobre Cronstadt) y yo, para colaborar en la tarea, descontando nuestro concurso amistoso y desinteresado. Se ignoraba en Cronstadt que ambos éramos prisioneros de los bolcheviques. Este hecho, por mínimo que sea, es una prueba más de la independencia y de las tendencias revolucionarias de Cronstadt. Un movimiento contrarrevolucionario jamás pensaría en solicitar el concurso de anarquistas. Por lo demás, el presidente del Comité, Petritchenko, era simpatizante anarquista.

A la población de la ciudad de Cronstadt

Ciudadanos: Cronstadt inicia una ardua lucha por la libertad. Es de esperar, en cualquier momento, una ofensiva de los comunistas para apoderarse de Cronstadt e imponernos de nuevo su poder que nos ha llevado al hambre, al frío y a la ruina económica.

Todos defenderemos, hasta lo último, con energía y firmeza, la libertad conquistada. Nos opondremos al designio de apoderarse de Cronstadt. Y si los comunistas intentan hacerlo por la fuerza de las armas, responderemos con una digna resistencia.

El Comité revolucionario exhorta a la población a no inquietarse en caso de tiroteos. La calma y la sangre fría nos aportarán la victoria.

El Comité revolucionario provisorio.

Ya hemos extraído casi cuanto hay de interesante en el número 3, del 5 de marzo, salvo las notas, declaraciones e informaciones habituales, renovadas en cada número. Sólo agregaremos, pues, esto:

En Cronstadt reina completo orden. Todas las instituciones funcionan normalmente. Las calles están animadas. No se ha oído un tiro en tres días.

El número 4, del 6 de marzo, ha sido casi enteramente citado (salvo lo mismo que se señala respecto al número 3). Con todo, creemos útil reproducir el editorial:

Las callosas manos de los marinos y los trabajadores de Cronstadt han arrancado el gobierno de manos de los comunistas y se han posesionado del timón.

La nave del verdadero poder soviético será conducida de manera segura hacia Petrogrado, de donde este poder de las manos callosas ha de extenderse a la desdichada Rusia.

¡En guardia, camaradas! Decuplicad vuestra vigilancia, porque la ruta está sembrada de escollos: un imprudente golpe de timón y vuestra nave con su carga tan preciosa para vosotros –la de la construcción social– puede encallar.

¡Ojo al timón, camaradas! Los enemigos quieren apoderarse de él.

Si nos lo arrancan, por una falta nuestra, nuestra nave se hundirá ante la risa triunfal de los lacayos zaristas y de los servidores de la burguesía.

En este momento os regocijáis, camaradas, de la gran victoria pacífica sobre la dictadura de los comunistas. Pero también vuestros enemigos se regocijan. Las razones de uno y otro regocijo son, naturalmente, opuestas. A vosotros os anima el deseo ardiente de restablecer el verdadero poder de los soviets, la noble esperanza de ver al obrero practicar un trabajo libre y al campesino gozar del derecho de disponer, en su tierra, del producto de su trabajo. Ellos, por el contrario, sueñan en restablecer el knout del zarismo y los privilegios de los generales.

Diferentes son vuestros intereses. Ellos no pueden ser, pues, vuestros compañeros de ruta.

Necesitáis desembarazaros del poder de ¡os comunistas para dedicaros al trabajo creador y la construcción pacífica. Ellos quieren voltear ese poder para que los obreros y los campesinos vuelvan a ser sus esclavos.

Vosotros buscáis la libertad. Ellos quieren encadenaros a su modo.

¡Permaneced vigilantes! No dejéis que lobos, bajo piel de cordero, se aproximen al timón.

Editorial del número 6, del 8 de marzo:

El mariscal Trotzky amenaza a toda Cronstadt, libre y revolucionaria, rebelada contra el absolutismo de los comisarios comunistas.

Los trabajadores, que han derribado el vergonzoso yugo de la dictadura del partido comunista, están amenazados, por esta nueva clase de Trepoff[6], de aplastamiento militar. Promete bombardear a la pacifica población de Cronstadt, repitiendo la orden del otro: "¡No ahorrar balas!" Ha de tenerlas en cantidad para los marinos, los obreros y los soldados rojos revolucionarios. Porque él, el dictador de la Rusia soviética violada por los comunistas, se desentiende del todo de la suerte de las masas laboriosas, por ser lo esencial que el poder permanezca en manos de su partido. Y tiene el tupé de hablar en nombre de la Rusia soviética y prometer gracia. Él, el sanguinario Trotzky, jefe de los cosacos comunistas que derraman sin piedad torrentes de sangre por el bien del absolutismo del partido; él, el sofocador de todo espíritu libre, tiene la osadía de emplear semejante lenguaje con los de Cronstadt, que sostienen con firmeza y audacia la bandera roja.

Los comunistas esperan restablecer su absolutismo al precio de la sangre de los trabajadores y de los sufrimientos de sus familias en rehén. Pretenden obligar a los marinos, los obreros y los soldados rojos rebelados atenderles de nuevo la cerviz. Sueñan instalarse sólidamente sobre ellos y continuar su nefasta política que ha precipitado a toda la Rusia laboriosa en el abismo del desorden, el hambre y la miseria.

¡Basta ya! Los trabajadores no se dejarán engañar más. Comunistas vuestras esperanzas son vanas, y vuestras amenazas carecen de efecto.

La última oleada de la Revolución de los Trabajadores está en marcha. Ella barrerá a los innobles impostores y calumniadores de la superficie del país de los soviets, asqueado de su obra. Y en cuanto a vuestra gracia, señor Trotzky, no tenemos necesidad de ella.

Y en el mismo número, esta nota:

No practicamos la venganza

La opresión de las masas laboriosas por la dictadura comunista ha producido en la población indignación y resentimiento perfectamente naturales. A consecuencia de ello, algunas personas emparentadas con los comunistas fueron boicoteadas o despedidas. Esto no debe producirse más. No buscamos nosotros la venganza; defendemos nuestros intereses obreros. Hay que obrar con sangre fría y eliminar únicamente a quienes, por el sabotaje o mediante una campaña calumniadora, obstruyen la restauración del poder y de los derechos de los trabajadores.

Vale la pena también reproducir este artículo:

---

[6] Alusión a F. Trepoff, uno de los más feroces generales de Nicolás II, de quien se hizo famosa su orden a las tropas en ocasión de los tumultos de 1905: «¡No ahorrar balas!"

Nosotros y ellos

No sabiendo cómo conservar el poder que se les escapa, los comunistas emplean las más Viles provocaciones. Su inmunda prensa ha movilizado todas sus fuerzas para excitar a las masas populares presentando el movimiento de Cronstadt como una conspiración de guardias blancos. En este momento, su cenáculo de malhechores estigmatizados afirma que “Cronstadt se ha vendido a Finlandia”. Sus diarios vomitan fuego y veneno. Fracasados en el empeño de convencer al proletariado de que Cronstadt está en manos de los contrarrevolucionarios, se esfuerzan ahora en tocar el sentimiento nacional.

Todos los países conocen ya por nuestras transmisiones radiales las razones por que luchan la guarnición y los obreros de Cronstadt. Pero los comunistas procuran desnaturalizar el sentido de los acontecimientos, confiando así en inducir a error a nuestros hermanos de Petrogrado.

Petrogrado está estrechamente cercado por las bayonetas de los *koursanti* y los *guardias* del partido. Trotzky, el Maliuta Skouratoff[7], impide llegar a Cronstadt a los obreros y los soldados rojos sin partido, temiendo que descubran la verdad, y que ésta barra inmediatamente a los comunistas, al abrirse a su fulgor los ojos de las masas obreras. Esa es la razón de que el soviet de Petrogrado no haya respondido a nuestra invitación radial de enviar a Cronstadt camaradas verdaderamente imparciales.

Temiendo por su pellejo, los jefes comunistas ahogan la verdad e inventan mentiras sobre mentiras: “Los guardias blancos están en acción en Cronstadt”... “El proletariado de Cronstadt se ha vendido a Finlandia y a los espías franceses”... “Los finlandeses ya han organizado un ejército para apoderarse de Petrogrado con ayuda de los rebeldes de Cronstadt., etc.

A todo ello, sólo respondemos, y nos basta: ¡Todo el poder para los soviets! ¡Quitad de ahí vuestras manos, manos tintas en la sangre de los mártires de la libertad que lucharon contra los guardias blancos, los propietarios y la burguesía!

Y, finalmente, el mismo número contiene una verdadera profesión de fe de los rebeldes de Cronstadt: el programa y testamento legado a las masas laboriosas de las revoluciones futuras. Sus aspiraciones y esperanzas están en ella clara y definitivamente expuestas:

Los fines de nuestra lucha

Al realizar la Revolución de octubre, la clase obrera había esperado obtener su emancipación. Pero ella ha resultado una esclavitud aún mayor de la individualidad humana.

El poder de la monarquía policíaca pasó a manos de los usurpadores –los comunistas–, quienes, en lugar de dejar la libertad al pueblo, le reservaron el peor de los calabozos de la Tcheka, cuyos horrores superan por mucho los métodos de la gendarmería zarista.

Al cabo de largos años de lucha y de sufrimientos, el trabajador de la Rusia soviética no ha obtenido sino órdenes impertinentes, bayonetazos y tiros de los cosacos de la Tcheka. De hecho, el poder comunista ha sustituido el glorioso emblema de los trabajadores –la hoz y el martillo– por este otro símbolo: la

[7] Alusión a Maliuta Skouratoff, jefe de los guardias del zar Iván el Terrible (siglo xv). Su nombre ha pasado de generación en generación como símbolo de ferocidad.

bayoneta y la reja carcelaria, lo que ha permitido a la nueva burocracia, a los comisarios y funcionarios comunistas, asegurarse una vida tranquila y sin preocupaciones.

Pero lo más abyecto y más criminal es la esclavitud espiritual instaurada por los comunistas; han puesto la mano sobre el pensamiento, sobre la vida moral de los trabajadores, obligando a cada uno a pensar únicamente según la fórmula del partido.

Con ayuda de los sindicatos estatizados, sujetaron el obrero a la máquina y transformaron el trabajo en una nueva esclavitud, en lugar de hacerlo placentero.

A las protestas de los campesinos, culminantes hasta en revueltas espontáneas; a las reclamaciones de los obreros, obligados por las condiciones mismas de la vida a recurrir a la huelga, respondieron con descargas de fusilería y una ferocidad que habrían envidiado los gendarmes zaristas.

La Rusia de los trabajadores, la primera que levantó la bandera roja de la emancipación del trabajo, es de nuevo regada en sangre de mártires para la mayor gloria de la dominación comunista, ahogando en ella las grandes y bellas promesas y posibilidades de la Revolución proletaria.

Se hacía cada vez más claro, y se ha hecho ahora evidente, que el Partido Comunista no es, como fingía serlo, el defensor de los trabajadores. Los intereses de la clase obrera le son extraños. Después de haber obtenido el poder, no ha tenido sino una sola preocupación: conservarlo. Y para ello todos los medios le parecen buenos: difamación, engaño, violencia, asesinato y aun venganza sobre las familias de los rebeldes.

Pero la paciencia de los trabajadores martirizados está colmada.

El país se ilumina, en un punto y otro, por el incendio de las rebeliones en la lucha contra la opresión y la violencia. Las huelgas obreras se multiplican.

Los sabuesos comunistas vigilan. Todas las medidas para impedir y sofocar la inevitable tercera Revolución han sido tomadas. Pese a todo, ella se ha iniciado, por obra de las masas laboriosas mismas. Bien ven los generales del comunismo que es el pueblo el que se ha erguido, convencido de su traición a 'las ideas de la Revolución. Temiendo por su vida y sabiendo que no podrán escapar a la cólera de los trabajadores, los comunistas tratan de aterrorizar a los rebeldes, con el concurso de sus *cosacos*, con aprisionamientos, ejecuciones, detención de rehenes y otras atrocidades. Bajo el yugo de la dictadura comunista, la vida misma se ha vuelto peor que la muerte.

El pueblo laborioso en revuelta ha comprendido que en la lucha contra los comunistas y contra el restablecido régimen de servidumbre no es posible quedarse a medio camino. Hay que ir hasta el fin. Los comunistas fingen otorgar concesiones: supresión de barreras en la provincia de Petrogrado, asignación de 10 millones de rublos oro para adquirir productos en el exterior; pero no nos engañemos: tras ese señuelo se oculta el puño de hierro del dictador, que, vuelta la calma, se hará pagar caramente las concesiones.

¡Nada de detenerse a medio camino! ¡Hay que vencer o morir!

Cronstadt la roja, terror de la contrarrevolución de derecha como de izquierda, da el ejemplo. En ella ha nacido el nuevo impulso de la Revolución y se ha enarbolado la bandera de la rebelión contra la tiranía de los tres últimos años de opresión de la autocracia comunista que hacen palidecer los tres siglos del yugo monárquico. Aquí, en Cronstadt, se ha colocado la piedra fundamental de la tercera Revolución que romperá las últimas cadenas del trabajador y le abrirá la amplia ruta nueva de la edificación socialista.

Esta nueva revolución sacudirá a las masas laboriosas de Oriente y Occidente, pues dará ejemplo de una nueva construcción socialista en oposición a la *construcción comunista*, mecánica y gubernamental. Las masas laboriosas de más allá de nuestras fronteras se convencerán entonces de que cuanto hasta el presente ha sido hecho en Rusia, en nombre de los obreros y los campesinos, no es el socialismo.

Se ha dado el primer paso en ese sentido sin un tiro ni verter una gota de sangre, de cuyo derramamiento los trabajadores no tienen necesidad y que sólo verterán en caso de legítima defensa. A pesar de todos los actos indignantes de los comunistas, tendremos sobrado dominio de nosotros mismos para limitarnos a aislarlos de la vida social para impedirles perjudicar el trabajo revolucionario con su falsa y maligna agitación.

Los obreros y los campesinos avanzan irresistiblemente; dejan atrás la constituyente con su régimen burgués, y la dictadura del Partido Comunista con su Tcheka y su capitalismo de Estado, que aprieta el nudo en el cuello de los trabajadores, amenazando estrangularlos.

El cambio que acaba de operarse ofrece la posibilidad de asegurar soviets libremente elegidos y no sujetos en sus funciones a ninguna presión violenta de partido, y permitirá organizar los sindicatos estatalizados en libres asociaciones de obreros, campesinos y trabajadores intelectuales.

La máquina policial de la autocracia comunista está, al fin, destruida.

Del número 7, de 9 de marzo, reproduciremos dos breves artículos. Uno de ellos, de polémica, se titula:

Escucha, Trotzky

Los comunistas han volcado, por sus radios, toneladas de inmundicias sobre los animadores de la *tercera Revolución*, que defienden el verdadero poder de los soviets contra la usurpación y la arbitrariedad de los comisarios. Nada de ello hemos ocultado a la población de Cronstadt; en nuestras *Izvestia* hemos publicado vez a vez sus ataques calumniadores. Nada tenemos que temer. Saben los ciudadanos cómo se ha producido la revuelta y por quiénes. Saben los obreros y los soldados rojos que no hay en la guarnición generales ni guardias blancos.

Por su parte, el Comité revolucionario provisorio ha dirigido un radiograma a Petrogrado exigiendo la liberación de los rehenes retenidos por los comunistas en las prisiones superpobladas: obreros, marinos y sus familiares, como asimismo la de los presos políticos. Y en una segunda transmisión ha invitado a que se envíe a Cronstadt delegados sin partido para que comprueben sobre el terreno la verdad de los hechos y la transmitan a los trabajadores de Petrogrado.

Y ellos, los comunistas, ¿qué han hecho?

Han ocultado a los trabajadores y los soldados rojos esta invitación y aquella exigencia. En los diarios de Petrogrado, que trajeron consigo algunas unidades de tropas del mariscal Trotzky que se han pasado a nuestro lado, no se dice ni una palabra de ello. Y, sin embargo, hasta no hace mucho estos tahúres, habituados al juego sucio, gritaban que no había que tener secretos para el pueblo, ni siquiera secretos diplomáticos.

Escucha, Trotzky: mientras logres escapar al juicio del pueblo podrás fusilar inocentes a montones; pero a la verdad, imposible fusilarla. Ella acabará por abrirse camino. Y entonces tú y tus cosacos deberán rendir cuentas.

El otro artículo, constructivo, abre la discusión sobre:

La reorganización de los sindicatos

Bajo la dictadura de los comunistas, las tareas de los sindicatos y de sus comisiones administrativas están reducidas al mínimo. Durante los cuatro años del movimiento sindical revolucionario en Rusia socialista, nuestros sindicatos no tuvieron posibilidad alguna de ser organismos de clase, cosa que de modo alguno les es imputable. Fue la consecuencia de la política del partido dirigente, que procuraba educar a las masas por el método centralista, *comunista*.

El trabajo de los sindicatos se reducía, en suma, a escritos y correspondencia, absolutamente inútiles, para establecer el número de los miembros de cada uno de ellos, la especialidad de cada adherente, su situación ante el partido, etc. No se hable de actividad económica en sentido cooperador ni de educación cultural de los sindicatos, pues nada se emprendió al respecto.

Cosa natural. Porque, de haberse permitido a los sindicatos una vasta actividad independiente, todo el sistema centralista de la construcción emprendida por los comunistas se habría venido al suelo, en cabal demostración de la inutilidad de los comisarios y de las *secciones políticas*.

Estos defectos apartaron de los sindicatos a las masas, por lo que finalmente aquéllos se transformaron en núcleos de gendarmería obstructores de toda actividad realmente sindical de las clases laboriosas.

Una vez derrocada la dictadura del Partido Comunista, deberá cambiar radicalmente el papel de los sindicatos, para emprender la urgente tarea de educar a las masas con miras a la renovación económica y cultural del país. Y su actividad ha de animarse de nuevo aliento purificador para ser realmente emanación de los intereses del pueblo.

La República Soviética Socialista no podrá ser fuerte sino cuando su administración sea ejercida por las clases laboriosas, mediante sindicatos renovados.

¡A la obra, pues, camaradas obreros! Construyamos los nuevos sindicatos, libres de toda rémora. En ellos está nuestra fuerza.

El número 8, del 10 de marzo, se ocupa sobre todo de acontecimientos de orden militar: el ataque a Cronstadt por los comunistas y su defensa.

El número 9, de 11 de marzo, publica un ardoroso llamado “A los camaradas obreros y campesinos”, algunos de cuyos pasajes esenciales transcribimos:

Cronstadt ha comenzado una heroica lucha contra el odioso poder de los comunistas para la emancipación de los obreros y los campesinos.

....

Cuanto sucede actualmente es consecuencia de la obra de sangre y de ruina, prolongada desde hace tres años por los comunistas. Las cartas que nos llegan de los campos están llenas de quejas y maldiciones contra ellos. Y nuestros camaradas de regreso de la licencia en sus regiones, nos han relatado, con la consiguiente indignación, los horrores perpetrados por los bolcheviques sobre toda la extensión del país. Y de añadidura, nosotros mismos hemos visto, oído y sentid cuanto ocurre en torno. Un inmenso y desgarrante clamor de angustia nos llega de los campos y las ciudades de la gran Rusia, que enciende nuestra indignación y arma nuestros brazos.

No queremos el retorno al pasado. No somos sirvientes de la burguesía ni mercenarios de la Entente. Estamos por el poder de los trabajadores todos; no por la tiránica autoridad de un partido político cualquiera. No son elementos de Koltchak, de Denikin ni de Yudenitch los que operan en Cronstadt, sino los trabajadores mismos. El buen sentido y la conciencia de los simples marinos, soldados y obreros de Cronstadt han encontrado, al fin, las palabras y el camino que nos permitirán salir del atolladero.

....

Al principio quisimos arreglarlo todo pacíficamente. Pero los comunistas no quisieron ceder. Aún más que Nicolás II, ellos se aferran al poder, dispuestos a anegar en sangre a todo el país con tal de seguir reinando autocráticamente. Y he aquí que ahora Trotzky, el genio malvado de Rusia, lanza contra nosotros a nuestros hermanos, cuyos cadáveres yacen a centenares sobre el mar helado en torno a la fortaleza. Desde hace cuatro días se encarniza la lucha, truena el cañón, corre sangre fraterna. Desde hace cuatro días los héroes de Cronstadt responden victoriosamente a todos los ataques de los enemigos.

Como un gavilán, Trotzky se cierne sobre nuestra heroica ciudad, que se mantiene firme. Todos estamos dispuestos a morir antes que capitular.

Nuestros enemigos operan con *koursanti*, guardias comunistas especiales y tropas traídas de muy lejos, engañadas y compelidas por líneas de ametralladoras que las amenazan de atrás.

....

¡Camaradas obreros! Cronstadt lucha por vosotros, por los hambrientos y los transidos de frío, por los que carecen de vivienda y de abrigo.

Mientras los bolcheviques permanezcan en el poder no habrá posibilidad de vida mejor.

Todo eso lo soportáis vosotros. ¿En nombre de qué? ¿Tan sólo para que los comunistas disfruten una vida de gozo y los comisarios engorden? ¿Os merecen todavía confianza?

Informa el soviet de Petrogrado que el gobierno ha asignado millones de rublos oro para la adquisición de productos, de los que cada obrero, según calcula Zinoviev, tendrá por valor de 50 rublos. Ese es, camaradas obreros, el precio por cabeza con que espera compraros la camarilla comunista.

....

¡Camaradas campesinos! Vosotros sois a quienes ha engañado y despojado más el Poder bolchevique. ¿Dónde están las tierras que habéis recuperado, anhelo de tantos siglos finalmente cumplido? Están ahora en manos de los comunistas o explotadas por los sovkhoz. Y sólo os queda a vosotros contemplarla y lamentar el bien perdido. Se os ha quitado cuanto ha podido seros arrebatado. Estáis condenados al pillaje, a la ruina completa, agotados bajo la servidumbre bolchevique. Se os obliga a cumplir dócilmente la voluntad de los nuevos amos que os hambrean, os tapan la boca y os dejan en la mayor miseria.

¡Camaradas campesinos! Los de Cronstadt han levantado la bandera de la rebelión en la esperanza de que decenas de millones de obreros y campesinos responderán a su llamado. Es necesario que el alba que despunta en Cronstadt sea radiante sol sobre la Rusia toda. Es necesario que la explosión de Cronstadt reanime a la entera Rusia y en primer lugar a Petrogrado.

Nuestros enemigos han llenado de obreros las prisiones. Pero son muchos aún los sinceros y audaces que están en libertad.

¡Camaradas! ¡Levantaos a la lucha contra el absolutismo de los comunistas!

Agreguemos algunos pasajes de otro artículo del mismo número:

Se han abierto los ojos

El Comité revolucionario provisorio y la redacción de *Izvestia* se hallan como sumergidos en la avalancha de declaraciones de los comunistas que abandonan su partido.

....

¿Qué significa esta extendida deserción? ¿Acaso temor a la venganza del pueblo laborioso que ha arrancado el poder a los bolcheviques? No, mil veces no. A una obrera, que vino a dejar constancia de su abandono del partido, alguien le dijo: "¡Cuántos fugitivos!" y ella respondió, indignada: "¡No es que huyamos, sino que hemos abierto los ojos!"

La sangre de trabajadores, que ha enrojecido el hielo del golfo de Finlandia para placer de los dementes que defienden su Poder, ha abierto los ojos al pueblo. Y por eso todos los que conservan algo de honestidad se apresuran a apartarse de la banda de los demagogos. En ella no permanecen sino los deshonestos y los criminales: comisarios de todo grado, tchekistas y eminencias, engordados a expensas de los obreros y los campesinos hambrientos y enriquecidos después de haber puesto mano en palacios, museos y cuanto el pueblo conquistó con su sangre.

Toda esta canalla espera más aún.

¡En vano! El pueblo, que supo derribar el yugo del nazismo y de los gendarmes, también sabrá desembarazarse de las cadenas de la servidumbre comunista.

Los ojos del pueblo se han abierto.

Del número 10, del 12 de marzo, ya abundantemente transcrito, sólo estas líneas:

Una nueva servidumbre –comunista– ha sido implantada. En la economía soviética el campesino fue transformado en siervo. El ob1'ero, en simple asalariado de los establecimientos del Estado. Y la capa intelectual laboriosa, poco menos que exterminada. Los que osaron protestar fueron aparar a las mazmorras de la Tcheka. Y los rebeldes fueron ejecutados. La entera Rusia se ha convertido en un inmenso presidio.

El número 11, del 13 de marzo, se ocupa principalmente de los acontecimientos militares, y trae declaraciones y llamados similares a los transcritos. El número 12, del día siguiente, contiene este interesante artículo:

Hay que aullar con los lobos

Se esperaba que Lenin; en el momento de la lucha de los trabajadores por sus derechos pisoteados, no fuera hipócrita y supiera expresar la verdad. Por ello, los obreros y los campesinos ponían de un lado a Lenin y del otro a Trotzky, Zinoviev y demás, de quienes no se creía una sola palabra; en cuanto a Lenin, la confianza en él no se había perdido.

Pero...

El 8 de marzo se inició el X Congreso del Partido Comunista ruso. Lenin repitió en él todas las mentiras sobre Cronstadt rebelada: Declaró que la palabra de orden del movimiento era "la libertad de comercio", y agregó que, aunque "el movimiento estaba por los Soviets, se dirigía contra la dictadura de los bolcheviques", y no dejó de mezclar en él a "los generales blancos y los elementos anarquistas pequeño-burgueses".

Con tales vilezas, Lenin se enredó a sí mismo, y hubo de dejarse escapar la confesión de que la base del movimiento era la lucha por el poder de los soviets, contra la dictadura del partido. Pero, turbado, agregó: "Se trata de una contrarrevolución de otro género. Es extremadamente peligrosa, por insignificantes que puedan aparecer, a primera vista, las modificaciones que se propone introducir en nuestra política."

Y había motivo para turbarse. Duro es el golpe descargado por Cronstadt, y los conductores del partido sienten próximo el fin de su autocracia. La gran turbación de Lenin aparece a través de todo su discurso. Y la palabra *peligro* se reitera a cada instante. Por ejemplo, dice textualmente: "Hay que acabar con este peligro pequeño-burgués, muy peligroso para nosotros, porque, en lugar de unir al proletariado, lo desune; necesitamos el máximo de unidad."

En efecto, el jefe comunista tiembla y apela al "máximo de unidad"; porque la dictadura de los comunistas y el partido mismo acusan una grave resquebrajadura.

¿Le era posible a Lenin decir la verdad?

Recientemente, en una reunión comunista contradictoria sobre los sindicatos, Lenin dijo: "Todo esto me fastidia mortalmente. Estoy harto de ello hasta la coronilla. Sin tener en cuenta mi enfermedad, yo me sentiría dichoso de dejarlo todo y de huir no importa dónde."

Pero sus auxiliares no le dejaron. Es su prisionero. El debe calumniar como ellos. Por lo demás, toda la política del partido está afectada por la acción de Cronstadt. Porque Cronstadt exige no "la libertad de comercio", sino el verdadero poder de los soviets.

En el mismo número aparece una severa filípica contra Zinoviev:

Vanas esperanzas

Pravda de Petrogrado del 11 de marzo trae una carta de Zinoviev a los camaradas sin partido.

Este desvergonzado pillo se lamenta de que los obreros comunistas son cada vez más raros en las fábricas de Petrogrado. Y concluye que "los comunistas deben atraer a toda costa a la obra soviética a las obreras y obreros honestos sin partido".

Que el número de los comunistas haya disminuido considerablemente en las fábricas es cosa natural; todo el mundo huye del partido de los traidores. Y es igualmente natural qué los tchekistas se esfuercen en domesticar a los obreros sin partido por todos los medios, sobre todo arrastrándoles a la ciénaga de la colaboración con los comunistas.

"Comencemos, pues, con orden y método –escribe este provocador–, a atraer sistemáticamente al trabajo a los sin partido."

Pero ¿qué obrero honesto querrá adherir a esta banda de pillos, comisarios y tchekistas?

Los obreros comprenden de sobra que estos gendarmes de nuevo estilo procuran sofocar las murmuraciones de la masa laboriosa y adormecer su vigilancia mediante concesiones, para poder, llegada la ocasión, apretar aún más el torniquete. Bien ven los obreros de qué modo son tratados en estos momentos, en Cronstadt, sus camaradas sin partido.

"Últimamente hemos tenido –plañe Zinoviev– un grave malentendido con la usina Báltica. Pero si ella cumple, la primera, el plan trazado, dando así ejemplo a las demás, muchos errores le serán perdonados."

El provocador se ha traicionado, ahí, a sí mismo. En efecto, hace unos días apenas que los comunistas aseguraban a los obreros de Cronstadt, por sus transmisiones radiales, que todo marchaba a maravilla en Petrogrado y que la usina Báltica trabajaba normalmente. Y he aquí que ahora aparecen "graves malentendidos" y una invitación a dar el ejemplo "a otras usinas". ¿Pasa, pues, algo también en "otras usinas"? Pero ¿Zinoviev nos engañaba entonces o nos engaña ahora?

A fin de congraciarse con los obreros de la Báltica, los comunistas les prometen todos los bienes de la tierra: "Pondremos a obreros en los puestos actualmente más importantes: en el aprovisionamiento, en los combustibles, en el control de las instituciones, etc. Daremos a los obreros sin partido los medios de participar más activamente, por conducto de sus delegados, en la adquisición, con oro, de productos alimenticios en el extranjero, para permitirles a los obreros de Petrogrado pasar el período difícil. Entablaremos enérgica lucha contra la burocracia en nuestros establecimientos. Nos criticaremos y reprenderemos un poco unos a otros, pero en cuanto a lo principal, lo esencial, acabaremos siempre por entendernos."

Así canta ahora Zinoviev, acariciante y dulcemente. Se necesita dirigir a los obreros palabras melosas para adormecerlos y apartar su atención de los cañonazos disparados contra sus hermanos de Cronstadt.

¿Por qué los comunistas no han hablado de ello hasta ahora? ¿Por qué no han obrado de ese modo en el curso de su reinado, que dura desde hace casi cuatro años?

Muy sencillo: ellos no podían hacerlo antes. Tampoco lo podrán ahora. Conocemos el valor de sus promesas y aun el de sus contratos ("pedazos de papel").

No, el obrero no venderá su libertad y la sangre de sus hermanos por todo el oro del mundo. Que Zinoviev abandone, pues, el vano proyecto de "entenderse".

Ahora que los hermanos de Cronstadt se han levantado para defender la verdadera libertad, los obreros no tienen sino una única respuesta para los comunistas: provocadores y verdugos, dejad pronto el poder, mientras os sea todavía posible largaros. ¡No os acunéis en vanas esperanzas!

De un llamado del Comité revolucionario provisorio, contenido en el mismo número, reproducimos el siguiente pasaje:

Al apoderarse del poder, el Partido Comunista os prometió el bienestar.

Pero ¿qué vemos?

Hace tres años se nos decía: "Podréis anular la representación de vuestros delegados y proceder a nuevas elecciones del soviet cuando queráis."

Pero cuando nosotros, los de Cronstadt, exigimos justamente la reelección de los soviets, libres de la presión del partido, el nuevo Trepoff –Trotzky– lanza la orden: "¡No ahorrar balas!"

¡Qué traición!

Hemos exigido también que se deje a los trabajadores de Petrogrado enviarnos una delegación para comprobar cuáles son nuestros generales y quién dirige el movimiento.

Ni hablar de delegación. Los comunistas temen que una delegación se entere de la verdad y os la haga conocer.

He aquí el editorial del número 13, del 15 de marzo (el penúltimo del órgano de los rebeldes) :

Razón social Lenin, Trotzky y Cía.

Ha trabajado bien esta razón social.

La criminal política absolutista del Partido Comunista en; el poder ha llevado a Rusia al abismo de la miseria y la ruina. Sería tiempo ya que se retirara. Pero, ¡ay!, las lágrimas y la sangre derramadas por los trabajadores parecen insuficientes todavía.

En el momento mismo de la histórica lucha, empeñada audazmente por Cronstadt revolucionaria por los derechos del pueblo trabajador, burlados y pisoteados por los comunistas, una bandada de cuervos se ha decidido a celebrar su X Congreso del partido, para tramar en él los medios de continuar, con más malicia y mayor éxito aún, su fratricida obra.

Su descaro llega al colmo. Con toda tranquilidad hablan de "concesiones comerciales". Lenin, muy simplemente, ha declarado: "Comenzaremos a realizar el principio de las concesiones. El éxito de esta empresa no depende de nosotros. Pero debemos hacer por ello todos nuestros posibles." Y de seguida confiesa que los bolcheviques han puesto a la Rusia soviética en un lindo apuro: "Porque –dijo– no podemos reconstruir el país sin recurrir a la técnica extranjera, si queremos alcanzar económicamente, en cierta medida, el nivel de otros países. Las circunstancias nos han obligado a comprar en el extranjero no sólo máquinas, sino también carbón, que, sin embargo, abunda entre nosotros. Y deberemos hacer aún nuevos sacrificios –prosiguió– para disponer de productos de consumo corriente y lo necesario para la economía agraria."

¿Qué ha sido, pues, de las famosas realizaciones económicas, en cuyo nombre se transformó al obrero en esclavo de las empresas estatales y a los campesinos en siervos de los sovkhoz?

No es eso todo. Al hablar de la agricultura, Lenin prometió mayor bienestar aún si los comunistas prosiguen su "funcionarismo económico" (ésta fue su expresión). "y si logramos un día reconstituir, aquí y allá, las grandes economías rurales y la gran industria –continuó–, no será sino imponiendo nuevos sacrificios a todo productor, sin darle nada en cambio."

Tal es el *bienestar* que permite esperar el jefe de los bolcheviques a todos los que quieren soportar dócilmente el yugo del absolutismo de los comisarios.

Razón sobrada tenía el rudo campesino que declaró en el VIII Congreso de los Soviets: "Todo va muy bien... Sólo que, si nosotros tenemos la tierra, vosotros tenéis el pan; nosotros el agua, y vosotros el pescado; nosotros los bosques, y vosotros la madera..."

Aparte eso, el trabajador no ha de preocuparse.

Bien que Lenin promete "acordar algunos favores a los pequeños patronos y ampliar algo los cuadros de la economía libre". Como el *buen señor antiguo*, él prepara "algunos favores" a fin de apretar aún más el cuello de los trabajadores

más tarde, por el torniquete de la dictadura del partido. Bien que se ve en esta confesión: "No se podrá prescindir, por cierto, de la constricción y el apremio, pues el país está fatigado y en terrible miseria."

Está claro: se le podrá quitar su última camisa a un miserable.

Así es como Lenin concibe la tarea de la construcción: concesiones comerciales, arriba; impuestos, abajo.

En el mismo número, esta edificante mirada retrospectiva:

Los beneficios de la "Comuna"

"¡Camaradas! Vamos a construir una vida nueva y bella." Así hablaban, así escribían los comunistas.

"Destruiremos el mundo de la violencia y construiremos un mundo nuevo, socialista, lleno de belleza." Así le cantaban al pueblo.

Veamos cuál es la realidad.

Las mejores casas y los mejores departamentos son requisados para oficinas de las instituciones comunistas, de modo que sólo los burócratas se hallan alojados de modo agradable, confortable y espacioso. El número de los alojamientos habituales ha disminuido. Los obreros se han quedado donde estaban, estrechados al extremo, en peor situación que antes.

Las casas, faltas de todo cuidado, se deterioran; se descompone la calefacción; los vidrios rotos no son repuestos; las techumbres, mal unidas, dejan filtrar el agua; las junturas quedan inútiles; las tuberías han reventado a medias; las dependencias higiénicas no funcionan y su contenido invade la vivienda propiamente dicha, lo que obliga a los ciudadanos a ir al patio o a casa de los vecinos a satisfacer sus necesidades. Las escaleras quedan a oscuras y la suciedad se va acumulando en ellas; los patios se llenan de basuras, a causa de que letrinas, pozos ciegos; vaciaderos y alcantarillas no son vaciados ni reparados. La suciedad de las calles no es menor; las aceras, jamás reparadas, son además resbaladizas; resulta peligroso andar por ellas.

Para obtener alojamiento hay que contar con una buena cuña en la oficina correspondiente; sin ella, ni pensar en eso. Sólo los favorecidos disponen de departamentos convenientes.

Respecto a los víveres es peor aún. Funcionarios irresponsables e ignorantes han dejado perder millares de toneladas de productos. Las patatas que se distribuyen están heladas siempre; la carne, en primavera y verano, siempre descompuesta. En otros tiempos ni se daba a los cerdos lo que hoy los ciudadanos obtienen de los "constructores de la bella vida nueva". Gracias al "honrado pescado soviético"; el arenque, por largo tiempo se fue salvando la situación, pero también él ya comienza a escasear. Las proveedurías soviéticas están por debajo de las de las fábricas, de triste memoria, en las que los industriales hacían despachar pésimas mercaderías, sin que los obreros esclavos pudieran formular protesta alguna.

Para destruir la vida de familia, nuestros gobernantes han arbitrado el establecimiento de restaurantes colectivos. ¿Con qué resultado? El alimento es en ellos aún menos comestible. De todos modos, los productos son escamoteados antes de llegar a los ciudadanos, quienes sólo reciben los restos. La nutrición de los niños es algo mejor, pero muy insuficiente. Escasea la leche, sobre todo. Los comunistas requisaron a los campesinos todas las vacas lecheras para sus sovkhoz. Por lo demás, la mitad del ganado perece antes de llegar a

destino. La leche de las vacas que sobreviven se destina ante todo a los gobernantes, luego a los altos funcionarios y lo que resta recién a los niños.

Pero lo más difícil es vestirse y calzarse. Se aprovecha al extremo las ropas viejas. Casi nada nuevo es distribuido. (Por ejemplo, un sindicato distribuye botones a razón de uno y medio por persona. ¿No es esto burlarse de la gente?) Imposible hallar zapatos.

¡Bella es la ruta del paraíso comunista! Pero ¿se la puede recorrer descalzos?

Sin embargo, hay hendiduras por las que escapa todo lo necesario. Los integrantes del círculo de las llamadas "cooperativas" y los gobernantes tienen de todo: restaurantes propios y raciones especiales; oficinas de abonos, cuyos beneficios se otorgan conforme a las simpatías de los comisarios.

Se ha acabado de comprender que esta "comuna" ha socavado y completamente desorganizado el trabajo productor, con la lógica desaparición del deseo y el interés de trabajar. Zapateros, sastres y plomeros han debido dispersarse, buscando ocupación como guardianes, mensajeros, etc.

Tal es el paraíso cuya construcción emprendieron los bolcheviques.

En lugar del antiguo régimen, se ha establecido uno nuevo, de arbitrariedad, insolencia, favoritismo, robo y especulación, terrible régimen que obliga a tender la mano a la autoridad por cada pedazo de pan, por cada botón; régimen en que uno deja de pertenecer y disponer de sí mismo; régimen de esclavitud y de envilecimiento.

Del último número, el 14, del 16 de marzo de 1921, dedicado sobre todo a las peripecias de la lucha, cada vez más encarnizada, y a los asuntos en curso, reproducimos este artículo, que completa el anterior:

El sedicente "socialismo"

Al hacer la Revolución de octubre, los marinos, soldados rojos, obreros y campesinos derramaron su sangre por el poder de los soviets, para la edificación de una República de trabajadores.

El Partido Comunista ha tomado buena nota de las aspiraciones de las masas. Inscritos en su estandarte lemas seductores que entusiasman a los trabajadores, los ha arrastrado a la lucha y les ha prometido conducirlos al bello régimen del socialismo, que sólo los bolcheviques son capaces de edificar.

Naturalmente, una desbordante alegría se apoderó de obreros y campesinos. "Al fin, la esclavitud bajo el yugo de los terratenientes agrarios y de los capitalistas entraría a ser cosa de triste recuerdo", pensaban. Llegado había el tiempo, les parecía, del trabajo libre en los campos y las fábricas, y de que el poder pasara a manos de los trabajadores.

Mediante diestra propaganda, los hijos de los trabajadores eran atraídos a las filas del partido, donde se les sometía a rigurosa disciplina.

Después, al irse sintiendo fuertes los comunistas, eliminaron del poder a socialistas de otras tendencias y desalojaron de numerosos puestos estatales a obreros y campesinos, sin dejar por eso de pretender gobernar en nombre de ellos. El poder de los soviets de tal modo usurpado por los bolcheviques devino así real tutela de los comisarios, con todas las arbitrariedades del poder personal. Contra toda razón, y contrariamente a la voluntad de los trabajadores, comenzaron a construir obstinadamente un socialismo estatal sobre la masa esclava, en lugar de edificar una sociedad sobre la base del trabajo libre.

Desorganizada completamente la industria, a pesar del "control obrero", los bolcheviques realizaron "la nacionalización de usinas y fábricas". De esclavo del capitalismo, el obrero pasó a ser esclavo de las empresas del Estado. Pero esto no les bastó, y bien pronto se proyectó la aplicación del sistema Taylor.

Toda la masa de los labradores fue declarada enemiga del pueblo y asimilada a los *kulaks*. Y los comunistas se pusieron con ahínco a la tarea de acosar ruinosamente a los campesinos y de instaurar explotaciones soviéticas, esto es, los feudos del nuevo explotador agrario, el Estado. Esto es cuanto los campesinos han obtenido del socialismo bolchevique, en vez del trabajo libre sobre la tierra liberada que ellos esperaban.

A cambio de pan y de ganado, casi totalmente requisados, se tuvo las razzias de los tchekistas y los fusilamientos en masa. ¡Bello sistema de cambio en un Estado de trabajadores: plomo y bayoneta en vez de pan!

La mísera vida del ciudadano se hizo mortalmente monótona y trivial, reglada minuciosamente por las prescripciones de las autoridades. En lugar de una vida animada por el trabajo libre y la libre evolución de los individuos, surgió una esclavitud inaudita, increíble. Todo pensamiento independiente, toda crítica a los actos de los criminales gobernantes fueron tenidos por crímenes, castigados con prisión ya menudo la muerte. La pena de muerte, vergüenza de la humanidad, fue de extendida aplicación en la "patria socialista".

Tal es el bello régimen socialista a que nos ha conducido la dictadura del Partido Comunista.

Hemos obtenido el socialismo de Estado, con soviets de funcionarios que votan dócilmente lo que le dictan la autoridad y sus infalibles funcionarios.

El lema: "Quien no trabaja, no come" ha sido transformado, en este bello régimen de los soviets, en este otro: "Todo para los comisarios". En cuanto a los obreros, los campesinos y los trabajadores intelectuales, no les queda sino cumplir su trabajo en un ambiente de presidio.

Esto se ha hecho insoportable. Cronstadt rompió, haciendo punta, las cadenas y volteó las rejas de la prisión. Ella lucha por la verdadera República soviética de los trabajadores, en la que los productores mismos dispondrán libremente del fruto de su trabajo.

Haremos constar, para terminar, que la mayor parte de los números de *Izvestia* de los rebeldes traían como epígrafes lemas que puntualizaban sus reivindicaciones y sus sentimientos. He aquí algunos de ellos:

Todo el poder a los soviets y no a los partidos.
El poder de los soviets liberará a los trabajadores del campo del yugo de los comunistas.
Lenin dijo: "El comunismo es el Poder de los soviets más la electrificación", pero el pueblo ha comprobado que el comunismo bolchevique es absolutismo de comisarios más fusilamientos.
Los soviets, y no la Constituyente, son el reparo de los trabajadores.
¡Viva Cronstadt roja con el poder de los soviets libres!

CAPÍTULO V
EL ÚLTIMO ACTO

El ataque a Cronstadt. Su última lucha. El fin de su independencia.– Sólo queda a tratar el último acto de la tragedia: el ataque a Cronstadt, su heroica defensa y su caída.

En el número 5 de *Izvestia*, 7 de marzo, hallamos los detalles de las tratativas sobre el envío de una delegación de Petrogrado a Cronstadt con propósitos de información. Helos aquí:

Las tratativas sobre una delegación

El Comité revolucionario provisorio ha recibido de Petrogrado el siguiente radiotelegrama:

"Comunicad por radio a Petrogrado si se puede enviar de Petrogrado a Cronstadt algunos delegados, (escogidos entre sin partido y miembros del partido, para enterarse de qué se trata."

El Comité revolucionario respondió inmediatamente por radio:

"Al soviet de Petrogrado: Habiendo recibido la comunicación del soviet de Petrogrado preguntando si se puede enviar de Petrogrado a Cronstadt algunos delegados, elegidos entre sin partido y miembros del partido, para enterarse de qué se trata, os informamos que:

"No tenemos confianza en la independencia de vuestros sin partido.

"Nosotros proponemos que se elija, en presencia de una delegación nuestra, delegados sin partido de las fábricas, las unidades rojas y los marinos. Podréis agregar un quince por ciento de comunistas. Es de desear respuesta el 6 de marzo, a las dieciocho horas, con indicación de la fecha de envío de los representantes de Cronstadt a Petrogrado y de los delegados de Petrogrado a Cronstadt. En caso de imposibilidad de responder en ese plazo, pedimos que indiquéis vuestra fecha y los motivos del retardo.

Los medios de desplazamiento deben ser asegurados a los delegados de Cronstadt.

Comité Revolucionario Provisorio

En Petrogrado corrían, entre tanto, persistentes rumores de que el gobierno se preparaba a operaciones militares contra Cronstadt. Pero la población se resistía a darles crédito; tanto le parecía repugnante e inverosímil la cosa.

Nada sabían los obreros de Petrogrado de cuanto ocurría en Cronstadt. Las únicas informaciones eran las suministradas por la prensa comunista, que no dejaba de hablar del "general zarista Kozlovsky, que había organizado en Cronstadt la rebelión contrarrevolucionaria".

La población esperaba con ansiedad la reunión convocada por el soviet de Petrogrado, que decidiría la actitud a adoptar. El soviet se reunió el 4 de marzo.

He aquí los términos con que el anarquista Alejandro Berkman, que pudo asistir a la reunión, la describe en su excelente estudio sobre la rebelión de Cronstadt, cuya documentación ha sido extraída de la misma auténtica

fuente utilizada para nuestra exposición: *Izvestia*, del Comité revolucionario provisorio, los documentos soviéticos y testimonios controlados[6]:

Como presidente del Soviet de Petrogrado, Zinoviev declaró abierta la sesión y pronunció un largo discurso sobre la situación de Cronstadt. Yo confieso haber ido a la reunión más bien dispuesto a favor del punto de vista de Zinoviev: estaba alerta contra el menor indicio de una tentativa contrarrevolucionaria en Cronstadt. Pero el discurso de Zinoviev bastó para convencerme de que las acusaciones comunistas contra los marinos eran pura invención, sin la menor sombra de veracidad. Oí hablar a Zinoviev en varias ocasiones. Tenía el don de convencer, una vez aceptadas sus premisas, pero en esa reunión su actitud, su argumentación, su tono y sus modales, todo reflejaba la falsedad y la insinceridad de sus palabras. Me resultaba patente la protesta de su propia conciencia. La única "pieza de convicción" presentada contra Cronstadt era la famosa resolución del 1º de marzo, cuyas reivindicaciones eran justas y aun moderadas. Y no fue sino en base a ese documento ya la denuncia vehemente y casi histérica de Kalinin contra los marinos, que se decidió el paso fatal. La resolución contra Cronstadt, preparada de antemano y presentada por conducto de Yevdokimoff –brazo derecho de Zinoviev–, fue aceptada por los delegados sobreexcitados por exceso de intolerancia y de ferocidad sanguinaria. La aceptación de la moción belicosa tuvo lugar en pleno tumulto y entre las protestas de varios delegados de las fábricas de Petrogrado y del representante de los marinos. Las resolución declaró a Cronstadt culpable de sedición contrarrevolucionaria y exigía su rendición inmediata.

Era una declaración de guerra. Muchos de los comunistas mismos se rehusaban a creer que se llegara a ponerla en obra; les parecía monstruoso atacar con la fuerza armada "al orgullo y la gloria de la Revolución rusa", como había bautizado Trotzky a los marinos de Cronstadt. En círculos íntimos de amigos, gran número de comunistas sensatos amenazaban separarse del partido si se consumara acto tan sanguinario.

Al día siguiente, 5 de marzo, Trotzky publicó su ultimátum a Cronstadt, transmitido a la población por radio y transcrito en el número 5 de *Izvestia*, junto a los dos radiogramas relativos al envío de una delegación cuyas tratativas fueron, naturalmente, rotas. He aquí el documento:

El gobierno de los obreros y campesinos ha decretado que Cronstadt y los navíos en rebelión deben someterse inmediatamente a la autoridad de la República soviética. Ordeno. Por consiguiente, a todos los que levantaron la mano contra la patria socialista que rindan de inmediato las armas. Los recalcitrantes deberán ser desarmados y remitidos a las autoridades soviéticas. Los comisarios y otros representantes del gobierno que se encuentren arrestados deben ser puestos en libertad inmediatamente. Sólo aquellos que se rindan incondicionalmente pueden contar con un acto de gracia de la República soviética.

Publico simultáneamente la orden de preparar la represión de la revuelta y la sumisión de los marinos por la fuerza armada. Toda la responsabilidad de los

---

[6] El trabajo de Berkman, que yo sepa, apareció primeramente en folleto, en inglés; en *Le Libertaire*, de París, en folletín, en enero de 1939, y en castellano, en la revista *Timón* y luego en folleto, editado en Buenos Aires.

daños que la población pacífica pueda sufrir por ello recaerá enteramente sobre los amotinados contrarrevolucionarios.

Esta advertencia es definitiva.

Trotzky, presidente del Consejo Militar Revolucionario de la República; Kamenef, comandante en jefe.

Este ultimátum fue seguido por una orden de Trotzky, conteniendo la histórica amenaza: "¡Os abatiré como perdices!"

Algunos anarquistas de Petrogrado, aún en libertad, intentaron un último esfuerzo para disuadir a los bolcheviques de atacar a Cronstadt. Consideraban su deber, ante la Revolución, intentar tal cosa para impedir la inminente masacre de la élite revolucionaria de Rusia: los obreros y marinos de Cronstadt. El 5 de marzo enviaron un escrito al Comité de defensa, subrayando las pacíficas intenciones y las justas reivindicaciones de Cronstadt, recordando a los comunistas la heroica historia revolucionaria de los marinos y proponiendo un medio de resolver el conflicto, medio digno de camaradas y revolucionarios:

He aquí el documento[2]:

El Comité del Trabajo y de Defensa de Petrogrado.

Al presidente Zinoviev:

Guardar silencio ahora es imposible y aun criminal. Los acontecimientos que acaban de producirse nos obligan, como anarquistas, a hablar francamente y a puntualizar nuestra actitud ante la situación actual.

El espíritu de descontento y de inquietud entre los obreros y los marineros es el resultado de causas que exigen nuestra más seria atención. El frió y el hambre han engendrado el descontento, y la ausencia de la menor posibilidad de discusión y de critica obliga a los marinos y a los obreros a declarar abiertamente sus agravios.

Las bandas de guardias blancos quieren y podrán explotar ese descontento en beneficio de sus propios intereses de clase. Amparándose tras los marinos, reclaman la Asamblea Constituyente, el comercio libre y otras peticiones del mismo género.

Nosotros, anarquistas, hemos expuesto desde hace mucho tiempo el fondo engañoso de esas exigencias y declaramos ante todos que lucharemos con las armas en la mano contra toda tentativa contrarrevolucionaria, en común con todos los amigos de la Revolución social y al lado de los bolcheviques.

Respecto al conflicto entre el gobierno soviético y los obreros y los marinos, somos de opinión que debería ser liquidado no por las armas, sino mediante un acuerdo revolucionario fraternal y con espíritu de camaradería. Recurrir a la efusión de sangre de parte del gobierno soviético, en la situación actual, no intimidaría ni apaciguaría a los obreros; al contrario, eso serviría sólo para agravar la crisis y para reforzar los manejos de la Entente y de la contrarrevolución.

Y, lo más importante, el empleo de la fuerza por el gobierno obrero y campesino contra obreros y campesinos, provocará desastrosa repercusión en el movimiento revolucionario internacional. Resultará de ello un daño incalculable para la Revolución social.

¡Camaradas bolcheviques, reflexionad antes que sea demasiado tarde! No juguéis con fuego: estáis en la víspera de dar un paso decisivo.

Os sometemos la proposición siguiente: elegir una comisión de cinco miembros, entre ellos algunos anarquistas. La Comisión irá a Cronstadt para arreglar el conflicto por medios pacíficos. En la situación presente es ése el método más radical. Tendrá una importancia revolucionaria internacional.

Alejandro Berkman, Emma Goldman, Perkus, Petrovsky

Petrogrado. 5 de mayo de 1921.

"Zinoviev –dice A. Berkman– supo que este documento sería sometido al Comité de Defensa y envió a un representante personal a buscarlo. Ignoro si fue discutido en el Comité. Lo cierto es que nada fue decidido respecto a él."

El 6 de marzo, Trotzky completó los preparativos para el ataque. Los más fieles divisiones de todos los frentes, los regimientos de *koursanti*, los destacamentos de la Tcheka y las unidades militares integradas por comunistas fueron concentrados en los fuertes de Sestroretsk, Lissy Noss y Krasnaïa Gorka, como asimismo en las posiciones fortificadas próximas. Se envió al teatro de las operaciones a los mejores técnicos militares, para establecer el plan de asedio y ataque contra Cronstadt, y se designó a Toukhatchevsky comandante en jefe de las tropas.

El 7 de marzo, a las 18,45 horas, las baterías de Sestroretsk, Lissy Noss y Krasnaïa Gorka iniciaron el bombardeo. Una avalancha de obuses, bombas y también de arrogantes proclamas, arrojadas por aviones, cayó sobre la ciudad. Repetidas veces, la "banda de cuervos" instalada en Krasnaïa Gorka: Trotzky, Toukhatchevsky, Dybenko y otros, ordenó apoderarse de la sitiada fortaleza en fulminantes ataques, sin resultado; los más furiosos ataques fueron rechazados por los valerosos defensores. El bombardeo no suscitó el menor pánico en la ciudad. Al contrario, atizó la cólera de la población y reafirmó su voluntad de resistir hasta el fin.

El número 6 de *Izvestia* (8 de marzo) se ocupa por primera vez de la nueva situación con este epígrafe a la cabeza: EL PRIMER TIRO DE TROTZKY ES LA SEÑAL DEL APREMIO ANGUSTIOSO DE LOS COMUNISTAS.

A las 18,45 horas, las baterías de los comunistas en Sestroretsk y Lissy Noss se han adelantado a abrir el fuego contra los fuertes de Cronstadt.

---

[2] Para que no se asombre el lector de que hubiese aún, en 1921, anarquistas en libertad en Petrogrado, hemos de señalar que los firmantes del documento no eran considerados peligrosos por los bolcheviques. Alejandro Berkman y Emma Goldman no habían militado en Rusia; Perkus y Petrovsky eran anarquistas llamados soviéticos (pro-bolcheviques). Más tarde, sin embargo, Berkman y la Goldman fueron desterranos; ignoro la suerte de Perkus y Petrovsky. Por lo demás, los últimos vestigios del movimiento anarquista desaparecieron en 1921.
En cuanto al documento mismo, advertirá el lector que ha sido necesariamente concebido en términos asaz conciliadores, vagos y hasta ambiguos. Sus autores alentaban la ingenua y vana esperanza de poder razonar con los bolcheviques y persuadirlos a obrar «en un espíritu de camaradería". Pero los bolcheviques no eran camaradas. Tenían ellos la sensación de que la menor concesión en su conflicto con Cronstadt desataría un movimiento general contra su dictadura. Se trataba, para ellos, de vida o muerte.

Los fuertes recogieron el desafío y redujeron rápidamente a silencio a esas baterías.

Prosiguió el fuego el fuerte de Krasnaïa Gorka, que recibió la condigna respuesta del navío de línea *Sebastopol*. Siguió un cañoneo espaciado.

Dos de nuestros soldados rojos han sido heridos e internados en el hospital. No se ha sufrido daño material alguno.

Cronstadt, 7 de marzo de 1921.

Este comunicado es seguido de esta nota:

El primer tiro

Ha comenzado el bombardeo contra Cronstadt. Bien; estamos prestos. ¡Midamos nuestras fuerzas!

Ellos tienen prisa, y se comprende. A pesar de todas las mentiras de los comunistas, los trabajadores rusos empiezan a comprender la grandeza de la obra liberadora iniciada por Cronstadt revolucionaria, después de tres años de esclavitud.

Los verdugos están inquietos. La Rusia soviética, víctima de la terrible aberración de aquéllos, escapa de su prisión. Y, por ello, han de verse obligados a renunciar a su dominación sobre el pueblo trabajador.

El gobierno de los comunistas ha lanzado la señal de su angustioso apremio. Los ocho días de existencia de la libre Cronstadt prueban su impotencia.

Un poco más, y la digna respuesta de nuestros gloriosos navíos y fuertes revolucionarios hará zozobrar el barco de los piratas soviéticos, forzados a entrar en combate con la revolucionaria Cronstadt, cuyo flamante pabellón tiene por lema: “El poder para los soviets y no para los partidos”.

Y este llamado a continuación:

Que el mundo sepa

¡A todos!

Ha sido disparado el primer cañonazo. El mariscal Trotzky, tintas de sangre obrera sus manos, ha sido el primero en disparar sobre la revolucionaria Cronstadt, erguida contra la autoridad de los comunistas para el restablecimiento del verdadero poder de los soviets.

Sin haber derramado una sola gota de sangre, nos hemos libertado, nosotros, soldados rojos, marineros y obreros de Cronstadt, del yugo de los comunistas, y hemos respetado la vida de los comunistas que había entre nosotros. Con la amenaza de los cañones quieren imponernos de nuevo su poder.

No queriendo ninguna efusión de sangre, hemos pedido que fueran enviados, ante nosotros, delegados independientes del proletariado de Petrogrado, para comprobar que Cronstadt combate por el poder de los soviets. Pero los comunistas ocultaron nuestra petición a los obreros de Petrogrado y abrieron el fuego, respuesta habitual del pretendido gobierno de los obreros y campesinos a las demandas de las masas laboriosas.

Que los obreros del mundo entero sepan que nosotros, los defensores del poder de los soviets, velamos por las conquistas de la Revolución social. Venceremos o pereceremos bajo las ruinas de Cronstadt, luchando por la justa causa de las masas trabajadoras.

Los obreros del mundo serán nuestros jueces. La sangre de los inocentes caerá sobre la cabeza de los comunistas fanáticos embriagados por el poder.

¡Viva el poder de los soviets!

Comité Revolucionario Provisorio

Detalle tocante: el 7 de marzo era, en la Rusia soviética, día de fiesta de los trabajadores. Cronstadt, sitiada y atacada, no lo olvidó. Bajo el fuego de numerosas baterías, los marinos irradiaron un mensaje a los trabajadores del mundo, reproducido en el mismo número 6:

Cronstadt liberada, a los trabajadores del mundo

Es, el de hoy, día de fiesta universal: el día del trabajador. Nosotros, los de Cronstadt, enviamos –entre el fragor de los cañonazos y las explosiones de obuses, disparados por los comunistas enemigos del pueblo laborioso– nuestros fraternales saludos a los obreros del mundo. ¡Saludos de Cronstadt revolucionaria y libre! Deseamos que realicéis muy pronto vuestra emancipación, exenta de toda forma de violencia y de opresión.

¡Vivan los libres obreros revolucionarios!

¡Viva la Revolución social mundial!

Comité Revolucionario Provisorio

Y, finalmente, en el mismo número, este suelto:

Cronstadt está tranquila

Ayer, 7 de marzo, los enemigos de los trabajadores –los comunistas– abrieron el fuego contra Cronstadt.

La población recibió el fuego valientemente. Los obreros corrieron a las armas con ardorosa decisión. Bien se ha visto que la población laboriosa de la ciudad está en perfecto acuerdo con su Comité Revolucionario Provisorio.

A pesar de las hostilidades, el Comité juzga inútil la proclamación del estado de sitio. ¿Qué podría temer, en efecto? ¡Nada, por cierto, de sus propios soldados rojos, ni de sus marinos, ni de los obreros y los intelectuales!

En Petrogrado, por lo contrario, a causa del estado de sitio proclamado, no se puede transitar sino hasta las diecinueve horas. Esto se comprende: los impostores temen a la población laboriosa.

Los primeros ataques contra Cronstadt fueron simultáneamente dirigidos desde el Norte y el Sur por escogidas tropas comunistas, vestidas de tela blanca, cuyo color les permitía confundirse con la nieve que cubre el helado golfo de Finlandia.

Asaz terribles fueron estas primeras tentativas de tomar por asalto la fortaleza, a costa de insensatos sacrificios humanos. Los rebeldes lo deploraron profundamente en conmovidos términos dirigidos a sus hermanos de armas engañados (*Izvestia*, número 8, del 10 de marzo):

No queríamos verter sangre de nuestros hermanos, y nos rehusábamos a hacer fuego a menos que se nos obligara a ello. Debíamos defender la justa causa del pueblo obrero y nos vimos forzados a disparar sobre nuestros propios hermanos enviados a la muerte segura por los comunistas que han engordado a expensas del pueblo.

Desgraciadamente para vosotros, hermanos nuestros, se produjo un terrible torbellino de nieve y todo fue envuelto en las tinieblas de una noche negra. Los

verdugos comunistas os empujaron a toda costa, sin embargo, sobre el hielo, amenazándoos desde la retaguardia con sus ametralladoras manejadas por destacamentos comunistas.

Muchos de vosotros perecisteis esa noche en la vasta extensión helada del golfo de Finlandia. Y cuando llegó el alba y se apaciguó el huracán, sólo los restos míseros de vuestros destacamentos, agotados y hambrientos, casi incapaces de marchar, vinieron a nosotros con sus blancos sudarios.

Erais un millar al amanecer, y en el curso del día no se os pudo contar ya. Habéis pagado a costa de vuestra sangre esta aventura, y después de vuestra derrota Trotzky marchó a Petrogrado en busca de nuevas víctimas para la masacre: ¡la sangre de nuestros obreros y de nuestros campesinos poco le cuesta!...

Cronstadt vivía en la profunda convicción de que el proletariado de Petrogrado acudiría en su ayuda. Pero, aterrorizados los obreros de la capital y sitiada y aislada Cronstadt, ningún socorro fue posible.

La guarnición de Cronstadt la componían unos 14.000 hombres, 10.000 de ellos marinos. Debía atender un vasto frente, numerosos fuertes y no pocas baterías diseminadas en el golfo. Los continuados ataques de los bolcheviques, constantemente reforzados, la escasez de víveres, las prolongadas noches de intenso frío, todo contribuía a debilitar a Cronstadt. Pero los defensores dieron prueba de heroica perseverancia, esperando hasta el último momento que su noble ejemplo fuera seguido por el país.

La lucha era asaz desigual.

Los soldados bolcheviques, sin embargo, se rendían a millares; a centenares se ahogaban otros al quebrarse la capa de hielo, que el deshielo iba debilitando y otros caían despedazados por los obuses. Pero, por grandes que fueran esas pérdidas, en nada disminuía la intensidad de los ataques, por el incesante arribo de cuantiosos refuerzos.

¿Qué podía hacer la ciudad, sola, contra esta marea creciente? Se esforzó, con todo, en mantenerse firme. Esperaba obstinadamente una revuelta general inminente de los obreros y los soldados rojos de Moscú y Petrogrado, que señalaría el comienzo en grande de la tercera revolución. Y se batía heroicamente, día y noche, en todo el frente, que se iba estrechando día tras día. Pero no hubo revuelta, ni apareció ayuda alguna; la resistencia de Cronstadt se debilitaba y los asaltantes obtenían ventajas sobre ventajas.

Por lo demás, Cronstadt, como fortaleza, no había sido erigida para sostener un ataque desde la retaguardia. (Odiosa calumnia era la propalada, entre tantas otras, por los bolcheviques, de que los marinos revolucionarios se proponían bombardear Petrogrado.) La famosa fortaleza había sido edificada con el único fin de defender la capital de cualquier ataque por el lado del mar. Y, de añadidura, en previsión de que la fortaleza cayese en poder del enemigo, se habían erigido las baterías de las costas del golfo y los fuertes de Krasnaïa Gorka para el ataque combinado contra Cronstadt y no contra Petrogrado. Por ello, no se había reforzado especialmente la retaguardia de Cronstadt, precisamente por donde ésta sufría ahora el asalto, en formidables tentativas, reanudadas casi cada noche.

Durante todo el día 10 de marzo, la artillería comunista barrió sin cesar toda la isla, de Norte a Sur. En la noche del 12 al 13 atacaron por el Sur, utilizando nuevamente los *sudarios blancos*, con el sacrificio de centenares de *koursanti*. En los siguientes días la lucha se fue haciendo mayormente desigual. Los heroicos defensores estaban agotados por la fatiga y las privaciones. Se estaba combatiendo ahora en los alrededores de la ciudad. Los comunicados de las operaciones, publicados cotidianamente por el Comité revolucionario, se hacían cada vez más trágicos. El número de las víctimas aumentaba rápidamente.

Finalmente, el 16 de marzo, los bolcheviques, sintiendo próximo el desenlace, descargaron un fulminante ataque concentrado, precedido de una furiosa preparación de la artillería. Había que acabar a todo trance. Cada hora más de resistencia, cada cañonazo de Cronstadt, constituían otro desafío a los comunistas que podría suscitar la revuelta, contra ellos, de millones de hombres. Sabían ya que estaban abandonados a sí mismos. Ya Trotzky se había visto obligado a utilizar destacamentos de chinos y de bachkirs. Había que aplastar sin demora a Cronstadt; si no, sería ésta la que haría saltar el poder bolchevique.

Desde la mañana, los grandes cañones de Krasnaïa Gorka hicieron llover sobre la ciudad, sin cesar, obuses que provocaban ruinas e incendios. Y los aviones arrojaban bombas, una de las cuales destruyó el hospital, a pesar de la bien visible insignia de la Cruz Roja. A este furioso bombardeo siguió un asalto general por el Norte, el Sur y el Este.

El plan de ataque –escribió más tarde Dybenko, ex comisario bolchevique de la flota y futuro dictador de Cronstadt– fue preparado en sus más minuciosos detalles según las directivas del comandante en jefe, Tukhatchevsky, y del estado mayor del ejército del Sur. El ataque empezó al crepúsculo. “Los blancos sudarios y el valor de los *koursantis* –escribió Dybenko– dieron la posibilidad de avanzar en columnas.”

Sin embargo, en muchos lugares, tras encarnizado combate con ametralladoras, el enemigo fue rechazado. En un punto y otro, entre el estruendo de la lucha dentro de los muros de la ciudad, los marinos maniobraban hábilmente, se precipitaban a los puntos más amenazados, dando órdenes oportunas, lanzando llamados. Un verdadero fanatismo de bravura se posesionó de los defensores. Nadie pensaba en el peligro ni en la muerte. “¡Camaradas –oíase de tiempo en tiempo–: armad de prisa los últimos destacamentos obreros! ¡Que acudan todos los hombres capaces de portar armas!” y los últimos destacamentos se formaban, se armaban, llegaban de prisa y participaban de inmediato en el combate.

Las mujeres del pueblo dieron muestras de un coraje y una actividad sorprendentes: desdeñando el peligro, avanzaban lejos de la ciudad, portadoras de municiones; recogían a los heridos de ambos campos y los transportaban al hospital bajo el intenso fuego, y organizaban los socorros.

Al caer de la tarde del 16 de marzo la batalla estaba aún indecisa.

Los milicianos recorrían las calles a caballo, invitando a los no combatientes a refugiarse en lugares seguros.

Varios fuertes habían sido tomados.

En el curso de la noche, los comunistas que habían sido dejados en libertad lograron señalar a los atacantes el punto más débil de Cronstadt: la Puerta de Petrogrado. Hacia las siete de la mañana siguiente, los

bolcheviques la forzaron en un supremo asalto, y avanzaron combatiendo hasta el centro de la ciudad, la famosa Plaza del Ancla.

Pero los marinos no se dieron aún por vencidos: continuaron batiéndose como leones, defendiendo cada barrio, cada calle, cada casa. Al precio de grandes sacrificios, los soldados del poder central pudieron hacer firmemente pie en algunos sectores. Los miembros del Comité revolucionario siguen pasando de un lugar amenazado a otro, hacen maniobrar a los combatientes, reorganizan la lucha incesantemente. Y la imprenta continúa preparando el número 15 de *Izvestia*, que no pudo aparecer.

Toda la jornada del 17 de marzo se combatió en el interior de la ciudad sabían los marinos que para ellos no habría cuartel y preferían morir combatiendo a ser cobardemente asesinados en los subsuelos de la Tcheka.

Fue brutal la masacre, una verdadera carnicería. Numerosos comunistas de la ciudad, cuya vida había sido respetada por los marineros, los traicionaron, se armaron y los atacaron por la espalda. El comisario de la flota del Báltico, Kouzmin, y el presidente del soviet de Cronstadt, Vassilieff, liberados de la prisión por los comunistas, participaron en la liquidación de la revuelta.

La lucha desesperada de los marinos y los soldados de Cronstadt continuó hasta hora avanzada de la noche. La ciudad, que durante quince días no había infligido daño alguno a los comunistas, estaba ahora convertida en un vasto escenario de fusilamientos, salvajes ejecuciones y asesinatos en tanda.

Escapados de la matanza, algunos destacamentos huyeron hacia Finlandia. Otros combatieron hasta el último hombre. Al amanecer del 18 de marzo se combatía aún o, mejor dicho, se daba caza a los rebeldes en ciertos barrios.

Dos proyectos concebidos por los revolucionarios para el caso de ser derrotados no pudieron realizarse. El primero de ellos era hacer saltar, en el último momento, los dos grandes buques de guerra que se habían adelantado a izar la bandera de la tercera Revolución: el *Petropavlovsk* y el *Sebastopol*. Pero, al intentarlo, encontraron cortados los hilos eléctricos. El otro proyecto era –decisión tomada por casi toda la población– abandonar la ciudad para dejarla a los bolcheviques *muerta y vacía*. La falta casi total de medios de transporte también impidió su ejecución.

Nombrado comisario de Cronstadt, Dybenko fue munido de plenos poderes para “limpiar la ciudad rebelde”. Fue entonces una orgía de matanzas. En los días subsiguientes, la Tcheka procedió a ejecuciones en masa.

El 18 de marzo, el gobierno y el partido bolcheviques festejaron públicamente la Commune de París de 1871, ahogada en sangre por Galliffet y Thiers, y celebraron al par la victoria sobre Cronstadt. El apodo de Trotzky, el Galliffet de Cronstadt, permanecerá en la historia.

Durante las siguientes semanas, las prisiones de Petrogrado fueron colmadas por centenares de prisioneros de Cronstadt. Cada noche, pequeños grupos de prisioneros eran sacados de la prisión y fusilados, por orden de la Tcheka. Así acabó Perepelkin, miembro del Comité revolucionario provisorio de Cronstadt. Otro miembro del Comité, Verchinin, fue traidoramente arrestado por los bolcheviques al comienzo de la revuelta. He

aquí cómo refirió *Izvestia* el episodio en su número 7, bajo el título “Abuso de la bandera blanca”:

> Ayer, 8 de marzo, soldados rojos partieron de Oranienbaum hacia Cronstadt, enarbolando bandera blanca. Dos de nuestros camaradas, sin armas, fueron a su encuentro a caballo. Uno de los nuestros se aproximó al grupo enemigo; el otro se detuvo a cierta distancia. Apenas había pronunciado unas palabras nuestro camarada, cuando los comunistas se arrojaron sobre él, lo apearon y se lo llevaron. El segundo camarada pudo volver a Cronstadt.

Ese parlamentario de Cronstadt era Verchinin. Naturalmente, nada se supo más de él.

La suerte de los demás miembros del Comité revolucionario nos es desconocida.

En las prisiones, en los campos de concentración de la región polar de Arkángel, en los lejanos desiertos del Turquestán, los miembros de Cronstadt que se rebelaron contra el absolutismo bolchevique por “los verdaderos soviets libres” soportaron por largos años una lamentable existencia y fueron muriendo lentamente. A la hora actual, no ha de quedar ninguno con vida.

Pasado algún tiempo, el gobierno bolchevique anunció una amnistía general para quienes, escapados de la represión y radicados en el extranjero u ocultos en el interior del país, se presentaran espontáneamente a las autoridades. Los que tuvieron la ingenuidad de creer en la amnistía y de presentarse fueron arrestados y compartieron la suerte de sus camaradas de armas. Esta infame celada, entre tantas otras, es una de las más canallescas páginas de la historia real del bolchevismo.

***La lección de Cronstadt*.–** Lenin nada comprendió; más bien, nada quiso comprender del movimiento de Cronstadt. Lo esencial, para él y para su partido, era permanecer en el poder a toda costa. La victoria sobre los rebeldes le tranquilizó, de momento. Pero él temía; sobre todo para lo venidero. Confesó que los cañones de Cronstadt obligaron al partido a reflexionar y revisar su posición. ¿La revisó en el sentido claramente indicado por los tumultos obreros y las revueltas? De ningún modo.

El sentido profundo de los acontecimientos era: la necesidad para el partido de revisar el principio de la dictadura; la necesidad para la población laboriosa de gozar de libertad de discusión y de acción; la necesidad para el país de libre elección de los soviets.

Los bolcheviques advertían perfectamente que la menor concesión en ese sentido comportaría un decisivo golpe a su poder. Ahora bien: para ellos se trataba, sobre todo y ante todo, de conservar íntegramente ese poder. Como marxistas (autoritarios y estatistas, pues) los bolcheviques no podían admitir la libertad de las masas, la independencia de su acción. No tenían confianza alguna en las masas libres. Estaban persuadidos de que la caída de su *dictadura* significaría la caída de toda la obra emprendida y *poner en peligro la revolución*, con la que ellos se identificaban. E inversamente estaban convencidos de que, conservando su dictadura –las palancas de mando– podrían “retroceder estratégicamente” hasta renunciar, momentáneamente, a

toda su política económica, sin que los fines de la Revolución fueran definitivamente comprometidos. En el peor de los casos –decían– sólo sería retardada la realización de estos fines.

Sus *reflexiones* se limitaron, en consecuencia, a lo siguiente: "¿Qué hacer para conservar intacta nuestra dominación?"

Ceder, momentáneamente, en el terreno económico; acordar concesiones en todos los dominios, salvo en el del poder; tal fue la primera solución. Todo lo más que ellos *comprendieron* era que habría que arrojarle un hueso a la población para apaciguar su descontento, darle algunas satisfacciones, aunque sólo fueran aparentes.

Determinar las concesiones y fijar los límites del retroceso fue su segunda preocupación. Y acabaron por establecer la lista de tales concesiones. Y así fue –¡sarcasmo histórico de los más salientes!– que *Lenin y su partido aplicaron exactamente el "programa" económico que ellos atribuyeron falsamente a los rebeldes de Cronstadt, en el que se fundaron* –según dijeron, disimulando el real motivo– *para combatirlos y derramar tanta sangre*.

Lenin proclamó entonces la famosa *Nueva política económica*: la N.E.P.

Se otorgó a la población alguna "libertad económica": se restableció, especialmente, en cierta medida, la libertad del comercio privado y de la actividad industrial.

Así fue completamente desnaturalizado el verdadero sentido de la *libertad* exigida por los rebeldes de Cronstadt. En lugar de una libre actividad creadora y constructiva de las masas laboriosas, actividad que habría permitido la prosecución y el aceleramiento de la marcha hacia su total emancipación (como lo reclamaba Cronstadt), se tuvo la "libertad" *para algunos de comerciar, hacer negocios y enriquecerse*. Y apareció, por cierto tiempo, el tipo del nuevo rico soviético: el nepman (hombre de la N.E.P.).

Los comunistas rusos y extranjeros han considerado y explicado la N.E.P. como un *retroceso estratégico*, que permitió a la indispensable dictadura del partido *respirar* y fortalecer las posiciones conquistadas, que los acontecimientos de marzo habían debilitado; como una especie de *tregua económica* análoga a la *tregua militar* de la época de Brest-Litovsk.

En efecto, la N.E.P. no fue sino un *alto*, no para luego avanzar mejor, sino, por lo contrario, para poder volver mejor al *punto de partida*, a la misma feroz dictadura del partido, al mismo estatismo desenfrenado, a la misma dominación y explotación de las masas laboriosas por el nuevo Estado capitalista. Se retrocedió para reemprender mejor la *marcha hacia el Estado capitalista totalitario*, con mayores garantías contra el peligro de una eventual repetición de "lo de Cronstadt".

Durante el período de retroceso, este naciente Estado capitalista erigió, contra tal peligro, su *línea Maginot*. Aprovechó los años de la N.E.P. en aumentar sus fuerzas materiales y militares y crear su aparato político, administrativo, burocrático y policial (aparato neoburgués), hasta sentirse definitivamente fuerte para tenerlo todo en su puño de hierro y transformar el país en un cuartel y un presidio totalitarios.

Eso es exacto, si se quiere hablar de un retroceso estratégico en ese sentido. Bien pronto, después de la muerte de Lenin, en 1924, y el advenimiento –tras algunas luchas intestinas en el partido– de Stalin, la N.E.P. fue suprimida y los *nepmen* arrestados, deportados o fusilados, confiscados sus bienes, y el Estado, definitivamente armado, blindado, burocratizado, capitalizado, sostenido por el aparato y por un fuerte sector privilegiado y conformado, estableció resueltamente su omnipotencia.

Es evidente que todas estas peripecias nada tienen de común ni con la Revolución social, ni con las aspiraciones de las masas laboriosas, ni con su verdadera emancipación.

La N.E.P. no fue sólo de alcance interior. Ironía de la Historia: en el mismo momento en que los bolcheviques acusaban fatalmente a los rebeldes de Cronstadt de *estar al servicio de la Entente* y de pactar con los capitalistas, ellos mismos se dispusieron a tales menesteres.

Conforme con las directivas de Lenin, se metieron en la vía de las concesiones a los capitalistas extranjeros y de los acuerdos. Mientras seguían fusilando a los rebeldes de Cronstadt y los cadáveres cubrían aún en multitud el hielo del golfo de Finlandia, los gobernantes bolcheviques concertaron contratos importantes con capitalistas de varios países, a tono con los deseos de la alta finanza, del gran capitalismo de la Entente y de los imperialistas polacos. Firmaron el tratado comercial anglo-ruso, que abrió las puertas del país al capital inglés. Firmaron la paz de Riga, en virtud de la cual una población de doce millones fue entregada como pasto a la Polonia reaccionaria. Mediante acuerdos, ayudaron al joven imperialismo turco a estrangular el movimiento revolucionario del Cáucaso. Y se aprestaban a entrar en relaciones comerciales con la burguesía de todos los países, buscando apoyo por ese lado.

Ya lo hemos dicho (libro II, parte III, cap. II): "Estrangulada la revolución, el Poder se ve obligado, pues, a asegurarse, cada vez más clara y firmemente, la ayuda y el apoyo de elementos reaccionarios y burgueses, dispuestos, por cálculo, a ponerse a su servicio y pactar con él. Sintiendo desmoronarse el suelo bajo sus pies, progresivamente distanciado de las masas, rotos los últimos lazos con la revolución, creada toda una casta de privilegiados, de grandes y pequeños dictadores, de serviles, aduladores, advenedizos y parásitos, e impotente para realizar nada realmente revolucionario y efectivo, tras de haber rechazado y aplastado las fuerzas nuevas, el Poder necesita, para consolidarse, atraer a las *fuerzas antiguas*, cuyo concurso procura con creciente frecuencia y mayor voluntad. Solicita de ellas acuerdos, alianzas y unión y, no teniendo otra salida para asegurar su vida, les cede posiciones. Son las nuevas simpatías que busca en reemplazo de la perdida amistad de las masas. Cierto que espera traicionarlas algún día; pero, en tanto, se va encenagando de más en más en una acción antirrevolucionaria y antisocial."

Cronstadt cayó. El pretendido socialismo y real capitalismo de Estado triunfó esta vez. Y aún triunfa. Pero la implacable lógica de los acontecimientos lo lleva infaliblemente al desastre. Su triunfo, si eso es triunfo, comporta en sí el germen de su derrota final. Pone cada vez más a la

luz el verdadero carácter de la dictadura comunista, y muestra cada vez más que los comunistas, *para conservar su dominaci6n y sus privilegios*, están dispuestos a sacrificar el fin, a renegar de todos sus principios.

Cronstadt fue *la primera tentativa popular enteramente independiente* para librarse de todo yugo y realizar la Revolución social, tentativa directa, resoluta y audaz *de las masas mismas*, sin *pastores políticos*, jefes ni tutores. Fue el paso inicial para la Tercera Revolución.

Cronstadt cayó. Pero el deber quedó cumplido, y eso fue lo esencial.

En el laberinto tenebroso de los caminos que se ofrecen a las masas humanas en revolución, Cronstadt es un faro que ilumina la buena ruta. Poco importa que, en las circunstancias que afrontaron, los rebeldes hablaran aún de un *poder* (el de los soviets), en lugar de desterrar para siempre la palabra y la idea de *poder*, para hablar de *coordinación*, de *organización*, *de administración*. Es el último tributo al pasado. Una vez conquistada definitivamente por las masas laboriosas mismas la amplia libertad de discusión, de organización y de acción; una vez emprendido el verdadero camino de la actividad popular independiente, el resto vendrá forzosamente.

Poco importa que la niebla impida aún ver el faro y la ruta por él iluminada. ¡Hecha la luz, no se extinguirá ya más! y día llegará –tal vez no muy lejano– que millones de hombres la verán y se orientarán por ella.

El faro de Cronstadt permanece encendido. Su luz se irá haciendo de vez en vez más brillante. ¡Y esto es lo esencial!

SEGUNDA PARTE
UCRANIA (1918 - 1921)

CAPÍTULO I
EL MOVIMIENTO DE LAS MASAS EN UCRANIA

Si he dedicado casi setenta páginas al movimiento de Cronstadt, los acontecimientos de Ucrania requerirían cinco veces más espacio, por su envergadura, su duración y, sobre todo, su gran alcance revolucionario y moral. Cosa imposible.

Por otra parte, mi documentación sobre este movimiento no supera la de la excelente obra de Pedro Archinoff[1] *Historia del movimiento makhnovista*, siéndome imposible, en las presentes condiciones, completarla. Me parece impropio, pues, llenar páginas simplemente. Para reproducir una documentación ya aparecida –aun habida cuenta del carácter muy especial y de la rareza bibliográfica de la obra.

Yo podría aportar a este estudio, cierto es, dos elementos muy apreciables: primero, algunos expuestos en los volúmenes II y III de las Memorias de Néstor Makhno, animador y guía militar del movimiento, únicamente editados en ruso, en 1936 y 1937; segundo, algunos episodios que he vivido por haber participado en el movimiento a fines de 1919 y 1920, por cerca de seis meses.

En lo concerniente a las *Memorias* de Makhno, la muerte de su autor, en 1935, en París, interrumpió su trabajo, cuyos tres volúmenes (el primero de ellos también editado en francés, mucho antes que los otros dos) sólo llegan a tratar el período 1917-18, justamente en los umbrales del movimiento, antes de los acontecimientos más típicos e importantes (1919-1921). Y en cuanto a mis recuerdos personales, ellos serían particularmente útiles a condición de integrar un relato general y completo. Destacados del conjunto, ya no tienen el mismo interés.

Sin embargo, no es posible dejar de ocuparse del movimiento de masas en Ucrania, sobre todo si se estudia la Revolución rusa desde el ángulo que yo la encaro.

Este movimiento ha desempeñado en la Revolución un papel excepcionalmente importante, más aún que el de Cronstadt, en razón de su extensión, su persistencia, su carácter esencialmente popular, la claridad de su tendencia ideológica y, en fin, las tareas y obras que hubo de realizar.

Ahora bien: las obras sobre la Revolución rusa, de toda índole, guardan silencio sobre este movimiento o sólo hablan de él en pocas líneas y con propósito difamatorio.

---

[1] Archinoff, libertario ruso, miembro de la Federación de Moscú, participó en el movimiento de Ucrania en casi toda su duración.

En suma, la epopeya ucraniana permanece, hasta el presente, poco menos que desconocida, a pesar de ser, entre los elementos de la *Revolución desconocida,* el más notable por cierto.

Aun la nutrida obra de Archinoff (320 páginas en la edición castellana de la Editorial Argonauta, 1926) no es sino un resumen. El movimiento ucraniano, tratado como se merece, debiera ocupar varios volúmenes. Sólo los documentos, de gran valor histórico, a él relativos requerirían centenares de páginas. Archinoff no pudo reproducirlos sino en ínfima parte. Naturalmente, una obra de tal extensión incumbirá a los historiadores futuros, quienes dispondrán de todas las fuentes deseables. Con todo, este movimiento debe ser puesto a la luz lo mejor posible, desde ya.

Tales consideraciones contradictorias me han determinado finalmente a:

1º Aconsejar la lectura de la obra fundamental de Pedro Archinoff.

2º Aportar lo esencial del movimiento, aprovechando sobre todo la documentación de Archinoff.

3º Completar la exposición con detalles extraídos de las obras de Néstor Makhno.

4º Integrar el relato con episodios vividos, impresiones y apreciaciones personales.

Nociones geográficas e históricas.– Se designa con el nombre de Ucrania (o Pequeña Rusia) una vasta región de la Rusia meridional –al sudoeste del país, más exactamente–, cuya superficie es aproximadamente de 450.000 kilómetros cuadrados y de cerca de 30 millones de habitantes la población. Comprende las gobernaciones de Kiev, Tchernigov, Poltava, Kharkov, Ekaterinoslav, Kherson y Taurida, limítrofe esta última con Crimea, de la que está separada por el istmo de Perekop, el estrecho del Mar de Azof y el Mar Negro.

Sin entrar en una historia detallada de Ucrania, observemos brevemente ciertos rasgos característicos de la región, que es preciso conocer para la mejor comprensión de los acontecimientos en ella desarrollados en 1917-1921.

1º Ucrania es una de las más ricas zonas agrícolas del mundo. Su fértil tierra negra rinde cosechas incomparables, por lo que antaño se la llamaba el granero de Europa. Fue, en efecto, muy importante proveedor de trigo y otros productos agrícolas a diversos países europeos. Además de cereales, Ucrania es óptima en legumbres, frutas, en fértiles llanuras y praderas y bosques, bien regada por numerosos cursos de agua, y hasta cuenta, en los confines de la región del Don, con hulla.

2º A causa de sus excepcionales riquezas, y también de su situación geográfica, Ucrania ha sido en todo tiempo una presa particularmente codiciada por diversos países, vecinos y aun lejanos. Desde hace siglos, la población ucraniana, muy mezclada etnográficamente, pero muy unida en la firme voluntad de salvaguardar su libertad y su independencia, sostuvo guerras y luchas contra los turcos, los polacos, los alemanes y también contra su poderoso vecino inmediato: la Gran Rusia de los Zares. Finalmente hubo de integrar el inmenso imperio ruso, en parte por la conquista y en parte voluntariamente, por la imperiosa necesidad de estar

protegida eficazmente contra los diversos competidores por un solo y poderoso vecino.

3º La composición étnica de la población ucraniana, el contacto secular de la región –guerrero, comercial y de toda índole– con el mundo occidental, ciertos rasgos geográficos y topográficos y, en fin, ciertas particularidades del carácter, el temperamento y la mentalidad del pueblo, permitieron mantener bien marcada diferencia entre la situación de la Gran Rusia y la de Ucrania bajo el cetro de los zares.

Ciertas partes de Ucrania jamás se dejaron subyugar totalmente, como ocurrió en la Gran Rusia. Su población siempre mantuvo cierto espíritu de independencia, de resistencia, de *fronda*. Relativamente cultivado y fino, bastante *individualista*, emprendedor y no negado a la iniciativa, celoso de su independencia, guerrero por tradición, dispuesto a defenderse y habituado, desde siglos, a sentirse libre y soberano, el ucraniano, *en general*, no se había sometido jamás a la esclavitud total –no sólo corporal, sino también espiritual– que caracterizó el estado de la población de la Gran Rusia.

Nos referimos sobre todo a los habitantes de ciertas zonas de Ucrania, que hasta habían obtenido, tácitamente, una especie de *habeas corpus* y vivían en libertad, regiones casi inaccesibles para la fuerza armada de los zares. Particularmente en las islas del bajo Dnieper –en el famoso *Zaporojie*–, hombres apasionados de la libertad se organizaron, desde el siglo XIV, en campamentos exclusivamente masculinos y lucharon durante siglos contra las tentativas de sometimiento de diversos países, comprendida la Gran Rusia[2]. Pero finalmente también esta población guerrera debió someterse al Estado ruso. Mas las tradiciones de la *volnitza* (vida libre), perpetuadas en Ucrania, jamás pudieron ser ahogadas. Por mucho que se esforzaron los zares, desde Catalina II, para borrar del espíritu del pueblo ucraniano toda traza de estas tradiciones de la *república zaporoga*, esta remota herencia se conserva en él.

La servidumbre, despiadada en la Gran Rusia, asumía un carácter, por decirlo así, *liberal* en Ucrania, en razón de la constante resistencia de los campesinos, que huían por millares de los señores demasiado brutales, se hacían a la vida montaraz, refugiándose en la *volnitza*.

Aun en la Gran Rusia, cuantos no querían seguir siendo siervos los deseosos de más libertad, de vida independiente, los que tenían cuentas pendientes con la justicia o querían eludir el cumplimiento de las sanciones de las leyes del imperio, huían hacia las estepas, los bosques y otras zonas poco accesibles de Ucrania, donde recomenzaban una vida nueva. Así fue Ucrania, por siglos, la tierra prometida de toda clase de fugitivos.

La proximidad de mares y puertos (Taganrog, Berdiansk, Kherson, Nicolaiew, Odesa) y la vecindad del Cáucaso y de Crimea, regiones alejadas de los centros y abundantes en refugios seguros, aumentaban aún más las posibilidades, para hombres enérgicos y emprendedores, de una vida libre, insumisa, en abierta ruptura con la sociedad reinante. Hombres de ésos son

[2] Uno de los más grandes escritores rusos, Nicolás Gogol (1809-1852); pintó admirablemente la vida y las costumbres del Zaporojie en su magnífica obra Tarass Bulba.

los que más tarde suministraron los cuadros de esos vagabundos (*bossiaki*) magistralmente pintados por Máximo Gorki.

Por todo ello, toda la *atmósfera* era en Ucrania muy diferente de la Gran Rusia.

Aún hoy, los campesinos de Ucrania conservan particular amor a la libertad, expresado en la resistencia tenaz de los campesinos contra todo poder que trate de dominarlos.

Situación peculiar de Ucrania ante la expansión bolchevique.– Puede ahora comprenderse por qué la dictadura y la terrible estatalización bolcheviques hallaron en Ucrania una oposición mucho más eficaz y prolongada que en la Gran Rusia. Actitud que favorecieron otros factores:

1º Las fuerzas organizadas del Partido Comunista eran muy débiles en Ucrania en comparación con las de la Gran Rusia. La influencia de los bolcheviques sobre los campesinos siempre fue allí insignificante.

2º Por éstas y otras razones, la Revolución de octubre se actuó en Ucrania más tarde, iniciándose en noviembre de 1917 y continuando aún en enero siguiente. La burguesía nacional local, los *petliurovtsi*, partidarios del *demócrata* Petlura, detentó al principio el poder en Ucrania, paralelamente al gobierno de Kerensky en la Gran Rusia. Los bolcheviques combatían ese poder más bien en el terreno militar que en el revolucionario.

3º La impopularidad y la impotencia del Partido Comunista en Ucrania hicieron que la toma del poder por los soviets fuera en ella cosa distinta que en la Gran Rusia.

En Ucrania, los soviets eran mucho más exactamente *reuniones de delegados obreros y campesinos*. No estando dominados por un partido político (tampoco los mencheviques tenían influencia efectiva), estos soviets no disponían de medios para subordinar a las masas. Y así los obreros en las fábricas y en las aldeas los campesinos se sentían una fuerza real.

En sus luchas revolucionarias no tuvieron el hábito de ceder a nadie su iniciativa, ni tener al lado a un tutor constante e inflexible, como lo fue el Partido Comunista en la Gran Rusia. De ello derivó, y arraigó sólidamente, una más amplia libertad de espíritu, de pensamiento y de acción, que no podría dejar de manifestarse en los movimientos revolucionarios de masas.

La influencia de este conjunto de factores se hizo sentir desde el principio de los acontecimientos. Mientras que en la Gran Rusia la revolución fue estatalizada sin mayor trabajo e introducida rápidamente en el marco del Estado comunista, esta estatalización y esta dictadura chocaron con dificultades considerables en Ucrania, donde el aparato de la dominación bolchevique se instaló sobre todo por la violencia, militarmente. Un movimiento autónomo de masas, sobre todo campesinas, descuidadas del todo por los partidos políticos, se desarrollaba paralelamente al proceso de estatalización.

Este movimiento independiente de las masas laboriosas se anunciaba ya bajo la República *democrática* de Petlura, progresaba lentamente, buscando su camino. Se había hecho ostensible en los primeros días de la revolución de febrero, como movimiento espontáneo que procuraba, a tientas, derribar el sistema económico de esclavitud y crear un sistema nuevo, basado en la

comunidad de los medios de trabajo y en el principio de la explotación de la tierra por los trabajadores mismos.

Con tales miras, en un punto y otro y otro, los obreros expulsaban de las fábricas a los propietarios y encomendaban la gestión de la producción a sus organismos de clase: los sindicatos nacientes, los comités de fábrica, etc.; los campesinos, por su parte, se apoderaban de las tierras de los terratenientes y los kulaks, cuyo usufructo reservaban para los labradores mismos, esbozando un nuevo tipo de economía agraria. Este movimiento se expandió y generalizó con extrema lentitud, más bien en forma espontánea y desordenada. Eran los primeros pasos, bastante torpes aún, de una futura actividad más vasta, más consciente y mejor organizada. El camino tanteado por las masas era el bueno, y así lo iban experimentando ellas.

Esta práctica de acción revolucionaria directa de los trabajadores y campesinos se desarrolló en Ucrania casi sin obstáculos durante todo el primer año de la Revolución, creando así una línea de conducta de las masas precisa y sana.

Cada vez que talo cual grupo político, posesionado del poder, intentaba romper tal línea de conducta revolucionaria de los trabajadores, éstos comenzaban una oposición revolucionaria y entraban en lucha contra estas tentativas de una manera o de otra.

Así, el movimiento revolucionario de los trabajadores en pro de la independencia social, comenzado desde los primeros días de la Revolución, no se debilitó cualquiera fuese el poder establecido en Ucrania. No se extinguió tampoco bajo el bolchevismo que, después de la Revolución de octubre, se dedicó a introducir su sistema estatista autocrático.

Lo que había de particular en ese movimiento era: el deseo de alcanzar en la revolución los fines verdaderos de las clases laboriosas; la voluntad de conquistar la independencia completa del trabajo y, en fin, la desconfianza hacia los grupos no laboriosos de la sociedad.

A pesar de todos los sofismas del Partido Comunista tendentes a demostrar que él era el cerebro de la clase obrera, y su poder, el de los trabajadores, todo obrero y campesino que había conservado el espíritu o el instinto de clase se daba cada vez más y más cuenta de que realmente el Partido Comunista desviaba a los trabajadores de las ciudades y de los campos de su propia obra revolucionaria; que el poder los sometía a tutela; que el hecho mismo de la organización estatista era la usurpación de sus derechos a la independencia y a la libre disposición de sí mismos.

La aspiración de independencia, de autonomía completa, se convirtió en el fondo del movimiento germinado en el seno profundo de las masas. Sus pensamientos estaban constantemente dirigidos hacia esa aspiración por una multitud de hechos y de vías. La acción estatista del Partido Comunista sofocaba despiadadamente esas aspiraciones. Pero fue precisamente ese modo de obrar de un partido presuntuoso, que no toleraba ninguna objeción, lo que iluminó del mejor modo a los trabajadores sobre ese orden de ideas y los impulsó a la resistencia.

Al principio el movimiento se limitó a *ignorar* el nuevo poder y a realizar actos espontáneos por los cuales los campesinos se apoderaban de las tierras y de los bienes agrarios. Buscó sus formas y sus derroteros. (Pedro Archinoff, *Historia del Movimiento makhnovista*, cap. II).

La ocupación brutal de Ucrania, tras la paz de Brest-Litovsk, por las tropas austroalemanas, con todas sus terribles consecuencias para el pueblo laborioso, creó condiciones nuevas en el país y precipitó el desarrollo de este movimiento de masas.

Las terribles consecuencias de la paz de Brest-Litovsk para Ucrania. Surgimiento de la resistencia popular y del movimiento makhnovista.– En este punto me permito citar, casi enteramente, un capítulo de la obra de Pedro Archinoff. No sería posible hacer una exposición mejor de los acontecimientos que siguieron a la paz de Brest-Litovsk, la cláusula principal de cuyo tratado libraba a los alemanes el acceso a Ucrania, de donde los bolcheviques se retiraron. La exposición de Archinoff es rápida, directa, clara, sustancial, atrayente y absolutamente exacta en cuanto a los hechos. Cada detalle es importante para la mejor comprensión de cuanto sigue. Yo no encontraría nada que quitar ni nada que agregar. La gran mayoría de los lectores, seguramente, no han leído ni podrán procurarse el libro de Archinoff, por lo que se impone esta transcripción.

El tratado de Brest-Litovsk, concertado por los bolcheviques con el gobierno imperial alemán, abrió de par en par las puertas de Ucrania a los austroalemanes. Entraron como amos. No se limitaron a la acción militar, sino que se inmiscuyeron en la vida económica y política del país. Su objetivo era apropiarse de los víveres. Para llegar a ello de modo fácil y completo, restablecieron el poder de los nobles y de los señores agrarios derribados por el pueblo e instalaron el gobierno autócrata del hetman Skoropadsky.

En cuanto a las tropas austroalemanas que ocupaban Ucrania, eran sistemáticamente engañadas por sus oficiales sobre la Revolución rusa. Les representaban la situación en Rusia y en Ucrania como una orgía de fuerzas ciegas y salvajes que destruían el orden en el país y que aterrorizaban a la honesta población trabajadora. Por esos procedimientos se provocaba en los soldados hostilidad contra los campesinos y los obreros rebeldes, lo cual favorecía la acción –acción de simple bandolerismo, absolutamente repugnante– de los ejércitos austroalemanes.

El saqueo económico de Ucrania por los austroalemanes, con el asentimiento y la ayuda del gobierno de Skoropadsky, fue colosal y horrible. Se robaba, se cargaba con todo: trigo, ganado, aves de corral, materias primas, etc., todo en tales proporciones que los medios de transporte no bastaban.

Como si hubiesen caído sobre depósitos inmensos condenados al saqueo, los austriacos y los alemanes se apresuraban a llevar lo más posible, cargando un tren tras otro, centenares, millares de trenes y llevándoselo todo a sus países. Cuando los campesinos resistían a ese saqueo y trataban de no dejarse arrebatar el fruto de su trabajo, las represalias, la horca, el fusilamiento entraban en acción.

Además de la violencia de los invasores y el cínico bandolerismo militar, la ocupación de Ucrania por los austroalemanes fue acompañada por una reacción feroz de parte de los propietarios agrarios. El régimen del hetman fue el aniquilamiento de todas las conquistas revolucionarias de los campesinos y de los obreros, una vuelta completa al pasado. Es, pues, natural que ese nueve ambiente haya acelerado la marcha del movimiento esbozado antes, bajo Petlura

y bajo los bolcheviques. En todas partes, principalmente en las aldeas, comenzaron actos insurreccionales contra los señores agrarios y los austroalemanes. Fue entonces que cobró impulso el vasto movimiento revolucionario de los campesinos de Ucrania, designado más tarde con el nombre de insurrección revolucionaria. Se explica muy a menudo el origen de esa insurrección por el hecho de la ocupación austroalemana y el régimen del hetman exclusivamente. Esa explicación es insuficiente y por tanto inexacta. La insurrección tuvo sus raíces en todo el ambiente y en los fundamentos mismos de la Revolución rusa; fue una tentativa de los trabajadores para llevar la Revolución hacia un resultado integral –la verdadera emancipación y la supremacía del trabajo. La invasión austroalemana y la reacción agraria no hicieron, pues, sino acelerar el proceso.

El movimiento tomó rápidamente vastas proporciones. El campesinado se levantó en todas partes contra los señores agrarios, masacrándolos o expulsándolos, apoderándose de sus tierras y de sus bienes, sin olvidarse tampoco de los invasores. El hetman y las autoridades alemanas respondieron mediante represalias implacables. Los campesinos de las aldeas sublevadas fueron ahorcados y fusilados en masa, todo su haber incendiado. Centenares de aldeas sufrieron en corto lapso un castigo terrible de parte de la casta militar y agraria. Esto sucedía en junio, julio y agosto de 1918.

Entonces los campesinos, perseverando en su revuelta, se organizaron en compañías de guerrilleros y recurrieron a la guerra de emboscadas. Como respondiendo a órdenes de organizaciones invisibles, surgieron casi simultáneamente en diferentes lugares multitud de destacamentos de guerrilleros que obraban mediante sorpresas militares contra los señores agrarios, contra sus guardas y sus representantes en el poder. Habitualmente esos destacamentos de 20, 50 hasta 100 jinetes bien armados, caían bruscamente por la parte opuesta donde se les suponía, sobre una propiedad o sobre la guardia nacional, masacraban a todos los enemigos de los campesinos y desaparecían tan rápidamente como se habían presentado. Todo agrario persecutor de los campesinos, todos sus fieles servidores, estaban señalados por los guerrilleros y eran amenazados a cada momento con ser suprimidos. Todo guardia, todo oficial alemán estaba condenado a muerte segura. Esos hechos, realizados cotidianamente en todos los rincones del país, cortaban en lo vivo la contrarrevolución agraria, poniéndola en peligro y preparando infaliblemente el triunfo de los campesinos.

Hay que observar que, a semejanza de las vastas insurrecciones espontáneas, sin preparación alguna, tales actos guerreros eran siempre dirigidos por ellos, sin el socorro ni la dirección de una organización política cualquiera. Sus medios de acción les pusieron en la necesidad de satisfacer ellos mismos las necesidades del movimiento, de dirigirlo y conducirlo a la victoria. Durante toda la lucha contra el hetman y los agrarios, en los momentos más penosos, los campesinos estuvieron solos frente a sus enemigos encarnizados, bien organizados y bien armados. Esto tuvo gran influencia sobre el carácter de toda la insurrección revolucionaria. Su rasgo fundamental –en todas partes donde se mantuvo hasta el fin como obra de clase, sin caer bajo la influencia de los partidos o de los elementos nacionalistas– fue no solamente el haber nacido de lo más profundo de las masas campesinas, sino también la conciencia general que los campesinos demostraban, siendo ellos mismos guías y animadores del movimiento. Los

destacamentos de guerrilleros, sobre todo, estaban imbuidos de esa idea. Estaban orgullosos y se sentían con fuerzas para cumplir su misión.

Las represalias salvajes de la contrarrevolución no detuvieron el movimiento: al contrario, lo ampliaron y lo extendieron. Los campesinos se asociaban más y más entre sí, impulsados por la marcha del movimiento hacia un plan general de acción revolucionaria. Ciertamente, los campesinos de toda Ucrania no se organizaron nunca en una sola fuerza que obrase con una sola dirección. No se podría hablar de tal unión sino cuanto al espíritu revolucionario. En la práctica, ellos se organizaron más bien localmente, por regiones; los pequeños destacamentos aislados de guerrilleros se unificaban en formaciones conjuntas. Al hacerse las insurrecciones más frecuentes y las represalias más feroces y organizadas, tales uniones devinieron urgente necesidad. En el Sur de Ucrania fue la región de Gulaï-Pole la que tomó la iniciativa de esa unificación. No solamente se realizó ésta con el fin de la defensa, sino también y sobre todo en vista de una destrucción general y completa de la contrarrevolución agraria.

Este otro fin, más importante y decisivo, como que comportaba la preparación orgánica y social de la libre experiencia de los rebeldes ucranianos, impuso al movimiento de unificación de las masas campesinas una tarea más vasta: la de englobar en el movimiento a elementos revolucionarios de otras regiones y forjar, de ser posible, con todos los campesinos revolucionarios una gran fuerza organizada, capaz de combatir toda reacción y defender victoriosamente el territorio del pueblo en revolución.

En esta obra de unificación y en el desenvolvimiento general de la insurrección en el sur de Ucrania le correspondió el papel más importante al destacamento de guerrilleros guiado por un campesino de la región: Néstor Makhno. Por ello el movimiento es conocido con el nombre de makhnovista.

Desde los primeros días del movimiento –dice Pedro Archinoff– hasta su punto culminante, cuando los campesinos vencieron a los reaccionarios agrarios, Makhno tuvo un desempeño tal que hizo preponderante y capital su influencia, al extremo de que enteras regiones insurgentes y los más heroicos episodios de la lucha están ligados a su nombre.

Cuando, más tarde, la insurrección triunfó definitivamente de la reacción de Skoropadsky y sobrevino la amenaza de Denikin, Makhno se convirtió en el centro de unión de millares y millares de campesinos en la extensión de varios gobiernos (departamentos) en lucha contra él. Subrayemos que no se trataba sino de la región sur de Ucrania.

Porque no en todas sus partes conservó la insurrección su esencia revolucionaria y su fidelidad a los intereses de la clase trabajadora: mientras los insurrectos levantaban en el Sur de Ucrania la bandera negra del anarquismo y entraban en la vía antiautoritaria de organización libre de los trabajadores, las regiones del Oeste y del Noroeste cayeron, después de haber derrocado al hetman, bajo la influencia de elementos extraños, enemigos, principalmente demócratas nacionalistas petlurianos. Durante más de dos años, una parte de los guerrilleros del Oeste de Ucrania sirvió de apoyo a los petlurianos, que perseguían los intereses de la burguesía liberal bajo el estandarte nacionalista. Así los campesinos insurrectos de Kiev, de Volinia, de Podolia y de una parte de Poltava, aun teniendo orígenes comunes con el resto de los insurrectos, no supieron encontrar en sí mismos la conciencia de sus tareas históricas ni sus fuerzas organizadoras, y cayeron bajo la férula de los enemigos del trabajo, convirtiéndose en instrumentos ciegos en sus manos.

La insurrección del Sur tomó otro aspecto y tuvo otro sentido. Se separó claramente de los elementos no trabajadores de la sociedad; se desembarazó rápida y resueltamente de los prejuicios nacionales, religiosos, políticos y otros del régimen de opresión y de esclavitud; se colocó en el terreno de las exigencias reales de la clase de los proletarios de las ciudades y de los campos y entabló una ruda guerra en nombre de esas exigencias contra los enemigos múltiples del trabajo.

El anarquista Néstor Makhno.– Hemos nombrado repetidamente a Néstor Makhno, campesino ucraniano de origen, que tuvo una actuación excepcional en la vasta insurrección campesina del sur de Ucrania, movimiento que toda la literatura sobre la Revolución rusa, salvo algunas ediciones libertarias, pasa por alto o sólo trata en pocas líneas difamatorias. En cuanto a su animador y guía militar, Makhno, si se dignan alguna vez citarlo es únicamente para tacharlo de bandido, asesino, bribón, fautor de progroms contra los judíos, etc. Constante, obstinadamente, se le enloda, se le calumnia, se le abomina. En el mejor de los casos, autores sin escrúpulos, que no se preocupan de examinar y verificar los hechos y las fábulas, difunden leyendas absurdas y estupideces inefables[3] sobre la vida y la acción de este militante libertario.

Todos estos procedimientos son, ¡ay!, clásicos y corrientes. Ellos nos obligan a reproducir, brevemente, la auténtica biografía de Néstor Makhno y, por el momento, las etapas de su actividad hasta el derribamiento del hetman Skoropadsky.

Por lo demás, conviene conocer la personalidad de Makhno para la mejor comprensión de la secuela de los acontecimientos.

Makhno nació el 27 de octubre de 1889 y fue criado en la aldea de Gulaï-Pole, distrito de Alexandrovsk, del gobierno de Ekaterinoslav. Eran sus padres campesinos pobres. Tenía diez meses de edad cuando murió su padre, quedando la viuda con cinco hijos menores. Desde los siete años, a causa de la extrema miseria de la familia, sirvió como pastor de vacas y ovejas en su aldea. A los ocho, ingresó en la escuela local, que frecuentaba en invierno, sirviendo siempre de pastor en el verano. A los doce, dejó escuela y hogar para colocarse. Trabajó como peón de granja en las propiedades de los agrarios y de los kulaks alemanes, cuyas colonias eran numerosas en Ucrania. En esa época, a los catorce o quince años, profesaba ya un fuerte odio contra los patrones explotadores y soñaba en la manera en que podría “ajustarles las cuentas un día”, por sí y por los demás, si tuviese fuerzas para ello.

Hasta la edad de dieciséis años no tuvo ningún contacto con el mundo político. Sus concepciones revolucionarias y sociales se moldeaban en un círculo restringido de sus conciudadanos, campesinos y proletarios como él.

Las versiones de que era maestro y se había formado bajo la influencia de un anarquista intelectual son falsas, como muchas otras.

[3] Ver, por ejemplo, ciertas obras de Joseph Kessel.

La revolución de 1905 le hizo salir de un golpe de ese pequeño circulo, lanzándolo en la corriente de los grandes acontecimientos y actos revolucionarios. Tenía entonces dieciséis años, estaba pleno de entusiasmo revolucionario y dispuesto a todo en la lucha por la liberación de los trabajadores. Después de conocer algunas organizaciones políticas, entró resueltamente en las filas de los anarquistas comunistas y desde ese momento se hizo un militante infatigable. Desplegó gran actividad y participó en actos de los más peligrosos de la lucha libertaria.

En 1908 cayó en poder de las autoridades zaristas que lo condenaron a la horca por asociación anarquista y participación en actos terroristas. En consideración a su juventud, la condena fue conmutada por la de trabajos forzados a perpetuidad. Purgó su pena en la prisión central de Moscú (Butyrki). A pesar de que la vida en prisión no tenia perspectivas para él y era extremadamente penosa, Makhno se esforzó sin embargo en aprovecharla para instruirse[4]. Dio prueba de una gran perseverancia. Aprendió la gramática rusa, estudió matemáticas, literatura, historia de la cultura y de la economía política. A decir verdad, la prisión fue la única escuela en que Makhno recibió los conocimientos históricos y políticos que le sirvieron tanto en su acción revolucionaria ulterior. La vida, los hechos, fue la otra escuela donde aprendió a conocer y comprender los hombres y los acontecimientos sociales.

Makhno, muy joven aún, comprometió en la prisión su salud. Obstinado, sin poder adaptarse al aplastamiento absoluto de la personalidad a que está sometido todo condenado a trabajos forzados, se resistió siempre a las autoridades omnipotentes y estaba continuamente en el calabozo, donde contrajo una afección pulmonar a causa del frío y de la humedad. Durante los nueve años de su reclusión permaneció sin cesar en lugares de castigo por “mala conducta”, hasta que fue al fin libertado con los demás detenidos políticos por la insurrección del proletariado de Moscú, el 1 de marzo de 1917.

Volvió inmediatamente a Gulaï-Pole, donde las masas campesinas le manifestaron una profunda simpatía. De todo el pueblo, era el único forzado político devuelto a su familia por la revolución. Se convirtió espontáneamente, por eso, en objeto de la estima y la confianza de los campesinos. No era ya entonces un joven inexperto, sino un militante consumado, con una poderosa voluntad y una idea determinada de la lucha social.

En Gulaï-Pole se entregó de inmediato a la labor revolucionaria, tratando primero de organizar a los campesinos de su aldea y de los alrededores. Fundó una unión profesional de los obreros agrícolas, organizó una comuna libre y un soviet local de los campesinos. El problema que le agitaba era el de la concentración y organización de todo el campesinado de un modo bastante firme y sólido como para poder expulsar de una vez por todas a los señores agrarios, los amos y dirigentes políticos y de arreglar por sí mismo su vida. En ese sentido inspiró su trabajo organizador de los campesinos y no sólo como propagandista, sino también y sobre todo como militante práctico. Trató de asociar a los trabajadores revolucionariamente, sacando partido de los actos flagrantes de engaño, de injusticia y de opresión de que eran víctimas.

[4] En la prisión, Makhno conoció a Archinoff, condenado como él a trabajos forzados por anarquista. Archinoff, mucho más instruido, le ayudó en sus estudios.

Durante el periodo del gobierno de Kerensky y en los días de octubre, fue presidente de la unión campesina regional, de la comisión agrícola, de la unión profesional de los obreros metalúrgicos y carpinteros y, en fin, presidente del soviet de los campesinos y obreros de Gulaï-Pole.

Como tal reunió en el mes de agosto de 1917, a todos los propietarios agrarios de la región, les exigió los documentos sobre las tierras y bienes muebles que poseían y procedió al inventario exacto de todo. Luego informó, primeramente en una sesión del soviet del distrito, después en el congreso de los soviets de la región. Propuso igualar los derechos de usufructo de la tierra de propietarios y kulaks con los de los campesinos. A consecuencia de su proposición, el congreso decretó que se dejaría a los propietarios y los kulaks una parte de la tierras (así como instrumentos de trabajo y ganado) igual a la de los campesinos labradores. Varios congresos de campesinos en las gobernaciones de Ekaterinovslav, de Taurida, de Poltava, de Kharkov y de otros lugares siguieron el ejemplo de la región de Gulaï-Pole y decretaron la misma medida.

Durante esa época Makhno se convirtió, en su región, en el alma del movimiento de los campesinos que tomaban las tierras y los bienes de los agrarios, a quienes ejecutaban en caso de resistencia. Se hizo así de enemigos mortales entre los señores agrarios, los kulaks y los grupos burgueses locales.

Comienzos de la acción insurreccional de Makhno. Sus ideas, sus proyectos.– En el momento de la ocupación de Ucrania por los austroalemanes, Makhno fue encargado por un Comité revolucionario clandestino de la zona de crear batallones de campesinos y obreros para emprender la lucha contra los invasores y contra el poder.

Hizo lo que fue menester, pero se vio forzado a retroceder con sus guerrilleros hacia las ciudades de Taganrog, Rostof y Tzaritzin, combatiendo paso a paso. La burguesía local, reafirmada entonces por la llegada de los austroalemanes, puso su cabeza a precio y lo obligó a ocultarse por algún tiempo. En venganza, las autoridades militares ucranianas y alemanas quemaron la casa de su madre y fusilaron a su hermano Emelian, inválido de guerra.

En junio de 1918 Makhno fue a Moscú para aconsejar con algunos viejos militantes anarquistas sobre los métodos y las tendencias a seguir en el trabajo libertario entre los campesinos de Ucrania. Pero los anarquistas que encontró estaban entonces indecisos y pasivos[5]. No recibió, pues, ninguna indicación ni consejos satisfactorios.

Volvió a Ucrania, más firme aún en sus ideas y proyectos.

En su breve estancia en Moscú, Makhno se entrevistó con el viejo teórico del anarquismo Pedro Kropotkin y con Lenin, lo que relata detalladamente, sobre todo la conversación con el último, en sus *Memorias*. Dice en ellas haber estimado en mucho ciertos consejos de Kropotkin. La conversación con Lenin versó sobre estos tres puntos: la mentalidad de los campesinos

[5] Era en los días subsiguientes de la brutal represión de abril (V. libro I, cap. II). En su conversación con Makhno, Lenin hizo una breve alusión a esos hechos, pretendiendo que los anarquistas de Moscú “amparaban a bandidos por doquiera”. Makhno le preguntó si tenía pruebas de ello, y tras una respuesta evasiva de Lenin, que invoco la competencia de la Tcheka, la conversación fue cortada por la intervención de un bolchevique sobre otro tema. Nada salió, pues, en claro.

ucranianos; las perspectivas inmediatas para Ucrania y la necesidad para los bolcheviques de crear un ejército regular; y el desacuerdo entre bolchevismo y anarquismo. Aunque no carente de cierto interés, la conversación fue demasiado breve y superficial para poder aportar algo realmente importante. No nos detendremos en ella, pues.

Señalemos aún que los bolcheviques de Moscú ayudaron en cierta medida a Makhno a tomar precauciones para franquear la frontera de Ucrania y desplazarse con el menor riesgo posible.

Makhno consideraba al campesinado como una enorme fuerza histórica.

Desde hacía mucho tiempo, él maduraba –continúa Archinoff– la idea de organizar las grandes masas campesinas y hacer manar la energía revolucionaria acumulada en ellas desde siglos y precipitar su formidable potenciar sobre el actual régimen opresor. Y juzgó llegado el momento de la ejecución de su idea.

Emprendió, pues, el regreso a Ucrania, con intención de dirigirse a Gulaï-Pole. Era en julio de 1918.

El viaje se realizó –refiere Archinoff– con muchas dificultades, clandestinamente, para no caer en las guerras; de las autoridades del hetman. Una vez estuvo apunto de perecer, pues fue arrestado por un destacamento austroalemán, estando bien provisto de literatura libertaria. Un conocido, rico judío de Gulaï-Pole, lo salvó pagando por su liberación una suma considerable de dinero. Al continuar su viaje, los comunistas le propusieron escoger una región determinada de Ucrania para el trabajo revolucionario clandestino en la orientación de ellos. Ni que decir que hasta rehusó discutir esa proposición: la tarea que él se proponía no tenía nada de común con la de los bolcheviques.

He aquí, pues, a Makhno en Gulaï-Pole, esta vez con la decisión irrevocable de perecer o de obtener la victoria de los campesinos; en todo caso, decidido a no abandonar la región. La noticia de su regreso se extendió rápidamente de aldea en aldea. Por su parte, en asambleas y por medio de la prensa y de volantes, no tardó en mostrarse francamente a las vastas masas campesinas, incitándolas a acciones decisivas contra el poder del hetman y de los propietarios, haciendo resaltar que los trabajadores tenían ahora su suerte en sus manos y no debían dejarla escapar. Su llamado vibrante y enérgico se propagó en algunas semanas por numerosas aldeas y distritos, preparando las masas para los grandes acontecimientos futuros.

Makhno se puso inmediatamente a la obra. Su primera preocupación fue la de formar una compañía revolucionaria militar suficientemente fuerte para garantizar la libertad de agitación y de propaganda en ciudades y aldeas y comenzar al par operaciones de guerrilla. Esta compañía fue rápidamente organizada. Había en todas las aldeas elementos maravillosamente combativos, dispuestos a obrar. Sólo faltaba un buen organizador: éste fue Makhno.

La misión de su compañía era: a) un trabajo activo de propaganda y de organización entre los campesinos; b) la lucha implacable contra todos los enemigos. Como fundamento de esa lucha tenía por lema: *"Todo agrario que persiga a los campesinos, todo agente de policía del hetman, todo oficial ruso o alemán, en tanto que enemigo mortal e implacable de los campesinos, no hallará piedad alguna y será suprimido"*. Además, según los principios de los insurrectos, debía ser ejecutado todo el que participase en la opresión de los

campesinos pobres y de los obreros, en la supresión de sus derechos o en la usurpación de su trabajo.

En dos o tres semanas, ese destacamento era ya objeto de terror, no sólo para la burguesía local, sino también para las autoridades austroalemanas. El campo de acción militar y revolucionaria de Makhno era considerable; se extendía desde la estación de Lozovala a Berdiansk, Mariupol y Taganrog y desde Lugansk y la estación de Grichino hasta Ekaterinoslav, Alexandrovsk y Melitopol. La rapidez de los movimientos era la particularidad de la táctica de Makhno. Gracias a ella y a la extensión de la región, aparecía siempre de improviso en el lugar en que menos se le esperaba.

En poco tiempo envolvió en un círculo de hierro y de fuego toda la región en que se atrincheraba la burguesía local. Todos los que durante los dos o tres meses de la *heimanchina* lograron afirmarse en sus viejos nidos señoriales, todos los que se embriagaron en la sumisión de los campesinos, saqueando sus tierras y gozando de los frutos de su trabajo, todos los que reinaban como amos sobre ellos, se encontraron repentinamente bajo la mano implacable e inexorable de Makhno y de sus guerrilleros. Rápidos como el huracán, intrépidos, inaccesibles a la piedad ante los enemigos, caían como el rayo en tal o cual propiedad, masacraban a todos los adversarios declarados de los campesinos y desaparecían tan rápidos como habían llegado. Y al día siguiente Makhno hacía lo mismo a cien kilómetros de distancia: aparecía súbitamente en alguna población, masacraba a la guardia nacional (la *varta*), los oficiales, los señores agrarios y se eclipsaba antes de que las tropas alemanas, apostadas muy cerca, tuviesen tiempo de comprender lo que ocurria. Al día siguiente estaba a cien kilómetros de allí y caía sobre un destacamento expedicionario enviado para reprimir a los campesinos o bien ahorcaba algunos guardias nacionales.

La guardia nacional se alarmó. Las autoridades austroalemanas también. Fueron enviados varios batallones para aplastar a Makhno y apoderarse de él. En vano. Excelentes jinetes desde la infancia, teniendo en el camino caballos de repuesto a voluntad, Makhno y sus partidarios eran absolutamente inasibles; hacían en veinticuatro horas marchas imposibles para las tropas de caballeria regulares. Muchas veces, Como para burlarse de sus enemigos, Makhno aparecía en el centro mismo de Gulaï-Pole o en Pologui, donde había siempre numerosas tropas austroalemanas, o bien en algún otro lugar de concentración de tropas, matando los oficiales que caían bajo su mano y desapareciendo sano y salvo sin dejar el menor rastro de su derrotero. O bien en el momento preciso en que se seguía su pista reciente, aprestándose a rodearlo y prenderlo en una aldea señalada por alguien, él, vestido con el uniforme de la guardia nacional, se mezclaba, con un pequeño número de sus guerrilleros, en el núcleo enemigo, se informaba de sus planes y disposiciones, se ponía después en marcha en persecución de Makhno, con un destacamento de la guardia, al que exterminaba luego.

La población campesina toda prestaba su concurso eficaz y hábil a la gente de Makhno, que tenía la certeza de encontrar refugio seguro, víveres, caballos y hasta armas. Los campesinos solían ocultar a los revolucionarios en sus viviendas con riesgo de sus vidas. Muchas veces, los habitantes de un pueblo dirigían a la guardia nacional y a las tropas perseguidoras de Makhno sobre una ruta falsa, mientras éste y sus jinetes se hallaban en el mismo pueblo o en lugar opuesto al indicado.

Muchas aldeas eran castigadas despiadadamente por su actitud a favor de los insurrectos; todos los hombres eran atrozmente golpeados a baquetazos y los

sospechosos fusilados en el acto. Se quemaban aldeas enteras por venganza. Pero ninguna violencia era capaz de dominar la resistencia tenaz de la población trabajadora contra los invasores y sus protegidos: propietarios y contrarrevolucionarios.

En lo que concierne a las tropas austroalemanas y magiares, los guerrilleros se mantenían en la regla de acción siguiente: matar a los oficiales y dar libertad a los soldados prisioneros. A éstos se les proponía volver a sus países, relatar lo que hacían los campesinos ucranianos y trabajar por la Revolución social. Se les proveía de literatura libertaria y algunas veces de dinero. No se ejecutaba más que a los soldados reconocidos culpables de actos de violencia hacia los campesinos. Tal modo de tratar a los prisioneros ejerció sobre ellos cierta influencia revolucionaria.

En este primer período de su actividad, Makhno fue el organizador y guía de los campesinos y el temible justiciero del pueblo oprimido. Cientos de señores agrarios emboscados, miles de opresores y beligerantes fueron destrozados. Su actitud resuelta, la rapidez de sus golpes certeros y la imposibilidad de capturarlo muerto o vivo, hicieron su nombre célebre y ante él temblaban de odio y terror los burgueses y las autoridades, mientras que entre el pueblo trabajador despertaba sentimientos de profunda satisfacción, de altivez y de esperanza. Pronto fue Makhno una figura legendaria. Había en su carácter y en su conducta extraordinaria audacia, firme voluntad, perspicacia vigilante y, en fin, un humor simpático. Todas estas cualidades se imponían al pueblo. Mas no era todo esto, con ser mucho, lo fundamental en la personalidad de Makhno. Su temperamento combativo, sus empresas insurreccionales no fueron sino las manifestaciones primeras de su enorme talento organizador y defensivo, que más tarde se reveló en toda su capacidad.

Multiplicaba las reuniones públicas en todas partes, escribía informes sobre las labores inmediatas, sobre la Revolución social y sobre la vida en comunidad libre e independiente de los trabajadores como fin supremo. Redactaba continuamente manifiestos al pueblo, a los soldados invasores y a los cosacos del Don y del Kuban.

Así hablaba Makhno a las grandes masas campesinas:

"¡Vencer o morir! Este es el dilema del momento histórico para los campesinos y obreros de Ucrania. Mas nosotros no podemos morir todos porque somos innumerables. ¡Nosotros somos la humanidad! ¡Por eso triunfaremos! Y no venceremos para repetir el terror de los pasados años: el de remitir nuestra suerte a nuevos amos. Venceremos para tomar nuestros destinos en propias manos y disponer nuestra vida conforme a nuestra voluntad y nuestra verdad."

CAPÍTULO II
FORMACIÓN DEL EJÉRCITO INSURRECCIONAL MAKHNOVISTA

Las diversas fuerzas en lucha en Ucrania.– Bien pronto Makhno se convirtió en cabeza de enlace para la unión de todos los insurgentes.

En cada aldea los campesinos crearon grupos locales clandestinos, que se coligaban a Makhno, lo sostenían en todas sus empresas, seguían sus consejos y sus disposiciones.

Los numerosos destacamentos de guerrilleros –los existentes y los que se iban formando– se coligaban a los grupos de Makhno en procura de unidad de acción. La necesidad de esta unidad y de una acción generalizada era reconocida por todos los guerrilleros revolucionarios. Y todos coincidían en que ella sería satisfecha mejor bajo la dirección de Makhno. Esa era también la opinión de varios destacamentos de insurrectos, hasta entonces independientes entre sí, entre ellos el gran cuerpo dirigido por Kurilenko, que operaba en la región de Berdiansk, el de Stchuss, en la región de Debrivka, el de Petrenko-Platonoff, en la de Grichino, y otros, que se unieron espontáneamente al destacamento de Makhno. Así, la unificación de las unidades desligadas de guerrilleros en la Ucrania meridional en un solo ejército insurrecto bajo el mando supremo de Makhno, se hizo de modo natural, por fuerza de las cosas y voluntad de las masas.

La extendida e indomable insurrección campesina acabó por desorientar y disgregar completamente a las fuerzas de ocupación y a la policía del hetman. La contrarrevolución, sostenida por las bayonetas extranjeras, perdía terreno cada vez más rápidamente. La terminación de la guerra y los trastornos políticos que la siguieron en Alemania y Austria le dieron el golpe de gracia. A fines de 1918, las tropas austroalemanas abandonaron el país. El hetman y los propietarios agrarios desaparecieron para no volver.

Desde entonces, tres fuerzas fundamentales, muy diferentes, se hallaban en acción en Ucrania: la *petlurovstchina*, el bolchevismo y la *makhnovtchina*.

Ya hemos hablado del bolchevismo lo suficiente para que se pueda comprender sin dificultad, sin insistir sobre ello, los fines y la acción de los bolcheviques en Ucrania. Y del movimiento makhnovista acabamos de dar una idea suficiente de sus primeros aspectos. Es menester, pues, caracterizar la esencia y la obra de la *petlurovstchina*.

Desde los primeros días de la Revolución de febrero (1917), la burguesía liberal ucraniana, temerosa de los excesos de la revolución *moscovita* y deseosa de evitarlos en su región, planteó el problema de la *independencia nacional* de Ucrania. Derribado el zarismo, podía soñar en ella con esperanza de éxito, toda vez que los partidos políticos rusos de izquierda habían proclamado altamente “el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos con toda libertad”.

Sostenida por algunos estratos de la población ucraniana: campesinos ricos (*kulaks*), intelectuales liberales, etc., esta burguesía creó un vasto movimiento nacional autonomista y separatista, con miras de independizarse completamente del Estado panruso. Advirtiendo, sin embargo, que el movimiento no podía esperar un éxito sólido y duradero hasta tanto no

dispusiera de una fuerza popular armada, los guías del movimiento: Simón Petlura y otros, dirigieron sus miradas hacia la masa de soldados ucranianos que se hallaban en el frente y en la retaguardia. Y procedieron a su organización, sobre base nacional, en regimientos ucranianos especiales.

En mayo de 1917, los jefes del movimiento organizaron un Congreso militar, que eligió un Consejo militar general, órgano llamado a dirigir el movimiento. Más tarde, ese Consejo fue ampliado y llamado Rada (Consejo, en ucraniano).

En noviembre de 1917, en el Congreso panucraniano, la Rada se convirtió en Rada Central, especie de parlamento de la nueva República Democrática Ucraniana. Y un mes después, la Rada Central proclamó solemnemente la independencia de esta República.

El acontecimiento comportó un golpe terrible para el bolchevismo, que acababa de apoderarse del poder en la Gran Rusia y, naturalmente, quería extenderlo a Ucrania, a despecho del "derecho de los pueblos".

Los bolcheviques se apresuraron, pues, a mandar sus tropas para Ucrania, iniciando una encarnizada lucha con las formaciones de Petlura en torno a Kiev, capital de Ucrania, de la que se apoderaron el 25 de enero de 1918, instalando su gobierno y comenzando de seguida a extender su poder sobre toda Ucrania, cosa que no lograron sino parcialmente. El gobierno de Petlura, los personajes políticos del movimiento separatista y sus tropas se retiraron hacia el Oeste, donde se fortificaron y lanzaron su protesta contra la ocupación de Ucrania por los bolcheviques.

Probable es que los bolcheviques habrían podido, en poco tiempo, llegar a sofocar el movimiento autonomista, pero los acontecimientos inmediatos lo impidieron. En marzo y abril de 1918 debieron retirarse hacia la Gran Rusia, para dejar lugar, conforme a las cláusulas del tratado de Brest-Litovsk, al ejército de ocupación austroalemán. Adelantándose a éste, los partidarios de Petlura reocuparon Kiev. Y su gobierno proclamó la Nueva República Nacional Ucraniana, que no vivió sino algunas semanas.

Los austroalemanes prefirieron, no sin razón, tratar con los señores y los propietarios desposeídos de Ucrania y no con el régimen de Petlura, que eliminaron militarmente sin contemplaciones, reemplazándolo por la autoridad absolutista de su dócil criatura, el hetman Skoropadsky. Petlura estuvo cierto tiempo encarcelado y debió desaparecer de la arena política.

Pero la disgregación del régimen del hetman no se hizo esperar. La inmensa insurrección de los campesinos comenzó bien pronto a asestarle formidables golpes. Convencidos de la fragilidad del régimen impuesto por los ocupantes, los elementos de Petlura reanudaron enérgicamente su obra, favorecidos por las circunstancias. En rebelión el campesinado, centenares de miles de insurgentes espontáneos no esperaban sino el primer llamado para marchar contra el gobierno del hetman. Disponiendo de suficientes medios para agrupar, organizar y armar una parte de esas fuerzas, los de Petlura se adelantaron y se apoderaron, casi sin resistencia, de numerosas ciudades y localidades, sometiendo a las provincias así conquistadas aun nuevo género de poder: el Directorio, encabezado por Petlura. Y, aprovechando la ausencia de otros pretendientes, sobre todo los bolcheviques, se apresuraron a extender su poder sobre buena parte de Ucrania.

En diciembre de 1918, Skoropadsky huyó y el Directorio de Petlura entró solemnemente en Kiev, acontecimiento que suscitó gran entusiasmo en toda Ucrania. Los *petluristas* hicieron de todo para exaltar su éxito al extremo, poniéndose en héroes nacionales. En poco tiempo, su poder se extendió de nuevo sobre la mayor parte de Ucrania, salvo en el Sur, región afectada por el movimiento makhnovista, donde chocaron con seria resistencia, y, en lugar de éxitos, sufrieron algunos sensibles reveses. Pero dominaban en todos los grandes centros de Ucrania. La dominación de la burguesía autonomista parecía asegurada esta vez. ¡Mera ilusión!

Con tiempo apenas para instalarse, el nuevo poder comenzó a disgregarse. Los millones de obreros y campesinos que, en el momento de la caída del hetman, se habían encontrado en el círculo de la influencia de los petluristas, se desilusionaron bien pronto y comenzaron a abandonar en masa las filas de Petlura.

Buscaban otra base y otro apoyo para sus intereses y sus aspiraciones: La mayor parte se dispersó por ciudades y aldeas y adoptó una actitud hostil hacia el nuevo poder. Otros se incorporaron a los destacamentos insurrectos makhnovistas. Los petluristas, pues, se encontraron desarmados, por el giro de los acontecimientos, con tanta rapidez como se habían armado. Su idea de autonomía burguesa, de unidad nacional burguesa, no pudo sostenerse en el pueblo revolucionario sino por pocas horas. El ardiente aliento de la revolución popular redujo a cenizas esta idea falsa y colocó a sus defensores en situación de completa impotencia. Al mismo tiempo, los bolcheviques se aproximaban rápidamente, desde el Norte, expertos en medios de agitación de clase y firmemente decididos a apoderarse de Ucrania. Justamente al mes de la entrada del Directorio de Petlura en Kiev, las tropas bolcheviques se estableció en la mayor parte de Ucrania (P. Archinoff, ob. cit., cap. IV).

A poco, pues, de la caída del hetman y de la partida de los austroalemanes, el gobierno de Moscú se instaló definitivamente en Ucrania, con sus autoridades, sus funcionarios, sus cuadros de militantes y, sobre todo, con sus tropas y su policía.

Pero en las partes oeste y meridional hubo de chocar bien pronto en los elementos nacionalistas de Petlura, que se habían reagrupado en su retirada, y con el movimiento auténtico e independiente de las masas campesinas guiado por Makhno.

Petlura, rechazado del corazón del país, no se dio por vencido; retirado a las regiones menos accesibles para los bolcheviques, intentó resistir, doquiera podía, tanto a los bolcheviques como a las formaciones campesinas de Makhno.

En cuanto al movimiento campesino independiente, se vio bien pronto obligado a erguirse, no sólo contra la burguesía petlurista (antes de entrar en acción, más tarde, contra las tentativas monarquistas de Denikin y de Wrangel), sino también contra la impostura de los bolcheviques.

La situación en Ucrania se había vuelto, así, más embrollada que nunca. Cada una de las tres fuerzas en presencia debía luchar contra las otras dos. Y la cosa se complicó luego más aún, a causa de la aparición de un cuarto elemento: la acción de los generales rusos nacionalistas y monárquicos

tendiente a reconstituir el anterior imperio ruso en su integridad territorial y su base absolutista. A partir de este momento (verano de 1919), cada una de esas cuatro fuerzas debía afrontar a las otras tres.

Agreguemos que, en este ambiente caótico, Ucrania se convirtió en campo libre para aventuras y golpes de mano audaces de una multitud de verdaderas bandas armadas, compuestas de elementos desviados a raíz de la guerra y la revolución, que vivían del bandolerismo, recorriendo el país en todo sentido; operando preferentemente, casi sin inconvenientes, en el Sur.

(Mucho más tarde, los bolcheviques, en su habitual actitud difamatoria, se esforzaron en identificar al movimiento independiente de los campesinos, y a Makhno en persona, con los elementos del bandolerismo y la contrarrevolución. El lector, a esta altura de la obra, sabrá discernir bien los hechos, los hombres y las leyendas.)

Es de imaginarse el fantástico caos en que había caído el país, como así también las inverosímiles combinaciones que se anudaban y desanudaban a lo largo de los tres años de lucha (desde fines de 1918 afines de 1921) hasta el momento que los bolcheviques triunfaron definitivamente sobre todos.

Agreguemos y subrayemos, con Archinoff, que toda la acción de los bolcheviques en Ucrania fue pura impostura impuesta por la fuerza de las armas, impostura que ni ellos mismos procuraron disimular.

Al instalar su gobierno, primero en Kharkov, luego en Kiev, lanzaban sus divisiones a través de las regiones ya liberadas del poder del hetman, creando en ellas militarmente los órganos de su poder.

En los lugares que los bolcheviques ocupaban, tras de haber puesto en fuga a los partidarios de Petlura o ya liberados y bajo el dominio de los trabajadores mismos, el poder comunista se instalaba *manu militari*. Los consejos de obreros y campesinos (soviets), que dice habían creado ese poder, aparecían más tarde, a hecho consumado y a poder consolidado.

Antes de los soviets, había Comités revolucionarios. Y antes de los Comités, muy simplemente, las divisiones militares (P. Archinoff, ibid.).

Las cualidades y los defectos del movimiento makhnovista.– Hemos visto que, en razón de múltiples circunstancias, la Revolución social comenzó en Ucrania, no por la toma del poder por un partido político de extrema izquierda, sino fuera de toda cuestión de poder, mediante una inmensa revuelta espontánea de los campesinos contra sus nuevos opresores, que al comienzo fue como una tempestad desencadenada. Con exasperado furor, las masas campesinas se dieron a la destrucción violenta de todo cuanto odiaban, de cuanto les oprimía desde siglos. Elemento positivo alguno aparecía aún en esta obra destructora. Pero poco a poco, al par del desarrollo de los acontecimientos, el movimiento de los campesinos revolucionarios se organizaba, se unificaba y puntualizaba cada vez mejor sus tareas esenciales constructivas.

Obligado a resumir los acontecimientos y a eliminar, en lo posible, los detalles, fijaremos de seguida los rasgos esenciales, específicos, del movimiento makhnovista, cuyas manifestaciones devenían de vez en vez más claras en el curso de los acontecimientos que siguieron a la derrota del régimen del hetman y la terminación de la ocupación austroalemana.

Estos rasgos característicos pueden ser divididos en dos grupos: el primero comprende los lados fuertes, las cualidades y los méritos, y el segundo, las debilidades, los defectos y los errores. No hay por qué creer que el movimiento makhnovista haya sido irreprochable, que no haya tenido tachas ni lagunas. (ciertas debilidades permitieron a los bolcheviques enlodar y calumniar el movimiento.)

Los caracteres meritorios del movimiento fueron:

1º Su completa independencia de toda tutela, de todo partido, de toda *política*, cualesquiera fuesen y de dondequiera procediesen; el espíritu verdaderamente libre y aun libertario del movimiento. Esta cualidad fundamental de importancia capital, se debía: a) a la espontaneidad de la insurrección campesina desde su iniciación; b) a la influencia personal de Makhno, libertario; c) a la actividad de otros elementos libertarios en la región habiendo el mismo Makhno, absorbido por la acción combativa, hecho lo más posible para que acudiese el mayor número de libertarios y militasen con toda libertad. Y es de agregar también el aprovechamiento de las experiencias de los insurgentes en sus cotidianos contactos con los partidos políticos.

Esta tendencia libertaria del movimiento se manifestó por una profunda desconfianza hacia los elementos no trabajadores o privilegiados, por el rechazo de toda dictadura de cualquier organización y por la idea de una autoadministración libre y completa de los trabajadores mismos en sus localidades.

2º La coordinación libre, federativa –y tanto más sólida– de todas las fuerzas del movimiento en un solo y vasto movimiento social, libremente organizado y disciplinado.

3º La influencia ideológica, sana y muy elevada, que el movimiento ejerció en gran parte del país, englobando a unos siete millones de habitantes.

4º El incomparable valor combativo del ejército de los insurgentes campesinos revolucionarios, ejército que, a pesar de su perpetua falta de armas y de municiones y de otras dificultades terribles, a pesar de muchísimos obstáculos insuperables y de las traiciones constantes de que fue objeto, pudo resistir a todas las imposturas y a todas las fuerzas de opresión durante cerca de cuatro años.

5º El genio, por una parte organizador, y estratégico y militar, por otra, y otras cualidades excepcionales del guía del núcleo combativo del movimiento, Nestor Makhno.

6º La rapidez con que las masas campesinas y los insurgentes en general se familiarizaron, a pesar del ambiente desfavorable, con las ideas libertarias y trataron de aplicarlas.

7º Ciertas realizaciones positivas del movimiento en el terreno económico, social y revolucionariamente militar, en la medida que las circunstancias lo permitieron.

Los lados débiles del movimiento fueron:

1º La necesidad casi constante de batirse y defenderse contra toda clase de enemigos, sin poder dedicarse al trabajo pacífico y realmente positivo.

2º La prolongada existencia de un *ejército* en el seno del movimiento. Porque un ejército, cualquiera sea, acaba siempre y fatalmente por adolecer de ciertos graves defectos, de una nefasta mentalidad específica.

3º La insuficiencia de fuerzas libertarias *intelectuales* en el movimiento.

4º La ausencia de un vigoroso movimiento obrero organizado, que apoyara al de los campesinos insurrectos.

5º Ciertos defectos personales de Makhno. Este, sin mengua de su genio organizador y militar, de su ardor libertario y de otras notables cualidades militares, tenía también graves defectos de carácter y de educación. En ciertos aspectos no estaba del todo a la altura de su tarea. Estas debilidades –de que volveremos a ocuparnos– disminuyeron la envergadura y la trascendencia moral del movimiento.

6º Cierta *bonhomía*, no lo bastante recelosa, en relación a los bolcheviques.

7º La constante penuria de armas y de municiones. Casi únicamente a fuerza de victoriosos combates los makhnovistas lograban armarse.

Dicho esto, volvamos a los acontecimientos, en cuyo curso tendremos ocasión de observar las cualidades y defectos del movimiento para poder juzgarlos en su conjunto.

Ataque general de los insurgentes contra el hetman, los alemanes y Petlura. Su victoria. Creación de una región libre de todo poder.– Los destacamentos de Makhno, agrupados en un ejército de guerrilleros voluntarios, comenzó en octubre de 1918 un ataque general contra las fuerzas del hetman.

En noviembre, las tropas austroalemanas se hallaban completamente desorientadas por los acontecimientos en el frente occidental de la guerra y en el interior de los países por ellas ocupados, estado de cosas que Makhno aprovechó. En algunos lugares entró en tratos con esas tropas, obtuvo su neutralidad y hasta logró desarmarlas sin dificultad, apoderándose de sus armas y municiones. En otros, los rechazaba en combates. Así ocupó definitivamente, por ejemplo, tras un combate obstinado de tres días, a Gulaï-Pole.

Se presentía por doquiera la proximidad del fin del régimen del hetman. La juventud campesina afluía en masa al ejército de Makhno. Y era de lamentar el no poder armar a tantos voluntarios, la mayor parte de los cuales habían de ser rechazados. Sin embargo, el ejército de los insurgentes makhnovistas poseía ya varios regimientos de infantería y de caballería, algo de artillería y numerosas ametralladoras. En cuanto a las tropas ucranianas (de Petlura) y a la guardia (varta) del hetman, desaparecieron casi totalmente ante el extraordinario crecimiento del ejército insurreccional, el que bien pronto dominó una gran extensión, liberada así de todo poder. Pero el hetman resistía aún en Kiev. Makhno marchó entonces hacia el Norte, ocupó importantes estaciones ferroviarias: Tchaplino, Grichino, Sinelnikovo y la ciudad de Paulograd. Y dobló enseguida hacia el Oeste, en dirección a Ekaterinoslav, donde chocó con las fuerzas reorganizadas y completamente militarizadas de Petlura.

En esta época, los petluristas consideraban al movimiento makhnovista como un episodio poco importante de la revolución ucraniana. No lo

conocían de cerca y esperaban atraer a estas bandas rebeldes a su esfera de influencia y ponerlas bajo su dirección. Dirigieron, pues, a Makhno, muy amigablemente, una serie de preguntas de orden político: ¿Qué opinaba sobre el movimiento de Petlura y sobre el poder de éste? ¿Qué estructura política futura deseaba para Ucrania? ¿No consideraba deseable y útil obrar en común para la creación de una Ucrania independiente?

Terminante fue la respuesta de los makhnovistas. Declararon que, en su opinión, la petlurovtchina era un movimiento de la burguesía nacionalista, con miras opuestas a las de los campesinos revolucionarios; que Ucrania debía ser organizada sobre base de un trabajo libre y de la independencia de los obreros y los campesinos; que ellos no admitían unión alguna con quienquiera fuese, y que sólo la lucha era posible entre la makhnovtchina, movimiento del pueblo laborioso, y la petlurovtchina, movimiento de la burguesía. Los acontecimientos que siguieron a este *cambio de puntos de vista* constituyen una de las estratagemas frecuentes en las luchas en Ucrania.

El ejército de Makhno se detuvo en Nijne-Dnieprovsk, suburbio de Ekaterinoslav, y se preparó a atacar la ciudad. Había allí un comité bolchevique, que disponía de algunas fuerzas armadas, insuficiente para una acción propia. Conocido Makhno en la región como revolucionario de valor y bien dotado conductor guerrero, el comité le ofreció el comando de los destacamentos obreros del partido, que aquél aceptó.

Makhno recurrió a una astucia –como lo hacía a menudo– muy arriesgada, pero plena de promesas en caso de resultar: cargó de tropas un tren y lo envió de Nijne-Dnieprovsk a la estación de Ekaterinoslav, como un pacífico tren de obreros, como los que habitualmente conducían a la ciudad a los trabajadores, pasando generalmente sin obstáculos y sin control. Makhno, que lo sabía, aprovechó audazmente la ocasión. Si la treta fuera descubierta antes de detenerse el tren, toda la tropa habría de caer prisionera. El tren pasó sin inconveniente, entró en la estación y se detuvo. En un abrir y cerrar de ojos, las tropas makhnovistas ocuparon la estación y sus alrededores. En la ciudad se entabló una encarnizada batalla y al cabo los petluristas fueron vencidos, batiéndose en retirada y abandonando la ciudad. Makhno se contentó con tomar posesión de la ciudad y organizar la nueva situación, sin preocuparse de perseguir a las tropas en retirada, las cuales, a los pocos días, bien reforzadas, volvieron a la carga, batieron al ejército de Makhno y retornaron la ciudad. No se sintieron, empero, lo bastante fuertes para perseguir a los makhnovistas.

El ejército insurrecto se retiró de nuevo a la región de Sinelnikovo, donde se atrincheró y estableció una línea de frente con las fuerzas de Petlura en la frontera noroeste de la región ocupada por los insurgentes.

Las tropas de Petlura, compuestas en gran parte de campesinos insurgentes o movilizados por imposición, se disgregaron rápidamente al contacto de los makhnovistas. Bien pronto ese frente fue liquidado sin combates: se *derritió*. A consecuencia de ello, Ekaterinoslav fue luego ocupada por los bolcheviques que, por el momento, no osaban ir más allá de la ciudad. Makhno, por su parte, no estimaba tener fuerzas suficientes para hacerse fuerte a la vez en Ekaterinoslav y en la vasta región liberada, por lo

que decidió dejar que los bolcheviques tomasen esa ciudad y asegurar el control de la frontera de esta región.

Así pues, al Sur y al Este de Ekaterinoslav, una extensión de varios millares de kilómetros cuadrados estuvo libre de toda autoridad y de toda tropa, en la que los campesinos eran verdaderamente libres. En Ekaterinoslav reinaban los bolcheviques, y al Oeste dominaban los petluristas.

El trabajo positivo en la región libre.– Los campesinos makhnovistas aprovecharon esta libertad y la relativa calma de su región –de corta duración, ¡ay!– para realizar algunas tareas positivas.

Durante unos seis meses, de diciembre de 1918 a junio siguiente, los campesinos de Gulaï-Pole vivieron sin poder político alguno. No sólo fueron mantenidos sanamente los vínculos sociales entre ellos, sino que también crearon formas nuevas de organización social: *Comunas de trabajadores libres y Soviets libres de trabajadores.*

Más tarde, los makhnovistas formularon sus ideas sociales, especialmente su concepción de los soviets, en un folleto titulado *Tesis generales de los insurgentes revolucionarios sobre los Soviets libres*. Lamento no tenerlo a mano. Según ellos, los soviets deben ser absolutamente independientes de todo partido político; formar parte de un *sistema económico general* basado en la igualdad social; sus miembros debían ser trabajadores auténticos, servir los intereses de las masas laboriosas y obedecer únicamente a su voluntad; sus animadores no han de ejercer ningún poder.

En cuanto a las comunas, en muchos puntos se intentó organizar la vida social en base a ellas, justa e igualitariamente. Los mismos campesinos que se habían mostrado hostiles a las *comunas* oficiales procedían con entusiasmo a la constitución y arraigo de las comunas libres. Cerca de la aldea Prokovskoie se organizó la primera comuna, llamada *Rosa Luxemburgo*, el número de cuyos miembros, de algunas decenas al principio, sobrepasó más tarde de 300. Esta comuna fue creada por los campesinos más pobres de la localidad. Al consagrarla a la memoria de Rosa Luxemburgo testimoniaban su imparcialidad y una cierta nobleza de sentimientos. Sabían que era una mártir de las luchas revolucionarias en Alemania. Los principios esenciales de la comuna no correspondían absolutamente a la doctrina por la que ella había luchado, pero los campesinos quisieron honrar, justa y únicamente, a una víctima de la lucha social. Base de la comuna era el principio no-autoritario. Esta comuna alcanzó hermosos resultados y acabó por ejercer gran influencia en los campesinos de la zona[1].

A siete kilómetros de Gulaï-Pole se formó otra comuna, llamada simplemente “Comuna número 1 de los campesinos de Gulaï-Pole”. También ella obra de campesinos pobres. Y a unos veinte kilómetros de ella, estaban las comunas números 2 y 3. Las había también en otros lugares.

Todas estas comunas fueron creadas libremente, por espontáneo impulso de los campesinos mismos, con ayuda de algunos buenos organizadores,

[1] Esta comuna fue destruida, los días 9 y 10 de junio de 1919, por los bolcheviques, cuando la campaña general contra la región makhnovista.

para afrontar las necesidades vitales de la población laboriosa. Ellas no tenían semejanza alguna con las *comunas* artificiales, denominadas *ejemplares*, montadas muy torpemente por las autoridades bolcheviques, que agrupaban habitualmente a elementos heteróclitos, reunidos al azar, incapaces de trabajar seriamente. Estas sedicentes comunas del bolchevismo no hacían más que malgastar semillas y estropear las tierras. Subvencionadas por el gobierno, vivían, pues, del trabajo del pueblo, aun pretendiendo enseñarle a trabajar.

Las comunas libres eran verdaderas comunas laboriosas. Agrupaban a campesinos auténticos, habituados desde la infancia al trabajo serio. Se basaban en una real ayuda mutua material y moral y en el principio igualitario. Todos –hombres, mujeres y niños– debían trabajar en ella, cada uno en la medida de sus fuerzas. Las funciones organizadoras eran confiadas a camaradas capaces, quienes, cumplida esa tarea, reanudaban el trabajo común. Tales principios sanos y serios eran consecuencia de haber surgido las comunas en el ambiente laborioso mismo y haberse desarrollado libre y naturalmente.

Los guerrilleros makhnovistas jamás ejercieron presión alguna sobre los campesinos, limitándose a propagar la *idea* de las comunas libres, las que se formaron por iniciativa de los mismos campesinos pobres.

Es interesante y sugestivo comprobar que las ideas y la acción de los campesinos makhnovistas eran de todo punto semejantes a las de los rebeldes de Cronstadt en 1921. Prueba esto que cuando las masas laboriosas tienen la posibilidad de pensar, investigar y obrar libremente, adoptan sobre poco más o menos la misma orientación, cualesquiera sean la localidad, el ambiente y aun, agreguemos, la época, si se establece relación con las revoluciones precedentes. Independientemente de todo otro razonamiento, ello debe llevarnos a creer que, en conjunto, ésa es la *buena*, la *justa*, la *verdadera orientación de los trabajadores.* Cierto es que las masas laboriosas no han podido mantenerse en ella, por múltiples razones; pero la posibilidad de no abandonarla, de proseguir por ella hasta el fin, no es sino cuestión de tiempo y de evolución.

La actividad constructiva de los makhnovistas no se limitó a estos esbozos de comunismo libre. Se les presentaron tareas mucho más vastas e importantes, que debían ser afrontadas sin dilación. Era necesario hallar en común soluciones prácticas a los diversos problemas de la entera región. Se hacía por ello indispensable crear una organización general que fuera abarcando progresivamente el distrito, el departamento y finalmente la entera región. Lo que implicaba la constitución de órganos capaces de semejante labor organizadora.

Los campesinos no fallaron al menester, recurriendo a la realización de Congresos periódicos de campesinos, obreros y guerrilleros. Mientras la región permaneció libre, hubo tres Congresos regionales, que permitieron a los campesinos estrechar vínculos, orientarse de manera segura en el complicado ambiente del momento y determinar con claridad las tareas económicas, sociales y de otra índole requeridas.

El Primer Congreso tuvo lugar el 23 de enero de 1919 en Grande-Mikhailovka y se ocupó especialmente del peligro de los movimientos

reaccionarios de Petlura y Denikin. El primero reorganizaba sus fuerzas en el Oeste en vista de una nueva ofensiva, y Denikin, con sus preparativos de guerra civil, constituía mayor preocupación entre los revolucionarios. El Congreso arbitró medidas de defensa contra ambas tentativas. Los choques de patrullas eran cada vez más frecuentes e importantes, llegando a ser casi cotidianos en el límite sudeste.

El Segundo Congreso se reunió tres semanas después, el 12 de febrero de 1919, en Gulaï-Pole. Por desgracia, el inminente peligro de una ofensiva de Denikin contra la región libre impidió la dedicación a los problemas urgentes de la construcción pacífica. Las sesiones fueron absorbidas por las medidas de defensa y de lucha contra el nuevo invasor.

El ejército makhnovista tenía cerca de 20.000 combatientes voluntarios. Pero muchos se hallaban completamente agotados por la fatiga, ya que debieron soportar, sobre las fronteras de la región libre, incesantes luchas contra las vanguardias de Denikin y otras tentativas de penetración. Y el ejército de Denikin se reforzaba rápidamente.

Después de larga discusión, el Congreso resolvió llamar a los habitantes a una movilización voluntaria e igualitaria. Voluntaria significaba la necesidad de completar el ejército revolucionario con combatientes frescos, sin obligar a nadie a incorporarse, sino apelando a la conciencia y la buena voluntad de cada uno. Igualitaria quería decir que se tendría presente la situación personal de cada voluntario, a fin de que las cargas fuesen repartidas y soportadas por la población con la mayor equidad y justicia.

Se formó un *Consejo revolucionario militar* para crear una dirección circunstancial en la lucha contra Petlura y Denikin, sostener las relaciones económicas y sociales entre todos y responder a las necesidades de información y vigilancia, así como a las decisiones adoptadas.

Este consejo abarcaba toda la región libre y debía ejecutar los acuerdos de los congresos, *pero no era en modo alguno autoritario*. Le fue asignada sólo una función ejecutiva para poner en práctica lo discutido y aprobado, y en cualquier momento podría ser disuelto por el Congreso.

Enseguida que las resoluciones de este Segundo Congreso fueron conocidas en toda la región revolucionaria, de todas las poblaciones grandes o pequeñas, concurrían en masa los voluntarios. El número fue enorme, superando todas las previsiones, y si se hubiese podido armar a todos, los sucesos trágicos que siguieron no hubiesen sido posibles. Además, quizá toda la Revolución rusa habría sido conducida de otro modo y el gran acontecimiento que los libertarios esperaban se habría producido. Desgraciadamente se carecía de armas y no pudieron formarse oportunamente nuevos destacamentos. El 90 por 100 de los voluntarios debió ser rechazado.

Las consecuencias fueron fatales para la región cuando, en junio de 1919, Denikin lanzó su ofensiva general.

CAPÍTULO III
LAS OFENSIVAS DE DENIKIN Y EL DERRUMBE FINAL

***La resistencia de los makhnovistas.*–** Dice Archinoff certeramente: “Los estatistas temen al pueblo libre y afirman que éste, sin autoridad, perdería la sociabilidad, se disgregaría y volvería al salvajismo. ¡Absurdas expresiones autoritarias de parásitos, de aficionados a la autoridad, o de “pensadores” ciegos al servicio del privilegio!”

Ya el enemigo mortal del trabajo y de la libertad, la Autoridad cercaba a la región y la amenazaba por dos lados. Del Sudeste ascendían las tropas de Denikin, y del Norte descendía el ejército del Estado comunista.

Denikin llegó el primero, en los días subsiguientes al derrumbe del hetman. Algunos destacamentos contrarrevolucionarios del general Chkuro se infiltraron por el lado del Don y del Kuban y se acercaron a Pologui y Gulaï-Pole. La tropa makhnovista hizo frente a esta primera amenaza. Su infantería y su caballería eran eficientes y entusiastas. La infantería estaba organizada de un modo especial y original; se desplazaba como la caballería, pero no a caballo, sino en carruajes con resortes, ligeros, llamados en Ucrania meridional *tatchanka*. Marchando a la par de la caballería, esta infantería *rodante* podía hacer cómodamente de 60 a 70 kilómetros por día y, de ser necesario, hasta 90 ó 100. La caballería era una de las mejores del mundo y sus ataques, fulminantes e irresistibles. Muchos de los campesinos revolucionarios eran veteranos, pues habían participado en la guerra de 1914. Detalle importante. Ello permitió a la población campesina remediar, en cierta medida, el agotamiento de los combatientes, ya que en algunos lugares expuestos del frente, éstos eran reemplazados por algunos centenares de campesinos de los alrededores. Los exhaustos les daban sus armas y volvían a sus lugares de descanso para, después de dos o tres semanas, reintegrarse a las filas. En algunas épocas, los campesinos llegaban al frente de combate, y los combatientes se dirigían a la labor de los campos.

Los campesinos se dedicaron desde un principio al aprovisionamiento regular de las tropas. El centro fue Gulaï-Pole, adonde llegaban víveres y forrajes que se enviaban enseguida al frente.

No previó en absoluto Denikin la resistencia extrema de los makhnovistas; contaba con la lucha inminente entre el Directorio de Petlura y los bolcheviques y esperaba aprovecharla para establecer su frente en el límite norte del departamento de Ekaterinoslav. Pero chocó inopinadamente con el excelente y tenaz ejército de los insurgentes. Después de las primeras batallas, el ejército de Denikin se retiró hacia el Don y el mar de Azof. Pronto quedó libre toda la extensión desde Pologui hasta el mar; los makhnovistas ocuparon estaciones ferroviarias e importantes ciudades como Berdiansk y Mariupol.

A partir de enero de 1919, el primer frente contra Denikin fue sólidamente establecido, extendido sobre más de 100 kilómetros en la dirección este y nordeste de Mariupol. Denikin se fortalecía y acentuaba sus incursiones y sus ataques.

Seis meses resistieron los revolucionarios la embestida contrarrevolucionaria. El general Chkuro tenía también excelente caballería

y empleaba iguales estratagemas: sus destacamentos penetraban profundamente en la retaguardia makhnovista y se desparramaban rápidamente, destruyendo, quemando y masacrando cuanto podían, para desaparecer como por encanto y aparecer de repente en otro lugar y cometer las mismas devastaciones.

La que sufría exclusivamente era la población laboriosa, en venganza por la ayuda eficaz que ésta procuraba a los insurrectos y por su hostilidad evidente contra los denikistas. Se esperaba provocar así una reacción contra la revolución. La población judía, radicada desde hace mucho tiempo en la región de Azof, en colonias especiales, sufría igualmente las incursiones. Los judíos eran masacrados por los denikistas, quienes trataban además de fomentar un movimiento popular antijudío, lo que le habría facilitado la tarea.

Ni sus efectivos bien armados, ni sus ataques furiosos, bastaron a los denikistas para reducir a los insurrectos, impulsados por un gran ardor revolucionario y muy hábiles en la guerra de emboscada. En seis meses de luchas terribles, el general Chkuro recibió más de una vez tales arremetidas de las tropas de Makhno, que sólo retiradas precipitadas de 80 a 120 kilómetros lo salvaron de una derrota completa. Los makhnovistas llegaron cinco o seis veces hasta los muros de Taganrog. Entonces, sólo la falta de combatientes y de armas impidió a Makhno destruir la contrarrevolución de Denikin.

El odio sanguinario de los oficiales de Denikin contra los makhnovistas asumía proporciones increíbles; se torturaba refinadamente a los prisioneros; se les despedazaba a menudo con explosiones y se les quemaba vivos sobre planchas de hierro al rojo, según se relató verídicamente por la prensa de los revolucionarios.

El talento militar de Makhno se reveló magníficamente y fue reconocido hasta por sus enemigos, lo que no obstó –al contrario– para que el mismo Denikin ofreciese medio millón de rublos a quien capturara o matase a Makhno.

Entretanto, las relaciones entre makhnovistas y bolchevistas eran escasas, pero amigables. En enero de 1919, cuando los makhnovistas rechazaron al ejército de Denikin hasta el mar de Azof, después de duros combates, se apoderaron de un centenar de vagones de trigo. Makhno y el estado mayor pensaron enviar este botín a los obreros hambrientos de Moscú y de Petrogrado; y la masa de los insurrectos aprobó esta decisión con entusiasmo. Con los cien vagones de trigo partió una delegación makhnovista, que fue recibida calurosamente por el soviet de Moscú.

Aparición de los bolcheviques en la región liberada. Contactos amistosos. Tratativas. Colaboración del ejército makhnovista con el ejército rojo "por la causa común".– Los bolchevistas aparecieron mucho más tarde que Denikin en el territorio makhnovista; hacía algunos meses que éstos combatían a aquél cuando la primera división bolchevique, procedente del Norte y dirigida por Dybenko, llegó a Sinelnikovo sin dificultad.

Entonces, Makhno y todo su movimiento revolucionario eran en el fondo desconocidos para los bolcheviques. La prensa comunista sólo había hablado de Makhno como rebelde audaz que prometía mucho. Sus luchas contra Skoropadsky, Petlura y Denikin le granjearon la tolerancia de los

jefes comunistas que, naturalmente, esperaban incorporarlo con sus partidarios a su ejército rojo. Por eso le cantaban loas y le consagraban columnas de prensa sin haberlo conocido en persona.

Cedamos la pluma, una vez más, a Pedro Archinoff:

> El primer contacto de los combatientes bolcheviques con los makhnovistas ocurrió en marzo de 1919, bajo los mismos auspicios de benevolencia y alabanzas de parte de aquéllos.
>
> Makhno fue inmediatamente invitado a unirse con todos sus destacamentos al ejército rojo, a fin de vencer a Denikin. Las diferencias *políticas* e ideológicas entre bolcheviques y makhnovistas se consideraba que no podían, de modo alguno, obstar a la unión sobre la base de una causa común. Las autoridades bolcheviques dejaron entender que las particularidades del movimiento insurreccional serian para ellos inviolables.
>
> Makhno y su estado mayor advertían perfectamente que la llegada del Poder comunista, en la persona de sus autoridades y su ejército, constituía una nueva amenaza para la libertad de la región; veían en ella el preanuncio de una guerra civil de nueva especie. Pero ni Makhno, ni el estado mayor, ni el Consejo regional deseaban esta guerra, porque ella podría tener funesta influencia sobre la suerte de toda la revolución ucraniana. No se perdía de vista, desde luego, la franca y bien organizada contrarrevolución que se aproximaba por el Don y el Kuban, con la que no había sino un trato posible: el de las armas.
>
> Este peligro aumentaba de día en día. Los insurgentes mantenían cierta esperanza de que la lucha con los bolcheviques se limitaría al terreno ideológico, en cuyo caso podrían permanecer absolutamente tranquilos en cuanto a su región, porque el vigor de las ideas libertarias, el buen sentido revolucionario y la desconfianza de los campesinos hacia los elementos extraños a su libre movimiento, eran las mejores prendas de la libertad de la región.
>
> La opinión general de los guías de la insurrección coincidía en la necesidad de concentrar por el momento todas las fuerzas contra la reacción monárquica y de no ocuparse, sino después de haberla vencido, de los disentimientos ideológicos con los bolcheviques. Fue en tal sentido que se realizó la conjunción del ejército makhnovista con el ejército rojo.

He aquí las cláusulas esenciales del acuerdo: a) El ejército insurreccional conservará intacta su organización interna; b) recibirá a comisarios políticos, nombrados por la autoridad comunista; c) no se subordinará al supremo comando rojo sino estrictamente en lo concerniente a las operaciones militares propiamente dichas; d) no podrá ser desplazado del frente de Denikin[1]; e) recibirá municiones y aprovisionamientos igual que el ejército rojo; f) conservará su nombre de Ejército insurreccional revolucionario y sus banderas negras (la bandera de los anarquistas).

Al ejército makhnovista se le designó, en la formación conjunta, como Tercera brigada. (Más tarde se le nombró *Primera división insurreccional*

[1] Esta cláusula constituía una precaución de parte de los makhnovistas, que en efecto temían que, so cualquier pretexto, el comandante rojo enviará al ejército insurreccional a otro frente, con el fin de poder establecer sin inconvenientes el poder bolchevique en la región. Este temor fue plenamente justificado por los acontecimientos posteriores, como se verá más adelante.

revolucionaria, y más tarde aún, al recuperar su independencia, adoptó el nombre definitivo de *Ejército insurreccional revolucionario de Ucrania*).

El punto más importante para el ejército makhnovista era, naturalmente, el conservar su organización interna. No se trataba, pues, de una incorporación *orgánica* al ejército rojo, sino únicamente de un pacto de estrecha cooperación.

Esta es la ocasión de ocuparnos de la organización interna del ejército insurreccional, basada en tres principios esenciales:

1º el voluntariado; 2º la elegibilidad de todos los puestos de comando; 3º la disciplina libremente consentida.

El *voluntariado* significaba que el ejército se componía únicamente de combatientes revolucionarios incorporados a él de buen grado.

La *elegibilidad* consistía en que los comandantes de todas las unidades, los miembros del estado mayor y del Consejo, así como, de manera general, cuantos ocuparan puestos importantes, debían ser elegidos o bien aceptados definitivamente (en caso de ser designados de urgencia por el comando) por los insurgentes de la unidad respectiva o por el conjunto del ejército.

La *disciplina libremente consentida* se basaba en que todas las reglas de la disciplina eran elaboradas por comisiones de insurgentes y validades luego en asambleas generales de las unidades del ejército. Una vez así establecidas, debían ser rigurosamente observadas bajo la responsabilidad personal de cada insurgente y de cada comandante.

El acuerdo entre los bolcheviques y el ejército insurreccional fue estrictamente militar. Toda cuestión *política* quedó voluntariamente excluida. Ello permitió, a la población laboriosa de la región libre, seguir la misma línea de evolución –o más bien de revolución– económica y social seguida hasta entonces, actividad absolutamente libre de los trabajadores que no admitía poder alguno en su región. Pronto veremos que ésta fue la única causa de la ruptura entre los bolcheviques y los guerrilleros, de las viles y cínicas acusaciones de aquéllos contra éstos y de la agresión armada de los comunistas contra la región libre.

La mentalidad y la actividad de las masas en la región libre. Las miras bolcheviques. Primeras actitudes hostiles de los bolcheviques.– Desde la creación del Consejo regional, en febrero de 1919, la población se sintió unida y organizada. Este sentimiento y el espíritu de solidaridad incitaron a los campesinos a plantearse otros problemas concretos de gran urgencia.

Se comenzó por organizar por doquiera los soviets locales libres, lo que, dadas las circunstancias, se realizó lentamente; los campesinos se atenían firmemente a esta idea, sintiendo que ella era la única base sana para la construcción de una verdadera comunidad libre.

Enseguida surgió el problema de unir, directa y sólidamente, a los campesinos y los obreros de las ciudades, unión que debía ser establecida, en opinión de aquéllos, directamente con las empresa y las organizaciones obreras mismas, fuera de los partidos políticos, de los organismos de Estado o de sus funcionarios intermediarios. Sentían ellos, intuitivamente que tal unión era indispensable para la consolidación y el desenvolvimiento ulterior de la Revolución. Por otra parte, el campesinado y los insurgentes advertían

perfectamente que semejante unión entrañaría fatalmente la lucha con el partido gubernamental, que no renunciaría, por cierto, a su dominio sobre las masas. No se tomaba, sin embargo, demasiado en serio este peligro; se estimaba que, una vez unidos campesinos y obreros, podrían fácilmente decir: "¡Abajo las garras!" a todo poder político que intentara subyugarlos.

De todos modos, la unión libre y directa de campesinos y obreros aparecía como el único medio natural y fecundo de realizar definitivamente la verdadera Revolución emancipadora y de eliminar todo elemento capaz de trabarla, desnaturalizarla o sofocarla. En tal sentido fue planteado, discutido y examinado por doquiera el problema de la unión con los obreros de las ciudades, hasta llegar a ser la voz de orden de toda la región insurreccional.

Va de suyo que, en presencia de semejante mentalidad de la población y de las disposiciones tomadas en tal sentido por toda la región los partidos políticos, y en particular el comunista, no podrían esperar éxito alguno. Cuando los partidos políticos aparecían con sus programas y sus planes de organización estatista, se les acogía fríamente, con indiferencia ya menudo con cierta hostilidad, mofándose con frecuencia de sus militantes y agentes como de entremetidos, con despropósitos, en asuntos de los demás. Las autoridades comunistas que se infiltraban en la región, adoptando poses de amos, eran recibidas como elementos extraños e importunos, haciéndoles comprender francamente que se les tenía por intrusos e impostores.

Al principio, los bolcheviques confiaban superar esta *resistencia pasiva*. Con la absorción del ejército makhnovista en el ejército rojo, que ellos esperaban, tendrían las manos libres para reducir a su merced a la población. Mas pronto se percataron de que esta esperanza era infundada. La masa campesina de la región nada quería saber de los representantes gubernamentales bolcheviques. Los ignoraba, los boicoteaba; aun, a veces, los maltrataba. En un punto y otro y otro, los campesinos armados comenzaron a expulsar de sus aldeas a las *comisiones extraordinarias* (Tcheka). En Gulaï-Pole, los comunistas ni siquiera se atrevieron a establecer una institución cualquiera. En otros lugares, las tentativas de implantar tal o cual administración comunista provocaron choques sangrientos entre la población y las autoridades, cuya situación se hacía extremadamente penosa en la región. En cuanto al ejército makhnovista, era intratable.

Los bolcheviques emprendieron entonces una lucha organizada y metódica contra la makhnovtchina como idea y como movimiento social.

Como de costumbre, la prensa fue la primera en entrar en campaña. Por órdenes de arriba se dio a *criticar* el movimiento makhnovista, tachándolo de movimiento de campesinos ricos (kulaks) y de contrarrevolucionarias a sus ideas y palabras de orden, y condenando su actividad como nociva a la Revolución. Amenazas directas contra los guías del movimiento comenzaron a aparecer, con creciente insistencia, en los diarios, los discursos y las órdenes de las autoridades centrales. Bien pronto la región fue prácticamente bloqueada. En ciertos lugares, las autoridades comunistas establecieron *barreras*, de modo que los militantes revolucionarios que se dirigían a Gulaï-Pole o volvían de ella, eran arrestados en el camino y, a menudo, desaparecían. Y acto continuo, el aprovisionamiento del ejército insurreccional fue considerablemente reducido.

Todo esto no auguraba nada bueno.

El III Congreso de la región libre. El primer atentado directo de los bolcheviques contra la región.– Bajo el signo de estas nuevas complicaciones y amenazas se reunió el III Congreso de campesinos, obreros y guerrilleros, en Gulaï-Pole, el 10 de abril de 1919. Se proponía fijar claramente las tareas inmediatas y pronunciarse sobre las perspectivas de la vida revolucionaria de la región.

Representantes de 72 distritos, representando a más de dos millones de personas, participaron en él. Lamentamos no tener a mano las actas de las sesiones. En ellas se vería claramente con qué animación y, al par, con qué sagacidad y clarividencia buscaba el pueblo, en la Revolución, su propio camino, sus propias formas de vida nueva.

Hacia el final de este Congreso, estalló el drama desde tanto tiempo previsto. Había llegado al Congreso un telegrama de Dybenko, comandante de la división bolchevique, declarando *contrarrevolucionario* al Congreso y *fuera de la ley* a sus organizadores. Tal fue el primer atentado directo de los bolcheviques contra la libertad de la región. El entrañaba, al par, una declaración de guerra al ejército insurreccional.

El Congreso comprendió perfectamente el alcance de este ataque, contra el que votó, en el acto, una protesta indignada, enseguida impresa y difundida entre los campesinos y los obreros de la región. Días después, el Consejo revolucionario militar envió a las autoridades comunistas, en la persona de Dybenko, una respuesta detallada, en la que subrayaba el verdadero papel desempeñado por la región en la Revolución y desenmascaraba a quienes, en realidad, la desviaban reaccionariamente.

Aunque extensa, nos permitimos citar esta respuesta íntegramente, porque sitúa admirablemente a las dos partes en presencia.

¿Contrarrevolucionario?

El camarada Dybenko declaró contrarrevolucionario al Congreso convocado en Gulaï-Pole para el 10 de abril y puso fuera de la ley a sus organizadores, quienes deberán sufrir, según él, la más severa represión. Transcribimos textualmente su telegrama:

“Novo-Alexeievka, número 283, el 10, a las 2 h. 45. Para hacer llegar al camarada Padre Makhno[2], estado mayor de la división Alexandrovsk. Copia Volnovakha, Mariupol, hacen llegar al camarada Makhno. Copia al soviet de Gulaï-Pole.

Todo Congreso convocado en nombre del estado mayor revolucionario militar, disuelto por mi orden, será considerado como manifiestamente contrarrevolucionario y sus organizadores se expondrán a las más severas medidas represivas que llegan hasta a declararlos fuera de la ley. Ordeno tomar inmediatamente medidas para que semejantes cosas no se produzcan más. Firmado: *Dybenko*, comandante de la división.”

[2] A Makhno se le llamó Padre (batko, en ucraniano) después de la unificación del movimiento. Esa expresión se agrega al nombre, en Ucrania, cuando se trata de una persona anciana o respetada, sin comportar ningún sentido autoritario.

Antes de declarar contrarrevolucionario al Congreso, el camarada Dybenko no se ha tomado el trabajo de informarse por quién y con qué fin ese Congreso fue convocado. Lo que le hace decir que lo fue por el estado mayor revolucionario *disuelto*, habiéndolo sido en realidad por el Comité ejecutivo del Consejo revolucionario militar. Por consiguiente, los miembros de este Consejo, que lo convocaron, no saben si ellos son declarados fuera de la ley ni si él Congreso es considerado por el camarada Dybenko como contrarrevolucionario.

Si es así, permitid que expliquemos a V. Excelencia por quién y con qué fin este Congreso –manifiestamente contrarrevolucionario en vuestra opinión– ha sido convocado. Y entonces no os parecerá tal vez tan espantoso como os lo imagináis.

El congreso, como se ha dicho ya, fue convocado por el Comité ejecutivo del Consejo revolucionario militar de la región de Gulaï-Pole. Se trata del tercer Congreso regional, convocado con el propósito de determinar la línea de conducta futura del Consejo revolucionario militar (veis, pues, *camarada* Dybenko, que se han celebrado ya tres de estos congresos *contrarrevolucionarios*). Surge la cuestión: ¿De dónde procede y con qué fin fue creado el Consejo revolucionario militar regional mismo? Si no lo sabéis aún, *camarada* Dybenko, vamos a decíroslo. El Consejo revolucionario militar regional fue formado conforme a la resolución del Segundo Congreso, que tuvo lugar en Gulaï-Pole el 12 de febrero del año corriente (veis, pues, que hace ya mucho tiempo; vosotros no estabais aún aquí). El Consejo fue creado entonces para organizar a los combatientes y proceder a la movilización voluntaria, porque la región estaba rodeada de blancos y los destacamentos de guerrilleros compuestos de los primeros voluntarios no bastaban ya para sostener el amplio frente. No había en ese momento tropas soviéticas en nuestra región, y, además, la población no contaba con su intervención, considerando la defensa de la región como su propio deber. Es con ese fin que se formó el Consejo revolucionario militar, compuesto, según la resolución del Segundo Congreso, por un delegado de cada distrito, en total 32 miembros representantes de los distritos de Ekaterinoslav y de Taurida.

Más adelante daremos explicaciones sobre el Consejo revolucionario militar. Ahora se plantea la cuestión: ¿De dónde procede el Segundo Congreso regional?; ¿quién lo convocó?; ¿quién lo autorizó?; los que lo convocaron, ¿están fuera de la ley? y si no, ¿por qué?

El Segundo Congreso regional fue convocado en Gulaï-Pole por un grupo de iniciativa compuesto de cinco personas elegidas por el Primer Congreso. El Segundo Congreso tuvo lugar el 12 de febrero del año corriente y, para nuestro asombro, las personas que lo convocaron no fueron puestas fuera de la ley, porque no existían entonces aún esos *héroes* que se atreven a atentar contra los derechos del pueblo conquistados a costa de su propia sangre.

Es de plantear ahora: ¿De dónde salió el Primer Congreso regional?; ¿quién lo convocó?; el que lo convocó, ¿no fue puesto fuera de la ley?; ¿por qué no?

Camarada Dybenko, al parecer sois muy nuevo en el movimiento revolucionario de Ucrania, y es preciso enseñaros sus comienzos mismos. Y bien, vamos a hacerlo; y después de conocerles os rectificaréis tal vez algo.

El Primer Congreso regional tuvo lugar el 23 de enero del año corriente en el primer campo insurreccional, en la Gran-Mikailovka. Estaba compuesto de delegados de los distritos situados cerca del frente de Denikin. Las tropas soviéticas estaban entonces muy lejos... La región estaba separada del mundo entero: por un lado estaban los denikistas, por otro los petluristas; y entonces no

existían más que los destacamentos de guerrilleros, con Batko Makhno y Stchuss a la cabeza, en lucha contra unos y otros. Las organizaciones y las instituciones sociales no tenían entonces siempre los mismos nombres. En tal aldea había un *soviet*, en tal otra una *regencia popular*, en una tercera un *estado mayor militar revolucionario*, en una cuarta una *regencia provincial*, etc...; pero el espíritu era en todas partes igualmente revolucionario.

Para consolidar el frente, así como para crear una cierta uniformidad de organización y de acción en la región entera, se organizó el Primer Congreso. Nadie lo había convocado; se reunió espontáneamente, según el deseo y con la aprobación de la población. En el Congreso se hizo la proposición de arrancar del ejército de Petlura a nuestros hermanos movilizados por la fuerza. Con este fin, una delegación de cinco miembros fue elegida y encargada de presentarse al estado mayor de Batko Makhno y otros estados mayores si fuera preciso y penetrar hasta el ejército del Directorio ucraniano (Petlura) para explicar a nuestros hermanos movilizados que habían sido engañados y debían abandonarlo. Además, la delegación fue encargada de convocar a su regreso un Segundo Congreso, más vasto, con el fin de organizar toda la región libertada de las bandas contrarrevolucionarias y crear un frente de defensa más poderoso.

Los delegados convocaron, pues, a su regreso ese Segundo Congreso regional, sin tener en cuenta ningún partido, ningún poder, ninguna ley. Pues vosotros, camarada Dybenko y otros guardianes de la ley de la misma especie, estaban entonces muy lejos; y puesto que los guías heroicos del movimiento insurreccional no aspiraban al poder sobre el pueblo que acababa de romper con sus propias manos las cadenas de la esclavitud, el Congreso no ha sido proclamado contrarrevolucionario y los que lo convocaron no han sido declarados fuera de la ley.

Volvamos al Consejo regional. En el momento mismo de la creación del Consejo revolucionario militar de la región de Gulaï-Pole, el poder soviético apareció en la región. Conforme a la resolución votada en el Segundo Congreso, el Consejo regional no tenía ningún derecho a dejar los asuntos a merced de la aprobación de las autoridades soviéticas. Debía ejecutar las instrucciones del Congreso, sin desviarse, porque el Consejo no era un órgano de comando, sino ejecutivo. Continuó, pues, obrando en la medida de sus fuerzas, y siguió siempre en su labor la vía revolucionaria. Poco a poco el poder sovietista comenzó a promover obstáculos a la actividad de este Consejo y los comisarios y otros funcionarios bolcheviques llegaron a considerar al Consejo mismo como una organización contrarrevolucionaria. Entonces los miembros de éste decidieron convocar al Tercer Congreso regional para el 10 de abril en Gulaï-Pole, a fin de determinar la línea de conducta ulterior del Consejo o bien para liquidarlo si el Congreso lo consideraba necesario. Y he ahí al Congreso reunido. No son contrarrevolucionarios los que acudieron a él, sino precisamente aquellos que primero levantaron en Ucrania el estandarte de la insurrección y de la Revolución social. Acudieron para ayudar a coordinar la lucha general contra los opresores. Los representantes de 72 distritos, así como los de varias unidades militares, llegaron al Congreso y todos consideraron que el Consejo revolucionario militar de la región de Gulaï-Pole era necesario; completaron su comité ejecutivo y encargaron a éste realizar en la región una movilización voluntaria e igualitaria.

El Congreso quedó bonitamente asombrado por el telegrama del camarada Dybenko que lo declaraba *contrarrevolucionario*, siendo la verdad que esta

región fue la primera en levantar el estandarte de la insurrección. Es por eso que el Congreso votó una enérgica protesta contra ese telegrama.

Tal es el cuadro que debería abriros los ojos, *camarada* Dybenko. ¡Reflexionad! ¿Tenéis el derecho, vosotros, de declarar contrarrevolucionarios a más de un millón de trabajadores que por sí mismos, con sus manos callosas, han roto las cadenas de la esclavitud y construyen ahora su vida, por sí mismos también, a su propio modo?

¡No! Si sois verdaderamente revolucionario debéis acudir en su ayuda para la lucha contra los opresores y su obra de construcción de una nueva vida libre. ¿Puede haber leyes promulgadas por personas tituladas revolucionarias que les permitan poner a un pueblo más revolucionario que ellas fuera de la ley? Porque el Comité Ejecutivo del Consejo representa a toda la masa del pueblo.

¿Es permitido, es admisible venir a establecer leyes de violencia a un país cuyo pueblo acaba de derribar todos los legisladores y todas las leyes?

¿Existe una ley por la cual un revolucionario tendría derecho a aplicar las penas más rigurosas a la masa revolucionaria de que se dice defensor, por el simple hecho de que ella ha conquistado, sin esperar su permiso, los bienes por él prometidos: la libertad y la igualdad?

La masa del pueblo insurrecto, ¿puede callarse cuando un revolucionario le arrebata la libertad que acaba de conquistar?

Las leyes de la revolución, ¿ordenan fusilar a un delegado que cree de su deber cumplir el mandato conferido por la masa revolucionaria que lo eligió?

Una revolución, ¿qué intereses debe defender: los del partido o los del pueblo que con su sangre pone en movimiento la revolución?

El Consejo revolucionario militar de la región de Gulaï-Pole está fuera de la dependencia y de la influencia de los partidos; no reconoce más que al pueblo que lo ha elegido. Por tanto, su deber consiste en realizar todo aquello que ese pueblo le encargó y no obstaculizar a ninguno de los partidos socialistas de izquierda en la propaganda de sus ideas. Por consiguiente, en el caso de que la idea bolchevique hubiese tenido éxito entre los trabajadores, el Consejo revolucionario militar –esta organización contrarrevolucionaria desde el punto de vista de los bolcheviques– sería reemplazada por otra organización *más revolucionaria* y bolchevique. Pero en espera de ello, no nos obstaculicéis, no tratéis de sofocarnos.

Si continuáis, *camarada* Dybenko y compañía, la misma política que antes, si la creéis buena y sensata, ejecutad hasta el fin vuestros turbios manejos. Poned fuera de la ley a todos los iniciadores de los Congresos regionales y también de los convocados cuando vosotros y vuestro partido os manteníais en Kursk. Proclamad contrarrevolucionarios a todos los que fueron los primeros en levantar el estandarte de la insurrección y de la Revolución social en Ucrania y obraron en todas partes sin esperar vuestro permiso y sin seguir vuestro programa al pie de la letra. Poned también fuera de la ley a todos los que enviaron sus delegados a los Congresos por vosotros considerados contrarrevolucionarios. Declarad también fuera de la ley a todos los combatientes desaparecidos que tomaron parte sin vuestro permiso en el movimiento insurreccional para la liberación del pueblo trabajador. Proclamad ilegales y contrarrevolucionarios todos los Congresos reunidos sin vuestro permiso... Pero sabed que la Verdad acaba por vencer a la Fuerza. El Congreso no se aparta, a pesar de todas vuestras amenazas, de los deberes que se le

encomendaron, porque no tiene derecho a ello y vosotros tampoco lo tenéis para usurpar los derechos del pueblo.

El Consejo Revolucionario Militar de la Región de Gulaï-Pole.

Presidente: *Tchernoknijny*. -Vicepresidente: *Kogan*. -Secretario: *Karabete*. Miembros del Consejo: *Koval*, *Petrenko*, *Dotzenko* y otros.

Los hechos hasta aquí relatados familiarizan al lector con el ambiente, las tendencias y los conflictos distintivos del movimiento ucraniano de 1917-1921. Los acontecimientos posteriores no son sino su lógica secuela. Por eso han de ser comprendidos fácilmente, sin necesidad de detenerse en ellos. Esto nos permitirá reducir nuestra narración, evitando detalles, para limitarnos a poner de relieve los rasgos esenciales y el verdadero sentido de la epopeya.

Preparativos bolcheviques para una invasión armada de la región libre. La segunda campaña de Denikin.– El conflicto con Dybenko no fue, naturalmente, sino el prólogo del drama que se anunciaba.

Las respuestas del Consejo llevó al colmo la cólera de las autoridades bolcheviques. Y, sobre todo, les probó que debían abandonar toda esperanza de someter *pacíficamente* la región a su dictadura. Desde entonces, los bolcheviques encararon un ataque armado contra la región.

La campaña de prensa contra la makhnovtchina redobló en intensidad. Se imputó al movimiento las peores ignominias, los crímenes más abominables. Se excitó sistemáticamente a las tropas rojas, a la juventud comunista y a la población rusa en general contra los *anarco-bandidos* y los kulaks amotinados. Como anteriormente en Moscú –y más tarde en ocasión de la rebelión de Cronstadt–, Trotzky en persona condujo una encarnizada campaña contra la región libre. Llegado a Ucrania para hacerse cargo de la eventual ofensiva, lanzó, en espera de ella, una serie de artículos ofensivos, el más violento de los cuales apareció en el número 51 de su diario *En Camino*, con el título "*Makhnovtchina*". Según Trotzky, el movimiento insurreccional no era sino una revuelta camuflada de ricos granjeros (kulaks) tendente a establecer su poder en la región. Todos los discursos de makhnovistas y anarquistas sobre la comuna libre de los trabajadores no eran más, según su opinión, que estratagemas de guerra. En realidad, makhnovistas y anarquistas aspiraban a establecer en Ucrania su propia "autoridad anarquista", que resultaría, al fin de cuentas, "en la de los ricos kulaks".

El mismo Trotzky pronunció, poco más tarde, su famosa sentencia afirmando que era preciso acabar, ante todo, con la makhnovtchina. "Vale más –explicaba– ceder toda la Ucrania a Denikin que permitir la expansión del movimiento makhnovista. El movimiento de Denikin, francamente contrarrevolucionario, podrá ser fácilmente comprometido más tarde por conducto de la propaganda de clase, mientras que la makhnovtchina se desarrolla en el fondo de las masas y solivianta justamente a las masas contra nosotros." (Cit. según Archinoff.)

Trotzky sostuvo esta tesis en reuniones de comandantes y jefes militares. Probó así, por una parte, que había advertido perfectamente la esencia

popular revolucionaria del movimiento makhnovista, pero no, de ningún modo, el verdadero carácter del movimiento de Denikin.

Al mismo tiempo, los bolcheviques emprendieron una serie de reconocimientos e investigaciones en la región. Grandes funcionarios y militares de alto grado –Kameneff, Antonoff-Ovseienko y otros– visitaron a Makhno y se dieron a hacer, bajo apariencias de amistad, preguntas y críticas, llegando hasta las insinuaciones y aun a las amenazas desembozadas.

El golpe del ex oficial zarista Grigorieff –no nos detendremos en él, aunque presente cierto interés–, liquidado por los makhnovistas de acuerdo con los bolcheviques, frenó por algún tiempo aquella campaña. Pero no tardó en reanudarse con todo vigor.

En mayo de 1919, los bolcheviques intentaron hacer asesinar a Makhno. El mismo Makhno descubrió el complot, gracias a su astucia y a una dichosa casualidad. Otra casualidad y la prontitud de sus reacciones le permitieron apresar a los organizadores del complot, quienes fueron ejecutados. Más de una vez, por lo demás, camaradas empleados en instituciones bolcheviques advirtieron a Makhno que, en caso de ser llamado, no se presentara en Ekaterinoslav, Kharkov u otra ciudad cualquiera, por tratarse de segura celada donde le esperaría la muerte.

Pero lo peor es que justamente cuando el peligro blanco cobraba mayor gravedad –por los continuos refuerzos considerables que recibía Denikin, sobre todo en el sector enfrentado al makhnovista, al que llegaron gran número de caucasianos–, los bolcheviques cesaron por completo sus suministros. Todas las reclamaciones, los gritos de alarma y las protestas eran inútiles. Los bolcheviques estaban firmemente decididos a aplicar el bloqueo al sector makhnovista, con el fin de destruir, ante todo, la potencia armada de la región. Su designio era muy sencillo: dejar que los makhnovistas fueran aplastados por Denikin, mientras se preparaban para rechazar a éste luego, con sus solas fuerzas.

Pero se engañaron cruelmente en sus cálculos, como se verá. No advirtieron en absoluto la potencia real ni las lejanas miras de Denikin, quien reclutaba metódicamente importantes contingentes en el Cáucaso, en la región del Don y en el Kuban, para una campaña general contra la Revolución. Rechazado hasta el mar por los makhnovistas, meses antes, Denikin se dedicó, con cuidadosa energía, a reagrupar, armar y preparar sus tropas. Su objetivo inmediato era la destrucción del ejército makhnovista, pues los insurgentes de Gulaï-Pole constituían un peligro permanente para su ala derecha.

Los bolcheviques nada sabían de todo ello –o, más bien, nada querían saber–, preocupados sobre todo de la lucha contra la makhnovtchina.

A fines de mayo de 1919, terminados sus preparativos, Denikin inició su segunda campaña, cuya amplitud y vigor sorprendieron no sólo a los bolcheviques, sino también a los makhnovistas. A comienzo de junio, pues, la región libre y toda Ucrania fue amenazada de dos lados a la vez: al Sudeste, por la fulminante ofensiva de Denikin; al Norte, por la actitud hostil de los bolcheviques, que, no había la menor duda, dejarían a aquél aplastar a los makhnovistas y aun le facilitarían la tarea.

El IV Congreso de la región libre. La orden de Trotzky número 1824 y el primer ataque armado de los bolcheviques contra la región libre.– Ante la gravedad de la situación, el Consejo revolucionario militar de Gulaï-Pole convocó a un Congreso extraordinario de campesinos, obreros, guerrilleros y *soldados rojos* de varias regiones de las gobernaciones de Ekaterinoslav, Kharkov, Kherson, Taurida y de la cuenca del Donetz, para el 15 de junio.

Este IV Congreso regional, dramático aun en sus preparativos, debía examinar sobre todo la situación general y los medios de afrontar el peligro mortal creado tanto por la arremetida de Denikin como por la ineptitud de las autoridades soviéticas para emprender lo que fuera a fin de hacerle frente. Otros temas del Congreso lo constituían el problema de la racional distribución de víveres a toda la población y el de autoadministración local en general.

He aquí el llamado dirigido a los trabajadores de Ucrania por el Consejo revolucionario militar.

Convocatoria del IV Congreso extraordinario de delegados de campesinos, obreros y guerrilleros (Telegrama núm. 416).

A todos los comités ejecutivos de los distritos, cantones, comunas y aldeas de las gobernaciones de Ekaterinoslav, Taurida y regiones vecinas; a todas las unidades de la I División insurreccional de Ucrania, llamada del Batko Makhno; a todas las tropas del ejército rojo distribuidas en la región.

En su sesión del 30 de mayo, el Comité ejecutivo del Consejo revolucionario militar, examinada la situación creada en el frente por la ofensiva de las bandas blancas, como asimismo la situación general, política y económica, del Poder soviético, llega a la conclusión de que sólo las masas laboriosas mismas, y no las personalidades ni los partidos, podrán hallarles solución, por lo cual el Comité ejecutivo del C. R. M. de la región de Gulaï-Pole ha decidido convocar, para el 15 de junio, en esta ciudad, un Congreso extraordinario.

Modo de elección: 1º un delegado por cada tres mil representados; 2º los insurgentes y los soldados rojos, un representante por cada unidad de tropas; 3º los estados mayores, el de Makhno, dos delegados; los de brigadas, un delegado por cada una; 4º los comités ejecutivos de distritos, un delegado por cada fracción política; 5º las organizaciones de distritos, que reconocen al soviet como base, un delegado por organización.

Condiciones: a) las elecciones de delegados se realizarán en asambleas generales de todos; b) las reuniones particulares de los soviets o de los comités no enviarán representantes; c) el consejo revolucionario no cuenta con medios; los delegados deberán, pues, procurarse los víveres y el dinero necesarios.

Orden del día: a) informes del Comité ejecutivo y de los delegados; b) situación actual; c) tareas y fines del soviet de delegados de campesinos, obreros y soldados de la región de Gulaï-Pole; d) reorganización del Consejo revolucionario; e) organización militar; f) abastecimiento; g) el problema agrario; h) cuestiones financieras; i) unión obrero-campesina; j) seguridad pública; k) ejercicio de la justicia; l) asuntos corrientes.

Gulaï-Pole, 31 mayo 1919.

Apenas conocido este llamado, los bolcheviques se decidieron a atacar. Mientras las tropas de los insurgentes iban a la muerte para resistir el asalto

furioso de los cosacos de Denikin, los regimientos bolcheviques invadieron el Norte y golpearon por la espalda a los makhnovistas. Al irrumpir en las ciudades ejecutaban a los militantes y destruían las comunas libres y otras organizaciones locales.

Trotzky ordenó el ataque, pues no podía soportar que a dos pasos de “su Estado” subsistiese una región independiente, ni reprimir su cólera y su odio al oír el franco lenguaje de una población que vivía libremente y que en su periódico hablaba de él sin temor ni respeto, como de un simple funcionario del Estado; de él, el *grande*, el *superhombre*, como fuera llamado en Francia y otras partes por sus acólitos. Este hombre limitado, pero monstruosamente orgulloso y malvado; buen polemista y orador devenido, por el desvío de la revolución, dictador militar *infalible* de un país inmenso; este semidiós, ¿podría tolerar la vecindad de un pueblo libre que recibía la influencia y la ayuda de los “bandidos anarquistas”, a quienes él consideraba y trataba como a enemigos personales?

Por lo demás, todo *hombre de Estado*, todo pontífice socialista menos vanidoso y vengativo hubiese actuado como él, que, no lo olvidemos, obraba de perfecto acuerdo con Lenin. Su ilimitado orgullo y su espumarajeante rabia se echan de ver en cada línea de las numerosas órdenes que lanzó contra la makhnovtchina.

He aquí la redactada en respuesta a la convocatoria del IV Congreso:

Orden número 1824 del Consejo Revolucionario Militar de la República.

Kharkov, 4 de junio de 1919

A todos los comisarios militares. A todos los Comités ejecutivos de los distritos de Alexandrovsk, Mariupol, Berdiansk, Bakmut, Paulograd y Kherson.

El Comité Ejecutivo de Gulaï-Pole, de acuerdo con el estado mayor de la brigada de Makhno, trata de convocar para el 15 del mes corriente un congreso de los soviets y de los insurrectos de los distritos de Alexandrovsk, Mariupol, Berdiansk, Melitopol, Bakmut y Pavlograd. Dicho congreso se dirige enteramente contra el poder de los soviets en Ucrania y contra la organización del frente sur donde opera la brigada de Makhno.

Este Congreso no podría llegar a otro resultado que suscitar alguna nueva revuelta infame del género de la de Grigorief y entregar el frente a los blancos, ante los cuales la brigada de Makhno no hace sino retroceder sin cesar, por la incapacidad, los designios criminales y la traición de sus jefes.

1. Por la presente orden queda prohibido ese Congreso, que de ningún modo deberá realizarse.
2. Toda la población campesina y obrera será prevenida oralmente y por escrito de que la participación en dicho Congreso será considerada como un acto de alta traición a la República de los Soviets y su frente.
3. Todos los delegados a dicho Congreso deberán ser arrestados al punto y pasados al Tribunal revolucionario militar del 14º (antes 22) ejército de Ucrania.
4. Las personas que difundan los llamados de Makhno y del Comité ejecutivo de Gulaï-Pole deberán ser igualmente arrestadas.
5. La presente orden adquiere fuerza de ley en el acto de ser telegrafiada, y debe ser ampliamente difundida, fijada en todos los lugares públicos y remitida a los representantes de los Comités ejecutivos de cantones y aldeas, a los de las autoridades soviéticas, a los comandantes y a los comisarios de las unidades militares.

Firmado: *Trotzky*, Pres. del Consejo Revolucionario Militar de la República; *Vatzelis*, Comandante en jefe; *Kochkareff*, Comisario militar de la región de *Kharkov*.

"Este documento es verdaderamente clásico –dice Archinoff–. Quienquiera estudie la Revolución rusa deberá saberlo de memoria. Representa una usurpación tan irritante de los derechos de los trabajadores que es superfluo insistir al respecto."

"*¿Puede haber leyes promulgadas por personas tituladas revolucionarias que les permitan poner a un pueblo más revolucionario que ellas fuera de la ley?"*, plantearon los insurgentes, dos meses antes, en su famosa respuesta a Dybenko. El artículo 2.º de la orden de Trotzky responde claramente que tales leyes pueden existir, como lo prueba la orden número 1824.

"*¿Existe una ley* –insistían los makhnovistas en el mismo documento– *por la cual un revolucionario tendría derecho a aplicar las penas más rigurosas a la masa revolucionaria de que se dice defensor, por el simple hecho de que ella ha conquistado, sin esperar su permiso, los bienes por él prometidos: la libertad y la igualdad?*" El mismo artículo 2º responde afirmativamente: toda la población campesina y obrera es desde ya declarada culpable de alta traición si osa participar en su propio Congreso libre.

"Las leyes de la Revolución, ¿ordenan fusilar a un delegado que cree de su deber cumplir el mandato conferido por la masa revolucionaria que lo eligió?" La orden de Trotzky (artículos 3º y 4º) declara que no sólo los delegados en ejercicio de su mandato, sino también los que no han comenzado aún a ejercerlo, deben ser arrestados para su ejecución, pues ser "pasado al Tribunal revolucionario militar" significa "ser fusilado", como en efecto lo fueron varios jóvenes campesinos: Kostin, Polunin, Dobroluboff y otros, inculpados de haber discutido el llamado del Consejo revolucionario militar de Gulaï-Pole.

Diríase que, con tales preguntas a Dybenko, los insurgentes habían previsto la orden 1824 de Trotzky. Dieron, de todos modos, pruebas de gran perspicacia.

Naturalmente, Trotzky consideraba a Makhno como personalmente responsable de cuanto ocurría en Gulaï-Pole. Ni intentó comprender que el Congreso no fue convocado por el estado mayor de la brigada de Makhno ni por el Comité ejecutivo de Gulaï-Pole, sino por un organismo independiente de ambos: el Consejo revolucionario militar de la región.

Hecho significativo: en su orden 1824, Trotzky insinúa desde ya la *traición* de los jefes makhnovistas, que, decía él, "retroceden sin cesar ante los blancos", omitiendo que él mismo, Trotzky, había ordenado no proveer más municiones a la brigada de Makhno, en las vísperas mismas del avance de Denikin.

Fue una táctica, y también una señal. A los pocos días, él, Trotzky, y toda la prensa comunista, harán hincapié en la pretendida "abertura del frente" a las tropas de Denikin. Y la orden 1824 será seguida por otras muchas, con las que Trotzky empeñará al ejército y las autoridades rojas en la destrucción de la makhnovtchina, por todos los medios y en sus mismas bases. Y dará, de añadidura, órdenes secretas de apoderarse a toda costa de Makhno, de los miembros del Estado mayor y aun de pacíficos militantes que no cumplían en el movimiento sino una actividad educativa. La consigna era someterlos a todos a consejo de guerra y ejecutarlos.

Trotzky sabía, sin embargo, que el frente contra Denikin había sido formado únicamente gracias a los esfuerzos y sacrificios de los campesinos insurgentes, en el momento más emocionante de su rebelión, cuando la región estaba libre de toda especie de autoridad. Lo crearon al Sudeste, valeroso centinela de la libertad conquistada, y durante seis meses opusieron una barrera infranqueable a las más vigorosas corrientes de la contrarrevolución monárquica, con el sacrificio de muchos millares de combatientes, poniendo a contribución los recursos todos de la región y preparándose a defender a ultranza su libertad.

Bien la sabía Trotzky. Pero él necesitaba una justificación formal de su campaña contra el pueblo revolucionario de Ucrania. Y con monstruoso cinismo, insolencia e hipocresía inimaginables dejó que ese frente se hundiera, privándole de armas y municiones, y quitándole todo medio de organización, para poder acusar a los insurgentes de haber traicionado la Revolución y abierto ruta expedita a las tropas de Denikin[3].

El IV Congreso regional proyectado para el 15 de junio no pudo celebrarse, pues bastante antes los bolcheviques y los denikistas penetraron en la región.

Los bolcheviques, actuando donde se hallaban o irrumpiendo de localidades vecinas, entraron a ejecutar por doquiera las órdenes de Trotzky. En Alexandrovsk, por ejemplo, todas las reuniones obreras para el examen del llamado del Consejo y del orden del día del Congreso fueron prohibidas *so pena de muerte*. Y las que, en desconocimiento de la orden, se organizaron, fueron dispersadas por la fuerza armada. Igualmente ocurrió en otras ciudades y poblados. A los campesinos se les trató con menos miramientos aún: en muchos lugares, a los sospechosos de actividad en favor de los insurgentes y del Congreso se les apresó y ejecutó tras una apariencia de juicio. Numerosos campesinos portadores del llamado fueron arrestados, *juzgados* y fusilados, aun antes de ser enterados de la orden 1824.

Ni el estado mayor makhnovista ni Makhno recibieron comunicación alguna de esa orden; se quiso evitar ponerlos en alarma con tiempo, a fin de poder descargar el golpe sobre seguro y de improviso. Sólo incidentalmente pudieron enterarse de ella tres días después de su publicación. Makhno reaccionó en el acto: despachó a las autoridades bolcheviques un telegrama

[3] En España, más tarde (1936-39), los comunistas emplearon la misma táctica e iguales procedimientos. Conozco un caso en todos sus detalles: Cerca de Teruel, una brigada bolchevique aseguraba el frente contra Franco junto a una brigada anarquista de cerca de 1.500 hombres, cuyo aniquilamiento facilitó aquélla replegándose voluntaria y secretamente una noche. Y así, a la mañana siguiente, los fascistas se precipitaron por la brecha y cercaron a la brigada anarquista, de cuyos 1.500 hombres sólo se salvaron 500, abriéndose paso a fuerza de granadas y pistolas. Los otros 1000 fueron masacrados. Y los comunistas acusaron a los anarquistas de traidores por haber abierto el frente al avance de Franco.

anunciando su voluntad de abandonar el cargo de comandante a causa de la situación creada. No obtuvo respuesta.

Los bolcheviques le abren el frente a Denikin para permitirle invadir la región libre. La arremetida denikista. Medida extraordinaria de Makhno para afrontar la situación.– Llegamos ahora a la primera situación excepcionalmente dramática de la epopeya makhnovista, que sometió a dura prueba a Makhno, a los comandantes de las unidades de su ejército, al conjunto de los insurgentes ya toda la población. Y si este primer acto del drama terminó en honra de todos ellos, fue sobre todo gracias a las excepcionales cualidades, el sublime valor y la notable autodisciplina de cuantos participaron en él.

Días antes de la publicación de la orden 1824, comprobó Makhno que los bolcheviques habían desguarnecido el frente en el sector de Grichino, ofreciendo a las tropas de Denikin libre acceso ala región de Gulaï-Pole por el flanco nordeste, y la comunicó al punto al estado mayor y al Consejo. Las hordas de los cosacos, en efecto, irrumpieron en la región, *no por el lado defendido por los makhnovistas, sino a su izquierda, donde estaban dispuestas las tropas rojas.*

La situación se hizo, así, trágica. El ejército makhnovista, que mantenía el frente en la línea Mariupol-Kuteinikovo-Taganrog, se vio envuelto por las tropas de Denikin, que invadieron en grandes masas el corazón mismo de la región.

Por más que los campesinos de toda esa zona habían enviado, desde el mes de abril, gran número de voluntarios a Gulaï-Pole, *no había con qué armarlos*, pues los bolcheviques, como hemos visto, a pesar del acuerdo concertado, cortaron a los insurgentes todo aprovisionamiento y sabotearon la defensa de la región. Mordiendo rabia, el estado mayor makhnovista se vio en la necesidad de devolver a los voluntarios. Consecuencia fatal de ello fue el avance denikista.

En una sola jornada, los campesinos de Gulaï-Pole formaron un regimiento destinado a la defensa de la población. Debieron armarse para el efecto de utensilios primitivos: hachas, picas, viejas carabinas, fusiles de caza, etc..., Se pusieron en marcha al encuentro de los cosacos, tratando de detener su avance. A quince kilómetros aproximadamente de Gulaï-Pole tropezaron con importantes fuerzas de cosacos del Don y del Kuban, y entablaron contra ellos una lucha encarnizada y heroica, en la cual sucumbieron casi todos, con su comandante, B. Veretelnikof, obrero de las fábricas Putilof de Petrogrado, originario de Gulaï-Pole. Entonces una verdadera avalancha de cosacos desbordó sobre Gulaï-Pole y la ocupó el 6 de junio de 1919. Makhno, con el estado mayor y un destacamento con una sola batería, retrocedió hasta la estación de Gulaï-Pole, a unos siete kilómetros, más o menos, del pueblo; pero al atardecer se vio obligado a abandonarla. Habiendo reorganizado esa noche las fuerzas de que podía disponer aún, Makhno emprendió a la mañana siguiente un contraataque y desalojó al enemigo. Pero no quedó dueño de la población sino muy poco tiempo: una nueva oleada de cosacos le obligó a abandonarla definitivamente (P. Archinoff, ob. cit., cap. VII).

Los bolcheviques, en tanto, aunque habían abierto el frente a los blancos y dado órdenes confidenciales contra los makhnovistas, continuaron fingiéndoles amistad, como si en nada hubiese variado la situación, lo que fue una maniobra para apoderarse de los guías del movimiento, sobre todo de Makhno.

El 7 de junio –a los tres días de la fecha de la orden 1824 y a dos de su recepción por las autoridades locales–, el comando supremo bolchevique envió a Makhno un tren blindado, recomendándole resistir “hasta el último extremo” y prometiéndole otros refuerzos. En efecto, a los dos días llegaron algunos destacamentos rojos a la estación de Gaitchur, hacia la parte de Tchaplino, a unos veinte kilómetros de Gulaï-Pole, acompañados por el comandante en jefe Vorochiloff (el futuro comisario de guerra), Mejlauk, comisario en el ejército, y otros altos funcionarios comunistas. Se estableció estrecho contacto, en apariencia, entre el comando rojo y el de los insurgentes y se creó una especie de estado mayor común. Vorochiloff y Mejlauk invitaron a Makhno a instalarse en su tren blindado, a pretexto de dirigir de concierto las operaciones.

No se trataba sino de una infame comedia. *En ese mismo momento, Vorochiloff tenía en su poder orden de Trotzky de apoderarse de Makhno y demás jefes de la makhnovtchina, desarmar las tropas insurgentes y fusilar sin merced a quienes intentaran la menor resistencia*, para cuyo cumplimiento esperaban la ocasión propicia.

Makhno fue advertido por algunos amigos del peligro que corrían él, el entero ejército y toda la obra revolucionaria. Su situación no podría ser más difícil. Por una parte, quería evitar a toda costa choques sangrientos que habrían de ocurrir fatalmente ante el enemigo; pero no podía, por otra parte, sacrificar sin lucha a sus camaradas, su ejército y la entera causa. Buscó una solución satisfactoria y la encontró.

Todo sopesado, adoptó dos decisiones capitales: primero, abandonar –momentáneamente– el cargo de comandante del ejército insurreccional; segundo, invitar a todas las unidades de su ejército, a permanecer en sus emplazamientos y aceptar *–momentáneamente–* el comando rojo, a la espera del momento propicio para la reanudación de la lucha emancipadora.

Dos días después ejecutó esta doble maniobra a la letra, con finura, sangre fría y habilidad extraordinarias. Y, sin ruido, se alejó de Vorochiloff y Mejlauk. Declaró a su estado mayor que, por el momento, su acción en las filas como simple combatiente era de mayor utilidad. Y envió al comando superior soviético la declaración siguiente:

Estado mayor del XIV Ejército, Vorochilof, Trotzky, presidente del consejo revolucionario militar; Kharkov, Lenin, Kamenef, Moscú:

A consecuencia de la orden 1824 del Consejo Militar revolucionario de la República envié al estado mayor del II Ejército y a Trotzky un despacho con ruego de dispensarme del puesto que ocupo actualmente. Ahora reitero mi pedido, y he aquí las razones en que creo deber fundarlo. A pesar de que he hecho la guerra, con los guerrilleros, sólo a las bandas de los blancos de Denikin, no predicando al pueblo sino el amor a la libertad y a la acción propia, toda la prensa soviética oficial, así como la del partido bolchevique, difunden contra mí rumores indignos de un revolucionario. Se me quiere hacer pasar por

bandido, cómplice de Grigorief, conspirador contra la República de los soviets, con el fin de restablecer el orden capitalista. En un artículo titulado "*La Machnovtchina* (*En Camino*, núm. 51), Trotzky plantea la pregunta: "¿Contra quién se levantan los insurrectos makhnovistas?" y se ocupa de demostrar que en realidad la makhnovtchina no es sino un frente de batalla contra el poder de los soviets, sin decir una palabra del verdadero frente contra los blancos, de una extensión de más de cien kilómetros, donde los insurgentes han sufrido desde hace seis meses, y sufren todavía, pérdidas enormes. La orden 1824 me declara "conspirador contra la República de los soviets" y "organizador de una rebelión al estilo de Grigorief".

Creo ser derecho inviolable de los obreros y los campesinos, derecho conquistado por la revolución, la convocación por sí mismos de un congreso para debatir y decidir sus asuntos. Por ello, la prohibición de la autoridad central de convocar tales congresos y la declaración que los proclama ilícitos (orden 1824) son una violación directa e insolente de los derechos de las masas laboriosas.

Comprendo perfectamente el punto de vista de las autoridades centrales respecto a mi. Estoy íntimamente convencido de que esas autoridades consideran el movimiento insurreccional como incompatible con su actividad estatal. Al mismo tiempo ellas creen que este movimiento está estrechamente ligado a mi persona y me honran con todo el resentimiento y todo el odio que experimentan hacia el conjunto movimiento insurreccional. Nada podría demostrarlo mejor que el mencionado artículo de Trotzky, en el cual, al acumular a sabiendas calumnias y mentiras, da pruebas de animosidad personal contra mí.

Esta actitud hostil, hecha actualmente agresiva, de las autoridades centrales hacia el movimiento insurreccional lleva ineluctablemente a la creación de un frente interior particular, a ambos lados del cual se encontrarán las masas laboriosas que tienen fe en la revolución. Considero esta eventualidad como un crimen inmenso hacia el pueblo trabajador, crimen imperdonable, que creo de mi deber hacer todo lo posible por evitarlo. El medio más eficaz de evitar que las autoridades centrales cometan tal crimen es, en mi opinión, el abandono del cargo que ocupo. Supongo que, hecho esto, las autoridades centrales cesarán de sospecharnos, a mí y a los insurgentes, como conspiradores antisoviéticos y acabarán por considerar la insurrección ucraniana como un fenómeno importante, manifestación viva y actuante de la Revolución social, y no como un movimiento hostil, con el que no se ha tenido, hasta el presente, sino relaciones de desconfianza y astutas que han llegado hasta el indigno regateo de alguna porción de municiones y a menudo al sabotaje mismo del aprovisionamiento, lo que ha causado a los insurgentes grandes pérdidas en hombres y en territorio, cosas que habrían podido ser fácilmente evitadas si las autoridades centrales hubiesen adoptado otra actitud.

Pido, pues, que se disponga tomar posesión de mi cargo.

Batko Makhno

Estación de Gaitchur, 9 de junio de 1919.

Entre tanto, las unidades insurgentes que se hallaban más allá de Mariupol debieron retroceder hasta Pologui y Alexandrovsk.

Al recibo de la declaración de Makhno, a quien suponían aún en Gaitchur, los bolcheviques despacharon hombres no para hacerse cargo de su puesto, sino para apresarlo, como lo hicieron traidoramente con el jefe del estado mayor, Oseroff, sus integrantes Mikhaleff-pavlenko y Burbyga, y varios miembros del Consejo revolucionario militar, a quienes ejecutaron. Este fue el comienzo de otras muchas ejecuciones de makhnovistas caídos en poder de los bolcheviques en múltiples lugares.

Pero Makhno se les escapó. Pudo librarse diestramente de los envolventes tentáculos bolcheviques sobre Gaitchur, deslizándoseles entre los dedos, y partió a rienda suelta hacia Alexandrovsk, al encuentro de sus tropas allí destacadas. Makhno sabía, por sus amigos, que los bolcheviques, aun creyéndole en Gaitchur, enviarían su remplazante precisamente a Alexandrovsk. Y allí, sin pérdida de momento, entregó oficialmente la división y el comando al nuevo jefe, quien, recién nombrado, no había recibido todavía ninguna orden concerniente a Makhno personalmente. "El se empeñó en hacerlo así –comprueba Archinoff–, deseoso de dejar abierta y honestamente su puesto, con el fin de que los bolcheviques no tuviesen pretexto alguno para acusarle de nada en cuanto a los asuntos de la división de su comando. Forzado a aceptar el duro juego que se le impuso, Makhno supo sortearlo con honor."

Y luego realizó su último acto esforzado. Dirigió una circunstanciada proclama al Ejército insurreccional, explicando la nueva situación. En ella declaraba que debía abandonar *por el momento* su puesto de comandante y encarecía a los insurgentes el combatir con la misma energía contra las tropas de Denikin, sin turbarse por el hecho de estar, durante cierto tiempo, bajo el comando de los estados mayores bolcheviques. Los insurgentes comprendieron.

Casi todas sus unidades permanecieron en sus emplazamientos, declararon reconocer el comando rojo y aceptaron su incorporación al ejército bolchevique. Los bolcheviques creyeron haber triunfado.

No sabían que, simultáneamente, de acuerdo con Makhno, los más fieles comandantes de los regimientos insurgentes se concertaron clandestinamente en el solemne empeño de esperar el momento propicio para reunirse de nuevo a las órdenes de Makhno, cuando ello no hiciera peligrar el frente externo. Decisión que no trascendió. Y Makhno desapareció, acompañado de un pequeño destacamento de caballería.

Los regimientos de insurgentes, transformados en regimientos rojos, a las órdenes de sus jefes habituales: Kalachnicoff, Kurilenko, Budanoff, Klein, Dermendji y otros, continuaron haciendo frente a las tropas de Denikin, impidiéndoles ganar Alexandrovsk y Ekaterinoslav.

El fulminante avance de Denikin. Los bolcheviques abandonan la lucha en Ucrania. Makhno reanuda la acción a riesgo propio.– Los bolcheviques, ya lo hemos dicho, seguían sin advertir las verdaderas proporciones de la campaña de Denikin.

Apenas días antes de la caída de Ekaterinoslav y Kharkov, declaraba Trotzky que Denikin no representaba una seria amenaza y que Ucrania no estaba de modo alguno en peligro. Y al siguiente día hubo de cambiar de opinión, reconociendo que Kharkov se hallaba gravemente amenazada. Y a fines de junio cayó Ekaterinoslav, y quince días después, Kharkov.

Los bolcheviques no pensaron en retomar la ofensiva, ni siquiera organizar la defensa: se contrajeron a evacuar Ucrania, retirándose hacia el

Norte, llevándose cuantos hombres y material rodante les fuera posible. Manifiestamente, los bolcheviques abandonaban Ucrania a su suerte, librada a las tropelías de la reacción.

Makhno juzgó que ése era el momento oportuno para retomar la iniciativa de la lucha y actuar, de nuevo, como guía de una fuerza revolucionaria independiente. Para ello se vio obligado a luchar contra Denikin y contra los bolcheviques.

Los destacamentos insurgentes, provisoriamente sometidos al supremo comando bolchevique, recibieron la palabra de orden esperada: destituir a los jefes bolcheviques, abandonar el ejército rojo y reagruparse a las órdenes de Makhno.

En este punto comienza el segundo acto del drama popular ucraniano, que ha de prolongarse hasta enero de 1920.

Reorganización del ejército insurreccional. La ofensiva decisiva de Denikin. Tentativas contra su avance. El ejército insurreccional se hace imponente.– Aun antes de que los regimientos makhnovistas hubiesen podido reunirse a Makhno, ya éste había formado un nuevo ejército insurreccional.

La nueva situación era extrañamente parecida a la subsiguiente a la invasión austroalemana.

La actitud de las tropas de Denikin y de los antiguos propietarios que habían vuelto con ellas, con respecto a la población laboriosa, fue, como ya lo adelantamos, insolente y brutal al extremo. Apenas instalados, se dedicaron a restaurar el régimen absolutista y feudal. Sobre aldeas y ciudades se abatió, implacable, el terror blanco, con las consiguientes terribles represalias.

La respuesta no se hizo esperar. Huyendo en gran número, sobre todo los campesinos, se pusieron en busca de Makhno, a quien consideraban, muy naturalmente, como el hombre capaz de reanudar la lucha contra los nuevos opresores. En menos de quince días se constituyó, bajo su dirección, un nuevo ejército. Las armas de que podía disponer eran insuficientes; pero, en eso, empezaron a llegar los regimientos de base, que, a la voz de orden de reagruparse, acababan de abandonar el ejército rojo. Llegaban unos tras otros, no sólo plenos de energías y de combativo ardor, sino bien provistos también de armas y municiones, pues traían cuanto armamento habían podido cargar. El comando bolchevique, desprevenido, en plena retirada y temeroso de un cambio de actitud de sus propias tropas, no pudo oponerse a esa acción audaz. Algunos regimientos rojos hicieron causa común con los makhnovistas y engrosaron provechosamente las filas del ejército insurreccional.

Con tales tropas, Makhno se consagró, primeramente, a contener a las divisiones de Denikin. Retrocedía palmo a palmo, procurando orientarse y aprovechar la primera ocasión favorable para intentar asumir la ofensiva. Pero los denikistas vigilaban, recordando las inquietudes, pérdidas y derrotas que los makhnovistas les habían ocasionado el invierno anterior. Un cuerpo de ejército, integrado por varios regimientos de caballería, de infantería y de artillería, fue dedicado a combatirlos.

Aunque replegándose lentamente ante las superiores fuerzas enemigas, el ejército insurreccional fue adquiriendo un aspecto muy especial, que conviene poner de relieve.

Irritado por la resurrección y tenaz resistencia de los makhnovistas, que trababa y retardaba fastidiosamente su avance, Denikin hacía la guerra no sólo al ejército de Makhno como tal, sino a toda la población campesina: además de los desmanes y violencias habituales, las aldeas que lograba ocupar eran puestas a fuego y sangre; se saqueaba las viviendas, antes de ser incendiadas; se fusilaba a centenares de campesinos; se maltrataba a las mujeres, y las judías, muy numerosas en las aldeas ucranianas, eran casi todas violadas, especialmente en Gulaï-Pole.

Este género de *guerra* obligaba a la población de las aldeas amenazadas por la aproximación de los denikistas a abandonar sus hogares y huir. Y así el ejército makhnovista acabó por ser seguido en su retirada por millares de familias campesinas, con su escaso ganado y sus líos. ¡Un verdadero éxodo campesino! Una enorme masa de hombres, mujeres y niños, rodeando y siguiendo al ejército en su lenta retirada hacia el Oeste, se extendió poco a poco por centenares de kilómetros.

Llegado el ejército de Makhno al comienzo de su fabulosa retirada, yo pude ver y seguir los movimientos de este pintoresco “reino rodante”, como se le designó más tarde.

El verano de 1919 fue de excepcional sequía en Ucrania. Por los polvorientos caminos y los campos linderos, este mar humano se movía lentamente, en revuelta confusión con el ganado (sobre todo vacuno), vehículos de toda clase y los servicios de aprovisionamiento, intendencia y sanidad.

El ejército propiamente dicho se mantenía apartado de este conglomerado, conservando estrictamente la ruta, salvo las unidades en lucha para cubrir y proteger la retirada, especialmente la caballería, distante casi constantemente. La infantería que no se hallaba en combate abría la marcha del ejército, desplazándose en *tatchankas*, con tiro de dos caballos, el conductor y dos combatientes cada una, De tanto en tanto, uno de estos vehículos, típicos de la región, provisto de ametralladora. La artillería cerraba la marcha.

Una gran bandera negra ondeaba en la primera tatchanka. “Libertad o muerte”, “La tierra, para los campesinos; las fábricas, para los obreros”, se leía en una faz y otra de la bandera, en plateado bordado.

A pesar de las dramáticas circunstancias, los peligros y combates casi cotidianos, este pueblo en marcha se hallaba pleno de ánimo y coraje. Todos participaban en los diversos servicios del ejército, tomando a pecho la suerte de todos, contraídos a su particular desempeño. De tanto en tanto, a lo largo de la extensa columna, resonaban cantos populares o revolucionarios, que millares de voces solían corear.

Al llegar a una aldea se acampaba hasta recibir orden de reanudar la marcha, iniciada sin demora, siempre hacia el Oeste, siempre seguida por los ecos de los combates librados en torno a este reino rodante.

En el curso de esta retirada, que duró casi cuatro meses, millares de estos fugitivos se apartaban para partir a la ventura, dispersándose así a través de

toda Ucrania, la mayor parte de los cuales perdieron para siempre sus hogares y sus míseros bienes. Algunos lograron formar un nuevo hogar; muchos perdieron la vida, por agotamiento y enfermedades o caídos en poder de los blancos.

El ejército insurgente trató primeramente de atrincherarse en el Dnieper, cerca de la ciudad de Alexandrovsk. Por cierto tiempo conservó el dominio del famoso puente de Kitchkass (uno de los más importantes de Rusia), de gran valor estratégico. Pero bien pronto, desbordado por las fuerzas muy superiores del enemigo, hubo de abandonarlo y replegarse hacia Dolinskaia y luego hacia la ciudad de Elisabethgrad.

Entre tanto, las pocas tropas rojas que habían quedado dispersas por Ucrania, y sobre todo en Crimea, completamente desmoralizadas por la actitud del comando bolchevique, perdieron toda importancia militar. Los soldados consideraban la huida de Ucrania de las autoridades bolcheviques como una defección a la causa revolucionaria, y varios jefes expresaron su desconfianza respecto al alto comando. Poco menos que abandonadas por las autoridades, esas tropas se consumían en la inactividad, la duda y la angustia. Para esos hombres, Makhno era la única esperanza revolucionaria. Y hacia él se volvían de más en más las miradas de cuantos aspiraban a defender, en su terreno, la libertad.

Finalmente, en julio, casi todos los regimientos rojos que quedaban en Crimea se insurreccionaron, destituyendo a sus jefes, y se pusieron en marcha para incorporarse a las tropas de Makhno. Esta acción fue inteligentemente preparada y realizada por los comandantes makhnovistas ya nombrados, que habían permanecido provisoriamente en las filas del ejército rojo, quienes partieron, al llegar la orden convenida, no sólo con los destacamentos de origen insurreccional, sino también con la casi totalidad de las tropas bolcheviques. A marchas forzadas, trayendo cautivos a sus anteriores jefes (Kotcherguin, Dybetz y otros) y gran cantidad de armas y municiones, estos regimientos –numerosos y descansados, bien organizados y plenos de entusiasmo tras de su revuelta– se dirigían a la estación de Pomostchnaia, en procura de Makhno.

Fue un golpe asaz duro para los bolcheviques, pues redujo casi a nada su poder militar en Ucrania.

La conjunción se verificó, a principios de agosto, en Dobrovelitchkovka, importante localidad de la gobernación de Kherson. El ejército de Makhno se hizo, así, imponente. Ya estaba en condiciones de encarar una acción militar de gran envergadura, con posibilidades de victoria.

Apenas operada la conjunción, Makhno, hasta entonces en retirada, se detuvo, sobre todo para reagrupar sus tropas. De todos lados acudían voluntarios. Protegido por vanguardias en torno al distrito ocupado –entre Pomostchnaia, Elisabethgrad y Voznessensk– procedió a la reorganización definitiva de su ejército, de cerca de 20.000 combatientes, que fueron distribuidos en cuatro brigadas de infantería y de caballería, una división de artillería y un regimiento de ametralladoras. La caballería, comandada por Stchuss, disponía de dos a tres mil sables, y el regimiento de ametralladoras llegó a disponer, en ciertos momentos, hasta 500. Una escuadra de 150 a 200 jinetes se constituyó en unidad especial para acompañar constantemente a Makhno en sus desplazamientos, expediciones y otras diversas empresas guerreras.

Terminado el reagrupamiento, Makhno lanzó una vigorosa ofensiva contra las tropas de Denikin. La lucha fue de lo más encarnizado. A la vuelta de sucesivos encuentros, el ejército denikista fue rechazado a 50 y hasta 80 kilómetros hacia el Este. Pero bien pronto empezaron a escasear las municiones, a tal punto que, de cada tres ataques, dos eran para procurárselas como botín. Por otra parte, Denikin lanzaba a la batalla reservas frescas en gran número, decidido a aplastar a toda costa al ejército insurreccional, para poder marchar con seguridad rumbo a Moscú. Para colmo de desgracias, los makhnovistas debieron afrontar, al mismo tiempo, a algunas tropas bolcheviques que, desde Odesa y Crimea, se abrían paso por Ucrania hacia el Norte, combatiendo contra todas las fuerzas armadas que hallaban de camino. E invariablemente chocaban con las tropas makhnovistas.

La situación se hizo finalmente insostenible, y Makhno se vio obligado a dejar la región, retrocediendo hacia el Oeste. Así comenzó su famosa retirada por más de 600 kilómetros, de la región Bakhmut-Mariupol hasta los confines de la gobernación de Kiev, que duró cerca de dos meses, de agosto a fines de septiembre de 1919.

La gran retirada del ejército insurreccional. Su cercamiento definitivo. La batalla de Peregonovka. La victoria de los makhnovistas y su fulminante retorno ofensivo.– Es imposible relatar los pormenores de este episodio. Limitémonos, pues, a lo esencial.

Era evidente designio de Denikin cercar completamente al ejército makhnovista y aniquilarlo totalmente. Lanzó contra él sus mejores regimientos, algunos de ellos exclusivamente integrados por jóvenes oficiales que odiaban particularmente a “esa chusma de mujiks”. Entre ellos, el primer regimiento de Simferopol y el segundo de Labinsky se distinguían por su bravura, su acometividad y su feroz energía. Combates encarnizados, de inaudita violencia, se libraban casi a diario. Fue, en verdad, una ininterrumpida batalla de dos meses, de excepcional dureza para ambas partes.

Encontrándome, durante toda la retirada, en el ejército de Makhno –integrando con Archinoff y otros tres camaradas la Comisión de propaganda y de educación–, recuerdo patentemente esos días vividos en interminable pesadilla.

Las cortas noches de verano permitían sólo breve descanso a los hombres y las cabalgaduras, interrumpido con las primeras luces del día por el estruendo de la metralla, las explosiones de obuses y el múltiple resonar de cascos al galope... Los denikistas aparecían, como todos los días, en procura de cerrar, sobre los insurgentes, su cerco de hierro y fuego. Recomenzaban, vuelta a vuelta, su maniobra, estrechando mayormente a las tropas de Makhno, cuyo espacio disponible disminuía por momentos. Los diarios combates, que llegaban a atroces cuerpo a cuerpo, se sucedían al frente y a los flancos del ejército makhnovista, para no cesar sino al entrar la noche, aprovechada por los insurgentes para retroceder, con tiempo contado, por un corredor, de vez en vez más estrecho, y así se lograba evitar sucesivamente

el definitivo cerco. Y con el nuevo día, otra vez a afrontar al implacable enemigo, siempre apunto de completar el perseguido cerco. Y eso un día tras otro, semana tras semana.

Los insurgentes carecían de vestimenta, de calzado y a menudo hasta de víveres. Soportando el tórrido calor, bajo un cielo plomizo y una granizada de balas y obuses, se iban alejando de su país, hacia regiones y destinos ignorados.

A fines de agosto, el ejército de Denikin, que ya presionaba tan fuertemente, fue reforzado con nuevas tropas procedentes de Odesa y Vomessensk. Con el grueso de las fuerzas ya en marcha hacia Orel, no lejana de Moscú, rechazando al ejército rojo, Denikin se empeñó en desembarazarse de los makhnovistas cuanto antes. Con ellos en la retaguardia no podía sentirse seguro.

La situación empeoraba de día en día. Pero Makhno no desesperaba. Continuaba, de momento, sus hábiles maniobras de retirada. Los combatientes, animados por un ideal, conscientes de su cometido y de batirse por la propia causa, realizaban todos los días increíbles proezas de coraje y de resistencia.

Se decidió entonces dejar la proximidad de las vías férreas, por las que se había efectuado hasta el momento la retirada. Y hubo que hacer saltar los trenes blindados recientemente quitados a los denikistas, entre ellos uno formidable: el famoso *Invencible*.

La retirada continuó por caminos vecinales, de aldea en aldea, cada vez más difícil, fatigosa, exasperante. Pero ni por un instante cedió el coraje entre los insurgentes, íntimamente esperanzados de triunfar sobre el enemigo. Soportaban valerosamente los rigores de la situación, con inquebrantable tenacidad, tensa al extremo la voluntad, bajo el terrible fuego continuado del enemigo, hechos un solo nudo de firmeza con su guía y camarada amado.

En cuanto a Makhno, noche y día de pie, interrumpiendo apenas su intensa actividad con escasas horas de sueño, cubierto de polvo y sudor, siempre infatigable, recorriendo constantemente el frente, vigilándolo todo, animando a los combatientes y con frecuencia lanzándose ardientemente a la refriega, él no pensaba sino en el momento de poder, aprovechando un error del enemigo, descargarle un golpe decisivo. Con mirada atenta espiaba todos los movimientos de los denikistas, enviaba sin cesar en toda dirección patrullas de reconocimiento y recibía hora tras hora informes precisos. Bien sabía que el menor error de su parte podría ser fatal para el ejército todo, para la entera causa. Y, sabiendo igualmente que el continuado avance de las tropas de Denikin hacia el Norte hacía vulnerable su retaguardia en la medida de la progresiva extensión de su frente, esperaba su hora.

Hacia mediados de septiembre, el ejército insurreccional alcanzó la ciudad de Uman, gobernación de Kiev, en poder de los petluristas.

Petlura se hallaba en estado de guerra con Denikin, quien por el momento, en su marcha hacia Moscú, descuidó el oeste de Ucrania, contando apoderarse fácilmente de él luego de la derrota de los bolcheviques.

¿Cuál seria la actitud de los petluristas frente a los makhnovistas? ¿Cuál debía ser la de éstos con aquéllos? ¿Habría que atacarlos? ¿Habría que pedirles libre paso por su territorio y la ciudad, sin lo cual era imposible proseguir la retirada? ¿Habría que proponerles la unión para combatir juntamente a los denikistas? ¿O, simplemente, proponerles una neutralidad, para obtener de ella las mayores ventajas luego? Todo sopesado, esta solución parecía ser la más indicada.

Observemos que en ese momento el ejército insurreccional tenía cerca de 8.000 heridos, privados, en las condiciones creadas, de todo auxilio médico. Además, constituían una impedimenta enorme, que dificultaba grandemente los movimientos y las operaciones militares. El estado mayor tenía intención de solicitar a las autoridades de la ciudad que recogieran y cuidaran en los hospitales locales por lo menos a los heridos graves. Por feliz coincidencia, en el momento mismo que se trataban estos problemas llegó una delegación de Petlura para declarar que, hallándose en guerra con Denikin, se deseaba evitar la formación de un nuevo frente contra los makhnovistas, coincidiendo con los deseos de éstos. Así se concertó un pacto, por el que ambas partes se comprometían a observar recíprocamente una estricta neutralidad militar. Y, de añadidura, los petluristas consintieron en recibir en sus hospitales a los heridos makhnovistas.

El pacto estipulaba que esta neutralidad estrictamente militar y sólo concerniente a la situación del momento no imponía a los pactantes obligación ni restricción alguna de orden político o ideológico. Habiendo intervenido en las tratativas, yo hube de subrayar expresamente la importancia de tal cláusula. Los makhnovistas sabían que la *masa* petlurista sentía hacia ellos mucha simpatía y daba oídos a su propaganda. Se trataba, pues, de tener margen para ejercer sin inconvenientes influencia entre esa masa, lo que eventualmente podría serles de gran ayuda. Así se apresuraron a imprimir un manifiesto, titulado “¿Quién es Petlura?”, que lo desenmascaraba como defensor de las clases acomodadas, como enemigo de los trabajadores.

Las autoridades petluristas, aun siendo decididas enemigas de los makhnovistas, tenían múltiples razones para observar ante éstos una actitud de extrema prudencia. Su neutralidad era más ficticia que real –los makhnovistas lo sabían–, y era de tener en cuenta la posibilidad de un entendimiento con los denikistas para aplastar a los insurgentes. Para éstos se trataba sobre todo de ganar unos días, desembarazarse de los heridos y de evitar un inmediato ataque por la espalda, para no verse de improviso en un bolsón sin salida. Objetivos que fueron logrados. Pero, por otra parte, las sospechas de los makhnovistas se confirmaron plenamente.

Según el pacto, el ejército insurreccional tenía derecho a ocupar un territorio de diez kilómetros cuadrados, cerca de la aldea Tekutche, próxima a Uman. Las fuerzas de Petlura se hallaban dispersas al Norte y al Oeste; las de Denikin se hallaban al Este y al Sur, del lado de Golta.

Ahora bien: a los pocos días de la concertación del pacto los makhnovistas recibieron informes de que se andaba en tratos entre ambos campos adversarios para convenir un plan conjunto tendente a cercar las tropas de Makhno y exterminarlas. Y días más tarde, justamente la noche del 24 al 25 de septiembre, los exploradores makhnovistas advirtieron que cuatro o cinco regimientos denikistas estaban a retaguardia de los insurgentes, al Oeste,

donde no podían haber llegado sino a través del territorio ocupado por los petluristas; con la ayuda, pues, o por lo menos el consentimiento de éstos.

Al atardecer del 25 de septiembre, los makhnovistas estaban completamente cercados por las tropas de Denikin, cuya mayor parte permanecía concentrada al Este, pero una fuerte barrera de ellas estaba tendida a espalda de los insurgentes, con Uman en poder de los denikistas, que estaban ya en tren de buscar y acabar con los heridos makhnovistas, distribuidos en hospitales y casas privadas.

Una orden lanzada por el comando denikista, algunos de cuyos ejemplares llegaron al estado mayor makhnovista, decía: “Las bandas de Makhno están cercadas. Están completamente desmoralizadas, desorganizadas, hambreadas y sin municiones. Ordeno atacarlas y aniquilarlas en un plazo de tres días.” La firmaba el general Slastchoff, comandante en jefe denikista en Ucrania (pasado más tarde a servicio de los bolcheviques).

Toda retirada era imposible ahora para los makhnovistas. Había llegado el momento de librar la batalla decisiva. La suerte del ejército insurreccional, de todo el movimiento, de la causa toda, dependía de esta suprema batalla.

La batalla de Uman señaló la terminación de la retirada del ejército insurreccional. Era imposible escapar esta vez: la tenaza se había cerrado sobre los insurgentes.

Entonces Makhno declaró con la mayor sencillez que la retirada mantenida hasta ese día sólo había sido una forzada estrategia y que la verdadera guerra comenzaría, a más tardar, al día siguiente, 26 de septiembre. Tomó todas las disposiciones para el combate y esbozó las primeras maniobras.

Al anochecer del 25 de septiembre, las tropas makhnovistas, que hasta entonces habían marchado hacia el Oeste, cambiaron bruscamente de dirección, moviéndose hacia el Este, contra el grueso del ejército denikista. El primer encuentro se produjo, a noche avanzada, cerca de la aldea de Krutenkoie, entre la primera brigada makhnovista y las vanguardias de Denikin, que retrocedieron en procura de mejores posiciones y sobre todo con intención de arrastrar al enemigo, en su seguimiento, hacia el grueso del ejército. Pero los makhnovistas no se dejaron atraer.

Como Makhno lo esperaba, esta maniobra engañó al enemigo, que consideró el ataque como una especie de reconocimiento o diversivo, afirmándose en la convicción de que la marcha de los insurgentes continuaría en dirección Oeste. Y se aprestó a caerles por la espalda en Uman y aplastarlos en la ratonera armada. Ni por un instante admitía que el ejército insurreccional osase atacar sus fuerzas principales. La maniobra de Makhno pareció confirmar tales apreciaciones. Y por ello no se preparó para la eventualidad de un ataque frontal.

Tal fue, precisamente, el plan de Makhno. Su razonamiento era muy sencillo: de cualquier modo, el ejército estaba perdido si no lograba romper el cerco enemigo, cuya ruptura era ahora la única posibilidad de salvación, por mínima que fuera; había que intentarla, pues, lanzando todo el ejército contra el de Denikin, al Este, en la esperanza de aplastarlo. La maniobra de la víspera no tuvo otro fin que el de engañar la vigilancia del enemigo.

En la noche del 26 de septiembre, todas las fuerzas makhnovistas se pusieron en marcha hacia el Este. Las fuerzas principales del enemigo estaban concentradas en las proximidades de la aldea Peregonovka, en poder de los insurgentes.

El combate se trabó entre las tres y las cuatro de la mañana. Fue en crescendo y llegó a su punto culminante hacia las ocho. Se produjo entonces un verdadero huracán de metralla. Makhno, con su escolta de jinetes, había desaparecido desde la caída de la noche, tratando de rodear al enemigo, y durante toda la batalla no se habían tenido noticias de él. Hacia las nueve de la mañana los makhnovistas comenzaron a perder terreno. El combate se libraba ya en los confines de la aldea. De diversos lugares, fuerzas enemigas disponibles llegaban de refuerzo y precipitaban ráfagas de fuego contra los makhnovistas, que retrocedían lentamente. El estado mayor insurgente y cuantos en la aldea podían manejar una carabina se armaron y se lanzaron a la lucha.

El momento crítico había llegado; parecía que la batalla, y con ella la causa entera de los makhnovistas, estaba perdida. Se dio orden a todos, hasta a las mujeres, de hacer fuego sobre el enemigo en las calles. Todos se prepararon a vivir las horas supremas de la batalla y de la vida. Pero he ahí que repentinamente el fuego de las ametralladoras y los ¡hurras! del enemigo comenzaron a debilitarse, al irse alejando. Y en la aldea comprendieron que el enemigo retrocedía y que el combate se proseguía acierta distancia. Makhno, surgiendo de modo inesperado, había decidido la suerte del combate. Apareció en el momento que sus tropas habían sido arrolladas y la pelea iba a iniciarse en las calles de Peregonovka. Cubierto de polvo, abrumado de fatiga, Makhno surgió por el flanco del enemigo, de un profundo barranco. En silencio, sin lanzar una orden, se precipitó a todo correr con su escolta sobre el enemigo y escindió sus filas. Toda la fatiga y todo el desaliento desaparecieron como por encanto entre los makhnovistas. “Batko está allí... ¡Batko lucha a sable!...”, se oía gritar. Y entonces todos, con decuplicada energía, se lanzaron de nuevo hacia adelante en pos de su jefe amado, que parecía desafiar la muerte. Siguió una lucha cuerpo a cuerpo, de encarnizamiento inaudito, un “hacheo”, como dicen los makhnovistas. Por valeroso que fuese el primer regimiento de oficiales de Simferopol, fue deshecho y batióse precipitadamente en retirada, manteniendo perfecto orden durante los primeros diez minutos y tratando de detener el impulso del enemigo, pero en desorden y precipitación, luego. Los demás regimientos, cundido el pánico, siguieron el ejemplo, y por fin todas las tropas de Denikin se desbandaron, procurando pasar a nado el río Sinuka, distante quince kilómetros de la aldea, para atrincherarse en la orilla opuesta.

Makhno trataba de sacar todo el partido posible de la situación, cuyas ventajas comprendió admirablemente. A toda rienda lanzó su caballería y su artillería en persecución del enemigo en retirada, y Makhno mismo, a la cabeza de su regimiento mejor montado, se dirigió por caminos transversales para tomar de enfilada a los fugitivos. Se trataba de un trayecto de doce a quince kilómetros. En el momento más crítico, cuando las tropas de Denikin llegaron al río, fueron alcanzadas por los jinetes de Makhno. Centenares de denikistas perecieron. Sin embargo, la mayoría de ellos tuvo tiempo de pasar a la otra orilla, pero allí eran esperados ya por Makhno mismo. El estado mayor del ejército de Denikin y un regimiento de reserva que se encontraban allí fueron sorprendidos y apresados. Algunos oficiales prefirieron colgarse de los árboles.

Sólo una parte insignificante de las tropas de Denikin –obstinadas desde hacía meses en la persecución encarnizada de Makhno logró salvarse. El primer regimiento de oficiales de Simferopol y otros fueron enteramente pasados a sable. En una extensión de dos o tres kilómetros, la ruta estaba cubierta de cadáveres[4]. Por horrible que pueda parecer este espectáculo, no era sino la secuela natural del duelo entablado entre el ejército de Denikin y el makhnovista. Durante la prolongada persecución, aquéllos no se proponían menos, y lo proclamaban, que exterminar a todos los makhnovistas, lo que fueron cumpliendo cuanto les fue posible. El menor paso en falso de Makhno habría reservado la misma suerte al ejército insurreccional. Ni aun las mujeres, que seguían al ejército en que combatían sus esposos, se habrían salvado. Los makhnovistas habían sufrido sobradas experiencias y sabían a qué atenerse (Archinoff, ob. cit., capítulo VII).

Aplastadas las principales fuerzas de Denikin, los makhnovistas no perdieron tiempo: se lanzaron en tres direcciones hacia *su país*, hacia el Dnieper.

Este retorno se realizó con alucinante rapidez. Al día siguiente de la derrota de las tropas de Denikin, Makhno se hallaba ya a más de 100 kilómetros del campo de batalla, avanzando con su escolta a unos 40 kilómetros del grueso del ejército. Al segundo día se posesionaron de Dolinskaia, Krovoï-Rog y Nikopol, y al tercero ganaron el puente de Kitchkass y la ciudad de Alexandrovsk cayó en su poder.

En su fulminante avance experimentaban la impresión de penetrar en un reino encantado: el de la Bella Durmiente del Bosque. Nadie se había enterado todavía de la batalla de Uman. Nadie sabía nada de la suerte de los makhnovistas. Las autoridades denikistas no habían adoptado ninguna medida de defensa, adormecidas en el letargo propio de las profundidades de la retaguardia. Como el rayo en primavera, los makhnovistas se abatían sobre sus enemigos. Tras de Alexandrovsk, cayeron Pologui, Gulaï-Pole, Berdiansk y Mariupol. Al cabo de diez días, todo el Sur fue liberado de tropas y autoridades denikistas.

Pero no se trataba sólo de ellas. Como una gigantesca escoba, al pasar el ejército insurreccional por ciudades, villas, caseríos y aldeas, barría por doquiera todo vestigio de explotación y de servidumbre. Los terratenientes,

[4] Caída la noche, yo seguía solo –algo atrás de mis camaradas– a caballo, pero lentamente, esta ruta de calvario de los regimientos denikistas. Jamás olvidaré el fantasmagórico cuadro de los centenares de cuerpos humanos, salvajemente abatidos, bajo el cielo estrellado, a lo largo de la ruta, aislados o amontonados unos sobre otros, en actitudes infinitamente variadas y extrañas; en ropas menores o totalmente desnudos, cubiertos de polvo y de sangre, exangües y verduscos bajo la pálida claridad lunar. A unos les faltaban los brazos, otros estaban desfigurados horriblemente, cuáles estaban decapitados, cuáles hendidos casi enteramente de un sablazo... De tiempo en tiempo me apeaba para inclinarme, ansioso, sobre esos cuerpos mudos e inmóviles, ya rígidos. ¡Como si esperase penetrar un imposible misterio!... «He ahí a lo que estaríamos reducidos nosotros –pensé–, de haber triunfado ellos. ¿Destino? ¿azar? ¿Justicia?... "
Al día siguiente, los campesinos dieron sepultura a todos los restos en una fosa común, a un lado del camino (Archinoff).

que no esperaban nada semejante; los kulaks, los grandes industriales, los curas, los gendarmes, los señores denikistas y los oficiales emboscados, todo era barrido en el camino victorioso de la makhnovtchina. Prisiones, comisarías y puestos policiales, todos los símbolos de la servidumbre popular, fueron destruidos. Cuantos eran conocidos por enemigos activos de los campesinos y los obreros estaban prometidos a la muerte. Terratenientes y kulaks, sobre todo, perecieron en gran número. Ello basta –observémoslo de paso– para desmentir la calumnia a sabiendas lanzada por los bolcheviques contra el movimiento makhnovista de estar al servicio de los kulaks.

Acude ahora a mi memoria un episodio típico que presencié. Los regimientos makhnovistas habían hecho alto en una población importante. Nuestra Comisión de propaganda, llegada con ellos, fue hospedada por una familia de campesinos, cuya vivienda daba a la plaza, frente a la iglesia. Apenas instalados, oímos ruidos inusitados, clamores de voces. Al salir vimos a una multitud de campesinos en explicaciones con los combatientes makhnovistas.

–Sí, camaradas –oímos–. El canalla hizo una lista de nombres, unos cuarenta, todos los cuales fueron fusilados por las autoridades.

Supimos que se trataba del cura de la aldea. Una rápida investigación sobre el terreno confirmó la verdad de la acusación. Se decidió, pues, ir en busca del cura. Los campesinos afirmaban que su vivienda estaba cerrada y que el cura no se hallaba en ella. Le suponían huido. Pero había quienes consideraban que se había ocultado en la iglesia misma, y campesinos e insurgentes se dirigieron a ella. La puerta estaba cerrada por fuera, con cadena y candado.

–Ven –dijeron algunos–; no puede estar dentro, pues la puerta está cerrada por fuera.

Mas otros, desconfiados, afirmaron que el pope, sin tiempo para huir, se había hecho encerrar en la iglesia por su pequeño sacristán, para que se le creyera huido. Pero de nada le valió. Los insurgentes hicieron saltar el candado y penetraron en la iglesia, cuyo interior revisaron prolijamente, descubriendo un vaso de noche, ya utilizado, y una provisión de víveres. El pope estaba allí, pues. Al oír la multitud que penetraba en la iglesia, había, de seguro, trepado al campanario, en la esperanza de que, no hallándolo abajo, desistieran de buscarlo. Pero los insurgentes se lanzaron por la estrecha escalera de madera hacia el pequeño campanario, con gran ruido de sables y fusiles y gritos.

Los que se hallaban en la plaza vieron, entonces, aparecer en lo alto del campanario a un hombre alto, que gesticulaba y gritaba desesperadamente, dominado por el terror. Era joven, de largos cabellos de rubio pajizo. Tendidos hacia la plaza sus largos brazos abiertos, gritaba plañidero:

–¡Pequeños hermanos! ¡Yo nada hice! ¡Nada malo! ¡Piedad mis hermanos! ¡Mis pequeños hermanos!

Fue un instante. Brazos vigorosos le tiraron de la sotana, obligándole a bajar. Y la multitud salió con él de la iglesia, cruzó la plaza y lo trajo al patio de la vivienda que ocupábamos. Y allí mismo se improvisó el juicio popular, en el que nuestra Comisión, meramente espectadora, no intervino por nada.

–¿Qué dices ahora, pillo? ¡Hay que pagar! Despídete de la vida y ruega a tu dios, si quieres.

–¡Mis pequeños hermanos, mis pequeños hermanos! –repetía el pope, tembloroso–. Soy inocente; no he hecho nada. ¡Mis pequeños hermanos...!

–¿Que no has hecho nada? –le gritaban–. ¿No han denunciado al joven Iván, y a Paúl, y a Sergio, el jorobado, y a muchos más? ¿No fuiste tú quien redactó la lista? ¿Quieres que te llevemos ante las fosas de tus víctimas? ¿O que vayamos a hojear los papeles del puesto policial, donde de seguro encontraremos la lista de tu puño y letra?

El pope cayó de rodillas, los ojos perdidos, brillante de sudor el rostro, repitiendo sus exclamaciones. Una joven, integrante de nuestra Comisión, se hallaba cerca de él incidentalmente. Arrastrándose de rodillas, le tomó el ruedo del vestido, lo besó y le suplicó:

–¡Protégeme, mi pequeña hermana! ¡Soy inocente! ¡Sálvame, mi pequeña hermana! ...

–¿Qué quieres que haga yo? –le respondió ella–. Defiéndete, si eres inocente. No estás ante seres salvajes. Si eres realmente inocente no te harán daño alguno. Pero si eres culpable, ¿qué puedo hacer yo?

En eso entró al patio, a caballo, un insurgente. Se detuvo tras el pope y, sin apearse, empezó a fustigarle la espalda, gritándole a cada golpe: "¡Por haber engañado al pueblo! ¡Por haber engañado al pueblo!" La multitud, impasible, le dejaba hacer. Hasta que yo le dije:

–¡Basta, camarada! A pesar de todo, no hay que torturarlo.

–¿Sí, eh? –oí a varios–. Ellos nunca torturaron a nadie, ¿verdad?

Otro insurgente se adelantó, para sacudir rudamente al pope.

–¡Vamos, levántate! ¡Basta de comedia! ¡Ponte de pie!

El pope ya no gritaba. Muy pálido, apenas consciente de la realidad, se incorporó, perdida a lo lejos la mirada, moviendo los labios, sin voces. El insurgente hizo señales a algunos camaradas, quienes enseguida rodearon al pope.

–Camaradas –se dirigió a los campesinos el insurgente–: ¿afirmáis vosotros que este hombre, contrarrevolucionario declarado, redactó y entregó a las autoridades blancas una lista de sospechosos, y que éstos fueron enseguida fusilados? ¿Es así?

–¡Sí, sí, ésa es la verdad! –clamoreó la multitud–. ¡El hizo asesinar a cuarenta de los nuestros! Toda la población lo sabe.

Y se daban nombres, se invocaban testimonios precisos, se acumulaban pruebas... Algunos parientes de los ejecutados confirmaban los hechos. Las mismas autoridades les habían hablado de la lista confeccionada por el cura, en explicación de sus represalias. Y el pope, sin decir nada.

–¿Hay alguien que defienda a este hombre? –preguntó el insurgente–. ¿Alguien que dude de su culpabilidad?

Silencio. Tras la pausa, el insurgente se acercó al pope y le quitó brutalmente la sotana.

–¡Qué buena tela! –dijo–. Nos servirá para hacer una bandera. La nuestra ya está muy desgastada.

Y luego, dirigiéndose al cura, ridículo, en camisa y calzoncillos:

–¡Arrodíllate ahí, ahora! y haz tus oraciones, sin volverte.

Así lo hizo el condenado. Dos insurgentes, ubicados tras él, sacaron sus revólveres y, pasados unos instantes, le hicieron fuego. Y todo terminó.

Makhno ha contado algunos dramáticos episodios de su fulminante retorno.

Cierto anochecer se presentó, en compañía de algunos jinetes, uniformados todos como oficiales denikistas, en la propiedad de un gran terrateniente, feroz reaccionario, admirador de Denikin y verdugo de los campesinos. Dijeron hallarse en misión y necesitar reposar un poco, para partir temprano al día siguiente. Se les recibió, naturalmente, con entusiasmo.

–Señores oficiales: dispongan como les acomode. La propiedad está bien resguardada por un destacamento. No hay de qué inquietarse.

En su honor, se preparó un festín. El oficial del destacamento y algunos amigos del propietario participaron en él. Manjares deliciosos, vinos de renombre, licores finos. Se hablaba con efusión, maldiciendo a los "bandidos makhnovistas, y a todos los revolucionarios, deseando su supresión rápida y definitiva y brindando por la salud de Denikin y por su ejército. Y el propietario, confiado, mostró a los agasajados su magnífico deposito de armas, presto a cualquier eventualidad.

Hacia el fin de la comida, Makhno reveló bruscamente su identidad. Indescriptible escena de sorpresa, confusión y espanto. La propiedad está rodeada por los makhnovistas. La guardia es desarmada. "¡Hay que pagar!'.

Ni gritos, ni súplicas, ni tentativas de huir, valen de nada.

Todos son ejecutados en el lugar. Los soldados de la guardia son interrogados y tratados en consecuencia.

La ofensiva denikista es quebrada por la victoria insurgente. Los bolcheviques a salvo. Su retorno a Ucrania.– La ocupación del Sur de Ucrania por los makhnovistas significaba mortal peligro para la campaña de Denikin, cuyo ejército tenía su base de aprovisionamiento entre Volnovakha y Mariupol. Inmensos depósitos de municiones estaban distribuidos en las ciudades de la región, no todos los cuales cayeron fácilmente en poder de los makhnovistas. En torno a Volnovokha, por ejemplo, hubieron de combatir cinco días contra importantes reservas denikistas. Por otra parte, todas las vías férreas de la región estaban dominadas por los insurgentes y ningún material de guerra podía llegarle a Denikin en el Norte. En otros puntos dispersos, hubo que afrontar la resistencia de otras reservas denikistas, bien pronto vencidas y aniquiladas.

Entonces las oleadas de la makhnovtchina rodaron hacia el fondo de la cuenca del Donetz y hacia el Norte. En octubre, los insurgentes tomaron Ekaterinoslav. Denikin se vio obligado a abandonar su marcha hacia el Norte, como lo confesaron pronto ciertos diarios denikistas. Envió a toda prisa sus mejores fuerzas al frente de Gulaï-Pole, pero era demasiado tarde. El incendio hacía estragos en toda la región, desde los bordes del Mar Negro y del de Azof hasta Kharkov y Poltava.

Gracias a considerables refuerzos –sobre todo a gran cantidad de autos blindados y a la excelente caballería, comandada por Mamontoff y Chkuro–

los blancos logrados por un momento hacer retroceder a los makhnovistas de Mariupol, Berdiansk y Gulaï-Pole, pero en el entretanto, en cambio, los makhnovistas conquistaban Sinelnikovo, Pavlograd, Ekaterinoslav y otras ciudades y poblaciones, de modo que Denikin no pudo obtener ventaja alguna de aquellos triunfos meramente locales.

En octubre y noviembre, las principales fuerzas de Denikin, procedentes del Norte, reanudaron la encarnizada lucha contra los makhnovistas, quienes, a fines de noviembre –estando la mitad de ellos abatida por una espantosa epidemia de tifus exantemático– hubieron de dejar a Ekarinoslav y reagruparse en el Sur. Pero tampoco Denikin pudo consolidarse en parte alguna. Los makhnovistas no cesaban de hostigarlo en un punto y otro; y, por otra parte, los rojos, que venían desde el Norte tras sus huellas, lo atropellaban –las tropas del Cáucaso– se negaron a continuar luchando contra Makhno; abandonaron sus emplazamientos, sin que el comando pudiese impedírselo, y tomaron rumbo a su región. Tal fue el principio del definitivo fracaso del ejército denikista.

Debemos fijar aquí –es nuestro deber– la verdad histórica al respecto. Es ésta:

El honor de haber aniquilado, en el otoño de 1919, la contrarrevolución de Denikin corresponde enteramente al ejército insurreccional makhnovista.

Si los insurgentes no hubiesen logrado la decisiva victoria de Peregonovk y no hubiesen continuado socavándole a Denikin las bases en su retaguardia, con la destrucción de sus servicios de reabastecimiento de artillería, víveres y municiones, los blancos habrían probablemente entrado en Moscú, a más tardar en diciembre de 1919.

Enterados de la retirada de las mejores tropas de Denikin, los bolcheviques, al pronto sorprendidos (V. libro II, quinta parte, cap. VIII), se rehicieron al ser informados de la verdadera causa del cambio de la actitud denikista –la derrota de Peregonovka y sus ulterioridades –y pronto comprendieron las ventajas que podría reportarles. Y atacaron a Denikin cerca de Orel, precipitando su retirada general.

La batalla de Orel, igual que otras libradas entre blancos en retirada y rojos que les pisaban los talones, tuvo una importancia enteramente secundaria. Los blancos se hallaban en definitiva retirada. Cierta resistencia que ofrecieron no tenía más fin que el protegerla y evacuar municiones y aprovisionamientos. En toda la extensión de la ruta –desde Orel, pasando por Kursk hasta el Mar Negro y el de Azof–, el ejército rojo avanzaba casi sin obstáculos.

Su entrada en Ucrania y en la región del Cáucaso, sobre los talones de los blancos en retirada, ocurrió exactamente como un año antes en ocasión de la caída del hetman, sobre terreno previamente desembarazado de enemigos.

Fueron los makhnovistas quienes soportaron todo el peso de este ejército en retirada, provocada por su victoria de Peregonovka. Hasta su definitiva derrota le ocasionó muchas preocupaciones al ejército insurreccional.

Los bolcheviques, indirectamente salvados por los campesinos revolucionarios de Ucrania, volvieron a ésta a recoger los laureles de una victoria que ellos no habían obtenido.

CAPÍTULO IV
LA CONDUCTA DE LOS MAKHNOVISTAS EN LAS REGIONES LIBERADAS

Los esfuerzos positivos. Las realizaciones. Las libertades.– La permanente lucha armada y la vida en el “reino rodante”, que impedían a la población toda clase de estabilidad, las inhibían asimismo, fatalmente, para toda actividad positiva, constructora. Sin embargo, cuantas veces ello era posible, el movimiento demostraba una gran capacidad orgánica y las masas laboriosas revelaban voluntad y capacidad creadora notables. Veamos algunos ejemplos.

Hemos hablado, más de una vez, de la prensa makhnovista. A pesar de los obstáculos y las dificultades del momento, los makhnovistas, en relaciones directas con la Confederación anarquista Nabate, editaron manifiestos, periódicos, etc., y un nutrido folleto: *Tesis generales de los insurgentes revolucionarios (makhnovistas) sobre los Soviets libres*. El periódico *El Camino hacia la Libertad* –cotidiano o semanario según el trance– se dedicó sobre todo a la vulgarización de las ideas libertarias, aplicadas al curso de los hechos de la vida. El *Nabate*, más teórico y doctrinario, aparecía semanalmente. Señalemos también *La Voz del Makhnovista*, que se ocupaba especialmente de los intereses, los problemas y las tareas del movimiento y del ejército makhnovistas.

El folleto *Tesis generales*... resumía el punto de vista de los makhnovistas sobre los problemas candentes de la hora: la organización económica de la región y los soviets libres, las bases sociales de la sociedad a construir, el problema de la defensa, la administración de justicia, etc.

Lamento vivamente no poder aportar algunas transcripciones de esa prensa, por carecer del material indispensable.

A menudo se nos plantea: ¿Cómo se conducían los makhnovistas en las ciudades y poblaciones de que se posesionaban en el curso de la lucha? ¿Cómo trataban a la población civil? ¿De qué modo organizaban la vida en las ciudades conquistadas: la administración, la producción, el intercambio, los servicios municipales, etc.?

Muchas leyendas y calumnias se hicieron circular al respecto, y es nuestro deber desmentirlas y restablecer la verdad. Habiendo estado con el ejército makhnovista en el momento preciso, tras de su victoria de Peregonovka, en que se posesionó, en un ventarrón, de algunos centros importantes como Alexandrovsk, Ekaterinoslav y otros, estoy en condiciones de aportar un testimonio da primera mano, absolutamente verídico y exacto.

La primera preocupación de los makhnovistas, al entrar, vencedores, en cualquier ciudad, era la de descartar un eventual malentendido peligroso: que se les tomara por un nuevo poder, por un nuevo partido político, por una especie de dictadura. Por ello, de inmediato hacían fijar en las paredes grandes carteles en que se decía a la población, sobre poco más o menos:

A todos los trabajadores de la ciudad y los alrededores

"Vuestra ciudad está ocupada, momentáneamente, por el *Ejército insurreccional revolucionario (makhnovista).*

Este ejército no está al servicio de *ningún partido político, de ningún poder, de dictadura alguna. Por el contrario,* él trata de *liberar* la región de todo poder político, de toda dictadura, para proteger la *libertad de acción, la vida libre de los trabajadores* contra toda dominación y explotación.

El ejército makhnovista no representa, pues, ninguna autoridad. No constreñirá a nadie a obligación alguna, limitándose a defender la libertad de los trabajadores. Libertad de obreros y de campesinos que sólo a ellos mismos pertenece, sin restricción alguna. Ellos mismos han de obrar, organizarse y entenderse entre sí en todos los dominios de su vida, como la conciban o como lo quieran.

Sepan, desde ya, pues, que el ejército makhnovista no les *impondrá*, ni les *dictará*, ni les *ordenará* nada.

Los makhnovistas no harán más que *ayudarlos*, dándoles tal o cual *opinión* o *consejo*, poniendo a su disposición todas las fuerzas intelectuales, militares o de cualquiera otra índole que necesiten, pues no pueden ni quieren en ningún *caso gobernarlos ni prescribirles nada*[1]."

Casi todos los carteles terminaban invitando a la población laboriosa de la ciudad y los alrededores a un mitin, en el que los camaradas makhnovistas "expondrán su punto de vista de manera más detallada y les darán, de ser necesario, consejos prácticos para comenzar a organizar la vida de la región sobre una base de libertad y de igualdad económica, sin autoridad y sin explotación del hombre por el hombre". Cuando, por cualquier razón, tal convocatoria no pudo ser hecha en el mismo cartel, se la hacía pública poco más tarde en carteles especiales.

Habitualmente, la población, sorprendida al principio por tal modo de obrar absolutamente nuevo, se familiarizaba pronto con la situación creada y se consagraba al trabajo de libre organización con entusiasmo y éxito. Tranquilizada la población respecto ala actitud de la *fuerza militar*, la ciudad recobraba su aspecto normal y su tren habitual de vida: el trabajo se reanudaba, donde era posible, los negocios abrían sus puertas y las diversas administraciones volvían a sus funciones. En un ambiente de calma y de libertad, los trabajadores se preparaban así a una actividad positiva, para reemplazar, metódicamente, los viejos engranajes.

En cada región liberada, los makhnovistas eran el único organismo con fuerzas suficientes para poder imponer su voluntad al enemigo. Pero jamás las utilizaron con fines de dominación ni de influencia política, ni se sirvieron de ellas contra sus adversarios meramente políticos o ideológicos. El enemigo militar, el conspirador contra la libertad de acción de los trabajadores, el aparato estatal, el poder, la violencia sobre los trabajadores,

[1] En ciertas ciudades, los makhnovistas nombraban un comandante, cuyas funciones se limitaban a servir de enlace entre las tropas y la población a comunicar a ésta ciertas medidas, dictadas por las necesidades de la guerra, que pudiesen tener repercusión en la vida de los habitantes. Tales comandantes carecían de autoridad sobre la población, en cuya vida civil no debían intervenir de modo alguno.

la policía, la prisión: tales eran los elementos contra los cuales dirigía sus esfuerzos el ejército makhnovista.

En cuanto a la libre actividad ideológica: cambio de ideas, discusión, propaganda, y a la libertad de las organizaciones de carácter no autoritario, los makhnovistas garantizaban por doquiera, integralmente, los principios revolucionarios de la libertad de palabra, de prensa, de conciencia, de reunión y de asociación política, ideológica, etc.

En todas las ciudades y poblaciones que ocupaban, comenzaban por anular todas las prohibiciones y restricciones impuestas a los órganos de prensa y a las organizaciones políticas, por cualquier poder.

En Berdiansk, la prisión fue destruida con dinamita, en presencia una enorme multitud, que participó en la destrucción. En Alexandrovsk, Krivoi-Rog, Ekaterinoslav y otros lugares, las prisiones fueron demolidas o incendiadas por los makhnovistas, con aclamación de la población laboriosa.

La libertad de palabra, de prensa, de reunión y de asociación eran proclamadas al punto, para todos y para todo. He aquí el texto auténtico de la *Declaración* que los makhnovistas hacían pública:

1. Todos los partidos, organizaciones y corrientes políticas socialistas[2] tienen derecho a propagar libremente sus ideas, sus teorías, sus puntos de vista y opiniones, oralmente y por escrito. Ninguna restricción a la libertad de prensa y de palabra socialistas será admitida ni será objeto de persecución alguna.

Nota: Los comunicados de orden militar no podrán ser impresos sino por conducto de la dirección del órgano central de los insurgentes revolucionarios: *El Camino hacia la Libertad*.

2. En plena libertad los partidos y organizaciones políticas de propagar sus ideas, el ejército de los insurgentes makhnovistas les previene que no admitirá ninguna tentativa de preparar e imponer a las masas laboriosas una *autoridad política*, por no tener ello nada de común con la libertad de ideas y de propaganda.

Ekaterinoslav, 5 de noviembre de 1919.

Consejo Revolucionario Militar
del Ejército de los insurgentes makhnovistas

En todo el curso de la Revolución rusa, la época de la makhnovtchina en Ucrania fue la única en que la verdadera libertad de las masas laboriosas encontró cabal expresión. Mientras la región permaneció libre, los trabajadores de las poblaciones ocupadas por los makhnovistas pudieron decir y hacer *–por vez primera–* cuanto quisieron y como quisieron. Y, sobre

[2] Sólo se habla de partidos y organizaciones socialistas, no porque se quisiese privar de tal derecho a los no socialistas, sino únicamente porque en plena revolución popular los elementos de derecho no entraban en juego. No era cuestión. Era natural que la burguesía no osara, en las condiciones creadas, editar su prensa, y que los obreros impresores, en posesión de las imprentas, se negaran rotundamente a imprimirla. No valía la pena hablar de ello. El lógico acento recae sobre todos, no sólo sobre socialistas. Si los reaccionarios, no obstante, lograran imprimir sus obras, nadie se inquietaría por ello, pues el hecho, en el nuevo ambiente, no representaría peligro alguno.

todo, tenían la posibilidad de organizar su vida y su trabajo ellos mismos, según su entendimiento, su sentimiento de justicia y de verdad.

Durante las semanas que los makhnovistas ocuparon Ekaterinoslav, aparecieron con toda libertad cinco o seis periódicos de diversa orientación política; *Narodoylastie* (El Poder del Pueblo), socialista revolucionario de derecha; *Znamia Voztania* (El Estandarte de la Rebelión), socialista revolucionario de izquierda; *Zvezda* (La Estrella), bolchevique, y otros. A decir verdad, los bolcheviques eran quienes menos derecho tenían a la libertad de prensa y de asociación, en primer término, porque ellos habían destruido, donde pudieron, la libertad de prensa y de asociación para los trabajadores, y en segundo término porque su organización en Ekaterinoslav había tomado parte activa en la invasión criminal de la región de Gulaï-Pole en junio de 1919, siendo de justicia retribuirles con un severo castigo. Pero, para no afectar en nada los grandes principios de libertad de palabra y de asociación, no fueron molestados y pudieron gozar, corno las demás corrientes políticas, de todos los derechos.

La única restricción que los makhnovistas juzgaron necesario imponer a los estatistas fue la prohibición de constituir *Comités revolucionarios* jacobinos tendientes a imponer al pueblo una dictadura.

Diversos acontecimientos probaron que tal medida no era vana.

Apenas las tropas makhnovistas se posesionaron de Alexandrovsk y de Ekaterinoslav, los bolcheviques locales, salidos de sus escondites, se apresuraron a organizar sus comités (los rev. com.), procurando establecer su poder político y gobernar a la población. En Alexandrovsk, los miembros de uno de tales comités llegaron a proponer a Makhno “dividir la esfera de acción”, esto es, dejarle el poder militar y reservar al comité “toda libertad de acción y toda autoridad política y civil”. Makhno les aconsejó “ocuparse en cualquier oficio honesto” en lugar de tratar de imponer su voluntad a la población laboriosa. Análogo incidente ocurrió en Ekaterinoslav.

Esta actitud de los makhnovistas fue justa y lógica: precisamente porque quisieron asegurar y defender la total libertad de palabra, de prensa, de organización, etc., ellos debían adoptar, sin vacilar, todas las medidas contra las formaciones que tratasen de ofender esta libertad, suprimir las demás organizaciones e imponer su voluntad y su autoridad a las masas laboriosas.

Los makhnovistas no vacilaron. En Alexandrovsk, Makhno amenazó con arrestar y hacer ejecutar a todos los miembros de los rev. com. a la menor tentativa de ese género. E igual en Ekaterinoslav. Y cuando, en noviembre de 1919, el comandante del tercer regimiento insurreccional makhnovista, Polonsky, de tendencia comunista, fue convicto y confeso de haber participado en semejante conspiración, se le fusiló con sus cómplices.

Al cabo de un mes, los makhnovistas se vieron forzados a abandonar a Ekaterinoslav. Pero tuvieron tiempo de demostrar a las masas laboriosas que la verdadera libertad depende de los trabajadores mismos y que ella comienza a irradiar y desarrollarse apenas el espíritu libertario y la verdadera igualdad de derechos son practicados entre ellos.

El Congreso de Alexandrovsk (octubre de 1919).– En esta ciudad y la región circundante se desarrolló la primera etapa en que los makhnovistas pudieron radicarse por un tiempo más o menos largo.

La conferencia general a que había sido convocada la población laboriosa de Alexandrovsk, apenas fue ocupada la ciudad, se inició con un informe detallado de los makhnovistas sobre la situación del distrito desde el punto de vista militar: A continuación se propuso a los trabajadores organizar *ellos mismos* la vida en la región liberada, es decir, reconstituir sus organizaciones destruidas por la reacción; reponer en marcha, en lo posible, concertarse sin demora con los campesinos de los alrededores para establecer relaciones regulares y directas entre los respectivos organismos para el intercambio de productos, etc.

Los obreros aclamaron vivamente tales ideas, pero al comienzo vacilaron en ponerlas en obra, turbados por su novedad y, sobre todo, intranquilos a causa de la proximidad del frente de batalla. Temían el retorno de los blancos, o de los rojos, a breve plazo. Como siempre, la inestabilidad de la situación obstruía el trabajo positivo.

Las cosas no quedaron en eso, sin embargo. Días después, en una segunda conferencia, se profundizó y discutió con animación el problema de la organización de la vida según los principios de la autoadministración de los trabajadores. Finalmente, se llegó a un punto concreto: el modo exacto de ponerse a ello, los primeros pasos. Se propuso formar una Comisión de iniciativa, con delegados de algunos sindicatos y obreros activos, a la que se encomendaría la elaboración de un proyecto de acción inmediata. Algunos obreros de los sindicatos de ferroviarios y de zapateros se declararon entonces dispuestos a organizar inmediatamente dicha Comisión, que procedería a la creación de organismos obreros indispensables para reponer en marcha, lo más rápidamente posible, la vida económica y social de la región.

La Comisión se puso enérgicamente a la obra. Bien pronto los ferroviarios restablecieron la circulación de trenes, algunas usinas entraron en actividad, ciertos sindicatos fueron reconstituidos, etcétera.

Se decidió que, en espera de más profundas reformas, la moneda corriente –papel moneda de diversas emisiones– se siguiese utilizando como medio de cambio. Problema de orden secundario, pues, desde hacía mucho, la población recurría más bien a otros medios para el cambio de productos.

Poco después se convocó en Alexandrovsk, para el 20 de octubre (1919) un gran Congreso regional de los trabajadores.

Este Congreso –cabalmente excepcional, tanto por la forma de ser organizado, cuanto por su desarrollo y sus resultados– merece particular atención. Puedo hacer, por haber participado en él, un informe detallado. Porque es precisamente en los detalles de este inicial trabajo positivo que el lector hallará puntualizaciones y sugestiones muy instructivas.

Al tomar la iniciativa de convocar a un Congreso regional de los trabajadores, los makhnovistas asumieron una tarea asaz delicada. Darían, es cierto, una importante impulsión a la actividad de la población laboriosa, lo que era indispensable, natural y loable. Pero, por otra parte, les era preciso evitar de *imponerse* a los congresistas y a la población y presentarse en figura de dictadores. Importaba, ante todo, que este Congreso no fuera

semejante a los convocados por las autoridades emanadas de un partido político (o de una casta dominante), que sometían a los Congresos, diestramente trucados, resoluciones ya confeccionadas, destinadas a ser dócilmente adoptadas, tras una apariencia de discusión, e impuestas a los sedicentes *delegados* so amenaza de represión contra toda eventual oposición. De añadidura, los makhnovistas se proponían someter al Congreso numerosas cuestiones concernientes al ejército insurreccional mismo, cuya suerte, y la de toda la obra emprendida, dependía de cómo fueran resueltas. Hasta en este dominio particular, los makhnovistas se atenían a su propósito de evitar toda presión sobre los delegados.

Para evitar todos los escollos, se decidió:

1. No se realizaría ninguna campaña electoral para la elección de los delegados. Había que limitarse a *avisar* a las poblaciones, las organizaciones, etc., que debían elegir un delegado, o delegados, al Congreso de los trabajadores convocado para el 20 de octubre. De tal modo, la población podría designar y dar mandato a los delegados con toda libertad.

2. Al iniciarse el Congreso, un representante makhnovista explicaría a los delegados que el Congreso era convocado, esta vez, por los makhnovistas mismos, porque se trataba sobre todo de problemas concernientes al ejército insurreccional como tal; que el Congreso también resolvería, por cierto, problemas relativos a la vida de la población; que para unos y otros problemas sus deliberaciones y decisiones serían absolutamente libres, sin que los delegados corrieran riesgo alguno por su actitud; y, en fin, que este Congreso debía ser considerado como el primero o, más bien, como extraordinario pues los trabajadores de la región habrían de convocar próximamente, por propia iniciativa, su Congreso, que realizarían como quisiesen, para resolver los problemas de su vida que creyesen del caso.

3. Tras de la apertura, los delegados deberán elegir por sí mismos la Mesa directiva del Congreso y modificar a su gusto el orden del día propuesto –no impuesto– por los makhnovistas.

Dos o tres días antes del Congreso, ocurrió un episodio muy curioso. Un atardecer, se presentó en mi domicilio un joven: Lubim, miembro del comité local del Partido socialista revolucionario de izquierda. Observé enseguida su estado de emoción. En efecto, muy excitado, entró en materia sin preámbulos.

–Camarada Volin –exclamó, tranqueando en todos sentidos la pequeña habitación de hotel en que nos hallábamos–: usted excusará mi brutalidad. Es que se trata de un peligro grandísimo. Vosotros, ciertamente, no lo advertís. Y, sin embargo, no hay que perder un minuto. Sois anarquistas, lo sé, y en consecuencia utopistas e ingenuos. Pero, con todo, no llevaréis vuestra ingenuidad al extremo de la estupidez. Ni tenéis el derecho de hacerlo, porque no se trata sólo de vosotros, sino de muchos más y de toda una causa.

Yo le confesé no haber entendido nada de su tirada.

–¡Veamos, veamos! –continuó, cada vez más excitado–. Habéis convocado un Congreso de campesinos y de obreros, el que tiene enorme importancia. ¡Pero vosotros sois unos niños grandes! En vuestra inefable ingenuidad, ¿qué hacéis? Distribuís profusamente papelitos anunciando el Congreso. Punto, y nada más. ¡Es para espantarse! Ni explicaciones, ni

propaganda, ni campaña electoral, ni lista de candidatos; ¡nada, nada! Yo le suplico, camarada Volin, que abra un poco los ojos. En vuestra situación, hay que ser algo realistas, ¡caramba! Haced algo enseguida, mientras es todavía tiempo. Enviad agitadores, presentad vuestros candidatos; dejadnos tiempos de hacer una pequeña campaña. Pues, ¿qué diréis vosotros si la población, la campesina sobre todo, os envía delegados reaccionarios que reclamen la convocación de la Constituyente o aun el restablecimiento del régimen monárquico? El pueblo está hondamente trabajado por los contrarrevolucionarios. ¿Qué haréis si la mayoría del Congreso es contrarrevolucionaria y lo sabotea? ¡Obrad, pues, antes que sea demasiado tarde! Diferid el Congreso por unos días, y tomad medidas!

Comprendí. Miembro de un partido político, Lubim concebía las cosas con mentalidad condigna.

–Escuche, Lubim –le dije–. Si en las condiciones actuales, en plena revolución popular y después de cuanto ha ocurrido, las masas laboriosas envían, a su *Congreso libre*, contrarrevolucionarios y monárquicos, entonces –¿me entiende?–la entera obra de mi vida no ha sido sino un profundo error. Y no me quedaría por hacer más que pegarme un tiro con ese revólver que ve ahí.

–Se trata de hablar seriamente –me interrumpió–, y no de alardear...

–Yo le aseguro, camarada Lubim, que hablo muy seriamente. Nada será cambiado de nuestro modo de obrar. Y si el Congreso resulta contrarrevolucionario, yo me suicido. No podría sobrevivir a tan terrible desilusión. Y luego, tome nota de un hecho esencial: no he sido yo quien convocó el Congreso, ni quien ha decidido la forma de integrarlo. Todo ello es obra de un conjunto de camaradas. No tengo, pues, atribuciones para cambiar nada.

–Sí, lo sé. Pero usted tiene gran influencia. Puede proponer ese cambio. Se le escuchará...

–Es que no deseo proponerlo. Lubim. Estoy de acuerdo con ellos.

Con esto terminó la conversación, y Lubim partió, inconsolable.

El 20 de octubre, más de 200 delegados obreros y campesinos se reunieron en la gran sala del Congreso. Al lado de los asientos destinados a los congresistas se había reservado algunos lugares para los representantes de los partidos socialistas de derecha –socialistas revolucionarios y mencheviques– y los del partido socialista revolucionario de izquierda, que asistían al Congreso sólo con voz. Entre los últimos, percibí al camarada Lubim.

Lo que sobre todo me chocó el primer día del Congreso fue una frialdad o, más bien, manifiesta desconfianza de la mayor parte de los delegados. Se supo luego que ellos se esperaban un Congreso como tantos otros, y suponían que aparecerían en el estrado hombres con revólver al cinto en disposición de manejar a los delegados y hacerles votar resoluciones ya confeccionadas por ellos.

La sala estaba helada y transcurrió algún tiempo antes de que se caldeara un poco.

Encargado de la apertura del Congreso, di a los delegados las explicaciones convenidas y les declaré que deberían elegir una Mesa y

enseguida deliberar sobre el orden del día propuesto por los makhnovistas. Y ya se produjo un incidente. Los congresistas expresaron el deseo de que presidiera yo. Consulté con mis camaradas y acepté. Pero declaré a los delegados que mis funciones se limitarían estrictamente a la conducción técnica del Congreso, esto es: a seguir el orden del día adoptado, anotar los oradores, concederles la palabra, velar por la buena marcha de los trabajos, etc., y que los delegados deberían deliberar y tomar resoluciones con toda libertad, sin temor a presión ni maniobra alguna de mi parte. Entonces un socialista de derecha pidió la palabra y atacó violentamente a los organizadores del Congreso:

–Camaradas delegados: nosotros, los socialistas, tenemos el deber de preveniros que aquí se está representado una innoble comedia. Nada se os impondrá, pero, mientras, y muy diestramente, se os ha impuesto ya un presidente anarquista. Y seguiréis siendo diestramente maniobrados por estas gentes.

Makhno, llegado momentos antes para desearle éxito al Congreso y excusarse de deber partir para el frente, tomó la palabra y respondió ásperamente al orador socialista. Recordó a los delegados la libertad absoluta de su elección, acusó a los socialistas de ser fieles defensores de la burguesía, aconsejó a sus representantes no turbar la labor del Congreso con intervenciones políticas y terminó, dirigiéndose a ellos:

–No sois delegados; por lo tanto, si el Congreso no os gusta, podéis retiraros.

Nadie se opuso. Entonces los socialistas, cuatro o cinco, expresaron con vehemencia su protesta contra semejante modo de ponerlo en la puerta y abandonaron la sala. Nadie pareció lamentar su partida; al contrario, la concurrencia me pareció satisfecha y un tanto más *íntima* que antes.

Un delegado se levantó.

–Camaradas –dijo–: antes de entrar al orden del día, deseo someteros una cuestión previa de gran importancia, en mi opinión. Se ha pronunciado recién una palabra, la *burguesía*, a la que, naturalmente, se la fulmina como si se supiese qué es y como si todo el mundo estuviese de acuerda al respecto. Me parece un error grosero. El término burguesía no es del todo claro. Y soy de opinión que, en razón de su importancia, y antes de ponernos al trabajo, sería útil puntualizar la noción de burguesía y saber exactamente a qué atenernos.

A pesar de la habilidad del orador –yo tuve la sensación que no era un campesino auténtico, aunque vistiese como tal–, la continuación de su discurso demostró claramente que estábamos en presencia de un defensor de la burguesía, cuya intención era sondear al Congreso y llevar la turbación al espíritu de los delegados. Contaba, por cierto, con ser sostenido –consciente o ingenuamente– por numerosos delegados. Si lograra su designio, el Congreso podría tomar un giro confuso y ridículo y obstruirse gravemente su labor.

Momento palpitante. En mi papel –como acababa de explicar a los congresistas–, yo no tenía derecho de eliminar, con un pretexto fácil de hallar, la sospechosa proposición del delegado. Era el Congreso quien debía pronunciarse. Y aun tenía la menor idea de su mentalidad. Todos me eran desconocidos, y desconocidos visiblemente desconfiados. Decidido a dejar que el incidente siguiera su curso, no dejaba, empero, de preocuparme. Y recordé las aprensiones de Lubim.

El delegado terminó su discurso y se sentó. La sala –lo vi claramente– tuvo un instante de estupor. Luego, de golpe, como concertados previamente, numerosos delegados gritaron desde todos lados :

–¡Eh, allá! ¿Quién es ese pajarraco de delegado? ¿De dónde viene? ¿Quién lo envió? Si, después de todo, no sabe todavía qué es la burguesía, han hecho cosa desatinada mandándolo aquí. Di, buen hombre, ¿no has aprendido todavía qué es la burguesía? ¡Ah, viejo: tienes la cabezota bien dura! Si no lo sabes, vuelve a tu casa y apréndelo. O, por lo menos, cállate y no nos tomes por imbéciles.

–Camaradas –gritaron algunos–: ¿no os parece que hay que poner fin a todas estas tentativas de dificultar los trabajos esenciales de nuestro Congreso? ¿No tenemos más que hacer que perder el tiempo en cortar un pelo en cuatro? Hay que resolver cuestiones concretas, muy importantes para la región. Hace más de una hora que se chapotea en estupideces en lugar de trabajar. Esto comienza a tener un cariz de verdadero sabotaje. ¡Al trabajo! ¡Basta de idioteces!

–¡Sí, sí! ¡Basta de comedias! ¡Al trabajo! –gritaron de todas partes.

El delegado pro-burgués tragó todo sin decir palabra. Debió sentirse fichado, y no se movió en toda la semana que duró el Congreso, permaneciendo aislado de los demás delegados. Mientras los congresistas vituperaban al desdichado colega, yo miré a Lubim, y lo vi sorprendido, pero satisfecho.

Los incidentes previos, sin embargo, no habían terminado aún. Apenas calmada esa tempestad, Lubim, precisamente, saltó hacia la tribuna. Yo le concedí la palabra.

–Camaradas –comenzó–: disculpen mi intervención, que será breve. Lo hago en nombre del Comité local del Partido socialista revolucionario de izquierda. Se trata de algo de verdadera importancia. Según declaración de nuestro presidente, el camarada V., él no quiere presidir *efectivamente*. Y ya lo habéis advertido: no llena la verdadera función de un presidente de Congreso. Nosotros, los socialistas revolucionarios de izquierda, encontramos que eso es malo y enteramente falso. Esto significa que vuestro Congreso *no tendrá* por decirlo así, cabeza. Trabajará sin cabeza, es decir, sin dirección. ¿Han visto ustedes, camaradas, un organismo viviente sin cabeza? No, camaradas; no es posible eso; sería el desorden, el caos. Ya lo veis, por lo demás: estamos plenamente en él. No, no se puede trabajar útilmente, fructuosamente. El Congreso necesita una *cabeza*, camaradas. ¡Es necesario un verdadero presidente, una verdadera *cabeza*!

Aunque Lubim pronunció su diatriba en tono más bien trágico, implorante, se fue haciendo casi ridícula por la repetición de esa palabra: *cabeza*. Pero, como mi modo de actuar no había podido aún ser probado, yo me preguntaba si los delegados no se dejarían seducir por el fondo del pensamiento de Lubim.

–¡Oh, la, la! –saltaron de todas partes las exclamaciones–. ¡Ya estamos hartos de esas cabezas! Siempre cabezas y cabezas. ¡Basta ya! Tratemos por una vez de pasarnos sin ellas. El camarada V. nos ha explicado que nos

ayudará técnicamente, y esto es más que suficiente. Depende de nosotros mismos observar verdadera disciplina, trabajar bien y vigilar. No queremos ya más cabezas que nos manejen como títeres, llamando a eso *trabajo* y *disciplina*.

El camarada Lubim hubo de sentarse, sin insistir. Fue el último incidente. Empecé a leer el orden del día, y el Congreso comenzó sus trabajos.

Sobrada razón tiene Archinoff de señalar que este Congreso fue excepcional por su disciplina, el buen orden de su labor, el entusiasmo que animó al conjunto de los delegados, su carácter serio y concentrado, la importancia de sus resoluciones y los resultados.

La labor se desarrolló a buen ritmo y en perfecto orden, con una unanimidad, una intimidad y un ardor notables. A partir del tercer día, todo resto de frialdad había desaparecido. Los delegados se compenetraron cabalmente de la libertad de su acción y de la importancia de su tarea, a la que se consagraron sin reservas. Se había hecho en ellos la convicción de trabajar *por sí mismos y por su propia causa.*

No hubo grandes discursos ni resoluciones rimbombantes. Los trabajos revistieron carácter práctico, bien llano. Cuando se trataba de un problema algo complicado, que requería algunas nociones de orden general, o cuando los delegados deseaban esclarecimiento antes de abordar el trabajo, pedían un informe sustancial sobre el problema. Uno de los nuestros –yo u otros– hacía la exposición solicitada. Tras corta discusión, los delegados se ponían a la obra para pasar a las decisiones definitivas. Habitualmente, una vez de acuerdo sobre los principios básicos, nombraban una comisión, que elaboraba sin demora un proyecto bien estudiado aportador de una solución práctica en lugar de construir resoluciones literarias.

Ciertas cuestiones del momento, muy llanas pero de interés para la vida regional o la defensa de su libertad, fueron ásperamente discutidas y elaboradas, por los delegados y en las comisiones, en sus menores detalles.

En mi condición de *presidente técnico*, como se me llamó, no tuve más que velar por la secuencia de las cuestiones planteadas, anunciar y formular el resultado de cada trabajo, indicar cierto método de trabajo, etc. Y así el Congreso sesionó –y eso es lo más importante– bajo los auspicios de una verdadera y absoluta libertad. Ninguna influencia de lo alto, presión alguna se hicieron sentir.

La idea de los soviets libres, realmente actuantes en interés de la población laboriosa; las relaciones directas entre campesinos y obreros de las ciudades, basadas en el intercambio mutuo de productos de su trabajo; el esbozo de una organización social igualitaria y libertaria en ciudades y campiñas: todo ello fue estudiado seriamente y puesto en su punto por los delegados mismos, con ayuda de camaradas capacitados. Igualmente se resolvieron numerosos problemas concernientes al ejército insurreccional, su organización y fortalecimiento. Se decidió que toda la población masculina, hasta la edad de cuarenta y ocho años, inclusive, debería incorporarse a ese ejército, enrolamiento *voluntario* –según el espíritu del Congreso– pero, en lo posible, *general*, vista la situación en extremo peligrosa y precaria de la región. También se resolvió que el abastecimiento del ejército sería asegurado sobre todo por donaciones voluntarias de los campesinos, a las que se agregaría el producto del botín de guerra y las requisiciones entre los pudientes.

En cuanto a la cuestión puramente política, el Congreso decidió que los trabajadores *"prescindirían de toda autoridad, organizaría su vida económica, social, administrativa, etc., por sí mismos, con sus solas fuerzas y medios, mediante organismos directos de base federalista".*

Los últimos días del Congreso fueron un bello poema. Magníficos ímpetus de entusiasmo seguían a las decisiones concretas. Todos estaban transportados por la fe en la grandeza invencible de la verdadera Revolución y por la confianza en sus propias fuerzas... El espíritu de libertad verdadera, tal como raramente es dado sentirlo, estaba presente en la sala. Cada cual veía ante si, cada uno se sentía participe en una obra grande y justa, basada en la suprema verdad humana, por la que valía la pena consagrar todas las fuerzas y morir por ella.

Los campesinos, entre los cuales los había maduros y hasta ancianos, decían que era la primera reunión en que se sentían no sólo perfectamente libres, sino también verdaderamente hermanos, y que jamás podrían olvidarlo. En efecto, es poco probable que el que haya tomado parte en ese Congreso pueda olvidarlo jamás. Para muchos, si no para todos, quedará grabado en la memoria como un bello sueño de la vida, en que la grande y verdadera libertad acercara a los hombres, concediéndoles la posibilidad de vivir unidos cordialmente, ligados por sentimientos de amor y de fraternidad.

Al separarse, los campesinos subrayaban la importancia y la necesidad de poner en práctica las decisiones del Congreso. Los delegados llevaron copias de ellas a fin de hacerlas conocer por todas partes. Lo cierto es que al cabo de tres o cuatro semanas los resultados del Congreso se habrían hecho sentir en todas las localidades del distrito y que el próximo Congreso de los campesinos y de los obreros habría atraído el interés y la participación activa de grandes masas de trabajadores en su obra propia. Desgraciadamente, la libertad de éstas era constantemente acechada por su peor enemigo: el poder del Estado. Apenas tuvieron tiempo los delegados de volver a sus aldeas, que ya muchas de ellas eran ocupadas por las tropas de Denikin, llegadas a marcha forzada del frente norte. Es verdad que la invasión no fue esta vez sino de corta duración: eran las últimas convulsiones del enemigo expirante; pero detuvo, y eso justamente en el momento más preciso, el trabajo constructivo de los campesinos. Y visto que por el Norte se aproximaba ya otra autoridad –el bolchevismo, igualmente hostil a la idea de la libertad de las masas–, aquella invasión causó un mal irreparable a la causa de los trabajadores: no solamente fue imposible reunir un nuevo Congreso, sino que las decisiones del primero no pudieron ser puestas en práctica. (P. Archinoff, ob. cit" cap. VII).

No puedo dejar pasar en silencio ciertos episodios que señalaron los últimos momentos del Congreso.

Poco antes de la clausura, cuando anuncié las clásicas "cuestiones varias", varios delegados propusieron y llevaron a cabo una tarea delicada, dando así una prueba más de la total independencia del Congreso y del entusiasmo que suscitó, como asimismo de la influencia moral que ejerció.

Un delegado se levantó para decir:

–Camaradas: antes de terminar nuestros trabajos y separarnos, algunos hemos decidido poner en conocimiento del Congreso hechos penosos y

lamentables que; en nuestra opinión, merecen su atención. Oímos decir que numerosos heridos y enfermos del ejército insurreccional estaban mal atendidos, faltos de medicamentos, cuidados indispensables, etc. Para tranquilidad de conciencia, visitamos los hospitales y demás lugares en que esos desdichados están internados, y lo que hemos visto es bien triste. No sólo carecen de todo auxilio médico, sino que están también malamente alojados y nutridos. La mayor parte están acostados no importa cómo, hasta en el suelo, sin colchón, ni almohada ni mantas. Y, a lo que parece, ni siquiera se encuentra bastante paja en la ciudad para atenuar un tanto la dureza del suelo. Muchos mueren únicamente por falta de cuidados. Nadie se ocupa de ellos. Nosotros comprendemos muy bien que, en las difíciles condiciones presentes, no hay tiempo para velar por tales necesidades. El camarada Makhno está absorbido por el frente. Razón de más, camaradas, para que el Congreso se encargue de ello. Esos enfermos y heridos son nuestros camaradas, nuestros hermanos, nuestros hijos. Sufren por la causa de todos. Yo estoy seguro que con un poco de buena voluntad podríamos, por lo menos, hallar paja para aliviar un poco sus sufrimientos. Propongo al Congreso la inmediata designación de una comisión que se ocupe enérgicamente del caso y haga cuanto pueda por organizar este servicio. Deberá también solicitar el concurso de los médicos y farmacéuticos de la ciudad y buscar enfermeras de buena voluntad.

La proposición fue adoptada por el Congreso todo y quince delegados se constituyeron en comisión para ocuparse del menester. Estos delegados que, al venir al Congreso, esperaban estar de regreso en sus casas a las veinticuatro o cuarenta y ocho horas, tras un simulacro de Congreso, no vacilaron en descuidar sus intereses y retardar el regreso para servir a los camaradas en desgracia. Y considérese que habían traído escasos víveres y que habían dejado en sus hogares urgentes asuntos personales pendientes. Agreguemos que debieron permanecer varios días más en Alexandrovsk. El éxito coronó sus esfuerzos: se obtuvo paja suficiente y se organizó rápidamente un servicio médico de emergencia.

Otro delegado pidió la palabra:

–Camaradas: he de hablar de otro asunto igualmente ingrato. Hemos sabido de ciertas fricciones entre la población y los servicios del ejército insurreccional. Se nos ha referido, sobre todo, que en él existe un servicio de contraespionaje que se permite actos arbitrarios e incontrolables, algunos muy graves, un poco al modo de la Tcheka bolchevique: requisiciones, arrestos, hasta torturas y ejecuciones. No sabemos qué hay de cierto en tales rumores. Pero nos han llegado quejas que parecen serias. Sería deshonroso y peligroso para nuestro ejército seguir ese camino; sería un grave perjuicio, aun un peligro, para toda nuestra causa. No queremos, absolutamente, meternos en asuntos de orden meramente militar. Pero tenemos el deber de oponernos a los abusos y los excesos, si realmente los hay. Porque ellos, sobre ser condenables, levantarían a la población contra nuestro movimiento. El Congreso, que goza de la confianza y la estima generales de la población, tiene el deber de investigar profundamente el punto, establecer la verdad, tomar medidas, si es del caso, y tranquilizar a las gentes. Nuestro Congreso, emanación viviente de los intereses del pueblo laborioso, es en

este momento la institución suprema de la región. Está por encima de todo, pues representa al pueblo laborioso. Propongo, pues, que se nombre de inmediato una comisión encargada de aclarar las cosas y obrar en consecuencia.

Enseguida se constituyó, al efecto, una comisión. Observemos de paso que jamás una iniciativa semejante de delegados del pueblo laborioso hubiese sido posible bajo el régimen bolchevique, y que la entera actividad de este Congreso daba las primeras nociones de cómo la nueva sociedad naciente debiera funcionar desde sus primeros comienzos, para afirmarse en el cabal cumplimiento de los principios manumisores. Agreguemos que los hechos inmediatos no permitieron a esta comisión llevar a cabo su acción: los combates incesantes, los desplazamientos del ejército y las urgentes tareas que absorbían todos sus servicios, se lo impidieron.

Y otro delegado más:

–Camaradas: ya que el Congreso está en tren de reaccionar contra ciertas deficiencias y lagunas, permitidme señalar un hecho lamentable. Aunque no es muy importante, merece nuestra atención, a causa del estado de espíritu impertinente que demuestra. Habéis visto, ciertamente, camaradas, en los muros de la ciudad, el aviso firmado por el camarada Klein, comandante militar de Alexandrovsk, en que invita a la población a no abusar de las bebidas alcohólicas, ni mostrarse por las calles en estado de ebriedad. Es lo propio. Como lo es también la forma del aviso, ni grosero ni insultante, ni ultrajante ni autoritario. No habría sino que felicitar al camarada Klein. Bien; anteayer se realizó una popular velada musical, danzante y recreativa, en esta misma casa, en la sala contigua, en la que participaron buen número de insurgentes, ciudadanos y ciudadanas. Nada de censurable en ello, me adelanto a decirlo. La juventud se aburre y procura distraerse. Es humano y natural. Pero he aquí que se ha bebido por demás en tal velada. Muchos se embriagaron lindamente. Basta ver la cantidad de botellas vacías amontonadas ahí no más, en el corredor. (*Hilaridad*.) El objeto principal de mi intervención no es ése. Ello no es tan grave. Lo grave es que uno de los que llegaron al extremo de embriagarse es... el camarada Klein, uno de los comandantes del ejército y comandante de la ciudad, firmante del excelente aviso contra la embriaguez. A tal punto estaba que no podía marchar ni tenerse en pie y hubo que cargarlo en un carruaje para llevarlo a su casa, al amanecer. Y en el trayecto ha escandalizado, gritando y debatiéndose. Entonces, camaradas: al redactar y firmar el aviso, ¿el camarada Klein se creía por encima de los ciudadanos, eximido de la buena conducta que predicaba a los demás? ¿No debería haber sido el primero, por el contrario, en dar el buen ejemplo? En mi opinión, ha incurrido en una grave falta que no habría que dejar pasar por alto.

Aunque tal inconducta fuera asaz anodina y los delegados tomaran más bien risueñamente la cosa, revelaron cierta emoción. Fue general la condenación de la inconducta de Klein, porque ella podría ser, en efecto, expresión de un estado de espíritu censurable: el de un jefe que se ve por encima de la multitud y todo se lo cree permitido.

–Hay que citar a Klein en el acto –se propuso.

–¡Que venga a explicarse ante el Congreso!

Y al punto tres o cuatro delegados partieron en busca de Klein. A la media hora volvieron con él. Me intrigaba saber cuál seria su actitud.

Klein se contaba entre los mejores comandantes del ejército insurreccional. Joven, valeroso, muy enérgico y combativo –físicamente, un buen mozo, bien proporcionado, de expresión dura y gestos marciales–, se lanzaba siempre a lo más arduo de la batalla, sin temer nada ni a nadie, por lo que había sufrido numerosas heridas. Estimado y amado, por sus colegas y los simples combatientes, era de los que habían vuelto del ejército rojo trayendo a Makhno algunos de sus regimientos. De familia campesina de origen alemán, si no yerro, su cultura era primitiva.

El debía saber que, en esta circunstancia, sería vigorosamente sostenido y defendido por sus colegas –los demás comandantes– y por Makhno mismo. ¿Tendría bastante conciencia para comprender que el Congreso estaba por encima de él, del ejército y de Makhno? ¿Sentiría que un Congreso de trabajadores era la institución suprema ante la que todos eran responsables? ¿Comprendería que todos, el ejército, Makhno, etc., no eran sino obreros de la causa común, que deberían rendir cuenta en todo instante al pueblo laborioso y a sus órganos? Eso me preocupaba, mientras se esperaba el regreso de la comisión.

Una concepción tal de las cosas era enteramente nueva. Los bolcheviques lo habían hecho todo para impedir su surgimiento en el espíritu de las masas. ¡Habría que ver a un congreso obrero disponerse a llamar al orden, por ejemplo, a un comisario o a un comandante del ejército! ¡Cosa inconcebible, imposible! Aun en el supuesto de que un congreso obrero, en alguna parte, osara intentarlo, ¡Con qué indignación y desaprensión el comisario o el comandante habrían arremetido contra el congreso, haciendo ostentación de armas, desde el estrado, y trayendo a cuento sus méritos! "¡Cómo! –gritaría– Ustedes, un simple conglomerado de obreros, ¿tienen el tupé de pedir cuentas a un comisario? a un jefe benemérito, con hazañas, heridas y menciones honrosas en su hoja de servicios, a un jefe felicitado y condecorado? ¡No tenéis ningún derecho a hacerlo! Yo sólo soy responsable ante mis superiores. A ellos debéis dirigiros, si tenéis algo que reprocharme."

Obreros: ¡obedeced a vuestros jefes!... ¡Stalin siempre tiene razón!...

¿Se inclinaría Klein a algo semejante? ¿Estaría, por el contrario, sincera, profundamente penetrado por otra situación, por bien distinta psicología?

Bien ceñido en su uniforme y armado, Klein subió al estrado. Parecía algo sorprendido y molesto.

–Camarada Klein: ¿usted es el comandante de nuestra unidad? –empezó el interpelante.

–Sí.

–¿Es usted quien redactó e hizo fijar el aviso contra el abuso de las bebidas alcohólicas y la embriaguez en público?

–Sí, camarada. Soy yo.

–Díganos, camarada Klein: como ciudadano y aun como comandante militar de nuestra ciudad, ¿se cree moralmente obligado a obedecer su propia recomendación, o se cree al margen y por encima de ella?

Visiblemente molesto y confundido, Klein dio algunos pasos hacia el borde del estrado y dijo muy sinceramente, con voz insegura:

–Camaradas delegados: tengo culpa, lo sé. He cometido una falta embriagándome días pasados. Pero compréndanme... Yo soy un combatiente, un hombre del frente, un soldado, y no un burócrata. Yo no sé por qué se me ha hecho comandante de la ciudad, no obstante mi protesta. Como tal, no tengo nada que hacer, sino estarme el día ante una mesa y firmar papeles. No es para mí eso. Yo necesito la acción a pleno aire, el frente, los compañeros. Aquí me aburro mortalmente, camaradas. He ahí por qué me embriagué la otra noche. Yo bien quisiera poder enmendar mi falta, camaradas. Para ello, no tenéis más que pedir que me manden al frente, donde podría prestar verdaderos servicios, mientras que aquí, en este maldito puesto de comandante, yo nada prometo. No puedo hacerme a él. Eso es más fuerte que yo. Que se ponga a otro hombre en mi lugar, un hombre capaz para ese menester. Perdónenme, camaradas, y que se me envíe al frente.

Los delegados le pidieron que se retirara unos instantes, y él lo hizo en la actitud que sus palabras habían revelado. Se deliberó sobre el caso. Era evidente que su conducta no respondía a una mentalidad de jefe pagado de su jerarquía. Que era, precisamente, cuanto se quería saber. Se comprendió su sinceridad y sus razones, y se le llamó para decirle que el Congreso, habida cuenta de sus explicaciones, no sancionaría su falta, accediendo a gestionar el solicitado envío al frente. El agradeció a los delegados, y partió como había venido, muy sencillamente.

Estos episodios parecerán, a algunos lectores, tal vez insignificantes para ocupar tanto espacio. Me permito expresarle que, desde el punto de vista revolucionario, los considero infinitamente más importantes, más sugestivos y útiles, en los menores detalles, que todos los discursos de Lenin, Trotzky y Stalin, pronunciados antes, durante y después de la Revolución.

El incidente Klein fue el último. Minutos después, el Congreso terminó sus labores.

Relataré aún otro pequeño episodio, personal.

A la salida encontré a Lubim, sonriente, radiante.

–No se puede imaginar –me dijo– toda mi alegría. Usted, ciertamente, me ha visto muy ocupado en el curso del Congreso. ¿Sabe en qué? Soy experto en la formación de grupos de exploración y destacamentos especiales, materia que integraba el orden del día. Durante dos días trabajé con la comisión encargada de estudiar el punto y hallar una solución eficaz. Le di una buena mano, y me han felicitado. Siento la satisfacción de haber hecho algo bueno y necesario, que ha de servir a la causa. Estoy muy contento...

–Lubim –le respondí–; dígame sinceramente: durante ese trabajo bueno y útil, ¿ha pensado usted un solo instante en su papel *político*? ¿Ha recordado ser miembro de un partido político y responsable ante él? Su trabajo útil, ¿no fue, justamente, apolítico, concreto, preciso, trabajo de cooperación, y no de *cabeza*, de *dirección que se impone*, de acción gubernamental?

Lubim me miró, reflexivo.

–En todo caso, el Congreso ha sido magnífico, bien logrado, lo confieso...

–Eso es, Lubim. Reflexione sobre ello. Usted ha cumplido cabalmente su parte, realizando buen trabajo, desde el momento mismo que dejó de llenar su *papel político*, y prestado colaboración como camarada conocedor del asunto. Ahí está, créalo, todo el secreto del éxito del Congreso. He ahí,

también, todo el secreto del logro de una revolución. Es así como deberían obrar todos los revolucionarios, por doquiera, en el plano local y en escala más vasta. Cuando los revolucionarios y las masas lo hayan comprendido, la verdadera victoria de la Revolución estará asegurada.

No he vuelto a ver a Lubim, ni sé qué ha sido de él. Si vive aún, no sé qué piensa hoy. Bien quisiera yo, en tal caso, que leyese estas líneas y recordase...

La última victoria de los makhnovistas sobre los denikistas. La toma de Ekaterinoslav.– Días después de finalizado el Congreso de Alexandrovsk, los makhnovistas se posesionaron definitivamente de Ekaterinoslav. Pero nada positivo pudieron organizar en ello, ni emprenderlo. Las tropas de Denikin, rechazadas de la ciudad, pudieron atrincherarse en sus proximidades, en la orilla izquierda del Dnieper, de donde los makhnovistas no lograron desalojarlas. Diariamente, durante todo un mes, los denikistas bombardearon la ciudad, sometida al fuego de las baterías de sus numerosos trenes blindados. Cada vez que la Comisión de cultura del ejército insurreccional conseguía convocar una conferencia de los obreros de la ciudad, los denikistas, perfectamente informados, intensificaban el fuego, concentrándolo en el lugar de reunión. No era posible ningún trabajo serio, ninguna organización metódica. Apenas si pudieron realizarse algunos mítines en la ciudad y la periferia.

Uno de los argumentos favoritos de los bolcheviques contra los makhnovistas es el de no haber hecho nada, mientras estuvieron en posesión de Ekaterinoslav, por dotar de una organización constructiva la vida de la ciudad. Para poder sostener eso, los bolcheviques ocultan dos circunstancias de capital importancia. Primero: que los makhnovistas jamás han sido representantes de un partido político ni de autoridad alguna. En Ekaterinoslav, su función era la de un destacamento revolucionario militar, montando guardia por la defensa de la ciudad. No le correspondía, pues, emprender y realizar un programa constructor de la Revolución, tarea de incumbencia de las masas laboriosas mismas, a las que el ejército makhnovista podría, a lo más, ayudar con su opinión, sus consejos, su aliento y su experiencia organizadora, lo que hizo, por lo demás, cuanto le fue posible. Segundo: la situación excepcional de la ciudad, enteramente sitiada y continuamente bombardeada, situación que impidió a los obreros –no al ejército makhnovista– ponerse a la obra de organizar la vida ciudadana conforme a los principios de la acción libre.

En cuanto a la versión de que los makhnovistas declararon a los ferroviarios, deseosos de restablecer los servicios si se les ayudaba, que con la estepa y su buena caballería les bastaba, es una grosera invención lanzada por la prensa denikista en octubre de 1919. ¡Y en semejante fuente la recogieron los bolcheviques para hacerla servir a sus fines! (P. Archinoff, ob. cit., cap. VII).

Con falsedades de tal género y calumnias de toda especie los bolcheviques nutrieron su campaña de desprestigio contra el movimiento makhnovista.

La epidemia. Abandono de Ekaterinoslav. Retorno de los bolcheviques a Ucrania. Su nuevo conflicto con los makhnovistas.– A partir de noviembre, una terrible epidemia de tifus exantemático, que invadió toda Rusia, hizo

estragos en el ejército insurreccional. La mitad de los hombres estaban enfermos y la mortandad era muy elevada. Principalmente por esta causa los makhnovistas se vieron obligados a dejar Ekaterinoslav cuando la atacó a fines de noviembre el grueso de las fuerzas de Denikin, en retirada hacia Crimea, seguidas de cerca por los bolcheviques.

Las tropas makhnovistas se reagruparon entre las ciudades de Melitopol, Nicopol y Alexandrovsk. En esta última se produjo, afines de diciembre de 1919, el encuentro entre el estado mayor makhnovista y el alto comando de las varias divisiones del ejército rojo que venían en seguimiento de Denikin, encuentro esperado, desde hacía tiempo, por los makhnovistas, y que ellos estimaban habría de ser, por las nuevas condiciones creadas, fraternal por lo que no adoptaron precaución alguna.

El encuentro fue en todo semejante a varios anteriores: amistoso y hasta cordial, en apariencia. Sin embargo, habría de reservar, como algunos sospechaban, sorpresas y borrascas. Sin duda, los bolcheviques recordaban con amargura y rencor el golpe sufrido por el retiro de los regimientos makhnovistas y de los propios regimientos rojos, que aquéllos arrastraron. Sin la menor duda, tampoco tolerarían largamente a su lado la presencia de un ejército libre ni la vecindad de un movimiento independiente, de toda una región que no reconocía su autoridad. Más o menos pronto, los conflictos serían inevitables. Y en la primera ocasión los bolcheviques no vacilarían en atacar. Aunque los makhnovistas, advertidos más o menos de esta situación, estuviesen dispuestos a arreglar, pacífica y fraternalmente, todas las diferencias eventuales, no podían desprenderse de un sentimiento de desconfianza.

Las relaciones entre los soldados de ambos ejércitos fueron, desde el primer momento, amistosas y fraternales. En un mitin común, en el que unos y otros fraternizaron entusiastas, estrecharon sus manos en el propósito de luchar de consuno contra el enemigo común: el capitalismo y la contrarrevolución. Y algunas unidades del ejército rojo hasta expresaron su intención de pasar a las filas makhnovistas.

Ocho días más tarde estalló la tempestad. El comandante del ejército insurreccional –Makhno– recibió orden del Consejo revolucionario militar del XIV Cuerpo del ejército rojo de dirigirse, con su ejército insurreccional, al frente polaco. Se trataba, tal fue la general comprensión, del primer paso hacia un nuevo ataque contra los makhnovistas. Esa orden era, por múltiples razones, un contrasentido. Ante todo, el ejército insurreccional no estaba subordinado al XIV Cuerpo ni a ninguna otra unidad militar roja. El comando rojo carecía de facultades para dar órdenes al ejército insurreccional, que había soportado solo todo el peso de la lucha contra la reacción en Ucrania. Luego, aunque tal desplazamiento hubiese sido fraternalmente encarado, era materialmente imposible realizarlo, por estar enfermos la mitad de sus combatientes, casi todos los comandantes, los integrantes del estado mayor y Makhno mismo. Y, finalmente, la combatividad y la eficacia revolucionaria del ejército makhnovista serían por mucho mayores en Ucrania que en el frente polaco, donde se hallaría en un ambiente extraño, luchando por fines no conocidos por él.

En tal sentido respondieron los makhnovistas a la orden del comando rojo, rehusándose a ejecutarla. Para unos y otros, tanto la proposición como la respuesta eran *pura diplomacia*, y sabían a qué atenerse en realidad. Enviar al ejército insurreccional al frente polaco significaba cortar limpiamente el nervio principal del movimiento revolucionario en la región, justamente lo que los bolcheviques procuraban para ser amos absolutos también en ella. Si el ejército insurreccional se sometía, se lograba el fin. En caso contrario, prepararían la respuesta para llegar al mismo resultado. Los makhnovistas lo sabían y se disponían a parar el golpe. Lo demás no era sino *literatura*.

La respuesta a la negativa no se hizo esperar. Pero los makhnovistas se adelantaron previsoramente, evitando así hechos sangrientos inmediatos. Al mismo tiempo que la respuesta al comando rojo, los makhnovistas dirigieron un llamado a los soldados del ejército rojo, poniéndoles sobre aviso para que evitaran ser engañados por las maniobras provocadoras de sus jefes. Hecho lo cual, levantaron campamento y se pusieron en marcha hacia Gulaï-Pole, que acababa de ser evacuada por los blancos, llegando a ella sin dificultades ni encuentro. El ejército rojo no se opuso a esa marcha, de momento, aunque algunos destacamentos de poca monta y algunos personajes aislados que se retardaron a la retaguardia del grueso de las tropas fueron hechos prisioneros por los bolcheviques.

Quince días más tarde, hacia mediados de enero de 1920, los bolcheviques declararon a Makhno y a los combatientes de su ejército fuera de la ley por no haber cumplido la orden de marchar al frente polaco.

El segundo ataque bolchevique contra los makhnovistas.– Comienza en este punto el tercer acto del drama, prolongado durante nueve meses y caracterizado por la encarnizada lucha entre los makhnovistas y las autoridades bolcheviques. No nos ocuparemos de las múltiples peripecias de esta lucha sin cuartel. Para evitar una posible fraternización de los soldados del ejército rojo con los makhnovistas se lanzaron contra éstos la división de fusileros letones y destacamentos chinos, cuyos integrantes no advertían la verdadera esencia de la Revolución rusa y se limitaban a obedecer ciegamente las órdenes de sus jefes.

Los bolcheviques condujeron la lucha con picardía y salvajismo inauditos.

Aunque las tropas rojas decuplicasen en número a las makhnovistas, éstas maniobraban tan hábilmente, ayudadas eficazmente por la población, que se mantenían constantemente fuera de alcance. Por lo demás, el alto comando bolchevique evitaba deliberadamente la lucha franca y abierta contra Makhno y su ejército, prefiriendo otro género de guerra.

El ejército rojo señalaba metódicamente, mediante numerosos reconocimientos y exploraciones, las aldeas y poblaciones con escasas fuerzas makhnovistas o enteramente desguarnecidas, y caía sobre ellas, ocupándolas casi sin combate. Así lograron establecerse sólidamente en varios lugares y paralizar el libre desenvolvimiento de la región, esbozado en 1919. Y donde se instalaban desencadenaban la *guerra* no contra el ejército insurreccional, sino contra la población campesina en general. Los arrestos y las ejecuciones en masa comenzaban al punto. La represión denikista fue superada, en extensión y horror, por la de los bolcheviques.

La prensa comunista de la época solía, al ocuparse de la lucha contra los insurgentes, citar cifras de los makhnovistas vencidos, de los prisioneros y los fusilados. Pero omitía aclarar que se trataba casi siempre no de combatientes del ejército, sino de aldeanos convictos o solamente sospechados de simpatía por los makhnovistas.

La llegada de las tropas rojas a una aldea significaba el inmediato arresto de numerosos campesinos, muchos de ellos fusilados, como insurgentes o como rehenes sacrificados. Gulaï-Pole cambió muchas veces de mano. Y, naturalmente, hubo de sufrir mucho más, por las reiteradas incursiones bolcheviques. Cada sobreviviente podría relatar casos espantosos de la represión bolchevique. En las primeras incursiones, Makhno, que se hallaba enfermo al extremo de no tener conocimiento, estuvo muchas veces a punto de caer en poder del enemigo, que lo buscaba afanosamente. Y pudo salvarse, y curarse, gracias a la sublime abnegación de los campesinos, que en ocasiones se sacrificaban voluntariamente para ganar tiempo y permitir que el enfermo fuera trasladado a lugar más seguro.

Según cálculos moderados, en esa época más de 200.000 campesinos y obreros fueron fusilados o gravemente mutilados por los bolcheviques en Ucrania. Y otros tantos fueron encarcelados o deportados al desierto siberiano y otros lugares no menos penosos.

Naturalmente, los makhnovistas no podían a menos de reaccionar contra tan monstruosa deformación de la Revolución. Al terror de los bolcheviques respondieron con golpes no menos duros, aplicando contra ellos todos los medios y métodos de las guerrillas, que habían practicado antes, en la lucha contra el hetman Skoropadsky.

Cuando los makhnovistas, a raíz de una batalla o por acción de sorpresa, hacían numerosos prisioneros rojos, desarmaban a los soldados y los ponían en libertad, aun sabiendo que se les obligarla a volver a la línea de fuego; los que deseaban unirse a los makhnovistas eran recibidos fraternalmente. Los jefes, los comisarios y los representantes en misión del Partido Comunista eran pasados a filo de espada, salvo caso de pedir su gracia los soldados por razones plausibles. No se olvide que todos los makhnovistas, quienquiera fuesen, caídos en poder de los bolcheviques eran invariablemente fusilados en el acto.

Las autoridades bolcheviques y sus agentes pintaban muchas veces a los makhnovistas como vulgares asesinos implacables, como bandidos sin fe ni ley; publicaban largas listas de nombres de soldados rojos y de miembros del Partido Comunista muertos por esos *criminales*. Mas siempre callaban un punto esencial: que esas víctimas caían en combates emprendidos o provocados por los comunistas mismos.

En realidad, no se podía sino admirar los sentimientos de tacto, delicadeza, espontánea disciplina y honor revolucionario de que dieron prueba los makhnovistas con respecto a los soldados del ejército rojo. Pero los jefes de éste y la *aristocracia* del Partido Comunista eran considerados por los makhnovistas como los únicos y verdaderos responsables de todos los males y todos los horrores con que el poder bolchevique abrumaba al país. Ellos eran quienes, deliberadamente, habían aniquilado la libertad de los trabajadores y hecho de la región una llaga sangrante, por la que el

pueblo se desangraba. Para ellos, pues, no había miramientos ni piedad: eran habitualmente ejecutados apenas identificados.

Uno de los mayores motivos de preocupación para el gobierno bolchevique era saber aún vivo a Makhno y no poder echarle mano. Daba por seguro que la supresión de Makhno significarla la liquidación del movimiento. Por ello, en el verano de 1920 montaron múltiples atentados contra él, ninguno de los cuales resultó. Existe, al respecto, concluyente documentación. Pero no nos detendremos en estos aspectos en cierto modo personales.

Durante todo el año 1920, y más tarde, las autoridades bolcheviques sostuvieron la lucha contra los makhnovistas, pretextando combatir al bandolerismo. Hicieron intensa agitación para convencer de ello al país, orientando en tal sentido su prensa y demás medios de propaganda, para sostener a toda costa, interior y exteriormente, tamaña calumnia. Y, al par de esta campaña, lanzaron numerosas divisiones de fusileros y de caballería contra los insurgentes, a fin de destruir el movimiento y de impulsarlo así efectivamente hacia la sima del bandolerismo. Los prisioneros makhnovistas eran implacablemente ejecutados; sus familias –padres, esposas, hijos–, torturadas o muertas; sus bienes, pillados o confiscados; sus hogares, devastados. Y todo ello practicado en vasta escala.

Había que contar con excelsa voluntad y desplegar heroicos esfuerzos para que la vasta masa de los insurgentes, ante los diarios horrores perpetrados por las autoridades, conservase intacta su posición rigurosamente revolucionaria, sin precipitarse, por exasperación, en el abismo del bandolerismo. Pues bien: esa masa no perdió el valor un solo día, ni jamás abatió su pabellón revolucionario. Hasta el fin permaneció fiel a su tarea. Para quienes tuvieron ocasión de observarla en este periodo tan duro, tan penoso, ello fue algo rayano en lo milagroso, revelador de cuán profunda era la fe de las masas laboriosas en la Revolución y cuán firme su abnegación por la causa que los transportaba. (P. Archinoff, ob. cit., cap. VIII).

A partir del verano de 1920, los makhnovistas hubieron de sostener la lucha no sólo contra las unidades del ejército rojo, sino contra el entero sistema bolchevique, contra todas las fuerzas estatales bolcheviques en Rusia y en Ucrania, lucha que se ampliaba e intensificaba día tras día. En tales condiciones, las tropas insurreccionales se veían obligadas a menudo, para evitar el encuentro con fuerzas muy superiores, a alejarse de su base y realizar marchas forzadas de más de mil kilómetros, replegándose ya hacia la cuenca del Donetz, ya hacia la gobernación de Kharkov, ya hacia la de Poltava.

Estas involuntarias peregrinaciones fueron ampliamente aprovechadas por los insurgentes para la propaganda: cada aldea en que acampaban las tropas un día o dos se convertía en un vasto auditorio makhnovista.

La situación excepcionalmente difícil del ejército insurreccional no le impidió velar por el perfeccionamiento de su organización. Después de la derrota de Denikin y el regreso de los insurgentes a su región, se constituyó un Consejo de los insurgentes revolucionarios, integrado por delegados de todas las unidades del ejército. Funcionaba bastante regularmente, ocupándose de cuestiones no concernientes a las operaciones militares propiamente dichas.

Pero en el verano de 1920 las condiciones particularmente inestables y penosas en que se hallaba el ejército dificultaron la actuación eficaz de ese Consejo, por lo que fue remplazado por otro, reducido a siete miembros, elegidos y ratificados por el conjunto de los insurgentes. El nuevo Consejo se dividía en tres secciones para otros tantos órdenes de asuntos: militares, de organización y control general, de propaganda y cultura.

CAPÍTULO V
LA OFENSIVA DE WRANGEL. SU DERROTA

Los bolcheviques en peligro. Su acuerdo con el ejército insurreccional.– Pasemos al cuarto acto: la expedición de Wrangel.

EL ex oficial zarista barón Wrangel encabezó el movimiento blanco en reemplazo de Denikin. En Crimea, el Cáucaso y las regiones del Don y Kuban se esforzó en reagrupar y organizar los restos de las tropas denikistas, y, logrado esto, reforzó sus tropas de base con sucesivos reclutamientos. Así pudo disponer de un ejército bien ensamblado y adicto, a favor de la desastrosa política de los bolcheviques, que suscitaba la oposición de masas populares cada vez más numerosas.

Wrangel comenzó a inquietar a los bolcheviques desde la primavera de 1920. Más fino y astuto que Denikin, se hizo prontamente peligroso, y a mediados del verano se colocó netamente en ventaja. Avanzaba lentamente, pero sobre seguro. Y bien pronto su avance constituyó una grave amenaza para toda la cuenca del Donetz. Los bolcheviques estaban muy comprometidos en el frente polaco, experimentando reveses, de modo que la entera causa se hallaba de nuevo en peligro.

Como anteriormente contra Denikin, los makhnovistas decidieron combatir a Wrangel en la medida de sus fuerzas y medios. En varias ocasiones cargaron contra él, pero cada vez, en pleno combate, debían abandonar la línea de fuego y retirarse, pues las tropas rojas los tomaban de flanco. Al par, las autoridades bolcheviques no cesaban de calumniar a los makhnovistas, agregando a las acostumbradas acusaciones de defensores de "kulaks" y "bandidos", la falsa especie de una alianza entre Makhno y Wrangel. Así, el representante plenipotenciario del gobierno de Kharkov, Yacovlleff, declaró en sesión plenaria del soviet de Ekaterinoslav que el gobierno tenía la prueba escrita de esa alianza. Tales procedimientos eran, para los bolcheviques, "medios de lucha política".

Los makhnovistas no podían permanecer indiferentes ante el avance cada vez más amenazante de Wrangel. Consideraban que se debía combatirlo sin tardanza para no darle tiempo a extenderse y consolidar sus conquistas. Pero con los bolcheviques, ¿qué hacer? Estos les impedían obrar y, además, su dictadura era tan nefasta y hostil a la libertad de los trabajadores como la de Wrangel. Examinado el problema en todas sus faces, el Consejo de los insurgentes y el estado mayor del ejército consideraron que, ante la Revolución, Wrangel representaba, no obstante, el peligro número uno, y

que se debería intentar un entendimiento con los bolcheviques. Sometido el caso al conjunto de los insurgentes, éstos adoptaron, en un gran mitin, la opinión del Consejo y del estado mayor, en vista de los grandes resultados que podría aportar el aniquilamiento de Wrangel, y resolvieron proponer a los bolcheviques la suspensión de las hostilidades para aplastar de consuno a Wrangel.

En julio y agosto se enviaron despachos en tal sentido a Moscú y Kharkov, en nombre del Consejo y del comandante del ejército insurreccional, que no obtuvieron respuesta. Mientras, los bolcheviques persistían en su doble campaña de actos de guerra y de calumnias.

En septiembre, los rojos debieron retirarse de Ekaterinoslav. Wrangel se apoderó, casi sin resistencia, de Berdiansk, Alexandrovsk, Gulaï-Pole, Sinelnikovo, etc. Fue entonces que una delegación plenipotenciaria del Comité Central del Partido Comunista, encabezada por un tal Ivanoff, llegó a Starobelsk, gobernación de Kharkov, donde acampaban los makhnovistas a esa fecha, a objeto de iniciar tratativas para una acción combinada contra Wrangel. Allí mismo se convinieron los preliminares de un acuerdo militar y político entre los comunistas y el poder soviético, cuyas cláusulas fueron enviadas a Kharkov para su redacción definitiva y su ratificación. Al efecto, y para establecer relaciones continuadas con el estado mayor bolchevique, Budanoff y Popoff partieron para Kharkov. El acuerdo quedó ultimado entre el 10 y el 15 de diciembre de 1920.

A pesar de la necesidad de abreviar, es necesario transcribir por entero este documento histórico, de tan sugestivo tenor. Sin conocerlo en todos sus puntos no podrían ser comprendidos ni apreciados en su justo valor los acontecimientos que siguieron a la conclusión del pacto.

Convención del acuerdo militar y político preliminar entre el gobierno soviético de Ucrania y el Ejército insurreccional revolucionario (makhnovista) de Ucrania

Parte 1ª.: Acuerdo político

1. Liberación de todos los makhnovistas y anarquistas presos o exilados en todo el territorio de la república soviética; cese de toda persecución contra ellos, excepto para los que hayan emprendido la lucha armada contra el gobierno soviético.

2. Completa libertad, para makhnovistas y anarquistas, de propaganda pública de sus ideas y principios, por la palabra y la prensa, excepto la incitación al derrocamiento violento del poder soviético y a condición de respetar las disposiciones de la censura militar. Para todas sus publicaciones, los makhnovistas y los anarquistas, como organizaciones revolucionarias, reconocidas por el gobierno, dispondrán del aparato técnico del Estado, sometiéndose, naturalmente, a los reglamentos técnicos pertinentes.

3. Libre participación en las elecciones de los soviets y derecho a ser electos para makhnovistas y anarquistas. Libre participación en la organización del próximo quinto congreso panucraniano de los soviets en diciembre próximo.

Firman: Yakovieff, por el gobierno, y Kurilenko y Popoff, por el movimiento makhnovista.

Parte 2ª.: Acuerdo militar

1. El ejército makhnovista formará en las fuerzas armadas de la República como ejército de guerrilleros, subordinado, en cuanto a las operaciones, al mando supremo del ejército rojo. Conservará su estructura interna, sin obligación de adoptar las bases y los principios de organización del ejército rojo regular.

2. Al pasar por territorio soviético, hallarse en el frente o atravesarlo, el ejército makhnovista no aceptará en sus filas destacamentos o desertores rojos.

Notas:

a) Las unidades o soldados rojos que el ejército insurreccional haya encontrado a la retaguardia del frente de Wrangel y se le hubiesen unido deberán volver a sus propias filas rojas.

b) Los guerrilleros makhnovistas que se hallan a la retaguardia del frente de Wrangel, así como todos los que se hallan al presente en las filas del ejército insurreccional, permanecerán en ellas, aunque hayan sido movilizados anteriormente por el ejército rojo.

3. A fin de aniquilar al enemigo común –el ejército blanco–, el ejército insurreccional revolucionario de Ucrania informará, a las masas trabajadoras que lo apoyan, sobre el acuerdo concertado, y recomendará a toda la población a cesar toda acción hostil contra el Poder de los soviets; por su parte, el gobierno de los soviets hará inmediatamente públicas las cláusulas del acuerdo.

4. Las familias de los combatientes del ejército insurreccional radicadas en territorio de la República de los Soviets gozarán de iguales derechos que las de los soldados del ejército rojo y serán provistas, al efecto, de los documentos necesarios, por el gobierno soviético de Ucrania.

Firmado: *Frunze*, comandante del frente sur; *Belakun*, *Gussef*, miembros del Consejo revolucionario del frente sur; Kurilenko, Popoff, delegados plenipotenciarios del Consejo y del comando del ejército insurreccional makhnovista.

Los delegados makhnovistas sometieron al gobierno de los soviets una cuarta cláusula de orden político:

Uno de los elementos esenciales del movimiento makhnovista es la lucha por la autoadministración de los trabajadores, por lo cual el ejército insurreccional estima de su deber insistir sobre el siguiente punto (el cuarto): en la región donde opere el ejército makhnovista la población obrera y campesina creará sus instituciones libres por la autoadministración económica y política; sus instituciones serán autónomas y vinculadas federativamente, mediante pactos, con los órganos gubernamentales de las repúblicas soviéticas.

Se trataba, prácticamente, de reservar a los insurgentes makhnovistas dos o tres departamentos de Ucrania para que pudiesen realizar en ellos su experiencia social, manteniendo relaciones federativas con la U.R.S.S. Aunque esta cláusula especial no se incorporó al pacto firmado, los makhnovistas le atribuyeron, naturalmente, gran importancia.

Detalle significativo: firmado el pacto, los bolcheviques se vieron en la obligación de declarar, por conducto del Comisariado principal de guerra, que jamás Makhno había estado en relaciones con Wrangel; que las afirmaciones difundidas al respecto por las autoridades habían sido un error

debido a falsas informaciones, etc. Estas declaraciones fueron publicadas por dicho Comisariado, con el título "Makhno y Wrangel", en el *Proletario* y otras publicaciones de Kharkov, hacia el 20 de octubre de 1920.

Examínese atentamente el texto del acuerdo y se distinguirán claramente en él dos tendencias opuestas: estatista la una, defensora de los privilegios y prerrogativas acostumbradas de la autoridad; popular y revolucionaria la otra, defensora de las sólidas reivindicaciones de las masas subyugadas. Es asaz característico que la primera parte del acuerdo –la de orden político, que contiene la reivindicación de los derechos naturales de los trabajadores– expresa únicamente las tesis makhnovistas. En este aspecto las autoridades bolcheviques adoptaron la clásica actitud de todas las tiranías: tratar de limitar las reivindicaciones formuladas por los makhnovistas, regateando en todos los puntos, haciendo lo más posible por reducir los derechos del pueblo laborioso, indispensables para su verdadera libertad e inalienables.

Con diversos pretextos, las autoridades bolcheviques retardaron largamente la publicación del acuerdo concertado, en lo que los makhnovistas vieron un signo que nada bueno auguraba. Ante tal deslealtad, ellos declararon firmemente que, en tanto no fuera publicado el pacto, el ejército insurreccional no se atendría a sus cláusulas. Y sólo tras esta presión directa el gobierno se decidió a publicar el texto del acuerdo. Pero no lo hizo de una vez integralmente: publicó primero la parte II (de orden militar), y después de un intervalo la parte I (de orden político), con lo que el verdadero sentido del pacto resultó oscurecido. Los lectores, en su mayoría, no lo captaron; precisamente lo que el gobierno había procurado. En cuanto a la cuarta cláusula política propuesta, las autoridades ucranianas no la incluyeron, pretextando que debían consultar especialmente al respecto con Moscú.

Primera derrota de Wrangel por los makhnovistas. Su definitivo desastre. Entre el 15 y el 20 de octubre el ejército makhnovista se puso en marcha para atacar a Wrangel. La línea de batalla se extendió desde Sinelnikovo a Alexandrovsk-Pologui-Berdiansk, apuntando al istmo de Perekop, asaz estrecho y accidentado, que une Crimea al continente.

Ya desde los primeros combates, entre Pologui y la ciudad de Orekhov, una parte importante de las tropas de Wrangel, mandadas por el general Drozdoff, fue batida, y 4.000 soldados cayeron prisioneros[1].

Tres Semanas más tarde, la región quedó libre de las tropas de Wrangel, que se replegaron hacia Crimea.

A comienzos de noviembre los makhnovistas se encontraban, conjuntamente con el ejército rojo, ante Perekop. Días después, mientras el ejército rojo sitiaba a Perekop, una parte de las tropas makhnovistas, por orden del estado mayor, cruzó a una treintena de kilómetros a la izquierda del istmo, sobre el estrecho de Sivach, helado en esa época. La caballería,

[1] Fue en este momento que Makhno exigió, por telegrama, la inmediata libertad de Tchubenko y la mía –yo había sido apresado en diciembre de 1919–, al enterarme de lo cual los bolcheviques encomiaron las cualidades combativas del ejército makhnovista.

comandada por Martchenko (campesino anarquista, originario de Gulaï-Pole), marchaba a la vanguardia, seguida por el regimiento de ametralladoras, a las órdenes de Kojin (campesino revolucionario de extremado denuedo). La travesía, realizada bajo el intenso fuego continuo del enemigo, costó muchas vidas. Pero el brío y la tenacidad de los atacantes acabaron por quebrar la resistencia de las tropas de Wrangel, que se dieron a la fuga. Entonces otro ejército makhnovista, el de Crimea, a las órdenes de Simón Karetnik (otro campesino anarquista de Gulaï-Pole), se dirigió en derechura hacia Simferopol, que fue tomada por asalto el 13 y el 14 de noviembre. Al par, el ejército rojo forzaba el paso de Perekop. Es innegable que, con su penetración en Crimea por el cruce del estrecho de Sivach, los makhnovistas contribuyeron decisivamente a la toma del istmo de Perekop, considerado inexpugnable, obligando a Wrangel a retirarse al fondo de la península de Crimea, para no ser cercado en los desfiladeros de Perekop.

Así terminó la tentativa de Wrangel. Los restos de sus tropas se embarcaron, de prisa, en el litoral sur, hacia el extranjero.

Nuevas tentativas de trabajo constructivo en la región insurgente.– Ya hemos dicho que, después del abandono de Ekaterinoslav y del segundo conflicto con los bolcheviques, seguido de la expedición de Wrangel, los acontecimientos de orden militar impidieron nuevamente toda actividad creadora de las masas laboriosas en la región insurgente. Hubo, sin embargo, una excepción: la aldea de Gulaï-Pole.

Es de señalar que, aunque considerada aldea, Gulaï-Pole es más bien una ciudad, y no poco importante. Cierto que en la época de que se trata su población la integraban casi únicamente campesinos, oscilando entre veinte y treinta mil habitantes. Contaba con varias escuelas primarias y dos liceos. Su vida era intensa y muy avanzada la mentalidad de la población. Naturalmente, se habían radicado desde hacía tiempo en ella maestros, profesores y otros intelectuales. Aunque durante las encarnizadas luchas contra Denikin, los bolcheviques y Wrangel, Gulaï-Pole había cambiado repetidamente de mano, y aunque, por otra parte, el gobierno soviético, contrariamente al acuerdo concertado, estableció un semibloqueo de la región e hizo cuanto pudo por trabar la libre actividad de los trabajadores, el núcleo activo de los makhnovistas que permaneció allí prosiguió enérgicamente su obra constructiva, con la ayuda y el concurso entusiastas de la entera población.

Se encaró, ante todo, la organización de un libre soviet local de los trabajadores, que debía cimentar los fundamentos de la vida nueva, económica y social, de la región, en base a los principios de la libertad y la igualdad, exenta de toda autoridad política. Los habitantes de Gulaï-Pole realizaron al efecto varias reuniones preliminares, y al cabo de ellas constituyeron un soviet que funcionó durante algunas semanas, hasta que los bolcheviques lo destruyeron.

Al mismo tiempo, el Consejo de los insurgentes elaboró y editó, como proyecto, los *Estatutos fundamentales del Soviet libre.*

La obra de instrucción escolar y de educación pública mereció, por otra parte, activa consagración, lo que se imponía urgentemente, pues las

repetidas incursiones de las varias fuerzas enemigas habían tenido nefasta repercusión en el dominio de la enseñanza. Los maestros, sin remuneración desde mucho tiempo, se habían dispersado y los edificios escolares, abandonados, se hallaban en malas condiciones. En cuanto las circunstancias lo permitieron, los makhnovistas y toda la población se contrajeron a la tarea de reanudar la obra educativa.

Merecen nuestra atención, sobre todo, las ideas madres en que basaron esta obra los iniciadores:

1. Son los trabajadores mismos quienes deben vigilar por la buena marcha de la instrucción y de la educación de la joven generación laboriosa.

2. La escuela debe ser no solamente fuente de conocimientos indispensables, sino también, a igual titulo, medio de formación *del hombre consciente y libre*, capaz de luchar por una verdadera sociedad humana y vivir y obrar en ella.

3. Para que pueda llenar ambas condiciones, la escuela debe ser independiente, separada, por lo tanto, de la Iglesia y del Estado.

4. La enseñanza y la educación de la juventud deben ser la obra de los llamados a ella por sus disposiciones, sus aptitudes, sus conocimientos y otras cualidades indispensables para tal misión. Esta obra ha de estar, naturalmente, bajo el control atento y efectivo de los trabajadores.

Había en Gulaï-Pole algunos intelectuales partidarios de los principios de la Escuela Libre de Francisco Ferrer, fusilado por la reacción española en 1909. A impulso de ellos, se promovió un vivo movimiento, que condujo rápidamente aun esbozo muy interesante de una vasta obra educacional. Los campesinos y los obreros se encargaron del mantenimiento del personal docente necesario de todas las escuelas de la localidad y alrededores. Una comisión mixta, integrada por maestros, campesinos y obreros, se encargó de satisfacer todas las necesidades, tanto económicas como pedagógicas, de la vida escolar. Y esa comisión elaboró, en tiempo sorprendente, un plan de libre enseñanza, inspirado en las ideas de Francisco Ferrer.

Simultáneamente se organizaron cursos especiales para adultos. E igualmente cursos de nociones *políticas* –o, más bien, sociales e ideológicas.

Muchos que habían abandonado su actividad en la enseñanza y hasta dejado Gulaï-Pole, volvieron a sus puestos al enterarse de la reanudación de la obra. Y hasta acudieron a participar en ella algunos especialistas radicados lejos. Así se reanudó, sobre bases nuevas, la obra educacional.

Es de señalar que se reiniciaron también las representaciones teatrales, con realizaciones muy interesantes, inspiradas en ideas nuevas.

Todo este impulso creador de las masas fue brutalmente deshecho por un fulminante ataque bolchevique, desatado sobre toda Ucrania el 26 de noviembre de 1920.

Este fue el quinto y último acto del drama.

La traición de los bolcheviques. Su tercer ataque decisivo contra la makhnovtchina.– Después de todo lo ocurrido, nadie, entre los makhnovistas, podía creer en la lealtad revolucionaria de los bolcheviques. Se sabía que sólo el peligro de la ofensiva de Wrangel los había obligado a tratar con Makhno. Y se tenía la certeza de que, una vez descartado ese peligro, el gobierno soviético no tardaría en emprender una nueva campaña contra la makhnovtchina, con cualquier pretexto. Nadie creía en la solidez ni en la duración del pacto. Pero, en general, se suponía que el buen acuerdo se mantendría durante tres o cuatro meses, lapso que se esperaba aprovechar para desplegar una enérgica propaganda en pro de las ideas y del movimiento makhnovistas y libertarios. ¡Esperanza bien pronto decepcionada!

Ya el modo en que el gobierno bolchevique aplicaba las cláusulas del acuerdo era significativo y sospechoso. Por nada se preocupaba de cumplir honesta, eficazmente, lo convenido. No soltaba, sino por cuentagotas, a los presos makhnovistas y anarquistas. Y persistía en dificultar, por todos los medios, la actividad ideológica de los militantes libertarios.

Absorbidos por la lucha militar, los makhnovistas no podían, de momento, preocuparse de esta situación anormal.

A pesar de todo, renació en Ucrania una cierta actividad anarquista y reaparecieron algunos periódicos.

El interés y las simpatías de la población laboriosa por las ideas y el movimiento libertarios superaron todas las previsiones. Al ser libertado en Moscú y vuelto a Ucrania, me sorprendió el ver una gran multitud llenar el local de nuestro grupo en Kharkov, noche a noche y a cada anuncio de conferencia. A centenares se contaban los que, todas las veces, no podían entrar, y que, a pesar del frío intenso, permanecían a la intemperie para escuchar al conferenciante.

Bien pronto las filas de los anarquistas ucranianos se enriquecieron con la llegada de militantes de la Gran Rusia, donde los bolcheviques no tenían casi para nada en cuenta el acuerdo con Makhno. Día tras día el movimiento cobraba mayor amplitud.

Tal estado de cosas apresuró la reacción de los bolcheviques, furiosos por tales éxitos.

Los makhnovistas contaban mucho con los efectos de la propuesta cuarta cláusula de la parte política del acuerdo. Insistían particularmente sobre la urgencia de examinarla y tomar una decisión al respecto, en el apremio de obtener de los bolcheviques el reconocimiento del derecho de autoadministración económica y social de los obreros y los campesinos. Los representantes de la makhnovtchina exigían que las autoridades soviéticas escogieran entre aceptar la cláusula en cuestión o explicar francamente por qué se oponían a ella. Sobre este tema se fue concentrando la propaganda anarquista. Hacia mediados de noviembre, esta *cuarta cláusula* atraía por doquiera la atención pública y prometía adquirir pronto una importancia capital. Pero los bolcheviques la consideraban terminantemente inadmisible.

Se había proyectado, para esa época, un Congreso anarquista en Kharkov, para tratar sobre la actividad libertaria en las nuevas condiciones creadas. Fue hacia la misma época que a la aventura de Wrangel se la pudo dar por definitivamente liquidada. Y fue por la misma época, precisamente, que Lenin comenzó a preparar taimadamente un nuevo ataque contra makhnovistas y anarquistas, culminando con el envío de los famosos telegramas secretos, de los cuales tuvieron noticia los anarquistas demasiado tarde por conducto de un telegrafista simpatizante.

Apenas llegado a Gulaï-Pole el despacho de Simón Karetnik –anunciando que se hallaba con las tropas insurreccionales en Crimea y se dirigía hacia Simferopol–, el ayudante de campo de Makhno, Gregorio Vassilevsky, exclamó: "¡Se acabó el acuerdo! Apuesto a que antes de ocho días los bolcheviques caerán sobre nuestras espaldas!" Lo dijo el 15 ó 16 de noviembre. Y el 26 del mismo mes los bolcheviques atacaron traidoramente al estado mayor y las tropas makhnovistas en Crimea; se lanzaron simultáneamente hacia Gulaï-Pole, apresaron a los representantes makhnovistas en Kharkov, saquearon todas las instituciones libertarias recientemente restablecidas en ella, y detuvieron a todos los anarquistas, muchos de los cuales habían acudido al Congreso convocado en dicha ciudad. De igual modo procedieron en toda Ucrania (P. Archinoff, ob. cit., cap. IX).

CAPÍTULO VI
TERCERA Y ÚLTIMA GUERRA DE LOS BOLCHEVIQUES CONTRA LOS MAKHNOVISTAS Y ANARQUISTAS
APLASTAMIENTO DEL EJERCITO INSURRECCIONAL

Así se inició la guerra final de los bolcheviques contra los makhnovistas, los anarquistas y las masas laboriosas de Ucrania, la que terminó, al cabo de nueve meses de implacable lucha desigual, con el aplastamiento militar del movimiento libre.

Una vez más, la fuerza brutal, asistida además por el engaño y la impostura, obtuvo la victoria. Aportaremos algunos detalles y puntualizaciones para que se puedan enjuiciar debidamente los hechos.

El gobierno bolchevique, naturalmente, no se retardó en dar explicaciones de su golpe traidor, pretendiendo que makhnovistas y anarquistas estaban en tren de preparar un complot y una vasta insurrección contra el gobierno de los soviets. Acusó a Makhno de haberse negado a marchar hacia el frente caucásico y de haber realizado una leva de tropas entre los campesinos para la formación de un ejército contra las autoridades soviéticas, y afirmó que, en lugar de combatir a Wrangel en Crimea, los makhnovistas se habían dedicado a una acción de guerrillas contra las retaguardias del ejército rojo, etc.

¡Explicaciones todas de su actitud, a cuál más mentirosa! Pero, a fuerza de repetirlas, ante el forzado silencio de makhnovistas y anarquistas, los bolcheviques lograron hacerlas admitir por muchísimos, en Rusia y en el extranjero.

Varios hechos nos permiten restablecer la verdad:

1º El 23 de noviembre de 1920, los makhnovistas detuvieron en Pologui y Gulaï-Pole a nueve espías bolcheviques pertenecientes a la 42ª División de fusileros del ejército rojo, quienes confesaron haber sido enviados a Gulaï-Pole por el jefe del servicio de contraespionaje para averiguar los domicilios de Makhno, de los miembros del estado mayor, de los comandantes de las tropas insurreccionales y de los integrantes del Consejo, después de lo cual deberían permanecer discretamente en la ciudad a la espera de la llegada del ejército rojo, para suministrarle las indicaciones del caso. Y por si las personas señaladas cambiaran de residencia para ocultarse ante la imprevista

llegada del ejército rojo, esos espías deberían seguirlas sin perderlas de vista. Agregaron los espías que el ataque contra Gulaï-Pole debía esperarse entre el 24 y el 25 de noviembre.

El Consejo de los insurgentes revolucionarios y el comandante del ejército enviaron a Rakovsky, entonces presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo de Ucrania, y asimismo al Consejo revolucionario militar de Kharkov, una puntualizada comunicación sobre el caso, exigiendo: a) el inmediato arresto y el sometimiento al consejo de guerra del jefe de la 42ª División y demás participantes del complot; b) la prohibición a los destacamentos rojos de cruzar Gulaï-Pole, Pologui, Malaïa-Tokmatchka y Turkenovka, en prevención de incidentes enfadosos.

La respuesta del gobierno de Kharkov, transmitida por hilo directo el 25 de noviembre, fue la siguiente: "El pretendido *complot* no puede ser sino un malentendido. Sin embargo, las autoridades soviéticas, deseosas de aclarar el asunto, lo han confiado a una comisión especial y proponen al estado mayor del ejército makhnovista el envío de dos delegados para participar en los trabajos de dicha comisión."

A la mañana siguiente, P. Rybin, secretario del Consejo de los insurgentes revolucionarios, volvió a tratar con Kharkov sobre esa cuestión y todos los puntos en litigio, por hilo directo. Las autoridades bolcheviques de Kharkov le afirmaron que el asunto de la 42ª División sería ciertamente arreglado a entera satisfacción de los makhnovistas, y agregaron que la cuarta cláusula de la parte política del acuerdo estaba por ser resuelta amigablemente, de modo feliz.

Esta conversación se realizó en la mañana del 26 de noviembre. Pues bien: *seis horas antes*, a noche avanzada, los representantes makhnovistas en Kharkov habían sido apresados, lo mismo que todos los anarquistas de Kharkov y alrededores. Y exactamente dos horas después de la conversación, Gulaï-Pole fue atacada de todos lados por las tropas rojas y sometida a intenso bombardeo.

El mismo día y a la misma hora fue atacado el ejército makhnovista de Crimea, donde los bolcheviques lograron, por un golpe de astucia, apoderarse de todos los miembros del estado mayor y de su comandante, Simón Karetnik, ejecutándolos a todos, sin excepción.

2º Yo me hallaba en Kharkov, con representantes del ejército makhnovista, ignorante de lo que se tramaba contra nosotros. El 25 de noviembre se me encargó visitar a Rakovsky, para saber por él, exactamente, en qué punto se estaba respecto a la cuestionada cláusula cuarta. Rakovsky me recibió muy cordialmente y me invitó a tomar asiento en su oficina. Sentado en cómodo sillón y jugando displicentemente con un cortapapel, me afirmó sonriente que las conversaciones con Moscú respecto a la cuarta cláusula estaban a punto de culminar y que era de esperar una solución feliz en pocos días. Pues bien: mientras me decía eso, en un cajón del escritorio que teníamos delante estaba la orden de desatar el golpe contra anarquistas y makhnovistas.

Esa misma noche pronuncié una conferencia sobre el anarquismo en el Instituto Agrícola de Kharkov. La sala estaba repleta; el acto terminó una hora después de medianoche. De regreso a mi domicilio trabajé hasta las dos

y media en terminar un artículo para nuestro periódico y me acosté. Apenas adormecido, me despertó un alboroto característico: estampidos, ruido de armas y de botas en la escalera, y puñetazos en las puertas, gritos e injurias. Comprendí. Pude vestirme, a tiempo que golpeaban furiosamente en la puerta de mi habitación: “¡Abre o volteamos la puerta!” Corrido el cerrojo, abrieron y se lanzaron brutalmente sobre mí, me arrastraron y arrojaron a un subsuelo, donde encontré algunas decenas de los nuestros. La cláusula cuarta encontraba así una *solución feliz*.

3º Al día siguiente del ataque contra Gulaï-Pole, el 27 de noviembre, los makhnovistas encontraron, en poder de prisioneros hechos al ejército rojo, proclamas intituladas: “¡Adelante contra Makhno!” y “¡Muerte a la Makhnovtchina!”, publicadas por la sección política del IV Ejército, sin fecha. Los prisioneros dijeron haberlas recibido el 15 ó el 16 de ese mes. Se trataba de llamados a la lucha contra Makhno, a quien se acusaba de haber infringido las cláusulas del acuerdo político y militar, de haberse rehusado a marchar al frente caucásico, de haber provocado un levantamiento contra el poder soviético, etc. Eso prueba que tales acusaciones habían sido fraguadas e impresas con anticipación, cuando el ejército insurgente estaba por abrirse camino hacia Crimea y ocupar Simferopol y cuando los representantes makhnovistas trabajaban tranquilamente, con las autoridades soviéticas, en Kharkov y otros puntos.

4º En los meses de octubre y noviembre de 1920, precisamente mientras se negociaba y se concluía el acuerdo político y militar entre makhnovistas y bolcheviques, éstos tramaron dos tentativas para asesinar a Makhno, mediante mercenarios, que fueron frustradas por los insurgentes.

Resulta evidente que tan vasta operación hubo de ser cuidadosamente preparada y que su elaboración exigió, por lo menos, una quincena. En esta empresa –que los bolcheviques querían decisiva–, no se trataba solamente de un simple ataque a traición contra los makhnovistas, sino de una maquinación elaborada minuciosamente, sin descuidar detalle. Y hasta se procuró distraer la vigilancia de los makhnovistas, induciéndolos a error mediante falsas garantías de seguridad, mentirosas promesas, etcétera. Preparativos que requirieron, innegablemente, bastante tiempo.

Tales elementos de juicio permiten establecer la verdad sobre la ruptura del pacto entre los makhnovistas y el poder bolchevique.

Esta verdad es confirmada, de añadidura, por documentos de origen soviético.

Transcribimos, al efecto, la orden de Frunze, entonces comandante del frente sur, documento que basta para demostrar la traición de los bolcheviques y anular todas sus mentiras y subterfugios :

Orden al camarada Makhno, comandante del ejército insurreccional.

Copia a los comandantes de los ejércitos del frente sur. Número 00149. Dada en el Estado Mayor, Melitopol, 23 de noviembre de 1920.

A causa de la cesación de las hostilidades con Wrangel y de su completa derrota, el Consejo Revolucionario Militar del frente sur estima que la misión del ejército de guerrilleros ha terminado. Propone, pues, al Consejo Revolucionario Militar del ejército insurreccional que se ponga de inmediato en

acción para transformar los destacamentos insurreccionales de guerrilleros en unidades militares regulares integrantes del ejército rojo.

No hay ya razón para que el ejército insurreccional siga existiendo como tal. Al contrario, la existencia al lado del ejército rojo de estos destacamentos de una organización particular, que persigue fines especiales, produce efectos absolutamente inadmisibles[1]. Es por ello que el Consejo Revolucionario Militar del frente sur prescribe al Consejo Revolucionario Militar del ejército insurreccional lo siguiente:

1º Todas las unidades del ex ejército insurreccional actualmente en Crimea deberán ser inmediatamente incorporadas al IV Ejército soviético, cuyo Consejo Revolucionario Militar se encargará de su transformación.

2º La sección de formaciones militares de Gulaï-Pole deberá ser liquidada. Los combatientes serán distribuidos entre los destacamentos de reserva según las indicaciones del comandante de esta parte del ejército.

3º El Consejo Revolucionario Militar del ejército insurreccional deberá tomar todas las medidas necesarias para explicar a los combatientes la necesidad de estas transformaciones.

Firmado: *M. Frunze*. comandante en jefe del frente sur; *Smilga*, miembro del Consejo Revolucionario Militar; *Karatyguin*, jefe del estado mayor.

Recuérdese la historia del acuerdo entre el gobierno soviético y los makhnovistas. La firma del pacto fue precedida de tratativas entre los delegados makhnovistas y una delegación bolchevique presidida por el comunista Ivanoff, que arribó especialmente para ello al campamento makhnovista en Starobelks, tratativas continuadas en Kharkov, donde ambas

---

[1] Frunze cita varios casos de soldados rojos que fueron desarmados y aun muertos por los makhnovistas. Ahora bien: todos los casos citados fueron examinados por él mismo, Rakovsky y los representantes de los makhnovistas, en Kharkov, estableciéndose de modo indiscutible: 1º que el ejército makhnovista no estaba por nada implicado en esos hechos; 2º que, si se habían cometido actos hostiles al ejército rojo, lo fueron por ciertos destacamentos militares que *no formaban parte del ejército makhnovista*, a causa sobre todo de que las autoridades bolcheviques habían descuidado de publicar, oportunamente y de modo inteligible, su acuerdo con los insurgentes. En efecto, se sabía de numerosos destacamentos militares no incorporados al ejército makhnovista (volveremos sobre ello más adelante en otro orden de ideas), operantes en diversos puntos de Ucrania. La mayor parte de esos destacamentos, aun operando a su voluntad, prestaban oído, sin embargo, a la opinión y la actitud del ejército insurreccional. Y habrian por cierto cesado toda hostilidad contra las autoridades y el ejército soviéticos de haber conocido el acuerdo con los makhnovistas.
Frunze trata de justificar su orden al modo de los jesuitas, con argumentos en apariencia plausibles, pero falsos en realidad. Pues él no puede aportar sino un argumento verdadero: el deseo de los bolcheviques de desembarazarse definitivamente del ejército y del movimiento makhnovistas, toda vez que el poder bolchevique no tenía ya necesidad del ejército insurreccional. Si lo confesara, se explicaria su actitud. Pero pondría en evidencia las mentiras del gobierno y su verdadera actitud respecto a las masas laboriosas. Esta necesidad de ocultar al pueblo la verdadera razón de la ruptura es la mejor confesión, la mejor prueba del espíritu antipopular, antisocial y antirrevolucionario de toda la política bolchevique. Si esa actitud y esa política eran leales y justas, ¿por qué habría de procurar engañar?

delegaciones trabajaron durante tres semanas para llevar a buen término el pacto, cada una de cuyas cláusulas fue cuidadosamente examinada y debatida. Y la redacción definitiva de este acuerdo fue aprobada por ambas partes: *el gobierno de los soviets y la región de los insurgentes revolucionarios*, personificada por el Consejo de los insurgentes revolucionarios de Ucrania. Y así fue sellada y firmada por ambas representaciones.

Ninguno de los artículos del pacto, según el intrínseco sentido del acuerdo, podría ser suspendido ni modificado sin previo entendimiento de las partes contratantes. Pues bien: la orden de Frunze suprimía, no sólo el artículo primero de la parte militar del acuerdo, sino lisa y llanamente el acuerdo total. Esa orden prueba que el acuerdo no fue concertado ni seria ni lealmente por los bolcheviques, que representaron una infame comedia, utilizando el acuerdo como un gran engaño, una maniobra traicionera, una celada para que los makhnovistas, consagrados a fondo en el empeño de vencer a Wrangel, se expusieran, confiados y debilitados, al alevoso ataque bolchevique.

Pero lo notable es que, bajo su aparente *franqueza*, o ingenuidad, algo brutal, la orden de Frunze estaba destinada, también, a servir de maniobra. En efecto:

1º Junto con la orden número 00149, el IV ejército de Crimea recibió la orden de accionar contra los makhnovistas por todos los medios disponibles y emplear todas sus fuerzas militares en caso de desobediencia de los insurgentes.

2º Ni el estado mayor del ejército insurreccional, con sede en Gulaï-Pole, ni la delegación makhnovista en Kharkov recibieron comunicación de esa orden. Los makhnovistas no se enteraron de ella sino tres o cuatro semanas después del ataque, y eso por algunos diarios caídos fortuitamente en sus manos. El hecho se explica fácilmente. Los bolcheviques, que preparaban secretamente su brusco ataque contra los makhnovistas, no podían ponerlos en guardia con el envío oportuno de esa orden, lo que hubiese frustrado su plan. Sobre aviso los makhnovistas, el premeditado ataque bolchevique habría sido infaliblemente rechazado. Sabedoras de ello, las autoridades bolcheviques guardaron secreto hasta último momento.

3º Pero era preciso, por otra parte, ante cualquier posible evento, poder ofrecer una justificación del ataque. He ahí por qué la orden de Frunze no fue publicada en los diarios sino después de la agresión y la ruptura. Apareció por primera vez, *el 15 de diciembre de 1920*, en el diario de Kharkov *El Comunista*, cuyo número fue antefechado.

Todas esas maquinaciones tenían por finalidad sorprender a los makhnovistas para poder aplastarlos y explicar posteriormente la agresión, documentos en mano, como perfectamente legítima.

El ataque contra los makhnovistas fue acompañado, ya lo dijimos, de arrestos en masa de anarquistas en toda Ucrania, con la mira, no sólo de aplastar, una vez más, toda propaganda y toda actividad anarquistas, sino también sofocar toda veleidad de protesta, de matar en germen toda tentativa de explicar al pueblo el verdadero sentido de los acontecimientos. Y no sólo

fueron apresados los anarquistas como tales, sino también quienes se contaban entre sus amigos y relaciones o se interesaban por su literatura.

En Elisabethgrad fueron metidos en la cárcel quince muchachos de quince a dieciocho años. Cierto es que las autoridades superiores de Nicolaïew, cabecera de departamento, se mostraron poco satisfechas de tal captura, pues querían "verdaderos anarquistas", y no niños; pero no es menos cierto que ninguno de ellos fue puesto en libertad en el acto.

En Kharkov, las persecuciones contra los anarquistas asumieron proporciones hasta entonces desconocidas. Se tendieron asechanzas y emboscadas contra todos los militantes de la ciudad. Una de ellas fue montada en la librería "La Libre Fraternidad", y todo el que entraba a adquirir un libro era apresado y enviado a la Tcheka. Y hasta se encarceló a personas que se detenían a leer *Nabate*, aparecido legalmente antes de la ruptura, pegado como de costumbre en el frente de la librería.

Uno de los anarquistas de Kharkov, Gregorio Tsernik, pudo eludir el arresto y por ello los bolcheviques arrestaron a su esposa, extraña en absoluto a toda actividad política. Ella declaró la huelga de hambre, exigiendo libertad inmediata, y las autoridades le expresaron que se la darían a condición de presentarse su esposo a la Tcheka. Y Tsenik, aunque seriamente enfermo, se presentó y quedó encarcelado.

Hemos adelantado igualmente que el estado mayor y el comandante del ejército makhnovista en Crimea, Simón Karetnik, fueron traidoramente apresados y fusilados en el acto. Pero Martchenko, comandante de la caballería, aunque cercado y furiosamente atacado por numerosos destacamentos del IV ejército rojo, logró zafarse y abrirse un paso a través de los obstáculos naturales y las barreras del istmo fortificado de Perekop. Con lo que le quedaba de sus hombres, en marchas forzadas de día y de noche, consiguió reunirse a Makhno (quien, como lo veremos enseguida, consiguió escapar de nuevo de los bolcheviques), en la pequeña aldea de Kermentchik, donde ya se tenia barruntos de la heroica escapada del ejército makhnovista de Crimea y se esperaba con impaciencia su llegada. Al fin, el 7 de diciembre, llegó un jinete a gran galope para prevenir que las tropas de Martchenko llegarían en pocas horas. Y los makhnovistas presentes en Kermentchik salieron emocionados al encuentro de los héroes. Y la emoción se trocó en angustia cuando pudieron percibir a lo lejos el pequeño grupo de jinetes que se aproximaba lentamente. En lugar del poderoso cuerpo de 1.500 plazas, sólo volvía de la hoguera un puñado de 250 hombres, encabezados por Martchenko y Taranovsky, otro valeroso comandante del ejército insurreccional.

–Tengo el honor de anunciaros el retorno del ejército de Crimea –exclamó Martchenko con amarga ironía.

Algunos insurgentes tuvieron ánimo para sonreír, pero Makhnno estaba sombrío. La vista de los lamentables restos de su magnífica caballería le hacía sufrir atrozmente. Callaba, esforzándose por dominar su emoción.

–Sí, hermanos –continúo Martchenko–. Ahora sabemos bien lo que son los comunistas.

Se realizó allí, enseguida, una asamblea general, en que se hizo el relato de los acontecimientos de Crimea. Se supo así que el comandante del

ejército, Karetnik, enviado a Gulaï-Pole por el estado mayor bolchevique, a pretexto de asistir a un consejo militar, fue traidoramente arrestado en el trayecto; que Gavrilenko, jefe del estado mayor del ejército de Crimea, todos sus integrantes y varios comandantes fueron engañados de modo igual, y todos fusilados de inmediato. La Comisión de cultura y propaganda, en Simferopol, fue arrestada igualmente, aunque sin mediar astucia. Así, el recientemente victorioso ejército insurreccional de Crimea fue traicionado y aniquilado por los bolcheviques, sus aliados de la víspera.

Trasladado a la prisión de Vetcheka, en Moscú, tras de mi arresto en Kharkov, fui llamado un día por Samsonoff, jefe de la sección de operaciones secretas de la Vetcheka. Más que interrogarme, quiso entablar una discusión de principios. Y así llegamos a hablar de los acontecimientos de Ucrania. Yo le expresé sin ambages lo que pensaba de la actitud de los bolcheviques frente al movimiento makhnovista, más que pérfida.

–¡Ah! –replicó vivamente–. ¿La llama pérfida? Eso demuestra su indesarraigable ingenuidad. En cambio, nosotros, los bolcheviques, vemos en ello la prueba de que hemos aprendido mucho desde el comienzo de la revolución y que ahora hemos llegado a ser verdaderos y hábiles hombres de Estado. Esta vez no nos hemos descuidado: *mientras tuvimos necesidad de Makhno, supimos aprovecharnos de él, y cuando pudimos prescindir de sus servicios –hasta empezaba ya a sernos molesto–, nos desembarazamos definitivamente de él.*

Sin que Samsonoff lo advirtiera, sus últimas palabras –las subrayadas– constituyeron la completa confesión de las mentiras y las reales razones de la actitud bolchevique. Palabras que deben retener quienes desean penetrar la verdadera naturaleza del comunismo de Estado.

Ultima lucha a muerte entre la autoridad y la Revolución (noviembre de 1920-agosto de 1921).– Entramos ahora a las últimas y más dramáticas peripecias de esta lucha mortal.

A pesar de la preparación minuciosa y el sorpresivo ataque, Makhno se les escapó una vez más a los bolcheviques.

El 26 de noviembre, al ser cercada Gulaï-Pole por las tropas rojas, sólo se hallaba en la ciudad un grupo de caballería de unos 250 hombres, entre ellos Makhno, apenas repuesto de su enfermedad y sufriendo atrozmente de sus heridas (un tobillo roto, la más reciente). Con ese puñado de hombres, numéricamente insignificante pero exasperado y resuelto a todo, Makhno se lanzó al ataque y consiguió arrollar al regimiento de caballería rojo que avanzaba hacia Gulaï-Pole por el lado de Uspenovka. Así rompieron el cerco enemigo.

Sin pérdida de tiempo se dedicó a organizar los destacamentos de insurgentes que afluían a él de todos lados y algunos grupos de soldados rojos que abandonaban a los bolcheviques para unírsele. Formada una unidad de 1.000 jinetes y 1.500 infantes, emprendió un contraataque.

Ocho días después, entraba de nuevo en Gulaï-Pole, tras de derrotar a la 42ª división del ejército rojo y hacer casi 6.000 prisioneros, unos 2.000 de los cuales expresaron su deseo de incorporarse al ejército insurreccional y el resto fue puesto en libertad el mismo día, después de haber asistido a un gran mitin popular.

A los tres días, Makhno descargó otro serio golpe a los bolcheviques, cerca de Andreevka. Durante toda la noche y el siguiente día, sostuvo el combate contra dos divisiones rojas, a las que acabó por vencer, haciendo de 8.000 a 10.000 prisioneros, recuperando enseguida su libertad, como en Gulaï-Pole, los que no prefirieron plegarse a los insurgentes.

Otros tres golpes consecutivos le asestó Makhno al ejército rojo: cerca de Komar, cerca de Tzarekonstantinovka y en los alrededores de Berdiansk. La infantería de los bolcheviques se batía de mala gana y aprovechaba cualquier ocasión para entregarse prisionera.

Los soldados del ejército rojo, apenas caían prisioneros, eran puestos en libertad. Se les aconsejaba volver a sus hogares y no servir más de instrumento del Poder para subyugar al pueblo. Pero, obligados los makhnovistas a constante movilidad, los prisioneros liberados eran reintegrados a los pocos días a sus respectivas unidades. Las autoridades bolcheviques organizaron comisiones especiales para atrapar a los liberados por los makhnovistas, que se hallaban en un circulo mágico del que no podían salir. Para los bolcheviques la cosa era mucho más simple: conforme a las órdenes de la "Comisión especial para la lucha contra la makhnovtchina", todos los makhnovistas prisioneros eran fusilados en el acto (P. Archinoff, ob. cit., cap. IX).

Por un tiempo, los makhnovistas se regocijaban a la idea de la victoria que alcanzarían. Les parecía que, venciendo a dos o tres divisiones bolcheviques, una buena parte del ejército rojo se les plegaría y el resto se retiraría hacia el Norte. Pero bien pronto los campesinos de diversos distritos trajeron noticias de que los bolcheviques no se conformaban con perseguir al ejército insurreccional, sino que emplazaban en todas las poblaciones conquistadas regimientos completos, especialmente de caballería, y en muchos lugares concentraban considerables fuerzas armadas.

Así fue que Makhno no tardó en verse cercado en Federovka, al Sur de Gulaï-Pole, por varias divisiones de caballería y de infantería. El combate se prolongó, sin tregua, desde las dos hasta las dieciséis horas, y al cabo Makhno pudo abrirse paso en las filas enemigas y escapar en dirección nordeste. A los tres días hubo de entrar nuevamente en combate, cerca de la aldea Constantin, contra muy numerosa caballería y vigorosa artillería dispuestas en cerrado círculo. Por algunos oficiales prisioneros, se enteró Makhno que tenía que vérselas con cuatro cuerpos de ejército: dos de caballería y dos mixtos, y que el comando rojo se proponía cercarlo con el concurso de varias divisiones, que estaban por entrar en contacto con aquéllos. Estos informes concordaban con los suministrados por los campesinos y con las observaciones y conclusiones de Makhno.

Se hacía ya evidente que la derrota de dos o tres unidades rojas no tenía importancia alguna ante la enorme masa de las tropas lanzadas contra los insurgentes con el fin de obtener una decisión a toda costa. Y que no se trataba ya de lograr una *victoria* sobre los ejércitos bolcheviques, sino más bien de evitar la derrota definitiva del ejército insurreccional, reducido a unos 3.000 combatientes y obligado cotidianamente a librar batalla contra un

enemigo cuatro o cinco veces superior, en cada encuentro, en número y armas. No era dudosa, en tales condiciones, la catástrofe.

El Consejo de los insurgentes revolucionarios decidió entonces el provisorio abandono de la región meridional, dejando librada a Makhno la dirección del movimiento de retirada general.

El genio de Makhno iba a ser sometido a suprema prueba. Parecía absolutamente imposible escapar a la red de tropas tendida en torno al pequeño grupo de insurrectos: 3.000 militantes revolucionarios se hallaban cerrados por todas partes por un ejército de no menos de 150.000 soldados. Pero ni por un instante Makhno perdió el ánimo y la sangre fría, entablando un duelo heroico con esas tropas. Rodeado por el círculo infernal de las tropas rojas, avanzaba, tal un legendario titán, librando batalla tras batalla, a la derecha y a la izquierda, adelante y atrás.

Después de haber puesto en derrota a varias unidades rojas y hecho más de 20.000 prisioneros, Makhno como obrando desorientado, a ciegas- se puso al principio en marcha hacia el Este, en dirección a Yuzovska, aunque los obreros de esta región minera le advirtieran que encontraría una ininterrumpida barrera militar; luego se volvió bruscamente hacia el Oeste, cortando por fantásticos caminos, cuyo secreto sólo él conocía. Desde entonces, los caminos comunes fueron abandonados. El movimiento del ejército continuó, por centenares de kilómetros, a través de campos y mesetas cubiertas de nieve y hielo, para lo cual era preciso estar dotado de un sentido del espacio y de una facultad de orientación rayanos en la prodigioso. Ningún mapa ni brújula hubiesen sido de utilidad en semejantes movimientos. Mapa y movimientos pueden indicar la dirección, mas no pueden evitar la caída al fondo de un barranco o al lecho de un torrente, cosa que ni una sola vez le ocurrió al ejército makhnovista. Tal marcha por zonas accidentadas y privadas de caminos sólo fue posible por el perfecto conocimiento de su configuración. La prolongada maniobra permitió al ejército makhnovista evitar los centenares de cañones y ametralladoras enemigas y hasta vencer en Petrovo (gobernación de Kherson) a dos brigadas del I Ejército de caballería roja, que se dejó sorprender, creyendo a Makhno distante cien kilómetros.

Esta lucha desigual se prolongó por varios meses, con incesantes batallas de día y de noche.

Llegado a la gobernación de Kiev, el ejército makhnovista se encontró en una comarca accidentada y rocosa y, de añadidura, en pleno período de grandes heladas, a tal punto que hubo de abandonar toda la artillería, municiones y hasta víveres, como asimismo casi todos los vehículos del convoy[2]. Por entonces, dos divisiones enemigas de caballería –llamadas divisiones de cosacos rojos–, acantonadas en la frontera occidental, se agregaron a las fuerzas lanzadas por los bolcheviques contra Makhno.

Toda posibilidad de escapar parecía haberse desvanecido ya.

La comarca ofrecía tan escasos recursos como un cementerio: rocas y escarpados barrancos, todo cubierto de nieve. No se podía avanzar sino con extrema lentitud. Y de un lado y otro, incesantes cortinas de fuego de: cañones y

[2] No olvidemos que este ejército aspiraba a permanecer como tal, esperanzado de seguir siendo útil a la causa. Tal la razón que lo incitaba a persistir en sus denodados esfuerzos (Volin).

ametralladoras. Nadie confiaba en hallar una salida salvadora. Pero nadie tampoco pensaba en una dispersión, en una vergonzosa fuga. Habían decidido morir juntos, hombro a hombro.

Indecible tristeza la de ver a este denodado puñado de hombres debatiéndose entre las rocas, bajo el inclemente cielo y el continuado fuego enemigo, dispuestos a batirse hasta lo último, ya consagrados a la muerte. Desgarrante dolor, mortal angustia se apoderaba de uno, impulsándolo a gritar desesperado; sí, a gritar, ante el mundo todo, que un crimen espantoso iba a consumarse y que lo más grande de un pueblo, lo que ha producido de más noble y suprime en las épocas heroicas de su historia, iba a ser aniquilado, a perecer para siempre.

Makhno y sus hombres salieron con honor de la dura prueba.

Avanzaron hasta los confines de Galitzia, llegaron hasta Kiev, en cuyas proximidades volvióse a cruzar el Dnieper; entraron en la gobernación de Poltava y enseguida en la de Kharkov; volvieron de nuevo al Norte, hacia Kursk, y, atravesando la vía férrea entre esta ciudad y Belgorod, se encontraron fuera del círculo enemigo, en situación mucho más favorable, dejando atrás a las numerosas divisiones bolcheviques lanzadas en su persecución (P. Archinoff, ibídem).

La tentativa de captura fracasó.

Pero el desigual duelo entre el puñado de makhnovistas y los ejércitos del Estado bolchevique no estaba aún cerca de su fin.

El comando bolchevique persistía en su propósito: apoderarse del núcleo principal de la makhnovtchina y destruirla. Las divisiones rojas de toda Ucrania fueron movilizadas para encontrar y cercar a Makhno. Y pronto el cerco de fuego se fue cerrando nuevamente sobre el heroico puñado de revolucionarios y la lucha a muerte recomenzó.

En este punto preferimos dejar la pluma a Makhno mismo –transcribiendo la carta que dirigiera a Archinoff– para el relato del doloroso final. En ella pinta admirablemente las últimas convulsiones de la lucha.

A los dos días de su partida, querido amigo, tomé la ciudad de Korotcha (gobernación de Kursk), donde hice editar varios millares de ejemplares de los *Estatutos de los Soviets libres*, y me dirigí, por Varpniarka y por la región del Don, hacia las gobernaciones de Ekaterinoslav y de Taurida. Hube de sostener diariamente encarnizados combates contra la infantería comunista que nos seguía paso a paso, por una parte, y contra el II Ejército de caballería, por otra.

Tú conoces a nuestros jinetes: jamás la caballería roja –de no estar apoyada por destacamentos de infantería y autos blindados– pudo resistirlos. Por ello logré, aunque a costa de importantes pérdidas, abrirme paso sin cambiar de dirección.

Nuestro ejército demostraba cada día que era verdaderamente un ejército popular y revolucionario: en las condiciones materiales en que se encontraba habría debido deshacerse: rápidamente; por lo contrario, no cesaba de acrecerse en efectivos y material.

En una de las batallas serias que hubimos de sostener, fueron muertos más de treinta hombres de nuestro destacamento de caballería, la mitad de ellos jefes, entre otros nuestro querido y buen amigo, joven de edad, pero veterano en hazañas de guerra, Gabriel Troian, comandante del destacamento, tumbado de

un balazo de ametralladora. A su lado cayeron Apollon y varios otros valerosos camaradas.

A poca distancia de Gulaï-Pole se nos unieron tropas frescas, plenas de decisión, encabezadas por Brova y Parkhomenko.

Poco después, la primera brigada de la cuarta división de la caballería de Budienny, con su comandante Maslak a la cabeza, se pasó a nuestro lado. La lucha se hacía de más en más encarnizada.

A principios de marzo (1921)[3] dije a Brova y Maslak que formaran con una parte de las tropas a mi disposición un cuerpo especial, que fue enviado hacia el Don y el Kuban. Otro grupo, a las órdenes de Parkhomenko, fue enviado a la región de Voroneje. (Muerto Parkhomenko más tarde, lo reemplazó un anarquista originario de Tchuguiev.) Un tercer grupo de unos 600 jinetes y el regimiento de infantería de Ivanuk fue dirigido hacia Kharkov.

Hacia la misma época, nuestro buen camarada y revolucionario Vdovitchenko, herido en combate, debió ser trasladado, con una pequeña escolta, a Novospassovka, para su curación. Un cuerpo expedicionario bolchevique descubrió su retiro y los atacó. Nuestros hombres se defendieron como pudieron y, al final, para no ser apresados, Vdovitchenko y su camarada Matrossenko prefirieron suicidarse: éste cayó muerto en el acto, pero a Vdovitchenko le quedó la bala alojada en el cráneo, debajo del cerebro. Los comunistas le cuidaron y le salvaron, de momento, la vida. Pronto tuve sus noticias. Estaba en el hospital de Alexandrovsk y rogaba a sus camaradas que hallaran un medio de liberarle. Se le torturaba atrozmente, apremiándole a renegar de la makhnovtchina, firmando al efecto un documento. Se negaba a ello con desprecio, aunque estuviese tan débil que apenas podía hablar. Vista su negativa, estaba por ser fusilado de un momento a otro. Mas yo no pude saber si lo fue o no.

Hacia esa época yo me hallaba en marcha, con el cruce del Dnieper, hacia Nicolaiev; de allí volví a pasar el Dnieper por arriba de Perekop, dirigiéndome a nuestra región, donde esperaba encontrar algunos de nuestros destacamentos. Pero el comando comunista me había preparado una emboscada cerca de Melitopol. Imposible avanzar; igualmente imposible repasar el Dnieper, cuya corriente, habiendo comenzado a fundirse la capa de nieve que lo cubría, arrastraba bloques de hielo. Hubo que aceptar el combate. Tuve que montar a caballo[4] y dirigir las operaciones.

Una parte de las tropas enemigas fue hábilmente desviada y evitada por los nuestros, y la otra, obligada a mantenerse alerta durante veinticuatro horas, hostigada por patrullas de exploradores. Mientras, yo logré efectuar una marcha forzada de 60 verstas (*poco más de 64 kilómetros*), y al amanecer del 8 de marzo arrollar a una tercera formación bolchevique, acampada a orillas del lago Molotchny, y ganar, por el estrecho promontorio entre el lago y el mar de Azof, espacio libre en la región de Vorkhny-Tokmak.

De allí envié a Kurilenko a la región de Berdiansk-Melitopol para dirigir el movimiento insurreccional. Yo partí, esperando pasar por Gulaï-Pole, hacia la

[3] Ha de recordar el lector que fue justamente por esa fecha que se inició la rebelión de Cronstadt. La afirmación bolchevique de que Makhno había participado indirectamente en ese movimiento tenía, pues, cierta base (V.).

[4] Como ya se ha dicho, había sido herido de un balazo que le fracturó un tobillo. Por ello no montaba a caballo sino en caso de extrema necesidad.

gobernación de Schernigov, de algunos de cuyos distritos habían venido delegaciones campesinas a pedirme que pasara por ellos.

En el trayecto, mis tropas –es decir, las de Petrenko, consistentes en 1.500 jinetes y dos regimientos de infantería– fueron detenidas y cercadas por fuertes divisiones bolcheviques. Tuve que dirigir nuevamente los movimientos del contraataque. Nuestros esfuerzos fueron coronados por el éxito: derrotamos por completo al enemigo, haciendo numerosos prisioneros y apoderándonos de armas, cañones, municiones y cabalgaduras. Pero a los dos días fuimos atacados por tropas frescas y muy valerosas.

He de decirte que estos diarios combates habituaron a nuestros hombres a hacer caso omiso de su vida, a tal punto que hazañas de heroísmo extraordinario, sublime, ni de lejos comparable al coraje más elevado, se hicieron hechos corrientes. Al grito de: "¡Vivir libres o morir combatiendo!" se arrojaban a la pelea, arrollando a un enemigo en mucho superior y poniéndolo en fuga.

En el curso de nuestro contraataque, temerario hasta la locura, una bala me atravesó el muslo y penetró en el bajo vientre, cerca del apéndice, desmontándome. Este incidente frustró nuestro contraataque, determinando un repliegue, por haber sido cortado el impulso de nuestras tropas a causa del grito de uno de los nuestros, poco experimentado, sin duda[5]: "¡Batko está muerto!" Se me transportó, por unas doce verstas, en un vehículo, antes de hacerme cura alguna, y perdí sangre en abundancia. Permanecí tendido sin conocimiento a cuidado de Leo Zinkovsky. Era el 14 de marzo. El 15, a la noche, recobré los sentidos, y me encontré rodeado por todos los comandantes de nuestro ejército y los miembros del estado mayor, Belach al frente, que me pedían firmara la orden de enviar destacamentos de 100 y 200 hombres al encuentro de Kurilenko. Kojin y otros que dirigían el movimiento insurreccional en diversos distritos. Querían que yo me retirase, con un regimiento, a un lugar relativamente tranquilo, hasta poder montar a caballo. Firmé la orden. Y además autoricé a Zabudko a formar un destacamento volante, para operar a voluntad en la región, aunque sin perder contacto conmigo. En la mañana del 16 ya habían partido todos esos destacamentos, salvo una pequeña unidad especial que me acompañaba. En eso, la IX División de caballería roja cayó sobre nosotros, obligándonos a levantar campamento, prosiguiendo la persecución durante trece horas, en un recorrido de 180 verstas. Llegados finalmente a la aldea Sloboda, a orillas del mar de Azof, pudimos cambiar caballos y hacer un alto de cinco horas. Al amanecer del 17 de marzo reanudamos la marcha hacia Novospassovka; pero, recorridas 17 verstas, chocamos con otras fuerzas frescas de caballería, que habían sido lanzadas tras Kurilenko, a quien perdieron de vista, y así dieron con nosotros. Después de habernos seguido unas 25 verstas (estábamos deshechos de fatiga, totalmente agotados y realmente incapaces, esta vez, de combatir), esa caballería se nos vino resueltamente al ataque.

¿Qué hacer? Yo ni siquiera podía no ya montar, sino incorporarme; estaba acostado en el fondo del vehículo y veía un cuerpo a cuerpo espantoso –un *hacheamiento*– a unos 200 metros. Nuestros hombres morían por mí, por no abandonarme. Y, al fin y al cabo, no había medio alguno de salvación, ni para ellos ni para mí. El enemigo era cinco o seis veces más numeroso y recibía reservas frescas. En eso, los que servían nuestras ametralladoras Lewis –las

[5] Makhno quiere decir que no sabía que no hay que lanzar tales gritos en plena batalla.

cinco que tenía conmigo desde tanto tiempo, a las órdenes de Micha, originario de la aldea Schernigovka, cerca de Berdiansk– se acercaron al vehículo y uno habló: “Batko: su vida es indispensable para la causa de nuestra organización campesina, causa que amamos, y por la que pronto hemos de morir. Pero nuestra muerte le salvará, junto con los fieles camaradas que se encarguen de cuidarlo. No se olvide de repetir estas palabras a nuestras familias.” Uno me abrazó, y ya no volví a ver a ninguno de ellos cerca. Al momento, Leo Zinkovsky me llevó en brazo a un carro campesino hallado por ahí. Oía el crepitar de ametralladoras y estallar las bombas a lo lejos: nuestros *lewinistas* les cerraban el paso a los bolcheviques...

Tuvimos tiempo de adelantarnos tres o cuatro verstas y pasar el vado de un río: estábamos a salvo. Pero nuestros ametralladoristas habían muerto todos, sin ceder un paso. Tiempo después, pasamos por el lugar, y los campesinos de la aldea Starodubovka nos señalaron la fosa común en que habían sido sepultados. Aún ahora, mi querido amigo, no puedo retener las lágrimas al pensar en estos valerosos combatientes, sencillos campesinos. Con todo, debo decírtelo, me parece que ese episodio me curó. Esa misma noche pude montar, y abandoné la región.

En abril restablecí el contacto con todos los destacamentos de nuestras tropas. Los menos distantes recibieron orden de dirigirse a la región de Poltava. En mayo se juntaron allí las unidades de Tomás Kojin y de Kurilenko y formaron un cuerpo de 2.000 jinetes y algunos regimientos de infantería. Se decidió marchar hacia Kharkov y echar de ella a sus dominadores, los del Partido Comunista. Pero éstos estaban en guardia y mandaron a mi encuentro más de sesenta autos blindados, varias divisiones de caballería y una nube de infantes. La lucha contra estas tropas duró semanas.

Un mes después, el camarada Stchuss fue muerto en batalla, en la región de Poltava. Estaba de jefe del estado mayor del grupo de Zabudko, cumpliendo bravamente su deber, como siempre.

Un mes más tarde le llegó la vez a Kurilenko. Estaba cubriendo el cruce de las vías férreas, ocupado personalmente en emplazar los destacamentos y al frente de la vanguardia siempre. Un día fue sorprendido por los jinetes de Budienny y pereció en la refriega.

El 18 de mayo la caballería de Budienny marchaba de la región de Ekaterinoslav hacia el Don para dominar una revuelta de campesinos, a cuyo frente se encontraban nuestros camaradas Brova y Maslak (el jefe de la primera brigada del ejército de Budienny, que se había plegado a nuestras tropas con todos sus hombres).

Nuestro grupo estaba formado por varios destacamentos reunidos a las órdenes de Petrenko-Platonoff, del que formábamos parte también nuestro estado mayor principal y yo. Ese día, el grupo se encontraba a quince o veinte verstas del camino seguido por el ejército de Budienny. Sabiendo éste que yo me hallaba con tal grupo de fuerzas, se dejó seducir por la escasa distancia que nos separaba y ordenó al jefe del destacamento de autos blindados (el número 1) –que habría de participar en el aplastamiento de los campesinos del Don– que bloqueara, con 16 autos blindados, el acceso a la aldea Novogrigorievka, mientras él mismo marchaba, a campo traviesa, al frente de una parte de la XIX División de caballería (anteriormente división del servicio interior), en dirección a esa aldea. Llegó a ella antes que los autos blindados, que debían evitar los barrancos, buscar vados para el cruce de las corrientes de agua, disponer

centinelas, etcétera. Al corriente de todos estos movimientos por la vigilancia de nuestros exploradores, pudimos tomar precauciones. Y cuando Budienny apareció a la vista de nuestro campamento nos lanzamos a su encuentro.

En un abrir y cerrar de ojos, Budienny, que galopaba fieramente en primera fila, volvió grupas y huyó, infame cobarde, abandonando a sus compañeros. El combate que se entabló fue una pesadilla. Los soldados rojos lanzados contra nosotros habían permanecido hasta entonces en la Rusia Central, para “asegurar el orden interior”. No habían combatido a nuestro lado en Crimea; no nos conocían, pues. Se les había engañado, diciéndoles que éramos vulgares bandidos, y fue para ellos punto de honor no retroceder ante malhechores. En cuanto a los insurgentes, se sentían en su derecho y estaban firmemente decididos a vencer y desarmar al enemigo.

Este combate fue el más encarnizado de cuantos sostuvimos, antes y después. Terminó con la completa derrota de las tropas de Budienny, lo que provocó la descomposición de su ejército y la deserción de muchos soldados.

Formé enseguida un destacamento de hombres originarios de Siberia y lo envié allí, provisto de lo necesario, a las órdenes del camarada Glasunoff. A principios de agosto de 1921 supimos por los diarios bolcheviques que este destacamento había hecho su aparición en la región de Samara. Luego no oí hablar más de él.

No cesamos de combatir durante todo el verano de 1921.

La excesiva sequía de ese verano y la mala cosecha resultante en las gobernaciones de Ekaterinoslav, Taurída y, particularmente, en las de Kherson y Poltava, como asimismo en la región del Don, nos forzaron a dirigirnos, por una parte, hacia el Kuban, el bajo Tzaritzin y Saratov, y, por otra, hacia Kiev y Tchernigov. Por este lado, la lucha era dirigida por el camarada Kojin. Cuando nos reencontramos me entregó unos paquetes de papeles, en que se consignaban las decisiones adoptadas por los campesinos de la gobernación de Tchernigov, expresando su voluntad de sostenernos enteramente en nuestra lucha.

Yo hice una expedición hacia el Volga, con los destacamentos de los camaradas Zabudko y Petrenko; luego me replegué hacia el Don, hallando en el trayecto a varias de nuestras unidades, cuya conjunción realicé y las uní con el grupo de Azof (el antiguo grupo de Vdovitchenko).

A principios de agosto de 1921, se decidió, a causa de la gravedad de mis heridas, mi partida al extranjero, con algunos de mis comandantes, para seguir un tratamiento serio. Por esa misma época también resultaron heridos gravemente nuestros mejores comandantes: Kojin, Petrenko y Zabudko. El 13 de agosto, acompañado de unos cien jinetes, me dirigí hacia el Dnieper, que cruzamos en la mañana del 16, entre Orlik y Krementchug, con ayuda de 17 barcas de pescadores. Ese día fui herido seis veces, aunque ligeramente. En el trayecto encontramos varios de nuestros destacamentos, a los que explicamos las razones de nuestra partida al extranjero. Y todos nos expresaron lo mismo: “Vaya y cuídese bien, Batko, y luego vuelva en nuestro auxilio.”

El 19 de agosto, a 12 verstas de Bobrinetz, nos topamos con la 7ª. división de caballería del ejército rojo, acampado a lo largo del río Ingulets. Volver sobre nuestros pasos significaba correr a nuestra perdición, pues habíamos sido avistado por un regimiento de caballería, a nuestra derecha, que se adelantó enseguida para cortarnos la retirada. Rogué a Kinkovsky que me pusiera a caballo, y en un parpadeo, desnudos los sables y al grito de ¡hurra!, nos precipitamos hacia las ametralladoras de la división, agrupadas en una aldea. Así

conseguimos 13 ametralladoras Maxim y 3 Lewis. Y luego continuamos nuestra marcha. Pero, apenas en posesión de las ametralladoras, toda la división formó en batalla y nos atacó. Estábamos en una ratonera. Pero atacamos sin perder ánimo, y arrollamos al 38 regimiento y a la división. Abierto el paso, recorrimos 110 verstas sin detenernos, sin dejar de defendernos contra incesantes ataques de esas tropas, de las que acabamos por escapar, después de haber perdido a 17 de nuestros mejores compañeros.

El 22 de agosto, hubo aún que ocuparse de mí: una bala me penetró por el cuello y salió por la mejilla derecha. Otra vez acostado en el fondo de un vehículo. Pero eso no hizo sino acelerar nuestra marcha.

El 26, hubimos de sostener otro combate con los rojos, en el que perdimos a nuestros mejores camaradas y combatientes: Petrenko, Platonoff e Ivanuk.

Me vi obligado a modificar por última vez nuestro itinerario.

El 28 de agosto, cruzamos el Dniester. Heme ya en el extranjero...

Así terminó, a fines de 1921, el gran drama popular de Ucrania, drama que representa un trozo de *historia del pueblo* –no de partidos, autoridades o sistemas de opresión– y que sin embargo, o por esa razón precisamente, no es ni siquiera sospechado fuera de Rusia, a excepción de los ambientes anarquistas y algunos círculos reducidos, pues todos esos hechos han sido cuidadosamente ocultados por los *superhombres* patentados y sus acólitos. Porque la *verdad histórica* habría precipitado de su pedestal de arcilla a todos esos pigmeos, lo mismo que la *verdadera revolución popular* arrojará al polvo para siempre a todos los *superhombres* del poder, cualesquiera sean. Y no faltarán entonces hombres que sepan y quieran escribir, al fin, la *verdadera historia* de los pueblos.

Con sus numerosas divisiones, no hesitando ante las más terribles medidas de represión y de violencia, el gobierno bolchevique logró aplastar rápidamente o dispersar a los últimos destacamentos makhnovistas, errantes por la región. Igualmente acabó con la resistencia de las últimas tropas petluristas en el Sudoeste y la de las numerosas formaciones campesinas, de muy variada naturaleza, en estado de espontánea revuelta contra los nuevos señores o que se habían echado al monte para sustraerse al implacable castigo.

Makhno, con algunos de sus camaradas de lucha, se había refugiado en el extranjero y ya no volvió más a su país natal.

La entera Ucrania fue sometida a la dictadura bolchevique.

CAPÍTULO VII
LA SUERTE DE MAKHNO Y DE ALGUNOS DE SUS COMPAÑEROS
EPILOGO

A modo de epílogo, daremos aquí detalles sobre la represión final y también sobre la suerte personal de ciertos militantes makhnovistas.

La tercera y última guerra de los bolcheviques contra los makhnovistas fue al par, naturalmente, una guerra *contra todo el campesinado de Ucrania.* No sólo se trataba de destruir al ejército insurreccional, sino de dominar definitivamente toda esa masa de espíritu rebelde, privándola de la más

mínima posibilidad de retomar las armas y de hacer renacer el movimiento. Se trataba de extirpar *los gérmenes mismos* del espíritu de rebelión.

Metódicamente, las divisiones rojas atravesaban todas las aldeas de la región insurgente, exterminando en masa a los campesinos, a menudo –detalle sabroso– a indicación de los granjeros ricos (kulaks) del lugar. Muchos centenares de campesinos fueron fusilados en Gulaï-Pole. Novospassovka, Uspenovka, Malaïa-Tokmatchka, Pologui y otras grandes aldeas de la región. En muchos lugares, los tchekistas, con furia homicida, fusilaban a mujeres y niños de los insurgentes.

Frunze, comandante en jefe del frente sur, fue quien dirigió esta campaña represiva. "Hay que acabar con la makhnovtchina en dos tiempos y tres movimientos", decía en su orden a los ejércitos del Sur, la víspera de iniciarse la acción. Y se comportó como infame soldadote, fiel servidor de sus amos, tratando a "esa canalla de mujiks", como conquistador y "nuevo noble", sembrando la muerte y la desolación a su paso.

Agreguemos ahora algunas notas sobre la suerte personal de los principales animadores del movimiento popular de Ucrania.

Simón Karetnik, ya citado, campesino de Gulaï-Pole. Uno de los más pobres de la aldea, que trabajaba sobre todo como peón de granja. Sólo pudo seguir estudios escolares durante un año. Anarquista desde 1907, participó en el movimiento desde los primeros días. En diversa ocasiones dio pruebas de notable talento guerreo. Fue varias veces herido en los combates contra Denikin. Fue miembro del Consejo de los insurgentes revolucionarios y uno de los mejores comandantes del ejército insurreccional: desde el año 1920 reemplazó a menudo a Makhno en el comando supremo del ejército. Dirigió la expedición a Crimea contra Wrangel, después de cuya derrota los bolcheviques hicieron que Karetnik partiera, a pretexto de asistir a un consejo militar, y en el trayecto lo sorprendieron y lo fusilaron en Melitopol. Dejó viuda y varios huérfanos.

Martchenko. También de familia de campesinos pobres de Gulaï-Pole. Instrucción escolar incompleta. Anarquista desde 1907, con Makhno y Karetnik. Herido varias veces en combate contra las tropas de Denikin. En los dos últimos de la insurrección, tuvo el mando de toda la caballería makhnovista. Integró el Consejo de insurgentes revolucionarios. Resultó muerto en febrero de 1921, cerca de Poltava, en batalla contra los rojos. Dejó viuda.

Gregorio Vassilevsky. De familia campesina pobre, de Gulaï-Pole. Instrucción primaria. Anarquista desde antes de 1917, participó en la makhnovtchina desde los comienzos. Amigo personal de Makhno, lo reemplazó en ocasiones en el comando del ejército. Fue muerto en diciembre de 1920, en batalla contra los rojos, en la región de Kiev. Dejó viuda y huérfanos.

Boris Veretelnikoff. Campesino originario de Gulaï-Pole, se hizo fundidor, ocupándose en usinas locales primeramente y luego en la Putiloff, de Petrogrado. Se inició como socialista revolucionario y en 1918 profesó las ideas anarquistas. Orador y organizador bien dotado, había participado en todas las fases de la Revolución rusa y al volver a Gulaï-Pole en 1918 se

entregó sobre todo a la propaganda hasta que entró en el ejército insurreccional, en el que demostró grandes cualidades militares y desempeñó, por algún tiempo, las funciones de jefe del estado mayor. En junio de 1919 se lanzó, a la cabeza de un destacamento formado de prisa, en defensa de Gulaï-Pole contra fuerzas muy superiores de Denikin y, completamente cercado, se batió hasta lo último, pereciendo con todo el destacamento. Dejó viuda y huérfanos.

Pedro Gavrilenko. Campesino de Gulaï-Pole, anarquista desde la revolución de 1905-6. Militante de los más activos de los makhnovtchina, desempeñó un papel de primer plano en la derrota de las tropas denikistas, en junio de 1919, como comandante del III cuerpo de los insurgentes makhnovistas. En 1921, actuó de jefe del estado mayor del ejército de Crimea. Víctima de la traición bolchevique después de la derrota de Wrangel, fue fusilado en Melitopol, como Karetnik.

Basilio Kurilenko. Campesino de Novospassovka, de instrucción primaria. Anarquista desde el comienzo de la Revolución. Propagandista popular de talento y militante de muy elevadas cualidades morales, se reveló también como uno de los mejores comandantes del ejército insurreccional, al que aportó numerosas victorias sobre las tropas de Denikin. Ni que decir que fue herido repetidamente; terminó su vida en una escaramuza con los rojos, en el verano de 1921. Dejó viuda.

Víctor Belach. Campesino de Novospassovka. Instrucción primaria. Anarquista. Hasta 1919, comandó un regimiento makhnovista. Hábil estratega, llegó a ser jefe del estado mayor del ejército insurreccional, en el que elaboró notables planes de combate. En 1921 cayó en poder de los bolcheviques, ignorándose el fin que hubo de sufrir.

Vdovitchenko. Campesino de Novospassovka. Anarquista. Instrucción primaria. Participante de los más activos de la insurrección revolucionaria, comandó el destacamento especial de las tropas makhnovistas, correspondiéndole considerable papel en la derrota de Denikin bajo Peregonovka, en septiembre de 1919. En 1921, herido en combate, fue llevado a su aldea para ser curado; fuerzas bolcheviques, enteradas de ello, lo atacaron: agotada la resistencia, él y Matrossenko prefirieron suicidarse, pero Vdovitchenko quedó con vida y, curado por los rojos, rechazó despreciativamente sus propuestas de pasar a su servicio. Estaba por ser fusilado, pero nada se sabe a ciencia cierta.

Pedro Rybin (Zonoff). Obrero metalúrgico, originario de la gobernación de Orel. Revolucionario desde 1905. Emigró a América del Norte, donde activó en el movimiento revolucionario ruso en el exilio. Volvió a Rusia en 1917 y se estableció en Ekaterinoslav, cumpliendo considerable obra popular en la reorganización de la industria y los transportes. Colaboró al comienzo con los bolcheviques como experto del movimiento profesional, pero en 1920 comprendió la inconveniencia de tal colaboración por ser contraria a los verdaderos intereses de obreros y campesinos la actividad bolchevique, y en el otoño de ese año se adhirió al movimiento

makhnovista, al que consagró todas sus energías y conocimientos. En 1921 fue arrestado por la Tcheka en Kharkov y fusilado[1].

Kalachnicoff. Hijo de obrero. Recibió instrucción más que primaria y llegó a ser subteniente en el ejército zarista. En 1917 era secretario del grupo anarquista de Gulaï-Pole. Entró luego en el ejército insurreccional, siendo conceptuado como uno de sus más eminentes comandantes. Fue el principal organizador del levantamiento de las tropas rojas en Novy-Boug, en 1919, que se plegaron al ejército insurreccional, cuando éste llamó a reagrupamiento propio a sus regimientos transitoriamente incorporados al ejército rojo. Fue muerto en 1920 en combate contra los rojos. Tenía esposa y un hijo.

Mikhaleff-Pavlenko. De familia campesina de la Rusia Central. En 1917, miembro de un grupo anarquista de Petrogrado. Llegó a Gulaï-Pole a comienzos de 1919. De buena instrucción profesional, organizó y comandó las tropas de ingenieros y zapadores del ejército insurreccional. El 11 ó 12 de junio de 1919, hallándose en un tren blindado empeñado en lucha contra fuerzas denikistas, fue traidoramente apresado, con su camarada Burbyga, por orden de Vorochiloff (que mandaba el XIV ejército bolchevique) y ejecutado en Kharkov, el 17 de junio.

Makeef. Obrero de Ivanovo-Voznessensk, cerca de Moscú; miembro del grupo anarquista de esta ciudad. A fines de abril de 1919 llegó a Gulaï-Pole con 35 camaradas, y se consagró por de pronto a la propaganda, para entrar luego en el ejército insurreccional, cuyo estado mayor llegó a integrar. Fue muerto en noviembre de 1919 en combate contra los denikistas.

Stchuss. Campesino pobre de la aldea Bolchai-Mikhailovka. Bajo el zarismo sirvió en la marina. Al estallar la revolución, se contó entre los primeros y más activos insurgentes del Sur de Ucrania. Con un grupo de guerrilleros sostuvo tenaz lucha contra las fuerzas de ocupación austroalemanas y contra las del hetman. Incorporado luego al ejército insurreccional, ocupó en él importantes puestos. Fue mortalmente herido, en junio de 1921, en una batalla contra tropas bolcheviques.

Isidoro Luty. Uno de los más pobres campesinos de Gulaï-Pole. Obrero pintor; anarquista y amigo íntimo de Makhno. Participó en la insurrección desde el primer momento. Fue muerto en la batalla de Peregonovka contra las tropas denikistas, en septiembre de 1919.

Tomás Kojin. Campesino revolucionario. Notable comandante de la sección de ametralladoras. Desplegó una actuación de primer plano en todas las derrotas infligidas a Denikin y Wrangel. Fue gravemente herido en combate con los rojos, en 1921. Ignoramos qué ha sido de él.

Iván y Alejandro Lepetchenko. Campesinos anarquistas de Gulaï-Pole. Fueron de los primeros insurgentes, contra el hetman y participaron activamente en todas las luchas del ejército makhnovista. Alejandro fue apresado y fusilado por los bolcheviques en Gulaï-Pole, en la primavera de 1920. Nos es desconocida la suerte de su hermano.

[1] Su camarada y amigo Dvigomiroff, que volvió con él de América y actuaba como propagandista entre los campesinos de la región de Tchernigov, fue traidoramente apresado y fusilado hacia la misma época.

Sereguin. Campesino. Anarquista desde 1917. Intervino desde el comienzo en la insurrección. Actuó sobre todo en el servicio de aprovisionamiento del ejército insurgente. Ignoramos qué ha sido de él.

Gregorio y Savva, hermanos de Néstor Makhno. Participaron activamente en la insurrección. Gregorio fue muerto en combate contra los denikistas, en septiembre de 1919. Savva, el mayor de la familia, fue apresado por los bolcheviques en Gulaï-Pole, no en un encuentro, sino en su hogar, y fusilado.

Hemos de nombrar también, aunque sumariamente, a **Budanoff,** obrero anarquista; **Tchernonoknijny**, maestro; los hermanos **Tchubenko**, obreros; y **Daniloff**, campesino, la suerte de todos los cuales no es desconocida; **Sereda**, campesino, gravemente herido en combate contra Wrangel y hospitalizado por los bolcheviques antes de la ruptura con Makhno, fue por ellos fusilado, en condiciones particularmente odiosas, después de la ruptura, en marzo de 1921; **Garkucha**, muerto en 1920; **Koliada**, **Klein**, **Dermendji** y **Pravda**, de ignorada suerte todos ellos; **Bondaretz**, muerto en 1920; **Brova**, **Zabudko**, **Petrenko**, **Troian**, **Parkhomenko**, **Ivanuk**, **Taranovsky**, muertos; **Tcheredniakott** y **Popoff**, fusilados; **Maslak**, **Golik**, **Dotzenko**, **Koval**, **Domachenko**, **Tykhenko** *y* **Buryma**, cuya suerte se desconoce; **Tchumak**, **Krat**, **Kogan** y tantos y tantos otros cuyos nombres se nos escapan.

Todos estos hombres, como millares y millares de anónimos combatientes, surgieron de las más profundas capas de la población laboriosa y se revelaron altamente en el momento de la acción revolucionaria, sirviendo a la verdadera causa de los trabajadores con todas sus fuerzas y hasta el último aliento, pues fuera de esa amada causa no había nada en la vida para ellos. Su existencia personal, y casi siempre también las de sus familiares, fueron destruidas, lo mismo que sus magros bienes. Hay que tener la desfachatez, la insolencia y la infamia de los bolcheviques –esos advenedizos de la innoble raza de los *hombres de Estado*– para calificar, atan sublime movimiento revolucionario popular, de *levantamiento de kulaks y de bandolerismo.*

Detengámonos en un caso personal, entre todos odiosos. *Boguche*, anarquista ruso, que había emigrado a América, acababa de regresar a Rusia en 1921, expulsado de los Estados Unidos con otros emigrados[2]. Se hallaba en Kharkov en el momento de la concertación del acuerdo entre makhonovistas y bolcheviques.

Había oído hablar tanto de la makhnovtchina y de Gulaï-Pole, que quiso estudiar el movimiento en el terreno. ¡Ay de él! No pudo ver *libre* a Gulaï-Pole sino contados días. Apenas ocurrida la ruptura, volvió a Kharkov, donde fue arrestado por orden de la Tcheka y fusilado, en marzo de 1921.

Esta ejecución no tiene sino una explicación: los bolcheviques no quisieron dejar con vida a un hombre, con relaciones en el extranjero, que

[2] Llegó a Rusia al mismo tiempo que Alejandro Berkman y Emma Goldman, viejos anarquistas muy conocidos, a quienes hemos mencionado en el capítulo sobre Cronstadt.

conocía la verdad sobre la traidora agresión contra los makhnovistas y podía revelarla fuera de Rusia.

En cuanto a *Néstor Makhno*, llegó al extranjero, primeramente a Rumania, a fines de agosto de 1921. Internado en ese país con sus camaradas, logró pasar a Polonia, donde fue arrestado, juzgado por pretendidas fechorías realizadas en Ucrania contra los intereses de Polonia, y absuelto. Se dirigió entonces a Dantzing, donde fue igualmente apresado. Pero pudo fugarse, con ayuda de camaradas, y se instaló definitivamente en París.

Muy seriamente enfermo, sufriendo atrozmente a causa de sus numerosas heridas, desconocedor de la lengua del país y adaptándose difícilmente al nuevo ambiente, tan diferente del suyo, soportó en París una existencia extremadamente penosa, tanto material como moralmente. Su vida en el extranjero fue una larga y lamentable agonía. Sus amigos le ayudaron, cierto es, a soportar el peso de esos tristes años de declinación.

Por momentos, esbozaba cierta actividad. Se dedicó sobre todo a escribir la historia de sus luchas y de la revolución en Ucrania, pero no pudo llevarla a término, habiendo llegado sólo hasta fines de 1918. Dijimos ya que apareció en tres volúmenes: el primero, en ruso y en francés, en vida del autor; los otros dos, en ruso solamente, después de su muerte.

Su salud empeoraba rápidamente. Internado en el hospital Tenon, murió en él en julio de 1935. Fue incinerado en el crematorio del père-Lachaise, donde se puede ver la urna que contiene sus cenizas. Tenía esposa y una hija.

Notas y apreciaciones personales sobre Makhno y el movimiento.– Antes de cerrar este capítulo, he de cumplir un doble deber: refutar, definitivamente, por una parte, las calumnias –bolcheviques y otras– con que se trató y aún se trata de desfigurar el movimiento y enlodar la reputación del ejército insurreccional y la de Makhno; y, por otra parte, examinar las debilidades y los defectos reales de la makhnovtchina, de sus animadores y su guía.

Hemos hablado de los esfuerzos de los bolcheviques para presentar al movimiento makhnovista como una expresión de bandolerismo y a Makhno como bandido extraordinario. La documentación aportada permitirá al lector –confío en ello– juzgar por sí mismo tales ignominias. No insistiré, pues, sobre este punto.

Sin embargo, es indispensable poner de relieve ciertos hechos que dieron a las versiones calumniosas alguna apariencia de veracidad, favoreciendo su difusión y arraigo, hechos que los bolcheviques supieron aprovechar hábilmente.

Señalaremos, ante todo, que a pesar de su gran envergadura, el movimiento makhnovista permaneció, por numerosas razones, encerrado en sus propios límites, como en recipiente cerrado, aislado del resto del mundo. Movimiento surgido de las masas populares mismas, permaneció absolutamente extraño a toda manifestación ostentosa, exhibicionista, de ruido y publicidad, de *gloria*, etc. No realizó ninguna acción *política*, ni determinó el surgimiento de *élite* dirigente alguna, ni ofreció ante las candilejas ninguna estrella. Como verdadero movimiento, concreto, pleno de vida y no de papelorios y hazañas de *jefes geniales* y de *superhombres*, no

tuvo tiempo, ni posibilidad, ni aun necesidad de atesorar, de fijar *para la posteridad*, sus ideas, sus documentos y sus actos. Dejó pocas trazas palpables; sus títulos reales no fueron grabados en parte alguna, su documentación no fue conservada, ni difundida lejos. Rodeado por todos lados de enemigos implacables, combatido sin tregua y sin cuartel por el partido detentor del poder, apagado por el alboroto aturdidor de los *hombres de Estado* y sus corifeos, y habiendo, en fin, perdido por los menos el noventa por ciento de sus mejores militantes, este movimiento estaba destinado fatalmente a permanecer en la sombra.

No es fácil, así, penetrar su profunda sustancia. Lo mismo que, en épocas revolucionarias, millares de modestos héroes quedan por siempre ignorados, poco faltó para que el movimiento makhnovista quedase, también él, casi ignorada epopeya heroica de los trabajadores ucranianos. Y yo no sé, en las actuales condiciones, si este estudio, tan reducido proporcionalmente a la magnitud de la materia, será algún día seguido de la vasta obra condigna.

Va de suyo que los bolcheviques utilizaron admirablemente todas las circunstancias y esa ignorancia para referir sobre el movimiento lo que quisieron.

Otro punto importante. Durante las luchas intestinas en Ucrania –luchas confusa, caóticas, que desorganizaron por completo la vida económica del país– pululaban en él formaciones armadas, compuestas de elementos fuera de clase y desocupados, guiados por aventureros, pillos y hasta *bandidos*, que no desdeñaban recurrir a la simulación, ostentando una cinta negra y diciéndose makhnovistas según las circunstancias. Esto, naturalmente, originó lamentables confusiones. Ni que decir que tales formaciones nada tenían de común con el movimiento makhnovista. Y que los makhnovistas mismos lucharon contra esas bandas, hasta dar cuenta de ellas. Ni que decir, tampoco, que los bolcheviques conocían perfectamente la diferencia entre el movimiento revolucionario insurreccional y las bandas armadas sin ideal ni moral. Mas esta confusión favoreció a maravilla sus designios y, como "experimentados hombres de Estado", la explotaron en su provecho.

Los makhnovistas tenían a pecho el buen nombre de su ejército. Vigilaban atentamente, y de modo enteramente natural, la conducta de cada combatiente, y de manera muy general se comportaban correctamente con la población. Tan es así que no conservaban en sus filas a los elementos que, habiéndoseles unido voluntariamente, no llegaban a elevarse a su nivel mental y moral. Una prueba de ello la ofrece el episodio subsiguiente a la derrota del aventurero Grigorieff (verano de 1919).

Este ex oficial zarista logró arrastrar a un levantamiento bastante extenso contra los bolcheviques –de índole reaccionaria, progromista y movido, en parte, por simple espíritu de pillaje–, a algunos millares de jóvenes campesinos ucranianos, en su mayor parte inconscientes y engañados. Las masas laboriosas, rápidamente enteradas de la verdadera naturaleza del movimiento, dieron cuenta de la aventura, ayudadas por los bolcheviques y los makhnovistas.

En julio de 1919, en la aldea Sentovo, Makhno y sus amigos desenmascararon a Grigorieff ante una asamblea pública, a la que lo invitaron. Brutal, ignorante y en nada enterado de la mentalidad de los

makhnovistas, habló el primero, pronunciando un discurso reaccionario. Makhno le respondió de modo tal que aquél se vio perdido y quiso hacer uso de sus armas. En breve lucha, fue abatido, con sus guardaespaldas. Se decidió entonces que los jóvenes partidarios de Grigorieff, cuya aplastante mayoría estaba, a pesar de todo, impregnada de espíritu revolucionario, engañada por su jefe, pudiesen entrar en el ejército makhnovista, si lo desearan. Pues bien, hubo necesidad, sin mucho tardar, de hacer que partieran casi todos ellos, porque, inconscientes y afectados por las malas inclinaciones adquiridas en su estada en las formaciones de Grigorieff, esos soldados no conseguían elevarse al nivel moral de los combatientes makhnovistas. Cierto que éstos opinaban que era cuestión de tiempo y no desesperaban de educarlos, pero, en las condiciones del momento, no era posible ocuparse de ellos. Y para no comprometer el renombre del ejército insurreccional, se les despidió.

Makhno y el antisemitismo.– Una difamación particularmente infame fue lanzada al respecto, entre tantas otras, contra el movimiento makhnovista en general y contra Makhno personalmente, repetida por numerosos autores de diversos campos y charlatanes de toda ralea. Unos la propalaban intencionadamente, y otros, la mayor parte, la repiten sin el mínimo escrúpulo de verificar los dichos y examinar atentamente los hechos. Se pretende que los makhnovistas, y Makhno mismo, estaban impregnados de espíritu antisemita, que perseguían y masacraban a los judíos y fomentaban y hasta organizaban progroms contra ellos. Los menos aventurados reprochan a Makhno haber sido un antisemita oculto, de haber tolerado, "cerrando los ojos", si no simpatizado, con los actos antisemitas cometidos por "sus bandas".

Podríamos llenar muchísimas páginas con multitud de pruebas irrefutables de la falsedad de tales aserciones; podríamos citar artículos y proclamas de Makhno y del Consejo de los insurgentes revolucionarios contra esta vergüenza de la humanidad que es el antisemitismo; podríamos referir algurios actos de espontánea represión, de Makhno y otros makhnovistas, contra la menor manifestación de espíritu antisemita (de parte de algunos aislados desorientados) en el ejército y en la población. (En estos casos, Makhno no hesitaba en reaccionar en el acto, personal y violentamente, como lo haría cualquier ciudadano ante una injusticia, un crimen o una flagrante violencia).

Una de las razones de la ejecución de Grigorieff por los makhnovistas fue su antisemitismo y el enorme progrom antijudío que organizó en Elisabethgrad, con cerca de 3.000 víctimas. Una de las razones del despido de los ex partidarios de Grigorieff, admitidos en el ejército insurreccional, fue el espíritu antisemita que su anterior jefe les había inculcado.

Podríamos citar una larga serie de hechos análogos y suministrar auténticos documentos concluyentemente probatorios de lo contrario de cuanto ha sido afirmado por los calumniadores y sostenido por gentes sin escrúpulos. Pedro Archinoff cita buen número de ellos, mas no estimamos útil repetirlos aquí ni extendemos demasiado sobre la materia, lo que

requeriría mucho espacio. Y, por lo demás, cuanto hemos dicho del movimiento insurreccional basta a demostrar lo absurdo de la acusación.

Señalemos, con todo, algunas verdades esenciales:

1.Un papel asaz importante desempeñaron, en el ejército makhnovista, revolucionarios de origen judío.

2.Algunos miembros de la Comisión de educación y propaganda eran judíos.

3.Sin contar los numerosos combatientes judíos en las diversas unidades del ejército, había una batería servida únicamente por artilleros judíos y un destacamento de infantería judío.

4.Las colonias judías de Ucrania contribuyeron con numerosos voluntarios al ejército insurreccional.

5.De modo general, la población judía, muy numerosa en Ucrania, tomó parte activa y fraternal en toda la actividad del movimiento. Las colonias agrícolas judías, diseminadas en los distritos de Mariupol, Berdiansk, Alexandrovsk, etc... participaban en las asambleas regionales de campesinos, obreros y combatientes, y enviaban sus delegados al Consejo revolucionario militar regional.

6.Los judíos *ricos y reaccionarios* hubieron de sufrir, ciertamente, por obra del ejército makhnovista, *no por ser judíos*, sino *únicamente por contrarrevolucionarios*, lo mismo que los reaccionarios no judíos.

Lo que me importa reproducir aquí es el testimonio autorizado del eminente escritor e historiador judío Tcherikover, con quien tuve ocasión de hablar del tema hace algunos años, en París. Tcherikover no es revolucionario ni anarquista, sino, simplemente, historiador escrupuloso, concienzudo, objetivo. Desde hace años se había especializado en la investigación de las persecuciones y progroms antijudíos en Rusia, y ha publicado sobre el tema obras fundamentales extraordinariamente documentadas y precisas. Recibía de todas partes del mundo testimonios, documentos, relatos, puntualizaciones, fotografías, etc., ha escuchado centenares de deposiciones, oficiales y privadas, y ha contrastado rigurosamente todos los hechos señalados, antes de utilizarlos.

He aquí, textualmente, lo que me respondió al preguntarle si sabía, con precisión, algo sobre la actitud del ejército makhnovista y Makhno mismo con respecto ala población judía:

–Hube de ocuparme, en efecto –me dijo–, de tal asunto en varias ocasiones. Mi conclusión, con reserva de los testimonios exactos que pueda recibir más adelante, es ésta: un ejército es siempre un ejército, cualquiera él sea. Todo ejército comete, fatalmente, actos censurables y reprensibles, pues es materialmente imposible controlar y vigilar a cada uno de los componentes de esas masas de hombres arrancados a la vida sana y normal, lanzados a una existencia y un ambiente que desatan los malos instintos, autorizan el empleo de la violencia y, muy frecuentemente, permiten la impunidad. Usted lo sabe, ciertamente, tan bien como yo. El ejército makhnovista no constituye una excepción. Ha cometido actos reprensibles en un punto y otro. Pero –cosa importante, que tengo el placer de expresársela con toda certeza–, *en conjunto*, la actitud del ejército de Makhno no es comparable a la de los demás ejércitos que han operado en

Rusia durante los acontecimientos de 1917-1921. Puedo certificarle, de modo absolutamente formal, dos hechos:

1.Es innegable que, entre todos esos ejércitos, comprendido el ejército rojo, el makhnovista es el que se ha comportado mejor con la población civil en general y con la población judía en particular. Tengo ahí numerosos testimonios irrefutables. La proporción de las quejas *justificadas* contra el ejército makhnovista, en proporción a las motivadas por los demás ejércitos, es de poca importancia.

2.No se hable de progroms pretendidamente organizados o favorecidos por Makhno. Es una calumnia o un error. No hay nada de ello. En cuanto al ejército makhnovista como tal, recibí indicaciones y denuncias precisas al respecto. Pero, hasta hoy por lo menos, cada vez que me he puesto a controlar los hechos, he podido comprobar que en la fecha indicada *ningún destacamento makhnovista podía encontrarse en el lugar señalado*, por encontrarse bien lejos de él todo el ejército. Al tratar de puntualizar la verdad de los hechos he podido establecer, en cada caso, con absoluta certidumbre, que en el lugar y la fecha del progrom ningún destacamento makhnovista operaba ni se encontraba en esos parajes. Los progroms no fueron, pues, obra de makhnovistas.

Este testimonio, absolutamente imparcial y preciso, es de capital importancia. Confirma, entre otros, un hecho ya señalado por nosotros: la presencia de bandas que, cometiendo toda clase de fechorías y no desdeñando los *provechos* de un progrom antijudío, simulaban ser makhnovistas. Sólo un examen escrupuloso podía establecer la confusión. Y está fuera de duda que, en ciertos casos, la población misma era inducida a error.

He aquí un hecho importante que el lector no debe perder de vista. El movimiento makhnovista estuvo lejos de ser el único movimiento revolucionario de las masas en Ucrania. Fue, sí, el más importante, el más consciente, el más profundamente popular y revolucionario, pero otros movimientos del mismo tipo –menos vastos, menos nítidos, menos organizados– surgieron constantemente aquí y allá hasta que fue sofocado el último grito libre por los bolcheviques, como, por ejemplo, el movimiento llamado *de los verdes*, del que la prensa extranjera dio noticia y que se le confunde a menudo con el movimiento makhnovista. Menos conscientes de su verdadero cometido que los insurgentes de Gulaï-Pole, los combatientes de estas diversas formaciones armadas incurrían frecuentemente en desviaciones y excesos lamentables, cuya responsabilidad se hacía recaer, muy a menudo, sobre el movimiento makhnovista, que tenía buenas espaldas.

Los bolcheviques reprochaban a los makhnovistas el no haber sabido reducir “esas diversas bandas caóticas”, englobarlas en un solo movimiento, organizarlas, etc., reproche que constituye uno de los ejemplos de la hipocresía bolchevique. En realidad, lo que más inquietaba al gobierno bolchevique era, justamente, la posibilidad de la unificación de todas las fuerzas populares revolucionarias de Ucrania bajo la égida del movimiento makhnovista, para impedir la cual los bolcheviques hicieron cuanto pudieron. Con lo que, el reprochar a los makhnovistas no haber logrado tal

unificación, es como reprocharle a alguien el no poder marchar después de haberle atado los pies.

Los makhnovistas habrían acabado ciertamente, por reunir bajo su pabellón todos los movimientos populares revolucionarios del país, cosa tanto más segura cuanto que todos ellos prestaban oídos a cuanto ocurría en el campo makhnovista, considerando este movimiento como el más importante y potente. No es realmente achacable a los makhnovistas que no hayan podido alcanzar tal objetivo, cuya realización habría podido cambiar el curso de los acontecimientos.

En general, los insurgentes makhnovistas –como asimismo toda la población de la región insurgente y hasta fuera de ella– hacían caso omiso de la nacionalidad de los trabajadores.

Desde el comienzo, el movimiento conocido con el nombre de *makhnovstchina* abrazó a las masas pobres, de toda nacionalidad, habitantes en la región. La mayor parte consistía, naturalmente, en campesinos de nacionalidad ucraniana. De un seis a un ocho por ciento lo constituían trabajadores originarios de la Gran Rusia. En decreciente proporción seguían griegos, judíos, etc.

Campesinos, obreros y guerrilleros –decía una proclama makhnovista de mayo de 1919– bien sabéis que trabajadores de toda nacionalidad: rusos, judíos, polacos, alemanes, armenios, etc., están parejamente sumidos en el abismo de la miseria. Sabéis cuántos honestos y valerosos militantes revolucionarios judíos han dado su vida en las luchas por la libertad. La Revolución y el honor de los trabajadores nos obligan, a todos, a gritar tan alto como podamos que nosotros hacemos la guerra a un enemigo común: el capital y el principio de autoridad, que oprimen igualmente a todos los trabajadores, sean rusos, polacos, judíos o de cualquier otra nacionalidad. Debemos proclamar por doquiera que nuestros enemigos son los explotadores y los opresores de toda nacionalidad: el industrial ruso, el dueño metalúrgico alemán, el banquero judío, el terrateniente polaco... La burguesía de todos los países y de todas las nacionalidades se ha unificado para la lucha encarnizada contra la Revolución, contra las masas laboriosas de todo el universo sin distinción de nacionalidad.

Formado por explotados y fundido en una sola fuerza por la unión fraternal de los trabajadores, el movimiento makhnovista estuvo desde el comienzo impregnado de un profundo sentimiento de fraternidad de los pueblos todos. Ni por un instante se apeló a sentimientos nacionales o *patrióticos*. Toda la lucha de los makhnovistas contra el bolchevismo fue únicamente sostenida en nombre de los derechos y los intereses del Trabajo. Los prejuicios nacionales no tenían influencia alguna en la makhnovtchina, en la que nadie se interesaba, ni se inquietaba, por la nacionalidad de tal o cual combatiente.

Por lo demás, la verdadera Revolución transforma fundamentalmente a los individuos y las masas. A condición de que sean efectivamente *las masas mismas* que la realicen, que su libertad de escoger y de obrar permanezca intacta y no se consiga obstruirle el camino, el impulso de las masas en revolución es ilimitado. Y es de verse entonces con qué sencillez, con qué

facilidad, este impulso natural supera todos los prejuicios, todas las nociones artificiales, todos los fantasmas, apelmazados sin embargo desde milenios: fantasma nacional, espantajo religioso, quimera autoritaria.

Las debilidades reales de Makhno y del movimiento.– Los bolcheviques lanzaron también contra Makhno y el movimiento insurreccional otra acusación: que Makhno fue, si no un bandido, por lo menos un aventurero del género de Grigorieff, aunque más inteligente, más listo, más *pulido* que éste. Afirmaron que Makhno perseguía, en el movimiento, fines personales, encubierto por la etiqueta y la ideología anarquistas; que él hacía "de pequeño principe", burlándose de todos los comités, comisiones y consejos; que ejercía, de hecho, una dictadura personal implacable y que los militantes de ideas que participaban en el movimiento se dejaban engañar, por ingenuidad o por designio; que se rodeaba de toda una camarilla de comandantes que se permitían, a escondidas, innobles actos de violencia, de libertinaje y depravación; que Makhno los encubría y participaba en ellos, ante las barbas de los *ideólogos*, a quienes en el fondo despreciaba, y de cuyas ideas se burlaba tanto como de ellos, etc.

Se trata de un punto delicado, pues también en esto hubo actos que dieron a estas acusaciones *una apariencia de veracidad*, que los bolcheviques supieron aprovechar sagazmente. Y al par se apunta a ciertos defectos, *defectos y debilidades reales* del movimiento y de su guía, defectos y debilidades cuyo más profundo examen es necesario en interés mismo de la causa.

Ya hemos enumerado sumariamente (libro III, parte II, capítulo II) los lados débiles del movimiento, y hemos aludido igualmente a ciertas deficiencias personales de Makhno. Pedro Archinoff le dedica al punto algunas líneas dispersas. Opinamos que tales indicaciones sumarias no bastan. Sobre ciertos puntos es menester insistir.

Al examinar atentamente el movimiento makhnovista hay que distinguir en él tres categorías de defectos:

En primer lugar, los de orden general. No dependían de la voluntad de los participantes ni podían serles imputados. Fueron, sobre todo: la necesidad, casi permanente, de batirse y cambiar de región, sin poder fijarse en parte alguna ni, en consecuencia, consagrarse a un continuado trabajo positivo; la necesaria existencia de un ejército que fatalmente se iba haciendo cada vez más profesional y permanente; la ausencia, en la insurrección, de un movimiento obrero vigoroso y organizado que lo apoyase; la insuficiencia de las fuerzas intelectuales al servicio del movimiento.

En segundo lugar, los de orden individual, no achacables personalmente a los afectados: la falta de instrucción, la insuficiencia de conocimientos teóricos e históricos –y, en consecuencia, de amplia visión de conjunto– en los animadores del movimiento. Agreguemos a ello la actitud demasiado confiada de los makhnovistas hacia el Estado comunista y sus procederes.

Y, en último lugar, las deficiencias personales de Makhno y sus amigos inmediatos, éstas sí realmente reprochables, pues podían haberse evitado.

Después de cuanto ha sido ya dicho no sería de gran provecho extendemos sobre las dos primeras categorías. Hay un punto, sin embargo, que merece retener nuestra atención: *la prolongada existencia de un ejército.*

Todo ejército, cualquiera sea, *es un mal*. Aun un ejército libre y popular, compuesto de voluntarios y consagrado a una noble causa, *es un peligro*. Devenido permanente, se aparta fatalmente del pueblo y del trabajo, pierde el gusto y el hábito de una vida sana y laboriosa; poco a poco, imperceptiblemente –y tanto más peligroso por ello–, se convierte en un conglomerado de desocupados que adquieren inclinaciones antisociales, autoritarias, *dictatoriales*; le toma gusto a la violencia, a hacer valer *la fuerza brutal*, y ello en casos en que recurrir a tales medios es contrario al cometido mismo que se alardea defender. Tales defectos se desarrollan sobre todo en los jefes. Pero la masa de combatientes está cada vez más dispuesta a seguirlos, casi inconscientemente, aunque no tengan razón. Así es que, al cabo, todo ejército permanente tiende a convertirse en instrumento de injusticia y de opresión. Y acaba por echar a olvido su primitiva función y considerarse *como un valor en sí.*

Aun en un ambiente excepcionalmente sano y favorable, los animadores y los jefes espirituales de un movimiento han de estar dotados de cualidades individuales –espirituales y morales– muy elevadas, por encima de toda prueba y toda tentación, para que se logre evitar esos males, desvíos, escollos y peligros. Makhno y los demás animadores y organizadores del movimiento y del ejército insurreccional, ¿poseían esas cualidades? ¿Supieron elevarse sobre toda relajación y toda mengua? ¿Supieron ahorrarle al pueblo y al ejército el espectáculo del “fracaso de los jefes”?

Debemos dejar constancia, aunque lo lamentemos, que las cualidades *morales* de Makhno y de muchos de sus amigos y colaboradores no estuvieron del todo a la altura de su misión.

Durante mi estada en el ejército insurreccional, a menudo oí decir que ciertos comandantes –se mencionaba sobre todo a Kurilenko– eran moralmente más apropiados que Makhno para animar y guiar el movimiento. Y se agregaba frecuentemente que, aun en cuanto a cualidades militares, Kurilenko, por ejemplo, no le cedía un punto y le superaba ciertamente por la amplitud de miras. Cuando yo preguntaba por qué, en ese caso, Makhno permanecía en su puesto, se me respondía que, por ciertos rasgos de su carácter, Makhno era más amado, más estimado por la masa; que se le conocía mejor; que desde tanto tiempo se estaba familiarizado con él, gozando de absoluta confianza, cosa muy importante para el movimiento; que era más *sencillo*, más *compañero*, más *campesino*, más *audaz*, etc. (Yo no he podido hacerme ninguna opinión personal sobre Kurilenko, pues no le conocí.)

De todos modos, Makhno y varios de sus amigos faltaron a ciertos deberes morales que, en sus puestos, debieron haber satisfecho sin la menor debilidad. Ahí es donde tocamos las debilidades reales del movimiento y los defectos personales de sus animadores, debilidades y defectos cuyas manifestaciones permitieron a las inculpaciones de los bolcheviques una apariencia de veracidad y que fueron muy nocivos al movimiento y a su renombre.

No hay que crearse ilusiones. Insensato sería representarse un movimiento makhnovista exento de todo pecado, expandiéndose únicamente en la *luz* y el *heroísmo*, y a sus animadores planeando por encima de toda debilidad, de todo reproche. La makhnovtchina fue realizada y conducida por hombres y, como toda obra humana, tiene sus luces y también sus sombras. Es indispensable inclinarse a ellas, tanto para satisfacer nuestra preocupación de imparcialidad cuanto, sobre todo, para tratar de comprender mejor el conjunto y extraer de ello advertencias y deducciones útiles.

Citemos, ante todo, a Archinoff:

La personalidad de Makhno tiene muchos de los rasgos de un hombre superior: espíritu, voluntad, ardimiento, energía, actividad. Esta conjunción de rasgos le dan un aspecto imponente, que lo destacan notablemente aún entre los revolucionarios. Sin embargo, Makhno carecía de conocimientos teóricos, de saber político e histórico. Por ello es que solía ocurrirle no poder hacer las generalizaciones y las deducciones revolucionarias que se imponían o, simplemente, no advertir su necesidad. El vasto movimiento de la insurrección revolucionaria exigía imperiosamente hallar nuevas fórmulas sociales y revolucionarias, adecuadas a su esencia. A causa de su deficiente instrucción teórica, no siempre Makhno respondía a tal necesidad. Y, dada la posición que ocupaba en el centro de la insurrección, esta deficiencia repercutía en el movimiento. Somos de opinión que, si Makhno hubiese poseído conocimientos más extensos en historia y ciencias políticas y sociales, la insurrección revolucionaria habría registrado, en lugar de ciertas derrotas, una serie de victorias que habrían tenido enorme influencia, acaso decisiva, en el desarrollo de la Revolución rusa. (cap. XI).

Es muy justo eso. Pero no es todo.

Además –continúa Archinoff–, Makhno adolecía de una disposición de carácter que amenguaba, a veces, sus cualidades dominantes: de tiempo en tiempo, se apoderaba de él cierta *despreocupación*. Este hombre, pleno de energía y voluntad, demostraba a veces, en momentos de excepcional gravedad y de apremios igualmente excepcionales, una ligereza fuera de lugar y se mostraba desprovisto de la perspicacia profunda requerida por la seria situación.

Así, por ejemplo, los resultados de la victoria sobre la contrarrevolución de Denikin, en el otoño de 1919, no fueron suficientemente aprovechados ni desarrollados para extender el movimiento a las proporciones de una insurrección panucraniana, aunque el momento fuera especialmente favorable. Razón de ello fue, entre otras, una cierta embriaguez de la victoria, como así también una fuerte dosis de sentimiento de seguridad –erróneo– y de despreocupación: los guías de la insurrección, Makhno a la cabeza, se establecieron en la región liberada, sin tener lo bastante en cuenta el peligro blanco persistente, ni el bolchevismo, que venía del Norte. (I*bídem*).

Enteramente exacto. Pero no es todo aún.

Tenemos el deber de completar a Archinoff en cuanto a esa *despreocupación* a que ha aludido apenas. Porque, por una parte, ella era las más de las veces consecuencia de otra debilidad, y, por otra parte, estas debilidades morales acosaban a Makhno hasta llevarlo, frecuentemente, a verdadera mengua, de la que se resentía innegablemente el movimiento.

Lo paradójico del carácter de Makhno fue que, al lado de una superior fuerza de voluntad y de carácter, este hombre no sabía resistir a ciertas debilidades y tentaciones que lo arrastraban, y con él a varios amigos y colaboradores. (A menudo eran éstos quienes lo arrastraban, y él no sabía oponerse resueltamente.) Su mayor defecto fue, ciertamente, el del abuso del alcohol, al que se habituó poco a poco, lo que llegaba a ser en ciertos períodos lamentable. El estado de embriaguez se manifestaba en él sobre todo en el aspecto moral. Físicamente, se mantenía firme pero se ponía maligno, sobreexcitado, intratable, violento. ¡Cuántas veces, durante mi estancia en el ejército, lo planté desesperado, no habiendo podido sacar nada de razonable de este hombre por su estado anormal, y esto en asuntos de gravedad! y en algunas épocas ello llegó a ser casi casi un estado *normal*.

El segundo defecto de Makhno, y de algunos de sus íntimos –comandantes o no–, fue en lo sexual. Sobre todo en estado de ebriedad, estos hombres se permitían actos inadmisibles –odiosos, sería la palabra–, llegando a realizar orgías en que ciertas mujeres eran obligadas a participar. Ni que decir que tales actos libertinos causaban desmoralizador efecto en quienes se enteraban de ellos. Y el buen renombre del comando se resentía.

Esta inconducta moral entrañaba fatalmente otros excesos y abusos. Bajo la influencia del alcohol, Makhno devenía irresponsable de sus actos, cuyo control perdía. Y entonces era el capricho personal, apoyado a veces en la violencia, que sustituía bruscamente al deber revolucionario: lo arbitrario, los despropósitos absurdos, las extrañas ocurrencias, los *remedos dictatoriales* de un jefe armado, sustituyendo extrañamente a la calma, la reflexión, la clarividencia, la dignidad personal, el dominio de sí, el respeto al prójimo y a la causa, cualidades que no habrían *debido abandonar jamás* a un hombre como Makhno.

El resultado inevitable de estos desvíos y aberraciones fue un exceso de sentimiento guerrero, que condujo a la formación de una especie de *camarilla militar* en torno de Makhno, que a menudo tomaba decisiones y realizaba actos sin tener en cuenta la opinión del Consejo o de otras instituciones. Perdida la noción de las cosas, ella se permitía despreciar cuanto le fuera ajeno, y así se apartaba más y más de la masa de los combatientes y de la población laboriosa.

Citaré un episodio, entre varios de que fui testigo, en apoyo de lo dicho. Una noche, en que el Consejo trataba sobre la inconducta de ciertos comandantes, se presentó Makhno, en estado de ebriedad, sobreexcitado en extremo. Extrajo su revólver, lo apuntó hacia los presentes, moviéndolo de un lado a otro, mientras los injuriaba groseramente. Y salió enseguida, sin querer oír nada. Aunque la queja fuera infundada, su modo de proceder merecía mucho más que una queja.

Podría agregar otros episodios del mismo género. Cuidémonos, sin embargo, de exagerar las sombras, después de haber evitado poner muy en alto las luces.

Según Archinoff, "la personalidad de Makhno se engrandecía y desarrollaba a medida que crecía la Revolución. Cada año se hacía más profundo y consciente de su cometido. En 1921 había ganado muchísimo en profundidad, comparativamente a 1918-19". Luego, los actos de inconducta

de Makhno y de algunos de sus amigos eran, con todo, *actos aislados* y esporádicos, más o menos compensados por un conjunto de hazañas altamente meritorias. No hay que ver en ellos una *línea de conducta*; no fueron sino desvíos.

Lo que importa, justamente, es que no se trataba de la actitud calculada, permanente, rígida, de un *gobierno* que, apoyado regularmente en una fuerza coercitiva, se impusiera siempre y a toda la comunidad. En el ambiente general de libertad y en razón de esta base –un vasto movimiento popular *consciente*–, el mal no podía ser sino una llaga localizada, cuya supuración no podía emponzoñar el entero organismo. Y, en efecto, una seria resistencia se evidenció contra las desviaciones de Makhno y la *camarilla*, tanto en el grupo de los comandantes como en la masa de los insurgentes. En varias ocasiones se afrontó a Makhno y se le hizo comprender derechamente la gravedad de su inconducta. Hay que decir en su honor que, generalmente, él convenía en ello y se esforzaba en perfeccionarse. "No hay que olvidar –dice Archinoff con razón– las condiciones desfavorables en que vivió Makhno desde la infancia, los defectos del medio en que se desenvolvieron sus primeros años: la casi completa falta de instrucción de quienes le rodeaban y luego la carencia completa de ayuda esclarecedora y de experiencia en su lucha social y revolucionaria."

El punto más importante lo constituyó la *atmósfera general* del movimiento. Al fin y al cabo, no eran Makhno ni los comandantes quienes contaban: *era la masa*. Ella conservaba toda su independencia, toda su libertad de opinión y de acción. Puédese estar seguro que, *en este ambiente general de un pueblo libre*, la actividad de la masa habría acabado con los desvíos de los jefes. ¡Cuántas veces, en mi estancia en Ucrania, pude observar, frente a la reprobable actitud de ciertos jefes, la sencilla y sana reacción de las masas, *tanto más cuanto que ellas eran libres*! ¡Y cuántas veces reflexioné: "No es el jefe, ni el comandante, ni el *revolucionario profesional*, ni la *élite*, que cuentan en una verdadera revolución; *es la masa revolucionaria*! En ella se alberga la Verdad... y la Salvación. El papel de animador, del *jefe*, del verdadero revolucionario, de la *élite*, es el de ayudar a la masa y mantenerse ala altura de la tarea."

¡Que los revolucionarios reflexionen!

No hay lugar, pues, para *hinchar* las debilidades del movimiento makhnovista hasta las proporciones que asumieron bajo la pluma de los bolcheviques. A sabiendas, éstos exageraron y desfiguraron las fallas de algunos con la mira de desacreditar al entero movimiento. Y, por lo demás, los jefes bolcheviques no tenían sino que mirarse a sí mismos. Pero, innegablemente, ciertas de esas fallas e insuficiencias debilitaron momentáneamente el movimiento. ¿Quién sabe cuál habría sido el giro de los acontecimientos –a pesar de todos los obstáculos y dificultades–, si este movimiento hubiese sido guiado desde el principio de modo más clarividente, más consecuente, más vasto, en una palabra: de modo más digno de su gran misión?

Los esfuerzos de los makhnovistas en su lucha contra Denikin fueron enormes. El heroísmo desplegado en los últimos meses suscitó la admiración de

todos. En toda la imponente extensión de las regiones liberadas fueron los únicos que hicieron resonar el rodar del trueno revolucionario y prepararon la fosa para la contrarrevolución denikista. Y fue así que las masas del pueblo, tanto en las ciudades como en el campo, supieron de los acontecimientos.

Pero esta misma circunstancia contribuyó a mantener en muchos makhnovistas la firme certidumbre de estar ya garantizados contra toda provocación de parte de los bolcheviques; que el ejército rojo, que en esos momentos bajaba del Norte, comprendería cuán infundadas eran las calumnias del partido comunista contra los makhnovistas; que no daría oídos a una nueva superchería, a una nueva provocación, y haría, por lo contrario, causa común con ellos, al encontrarse. El optimismo de ciertos makhnovistas llegaba hasta a creer inconcebible que el partido comunista osase organizar un nuevo atentado contra el pueblo libre, por haber sido admitidas las tendencias makhnovistas por las vastas masas del país.

La actividad militar y revolucionaria de los makhnovistas corrían parejas con este estado de espíritu. Se limitaron a ocupar una parte de la región del Dnieper y del Donetz y no intentaron avanzar hacia el Norte y consolidarse en él. Pensaban que cuando se operara el encuentro de ambos ejércitos, la táctica que convendría adoptar se precisaría por sí misma. Este optimismo no correspondía a la situación tal como se iba perfilando en Ucrania. Y es por ello que los resultados no fueron los esperados.

....

El aniquilamiento de la contrarrevolución de Denikin constituyó, por cierto, en el otoño de 1919, una de las tareas principales de la makhnovtchina y de toda la Revolución rusa. Los makhnovistas la cumplieron cabalmente. Mas ella no constituyó toda la misión que le correspondió a los makhnovistas, en cuanto obra revolucionaria, en este trágico período. En revolución el país, liberado de las tropas de Denikin, exigía imperiosamente una organización de defensa inmediata sobre toda su extensión. Sin ella, el país y todas las posibilidades revolucionarias que se abrían ante él tras de la liquidación de los denikistas, arriesgaban diariamente ser aplastados por los ejércitos estatistas de los bolcheviques, que se habían lanzado hacia Ucrania en pos de las tropas de Denikin en retirada.

....

Jamás, en ningún caso, el bolchevismo habría admitido la existencia libre de un movimiento popular de abajo, de las masas mismas, como el de la makhnovtchina. Cualquiera fuera la opinión de las masas obreras y campesinas, el bolchevismo no habría vacilado, al primer contacto con el movimiento, no sólo en pasar por encima, sino también en intentarlo todo a fin de agarrotarlo y aniquilarlo. Por ello es que los makhnovistas, colocados en el corazón de los acontecimientos y de los movimientos populares en Ucrania, hubieran debido comenzar por tomar oportunamente todas las medidas necesarias para asegurarse contra tal eventualidad.

Innegable es que una de las tareas históricas impuestas por los acontecimientos ala makhnovtchina, en el año de 1919, fue la creación de un ejército revolucionario de suficiente potencia para permitir al pueblo revolucionario la defensa de su libertad, no sólo en una región limitada, sino en todo el territorio de la insurrección ucraniana.

En el momento de la lucha encarnizada contra Denikin, seguramente ello no habría sido fácil tarea, pero ella era históricamente necesaria y perfectamente

realizable, hallándose la mayor parte de Ucrania en insurrección e inclinada hacia la makhnovtchina. Destacamentos de insurgentes venían a incorporarse a los makhnovistas, llegando no sólo del Sur de Ucrania, sino también del Norte (como, por ejemplo, las tropas de Bibik, que ocupaban Poltava). Ciertos destacamentos del ejército rojo llegaban de la Rusia central, ansiosos de combatir por la Revolución social bajo las banderas de la makhnovitchina. (Entre otras, las tropas muy numerosas mandadas por Ogarkoff, vinieron de la gobernación de Orel para unirse a los makhnovistas, llegando a Ekaterinoslav afines de octubre, tras de sostener rudas batallas en el trayecto contra tropas bolcheviques y contra las de Denikin.)

El estandarte de la makhnovtchina era espontáneamente levantado y tremolaba sobre la entera Ucrania. No había sino que tomar las medidas necesarias para organizar el todo, para fundir las numerosas fuerzas armadas –que se movían en toda la extensión de Ucrania– en un único y potente ejército popular revolucionario que habría montado guardia en torno al territorio de la Revolución. Semejante fuerza, defensora del entero territorio, y no sólo de una estrecha región, habría servido de argumento más persuasivo contra los bolcheviques, acostumbrados a operar y contar con la fuerza.

Sin embargo, la embriaguez de la victoria obtenida y cierta dosis de despreocupación impidieron a los makhnovistas crear, en tiempo oportuno, una fuerza tal. Y por ello se vieron, al entrar el ejército bolchevique en Ucrania, en la necesidad de replegarse a la limitada región de Gulaï-Pole. Fue un grave error de guerra, que los bolcheviques no tardaron en aprovechar y cuyas consecuencias recayeron pesadamente sobre los makhnovistas y sobre toda la Revolución en Ucrania (P. Archinoff, ob. cit., cap. VIII).

Sin que ello implique total acuerdo con el autor sobre todos los puntos, debemos convenir con él que, en razón de ciertas graves deficiencias, no fueron encarados problemas de capital importancia ni cumplidas tareas imperiosas.

A punto de cerrar este último CAPÍTULO –que considero el más importante y más sugerente–, quiero dirigir algunas palabras a quienes, por sus disposiciones, su situación u otras razones, encaran desde el presente la tarea de concurrir a la organización de un movimiento popular en su periodo inicial, y animarlo y ayudarlo.

¡Que ellos no se limiten a una simple lectura de esta epopeya de las masas ucranianas! Que reflexionen profundamente sobre ella. Sobre todo respecto a las debilidades y los errores de esta Revolución popular: no dejarán de recoger provechosas enseñanzas.

La tarea será ardua. Entre otros problemas a resolver desde el presente, entre otras dificultades a superar y eliminar previamente en lo posible, tendrán que encarar, eventualmente, el modo de reconciliar la necesidad de defender la *verdadera* Revolución mediante una fuerza armada con la necesidad de evitar los males que una fuerza armada engendra.

Sí, que reflexionen bien y que se esfuercen por establecer al efecto, desde ya, ciertos principios fundamentales de su acción futura.

El tiempo apremia. Sus conclusiones podrán serles útiles más pronto de lo que ellos piensan.

CAPÍTULO VIII
TESTAMENTO DE LA MAKHNOVTCHINA A LOS TRABAJADORES DEL MUNDO

Terminemos con algunos párrafos de Pedro Archinoff, extraídos de la conclusión de su libro, a los que nos asociamos plenamente:

La historia que acaba de ser narrada está lejos de dar una imagen del movimiento en toda su grandeza. No hemos trazado –y esto sumariamente– sino la historia de una corriente de este movimiento, el más importante cierto es surgido, en la región de Gulaï Pole. Pero esta corriente sólo era una parte de un vasto conjunto.

....

Si hubiésemos podido seguir la corriente de todas las ramificaciones de la makhnovtchina por toda Ucrania, trazar la historia de cada una de ellas, unirlas luego en solo haz e iluminarlas igualmente, habríamos logrado un grandioso cuadro de un pueblo de varios millones de hombres en revolución, luchando, bajo el estandarte de la makhnovtchina, por las ideas fundamentales de la verdadera Revolución social: la verdadera libertad y la verdadera igualdad.

Confiamos que una historia más detallada y más completa del movimiento makhnovista satisfaga esa tarea algún día.

La makhnovtchina es inmortal.

Allí donde las masas laboriosas no dejen de subyugar, donde cultiven el amor a la independencia, donde concentren y fijen su espíritu y su voluntad de clase, ellas crearán siempre sus propios movimientos sociales históricos y obrarán según su propio entendimiento. Que esto es lo que constituye la verdadera esencia de la makhnovtchina.

La sangrienta tragedia de los campesinos y los obreros rusos no podía pasar sin dejar trazas. La práctica del socialismo en Rusia ha demostrado, más que nada, que las clases laboriosas no tienen amigos, que no hay sino enemigos que procuran apoderarse del fruto de su trabajo. El socialismo estatista ha demostrado plenamente que él también se enrola entre sus enemigos. Convicción que arraigará cada vez más firmemente en la conciencia de las masas del pueblo.

¡Proletarios del mundo: bajad a vuestras profundidades y buscad en ellas la verdad; creadla vosotros mismos! Que en otra parte alguna la encontraréis.

Tal es el legado de la makhnovtchina a los trabajadores del mundo